Seix Barral Biblioteca Formentor

Sebastian Faulks

La canción del cielo

Annotation

En 1910, en calidad de directivo de una empresa textil inglesa, Stephen es invitado por el fabricante René Azaire a su casa en Amiens, en Francia, para aprender más sobre el oficio. La visita será de gran interés para el joven, quien poco sospecha, sin embargo, que lo que en mayor medida llamará su atención será Isabelle, la esposa de su anfitrión. La atracción entre ambos llevará a Stephen e Isabelle a vivir un romance que mantendrán en secreto, hasta que Isabelle termine por confesarlo todo a su despótico esposo Obligados a marcharse de allí, Stephen e Isabelle recorrerán Francia juntos, dispuestos a renunciar a la vida que les ha tocado en suerte. No obstante, algo llevará a Isabelle a abandonar a Stephen, quien, destrozado, vuelve a Inglaterra.

Seis años después, en plena Primera Guerra Mundial, Stephen cruza de nuevo el Canal, esta vez como oficial del ejército británico. Sometido al azote de las constantes batallas, las enfermedades y las desoladoras trincheras en las que la muerte impera por doquier, el corazón de Stephen no olvida el recuerdo del amor que un día vivió en aquel país. Su objetivo deberá ser sobrevivir a los horrores de la guerra, no sólo por él, sino para tener al menos la oportunidad de recuperar a la única mujer a la que ha amado en su vida.

SEBASTIAN FAULKS

La canción del cielo

Traducción de Vicente Víllacampa

Seix Barral

Sinopsis

En 1910, en calidad de directivo de una empresa textil inglesa, Stephen es invitado por el fabricante René Azaire a su casa en Amiens, en Francia, para aprender más sobre el oficio. La visita será de gran interés para el joven, quien poco sospecha, sin embargo, que lo que en mayor medida llamará su atención será Isabelle, la esposa de su anfitrión. La atracción entre ambos llevará a Stephen e Isabelle a vivir un romance que mantendrán en secreto, hasta que Isabelle termine por confesarlo todo a su despótico esposo Obligados a marcharse de allí, Stephen e Isabelle recorrerán Francia juntos, dispuestos a renunciar a la vida que les ha tocado en suerte. No obstante, algo llevará a Isabelle a abandonar a Stephen, quien, destrozado, vuelve a Inglaterra.

Seis años después, en plena Primera Guerra Mundial, Stephen cruza de nuevo el Canal, esta vez como oficial del ejército británico. Sometido al azote de las constantes batallas, las enfermedades y las desoladoras trincheras en las que la muerte impera por doquier, el corazón de Stephen no olvida el recuerdo del amor que un día vivió en aquel país. Su objetivo deberá ser sobrevivir a los horrores de la guerra, no sólo por él, sino para tener al menos la oportunidad de recuperar a la única mujer a la que ha amado en su vida.

Título Original: *Birdsong*
Traductor: Víllacampa, Vicente
Autor: Faulks, Sebastian
©2009, Seix Barral
ISBN: 9788467237627
Generado con: QualityEbook v0.87
Generado por: Silicon, 03/11/2025

Sebastian Faulks

La canción del cielo

TÍTULO de la edición original: *Birdsong*
Traducción del inglés: Vicente Víllacampa, 2009
Editorial Seix Barral, S. A. 2009
Sebastian Faulks, 1993
ISBN 978-84-672-3762-7

A Eduardo

«Cuando me vaya, sea ésta mi palabra última: que lo que he visto no puede ser mejor.»

RABINDRANATH TAGORE, *Gitanjali*

PRIMERA PARTE

FRANCIA, 1910

EL BOULEVARD du Cange era una calle amplia y tranquila que delimitaba la ciudad de Amiens por el este. Los carros que llegaban continuamente de Lille y Arras y se dirigían al norte, iban derechos a las curtidurías y las fábricas del barrio de Saint-Leu sin necesidad de pasar por aquella calle surcada de roderas y flanqueada por árboles. El lado del bulevar que daba a la ciudad presentaba frondosos jardines alineados y distribuidos con precisión cívica respecto de las casas contiguas. De la hierba húmeda se alzaban castaños, lilas y sauces, cultivados para dar sombra y tranquilidad a sus dueños. Los jardines tenían un aspecto salvaje, cubiertos de maleza, y sus zonas de crecido césped y espesos setos podían ocultar pequeños claros, estanques de aguas quietas y lugares que ni siquiera frecuentaban los propios moradores, donde las manchas de hierba y las flores silvestres se extendían bajo las ramas de los árboles.

Detrás de los jardines, el río Somme se dividía en pequeños canales que eran la característica pintoresca de Saint-Leu. Al otro lado del bulevar se extendía una serie de jardines acuáticos e islillas de fértil humedad creadas por los canales en que se dividía el río. Los domingos por la tarde, largas barcazas de fondo plano impulsadas con pértigas paseaban a los habitantes de la ciudad por aquellas vías de agua. A todo lo largo del río y de sus corrientes tributarias había pescadores inclinados sobre sus cañas: con sombrero y chaqueta al pie de la catedral y en mangas de camisa en las orillas de los jardines acuáticos, arrojaban sus sedales en busca de una trucha o una carpa.

La casa de los Azaire mostraba a la calle, desde detrás de la verja de hierro, una fachada recia y convencional. Quienes daban la vuelta por allí en dirección al río no abrigaban ninguna duda de que el propietario era un hombre importante. El tejado de pizarra descendía bruscamente en conflictivos ángulos para cubrir la forma irregular de la casa. Bajo uno de aquéllos, una ventana abuhardillada daba al bulevar. El primer piso estaba dominado por una balconada de piedra desde cuyos balaustres la hiedra roja se había abierto camino hasta el tejado. Había una formidable puerta principal, con herrajes sobre la madera.

Interiormente, la casa era a la vez menor y mayor de lo que parecía. No tenía habitaciones de dimensiones impresionantes, ni salones de baile dorados, con arañas de lágrimas, pero contaba con inesperados espacios y corredores que revelaban nuevos rincones con peldaños que conducían a los jardines; saloncitos provistos de escritorios y sillas tapizadas, que se abrían a pasillos insospechados.

Incluso desde el final de la superficie cubierta de césped resultaba difícil entender cómo encajaban las habitaciones y los corredores en los agradables rectángulos de piedra. En todo el edificio los pavimentos producían sonidos diferenciados bajo la presión de los pies, de modo que con sus ángulos cerrados y su aire pleno de ecos, la casa era un lugar donde siempre se oían pasos pero no se veía a quién pertenecían.

El baúl metálico de Stephen Wraysford había llegado con antelación y aguardaba a los pies de la cama. Sacó su ropa y colgó su otro traje en el gigantesco armario tallado. Bajo la ventana había una palangana esmaltada y un toallero de madera. Tenía que ponerse de puntillas para contemplar el bulevar, donde un coche de punto aguardaba al otro lado de la calle, con el caballo sacudiéndose el arnés y alargando el cuello para alcanzar las ramas de un limero. Comprobó la elasticidad de la cama y luego se tendió en ella, descansando la cabeza en la almohada cubierta. La habitación era sencilla, pero había sido decorada con cierto cuidado. En la mesa había un jarrón con flores silvestres y, a ambos lados de la puerta, grabados con escenas callejeras de Honfleur.

Era un atardecer de primavera, con un sol tardío en el cielo más allá de la catedral, y con el canto de los mirlos a ambos lados de la casa. Stephen se lavó someramente y trató de alisar su pelo negro frente al espejito. Puso media docena de cigarrillos en una caja de metal y la guardó en la chaqueta. Se vació los bolsillos de objetos que ya no necesitaba: billetes de ferrocarril, un cuaderno de piel azul y una navaja con una única hoja concienzudamente afilada.

Bajó a cenar, sobresaltado por el sonido de sus pasos en las dos escaleras que lo llevaron al rellano del primer piso, donde se hallaban los dormitorios de la familia, y luego al vestíbulo. Sintió calor bajo el chaleco y la chaqueta. Permaneció desorientado un momento, inseguro de cuál de las cuatro puertas de cristales que se abrían en el vestíbulo era la que debía cruzar. Entreabrió una de ellas y su mirada se encontró con una cocina saturada de vapor, en medio de la cual, en una amplia mesa de servicio, una criada disponía platos en una bandeja.

—Por aquí, monsieur. La cena está servida —dijo la criada, encogiéndose al pasar junto a él por la puerta.

La familia ya estaba sentada en el comedor. Madame Azaire se levantó.

—Ah, monsieur, éste es su sitio.

Azaire murmuró una presentación de la que Stephen oyó solamente las palabras «mi mujer». Él tomó la mano de la señora e hizo una breve inclinación de cabeza. Dos niños lo miraban desde el otro lado de la mesa.

—Lisette —dijo madame Azaire, haciendo un gesto hacia una muchacha de unos dieciséis años, con el cabello negro recogido con una cinta, y que sonrió y alargó la mano— y Grégoire.

Éste era un chico de unos diez años, cuya cabecita apenas era visible por encima de la mesa, bajo la cual movía vigorosamente las piernas atrás y adelante.

La criada deslizó una sopera sobre el hombro de Stephen, que se sirvió un cucharón lleno en su plato y percibió el aroma de alguna hierba que no le resultaba familiar. Bajo los anillos concéntricos de un remolino verde, la sopa estaba espesada con patata.

Azaire ya había terminado su sopa y se dedicaba a golpear el cuchillo con un ritmo persistente contra el apoyacubiertos de plata. Stephen alzó unos ojos escrutadores por encima de la cuchara mientras sorbía la sopa entre los dientes.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó el niño.

—¡Grégoire!

—No tiene importancia —le dijo Stephen a madame Azaire—. Veinte.

—¿Bebe usted vino? —preguntó Azaire, sosteniendo una botella sobre el vaso de Stephen.

—Gracias.

Azaire sirvió cuatro o cinco centímetros a Stephen y a su esposa antes de devolver la botella a su sitio.

—Así pues, ¿qué sabe usted sobre la industria textil? —indagó Azaire.

Sólo contaba cuarenta años, pero podía haber sido diez años mayor. Su cuerpo era de esos que ni se vuelven rígidos ni se encorvan con los años. En sus ojos había una mirada alerta y desprovista de humor.

—Un poco —respondió Stephen—. Llevo trabajando en el ramo casi cuatro años, aunque la mayor parte del tiempo me he ocupado de cuestiones financieras. Mi jefe quería que me familiarizara con el proceso de fabricación.

La criada se llevó los platos de la sopa y Azaire empezó a hablar de las industrias locales y de las dificultades que él había tenido con sus trabajadores. Era dueño de una fábrica en la ciudad y de otra situada a pocos kilómetros.

—La integración de los hombres en los sindicatos deja muy poco margen de maniobra. Se lamentan de que están perdiendo sus empleos porque hemos introducido maquinaria, pero si no podemos enfrentarnos a nuestros competidores de España e Inglaterra, no tenemos esperanzas.

La criada entró con un plato de carne en su jugo, cortada en rodajas, que colocó ante madame Azaire. Lisette empezó a contar un

suceso de su jornada escolar. Sacudía la cabeza y abría mucho los ojos mientras hablaba. La historia se refería a la travesura de la que una chica había hecho objeto a otra, pero el relato de Lisette encerraba un segundo nivel. Era como si reconociera la naturaleza infantil de lo que decía y quisiera dar a entender a Stephen y a sus padres que ella era demasiado mayor para tales cosas. Pero parecía insegura en cuanto a dónde se situaban ahora sus propios intereses y gustos. Tartamudeó un poco antes de dejar de hablar y se volvió para reprender a su hermano por haberse reído.

Stephen la miró mientras hablaba, escrutando con sus ojos negros su rostro. Azaire ignoró a su hija mientras se servía él mismo la ensalada y cedía la ensaladera a su esposa. Pasó un trozo de pan alrededor del borde del plato en el que quedaban restos del jugo de carne.

Madame Azaire no había atraído plenamente la mirada de Stephen. En contrapartida él evitaba la suya, como si aguardara a que se dirigiera a él, pero con el rabillo del ojo percibía el movimiento de su cabeza, con su cabello castaño rojizo, recogido sobre el rostro. Llevaba una blusa blanca de encaje con una piedra rojo oscuro en la garganta.

Cuando terminaban de cenar, sonó un timbrazo en la puerta principal, y oyeron en el vestíbulo una voz que se expresaba en tono cordial. Azaire sonrió por primera vez.

—El bueno de Bérard. ¡Tan puntual como siempre!

—Monsieur y madame Bérard —anunció la criada, abriendo la puerta.

—Buenas noches, Azaire. Encantado, madame.

Bérard, un hombre de complexión robusta y cabello gris, en la cincuentena, bajó los labios hasta la mano de madame Azaire. La esposa, de complexión casi tan robusta como Bérard y con el espeso cabello recogido sobre la cabeza, estrechó las manos y besó a los niños en la mejilla.

—Lo siento, no he oído su nombre cuando nos ha presentado René —le dijo Bérard a Stephen.

Mientras Stephen lo repetía y se lo deletreaba, los niños fueron despedidos y los Bérard se instalaron en sus lugares. Azaire parecía rejuvenecido por su llegada.

—¿Coñac para usted, Bérard? ¿Y para usted, madame, una tisanita? Isabelle, haz el favor de llamar para que sirvan también el café. Ahora...

—Antes de seguir adelante —dijo Bérard, alzando su mano carnosa—, tengo malas noticias. Los tintoreros han convocado una huelga que empieza mañana. Los dirigentes sindicales se han reunido con los representantes de la patronal esta tarde a las cinco, y ésa es su

decisión.

Azaire dio un resoplido.

—Creía que la reunión era mañana.

—Se adelantó a hoy. No me gusta traerle malas nuevas, mi querido René, pero usted no me daría las gracias si se enterara mañana por su encargado. Al menos supongo que no afectará a su fábrica de forma inmediata.

De hecho, parecía que Bérard disfrutaba por haber traído la noticia. Su rostro expresaba una tranquila satisfacción ante la importancia que aquélla le había conferido. Madame Bérard miraba con admiración a su marido.

Azaire continuó maldiciendo a los trabajadores y preguntándose cómo esperaban que mantuviera la actividad de sus fábricas. Stephen y las mujeres se resistían a dar una opinión, y Bérard, una vez comunicada la noticia, parecía no tener otra contribución que hacer al tema.

—De modo —dijo, cuando Azaire ya tuvo bastante con su perorata— que una huelga de tintoreros. Eso es lo que hay, eso es lo que hay.

Y todos, incluido Azaire, dieron por hecho que esa conclusión dejaba el asunto zanjado.

—¿En qué ha viajado usted? —preguntó Bérard.

—En tren —respondió Stephen, dando por supuesto que se dirigía a él—. Ha sido un largo viaje.

—Ah, los trenes —dijo Bérard—. ¡Vaya servicio! Aquí tenemos un gran nudo ferroviario. Trenes a París, a Lille, a Boulogne... Dígame, ¿tienen ustedes trenes en Inglaterra?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Déjeme pensarlo... Desde hace unos setenta años.

—Pero creo que tienen problemas en Inglaterra.

—No estoy seguro. No tenía conocimiento de ninguno.

Bérard sonreía feliz mientras bebía su coñac.

—O sea que los hay. Ahora tienen trenes en Inglaterra.

El peso de la conversación recaía en Bérard. Cargó con él como quien acepta asumir la dirección, armonizando las diferentes voces y resumiendo luego las intervenciones.

—En Inglaterra comen carne todos los días para desayunar.

—Creo que la mayoría lo hace —confirmó Stephen.

—Imagine, querida madame Azaire, ¡carne asada todos los días para desayunar!

Bérard invitaba con ello a hablar a su anfitriona. Ella declinó el ofrecimiento, pero murmuró algo acerca de la necesidad de abrir una ventana.

—Quizá algún día hagamos nosotros lo mismo, ¿eh, René?

—Oh, lo dudo, lo dudo. A menos que algún día tengamos también la niebla londinense.

—Oh, y la lluvia —dijo Bérard riendo—. Creo que en Londres llueve cinco de cada seis días —y volvió a mirar hacia Stephen.

—Sin embargo, he leído en un periódico que el año pasado llovió un poco menos en Londres que en París...

—Cinco días de cada seis. —Esta vez Bérard sonrió ampliamente —. ¿Se lo imaginan?

—Papá no puede soportar la lluvia —le aclaró a Stephen madame Bérard.

—¿Y qué tal han pasado este hermoso día de primavera, querida señora? —preguntó Bérard, invitando de nuevo a intervenir a la anfitriona.

En esta ocasión tuvo éxito, y madame Azaire, dejando a un lado la cortesía y el entusiasmo, se dirigió directamente a él.

—Esta mañana he ido a la ciudad para hacer algunos recados. Había una ventana abierta en una casa, cerca de la catedral, y alguien tocaba el piano. —La voz de madame Azaire era fría y baja. Pasó un rato describiendo lo que había oído—. Era algo hermoso —concluyó —, aunque consistía en unas pocas notas. Quise detenerme, llamar a la puerta de aquella casa y preguntar el título al intérprete.

El sobresalto se pintó en los rostros de monsieur y de madame Bérard. Evidentemente no esperaban aquello. Azaire habló con la voz tranquilizadora de alguien acostumbrado a aquellas extravagancias.

—¿Y qué música era ésa, querida?

—No lo sé. Nunca la había oído antes. Era una música como la de... Beethoven o Chopin.

—Dudo que fuera de Beethoven si usted no logró reconocerla, madame —dijo Bérard, galante—. Apuesto lo que quiera a que era una de esas canciones populares.

—No hubiera sonado así —replicó madame Azaire.

—No puedo soportar esas tonadas populares que tanto se oyen en estos tiempos —continuó Bérard—. En mi juventud era diferente. Claro que todo era diferente entonces. —Se echó a reír con irónica autocomplacencia—. Pero deme usted una melodía adecuada escrita por uno de nuestros grandes compositores de cualquier época. Una canción de Schubert o un nocturno de Chopin, ¡algo que le ponga a uno los pelos de punta! La función de la música es liberar en el alma esos sentimientos que normalmente permanecen encerrados en el corazón. Los grandes compositores del pasado eran capaces de hacerlo, pero los músicos de hoy quedan satisfechos con cuatro notas en una línea que uno puede vender en un cancionero en la esquina de la calle. ¡El genio no halla su reconocimiento con tanta facilidad como

eso, mi querida madame Azaire!

Stephen observaba cómo madame Azaire volvía lentamente la cabeza para que sus ojos se encontraran con los de Bérard. La vio abrirlos más al fijarse en el rostro sonriente de Bérard, del que brotaban gotitas de sudor en el aire quieto del comedor. ¿Cómo era posible, se preguntaba, que pudiera ser la madre de la niña y el niño que los habían acompañado en la cena?

—Sí, creo que debería abrir esa ventana —dijo en tono frío, y se levantó con un roce de la falda de seda.

—¿También es usted aficionado a la música, Azaire? —preguntó Bérard—. Es bueno tener música en una casa donde hay niños. Madame Bérard y yo siempre animamos a nuestros hijos cuando cantan.

La mente de Stephen se desbocaba mientras la voz de Bérard continuaba dejándose oír. Había algo magnífico en la forma en que madame Azaire daba de lado a aquel hombre absurdo. No pasaba, ciertamente, de un provinciano jactancioso, pero quedaba claro que estaba acostumbrado a salirse con la suya.

—He disfrutado en las veladas de la sala de conciertos —dijo Azaire modestamente—, pero tengo mis dudas de que por eso pueda calificarme de aficionado a la música. Simplemente...

—Eso no tiene sentido. La música es una forma democrática de arte. Usted no necesita dinero para comprarla ni formación para estudiarla. Todo cuanto precisa es un par de éstas. —Bérard se agarró sus grandes y rosadas orejas y las sacudió—. Orejas. El don de Dios al nacer. No debe mostrarse tímido respecto a su afición, Azaire. Eso sólo puede conducir al triunfo del gusto inferior aprovechando el punto débil de la falsa modestia. —Bérard se recostó en su silla y dirigió una mirada a la ventana, ahora abierta. La corriente pareció estropear el placer del epigrama que pretendió inventar—. Pero perdóneme, René; lo he interrumpido.

Azaire estaba ocupado con su negra pipa de brezo, apisonando el tabaco con los dedos y probando el tiro ruidosamente. Cuando quedó satisfecho, encendió una cerilla y, por un momento, una espiral azul de humo rodeó su cabeza calva. En el silencio que se hizo antes de que pudiera replicar a su amigo, oyeron los pájaros en el jardín.

—Canciones patrióticas —dijo Azaire—. Siento una especial preferencia por ellas. El sonido de las bandas tocando y un millar de voces que se elevaban al unísono para cantar *La Marsellesa* cuando el ejército partió para luchar contra los prusianos. ¡Qué gran día debió de ser!

—Usted me perdonará —replicó Bérard—, pero ése es un ejemplo de música utilizada con un propósito: infundir espíritu de lucha en los corazones de nuestros soldados. Cuando un arte se destina a fines

prácticos, pierde su pureza esencial ¿No estoy en lo cierto, madame Azaire?

—Me atrevería a decir que sí, monsieur. ¿Qué piensa monsieur Wraysford?

Stephen, momentáneamente sobresaltado, miró a madame Azaire y encontró sus ojos mirando los suyos por vez primera.

—Carezco de opinión sobre eso, madame —respondió recobrando la compostura—, pero creo que si una canción puede conmover el corazón, merece valorarse.

De repente, Bérard alargó la mano.

—Un poco de coñac, hágame el favor, Azaire. Gracias. Ahora haré algo con lo que voy a correr el riesgo de ponerme en ridículo ante ustedes y conseguir que tengan mala opinión de mí.

Madame Bérard rió incrédula.

—Voy a cantar. Sí, no conseguirán disuadirme. Voy a cantar una cancioncita que era popular en mi infancia, y eso, puedo asegurárselo, fue hace muchísimos años.

Lo que sorprendió a sus oyentes fue la rapidez con que, hecha su declaración, Bérard se lanzó a cantar. Habían mantenido una conversación formal de sobremesa, y sin transición se convirtieron en una audiencia atrapada mientras Bérard se adelantaba en su silla, apoyaba los codos en la mesa y cantaba con voz de barítono.

Fijó la mirada en madame Azaire, sentada frente a él. Ella era incapaz de sostenerla, y mantenía los ojos bajos, dirigidos a su plato. Su incomodidad no desanimó a Bérard. Azaire jugueteaba con su pipa y Stephen estudiaba la pared sobre la cabeza de Bérard. Madame Bérard contemplaba a su marido y sonreía orgullosa, mientras él hacía el obsequio de su canción a su anfitriona. Madame Azaire se sonrojó y se retorció en su silla, bajo la mirada sin pestañeo del cantante.

Le tembló la papada al volver la cabeza para dar énfasis a una parte emotiva de la canción. Ésta era una balada sentimental sobre las diferentes épocas de la vida de un hombre. El estribillo decía: «Pero entonces yo era joven y las hojas eran verdes. / Ahora el maíz se ha cosechado y el barquito ha zarpado».

Al final de cada estribillo Bérard hacía una pausa llena de dramatismo, y Stephen permitía a sus ojos una rápida mirada para comprobar si había terminado. Por un momento reinó un profundo silencio en el caluroso comedor, pero siguieron otra profunda inhalación y otra estrofa más: «Un día los jóvenes volvieron de la guerra, / el maíz estaba crecido y nuestras amadas aguardaban...».

Bérard se había ladeado un poco mientras cantaba y levantaba la voz a medida que se apasionaba con el canto; pero sus ojos inyectados en sangre permanecían fijos en madame Azaire, como si su cabeza pudiera girar solamente sobre el eje de su mirada. Con un esfuerzo de

voluntad, ella parecía mantener la serenidad y blindar su cuerpo contra la naturaleza íntima de la atención que el otro le dedicaba.

—«... y el barquito ha zarpado-o-o». Ya está —dijo Bérard, terminando bruscamente—. ¡Les he advertido que haría el ridículo!

Los otros protestaron, manifestando que, por el contrario, la canción había sido magnífica.

—Papá tiene una hermosa voz —dijo madame Bérard, sonrojada a causa del orgullo.

El rostro de madame Azaire era también sonrosado, aunque no a causa de la misma emoción. Azaire adoptó una actitud falsamente jovial, y Stephen sintió que una gota de sudor le caía dentro del cuello de la camisa. Tan sólo el propio Bérard estaba completamente desinhibido.

—Ahora, Azaire, ¿qué me dice de una partida de cartas? ¿De qué será?

—Perdona, René —dijo madame Azaire—. Tengo un poco de jaqueca. Creo que me acostaré. Quizá monsieur Wraysford quiera ocupar mi lugar.

Stephen se levantó al mismo tiempo que madame Azaire. Hubo protestas y ansiosas preguntas por parte de los Bérard, que madame Azaire rechazó con una sonrisa, asegurándoles que todo iba perfectamente. Bérard inclinó la cabeza hasta su mano, y madame Bérard besó la todavía sonrosada piel de la mejilla de madame Azaire. Su antebrazo desnudo permitía ver algunas pecas, según observó Stephen cuando ella se volvió hacia la puerta; una figura alta, súbitamente dominante, con una falda rojo sangre que rozaba el pavimento del vestíbulo.

—Vamos a la sala de estar —dijo Azaire—. Monsieur, espero que se una a nosotros para una partida de cartas.

—Desde luego —respondió Stephen, forzando una sonrisa de aquiescencia.

—Pobre madame Azaire —se lamentó madame Bérard, mientras se sentaban a la mesa de juego—. Espero que no se haya resfriado.

Azaire se echó a reír.

—No, no. Son sólo los nervios. No es nada.

—Qué criatura tan delicada —murmuró Bérard—. Creo que le toca a usted, Azaire.

—Sin embargo, una jaqueca puede significar el comienzo de un estado febril —dijo madame Bérard.

—Madame —replicó Azaire—, le aseguro que Isabelle no tiene fiebre. Es una mujer de temperamento nervioso. Sufre jaquecas y varias dolencias menores. Eso no significa nada. Créanme, la conozco muy bien y he aprendido a vivir con sus ligeras molestias.

Dirigió una mirada de complicidad a Bérard, quien rió entre

dientes.

—Usted sí que tiene una constitución robusta.

—¿Ha sufrido siempre jaquecas?

Madame Bérard se mostraba insistente. Los labios de Azaire se desplegaron en una leve sonrisa.

—Es un pequeño precio que uno paga. Le toca jugar a usted, monsieur.

—¿Qué? —Stephen bajó la mirada hacia sus cartas—. Lo siento. No estaba concentrado.

Había estado mirando la sonrisa de Azaire y preguntándose qué significaba. Bérard hablaba con Azaire sobre la huelga, mientras depositaban las cartas sobre la mesa con gesto rápido y seguro.

Stephen trató de concentrarse en el juego y en arrastrar a madame Bérard a algún tipo de conversación. Ella parecía indiferente a la atención que él le dedicaba, pero su rostro se iluminaba siempre que su marido le dirigía la palabra.

—Lo que necesitan esos huelguistas —dijo Azaire— es alguien que los ponga en evidencia porque van de farol. Yo no estoy dispuesto a contemplar cómo se estanca mi negocio por las demandas exageradas de unos pocos holgazanes. Algún patrono debe tener la fortaleza precisa para plantarse delante de ellos y despedirlos a todos.

—Me temo que habría violencia. Las turbas se alborotarían —opinó Bérard.

—No con los estómagos vacíos.

—No estoy seguro de que sea inteligente para un concejal del ayuntamiento como usted, René, verse envuelto en semejantes disputas.

Bérard tomó el mazo de cartas para barajar, y sus gruesos dedos se movieron con destreza sobre los naipes combados. Cuando hubo concluido, encendió un cigarro, se recostó en la silla y se alisó el chaleco sobre el vientre.

Entró la criada a preguntar si necesitaban algo más. Stephen contuvo un bostezo. Había estado viajando desde el día anterior, y le atraía la idea de su modesta habitación, con sus sábanas almidonadas y la vista del bulevar.

—No, gracias —dijo Azaire—. Cuando vaya a acostarse, haga el favor de pasar por la habitación de madame Azaire y dígale que más tarde iré a ver cómo se encuentra.

Por un momento, Stephen pensó haber advertido otra mirada de complicidad entre ambos hombres, pero cuando dirigió la vista a Bérard éste mantenía la expresión concentrada en el abanico de cartas que sostenía en la mano.

Finalmente, Stephen se despidió de los visitantes y se levantó para retirarse. Permaneció junto a la ventana de la sala de estar,

contemplándolos a la luz que llegaba del porche. Bérard se puso un sombrero de copa, como si fuera un barón que salía de la ópera y se disponía a regresar a casa. Madame Bérard, con el rostro resplandeciente, se envolvió en su capa y lo tomó del brazo. Azaire se inclinó, doblando la cintura, y pronunció lo que parecía un apremiante susurro.

En el exterior empezó a caer una lluvia suave que arrastraba la tierra de las roderas de la calzada y repiqueteaba en las hojas de los plátanos. Dejaba una película grasienta en la ventana de la sala de estar y luego formaba goterones que se escurrían por el cristal. Tras éste, era visible el pálido rostro de Stephen mientras observaba la partida de los visitantes: una alta figura con las manos en los bolsillos y los ojos pacientes y resueltos; el cuerpo, ladeado, desprendía una juvenil indiferencia cultivada por la fuerza de voluntad y la necesidad; su cara inspiraba en los demás un trato cauteloso, ante la inseguridad de si sus ambivalentes expresiones se resolverían en la pasión o en la aquiescencia.

Ya en su habitación, Stephen prestó oído a los ruidos de la noche. Un postigo suelto giraba lentamente sobre sus goznes y golpeaba la pared, en la parte posterior de la casa. Una lechuza ululaba en algún lugar, en la espesura de los jardines, cultivados de modo que parecían salvajes. Llegaba también el irregular resuello del agua y su fluir por las estrechas cañerías.

Stephen se sentó al escritorio, junto a la ventana, y abrió un cuaderno con gruesas rayas azules. Estaba a medio llenar con una escritura, con tinta, que se extendía sobre las líneas en racimos desplegados a partir del margen rojo de la izquierda. A intervalos en el texto había fechas, aunque entre ellas no faltaban los saltos de días y, en ocasiones, de semanas.

Llevaba un diario hacía cinco años, desde que se lo sugirió un maestro de la escuela elemental. Las horas de estudio del griego y el latín le habían proporcionado un involuntario pero arraigado conocimiento de las lenguas que utilizó como base de un código. Cuando el tema era delicado, cambiaba el sexo de los personajes y anotaba sus actos o sus respuestas con frases que no podían significar nada para un lector ajeno.

Reía suavemente para sus adentros mientras escribía. Este sentido del secreto era algo que había tenido que cultivar a fin de superar un talante natural abierto y un genio vivo. A los diez u once años su entusiasmo ingenuo y su indignado sentido de lo que estaba bien y lo que estaba mal hicieron desesperar a sus maestros, pero aprendió lentamente a respirar y mantener la calma, a no confiar en sus respuestas, sino a esperar y a mostrarse vigilante.

Sus puños se aflojaron, se llevó las manos a la cara y miró la

desnuda pared frente a él. Le llegó un sonido que, esta vez, no era el postigo ni el rumor del agua, sino algo más estridente y más humano. Se repitió, y Stephen cruzó la habitación para prestar oído. Abrió la puerta que daba al rellano y salió pisando con suavidad, recordando el ruido que sus pasos habían producido antes. Aquel sonido era una voz de mujer, casi estaba seguro de ello, y procedía del piso de abajo.

Se quitó los zapatos, los apartó suavemente más allá del quicio de la puerta de su habitación, y empezó a deslizarse escaleras abajo. En la casa reinaba la oscuridad más completa. Azaire debía haber apagado todas las luces al ir a acostarse. Stephen notó cómo cedían los peldaños de madera bajo sus calcetines y sintió la barandilla bajo su mano exploradora. No tenía miedo.

En el rellano del primer piso dudó. El tamaño de la casa y las diversas direcciones de las que el sonido podía proceder le hicieron sentirse completamente intimidado. Al rellano daban tres pasillos: uno de ellos conducía, después de subir un escalón, hada la fachada principal de la casa, y los otros dos, a los lados, siguiendo aquélla en su longitud antes de dividirse en otros corredores. En aquella planta se alojaban toda la familia y la servidumbre, y allí estaban, además, los baños, los lavaderos y las bodegas. Podía ir a parar por casualidad al dormitorio de una cocinera o a un salón con decoraciones chinas y sedas Luis XVI.

Escuchó atentamente, conteniendo por un momento la respiración. Ahora le llegaba un sonido distinto, inidentificable como voz de mujer, pero con un tono más bajo, casi como sollozos, interrumpidos por un sonido más contundente, como el de un breve impacto. Stephen se preguntaba si debía continúan Había abandonado de manera impulsiva su habitación con la creencia de que algo malo sucedía, pero ahora le parecía que, sencillamente, podía estar invadiendo la vida privada de alguno de los moradores de la casa. Sin embargo, no titubeó mucho tiempo, pues sabía que el sonido no correspondía a algo normal.

Tomó un corredor a la derecha y caminó con exagerado tiento, con un brazo extendido para protegerse los ojos, y el otro resiguiendo la pared. El corredor llegó a un cruce y, mirando a la izquierda, Stephen vio salir de debajo de una puerta cerrada un estrecho haz de luz. Calculó la distancia que podía haber hasta la puerta. Deseaba mantenerse lo suficientemente cerca de la esquina del corredor, a fin de tener tiempo de doblarla sin ser visto por alguien que saliera de la habitación.

Avanzó media docena de pasos, que fue todo lo cerca que se atrevió a llegar. Se detuvo y escuchó, sofocando de nuevo su propia respiración, a fin de no perderse ni un sonido. Pudo sentir el latido de su corazón contra su pecho y una ligera pulsación en la carne del

cuello.

Oyó una voz de mujer, fría y baja, aunque intensificada por la desesperación. Rogaba, y las palabras, aunque indistintas por la forma que tenía de mantener la voz baja, resultaban audibles en los momentos en que denotaban una insistencia. Stephen pudo distinguir la palabra «René», y más tarde «te lo imploro», y luego «niños». La voz, que, pese a aquella débil constancia, reconoció como la de madame Azaire, se cortó en seco tras el ruido sordo que había oído antes. Se convirtió en un grito ahogado que, debido a su súbita transformación en un registro alto, resultó claro que era de dolor.

Stephen avanzó por el corredor, pero ya no llevaba las manos delante, por precaución, sino tensas, con los puños cerrados sobre las costillas. A un paso o dos de la puerta, consiguió controlar su sentimiento de confusa ira. Por vez primera oyó una voz de hombre. Repetía una sola palabra en un tono roto, sin convicción, que dio paso a un sollozo. Entonces se oyeron pisadas.

Stephen se volvió y corrió a ponerse a cubierto en el otro pasillo, sabiendo que había avanzado más allá del límite que él mismo se había fijado. Al volver la esquina oyó la voz inquisitiva de Azaire:

—¿Hay alguien ahí?

Mientras corría, desandando el camino hasta el rellano, trató de recordar si había algún obstáculo en su recorrido, pues no disponía de tiempo para comprobar si estaba expedito. Desde el pie de la escalera, cuando se dirigía al segundo piso, pudo ver que de su habitación se filtraba luz. Subió los peldaños de dos en dos y se precipitó hacia el interruptor de la lamparita de sobremesa, provocando una sacudida y un golpe en el momento de alcanzarlo.

Permaneció quieto en medio de la habitación, escuchando. Pudo oír unos pasos que llegaban al pie de la escalera, en el piso de abajo. Si Azaire subía se sorprendería de que estuviera totalmente vestido en mitad de un cuarto a oscuras. Fue hasta la cama y se deslizó bajo las cobijas.

Transcurridos diez minutos se creyó seguro para desnudarse. Cerró la puerta y el postigo de la pequeña ventana y se sentó al escritorio, en ropa de dormir. Leyó por encima lo que había escrito antes, que describía su viaje desde Londres, el tren en Francia y la llegada al boulevard du Cange. Hizo breves comentarios sobre Bérard y su esposa, desfigurando a los personajes, y puso por escrito sus impresiones acerca de Azaire y los dos niños. Advirtió, no sin sorpresa, que no había escrito nada en absoluto acerca de aquello que más le había impresionado.

Por la mañana, Stephen se levantó con la cabeza clara, descansado y lleno de interés por su nuevo entorno, apartó de su mente los acontecimientos de la noche anterior y se sometió a todo un recorrido por los negocios de Azaire.

Abandonaron la prosperidad del bulevar y caminaron hasta el barrio de Saint-Leu, que a Stephen le pareció como un grabado medieval, con casas de tejados a dos aguas que se inclinaban sobre calles adoquinadas que daban a los canales. Había tendederos sujetos a paredes torcidas y canalones de desagüe. Niños pequeños, andrajosos, jugaban al escondite en los puentes y golpeaban con palos las barandillas de hierro a la orilla del agua. Las mujeres transportaban cubos de agua potable recogida en las fuentes en mejores zonas de la ciudad, para llevársela a su numerosa prole, parte de la cual aguardaba en la única habitación con que contaba la familia, mientras que otra parte, en su mayoría inmigrantes de la Picardía rural que habían llegado en busca de trabajo, se alojaba en viviendas improvisadas en los patios traseros de las atestadas casas. Reinaba ese ruido de la pobreza que proviene de niños en las calles y sus madres dirigiéndoles amenazas o amonestaciones o dando a gritos importantes noticias a las vecinas. Dominaba el jaleo de la convivencia cuando una casa no está cerrada a las demás, y salían voces de las tahonas y las tiendas repletas de parroquianos, mientras que los hombres, con carretillas y carros tirados por caballos, pregonaban sus artículos una docena de veces en cada calle.

Azaire se abría paso hábilmente entre la multitud, tomó a Stephen por el brazo cuando cruzaron un puente de madera, ignoró el insulto a gritos de un adolescente grosero, subió por una desgastada escalera de hierro en el costado de un edificio, y así llegaron a un despacho, situado en el primer piso, desde el que se veía la planta donde funcionaba la fábrica.

—Siéntese. Ahora tengo una reunión con Meyraux, mi empleado principal, y también, como castigo por los pecados que yo haya podido cometer, con el jefe del sindicato.

Azaire señaló un asiento tapizado de cuero en el otro extremo de una mesa escritorio con papeles amontonados. Bajó la escalera interior que conducía a la planta fabril, dejando a Stephen, que desde el despacho miraba a través del tabique de cristal la escena que se desarrollaba abajo.

La mayoría de los trabajadores eran mujeres, sentadas ante las máquinas de hilar en el extremo del recinto, aunque también había hombres y niños, con gorras planas de cuero, trabajando en las máquinas o transportando hilo y piezas de material en carretillas con ruedas de madera. Había un repiqueteo rítmico procedente de las anticuadas hiladoras, que casi ahogaban los gritos del capataz, un

hombre de rostro congestionado, con mostacho, que paseaba a grandes zancadas y vestía un abrigo que casi le llegaba a los tobillos. En la parte más próxima de la fábrica había hileras de trabajadoras manejando máquinas de coser Singer, con las rodillas subiendo y bajando para hacer funcionar el mecanismo, y con las manos planas, opuestas entre sí, procediendo con tanta rapidez como si estuvieran ajustando la presión de un gran grifo. Para Stephen, que había pasado muchas horas presenciando aquellas escenas en Inglaterra, el procedimiento era anticuado, del mismo modo que las calles de Saint — Leu parecían pertenecer a un siglo distinto de las hileras de casas adosadas de las ciudades fabriles de Lancashire.

Azaire regresó con Meyraux, un hombre bajo, rollizo, con un cabello oscuro caído sobre la frente. Meyraux tenía el aspecto de alguien honrado a quien habían empujado a la sospecha y a una profunda cerrazón. Estrechó la mano de Stephen, aunque la mirada de reserva que le dirigió parecía indicar que Stephen no debía sacar consecuencia alguna de aquella formalidad. Cuando Azaire lo invitó a sentarse, Meyraux dudó un momento antes de decidir, al parecer, que aquello no equivalía necesariamente a una capitulación. Se sentó con la espalda recta, inmóvil, aunque sus dedos se agitaban sobre sus rodillas, como si estuviera tejiendo invisibles hilos de algodón.

—Como usted sabe, Meyraux, monsieur Wraysford ha venido de Inglaterra a visitarnos. Es joven y desea aprender un poco más de nuestro ramo.

Meyraux asintió. Stephen le dedicó una sonrisa. Le satisfizo la sensación de no ser desautorizado ni descalificado en cuanto a responsabilidad o dedicación a causa de su edad. Podía advertir el profundo cansancio de ambos hombres. Azaire prosiguió:

—Sin embargo, y como también sabe usted, los compatriotas de monsieur Wraysford, en Manchester, son capaces de producir dos terceras partes más barato el mismo tejido que nosotros. Puesto que la empresa para la que trabaja es uno de nuestros mayores chentes en Inglaterra, sería apropiado que tratáramos de causarle buena impresión. Sé por su jefe que es un hombre con visión del futuro, al que le gustaría una mayor cooperación entre nuestros dos países. Ha hablado de adquirir acciones de la compañía.

Los dedos de Meyraux tamborileaban más aprisa.

—Otro Cosserat —dijo desdeñosamente.

Azaire sonrió.

—Mi querido Meyraux, no debe usted ser tan suspicaz. —Y volviéndose a Stephen—: Se refiere a uno de los grandes productores, Eugéne Cosserat, que hace muchos años importaba trabajadores y técnicas ingleses...

—A costa de varios empleos de la gente de aquí.

Azaire continuó dirigiéndose a Stephen:

—El gobierno quiere que racionalicemos nuestras operaciones, para tratar de concentrar muchas de ellas bajo un mismo techo. Esto es algo muy razonable, pero inevitablemente implicará un mayor recurso a la maquinaria y, en consecuencia, una pérdida de empleos.

—Lo que necesita la industria —dijo Meyraux—, como el gobierno viene diciendo desde los tiempos de mi padre, es más inversión y una actitud menos mezquina y menos tímida por parte de los patronos.

El rostro de Azaire se tornó súbitamente rígido, pero era imposible determinar si a causa de la ira o del simple desagrado. Se sentó, se caló unas gafas y tomó una hoja de papel del montón que había sobre la mesa.

—Atravesamos tiempos difíciles. No tenemos dinero para invertir, y por tanto sólo podemos reducir. Éstas son mis propuestas concretas. Los asalariados sufrirán un recorte del uno por ciento en sus haberes. A los trabajadores a destajo se les pagará con el mismo criterio, pero deberán incrementar la producción en un cinco por ciento como promedio. Su producción ya no se medirá por metros sino por pieza. Quienes no estén calificados para usar la nueva maquinaria, más o menos la mitad de la plantilla, serán recalificados como peones, y su salario sufrirá el consiguiente ajuste.

Se quitó las gafas y alargó la hoja de papel a Meyraux. A Stephen le sorprendió la sencillez del asalto de Azaire. No pretendía en absoluto que el personal obtuviera ganancia alguna con la nueva organización, ni propuso otra alternativa a la renuncia que con toda franqueza le demandaba. Tal vez se trataba del punto de partida de un regateo.

Meyraux, enfrentado a los detalles, mostraba una calma impresionante.

—Es más o menos lo que esperaba —dijo—. Al parecer, nos está pidiendo que aceptemos un salario inferior aún al de los tintoreros. Monsieur, no hace falta que le recuerde en qué situación están ellos.

Azaire empezó a cargar la pipa.

—¿Quién está detrás de esa tontería?

—Lo que está detrás —respondió Meyraux— son los intentos de los propietarios de esclavizar a los trabajadores a cambio de una reducción del salario.

—Usted ya sabe lo que quiero decir.

—Se menciona el nombre de Lucien Lebrun.

—¡El pequeño Lucien! No pensé que tuviera tanto valor.

Había claridad en el despacho acristalado. El sol proyectaba haces de luz sobre los libros y papeles que había en la mesa, bajo la ventana, e iluminaba los rostros de los dos antagonistas. Stephen observaba su

duro intercambio, pero se sentía disociado de él, como si sólo pronunciaran consignas. Sobre el tema de la riqueza de Azaire, su mente evocó de forma natural sus posesiones, la casa en el bulevar, el jardín, los niños gorditos, Grégoire con su mirada aburrida y Lisette con su sugestiva sonrisa, y por encima de todos recordó a madame Azaire, una figura que contemplaba con una reñida mezcla de sentimientos.

—...la consecuencia natural de una producción con tantos procesos separados —decía Azaire.

—Bien, a mí también me gustaría que el teñido se hiciera aquí —convino Meyraux—, pero como usted sabe...

No podía estar seguro de la edad de ella, y había algo en la vulnerabilidad de su piel: había visto cómo se erizaba la de su brazo a causa de una corriente de aire procedente del jardín. Y había algo, por encima de todo, en la impaciencia que advirtió en la forma de volver ella la cabeza, que ocultaba la expresión de sus ojos.

—... ¿no estaría de acuerdo, monsieur Wraysford?

—Ciertamente.

—No si tuviéramos que invertir en instalaciones mayores —dijo Meyraux.

«Estoy loco», pensó Stephen, conteniendo las ganas de reír; «debo de estar trastornado para permanecer aquí sentado, en este caluroso despacho acristalado, mirando a la cara de este hombre que trata del empleo de cientos de personas, y yo pensando en cosas que no puedo admitir siquiera ante mí mismo, mientras sonrío cómplice a...»

—No voy a seguir discutiendo en presencia de este joven —concluyó Meyraux—. Perdone, monsieur. —Se puso en pie e hizo una cortés inclinación de cabeza en dirección a Stephen—. No es nada personal.

—Desde luego —admitió Stephen, poniéndose también en pie—. Nada personal.

En su cuaderno, la palabra codificada que utilizaba Stephen para describir un determinado aspecto de madame Azaire y su confuso sentimiento hacia ella era «pulso». Le parecía lo suficientemente críptico, aunque también sugería algo de su sospecha de que estaba animada por un ritmo distinto del que latía en la sangre de su marido. También remitía a un insólito aspecto de su presencia física. En lo que respecta a la adecuación del vestido y del arreglo personal, nadie hubiera podido igualar a madame Azaire. Dedicaba mucho tiempo, varias veces al día, a bañarse o a cambiarse de ropa. Cuando se cruzaba con él en los corredores, desprendía un ligero aroma a jabón de rosas o a perfume. Sus vestidos seguían más la moda que los de otras mujeres de la ciudad, pero revelaban menos. Se comportaba

modestamente al sentarse o al levantarse, se acomodaba en las sillas con los pies juntos, de tal modo que bajo los pliegues de las faldas las rodillas casi se tocaban también. Cuando se levantaba lo hada sin accionar las manos o los brazos, sino con un espontáneo movimiento de elevación lleno de gracia y decoro. Sus manos blancas parecían tocar apenas los cubiertos cuando comía a la mesa familiar, y sus labios no dejaban huella de su contacto en la copa de vino. En una ocasión, Stephen advirtió una leve adherencia, de una fracción de segundo, de la membrana de su labio inferior a la copa cuando retiraba ésta para devolverla a su lugar, pero aun así la superficie permaneció clara y brillante. Ella advirtió que él se quedaba mirando la copa.

Pero a pesar de la ceremonia que observaba para con él y de su puntillosa forma de comportarse, Stephen advirtió otro elemento en lo que había denominado el pulso de ella. Era imposible concretar a través de qué sentido había tenido esa impresión, pero de algún modo, quizá tan sólo por el leve vello blanco de su brazo desnudo o por la sangre que viera concentrarse bajo las ligeras pecas de las mejillas, tuvo la certeza de que había alguna vida física más afanosa que la que realmente latía en las tranquilas y restrictivas estancias de la casa de su marido, con sus picaportes ovalados de pulida porcelana y sus pavimentos de parqué esmeradamente encajado.

Una semana después, Azaire sugirió a Meyraux que debía llevar a Stephen a almorzar con el personal, que utilizaba para este fin una habitación situada en la parte posterior de la fábrica. Había dos o tres mesas largas, a las que se sentaban los trabajadores para comer lo que llevaban consigo o bien compraban algún plato cocinado por una mujer desdentada, con la cabeza cubierta con un pañuelo blanco.

Al tercer día, en medio de una conversación general, Stephen se levantó bruscamente—dijo «Ustedes perdonen» y abandonó a toda prisa la habitación.

Un anciano llamado Jacques Bonnet lo siguió al exterior y lo encontró apoyado en el muro de la fábrica. Puso amistosamente la mano en el hombro de Stephen y le preguntó si se encontraba bien.

El rostro de Stephen estaba pálido, y dos regueros de sudor fluían desde su frente.

—Sí, estoy perfectamente.

—¿Qué le ha ocurrido? ¿Se ha encontrado mal?

—Probablemente hace demasiado calor. Me pondré bien. Sacó un pañuelo y se secó la cara.

—¿Por qué no vuelve dentro y acaba la comida? —propuso

Bonnet—. El conejo que ha guisado la vieja tenía buena cara.

—¡No! —Stephen se echó a temblar—. No quiero volver. Lo siento. —Se apartó de la mano paternal de Bonnet y se encaminó con paso vivo a la ciudad—. Dígale a Azaire que regresaré luego —añadió, volviendo la cabeza.

Al día siguiente, durante la cena, Azaire le preguntó si se había recuperado.

—Sí, gracias. No me pasaba nada. Sólo me sentí un poco mareado.

—¿Mareado? Eso suena a problema de circulación.

—No lo sé. Hay algo en el aire, quizá una de las sustancias químicas que emplean los tintoreros; no estoy seguro. Me resulta difícil respirar.

—Entonces tal vez debiera verlo un médico. Puedo concertar fácilmente una cita.

—No, gracias, no es nada.

La mirada de Azaire se había llenado de algo parecido al regocijo.

—No me gusta pensar que pueda sufrir un ataque. Yo podría fácilmente...

—Por el amor de Dios, René —intervino madame Azaire—. Te acaba de decir que no hay motivo para preocuparse. ¿Por qué insistes?

El tenedor de Azaire produjo un sonoro golpe cuando lo dejó en el plato. Por un momento su rostro reflejó una expresión de pánico, como la del escolar que sufre un súbito revés y no puede comprender las reglas de conducta que han valido la aprobación a su rival. Entonces empezó a sonreír sarcásticamente, como para dar a entender que en realidad sabía más que los otros y que su decisión de no seguir discutiendo era una concesión temporal que hacía a sus inferiores. Se volvió hada su esposa y le dijo en tono de burlona ligereza:

—¿Has vuelto a oír a tu trovador en tus paseos por la dudad, querida?

Ella bajó la vista al plato.

—No estaba paseando, René. Estaba haciendo recados.

—Desde luego, querida. Mi esposa es una criatura misteriosa, monsieur —le dijo a Stephen—. Nadie sabe, como el riachuelo de la canción, hacia dónde fluye o dónde desembocará.

Stephen apretó los dientes para contenerse y no protestar en apoyo de madame Azaire.

—No creo que monsieur Wraysford esté familiarizado con la canción —observó madame Azaire.

—Quizá monsieur Bérard querría cantármela.

Stephen se dio cuenta de que esas palabras se le habían escapado. Madame Azaire no pudo reprimir una súbita carcajada. Tosió, y Stephen advirtió que la piel de sus mejillas se teñía ligeramente ante

la mirada de su esposo.

Aunque estaba enfadado consigo mismo por lo que su anfitrión podía interpretar como rudeza, el rostro de Stephen permaneció inexpresivo. Azaire no tuvo ninguna reacción espontánea, como tampoco su mujer, y Stephen disimuló. Afortunadamente para Azaire, Lisette empezó a reír tontamente y pudo reprenderla.

—Entonces, ¿monsieur Bérard es un buen cantante? —preguntó Grégoire, levantando la vista del plato.

Llevaba la servilleta atada al cuello. Azaire le respondió en tono desafiante:

—Un cantante estupendo.

—Desde luego —corroboró Stephen, mirándolo a los ojos.

Luego miró directamente a madame Azaire. Ella había recobrado la compostura y le devolvió la mirada por un momento, conservando todavía en su rostro una chispa de humor que se desvanecía.

—O sea que no volvió usted a pasar frente a aquella casa.

—Creo que pasé camino de la farmacia, pero la ventana estaba cerrada y no oí ninguna música.

Los Bérard volvieron después de cenar, acompañados por la madre de la señora Bérard, una mujer con la cara arrugada, que llevaba un chal negro de encaje y a quien se atribuía una gran sensibilidad religiosa. Por razones que no se explicaron, Bérard la llamaba Tía Élise, y ella pidió a los demás que hicieran otro tanto. Stephen se preguntó si su apellido de casada le suscitaría recuerdos dolorosos de su difunto esposo, o si en la familia de la señora Bérard había algún secreto social que su marido consideraba mejor ocultar.

En esa y en posteriores ocasiones, Stephen observó a los Bérard y consideró el papel que desempeñaban en las vidas de los Azaire, En la terraza, cuando las noches eran lo suficientemente calurosas, los cinco se sentaban en sillas de mimbre, envueltos en el perfume de la madreselva y el jazmín que se extendían sobre los dinteles y los marcos de las ventanas de la parte trasera de la casa. Bérard, con sus gruesas botas y su chaleco de vestir, dirigía su pequeña orquesta con tenaz habilidad, aunque siempre se reservaba las mejores partes. Era una autoridad en lo relativo a las familias importantes de la ciudad, y podía hablar largo y tendido sobre el papel desempeñado por apellidos como Sellier, Laurendeau o De Morville como forjadores de su riqueza y de su tejido social. Sugería de una manera prolija e indirecta que su propia familia tuvo relación con los De Morville, la cual, a causa de la negligencia de algún Bérard bonapartista, no llegó a cuajar. Su manera de criticar a ese antepasado errante consistía en denigrar las halagadoras costumbres de la sociedad de París, en particular su ansia de títulos; de modo que el fracaso de su antepasado, que se había mantenido tenazmente provinciano, era

presentado como una virtud intemporal, pese a poseer una mayor finura que la desplegada por los parisienses, más astutos. Por tanto, este Bérard de otra época parecía al mismo tiempo recio y refinado, mientras que sus descendientes eran presentados como los herederos de tan encomiables virtudes y, a la vez, como los inocentes beneficiarios de una estirpe superior.

Pasaba el tiempo. Stephen supuso que debía de ser una manera de concluir aquellas tranquilas veladas, pero le hacía consumirse de frustración. No comprendía cómo madame Azaire podía soportar aquello.

Ella era la única que no respondía a las instigaciones de Bérard. Apenas intervenía cuando él la invitaba a hacerlo, pero hablaba, sin ser requerida, sobre un tema de su propia elección. Esto parecía no dejar otro recurso a Bérard salvo interrumpirla. Se disculpaba con una pequeña inclinación de cabeza, pero no para una interrupción de unos pocos minutos, sino que no dejaba de hablar hasta tener la seguridad de que llevaba la conversación por el camino que él deseaba. Madame Azaire se encogía ligeramente de hombros o sonreía ante la tardía disculpa, como para sugerir que lo que había estado a punto de decir carecía de importancia.

La presencia de Tía Élise beneficiaba particularmente a Bérard, puesto que se podía confiar en ella para elevar el tono de cualquier conversación con sus convicciones religiosas. Su fama de persona paciente y dada a la santidad se basaba en su prolongada viudez y en la amplia colección de misales, crucifijos y recuerdos de peregrinaciones que había reunido en su habitación de la casa de los Bérard. Con su boca ennegrecida y su voz áspera, parecía personificar una amenazadora verdad espiritual, a saber: que la verdadera fe no se encuentra en la pálida faz del anacoreta, sino en las arruinadas vidas de quienes han tenido que luchar para sobrevivir. A veces su risa parecía más procaz y vigorosa que santa, pero con sus frecuentes invocaciones a los santos era capaz de hacer enmudecer a sus oyentes, evocando nombres y martirios de la Iglesia primitiva y de sus años de formación en Asia Menor.

—Para el próximo domingo propongo pasar la tarde en los jardines acuáticos —dijo Bérard—. Me pregunto si podría interesarles unirse a nosotros.

Azaire se mostró de acuerdo, entusiasmado. Tía Élise comentó que era demasiado mayor para ir en bote, y se las arregló para dar a entender que aquello era un exceso inapropiado para un domingo.

—Debo suponer que sabe usted manejar un bote, René —dijo Bérard.

—Es cierto, estoy acostumbrado al agua.

—¡Escuchen el alarde de modestia! —comentó Bérard riendo—. Si

las pruebas no lo contradijeran, ni siquiera admitiría que es bueno haciendo negocios.

Azaire disfrutaba desempeñando, en broma, el papel de hombre modesto que Bérard había creado para él. Había ideado una manera especial de exteriorizar su escepticismo con una inhalación, cuando se mencionaba alguno de sus talentos, a lo que seguían un bufido al tomar aire de nuevo y un sorbo de la copa de la que estaba bebiendo. No decía nada, de modo que su fama de ingenioso permanecía intacta, aunque no para Stephen, quien cada vez que Azaire ponía los ojos en blanco con gesto modesto, recordaba las voces doloridas que había oído salir de su dormitorio.

A veces, desde la seguridad de la sala de estar, fijaba sus ojos en el grupo y en la figura vital y callada de madame Azaire. No se preguntaba si era hermosa, porque el efecto físico de su presencia volvía insignificante la cuestión. Tal vez si se la sometiera a un juicio más exigente, no *se* la consideraría hermosa. Mientras en su rostro todo era femenino, la nariz era ligeramente más larga de lo prescrito por la moda. Su pelo presentaba más matices distintos de castaño, dorado y rojizo de lo que la mayoría de las mujeres hubiera deseado. A pesar de la luminosidad de su rostro, su manifiesta fuerza de carácter sobrepasaba la idea convencional de la hermosura. Pero Stephen no hada juicios; procedía por impulso.

Una tarde, al regresar del trabajo, la encontró en el jardín, podando unos descuidados rosales, algunos de los cuales habían crecido por encima de su cabeza.

—Monsieur —lo saludó ceremoniosa, aunque no fríamente.

Sin ningún plan de acción, Stephen se limitó a tomar de su mano la tijera de podar y dijo:

—Permítame.

Ella sonrió sorprendida, de una manera que parecía disculpar aquel brusco arranque.

Stephen cortó algunas flores marchitas antes de comprender que no tenía una idea adecuada de lo que trataba de hacer.

—Déjeme a mí —dijo ella. Su brazo rozó el delantero de la chaqueta de Stephen, y las manos de ambos se tocaron cuando ella le quitó la tijera de podar—. Debe hacerlo así Debajo de cada flor marchita ha de cortar el tallo con una ligera inclinación, así. Mire.

Cayeron al suelo los pétalos pardos de una rosa que antes fue blanca. Stephen se acercó un poco para captar la fragancia de la ropa recién lavada de madame Azaire. Su falda era del color de la tierra seca, y la blusa estaba ribeteada con un dentado que sugería motivos o adornos de vestidos antiguos y más elaborados. El chalequito que llevaba encima de la blusa, abierto, revelaba rubor en la parte baja de la garganta, debido al liviano trabajo de jardinería. Stephen imaginó

las diferentes épocas de la moda y de la historia, inspiradas por su forma decorativa de vestir: le sugería bailes para celebrar la victoria en las batallas de Wagram y Borodinó o noches del Segundo Imperio. Su rostro todavía sin arrugas le parecía que era un indicio de intriga y mundanidad, más allá de la posición que obviamente ocupaba.

—Hace un día o dos que no veo a su hija —dijo Stephen poniendo fin a sus ensoñaciones—. ¿Dónde está?

—Lisette está con su abuela, cerca de Ruán, pasando unos días.

—¿Cuántos años tiene Lisette?

—Dieciséis.

Sin proponerse que su tono fuera halagador, Stephen preguntó:

—¿Cómo es posible que tenga una hija de esa edad?

—Ella y Grégoire son mis hijastros —aclaró madame Azaire—. La primera esposa de mi marido murió hace ocho años, y nosotros nos casamos dos después.

—Lo sabía. Sabía que no era usted lo bastante mayor como para tener una hija de esa edad.

Madame Azaire volvió a sonreír, un poco más cohibida.

Él miró su rostro, se inclinó sobre las espinas y las rosas secas, e imaginó su carne golpeada por su arrugado y corrupto marido. Sin pensarlo, alargó el brazo y tomó su mano, doblándosela entre las suyas.

Ella se volvió rápidamente hacia él, sonrojada, los ojos llenos de alarma.

Stephen sostuvo la mano de ella contra la gruesa sarga de su chaqueta. No dijo nada. La satisfacción de actuar según su impulso le había permitido mantener la calma. La miró a los ojos, como desafiándola a responder de una manera no dictada por la posición social de ambos.

—Monsieur. Por favor, suélteme la mano.

Trató de tomar aquello a broma. Stephen notó que no ejercía mucha presión al retirar la mano, lo cual no concordaba con sus palabras. El hecho de que en la otra mano tuviera la tijera de podar, dificultaba la acción de apartarse, con lo que se arriesgaba a perder la compostura.

—La otra noche escuché sonidos procedentes de su habitación, Isabelle...

—Monsieur, usted...

—Stephen.

—No prosiga. No debe humillarme.

—No tengo el menor deseo de humillarla. Eso nunca. Sencillamente quería tranquilizarla.

Fue una extraña elección de palabras, y Stephen sintió que eran inapropiadas nada más pronunciarlas, pero le soltó la mano.

Ella se lo quedó mirando con más serenidad que la que había mostrado antes.

—Debe respetar mi posición.

—Lo haré.

Le pareció que había cierta ambigüedad en lo que ella había dicho y que él sacaba provecho de ella al emplear el futuro en su aquiescencia.

Comprendiendo que no podría llevar más allá aquel avance, se alejó de ella de mala gana.

Madame Azaire observó la alta figura alejarse por el césped en dirección a la casa. Se volvió hacia las rosas, sacudiendo la cabeza como si desafiara un sentimiento indeseado.

Después de su huida de la habitación de la fábrica donde comían los obreros, Stephen había encontrado un café al otro lado de la catedral, adónde iba todos los días a almorzar. Era un lugar frecuentado por jóvenes, estudiantes o aprendices, muchos de los cuales se sentaban a diario a la misma mesa. La comida la preparaba un robusto desterrado de París que en otro tiempo tuvo un café en la Place de l'Odéon. Conocedor del apetito de los estudiantes, sólo servía un plato, pero abundante, con pan y vino incluidos en el precio. El plato más común que ofrecía era ternera, seguido de natillas o tarta de frutas.

Stephen estaba a mitad del almuerzo, sentado junto al ventanal, cuando vio pasar apresuradamente una figura familiar, con la cabeza gacha y con una cesta al brazo. Llevaba el rostro oculto por un pañuelo, pero la reconoció por la manera de caminar y por el fajín a cuadros.

Dejó algunas monedas rodando sobre la mesa, al tiempo que echaba atrás su silla, y salió a la calle. La vio desaparecer tras la esquina de la plaza e internarse por una estrecha calle lateral. Corrió para alcanzarla. Llegó a su altura en el momento en que ella accionaba la campanilla de una casa con puerta de doble hoja pintada de verde.

Cuando la abordó, madame Azaire se puso nerviosa.

—Monsieur... Yo, yo no lo esperaba. Voy a entregar algo a un amigo.

—La vi pasar delante del café donde yo estaba. Pensé acercarme y ver si podía ayudarla a llevar algo.

Ella miró la cesta con aire dubitativo.

—No. No, gracias.

Abrió la puerta un joven de pelo castaño y ondulado y expresión alerta. Su rostro denotaba reconocimiento y urgencia.

—Pase —dijo, al tiempo que colocaba una mano en el hombro de madame Azaire y la conducía a un patio.

—Es un amigo —explicó ella en tono inseguro y señalando a Stephen, quien permanecía junto a la puerta.

—Pase, pase —le invitó el hombre, y cerró la puerta tras ellos.

Los precedió a través del patio y, por algunos peldaños, hasta una reducida vivienda. Les pidió que esperaran en una estrecha sala de estar, con los postigos cerrados. Montones de papeles y octavillas cubrían la superficie de cada mesa y cada silla.

Regresó y descorrió una cortina que permitió la entrada de un poco de luz en la atestada y sórdida habitación.

Hizo un gesto con la mano y se disculpó:

—En este momento vivimos cinco en este reducido lugar. —Le tendió la mano a Stephen—. Me llamo Lucien Lebrun.

Se estrecharon las manos y Lucien se volvió hacia madame Azaire.

—¿Se ha enterado de la noticia? Han accedido a readmitir a los diez hombres a quienes despidieron la semana pasada. No ceden en la cuestión del salario, pero por algo se empieza.

Sintiendo la mirada intrigada de Stephen sobre ella, madame Azaire explicó:

—Debe usted preguntarse qué estoy haciendo aquí, monsieur. De vez en cuando traigo comida a monsieur Lebrun y él se la da a la familia de un tintorero. Algunos de ellos tienen cinco o seis hijos —en ocasiones incluso más— y dificultades para vivir.

—Comprendo. Y su marido no lo sabe.

—Así es. En ningún caso intervendría yo en los asuntos de sus trabajadores, pero, como usted sabe, los tintoreros forman un grupo aparte.

—¡No se disculpe! —dijo Lucien—. Regalar comida no es más que un acto de caridad cristiana. Y de todos modos la injusticia de que se hace objeto a mi gente es un ultraje. La semana pasada, en la reunión del sindicato local...

—¡No empiece de nuevo con eso! —le interrumpió, riendo, madame Azaire.

Lucien sonrió.

—Es usted un caso perdido, madame.

Stephen sintió una amarga preocupación por la familiaridad con que Lucien se dirigía a madame Azaire. No le importaban particularmente ni la política de la huelga ni la exquisita ética de la postura de madame Azaire. Sólo quería saber cómo había llegado a ese grado de familiaridad con aquel enérgico joven.

—Creo que es hora de que vuelva a la fábrica —dijo—. Su marido va a enseñarme el proceso de acabado.

—¿Usted trabaja con Azaire? —preguntó Lucien, asombrado.

—Trabajo para una compañía inglesa que me ha enviado aquí por un corto período.

—Habla muy buen francés para ser inglés.

—Lo aprendí en París.

—¿Y qué le ha dicho él sobre la huelga de los tintoreros?

Stephen recordó el comentario de Azaire acerca del «pequeño Lucien».

—No mucho. Creo que estará más preocupado cuando comience a afectar a su propia fábrica.

Lucien lanzó una carcajada breve y salvaje.

—No falta mucho para eso, se lo aseguro. Madame, ¿quiere beber algo?

—Es usted muy amable. Tal vez un vaso de agua.

Lucien desapareció y Stephen permaneció allí, resistiéndose a dejar a madame Azaire.

—No debe pensar mal de mí, monsieur.

—Por supuesto que no.

Stephen se sintió complacido porque a ella le importase lo que él pensara.

—Soy leal a mi marido.

Stephen no replicó. Oyó acercarse los pasos de Lucien. Se inclinó hacia delante, apoyó la mano en el brazo de madame Azaire y la besó en la mejilla. Se apresuró a salir, sin llegar a ver su sonrojo.

—Adiós —dijo, como si su beso no hubiera sido más que una manera amable de despedirse.

Isabelle Azaire, nacida Fourmentier, procedía de una familia que vivía cerca de Ruán. Era la más joven de cinco hermanas y había decepcionado a su padre por no ser el hijo que él deseaba.

En la primera infancia vivió desatendida por sus padres, quienes en la época en que nació su quinta hija ya no encontraban mucho encanto en los ruidos y los cambios de la infancia. Dos de sus hermanas mayores, Béatrice y Delphine, formaron tempranamente en sus vidas una alianza contra la remota tiranía de su padre y la indolencia manipuladora de madame Fourmentier. Ambas eran animadas, de inteligencia despierta, dotadas de diversos talentos que sus padres ni conocían ni estimulaban. Desarrollaron un egoísmo compartido que las inducía a no aventurarse lejos de la seguridad que se ofrecían mutuamente.

La hermana mayor, Mathilde, se entregaba a arrebatos de genio y a enfurruñamientos que podían durar días. Tenía el cabello oscuro y

una fría mirada que en ocasiones hacía que hasta su padre lo pensara dos veces antes de cruzarla con la suya. A los dieciocho años concibió una pasión por un arquitecto que trabajaba cerca de la catedral de Ruán. Era un hombre bajo, de aire furtivo, con cierta rapidez de comadreja en sus movimientos. Llevaba casado diez años y era padre de dos niñas. Los rumores de una creciente amistad entre ellos llegaron a oídos de monsieur Fourmentier, y se produjo un ruidoso altercado. Desde su dormitorio en el piso alto, Isabelle, de cinco años, oyó la primera manifestación verbal de la pasión adulta cuando las súplicas de su padre derivaron a la ira, y el temperamento bien conocido de su hermana se transformó en algo más gimoteante y elemental. Sintió temblar la casa cuando Mathilde cerró violentamente tras ella la puerta principal.

Isabelle era una criatura de naturaleza excepcionalmente dulce. No ponía en tela de juicio la indiferencia de sus padres. La que más se aproximaba a una confidente era su hermana Jeanne, dos años mayor que ella. Jeanne era la más emprendedora. Aún no había tenido que empezar a moverse en el mundo, como Mathilde, ni estaba incluida en la alianza entre Béatrice y Delphine. Cuando un día Isabelle empezó a sangrar, de manera inexplicada e imprevista, fue Jeanne quien la puso al corriente de lo que su madre, por desidia o gazmoñería, no le había dicho. Esa sangre, le contó Jeanne, se suponía que era algo vergonzoso, pero ella nunca había pensado tal cosa. Antes bien, la valoraba porque significaba algún gran ritmo de la vida que las apartaría de la estrechez del tedio de la infancia. Isabelle, todavía impresionada por lo sucedido, era lo bastante sugestionable como para compartir el placer privado de Jeanne, aunque no sin reparos. Nunca pudo reconciliarse del todo consigo misma por el hecho de que aquella cosa secreta que prometía una nueva vida y la liberación se manifestara como algo doloroso.

El padre de Isabelle era un abogado con ambiciones políticas, pero al que faltaba la capacidad para hacerlas realidad o el encanto que podía haberle procurado relaciones allá donde el talento le hubiera fallado. Acabó aburriéndose de su hogar de mujeres y se pasaba las horas de comer leyendo periódicos parisienses con sus relatos de intrigas políticas. No era consciente de la complejidad o la pasión de las vidas que llevaban sus hijas. Reprendía a las muchachas por su mal comportamiento y, ocasionalmente, las castigaba con severidad, pero no mostraba otro interés en su desarrollo. Madame Fourmentier se veía empujada por su propia indiferencia a una preocupación excesiva por la moda y las apariencias. Daba por sentado que su marido tenía una amante en Ruán, y que ésta era la razón por la que ya no mostraba interés alguno por ella. A fin de compensar este supuesto desaire, dedicaba su tiempo a presentarse

atractiva ante los hombres.

Un año después de su fracasada aventura con el arquitecto casado, Mathilde contrajo matrimonio con un médico de la localidad, para alivio de sus padres y envidia de sus hermanas. Se daba por hecho que cuando las otras muchachas hubieran abandonado también el hogar, Isabelle permanecería en él y cuidaría de sus padres.

—¿Eso es lo que se supone que debo hacer, Jeanne? —preguntaba a su hermana—. ¿Quedarme aquí para siempre, mientras ellos envejecen?

—Creo que eso es lo que les gustaría, pero no tienen derecho a esperarlo. Tú debes ir en busca de tu propia vida. Es lo que yo voy a hacer. Si nadie se casa conmigo, me iré a vivir a París y abriré una tienda.

—Creí que ibas a ser misionera en la jungla.

—Eso sólo si la tienda fracasa y mi amante me rechaza.

Jeanne tenía más sentido del humor y del distanciamiento que las otras hermanas de Isabelle, y sus conversaciones infundieron en ésta la sensación de que cuánto había leído en libros y periódicos no se limitaba a los ingredientes de las vidas ajenas, como en otro tiempo creyera, sino que, en alguna medida, eran también oportunidades que se le brindaban a ella. Quería a Jeanne más que a nadie.

A los dieciocho años, Isabelle era una joven independiente pero dulce, que no daba una salida adecuada a sus naturales instintos ni a su exuberante energía, los cuales se frustraban en la rutina y el letargo de la casa de sus padres. En la boda de su hermana Béatrice conoció a un joven oficial de infantería llamado Jean Destournel. Él le dirigió palabras amables y pareció valorarla por alguna cualidad que poseía. Hasta entonces, a Isabelle sólo la habían hecho sentirse como la versión sombría de una criatura que, en todo caso, debió haber sido un varón, y experimentó confusión al advertir que alguien podía pensar que era única y que merecía la pena conocerla por ella misma. Por lo demás, Jean no era un cualquiera: se mostraba atento y era apuesto en un sentido convencional. Le escribía y le mandaba regalitos.

Tras un año de cortejo, que en su mayor parte transcurrió por vía epistolar, pues los diversos destinos de Jean raras veces le permitían estar en Ruán, el padre de Isabelle hizo una de sus esporádicas intervenciones en la vida familiar. Mandó llamar a Jean a su presencia cuando acudió a visitar a Isabelle y le dijo que era demasiado mayor, que su graduación era demasiado baja, que su familia carecía de distinción y que dilataba demasiado su noviazgo. Destournel, que era esencialmente un hombre tímido, quedó desconcertado por la fuerza de las objeciones de Fourmentier, y empezó a preguntarse por sus propios motivos. Le embelesaba el carácter y el aspecto personal de

Isabelle, que ya era diferente de la mayoría de las jóvenes de su edad. Después de compartir el rancho nocturno, gustaba de encerrarse en su cuarto y pensar en aquella mujer joven y vital. Dejaba que su imaginación se detuviera en los detalles de su vida hogareña de mujer, rodeada de paz y domesticidad y acompañada por sus dos hermanas aún por casar, Delphine y Jeanne. Le agradaba compararlas valorativamente, y se complacía en el perverso juicio que le merecía el hecho de que la más joven, a la que las otras apenas tomaban en consideración, fuera sin embargo la más hermosa y la más interesante. Pero si bien Isabelle Fourmentier, con su tez pálida, su ropa fresca y su risa representaba para él, sin duda, una maravillosa fuente de sosiego tras los detalles cotidianos de la vida militar, no estaba seguro de que su corazón albergara una intención definida de casarse con ella. Quizá si Fourmentier no se hubiera inmiscuido, habría podido llegar a eso de forma natural; pero la súbita manifestación de su timidez le hizo concebir una duda destructiva.

Pocos meses más tarde, en su siguiente visita, invitó a Isabelle a dar un paseo por el jardín y le dijo que lo destinaban fuera del país, por lo que no estaba en condiciones de continuar con su amistad. Eludió la cuestión del matrimonio con lamentos sobre su pobreza y su falta de méritos. A Isabelle no le preocupaba que se casara con ella o no, pero cuando le dijo que no volvería a verla, sintió el elemental sufrimiento de un niño que ha perdido su única fuente de amor.

Durante tres años aquella pérdida le llenó todos los momentos del día. Cuando por fin se hizo soportable, se asemejaba a la piel que, tras una herida, no ha adquirido consistencia, de modo que cualquier cosa puede reabrirla. La inocencia temeraria de su niñez sin guía había concluido, pero acabó por recuperar la dulzura y el equilibrio propios de su naturaleza. A los veintitrés años ya no parecía la niña pequeña de la casa: aparentaba más edad de la que tenía, y empezó a cultivar un estilo y unas maneras propios, que no eran los de sus padres ni los de sus hermanas mayores. Su madre estaba algo asustada por lo definido de sus gustos y la seguridad de sus opiniones. Isabelle se sentía crecer, y no halló resistencia.

En una fiesta, su padre supo de una familia local llamada Azaire, que se había trasladado a vivir a Amiens, donde la esposa había muerto, dejando dos niños pequeños. Maniobró para ser presentado, y sin ninguna duda le agradó el aspecto de René Azaire. Isabelle no era el apoyo que él había esperado para el hogar. Tenía un carácter excesivamente fuerte para un ama de casa, y aunque ayudaba con eficacia a su madre, en ocasiones amenazaba con avergonzarlo a él. En la figura estricta y experimentada de René Azaire, el padre de Isabelle veía una solución a numerosas dificultades.

Ambos hombres vendieron hábilmente aquel matrimonio a

Isabelle. Su padre jugó con la simpatía que le inspiraba Azaire, mientras que éste presentó a sus niños, ambos en edades cautivadoras. Azaire le prometió cierta independencia en su vida conyugal, e Isabelle, que anhelaba liberarse de la casa paterna, accedió. Para ella lo más importante era su interés por Lisette y Grégoire. Deseaba ayudarlos y sumergir sus desilusiones en los éxitos de ellos. Quedó también convenido que ella y Azaire tendrían hijos propios. De este modo la pequeña de los Fourmentier se convirtió en madame Azaire, una mujer con una dignidad superior a la que cabía esperar por su edad, con gustos y opiniones bien definidos, pero con un cúmulo de impulsos naturales y afectivos que ninguna de las circunstancias de su vida había satisfecho.

Azaire se mostró al principio orgulloso de haberse casado con una mujer joven y atractiva, y le gustaba exhibirla ante sus amigos. Veía a sus hijos mejorar con las atenciones que ella les prodigaba. Lisette fue guiada con tacto a través de los incómodos cambios que experimentaba su cuerpo, y a Grégoire se lo estimulaba en sus entusiasmos y se lo obligaba a mejorar sus modales. Madame Azaire era bien considerada en la ciudad. Era una esposa afectuosa con su marido y consciente de sus deberes conyugales, y él no le pedía otra cosa. No lo amaba, pero a él le hubiera asustado despertar en ella tan innecesaria emoción.

Madame Azaire encajaba bien en su nuevo estado. Se mostraba satisfecha con el papel que había aceptado, y consideraba que sus ambiciosos deseos podían quedar olvidados segura y permanentemente. Se daba la paradoja, que ella no pareció comprender por entonces, de que era la fría figura de su marido la que mantenía vivos aquellos deseos,

Él consideraba que tener más hijos era una prueba importante de su posición social y una confirmación de que había un buen equilibrio, en el que su edad y la diferencia de gustos carecían de importancia. Se acercaba a su esposa de una forma mercantil y predadora, y ella reaccionaba con la sumisa indiferencia que era la única opción que él le dejaba. Le hacía el amor todas las noches, pero una vez iniciada la relación parecía querer terminarla cuanto antes. Después, nunca se refería a lo que habían hecho juntos. Madama Azaire, que al principio experimentó temor y vergüenza, se sintió paulatinamente frustrada por Ja actitud de su marido. No podía entender por qué este aspecto de sus vidas, que tanto parecía significar para él, era algo sobre lo que no quería hablar, ni por qué la extraordinaria intimidad del acto no abría puerta alguna en la mente de ella, por qué no suscitaba asociaciones con los sentimientos y las aspiraciones más profundos que habían crecido en ella desde la infancia.

No se quedó encinta, y cada mes, cuando volvía la sangre, Azaire

se desesperaba un poco más. Algo lo empujaba a culparse a sí mismo, y empezó a creer que algo en él podía ir mal, pese a que tenía dos hijos que demostraban la imposibilidad de tal cosa. En algunos momentos de tranquilidad nocturna llegó a sospechar que estaba siendo castigado por haberse casado con Isabelle, aunque no hubiera podido decir por qué ni qué mal había hecho, Con el tiempo, sus sentimientos de frustración afectaron a la frecuencia con que era capaz de cumplir, también empezó a apreciar que había una ausencia de sentimiento en su esposa, aunque la perspectiva de considerarlo y de hallarle remedio era tan abrumadora que no podía hacerle frente.

Madame Azaire fue despreocupándose de su marido, temía a Stephen. Lo temía desde el día que llegó al boulevard do Can ge, con su rostro atezado, sus ojos castados que miraban fijamente y sus movimientos rápidos e impetuosos. No se perecía a los demás hombres a los que había conocido, ni a su padre o a su marido; ni siquiera a Jean Destournel, quien, aunque joven y romántico, había demostrado al cabo su debilidad.

Como Stephen era nueve años más joven que ella, lo consideraba con algo de condescendencia; podía ver en él la juventud o, al menos, una etapa que ella había dejado atrás. Trataba de pensar en él como el tercer chico, como el hermano de Lisette. Después de todo, pensaba, sólo le llevaba cuatro años, Hasta cierto punto consiguió su propósito de mirarlo desde una posición de superioridad, aunque se dio cuenta, alarmada, de que eso sólo parecía añadir un elemento de ternura maternal.

El domingo por la mañana, Stephen madrugó y bajó a la cocina en busca de algo de comer. Recorrió los pasillos de la planta baja, con sus pasos como algo vivo en la atmósfera cerrada. En la casa existían habitaciones que aún no había visto, y otras a las que llegó a echar un vistazo pero que ahora no sabría encontrarlas. Por las puertas de una salda salió al frescor del jardín y caminó hasta el final del césped. Bajo un castaño había un banco, donde se sentó mientras mascaba el pan que había cogido en la cocina, y miraba hacia la casa.

La noche anterior talló con su navaja una figurilla en un trozo de madera blanda que encontró en el jardín. La sacó del bolsillo de la chaqueta y la examinó en el aire fresco y húmedo de la mañana. Era la figura de una mujer con una falda larga y una chaquetilla. Las hendiduras muy juntas en la madera representaban el cabello, aunque las facciones se limitaban a marcas para ojos y boca, Sacó la navaja y practicó algunos cortes alrededor de los pies, a fin de hacerla parecer más realista en el lugar donde aquéllos sobresalían de la falda. Vio que se abrían algunos postigos en un dormitorio del primer piso. Imaginó el sonido de las voces, del agua al correr y de los pomos de las puertas

al girar. Cuando consideró que toda la familia estaba vestida y había bajado, regresó a la casa.

A los niños no los seducía la perspectiva del recorrido por los jardines acuáticos. Madame Azaire se inclinó sobre Grégoire para evitar que siguiera golpeando la mesa con la cuchara. Iba vestida de lino beige, con un fajín azul y una pechera con una hilera de botones que ni se desabrochaban ni mantenían nada abrochado.

Lisette coqueteaba con Stephen con la mirada.

—¿Así que viene usted a los famosos jardines acuáticos? —preguntó.

—No sé si estoy invitado.

—Desde luego que lo está —dijo madame Azaire.

—En tal caso iré con gusto.

—Bien, eso podría hacerlo un poco menos aburrido —comentó Lisette.

—Monsieur Bérard es muy amable al invitarnos —explicó madame Azaire—. Debes mostrarte muy cortés con ellos. Y no creas que ese vestido sea del todo apropiado para una chica de tu edad. Te está pequeño.

—¡Pero hace tanto *calor*! —protestó Lisette.

—Yo no mando en el tiempo. Ahora corre a ponerte otra cosa.

—Corre, corre, corre —repitió Lisette, enfurruñada, mientras empujaba hacia atrás la silla.

Su brazo rozó el hombro de Stephen cuando se dirigía a la puerta. El vestido en cuestión revelaba la turgencia de su busto, del que estaba claro que se sentía orgullosa.

Hacia las once salieron los cinco acompañados de Marguerite, la criada, que ayudaba a Stephen y a madame Azaire a transportar las diversas cestas de comida, los parasoles, las esteras y la ropa extra que se había considerado necesaria. El recorrido hasta la orilla de los jardines acuáticos era corto. Bajaron un tramo de escalera hasta el embarcadero, donde aguardaba Bérard tocado con un sombrero de paja. Madame Bérard estaba ya instalada a popa de una embarcación de fondo plano cuya forma, de acuerdo con una larga tradición local, era como la de una batea con la popa levantada y cuadrada.

—¡Buenos días, madame! Bonito día.

Bérard se mostraba de lo más expansivo. Alargó el brazo para ayudar a madame Azaire a subir a bordo. Ella tomó con una mano el brazo que se le ofrecía, con la otra se levantó la falda y, con una ágil zancada, pasó a la embarcación plana. Grégoire, que ya había superado el aburrimiento, se abrió paso excitadamente entre los demás y saltó a bordo, haciendo oscilar el bote. Madame Bérard dejó escapar un gritito:

—¡Oh, papá!

Bérard se echó a reír.

—Las mujeres y los niños primero.

Lisette embarcó con su ayuda y tomó asiento junto a madame Azaire.

—Seré el timonel a popa del bote —anunció Bérard en tono solemne—, de manera que usted se sentará frente a Lisette, y usted, monsieur —dijo, dirigiéndose a Stephen, si se sienta junto a Grégoire, y madame Bérard quisiera colocarse aquí, frente a usted, Azaire... Así está bien... De este modo estaremos perfectamente equilibrados.

Stephen se acomodó frente a madame Azaire, como le habían indicado, y encontró sitio para los pies en el fondo del bote, cuidando de no tocar los de ella.

Bérard lanzó un grito marinero y, con unas zancadas se situó a popa, desde donde impulsó el bote con una pértiga de madera, para apartarlo de la orilla.

Los jardines estaban formados por las aguas estancadas del Somme, que habían sido canalizadas entre numerosas isletas cuyas orillas se aseguraban mediante un revestimiento de tablones de madera. La tierra estaba intensivamente aprovechada con cultivos de huerta, incluso en los terrenos pequeños, donde el propietario habitaba una casa sencilla edificada allí mismo; o bien los cultivos ocupaban extensiones más amplias cuyo dueño era probable que viviera en la ciudad. Las personas que no mantenían ninguna relación con aquel tipo de trabajo, consideraban la zona como un lugar de belleza natural y objeto de orgullo cívico.

Bérard patroneaba el bote con cierta habilidad, sumergiendo la pértiga con un vigoroso impulso y moviéndola a izquierda o derecha para mantener el rumbo, al tiempo que volvía a sacarla del agua. Se deslizaban bajo las copas de los árboles, aproximándose de vez en cuando a otros domingueros ociosos que, desde sus botes, les dirigían saludos y comentarios sobre el tiempo soleado. Bérard sudaba copiosamente a causa del esfuerzo, y se secaba la frente con un pañuelo, pero aun así era capaz de hacer un relato sobre la historia de los jardines acuáticos, a medida que proseguía el paseo.

Stephen estaba incómodamente sentado en su asiento de madera, dando la espalda a la dirección en que se movía el bote. El agua estancada, sin brisa alguna que la agitara, parecía reforzar el inhabitual calor del día. Sus abrillantados zapatos de cuero se apoyaban en el fondo de la embarcación, hecho de listones de madera, y adoptaban una postura forzada para no tocar los zapatos blancos de madame Azaire, que mantenía juntos, en la posición a que los obligaba la de sus piernas, ligeramente ladeadas y también juntas. Pero como los asientos estaban dispuestos muy bajos, a pocos centímetros del fondo, madame Azaire debía mantener las rodillas

algo levantadas, y su falda, de color pálido, se alzaba lo suficiente para revelar las medias prietas sobre el empeine. Eran de un tejido fino y sedoso que no se producía, según pensó Stephen, en las fábricas de su marido. Advirtió la línea delicada de los tobillos y del arranque de las pantorrillas, y dio en preguntarse qué sujeción, bajo los pliegues de la falda de lino, lograba la tensión que hacía parecer el tejido de las medias tan ligero y bien adaptado a la curvatura del pie.

—... por los soldados romanos. Pero la canalización del agua entre las parcelas de tierra fue hasta cierto punto un fenómeno natural, y transcurrieron varios siglos antes de que las orillas de las isletas se aseguraran con tablones, de la forma que hoy las ven. Así pues, lo que tenemos es el trabajo en armonía y cooperación de hombre y naturaleza.

El discurso de Bérard se interrumpía con sus ocasionales jadeos para tomar aliento, pero no por la intervención de los demás, y menos por las interjecciones de Azaire, que eran ignoradas.

Stephen miró el agua, arrastró la mano por ella, sonrió a Grégoire y trató de cruzar la mirada con madame Azaire. Cuando lo consiguió, ella compuso una plácida sonrisa antes de volverse para formular una pregunta a Lisette.

Los amplios canales de los jardines acuáticos eran de uso público, mientras que las vías más estrechas, con el rótulo de «Particular», conducían a las casas mayores, cuya visión ocultaban espesos setos y flores altas y abundantes. Cuando Bérard estuvo agotado, Azaire lo sustituyó e impulsó la pequeña embarcación, hasta que las protestas de Grégoire reclamando el almuerzo acabaron por ser atendidas.

A Bérard un amigo le había dado permiso para atracar él bote junto a un umbrío jardín, y almorzar bajo unos manzanos. Con gestos teatrales, Azaire colgó la botella de vino en el costado del bote para que se refrescara, mientras madame Azaire y Lisette extendían las esteras sobre la hierba. Grégoire correteaba por el jardín, y de vez en cuando regresaba para dar cuenta de sus descubrimientos, y Stephen daba conversación a madame Bérard, aunque ella sólo tenía ojos para su marido, sentado al pie de un árbol con un vaso de vino en la mano, mientras arrancaba la carne de un hueso de pollo, ladeando la cabeza.

Los hombres se quedaron en mangas de camisa, y al quitarse la chaqueta, Stephen sintió la pequeña talla de madera en su bolsillo. La sacó y le dio vueltas entre los dedos.

—¿Qué es eso? —preguntó Lisette, que se había colocado cerca de él en la estera.

—Sólo una pequeña talla. La hice con esto —explicó, sacando la navaja del bolsillo.

—Qué bonita.

—Si la quiere, se la doy —dijo Stephen sin pensar.

Lisette resplandeció de placer, y miró en torno para asegurarse de que los demás lo habían visto. Stephen se dedicó a buscar un trozo de madera con el que hacer una talla para Grégoire, que se afanaba en dar cuenta de su almuerzo.

Nadie más parecía tener mucho apetito. De las cestas de madame Azaire salieron varios quesos y empanadas, pero regresaron a ellas con sólo uno o dos cortes. Bérard comió lengua en gelatina, además del pollo, y Lisette se limitó a la tarta de fresa y algunos pastelillos, hechos por madame Azaire. Lisette y su hermano bebieron naranjada, y los demás, vino del valle del Loira, al que la inmersión en las plácidas aguas no había enfriado.

Después del almuerzo, Bérard se recostó en su árbol y se quedó dormido. Azaire encendió la pipa antes de retirarse a un lugar cercano del jardín para hacer lo mismo que su amigo. Stephen talló con dificultad un duro fragmento de madera para conseguir una figura masculina pasablemente realista y regalársela a Grégoire.

Concluido, pues, el almuerzo, la tarde cayó pesada y aburridamente sobre ellos. Se embarcaron de nuevo y, después de que a Stephen se le permitiera manejar un breve momento la pértiga, Bérard volvió a ocupar su puesto. La temperatura había aumentado, y las mujeres se abanicaban vigorosamente. Madame Bérard, con su grueso vestido de circunstancias, presentaba un aspecto desconsolado a proa, como el mascarón de un barco castigado por un destino adverso y que se dirigía a los hielos y al encuentro de los vientos ecuatoriales.

Stephen sintió calor y la cabeza espesa a causa del vino. Los jardines acuáticos lo repelían: su abrumadora abundancia le parecía próxima a la fertilidad vegetal de la muerte. Las aguas pardas estaban sucias y agitadas por el corretear de las ratas procedentes de las orillas, donde la tierra había sido excavada para abrir trincheras y contenerlas estudiadamente con tablones. Pesadas moscas colgaban sobre el agua, bajo los árboles, y descendían sobre montones de repollos, espárragos y alcachofas podridos, que habían quedado sin recoger dada su desmedida abundancia. Lo que debía ser un lugar de belleza natural era, en realidad, un estancamiento de tejido vivo que no podía sustraerse a la descomposición.

Madame Azaire, también incómoda a causa del calor y el sopor de la tarde, había perdido parte de su aplomo. Tenía la piel enrojecida en la base del cuello, y se había aflojado la parte superior del vestido. Con la humedad, un mechón de cabello rojizo se le había pegado al cuello. Uno de sus pies descansaba sin oponer resistencia sobre la pierna de Stephen, que la mantenía extendida bajo el asiento. Mientras Bérard impulsaba el bote siguiendo su rumbo lento y recto, un leve bamboleo producido al moverse hizo que se presionaran

mutua y perceptiblemente. Stephen dejó la pierna donde estaba, y madame Azaire tenía demasiado calor o mostraba demasiada indiferencia como para corregir su postura. Él hizo que sus miradas se cruzaran y ella la sostuvo, sin dibujar una sonrisa educada ni hacer sugerencia verbal alguna, para luego apartar lentamente la cabeza, como quien se pone a contemplar las vistas.

Un pez rompió la superficie del agua sin que nadie lo advirtiera; ni siquiera Grégoire, antes tan excitado. La corriente del río se había hecho más lenta debido a la construcción de un canal, según les dijo Bérard, y por eso los botes ya no usaban timón: un impulso con la pértiga era cuanto se necesitaba para mantenerlos rectos.

Stephen imaginó los grandes estanques y marismas que había dispuesto la naturaleza, antes de la canalización del agua y las plantaciones en tierra. La función del río no había sido cambiada de modo significativo, y seguía suministrando agua a un ciclo de podredumbre superfina, con la materia en descomposición convertida en tierra cavada, con su suelo húmedo y pegajoso.

A aquella hora de la tarde debía haber empezado a refrescar, pero la más leve brisa había desaparecido, y el aire estático permanecía coagulado, espeso y asfixiante. Grégoire empezó a salpicar con agua a Lisette, y ésta le propinó una bofetada que lo hizo llorar.

Azaire sustituyó a popa a Bérard, quien se sentó sudoroso junto a su esposa. Por una vez guardó silencio.

Stephen trató de suprimir de su mente la visión de podredumbre que el río había suscitado en ella. La presión del pie de madame Azaire contra su pierna se acrecentó hasta que la mayor parte de su pantorrilla descansaba en él. El simple estremecimiento que este contacto había provocado antes a sus sentidos sobrecargados, ahora parecía complicarse: la sensación de deseo parecía indisociable de un impulso hacia la muerte.

Todos, pensó Stephen, regresarían a aquella tierra: la lengua de Bérard se descompondría en las pellas de suelo friable que los jardineros hacían rodar entre sus dedos, y su parloteo quedaría en silencio al ser absorbido por las sedientas raíces de alcachofas y repollos. El pequeño Grégoire y Lisette se convertirían en el fango de las orillas en el que las ratas hacían sus madrigueras y se apareaban. Y madame Azaire, Isabelle... Las partes más tiernas de ella, que la imaginación de Stephen se representaba sin sentir vergüenza, incluso ésas no perdurarían ni escaparían a algún final triste y desprovisto de espiritualidad en la tierra pegajosa.

Cuando se avistó el embarcadero, se levantó el ánimo de todos. Azaire se puso a hablar de la espléndida excursión que habían hecho, y Bérard recobró su acostumbrado dominio de la conversación. Los últimos diez o quince minutos consiguió «reescribir» el relato de la

tarde, atribuyendo opiniones sobre su éxito a los distintos concurrentes, invitándoles a asentir e interrumpiéndolos antes de que tuvieran tiempo de estropear su versión de la armonía con pensamientos reales y propios.

Madame Azaire parecía emerger de un trance. Se irguió en su asiento, advirtiendo con aparente alarma, al hacerlo, la postura de su pierna izquierda. Grégoire arrastraba una jarra de cristal por el agua, con la esperanza de capturar un pez.

Cuando desembarcaron y dieron las gracias a los Bérard por su amabilidad, Stephen cargó con las cestas, las esteras y los parasoles, y encabezó la marcha hacia el boulevard du Cange. Se alegró de poder dejar la impedimenta en el vestíbulo para que Marguerite se hiciera cargo de ella, y subir a su habitación. Se quitó el cuello duro que, según consideró, se esperaba que llevase, y se dirigió al pequeño baño, que en otro tiempo fue de una criada, al final del corredor. Llenó la bañera con agua fría y se sumergió en ella, introduciendo la cabeza bajo la superficie y dejando que el agua helada penetrara por los folículos y hasta la raíz de su pelo.

De nuevo en su habitación, se envolvió en una toalla, tomó una baraja y distribuyó los naipes sobre la mesa como si se dispusiera a hacer un solitario. El orden en que los colocaba, sin embargo, era algo que había aprendido de un amigo de su abuelo: un anciano supersticioso que se ganaba la vida en las ferias adivinando el porvenir. De niño, Stephen se sintió cautivado por él y por sus juegos, y en momentos de soledad aún retrocedía a aquellos tiempos. Si la reina de diamantes podía descubrirse en el montón de la izquierda antes que la jota de tréboles apareciera en la derecha, madame Azaire sería... Barajó y dispuso las cartas según sutiles combinaciones, sonriendo a medias para sí mismo, y manteniendo a medias la seriedad.

Tomó un libro y se tendió en la cama, sabiendo que al menos faltaba una hora para la cena. La campana de la iglesia tañía, y del jardín llegaba otra vez el canto de los pájaros. Con este sonido en los oídos, se quedó dormido y tuvo un sueño que era una variante de otro que había tenido a lo largo de toda su vida. Trataba de ayudar a un pájaro atrapado para que saliera por una ventana. Sus alas batían frenéticamente contra el cristal. De repente, toda la habitación se llenaba de estorninos, que se movían según su instinto de bandada. Golpeaban con las alas los cristales de la ventana, le daban con ellas en el cabello y luego dirigían los picos hacia su cara.

Al día siguiente Stephen recibió un telegrama de Londres en el que se

le urgía a regresar en cuanto concluyera su tarea. Respondió por escrito que necesitaría un mes más: aún tenía mucho que aprender sobre los procedimientos que se aplicaban en Amiens, y Azaire le había prometido presentarlo a otros fabricantes. También necesitaba más datos sobre las finanzas de Azaire antes de poder informar sobre la idoneidad de la inversión.

Envió su respuesta aquella noche, y mientras lo hacía sintió pánico por si tenía que regresar a Inglaterra antes de haber resuelto las conflictivas pasiones que amenazaban con superarlo. Durante la cena miró a madame Azaire a la luz tamizada mientras servía a la familia y a sus invitados, unos primos de los Azaire, y a Stephen lo embargaba cierto sentimiento de desesperación cuando observaba los rasgos de su rostro, los rizos de su cabello y la seguridad de sus movimientos. Ya no podía aceptar pasivamente el engaño.

Al día siguiente, en el trabajo, supo que la huelga de los tintoreros amenazaba con extenderse a otros trabajadores textiles, lo que causaría un paro completo de la producción. A la hora del almuerzo Meyraux convocó una reunión del personal, al que instó a prestar apoyo a sus colegas de otras secciones de la industria, aportando para ellos ropa y comida, pero que no tendría objeto declararse en huelga.

—Tenéis que pensar en vuestras familias y en vuestras vidas —dijo Meyraux—. Creo que el futuro a largo plazo de esta industria consiste en reunir todos los procesos y en contar con un solo cuerpo de representación de los trabajadores. Pero por ahora debemos enfrentarnos a las cosas como son. No es el momento de gestos vanos; no lo será mientras estemos amenazados por los competidores extranjeros.

El discurso de Meyraux fue significativamente cauto. Desconfiaba de los dirigentes extremistas de la huelga tanto como de los patronos. Antes de que pudiera llevar sus observaciones a una conclusión razonada, se produjo una agitación en la calle, junto a la puerta. Ésta se abrió de golpe e irrumpieron varios jóvenes portando estandartes y coreando consignas. Meyraux hizo un llamamiento a la calma desde la tarima, cuando media docena de agentes de policía, algunos con los uniformes maltrechos, lo que sugería que habían participado en un enfrentamiento, trataron de expulsar a los manifestantes. Muchas de las trabajadoras próximas a la puerta retrocedieron alarmadas cuando comenzó el intercambio de golpes.

Lucien Lebrun, que se encontraba entre los primeros en abrirse paso, ahora subió a la tarima, junto al renuente Meyraux. Sus inocentes ojos azules y su cabello lo convertían en una figura atractiva y compensaban, hasta cierto punto, las reservas que en muchos de los trabajadores inspiraba su juventud. Con diplomacia, y apelando a su fraternidad, solicitó permiso a Meyraux para dirigirse a los obreros, y

finalmente aquél le cedió su sitio.

Lucien hizo una compasiva descripción de las penurias soportadas por las familias de los huelguistas, y de las condiciones de trabajo que los habían empujado a tan extrema acción. Habló de la pobreza y la explotación que se daban en la llanura de Picardía, las cuales eran la causa de una nutrida emigración del valle del Somme a las ciudades de Amiens y Lille, con la vana esperanza de encontrar trabajo.

—Os suplico que apoyéis a mi gente —dijo—. Debemos permanecer unidos en este asunto o caeremos todos. Debemos pensar en nuestros hijos y en nuestras esposas. Os pido, al menos, que firméis esta declaración de apoyo a vuestros hermanos trabajadores.

Sacó una hoja de papel en la que ya figuraba un centenar o más de firmas. Entonces se dejó oír una voz profunda en medio de la estancia:

—Hablando de esposas, ¡todos sabemos lo que cuentan de ti, joven!

Se produjo un murmullo de asentimiento, lleno de burlona complicidad. Stephen sintió que sus nervios se tensaban, al tiempo que los latidos del corazón le llenaban el pecho.

—¿Qué has dicho? —gritó Lucien.

—No lo repetiré delante de un juez, pero creo que sabes a qué me refería.

Lucien saltó de la tarima y trató de dar con su atormentador, abriéndose paso frenéticamente entre la masa.

—Y otra cosa —exclamó el mismo hombre—: no deberíamos tener un espía de Inglaterra comiendo con nosotros y acudiendo a nuestras reuniones.

Unas pocas voces manifestaron su acuerdo. Estaba claro que la mayoría no se había percatado de la presencia de Stephen. Él no escuchaba, y preguntó al hombre que estaba de pie junto a él:

—¿Qué dicen de Lucien? ¿Qué han querido decir sobre las esposas?

—Dicen que el pequeño Lucien y la mujer del patrón son muy buenos amigos.

Y el hombre emitió una ronca risotada. Los empleados de Azaire se habían mostrado pacíficos hasta el momento. Largamente aleccionado por Meyraux sobre la necesidad de tener paciencia, habían seguido su consejo. Acababan de ver interrumpida su reunión por trabajadores de otras fábricas y, sin embargo, mantuvieron la calma. Escucharon la arenga de un joven que ni siquiera era de la ciudad y la soportaron.

Pero cuando Lucien perdió el control y empezó a abrirse paso a empujones, se apoderó de los presentes un sentimiento de agravio y la emprendieron con él para expulsarlo: el grupo, en su conjunto,

reaccionó espontáneamente como para librarse de un cuerpo extraño.

Stephen se encontró con que lo empujaban, algunos con manifiesta hostilidad hacia él, pero la mayoría ansiosos por echar de su fábrica a Lucien y a los otros tintoreros.

Cuando el obrero que había proferido el comentario sobre madame Azaire fue rodeado por cuerpos que lo apretujaban, algunos amigos de Lucien acudieron en su ayuda. Era un hombre alto, de rostro congestionado, cuyo trabajo consistía en transportar rollos de tejido en una de aquellas carretillas con ruedas de madera. Su plácida expresión había dejado paso a la alarma conforme la lucha se aproximaba a él. Lucien gritaba y se revolvía salvajemente braceando, en su intento de abrirse camino entre la multitud, pero un muro formado por hombres de Azaire le había cerrado el paso con silenciosa complicidad.

Desde fuera de la reyerta, los agentes de policía empezaron a blandir sus porras a modo de amenaza, mientras se internaban en la aglomeración. Meyraux subió a la tarima y pidió calma a gritos. En este punto, uno de los braceos salvajes de Lucien alcanzó en plena cara a una trabajadora, que rompió a chillar. Lucien acabó en el suelo como consecuencia del rápido golpe del marido. Mientras jadeaba tumbado, varias botas bien dirigidas a su objetivo aliviaron las frustraciones de los empleados de Azaire. No eran golpes enloquecidos, pero Lucien gritaba cuando le acertaban en las piernas y en los hombros. Stephen trató de hacer retroceder a algunos de sus asaltantes para darle tiempo a que se pusiera en pie, pero recibió en la nariz un golpe con la mano abierta, que le descargó uno de los hombres, contrariado por verse interrumpido. Tres o cuatro tintoreros se habían unido ahora a Lucien y se habían sumado a la pelea a fin de protegerlo. Stephen, con los ojos escocidos, golpeó furioso frente a sí. Había perdido de vista su objetivo inicial, que era restablecer la paz, y ahora sólo quería causar daño al hombre que lo había puesto furioso. Se encontró empujado a un lado por el obrero alto y de cara congestionada, cuyo comentario había dado lugar al alboroto, y respondió con un puñetazo a corta distancia en la cara. No disponía de espacio para tomar impulso adecuadamente, pero el golpe fue lo bastante calculado como para hacerle experimentar cierto difuso sentimiento de retribución. Había sangre en su mano.

Una combinación de decididas trabajadoras y porras policiales acabó con la refriega. A Lucien se lo llevaron magullado y sin aliento, pero no malherido. Los tintoreros fueron escoltados afuera por la policía, que detuvo al azar a dos de los que presentaban el aspecto más sospechoso. La víctima de Stephen contenía la sangre de su boca con un pañuelo, pero parecía no tener idea de quién lo había golpeado. Meyraux pidió a los obreros que se dispersaran.

Stephen abandonó la fábrica por la puerta lateral, preguntándose cómo los acontecimientos se habían desarrollado tan aprisa, que él pudo encontrarse en el mismo bando que Lucien Lebrun cuando, como los demás, quería no volver a ver más su rostro de ojos brillantes.

Caminó hacia la catedral y luego se internó en la ciudad. Se avergonzaba de su comportamiento. Años atrás había prometido a su tutor que nunca volvería a perder el control de sus sentimientos, que siempre se contendría y conservaría la calma. Había fracasado de mala manera en aquel desafío, y el recuerdo de la expresión sobresaltada del hombre que había difamado a madame Azaire cuando el puño cerrado de Stephen encontró su boca era, tan sólo, una pequeña compensación por su fracaso.

El golpe debió de ser más fuerte de lo que pensó en su momento, porque la mano se le hinchó mucho en el transcurso de la tarde. Regresó temprano a casa de los Azaire y subió a meter la mano en el agua. La mantuvo bajo el frescor y se ató fuertemente un pañuelo alrededor de los nudillos.

Tuvo la sensación de que su existencia en el boulevard du Cange, y quizá también su vida en su perspectiva más prolongada, se encaminaba a una crisis que él no podía controlar. Quizá fuera mejor acceder a lo que le pedía su jefe. Acabaría su trabajo en una semana, y regresaría a Londres con la conciencia de no haber hecho nada que pudiera avergonzar a su compañía o al señor Vaughan, el tutor que tan duramente se había esforzado para ayudarlo. En primer lugar, pensó, lo mejor sería escribirle.

Abatido, tomó una hoja de papel del escritorio y empezó.

Querido señor Vaughan: No es la primera vez que me retraso en escribirle, pero trataré de compensar mi demora contándole con detalle lo que ha pasado.

Se detuvo. Quena dar con palabras dignas para expresar la rabia que sentía, motivada por el deseo y la confusión.

Creo que me he enamorado y creo que la mujer objeto de ese sentimiento me corresponde, pese a no haberlo admitido. ¿Cómo puedo estar seguro, puesto que ella no ha dicho nada? ¿Se trata de vanidad juvenil? En cierto modo desearía que así fuera. Pero estoy tan convencido, que apenas necesito preguntármelo. Y esta convicción no me procura gozo alguno.

Para entonces ya había ido demasiado lejos. De ningún modo podía enviar aquella carta. Escribió otro párrafo para sí mismo, para

comprobar qué tenía que decir.

Me empuja una fuerza mayor de lo que puedo resistir. Creo que esa fuerza tiene su propia razón y su propia moral, aunque una y otra puede que nunca las vea claras mientras viva.

Rompió el papel en pedacitos y los arrojó al cesto.

Se quitó el pañuelo de la mano y se las arregló para ocultarla a su espalda cuando hablaba con monsieur y madame Azaire en la sala de estar, antes de la cena. Azaire estaba demasiado preocupado por los acontecimientos en la fábrica como para mirarle la mano a su huésped, y cuando madame Azaire se permitió una mirada a Stephen, la dirigió a su rostro.

—Según creo ha habido comentarios sobre su presencia en la fábrica —dijo Azaire.

—Sí. No estaba seguro de si debía asistir a la reunión. Quizá conviniera mantenerme alejado uno o dos días.

Lisette entró por la puerta que daba al jardín.

—Buena idea —aprobó Azaire—. Dé tiempo a los hombres para que se les enfríen los ánimos. No creo que vaya a haber ningún problema, pero quizá sea mejor que no se deje ver hasta que las cosas se arreglen. Puedo mandar a alguien de mi personal para que le traiga papeles con los que trabajar. Hay muchas maneras de que pueda usted sentirse útil.

—¡Mirad! —dijo Lisette—. ¿Qué le ha pasado en la mano?

—Me la pillé en una de las hiladoras esta mañana, cuando me estaban enseñando a manejarla.

—Está toda hinchada y enrojecida.

Madame Azaire dejó escapar una leve exclamación cuando Lisette levantó la mano dañada de Stephen para que la examinara. Él creyó advertir en su rostro un parpadeo que revelaba inquietud, antes de que consiguiera recuperar su habitual distanciamiento.

—La cena está servida —anunció Marguerite desde la puerta.

—Gracias —dijo madame Azaire—. Después de cenar, Marguerite, haga el favor de buscar un vendaje para la mano de monsieur Wraysford.

Y precedió a los demás en dirección al comedor.

Al día siguiente, cuando Azaire se marchó al trabajo, Stephen permaneció en la casa, como un niño enfermo al que se ha dispensado de asistir a la escuela. Llegó un mensajero de la fábrica con algunos papeles que Stephen dispuso en un lado de la sala de estar. Tomó un libro y se instaló en un rincón, junto a las puertas que daban al jardín. Podía oír los ruidos de la casa en su rutina matinal, y se sintió como

un fisgón en aquella vida femenina. Entró Marguerite con un plumero, que manejó con ejemplar ligereza sobre los adornos de porcelana, y limpió el tablero de la mesa, levantando remolinos de polvo que se alzaban en leves espirales al claro sol mañanero, antes de depositarse por doquier, en las sillas o en el pulido parqué. Las pisadas de Grégoire llegaron retumbando mientras bajaba la escalera y al atravesar el vestíbulo, hasta que su avance se vio contenido por los cerrojos y las cadenas de la puerta principal. Un grito de «Cierra la puerta principal detrás de ti» no fue respondido por ningún sonido de conformidad, y Stephen tuvo una fugaz visión rectangular del jardín, del sendero pavimentado y de las sólidas verjas de hierro que daban al bulevar, todo lo cual quedó al descubierto en el espacio dejado por la puerta sin cerrar.

Hubo un entrechocar de vajilla cuando Marguerite sacó del comedor una bandeja con las tazas y platos del desayuno para dirigirse a la cocina, y el suave golpe de su cadera contra la puerta al empujarla. En el momento previo a que se cerrara, llegó el ruido metálico, más fuerte y más concreto, de cacharros que se fregaban o que se colocaban sobre la cocina económica, debidamente cargada para arder a fuego lento toda la mañana.

Se hizo audible la voz de madame Azaire desde su lugar en el comedor, donde permanecía hasta las once hablando con Lisette o dando instrucciones a las diversas personas que acudían a verla. Entre éstas se contaba madame Bonnet, esposa del hombre más anciano de la fábrica, y que iba todos los días para hacer la limpieza, tarea que Marguerite consideraba de escasa relevancia o demasiado agotadora. Madame Azaire se encargaba de indicarle las habitaciones que había que limpiar y si se preveían preparativos especiales porque se esperaban huéspedes. Los pasos de la anciana, pesados y en vaivén, podían oírse mientras llevaba a cabo, lenta y ruidosamente, las faenas encomendadas. Lisette se sentaba al sol, que salpicaba la habitación bajo las ramas de clemátides de la ventana, y contemplaba las sombras sobre la mesa abrillantada, mientras escuchaba cómo su madrastra ejercía de ama de casa. Le gustaba compartir aquella rutina matinal, que le hacía sentir que se le otorgaba confianza y se le reconocía importancia, y que tenía la ventaja añadida de excluir a Grégoire. La conducta zafia y las observaciones pueriles de su hermano, incluso las más nimias y triviales, en ocasiones amenazaban su precario aplomo de adulta.

Había otros papeles menores para ser representados en el drama que se desarrollaba suavemente por la mañana. Había una segunda criada que, a diferencia de Marguerite, no vivía en la casa. Era una cocinera, que disponía de una habitación en algún lugar del primer piso, y había también un chico del carnicero que acudía a tomar el

pedido, y otro de la tienda de comestibles que entregaba dos pesadas cajas en la puerta trasera.

Poco después de mediodía, madame Azaire preguntó a Stephen si almorzaría con ella y con Lisette—dijo que Grégoire aún estaría en la escuela. Stephen aceptó y pasó la hora siguiente trabajando con los papeles que se le habían enviado de la oficina de Azaire.

Madame Azaire regresó poco después de la una para informarle de que el almuerzo estaba listo. Se habían dispuesto tres servicios al final de la mesa, junto a la ventana. La estancia tenía un aspecto muy diferente del lugar ceremonioso y sombrío, con huéspedes con cuello duro bajo la tamizada luz vespertina, que Stephen estaba acostumbrado a ver a la hora de cenar. Lisette llevaba el vestidito blanco que su madrastra le había prohibido ponerse para la excursión a los jardines acuáticos. Su cabello castaño oscuro lo recogía con una cinta azul y llevaba las piernas desnudas. Stephen pensó que era una muchacha de buen ver, mientras levantaba la vista hacia él tras sus espesas pestañas, pero percibió esa mirada muy desapasionadamente, porque sus pensamientos estaban en otra parte.

Madame Azaire vestía una falda beige, con un chaleco estampado, rojo oscuro, sobre una blusa blanca de cuello abierto.

—Puede quitarse la chaqueta si lo desea, monsieur —dijo—. Lisette y yo no consideramos que este almuerzo sea de cumplido, ¿verdad?

Lisette se echó a reír. Stephen respondió:

—Gracias.

Pudo advertir que madame Azaire se sentía protegida y apoyada por la presencia de Lisette.

Marguerite entró con un plato de alcachofas.

—Podríamos tomar vino —propuso madame Azaire—. Normalmente no lo bebemos, ¿verdad, Lisette? Pero tal vez hoy sí. Marguerite, haga el favor de traer una botella. Pero no de las que reserva mi marido.

A las alcachofas siguieron un platito de setas y luego lenguado. Stephen sirvió el vino a madame Azaire y, ante la insistencia de ésta, a Lisette. Por decir algo, Stephen preguntó cómo habían conocido a monsieur y madame Bérard.

Lisette empezó a reír tontamente al escuchar el nombre, y madame Azaire la mandó callar, aunque ella misma sonreía.

—Me temo que Lisette se muestra muy descortés a propósito de monsieur Bérard.

—Eso es muy injusto —protestó Lisette—. ¿Sus padres lo obligan a referirse educadamente a sus amistades tontas?

—No he tenido padres. Al menos yo no los conocí. Me criaron mis abuelos, y luego ingresé en una institución hasta que me sacó de ella

un hombre al que nunca había visto antes.

Lisette se sonrojó y tragó con dificultad. El rostro de madame Azaire reflejó inquietud por un momento y se excusó:

—Lo siento, monsieur. Lisette siempre anda haciendo preguntas.

—No hay motivo de excusa. —Y sonriendo a Lisette—t Ninguno en absoluto. Yo no estoy avergonzado.

Marguerite se presentó con filetes de buey en una fuente con decoración azul, que colocó frente a madame Azaire.

—¿Traigo vino tinto? —preguntó—. Sobró algo de anoche.

—Muy bien.

Madame Azaire sirvió una tajada de la carne sangrante en cada uno de los tres platos. Stephen volvió a llenar las copas. En su mente rememoraba la presión de la pierna de madame Azaire sobre la suya en los jardines acuáticos. La piel de sus brazos desnudos era de un tostado claro; su chaleco masculino y su cuello abierto le conferían un aspecto más femenino de lo usual.

—Volveré pronto a Inglaterra. He recibido un telegrama en el que se me dice que debo regresar a Londres.

Ninguna de las dos habló. La atmósfera se había enrarecido.

Él evocó la queja dolorida de ella en el dormitorio.

—Sentiré irme.

—Puede volver a visitarnos en otra ocasión —sugirió madame Azaire.

—Sí, podría volver.

Marguerite entró con una fuente de patatas. Lisette se desperezó y sonrió.

—Oh, tengo sueño —dijo alegremente.

—Eso es por el vino que has estado bebiendo.

Madame Azaire también sonrió y la atmósfera pareció aligerarse de nuevo. Acabaron el almuerzo con fruta, y Marguerite llevó el café a la sala de estar. Se sentaron en torno a la mesa de juegos, donde Stephen había jugado la primera noche de su estancia en la casa.

—Voy a dar un paseo por el jardín —anunció Lisette—. Lúego puede que suba a mi cuarto a echar un sueñecito.

—Muy bien —asintió madame Azaire.

Lisette cruzó la estancia con pasos ligeros y desapareció.

De inmediato la atmósfera cambió, y esta vez sin posibilidad de recuperación. Madame Azaire no podía cruzar la mirada con la de Stephen. Mantenía la vista baja, fija en la mesa, y jugueteaba con la cucharilla de plata en el frágil platillo de porcelana. Stephen podía sentir contraerse su pecho. Le estaba costando respirar.

—¿Más caf...?

—No.

De nuevo el silencio.

—Míreme.

Ella no alzaba la cabeza. Se levantó y dijo:

—Me voy a mi cuarto a coser, así que...

—Isabelle.

La había tomado del brazo.

—No. No, por favor.

La atrajo hacia sí y la ciñó con los brazos para que no escapara. Ella mantenía los ojos cerrados y la besó en la boca, que ella le abrió. Stephen sintió la oscilación de su lengua y cómo sus manos le acariciaban la espalda. Luego se liberó de su estrecho abrazo, y al hacerlo se desgarró la blusa, poniendo al descubierto un fino tirante de raso. El cuerpo de Stephen experimentó una convulsión de deseo.

—Debes hacerlo; debes hacerlo, por Dios —le insistía, enloquecido.

Madame Azaire lloraba, con los ojos cerrados.

—No, no puedo; yo casi... Casi... No puedo admitir que esto esté bien.

—Ibas a decir «Casi no te conozco».

—No. Sólo que esto no está bien.

—Sí está bien. Tú sabes que está bien. Está tan bien como cualquier otra cosa. Isabelle, yo te comprendo. Créeme. Te comprendo. Y te amo.

Volvió a besarla y su boca respondió de nuevo a la suya. Saboreó el dulzor de su saliva y luego enterró la cabeza en su hombro, allá donde la carne era visible.

Se apartó de él y abandonó corriendo ¡a estancia. Stephen te acercó a la ventana y se aferró al marco mientras observaba d exterior. La fuerza que lo animaba era incontenible. La parte de su mente que permanecía en calma admitía que a tu necesidad no podía oponérsele una negativa, y entonces la cuestión te reducía a si podría satisfacerla con el consentimiento de madame Azaire.

Ella lloraba en su habitación, que recorría de un lado a otro. Estaba asfixiada por la pasión que él le inspiraba, pero Stephen también la atemorizaba. Deseaba consolarlo y que él h tomara, que la utilizara. Ahora la inundaban corrientes de deseo y emoción que no había conocido y en las que ni siquiera había pensado durante años. Deseaba que él devolviera a la vida lo que día había sepultado, y que degradara y destruyera el yo que se había fabricado. Stephen era muy joven. Ella estaba insegura. Anhelaba tocar su piel.

Bajó la escalera y sus pasos eran tan leves que no produjeron ningún sonido. Lo encontró como si hubiera entablado un combate consigo mismo, apoyado en la ventana.

—Ven a la habitación roja —dijo Isabelle.

Cuando Stephen se volvió, ella se había marchado. La habitación

roja. Sintió pánico. Estaba seguro de que sería una de las que vio una vez pero no pudo volver a encontrar; sería como un lugar, en un sueño, que permanece fuera del alcance; siempre estaría detrás de él. Echó a correr escaleras arriba y la vio torcer un recodo. Recorrió el corredor principal, llegó a un pasillo estrecho y después atravesó un pequeño arco. Al final del pasillo había una puerta cerrada que conducía a las dependencias de la servidumbre. Inmediatamente antes, la última puerta a la izquierda tenía un pomo ovalado de porcelana que vibraba porque no encajaba bien. La alcanzó cuando se disponía a abrir la puerta, que daba a una habitación pequeña, con una cama de latón con la colcha roja.

—Isabelle.

Él también lloraba. Le tomó el cabello entre las manos y lo miró fluir entre sus dedos.

—Mi pobre muchacho.

La besó, y esta vez la lengua de ella no eludió la suya.

—¿Dónde está Lisette? —preguntó él.

—En el jardín. No lo sé. Oh, Dios. Por favor, por favor.

Empezó a experimentar sacudidas y a temblar. Había cerrado los ojos. Cuando volvió a abrirlos apenas podía alentar. Él empezó a arrancarle la ropa y ella lo ayudaba con gestos impacientes y torpes. El chaleco quedó atascado en el codo. Él le echó atrás la blusa y enterró el rostro en la tira de raso entre los pechos. Experimentaba tal delicia con lo que veía y tocaba, que pensó que necesitaría años para detenerse y apreciarlo, pero lo impulsaba una frenética urgencia.

Isabelle sintió sus manos sobre ella, sintió sus labios en su piel y supo lo que él debía estar viendo, algo que ella consideraba vergonzoso e indecoroso, pero cuanto más imaginaba la degradación de su falsa modestia, más excitada se sentía. Notó el cabello de él entre sus dedos, y luego deslizó sus manos hasta el saliente de sus hombros, y por el pecho suave, bajo la camisa.

—Vamos, vamos, por favor —se oyó decir Isabelle, aunque su respiración era tan irregular que las palabras resultaban apenas comprensibles.

Bajó la mano desinhibidamente hasta el delantero de los pantalones, como suponía que lo haría una prostituta, y sintió la rigidez dentro. Nadie la reconvino. Nadie se horrorizó. Podía hacer lo que quisiera. Cuando tomó aliento, él interrumpió su tarea de desvestirla, y ella tuvo que ayudarlo a bajarle los pantalones de seda para revelar lo que, de repente, supo que él llevaba mucho tiempo imaginando. Cerró fuertemente los ojos, avergonzada por exhibirse así ante él, pero aún no se sintió culpable. Notó que la empujaba hacia atrás, hacia la cama, y empezó a arquear rítmicamente el cuerpo, como si éste, independiente de ella, implorase la atención de Stephen.

Al fin advirtió algún contacto, aunque se dio cuenta de que no era lo que esperaba, de modo que dejó escapar un jadeo: era su lengua, suave, cálida, oscilante sobre ella y dentro de ella, girando como una llave en la cerradura abierta de su carne. Aquella sensación escandalosa y nueva hizo que empezara a suspirar y a estremecerse en prolongados movimientos rítmicos, irremediablemente arrastrada por su pasión. Experimentaba una opresión que le subía por el pecho, una sensación imposible de mantener, de soportar, aunque su duración parecía prolongarse. En medio de este conflicto movía bruscamente la cabeza a un lado y a otro de la cama. Oyó su propia voz gritando una negativa como si procediera de una habitación distante, pero entonces aquella sensación se quebró y la inundó repetidamente, abajo, en su vientre y en todos sus miembros, y su voz baja, para ella misma esta vez—dijo:

—Sí.

Cuando abrió los ojos vio a Stephen de pie, desnudo, frente a ella. Sus ojos se fijaron en la carne que sobresalía de él. Aún no le había hecho el amor: el gozo estaba por llegar. Se le subió encima y la besó en el rostro, en los pechos, tirándole de los pezones con los labios. Luego se acostó sobre ella, le recorrió con las manos la parte interna de las piernas, por encima de las medias de seda que con la urgencia por desnudarse no tuvo tiempo de quitarse, y luego la hendidura de la entrepierna. La besó desde la rosada unión de las nalgas hasta el interior de los muslos, donde dejó apoyada la mejilla por un momento. Luego comenzó de nuevo en los tobillos, en los pequeños huesos que había visto a bordo del bote, en los jardines acuáticos, y más arriba, en la parte interna de las pantorrillas.

Ahora Isabelle empezaba de nuevo a respirar aprisa.

—Por favor, amor mío; ahora, por favor, por favor.

Ella ya no podía soportar más tiempo el tormento que él le infligía. Con la mano izquierda agarró aquella parte de él que deseaba sentir dentro de sí, y la impresión que en Stephen produjo este gesto hizo que dejara de acariciarla. Ella abrió las piernas un poco más para recibirlo, para darle la bienvenida, porque deseaba que estuviera allí. Sintió la sábana debajo cuando separaba las piernas y lo guiaba a su propio interior.

Lo oyó suspirar y lo vio que tomaba entre los dientes la sábana arrugada y empezaba a morderla. Apenas se movía dentro de ella, como si temiera la sensación o lo que ésta pudiera producir.

Isabelle se instaló lujuriosamente en la sensación de que estaba siendo empalada. Aquello se revolvía en torno al borde, en los extremos de ella misma, y eso la colmaba de deseo y felicidad. «Por fin soy lo que soy», pensó; «yo nací para esto». Destellaron en su mente fragmentos de añoranza de la infancia, de tardes en las que

sentía impulsos que eran reprimidos por la rutina de sus padres; y sintió también, al fin, la relación que se había establecido entre el furor de su deseo y un reconocimiento particularmente atento de sí misma, la niña Fourmentier.

Lo oyó gritar y notó una oleada en su interior. De repente pareció que crecía dentro de ella, de modo que sus carnes casi se fusionaron. La sacudida y la intimidad de lo que él acababa de hacer, depositando algo suyo, precipitó un estremecimiento en ella como respuesta, como la primera vez, sólo que más breve, más enérgica, de tal manera que le hizo perder el contacto con el mundo.

Cuando se hubo recobrado lo bastante como para abrir los ojos, advirtió que Stephen se había apartado de ella y yacía boca abajo en la cama, con la cabeza ladeada en una postura que parecía incómoda, como si estuviera muerto. Ninguno de los dos habló. Ambos permanecían completamente tranquilos. Afuera cantaban los pájaros.

Indecisa, casi tímidamente, Isabelle le pasó los dedos sobre las vértebras que sobresalían de su espalda, y luego por las estrechas caderas y por la parte posterior de los muslos, cubiertos de vello negro. Tomó su mano magullada y le besó los nudillos amoratados e hinchados.

Se volvió y la miró. Con el cabello en desorden y los diferentes tonos de éste desparramándose sobre sus hombros desnudos y hasta los pechos, duros y redondos, que subían y bajaban al compás de su respiración, todavía acelerada. El rostro y el cuello estaban teñidos con un resplandor rosa allá donde la sangre se diluía en la blancura lechosa de la piel joven, con su tracería de pecas castañas y doradas. Él sostuvo su mirada por un momento, y luego apoyó la cabeza en el hombro de Isabelle, que le acarició el rostro y el cabello.

Permanecieron echados largo rato en silencio, sorprendidos e inseguros. Luego Isabelle se puso a pensar en lo ocurrido. Ella había cedido, pero no de manera pasiva. Quiso ofrecerse aquel regalo, y de hecho deseaba ir más allá. Este pensamiento la asustó. Los veía a ambos en el arranque de alguna forma de descenso cuyo final no podía imaginar.

"¿Qué hemos hecho? —dijo.

Stephen se sentó y le tomó los brazos.

—Hemos hecho lo que debíamos. —Le dirigió una mirada fiera—. Mi querida Isabelle, debes entenderlo.

Ella asintió en silencio. Era un muchacho, el muchacho más querido, y ahora lo tendría para siempre.

—Stephen.

Era la primera vez que usaba su nombre. A él le sonó hermoso, con su acento extranjero.

—Isabelle.

Le sonrió y el rostro de ella se iluminó como respuesta. Lo estrechó contra sí, sonriendo ampliamente, aunque las lágrimas asomaban de nuevo en las comisuras de sus ojos.

—¡Eres tan hermosa! No sabré cómo mirarte en la casa. Me traicionaré. Cuando te vea a la hora de la cena pensaré en lo que hicimos, pensaré en ti tal como estás ahora.

Le acarició la piel de los hombros y descansó el dorso de la mano en su mejilla. Isabelle dijo:

—No lo hagas. Tampoco lo haré yo. Debes ser fuerte porque me amas.

Ella pensó, viendo la mirada tranquila de Stephen, que no estaba asustado. Mientras sus manos le acariciaban los pechos, empezó a perder concentración. Sólo habían hablado un minuto, pero lo que dijeron, y lo que eso significaba, le había causado fatiga mental. Un sentimiento, más absorbente, empezó a ascender por su cuerpo mientras la mano de Stephen le trabajaba sus partes blandas y recónditas. La respiración de Isabelle empezó otra vez a entrecortarse: las exhalaciones se interrumpían y sentía que volvía a deslizarse de buena gana hacia abajo, pero no percibía el final.

Aquella noche Azaire estaba animado. Meyraux casi había aceptado su nueva oferta salarial a los trabajadores, y aunque la huelga se había extendido entre los tintoreros, parecía haber pocas posibilidades de que afectara a otras partes de la industria. Su amigo Bérard, que llevaba más de una semana sin aparecer, le había prometido acudir con su esposa y su suegra para jugar a las cartas después de cenar. Azaire ordenó a Marguerite subir de la bodega dos botellas de borgoña. Felicitó a Isabelle por su aspecto y preguntó a Lisette que había estado haciendo.

—He dado una vuelta por el jardín. He llegado hasta el final, donde se junta con los otros, allá donde crece completamente salvaje. Me he sentado debajo de un árbol y creo que me he quedado dormida. He tenido un sueño extraño.

—¿En qué consistía? —se interesó Azaire mientras empezaba a cargar la pipa.

Lisette emitió una risita tonta.

—No te lo voy a decir.

Pareció decepcionada cuando su padre no insistió, sino que se dirigió a su esposa:

—¿Y cómo has pasado tú el día? ¿Algunos recados urgentes más en la ciudad?

—No; lo de siempre. Tenía que hablar con el chico de la

carnicería. Otra vez me han mandado el filete de la calidad que no era. Madame Bonnet se ha quejado del mucho trabajo que tiene. Y por la tarde he leído un libro.

—¿Algo educativo o una de tus novelas?

—Una cosa tonta que encontré en una librería de la ciudad. Azaire sonrió con indulgencia y sacudió la cabeza ante los gustos frívolos de su mujer. Se daba por supuesto que él sólo leía a los grandes filósofos, a menudo en sus idiomas originales, aunque este arduo estudio debía desarrollarse en privado. Cuando se instalaba a la luz de la lámpara después de cenar, invariablemente alargaba la mano y cogía el periódico de la tarde.

Isabelle, en el sofá donde estaba sentada con su labor de costura antes de la cena, levantó la vista, parpadeando, al percibir los pasos de un hombre que bajaba la escalera. Stephen se quedó parado en el quicio de la puerta.

Estrechó brevemente la mano que Azaire le ofrecía y se volvió para dar las buenas noches a Isabelle. Ella respiró algo más aliviada al ver la expresión severa de su rostro atezado y firme. Su dominio de sí mismo parecía inquebrantable.

Durante la cena, Isabelle se dio cuenta de que no se dirigía a ella y que ni siquiera la miraba si podía evitarlo. Cuando lo hacía, sus ojos eran tan inexpresivos que temía ver en ellos indiferencia e incluso hostilidad.

Marguerite iba y venía con la comida, y Azaire, con un talante más ligero de lo habitual, hablaba de un plan para un día de pesca, que pensaba proponer más tarde a Bérard. Podrían tomar el tren hasta Albert y luego tal vez sería divertido alquilar un carruaje tirado por un caballito, y hacer una excursión a uno de los pueblos a orillas del Ancre.

Grégoire se sintió animado por la idea.

—¿Podré llevar mi propia caña? —preguntó—. Hugues y Édouard tienen una. ¿Por qué yo no?

—Estoy segura de que podremos encontrarte una, Grégoire —dijo Isabelle.

—¿Pesca usted, monsieur? —preguntó Azaire.

—Pescaba de niño. Con lombrices y trocitos de pan. Permanecía sentado durante horas junto a un estanque, en los jardines de una gran casa, cerca de donde vivíamos. Iba con otros chicos del pueblo, y nos contábamos historias mientras aguardábamos. Se rumoreaba que había una carpa enorme. El padre de uno de los chicos la había visto y estuvo a punto de cogerla, o al menos eso decía. Desde luego que había peces grandes en el estanque, porque nosotros pescamos algunos. El problema era que siempre nos echaban de aquel terreno porque era una propiedad privada.

Isabelle escuchó con cierto asombro aquel relato, sin duda el más largo que Stephen había hecho a su marido desde que estaba en la casa. Aparte su breve revelación a ella y a Lisette durante el almuerzo, era la primera vez que se refería a algo tan personal como su infancia. Cuanto más hablaba, más parecía apasionarse por el tema. Mantenía la mirada fija en Azaire, de modo que éste hubo de esperar a que Stephen acabara, antes de seguir dando cuenta del trozo de ternera que se estaba comiendo y que mantenía ensartado en el tenedor.

—Cuando fui a la escuela —prosiguió Stephen— ya no hubo tiempo para pescar. De todos modos, no estoy seguro de haber tenido la paciencia necesaria. Probablemente es algo que atrae a grupos de chicos que se aburren la mayor parte del tiempo, pero que prefieren estar juntos, de modo que, al menos, pueden compartir las cosas nuevas del mundo que están descubriendo.

—Bien, se le invita a unirse a nosotros —dijo Azaire, y se llevó el trozo de ternera a la boca.

—Muy amable, pero creo que ya he impuesto bastante mi presencia en las excursiones familiares.

—Debe usted venir —intervino Lisette—. En Thiepval sirven «tés ingleses» que se han hecho famosos.

—No hace falta que lo decidamos ahora —concluyó Isabelle—. ¿Quiere usted más ternera, monsieur?

Se sentía orgullosa de él. Hablaba muy bien el idioma, se mostraba elegantemente cortés y ahora, incluso, había contado algo de sí mismo. Deseaba atribuirse el mérito de mostrarlo en público para que recibiera la aprobación que merecía. Experimentó un sentimiento de pérdida cuando reflexionó sobre lo lejos que estaba de poder obrar así. Ella escogió a Azaire, su orgullo, el hombre a cuya gloria estaba vinculada de por vida. Se preguntó cuánto tiempo podría mantener lo falso de su postura. Quizá no era posible lo que ella y Stephen intentaban: negar la verdad a aquella escala. Aunque la atemorizaba el drama del fingimiento, la emocionaban también el gozo que le procuraba y la conciencia de que era un riesgo compartido.

Abandonaron la habitación roja a las cinco de la tarde, y desde entonces no habían vuelto a hablar. Ella no tenía forma de expresar lo que pasó por su mente. Quizá él lamentaba ya lo sucedido; quizá logró lo que se proponía y ahora daba el asunto por concluido.

Para ella, en el delirio de gozo y temor, aún quedaban cosas prácticas de las que ocuparse. Tuvo que vestirse y ocultar el delantero rasgado de la blusa cuando abandonó la habitación roja. Hubo de revisar una y otra vez el dormitorio en busca de huellas del adulterio.

Se quitó la ropa en su baño. Era sabido que se bañaba dos veces al día en aquella época, pero la blusa no tenía arreglo y debería tirarla disimuladamente. Tenía la entrepierna pegajosa allá donde más tarde había goteado la semilla que sintiera en lo más profundo de sí. Había manchado los pantalones de seda marfileña que su madre le compró en la rue de Rivoli, en París, como parte de su ajuar de novia. Cuando se limpió en el baño, había más huellas de él entre las piernas, y luego restregó el esmalte de la bañera. El problema principal seguía siendo la ropa de cama. Marguerite era cuidadosa con la ropa blanca y sabía en qué habitación necesitaba ser cambiada y cuándo, por más que era madame Bonnet quien solía realizar la tarea. Quizá debiera confiarse a una de ellas. Decidió dejar libre la tarde siguiente a Marguerite y lavar y planchar las sábanas ella misma, reemplazándolas antes de que alguien entrara en la habitación roja. Se desharía de la colcha roja y diría que, de pronto, se había cansado de ella. Ésa era la clase de conducta impulsiva que irritaba a su marido, pero que consideraba característico de ella. No experimentó repugnancia por las manchas ni

por los rastros físicos de aquella tarde; ni siquiera por las salpicaduras de su propia sangre que había visto. Había aprendido de Jeanne a no sentirse avergonzada, y en esta marca compartida advertía el testimonio de una intimidad que le oprimía el corazón.

Marguerite se dirigió a la puerta principal a recibir a los Bérard. Azaire consideró adecuado continuar la velada en la sala de estar, o incluso en una de las pequeñas estancias de la planta baja, donde en ocasiones ordenaba a Marguerite que sirviera café, helados y pastelitos. Pero Bérard se mostró afectadamente considerado.

—Nosotros no tenemos por qué perturbar esta deliciosa escena familiar, Azaire. Permítame acomodar mi voluminoso cuerpo aquí, en esta silla. Si el pequeño Grégoire fuera tan amable... Así; de este modo madame Bérard puede sentarse a mi izquierda.

—Seguro que estaría usted más cómodo si...

—Así no tendremos la sensación de que los hemos molestado. Tía Élise nos ha acompañado con la condición de que actuáramos como vecinos que pasan a su casa, no como invitados que requieren algún trato especial.

Bérard se instaló en la silla que había dejado vacía Lisette, a quien su madrastra le había dado permiso para llevar a acostarse a Grégoire. Lisette besó fugazmente en la mejilla a su padre y se fue dando saltitos. Aunque le hubiera gustado seguir representando su papel de adulta, como por la mañana, en ocasiones todavía le interesaba aparecer como una niña.

.Stephen la envidiaba. Le hubiera resultado fácil ausentarse, dejando a ambas familias; de hecho, eso es lo que habría preferido. Pero mientras pudiera mirar a Isabelle, deseaba quedarse. No experimentó una particular impaciencia por lo falso de su posición, pues confiaba en que lo ocurrido entre ellos había cambiado las cosas de forma irrevocable, y que las circunstancias sociales se arreglarían en su momento para reflejar aquella nueva realidad.

—Y usted, madame, ¿ha oído algo más de su pianista fantasma, con su inolvidable melodía?

La pesada cabeza de Bérard, con su espeso cabello gris y sus facciones congestionadas, se apoyaba en su mano derecha. Mantenía el codo sobre la mesa y miraba a Isabelle. No se trataba de una mirada seria e inquisitiva; simplemente, estaba afinando la orquesta.

—No, no he pasado por delante de la casa desde la última vez que nos vimos.

—Ajá. Usted quería retener la melodía como quien atesora un pequeño recuerdo. Lo comprendo. Así que eligió otro itinerario para su paseo de la tarde.

—No; pasé la tarde leyendo un libro.

Bérard sonrió.

—Apuesto a que era una novela romántica. ¡Qué encanto! Yo sólo leo historia. Pero cuéntenos el argumento.

—Trataba de un joven de familia modesta, de provincias, que se traslada a París con el propósito de llegar a ser un famoso escritor, y acaba juntándose con gente poco recomendable.

Stephen quedó desconcertado por la desinhibida locuacidad de Isabelle. La miró mientras hablaba y se preguntó si, de no estar enterado, hubiera podido advertir que mentía. Nada en su forma de actuar era diferente de lo habitual. Algún día podría mentirle a él, y nunca se daría cuenta. Quizá todas las mujeres tenían esa habilidad para sobrevivir.

Del argumento del libro de Isabelle, la conversación pasó a la cuestión de si las familias que vivían en provincias podían alcanzar la importancia de las que residían en París.

—¿Conocen ustedes a la familia Laurendeau? —preguntó Azaire.

—Oh, sí —se apresuró a responder madame Bérard—, nos hemos relacionado con ella en varias ocasiones.

—Yo —terció Bérard, dándose importancia— no considero amigos a los Laurendeau. No los he invitado a nuestra casa y no pienso invitarlos.

Algo misterioso pero noble subyacía al rechazo de que Bérard hacía objeto a aquella familia o, al menos, eso era lo que su actitud daba a entender. Por más que sus amigos lo interrogaran, no revelaría las delicadas razones de su postura.

—No creo que hayan vivido nunca en París —dijo Azaire.

—¡París! —exclamó Tía Élise, levantando de pronto la vista—. Esa ciudad no es más que una casa de modas. La única diferencia entre París y provincias es que allí la gente se compra ropa nueva cada semana. ¡Menuda cuadrilla de pavos reales!

Azaire expuso sus propios pensamientos sobre la importancia de la familia.

—No he llegado a conocer a monsieur Laurendeau, pero he oído decir que es un hombre muy distinguido. Me sorprende que no se relacione usted con él, Bérard.

Bérard frunció los labios y se pasó el índice sobre ellos, atrás y adelante, para dar a entender que los mantenía sellados.

—Papá no es un esnob —dijo madame Bérard.

Isabelle había permanecido cada vez más callada. Deseaba cruzar su mirada con la de Stephen o que le transmitiera alguna señal a su manera, dándole a entender que todo iba bien. Jeanne le había dicho que los hombres no eran como las mujeres; que una vez habían poseído a una mujer, era como si no hubiera pasado nada y lo único que querían era ir tras otra. Isabelle no podía creer eso de Stephen; no después de lo que había dicho y hecho con ella en la habitación roja.

Pero ¿cómo saberlo, puesto que él no exteriorizaba señal alguna, no sonreía ni transmitía calidez? Al principio su dominio de sí mismo la había tranquilizado, pero ahora la preocupaba.

Por indicación de Azaire, dejaron las tazas de café y se trasladaron a otra estancia para la anunciada partida de cartas.

Isabelle buscaba seguridad en los ojos de Stephen, en medio de la seguridad que le brindaba aquel traslado en el que se mezclaban todos. Él la miraba, pero no a la cara. En el gesto de levantarse de la silla, en sus movimientos característicamente modestos, sentía los ojos de Stephen en su cintura y sus caderas. Por un momento estuvo otra vez desnuda. Recordó cómo se le había mostrado en su cálido abandono de aquella tarde, y cuán perversamente correcto le había parecido entonces. De pronto, y tardíamente, la vergüenza y la culpa la abrumaron al sentir los ojos de Stephen traspasar su ropa, y todo su cuerpo empezó a ruborizarse. Bajo los vestidos, se le enrojecieron el estómago y los pechos, al tiempo que la sangre golpeaba su piel como protesta por su inmodestia. Le subió al cuello y luego al rostro y a las orejas, como si la estuviera reprendiendo en público por sus actos más privados. Era como si el rojo ardiente de su piel friera un grito, como si suplicara que se le prestara atención. Isabelle, con los ojos anegados en llanto a causa del calor que le ocasionaba la subida de la sangre, se sentó pesadamente en la silla.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Azaire impaciente—.

Pareces muy acalorada.

Isabelle se inclinó sobre la mesa y se cubrió el rostro con las manos.

—No me encuentro bien. Hace mucho calor aquí.

Madame Bérard le rodeó los hombros con el brazo.

—Es un problema de circulación, sin duda —dijo Bérard—.

No hay motivo de preocupación; es un trastorno muy común.

Cuando la sangre se batió en retirada debajo de su vestido, Isabelle se sintió más fuerte. En su rostro persistió el color, aunque el latido del pulso disminuyó.

—Creo que iré a acostarme, si no les importa.

—Mandaré arriba a Marguerite —dijo Azaire.

Stephen no vio la oportunidad de hablar con ella en privado, de modo que se limitó a desearle cortésmente las buenas noches, mientras madame Bérard la tomaba por el codo al pie de la escalera y la ayudaba a subir uno o dos peldaños antes de reunirse con los demás.

—Un problema de circulación —repitió Bérard, mientras barajaba las cartas con sus dedos gordezuelos—. Un problema de circulación. Eso es lo que es. Eso es lo que es.

Miró a Azaire, y su párpado izquierdo se entrecerró sobre el globo

ocular, dejando espacio suficiente para exponer a la vista las venillas rotas bajo la piel y la pequeña verruga, antes de que lentamente recuperase su lugar natural bajo el cráneo.

Azaire dibujó una leve sonrisa a guisa de respuesta mientras tomaba sus cartas. Madame Bérard, que buscaba las gafas en el bolso, no advirtió el gesto de complicidad masculina. Tía Élise se había retirado con un libro a un rincón de la habitación.

En el piso de arriba, Isabelle se desnudó aprisa y se deslizó bajo las cobijas. Levantó las rodillas a la altura del estómago, como lo hacía de niña en la casa paterna, mientras oía el silbo del viento procedente de los campos de Normandía que se extendían en derredor, que golpeaba los postigos de madera y soplaba en el espacio situado bajo el tejado. Se disponía a dormir llenándose la mente con la tranquilizadora imagen de paz y certidumbre en la que siempre se había apoyado, y que contenía una versión idealizada del hogar de sus padres, la cual se concretaba en un escenario bucólico, ligeramente extravagante, en el que los sensuales efectos del sol y las flores contribuían a que analizar o tomar decisiones pareciera algo innecesario.

Cuando casi estaba en brazos de esta visión, se produjo una leve llamada en la puerta, que, al principio, parecía formar parte del sueño, para luego conectar un mundo con otro y hacerse identificable como un suave pero perentorio golpear en la puerta de la habitación.

—Adelante —dijo, con la voz deslizándose de nuevo, de manera incierta, al estado de vigilia.

La puerta se abrió lentamente y apareció Stephen a la luz tenue del rellano.

—¿Qué haces?

—No podía continuar abajo. —Se llevó el dedo a los labios y susurró—: Tenía que ver cómo estabas.

Ella sonrió con ansiedad.

—Debes irte.

Dirigió una mirada en torno a la habitación. Allí estaban las fotografías de sus hermanas, sus cepillos del cabello, un espejo dorado sobre el tocador y su ropa echada sobre la silla.

Stephen se inclinó sobre la cama y sintió su mano sumergirse bajo la rica superposición de sábanas, bajo el edredón. De la cama se desprendía un suave perfume. La besó en los labios y acarició su pelo antes de irse.

Isabelle se estremeció cuando él se fue, temiendo que el ruido de sus pasos produjera eco en el corredor. Stephen avanzó sin ruido, al menos para sus propios oídos, hasta el distribuidor principal, en el rellano del primer piso, y luego bajó para reanudar el juego que había abandonado.

A la mañana siguiente Stephen fue a la ciudad. Azaire le dijo que debería ausentarse de la fábrica al menos otro día, pero a él le resultó difícil permanecer tranquilamente en la casa con Lisette, Marguerite y los diversos visitantes o miembros del servicio, los cuales impedirían que Isabelle se quedara sola o disponible para hablar con ella.

Pensó en su vida como un bosque de confusión con dos o tres senderos despejados en los que orientarse. A partir de sus direcciones podía recordar y mirar adelante con algo parecido a la claridad. Si bien eran lo bastante rectos y discernibles para él, semejaban cicatrices cortadas en la maleza y no sentía deseos de revelárselos a otras personas. Por Isabelle sentía una extrema gratitud y admiración. Bajo la presión de sus emociones hacia ella, experimentaba el impulso de revelárselos, como una inclinación natural a la confianza. No temía aquella desnudez, pero tampoco experimentaba placer ante esa perspectiva.

Permanecía de pie en la parte posterior de la fría catedral, mirando en dirección a los sitiales del coro y hacia la ventana que daba al este. Reinaba quietud suficiente como para pensar. Se oían el frotar de un cepillo sobre el embaldosado, mientras un limpiador trabajaba siguiendo el lateral de la nave, y el golpe ocasional de la puerta pequeña, abierta en la principal, y por la que de vez en cuando llegaban visitantes. Algunas personas oraban en la nave central. En una lápida bajo los pies de Stephen se honraba en latín a un obispo medieval, cuyo nombre aún no había sido borrado por el transcurrir de los años. Compadeció a los dispersos fieles por las angustias que les habían empujado a elevar sus perentorias preces, aunque experimentaba una ligera envidia por la fe que alimentaban. El edificio, helado y hostil, ofrecía poco consuelo; era un *memento morí* a escala institucional. Su limitado éxito consistía en conferir dignidad a través de la piedra y de la inscripción lapidaria al vulgar suceso de la muerte. Esta pretensión se encauzaba a través del recordatorio de que el parpadeo de luz entre dos eternidades de oscuridad podía salvarse y mantenerse fuera del tiempo, aunque en las cabezas inclinadas de las personas que oraban había sólo sumisión.

Tantos muertos, pensó, que sólo esperan otro parpadeo antes de que esta generación se una a ellos. La diferencia entre vivos y muertos no era cuestión de cualidad, sino de tiempo.

Se sentó en una silla y apoyó el rostro en las manos. En su mente se representó la escena de un terrible amontonamiento de muertos. Se lo sugería la contemplación de la iglesia, pero ésta tenía su propia claridad: un estrato sobre otro, el profundo pudridero de la tierra les hacía un hueco, mientras los esfuerzos de los vivos, con todos sus trabajos y sus guerras y sus grandes edificios, no eran más que un

aleteo contra el peso del tiempo.

Se arrodilló en el cojín dispuesto en el suelo y mantuvo la cabeza inmóvil entre las manos. Rezó instintivamente, sin saber lo que hacía. Sálvame de la muerte. Salva a Isabelle. Sálvanos a todos. Sálvame.

Regresó demasiado tarde para almorzar con Isabelle y Lisette, y ambas, cada una a su manera, se sintieron decepcionadas. Caminó por la casa fría y tranquila, esperando oír voces. Por último oyó rumor de pasos y se volvió para ver a Marguerite entrar en la cocina.

—¿Ha visto usted a madame Azaire?

—No, monsieur. No la he visto desde el almuerzo. Quizá esté en el jardín.

—¿Y a Lisette?

—Creo que ha ido a la ciudad.

Stephen empezó a mirar en las habitaciones de la planta baja. Con toda seguridad ella sabía que había regresado. No podía haberse ido sin dejar un mensaje.

Hizo girar el pomo de una puerta que se abría a un pequeño estudio. Isabelle estaba sentada allí, leyendo un libro. Lo apartó y se puso en pie cuando él entró.

Se le acercó, inseguro sobre si debía tocarla, pero ella le puso la mano en la suya.

—Estaba en la catedral. He perdido la noción del tiempo. Levantó la vista hacia él.

—¿Todo va bien? ¿Seguro que todo va bien?

La besó y ella se apretó contra él, que de inmediato encontró sus propias manos hurgando bajo la ropa de Isabelle.

De nuevo levantó la vista hacia él, con ojos muy abiertos e interrogadores, plenos de impaciencia y de luz. Casi enseguida los cerró, al tiempo que dejaba escapar un leve suspiro de excitación.

Se apoyaban en la pared de la habitación, y él había deslizado la mano por el cierre de la falda, en la parte posterior. Podía sentir el raso bajo sus dedos, y una turgencia redonda y suave debajo. A su vez, sintió los dedos de ella en el delantero de sus pantalones.

—Debemos contenemos —dijo Stephen retrocediendo.

—Sí. Lisette se ha ido. —Isabelle hablaba sin aliento—. Pero Marguerite...

—¿La habitación roja?

—Sí. Sal tú primero y ve a tu habitación. Dame diez minutos y luego baja.

—Muy bien. Deja que te dé un beso de despedida.

La besó profundamente y ella empezó otra vez a suspirar y se refrotó contra él.

—Por favor, por favor.

Él no sabía si quería darle a entender que se detuviera o que continuara. Le había levantado las faldas mientras se mantenía apoyada en la pared, y ahora le había introducido los dedos entre las piernas.

—Ven a mí —susurró Isabelle con su cálido aliento en el oído de Stephen—. Dentro de mí, ahora.

Él apartó los dedos torpes de Isabelle de sus pantalones y él mismo se liberó. Su hombro estaba junto a la madera pulida de una librería acristalada. Detrás de la cabeza de Isabelle había un cuadro enmarcado que representaba unas flores en un jarrón de terracota. Tuvo que levantarla un poco, sujetándole las piernas en torno a su cintura, de modo que no podía moverse pero tenía que soportar el peso de Isabelle. El cuadro con las flores dio un cuarto de vuelta en el clavo que lo sujetaba, cuando el hombro de Isabelle lo golpeó con el codo.

Abrió de nuevo los ojos y le sonrió.

—Te amo.

Cubrió de besos el rostro de Stephen, manteniendo su cuerpo cautivo con su propio peso. Luego volvió a poner los pies en el suelo y suavemente lo empujó fuera de ella. La carne de Stephen estaba rígida y henchida de sangre. Isabelle accionó con la mano arriba y abajo hasta que él empezó a jadear y a flojearle las rodillas y acabó vaciándose en el suelo y en el vestido de Isabelle, antes de que ella pudiera recibir en su boca los tres o cuatro últimos espasmos. Pareció que lo hacía por instinto, casi por sentido del orden, no porque fuera algo que ya conocía o que hubiera hecho antes.

—La habitación roja —dijo Isabelle—. Dentro de diez minutos.

La ropa de Isabelle volvía a estar en su sitio. Parecía no ser consciente de la mancha en el delantero de su vestido. Stephen la observó mientras abandonaba la habitación. Como siempre, su modo de andar era un modesto balanceo bajo la falda. Él se sintió torpe, a medio vestir; era como si ella lo hubiera tratado como a un niño y se hubiera burlado de él, aunque esa sensación no lo disgustó. Se arregló los pantalones y la camisa, y pasó el pañuelo por el parqué pulido.

Paseó brevemente por el jardín, tratando de mantener la cabeza fría, y luego, tal como se acordó, subió a su habitación. Observó la saeta del minutero avanzar despacio en torno a la esfera de su reloj de bolsillo. Si sumaba los tres minutos que pasó en el jardín, sólo le quedaba aguardar otros siete. Cuando llegó el momento, se descalzó y subió sin hacer ruido al primer piso. Recorrió el corredor principal, luego el pasillo estrecho y atravesó de nuevo el pequeño arco... Recordaba el camino.

Isabelle lo esperaba dentro. Llevaba una bata con un estampado oriental verde y rojo.

—He pasado tanto miedo... —dijo Isabelle.

Se sentó junto a ella, en la cama con colcha a rayas.

—¿Qué quieres decir?

Tomó la mano de Stephen y la puso entre la suyas.

—Cuando no quisiste mirarme anoche temí que hubieras cambiado de idea.

—¿Sobre ti?

—Sí.

Se sintió animado por la inquietud de Isabelle. Aún le parecía improbable que ella, realmente, pudiera desearlo tanto.

Tomó en sus manos su cabello, con todos sus colores, y también sintió agradecimiento hacia ella.

—Después de todo lo que hemos dicho y hecho, ¿cómo podrías dudarlo?

—No quisiste mirarme. Me asusté.

—¿Y qué iba a decir? Podía delatarnos.

—Pudiste sonreír o asentir. Algo. Prométemelo. —Empezó a besarle el rostro—. Inventaremos una señal. Prométemelo, ¿eh?

—Sí, te lo prometo.

Le permitió que lo desvistiera, permaneciendo de pie, pasivamente, mientras ella lo despojaba de su ropa y la depositaba doblada en una silla. Él afrontó la exhibición de su gran excitación y ella hizo como que no la advertía.

—Ahora me toca a mí —dijo él, pero lo único que había que quitar era la bata de seda, y se mostró la belleza de la piel de Isabelle.

Stephen apoyó la mejilla en la blancura del pecho y le besó la garganta, allá donde había visto la congestión producida por el esfuerzo cuando trabajaba en el jardín. La piel era joven, nueva y casi blanca, con su dibujo de manchitas y pecas que trató de gustar con la punta de la lengua. La acostó suavemente en la cama y sepultó su rostro en la fragancia de su cabello, cubriendo con él su propia cabeza. Luego, la hizo ponerse en pie de nuevo mientras trabajaba lentamente todo su cuerpo con las manos y con la lengua. Permitió a sus dedos arrastrarse brevemente entre sus piernas y la halló tensa. Por último, cuando había tocado cada porción de su piel, hizo que se diera la vuelta y se tendiera en la cama y luego le separó ligeramente los tobillos con la presión de su propio pie.

Cuando terminaron de hacer el amor se durmieron, Isabelle bajo la colcha, con el brazo reposando sobre Stephen, y él sin cubrirse, boca abajo, atravesado en la cama. Isabelle aún no había tenido tiempo de lavar y volver a colocar las sábanas.

Nada más despertarse, Stephen descansó la cabeza en el cabello desparramado de Isabelle, y aspiró el perfume de su piel, allá donde su

rostro estaba en contacto con el cuello de ella y con la suave línea de la mandíbula. Isabelle sonrió al sentir la piel de Stephen y abrió los ojos.

—Mientras bajaba por las escaleras estaba convencido de que no sería capaz de encontrar otra vez esta habitación. Pensé que no estaría aquí.

—No se moverá. Está siempre aquí.

—Dime, Isabelle. Tu marido... Una noche oí ruidos que provenían de tu habitación, y era como si... te estuviera haciendo daño.

Isabelle se sentó y arrastró la colcha para cubrirse. Asintió!

—A veces... se siente frustrado.

—¿Qué quieres decir?

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Queríamos tener hijos. Pero no sucedía nada. Cada mes yo temía... Ya sabes.

Él asintió.

—La sangre era como una recriminación. Él decía que la culpa era mía. Yo me esforzaba por él, pero no sabía qué hacer. Se mostraba muy brusco. No era cruel conmigo, pero quería hacerlo rápidamente para que yo me quedara embarazada. No era como contigo.

De pronto, a Isabelle la venció la timidez. La mención de lo que hicieron parecía aún más vergonzoso que el acto en sí.

—Creo —prosiguió— que con el tiempo empezó a tener dudas. Al comienzo estaba muy seguro de que aquello no tenía que ver con él, puesto que era padre de dos hijos. Luego ya no estuvo tan seguro. Parecía celoso de mí porque yo era joven. «Eres tan saludable... —decía—. Eres como una niña.» Y cosas por el estilo. Yo no podía hacer nada. Yo siempre accedía a hacer el amor, aunque no gozara con ello. Nunca lo critiqué. Parecía como si interiorizara su contrariedad. Eso lo empujaba a emplear sarcasmos conmigo. Tal vez te hayas dado cuenta. Empezó a criticarme a todas horas, en presencia de otras personas. Creo que por alguna razón se sentía culpable por haberse casado conmigo;

—¿Culpable?

—Quizá hacia su primera esposa, o acaso porque consideraba que se casó conmigo con engaños.

—¿Porque te impidió unirte a alguien de tu edad?

Isabelle asintió, pero permaneció callada.

—¿Y luego?

—Con el tiempo aquello fue tan mal que ya no podía hacerme el amor. Decía que yo lo castré. Naturalmente, esto hizo que se sintiera cada vez peor. Así que trató de excitarse haciendo... cosas raras.

—¿Cuáles?

—No, no como las cosas que tú y yo... —Isabelle se detuvo,

confusa.

—¿Te pegaba?

—Sí. Al principio, para tratar de excitarse. No comprendo por qué eso había de ayudar. Creo que luego fue por frustración y por vergüenza. Pero cuando protesté, me dijo que ésa era una manera de hacer el amor, y que yo debía someterme si quería ser una buena esposa y tener hijos.

—¿Te pega muy fuerte?

—No, no muy fuerte. Me abofetea y me azota la espalda. A veces coge una zapatilla y hace como que soy una niña. Una vez quiso pegarme con un palo, pero se lo impedí.

—¿Y te ha hecho mucho daño?

—No. Alguna vez he tenido una inflamación o me ha salido una marca roja. Creo que no se trata del daño, sino de la humillación. Hace que me sienta como un animal. Y me da pena porque se humilla a sí mismo. ¡Se siente tan airado y tan humillado!

—¿Cuánto tiempo lleváis sin hacer el amor?

Stephen notó la primera punzada de interés personal, fruto de los celos, que nublaba su compasión.

—Casi un año. Es absurdo que siga pretendiendo que ésa es la razón por la que va a mi cuarto. Ambos sabemos que ahora sólo va a pegarme o a causarme daño. Pero disimulamos.

A Stephen no le sorprendió el relato de Isabelle, aunque lo indignaba el pensamiento de que Azaire le hacía daño.

—Debes pararle los pies. Tienes que acabar con eso. Dile que no vuelva a tu habitación.

—Pero temo lo que haría o diría. Le contaría a todo el mundo que soy una mala esposa, que no quiero acostarme con él. Creo que ya les cuenta historias sobre mí a sus amigos.

Stephen pensó en las miradas cómplices de Bérard. Tomó la mano de Isabelle y se la besó, y luego la retuvo junto a su cara.

—Yo te cuidaré —dijo.

—Querido muchacho, eres tan extraño...

—¿Extraño?

—Tan serio, tan... distante. ¡Y qué cosas me haces hacer!

—¿Que yo te hago hacer cosas?

—No, no es eso. Me refiero a que hago cosas por mi voluntad, pero sólo las hago por ti. No sé si esas cosas son correctas, si están... permitidas.

—¿Cómo lo que hemos hecho abajo?

—Sí. Ya sé; desde luego que sé que soy infiel, pero me refiero a las cosas de ahora. Yo nunca las había hecho. No sé si son normales, si otras personas las hacen. Dime.

—No lo sé.

—Debes saberlo. Eres un hombre, has conocido a otras mujeres. Mi hermana Jeanne me habló del acto del amor, pero es todo lo que sé. Tú has de entenderlo mejor.

Stephen se sentía incómodo.

—Yo sólo he conocido a dos o tres mujeres y con ellas fue muy diferente. Creo que lo que hacemos se explica por sí mismo.

—No comprendo.

—Tampoco yo. Pero sé que no debes sentirte avergonzada.

Isabelle asintió, aunque su rostro reflejaba insatisfacción por la respuesta de Stephen, que preguntó:

—¿Y tú? ¿Te sientes culpable?

Isabelle meneó la cabeza.

—Creo que quizá debiera sentirme culpable, pero no me siento culpable.

—¿Y te preocupas por eso? ¿Te preocupas por haber perdido algo, por haber perdido la capacidad de avergonzarte, por haber perdido contacto con los valores en que te educaron y que esperabas que te hicieran sentir culpable?

—No. Considero que lo que hemos hecho; que lo que estamos haciendo es, en cierto modo, lo correcto, aunque con seguridad no lo es para la Iglesia católica.

—¿Crees que hay otras maneras de actuar adecuada o inadecuadamente?

Isabelle pareció desconcertada, pero tenía la mente clara.

—Creo que podría ser así, pero ignoro cuáles son esas maneras. No sé siquiera si pueden ser explicadas. Desde luego que no están escritas en los libros, pero ahora he ido demasiado lejos. No puedo retroceder.

Stephen la abrazó y la estrechó. Volvió a tenderse en la cama, con la cabeza de ella sobre su pecho. Sintió que el cuerpo de Isabelle se aflojaba, a medida que los músculos se relajaban al conciliar el sueño. Desde el jardín les llegaba el zureo de las palomas. Notó latir su corazón contra el hombro de Isabelle. La fragancia de rosas le llegaba débilmente desde su cuello perfumado. Apoyó la mano en la curva de sus costillas. Los nervios de Stephen se tranquilizaron en la sensual plenitud del momento, que excluía el pensamiento. Cerró los ojos y durmió en paz.

René Azaire no abrigaba sospechas de lo que estaba ocurriendo en su casa. Había permitido que sus sentimientos hacia Isabelle estuvieran dominados por la ira y la frustración ante su impotencia física, y por lo que más adelante experimentó como una especie de impotencia

emocional respecto a ella. No la amaba, pero deseaba que se le mostrara más receptiva. Tenía la sensación de que sentía lástima por él y eso lo enfurecía aún más: si no podía amarlo, al menos debía temerlo. En la raíz de sus sentimientos, tal como Isabelle había adivinado, anidaba la culpa. Recordaba el placer que le procuró ser el primer hombre que invadía aquel cuerpo, mucho más joven que el suyo, y la emoción que no pudo negar ante sí mismo cuando ella gritó de dolor. Evocaba la perplejidad reflejada en sus ojos cuando los levantó hacia él. Podía sentir que ella, más que su primera esposa, tenía la capacidad de responder al acto físico, pero cuando él advirtió la expresión desconcertada en su rostro, decidió avasallarla en lugar de ganársela con paciencia. Por entonces Isabelle, aunque demasiado terca para el gusto de su padre, aún era lo bastante dócil e ingenua para haber sido dominada por un hombre que le mostrara consideración y amor, pero no cabía esperar tales cosas de Azaire. En Isabelle se despertaron los apetitos emocionales y físicos, pero acabó dejándolos en suspenso a medida que su marido empleaba su energía en una prolongada e innecesaria batalla con sus propias limitaciones.

Mientras tanto, no tenía razón alguna para desconfiar de Stephen. Estaba claro que el inglés sabía mucho sobre el negocio teniendo en cuenta su edad, y se desenvolvía bien con Meyraux y los demás. No era exactamente qué le gustara Stephen. Si se le hubiera preguntado por qué, habría dicho que había en él algo de frialdad y retraimiento. Aunque estas peculiaridades se expresaban en Stephen de diferentes maneras, eran, en efecto, las que a Azaire le disgustaban en su propia persona. En cualquier caso, Stephen parecía demasiado reservado e independiente para ser la clase de hombre que va a la caza de mujeres. En la imaginación de Azaire, tales hombres se delataban por sus coqueteos verbales. Deberían ser apuestos y mucho más ingeniosos que Stephen, y encandilarían a las mujeres de una manera obvia y seductora. Pensó que, por ejemplo, de joven Bérard sin duda debía gustar a las mujeres. La cortesía silenciosa de Stephen no constituía una amenaza, y aunque parecía maduro para su edad, seguía siendo un muchacho. Su traje inglés le sentaba bien y tenía una buena mata de pelo, pero no era lo que Azaire hubiera considerado un hombre guapo. Era un inquilino, un huésped de pago que estaba sólo un poco por encima de Marguerite, pero distaba mucho de situarse en pie de igualdad con la familia.

Lo que de veras preocupaba a Azaire era su fábrica. Entre el fragor de la maquinaria y sumido en la irritación que le producían la burocracia y la toma de decisiones, raras veces pensaba en su hogar, en sus hijos o en Isabelle.

Una semana después de los disturbios, le dijo a Stephen que se daban las condiciones para que volviera al trabajo, aunque no debería

asistir a las reuniones que Meyraux pudiera convocar. El peligro de una huelga parecía haber disminuido. Azaire se complacía en comprobar que el pequeño Lucien era incapaz de levantar las pasiones de sus trabajadores. Le sorprendió que Stephen dijera que esperaría uno o dos días más. Él pensaba en lo aburrido que debía de ser quedarse en casa sin más compañía que Isabelle y Lisette, pero accedió a aplazar el retomo hasta principios de la semana siguiente.

El telegrama de Stephen a Londres había recibido una detallada respuesta por carta de su patrón. Se quedaría hasta fin de mes, pero se esperaba que entregase informes escritos en Leadenhall Street. Stephen consideró que había hecho bien al prolongar su estancia tres semanas, y remitió otro telegrama dando seguridades. No mencionó la fecha de su partida a Isabelle, pues le parecía lo suficientemente lejana como para no tener que preocuparse, y los días estaban tan llenos que su vida parecía cambiar de uno para otro.

Con el fin de semana llegó la excursión de pesca al Ancre. Los Bérard no estaban en condiciones de acompañarlos porque Tía Élise había caído enferma, de modo que tan sólo los Azaire, acompañados de Marguerite y Stephen, salieron para tomar el tren con destino a Albert.

La estación tenía un amplio acceso pavimentado con adoquines y un arco central acristalado, coronado por una torre puntiaguda con un reloj. Se decía que se había adelantado a los trabajos de Haussmann en París. Mientras el resto de Amiens imitaba conscientemente la capital, las gentes se mostraban orgullosas de que su estación hubiera abierto el camino. Los coches de punto aguardaban en fila a la derecha del gran vestíbulo con bóveda de cristal, y otra hilera de carretillas estaba estacionada bajo dos farolas de gas plantadas en el adoquinado. A la izquierda de la entrada se extendía un cuidado jardín con tres parterres ovalados, distribuidos en distintos ángulos, de tal modo que destruían la simetría de la vista que debiera haber dado la bienvenida a los pasajeros que se aproximaban desde la calle.

El vestíbulo donde se encontraban las taquillas lo llenaba el bullicio de las familias dispuestas a emprender excursiones por los alrededores. Unos vendedores que ofrecían vino y bocadillos de queso o salchichas, empujaban a un lado y a otro del andén unas vagonetas cuyas ruedas producían ruidos metálicos. Cuando llegaron los Azaire, los ventanales del amplio restaurante estaban ya empañados por el vapor procedente de la cocina, donde hervía la sopa del almuerzo. Se percibía un aroma de berros y acederas que se hacía patente cuando las puertas basculantes se abrían o cerraban, para revelar a camareros ataviados con sus chalecos negros y sus largos delantales blancos, llevando bandejas con café y coñac a las mesas de enfrente y gritando órdenes a la barra. En el lugar más alejado de la cocina había un alto

escritorio con la caja, donde una mujer de pelo gris efectuaba cuidadosas anotaciones en un libro de contabilidad, con una pluma provista de plumilla de acero.

Dos locomotoras jadeaban en los pulidos raíles, con los ténderes tras ellas cargados hasta arriba. La negrura del carbón y las caras tiznadas del maquinista y del fogonero revelaban el duro trabajo de ingeniería y el despliegue industrial que habían llevado las vías por el oeste hasta París y por el norte hasta la costa. Ello contrastaba con los vagones, de pintura reluciente, y con la brillante exhibición de indumentaria local entre las mujeres y los niños que atestaban los andenes, con sus vestidos de tonos pastel y sus sombrillas multicolores. Grégoire tuvo que ser apartado a rastras de su extática admiración del expreso de París y conducido al andén donde aguardaba el trenecito que cubría el ramal a Albert y Bapaume.

Desde los acogedores asientos de peluche de los vagones, observaron retroceder lentamente el centro de la ciudad hasta dejarlo atrás. La aguja de la catedral osciló ante la vista cuando el tren giró, dando tirones, hacia el este, hacia Longueau, donde vibró en el cruce de vías antes de tomar la dirección norte y empezar a cobrar velocidad, con lo que el resuello del vapor fue gradualmente reemplazado por el repetitivo sonido de las ruedas sobre los raíles.

Lisette estaba sentada con las manos en el regazo, junto a su madrastra, en medio de un banco, con Grégoire al otro lado; Azaire, flanqueado por Stephen y Marguerite, ocupaba el banco de enfrente.

—¿Así que va a pescar el pez más grande? —preguntó Lisette a Stephen, ladeando la cabeza.

—No creo que lo consiga. Me parece necesario un conocimiento especial. Los peces franceses son más listos que los ingleses.

Lisette emitió una risita.

—De todos modos no importa lo grande que sea el pez. Lo que cuenta es la deportividad de capturarlo.

—Yo sí pescaré el más grande —dijo Grégoire—. Esperen y verán.

—Apuesto a que no pescas uno mayor que el de Stephen —replicó Lisette.

—¿Quién? —preguntó Azaire.

—Querrás decir monsieur Wraysford, Lisette —corrigió Isabelle con un tono de voz remilgado y que recalcaba ligeramente su hipocresía.

Lisette miró con tranquilidad a su madrastra, con la perplejidad reflejada en sus ojos.

—¿Es así como debo tratarlo? Oh, sí; supongo que sí.

Isabelle sintió que su corazón dejaba de latirle. No se atrevió a cruzar la mirada con Stephen, aunque de haberlo intentado no lo habría logrado, pues a la primera mención de su nombre de pila se

había sentido cohibido por adelantado, y fijó la vista en el paisaje de llanuras verdes que fluía a través de los marcos rectangulares de las ventanillas.

Ni Azaire ni Grégoire dieron importancia al desliz de Lisette, e Isabelle se embarcó en una urgente e insistente serie de preguntas a Marguerite sobre si había previsto la ropa de repuesto para el caso de que los chicos quisieran nadar en el río.

—De todos modos —le dijo Lisette a Grégoire—, nadie querría comer algo que tú hubieras pescado, ¿verdad, Ste..., monsieur?

—¿Qué? ¿Por qué no? Espero que seas un buen pescador, ¿eh, Grégoire? Tienes una estupenda caña nueva.

Lisette miró enfurecida a su hermano, que parecía haber captado la atención de Stephen, y no dijo nada el resto del viaje.

Un segundo tren los llevó desde Albert por una línea secundaria que reseguía el Ancre, hasta la estación de Beaucourt, después de pasar por los pueblos de Mesnil y Hamel. El sol salió de detrás de unas nubes acumuladas muy arriba, encima de una colina boscosa, e iluminó el verde valle del río. Se extendían algunos prados entre la vía férrea y el agua, así como algunas vastas superficies de hierba descuidada. Tomaron por un reseco sendero después de atravesar una puerta abierta en una valla, a menos de veinte metros del río. Pudieron ver a otros pescadores de caña en la orilla opuesta, hombres solitarios y unos pocos muchachos sentados en taburetes o en cajones, con los pies en el agua. El Ancre no superaba en ocasiones la amplitud de un tiro de piedra lanzado con fuerza, y en otros lugares era lo bastante ancho y hostil como para que sólo un nadador seguro de sí mismo considerase la posibilidad de cruzarlo. En los tramos anchos apenas se apreciaba agitación en la superficie, que lamía las orillas marcadas por juncos y troncos en descomposición que habían quedado atrapados en la maleza; mientras que en los tramos más estrechos el agua aparecía ocasionalmente blanca allá donde una pequeña corriente rompía la superficie.

Azaire se instaló en un taburete plegable y encendió la pipa. Estaba decepcionado porque los Bérard no habían podido acompañarlos, pues la conversación nunca era más agradable que cuando Bérard estaba presente y daba lo mejor de sí. Por entonces no era mucho lo que tenía que decirle a Isabelle, y los niños lo aburrían. Colocó el cebo y largó el cordel cuidadosamente. Con o sin Bérard, no era una mala manera de pasar una jornada de domingo, junto a un río en un paisaje agradable, con el graznido de los grajos en los árboles y la oleada de paz en derredor.

Stephen ayudó a Grégoire a cebar su caña nueva y luego se acomodó al pie de un árbol. Lisette permaneció de pie y lo observaba, mientras Isabelle y Marguerite disponían una estera a la sombra.

Hacia la una, nadie había pescado nada. La superficie del río se había mantenido imperturbada por peces de cualquier clase, aunque pudieron observar a un niño, un trecho río abajo, en la orilla de enfrente, cuyos aparejos de confección casera parecía que apenas tocaban el agua, se agitaban una y otra vez y al final aparecía una criatura centelleante y pesada. Regresaron a la estación y tomaron un carruaje para que los condujera al pueblo de Auchonvillers, situado en lo alto de una colina, donde Bérard les había recomendado un restaurante pasable. Él no había ido personalmente, pero le dijeron que era bien conocido en el distrito.

Antes de entrar, Azaire se enderezó la corbata. Isabelle paseó rápidamente la mirada sobre los niños para asegurarse de que presentaban un aspecto respetable. Auchonvillers era un pueblo apagado, que consistía en una calle principal y unos pocos senderos y calles secundarias detrás de aquélla, y que en su mayoría conducían a granjas o a sus edificaciones anexas. El restaurante era más propiamente un café, aunque su comedor estaba lleno de familias locales almorzando.

Tuvieron que aguardar junto a la entrada hasta que una joven les señaló una mesa. Finalmente se sentaron a ella e Isabelle sonrió alentadoramente a Grégoire, a quien el hambre habla puesto de mal humor.

—Al menos la gente parece que viste de manera apropiada —observó Azaire mirando alrededor.

Marguerite estaba nerviosa por tener que comer con sus patronos, y no podía decidir qué quería cuando regresó la camarera. Le pidió a Isabelle que decidiera por ella. Azaire se sirvió vino y, después de que Lisette insistiera con actitud rebelde, también la sirvió a ella.

Stephen miraba a Isabelle por encima de la mesa. Seis días antes era madame Azaire, el distante y respetado objeto de su pasión. Ahora estaba injertada a su persona, en carne y sentir. Observaba el alto cuello de su vestido, con la piedra rojo oscuro, el peinado de circunstancias y sus ojos que, con independencia de adónde dirigieran su mirada, reflejaban su preocupación por estar en sociedad. Sin embargo, mantenían siempre aquel punto de luz en el centro, que a Stephen le parecía hablar con toda claridad de la vida oculta de Isabelle, hasta el punto de que, en más de una ocasión, le sorprendió que otras personas no pudieran leer la infidelidad con un simple vistazo. Observó cómo conversaba con Grégoire o cómo tranquilizaba a Marguerite, y deseaba estar a solas con ella, no para hacer el amor, sino para hablarle a una versión más auténtica de ella misma. Cuando consideró que el momento era seguro, Stephen buscó su mirada e inclinó la cabeza en un gesto afirmativo tan leve que sólo Isabelle pudo percibirlo, y él vio durante una fracción de segundo cómo se

suavizaba su expresión.

En ese momento Stephen supo que no regresaría a Inglaterra. Había existido la posibilidad, según reconocía ahora, de que sus sentimientos por Isabelle se hubieran desvanecido o mitigado por lo que hicieron en la habitación roja. Pero había quedado claro para él que no se trataba de un apetito contenido susceptible de ser agotado o satisfecho. Se partió, se extendió y cambió de forma, y penetró en zonas de su pensamiento y de su sentir muy apartadas del acto físico en sí. Se había convertido para él en algo más importante que conservar su medio de vida o su carrera; no podría descansar hasta que supiera dónde acabaría aquello. Casi tan decisivo como su ternura hacia Isabelle era un irresistible sentimiento de curiosidad.

Aunque su mente funcionaba con claridad y nunca había te nido la menor dificultad para realizar las tareas que le encomendaran maestros o patronos, Stephen no había desarrollado el hábito del análisis. Su confianza en sí mismo no la sometía a juicio alguno; se dejaba llevar tan sólo por el instinto, y se apoyaba en cierta cautela reflexiva. Mirando a Isabelle, supo también que el sentimiento que alentaba hacia ella era de una clase que raramente había experimentado, y que por tanto estaba obligado a dejarte llevar por él.

A una trucha fuerte, de sabor metálico, siguió un guiso agua do que consiguieron comer ayudándose con mucho pan. Isabelle, empeñada en conseguir que Grégoire acabara su ración, presentaba un aspecto sereno al volverse periódicamente hacia d resto de los comensales. Stephen adivinó que la deliberada destrucción de su básico papel familiar era lo que le permitía desempeñarlo con tan aparente satisfacción. Ahora ningún sarcasmo de su marido, ninguna observación provocativa de Lisette o una rabieta sin sentido de Grégoire podían perturbar su encantador equilibrio.

Después del almuerzo regresaron al río. Azaire volvió a ocupar su taburete, y Grégoire, un tronquito de árbol que había encontrado al borde del agua. Stephen paseó por la orilla en dirección a Beaucourt. Ahora el vasto cielo sobre las onduladas tierras de labor había aclarado y se llenaba con el canto de las alondras, lo que le hizo estremecerse de desagrado. Se sentó al pie de un árbol y, por hacer algo, se puso a cebar el anzuelo de la caña que Azaire le había prestado. Sintió que una mano le tocaba ligeramente el hombro, y que otra le tapaba los ojos. Se sobresaltó, pero luego se relajó al advertir la suavidad del contacto. Colocó su mano sobre los dedos que se apoyaban en su hombro, y los acarició. Eran delgados y femeninos. Agarró la mano y se volvió. Era Lisette, que emitió un gritito triunfal.

—No pensaba que fuera yo, ¿verdad?

Sabiendo que sus ojos ya habían traicionado su sorpresa, Stephen se limitó a decir:

—No la había oído arrastrarse detrás de mí.

—Usted esperaba que fuera otra persona, a que sí.

Lisette adoptaba una actitud coqueta pero decidida.

—No estaba esperando a nadie.

Lisette caminó a su alrededor, con las manos a la espalda. Llevaba un vestido blanco y su cabello estaba recogido atrás con una cinta rosa.

—Mire, monsieur Stephen, yo lo sé todo sobre usted y mi madrastra.

—¿Qué quieres decir?

Lisette se echó a reír. Stephen recordó el vino que había bebido durante el almuerzo. Ella bajó la voz y dijo en tono ronco:

—«Mi querida Isabelle...»

A continuación suspiró y jadeó como si sintiera añoranza o deseo, antes de romper a reír de nuevo. Stephen sacudió la cabeza y sonrió, fingiendo no comprender.

—El otro día, después de almorzar, salí al jardín y me quedé dormida en un banco. Cuando desperté, regresé a la casa. Al volver, aún me sentía un poco mareada, de modo que me senté en la terraza y escuché ruidos a través de una ventana abierta en el piso de arriba. Eran sonidos muy tenues, pero muy graciosos. —Lisette volvió a reír —. Y aquella noche, después de cenar, oí a alguien deslizarse muy silenciosamente por el corredor a su habitación y luego bajar la escalera de puntillas. —Se quedó mirando a Stephen con la cabeza ladeada—. ¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Qué me dice usted?

—Creo que es usted una joven con mucha imaginación.

—Pues sí, la tengo. He estado imaginando todas las cosas que han estado haciendo ustedes y creo que me gustaría probarlas.

Stephen se echó a reír de buena gana.

—No tiene gracia. Usted no quiere que mi padre se entere de lo que he estado oyendo.

—Es usted una niña —dijo Stephen, sintiendo que empezaba a sudar.

—No, no lo soy. Tengo casi diecisiete años. Estoy más cerca de la edad de usted que *ella*.

—¿Le gusta Isabelle?

Lisette pareció desconcertada.

—No. Quiero decir, sí; antes me gustaba.

—Se ha portado bien con usted.

Lisette asintió.

—Piense en eso —le aconsejó Stephen.

—Lo haré. Pero usted no debió permitir que me hiciera ilusiones.

—¿Que no debí qué?

—Cuando me dio aquella talla de madera, pensé... Ya sabe, usted *tiene* la edad apropiada para mí. ¿Por qué no debería yo desearlo para mí?

Stephen empezó a comprender que no se trataba de una criatura que creaba problemas por crearlos, sino alguien cuyos sentimientos habían sido heridos. Había algo de verdad en cuanto dijo.

—Lamento lo de la talla —dijo Stephen—. Estaba sentada a mi lado. Si hubiera sido Grégoire, se la hubiera dado a él. No quise significar nada con aquello. De hecho, después tallé otra figura para Grégoire.

—O sea que aquello no significó nada de nada.

—Me temo que no.

Lisette apoyó las manos en su brazo.

—Stephen, no soy una niña, aunque me traten como si lo fuera. Soy una mujer; al menos casi una mujer. Mi cuerpo es el de una mujer, no el de una criatura.

Él asintió. Pensó que si conservaba la calma podría aplacarla.

—Lo comprendo. Le resulta difícil, sobre todo sin una madre.

—¿Qué sabe usted de mi madre?

—No se enfade, Lisette. Yo tampoco tengo madre, ni padre. Sé y comprendo.

—Muy bien. Quizá sea así. Pero yo sabía lo que decía. Quiero que me haga las cosas que le hace a ella.

—No puedo, Lisette. Debe comprenderlo. Sea justa conmigo. Sea justa consigo misma.

—¿Es que no soy lo bastante bonita? ¿No soy tan bonita como ella?

Se la quedó mirando. Sonrojada a causa del vino y de la confusión, resultaba atractiva. Tenía unos profundos ojos castaños, con tupidas pestañas, un cabello áspero y una cintura breve.

—Sí, es bonita.

—Entonces tóqueme; tóqueme como la toca a ella.

Agarró con ambas manos el brazo de Stephen. Él se dio cuenta de hasta qué punto el vino la había afectado: sus ojos se extraviaban cuando miraba a los suyos.

Le tomó la mano y la restregó en el espacio entre sus pechos. A su pesar, Stephen experimentó un reflejo de deseo.

—Lisette, esto es una gran tontería. Sus padres están allí, en el recodo del río. No voy a permitir que me atormente a mí ni que se humille usted. Lo que haré, si lo desea, es besarla, pero muy aprisa, si me promete que se irá y nunca dirá a nadie una palabra de esto.

—No.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que tiene que tocarme.

Tomó de nuevo su mano, la frotó contra su pecho y luego la guió hasta la cintura. Algo en la perversidad de la situación había empezado a excitarlo, por lo que no apartó enseguida su mano cuando ella la colocó bajo su falda levantada, en lo alto del muslo. Luego la deslizó dentro de sus pantalones, donde él sintió su suave vello y su carne partida y húmeda.

Se apresuró a retirar la mano: su inclinación era dejarla allí, y sabía que, si lo hacía, aquello podría ser el principio de algo peor y más desesperado que lo que ya había comenzado.

Lisette se había estremecido a su contacto; parecía haberla despejado y atemorizado. Empezó a retirarse, pero él la tomó por la muñeca.

La miró intensamente a los ojos y dijo:

—Ahora ya comprende. Nunca debe empezar con esas cosas. Y nunca, nunca debe decir una palabra de lo que estuvo diciendo antes, ni a su padre ni a nadie.

Lisette asintió.

—No. Lo prometo. Ahora quiero irme. Quiero volver a casa. Había olvidado los tés ingleses de Thiepval.

Durante una semana más, Isabelle y Stephen vivieron su extraña existencia en el boulevard du Cange, cumpliendo con los ritos cotidianos de la conducta normal, aunque sus mentes se hallaban en otra parte. Ambos se percataban, con admiración y cierto recelo, de lo fácil que resultaba disimular ante el otro.

Stephen encontraba que sus apresurados y clandestinos contactos cobraban para él más fuerza debido al elemento de temor. Hacían el amor donde podían: en la habitación roja, en salas de estar temporalmente desocupadas, en la superficie cubierta de césped al pie del jardín. La urgencia del tiempo limitado prevalecía sobre todas las inhibiciones.

Stephen no se paraba a pensar. Su mente estaba desorganizada a causa de la pasión. Se había vuelto capaz de albergar tan sólo un deseo o un pensamiento: que las cosas debían continuar. Este imperativo le proporcionaba la naturaleza tranquila de su comportamiento en público.

Isabelle estaba desconcertada por el poder de la vida física que de repente se había abierto en ella, y hallaba la misma emoción en sus precipitados y peligrosos encuentros. Pero echaba de menos la intimidad de la conversación que al comienzo habían tenido en la habitación roja. Eso le parecía un arte de la proximidad tan delicado

como cualquier contacto físico que ya hubieran descubierto.

Un día, después de una consulta susurrada en el vestíbulo, Stephen consiguió regresar de la fábrica antes de hora, y para entonces Isabelle había alejado de la casa a Marguerite y a Lisette durante toda la tarde.

La encontró esperándolo ya en la habitación roja. Después, mientras él permanecía recostado en las almohadas, contemplaba la imagen de un caballero medieval en la repisa de la chimenea. En esta última ardía un fuego prendido con leña limpiamente cortada y carbón. Adosado a la pared más alejada había un gran armario rústico en el que se almacenaban cortinas y alfombras fuera de uso, abrigos de invierno y una diversidad de jarrones, relojes y cajas para los que no había sitio en la casa. La madera del marco de la ventana estaba desnuda y sin pintar. Algunas flores blancas de clemátide se movían contra el cristal, impulsadas por una ligera brisa.

Era la primera oportunidad, desde su excursión al río, que Stephen había tenido de hablarle a Isabelle sobre Lisette. En la confianza imprudente de su pasión, se lo contó todo, esperando que valorase su honradez por encima de cualquier sentimiento mezquino de incomodidad. Isabelle parecía curiosa.

—No comprendo dónde puede haber aprendido esas cosas.

—Supongo que es mayor de lo que pensamos. ¿No sentías esas cosas a su edad?

Isabelle negó con la cabeza.

—Jeanne me dijo lo que ocurriría un día, pero no experimenté deseo; no de la forma que lo describes en Lisette.

—Creo que nota la pérdida de su madre. Reclama atención.

—¿Se excitó? ¿Se...? No sé cómo preguntarlo.

—¿Quieres decir si estaría dispuesta a hacer el amor con un hombre?

—Sí.

—Sí, lo estaría como mujer, porque se lo pide el cuerpo, pero casi con seguridad escogería al hombre equivocado.

—A ti.

—O a alguien peor.

Isabelle meneó la cabeza.

—Pobre Lisette. —Se lo quedó mirando y dijo—: ¿Tú deseaste... con ella?

—No. Por un momento hubo un reflejo, como un animal. Pero no. Yo sólo quiero hacerlo contigo.

—No te creo —replicó Isabelle riendo.

Stephen le sonrió.

—Me estás atormentando, Isabelle.

—Desde luego que sí. —Le pasó la mano por el abdomen—.

Eres malvado —le susurró al oído.

En ocasiones Stephen sentía que su cuerpo no era más que un canal para fuerzas externas, pues por sí mismo carecía de sentido de la fatiga o de la proporción. Pensaba en Lisette mientras yacía de nuevo sobre Isabelle. Creía que ésta había descubierto que la historia de la indiscreción de Lisette le producía algún tipo de excitación. Más adelante dijo:

—Me preocupa que se lo diga a tu marido.

Isabelle, que había recobrado la compostura, observó:

—Me preocupa más el hecho de que mi deber es permanecer junto a ella y cuidarla.

—¿Permanecer?

—Sí. En lugar de...

—¿En lugar de ir conmigo a Inglaterra?

Isabelle, enfrentada a aquel pensamiento que al fin se formulaba en palabras, asintió en silencio.

Stephen experimentó una serena euforia: aunque él había aportado las palabras, la idea había sido de ella.

—Pero eso es lo que harás. Abandonarás a ese marido que te golpea y te irás con el hombre que te ama. Lisette no es tu hija. Tú ya te has portado bien con ella, la has ayudado. Pero debes acabar por vivir tu propia vida. Sólo tienes una opción.

Comprendió que se expresaba en un tono declamatorio, pero no renunció a él. Quería que Isabelle recordara aquellas palabras, de modo que contaran para ella cuando estuviera sola y tomara una decisión.

—¿Y qué haríamos en Inglaterra? —preguntó ella para atormentarlo, pero resistiéndose a pensar en ello seriamente.

Stephen tomó aire despacio.

—No estoy seguro. Nos iríamos a vivir a algún lugar apartado, no a Londres. Yo buscaría trabajo en algún tipo de negocio. Tendríamos niños.

Esto último pareció poner fin a la actitud desenfadada de Isabelle.

—Y Lisette y Grégoire... Perderían a otra madre.

—Y si te quedas tú perderás tu vida.

—No quiero pensar en eso.

—Pues debes. Está previsto que yo regrese a Londres la semana que viene. Podrías acompañarme. O podríamos irnos juntos a algún lugar de Francia.

—O tú podrías quedarte y trabajar aquí, en la ciudad. Podríamos vernos.

—Eso no, Isabelle. Tú sabes que eso no resultaría.

—Debo vestirme. Tengo que bajar y estar lista para cuando regrese Lisette.

—Antes de irte, quiero preguntarte algo. Lucien Lebrun. Corría el rumor de que tú y él...

—¡Lucien! —replicó Isabelle riendo—. Me gusta. Creo que es admirable, pero realmente...

—Lo siento. No debí habértelo preguntado. Es que... estaba preocupado.

—Pues no te preocupes. No te preocupes nunca. No hay nadie más que tú. Ahora sí que debo vestirme.

—Entonces, déjame que te vista yo.

Fue en busca de su ropa, colocada en la silla donde ella la había dejado.

—Pon un pie aquí y otro allí. Ahora levántate. ¿Y a continuación viene esto? ¿Cómo se abrocha? Déjame que apriete esto. Tu respiración es penosa, amor. ¿Ha sido aquí donde te he tocado, ha sido aquí?

Isabelle estaba a medio vestir, y desvestida a medias. Permanecía de pie, sosteniendo la cabeza de Stephen, arrodillado frente a ella. Cuando ella empezó a suspirar de nuevo, él se puso en pie y dijo:

—¿Te irás conmigo, verdad?

La respuesta fue como un siseo entre sus dientes apretados.

La puerta principal se cerró de golpe cuando Azaire entró en el vestíbulo, con un ejemplar del periódico de la tarde en la mano.

—¡Isabelle! —llamó—. La huelga ha terminado. Los tintoreros vuelven mañana.

Ella apareció en lo alto de la escalera.

—Es una buena noticia.

—Y mañana Meyraux propondrá al personal mis nuevas condiciones.

—Me alegro mucho.

Al menos aquello significaba que Azaire estaría de buen humor, pensó Isabelle; no se dedicaría a hostigarla verbalmente ni acudiría a su habitación a exteriorizar su frustración.

—¿Y cuándo nos deja usted, monsieur? —preguntó Azaire durante la cena, mientras servía una pequeña cantidad de vino en la copa de Stephen.

—Al final de esta semana, tal como convinimos.

—Bueno. Ha sido interesante para nosotros, en la fábrica, como ya le decía esta mañana. Espero que haya disfrutado de su estancia con nosotros.

—Ha sido un placer convivir con su encantadora familia.

Azaire presentaba una expresión satisfecha. Por un momento, sus ojos perdieron su aspecto herido. Resultaba evidente que lo complacía la perspectiva de un retomo a la ratina normal en todos los aspectos

de su vida.

Isabelle percibió su alivio ante la inminente partida de Stephen y el fin de la huelga, pero no lograba entender cómo podía contemplar con tanta felicidad la vuelta a su vida anterior. La forma en que la trataba a ella tal vez la consideraba, en algún repliegue de su imaginación, como una transición dolorosa y provisional a un mejor modo de sentir, pero no como una conducta deseable que estuviera ansioso por reanudar. No lo temía, pero su actitud la deprimía. Ante ella se extendían inviernos de soledad. Si él se mostraba satisfecho por no cambiar, ella experimentaría un aislamiento más profundo en su presencia que estando sola.

Mientras tanto estaba Stephen, una alternativa que ella no podía considerar con calma. Había demasiado peligro en los sentimientos de Isabelle y en los detalles prácticos de lo que ambos podrían hacer. Sentía que podría evitar la falibilidad de su propio juicio si dependía del de Stephen; aunque él era más joven, parecía seguro acerca de lo que era adecuado.

Desde la excursión al río, Lisette se mostraba apagada, y dejó de animar las cenas con mohines o con observaciones sugerentes. No cruzaba la mirada con Stephen, aunque él trataba de encontrar la suya para infundirle cierta tranquilidad. Ella permanecía sentada en silencio, inclinada sobre la comida mientras el toque del reloj, desde la repisa de mármol de la chimenea, se dejaba oír con más fuerza en la estancia.

—Me he enterado de una historia extrañísima —dijo de repente Azaire.

—¿De qué se trata? —preguntó Isabelle.

—Me han dicho que en lo más duro de la huelga alguien visitaba al pequeño Lucien y le llevaba paquetes de comida para las familias de los tintoreros.

—Sí, yo lo he oído —confirmó Stephen—. Muchas personas compasivas de la ciudad ayudaron a los huelguistas. Había un hombre en concreto que deseaba permanecer en el anonimato. Eso se contaba en la fábrica.

—Oh, no, de ninguna manera. No era un hombre, sino una mujer que solía acudir disfrazada a donde vive Lebrun.

—Los huelguistas han recibido ayuda de muchas fuentes, supongo.

—Pero lo más extraño en relación con esa mujer es que estaba casada con el dueño de la fábrica.

Azaire hizo una pausa y miró a su alrededor, a quienes se sentaban a la mesa. Ninguno de los niños escuchaba e Isabelle se mantenía inmóvil.

—¿Es o no una cosa extraña? —concluyó Azaire llevándose la

copa a los labios—. No podía creerlo cuando lo oí.

—Yo no lo encuentro extraño —replicó Isabelle—. Era yo.

Stephen se la quedó mirando, sin comprender.

—Pero, querida...

—Yo les llevaba comida porque pasaban hambre. No tenía idea de si debían hacer huelga o no, pero vi a sus niños pedir pan, correr detrás de los carros que transportaban verduras al mercado. Los vi revolver en los cubos de basura en Saint-Leu y me inspiraron lástima. —La voz de Isabelle era sorprendentemente tranquila, y añadió—: Volvería a hacerlo, tanto si se tratara de obreros textiles como del calzado o de lo que fuera.

Azaire estaba blanco. Sus labios eran una sombra de púrpura desvaída, como si incluso de esa blanda membrana hubiera huido la sangre.

—Sal del comedor —le dijo a Lisette—. Y tú también.

Grégoire empujó su silla hacia atrás, lo que produjo un ruido sobre el parqué, pero se tomó tiempo para coger un trozo de pollo de su plato.

—Yo descarté esos rumores. No los creí, a pesar de que se relacionaban con tu nombre, aunque supongo que a estas alturas ya debería conocerte. Pero por más testaruda y egoísta que seas, me resistía a creer que alguna vez pudieras comportarte conmigo de este modo. En cuanto a usted, monsieur, sería mejor que también abandonara el comedor.

—No. Deja que se quede.

—¿Por qué? Él es...

—Deja que se quede.

En el rostro de Azaire se pintó una expresión de pánico. Trató de hablar, pero no lo consiguió. Volvió a beber de su copa. Su imaginación parecía que iba a depararle posibilidades más atroces de lo que podía admitir su ira, hasta el momento controlada y atormentadora. Luchó para formular la peor de las preguntas.

—¿Tú...?

Miró en dirección a Stephen, y luego a la mesa. Era evidente que le faltaba valor. Tras un combate consigo mismo, recuperó el control y adoptó la actitud de antes.

—No creía que mi esposa me colocara en semejante situación. La otra razón por la que me negaba a admitir los rumores era que implicaban otro elemento de cotilleo, según el cual la dama en cuestión mantenía también... —Hizo un gesto, como si apartara de un manotazo el pensamiento—... mantenía cierta relación con Lebrun.

—No mantengo ninguna relación con Lucien —desmintió Isabelle.

Por el aspecto de su rostro, Azaire parecía a punto de sufrir un colapso. Su voz había demandado en un tono lastimero un completo

desmentido de aquel rumor, pero la negativa pardal de Isabelle parecía peor que una confirmación de lo que temía. Ella así lo percibió y se sintió conmovida, por lo que puso fin a la incertidumbre de su marido, aunque no pudiera liberarlo de su angustia.

—Con Lucien no. Con Stephen.

Azaire levantó la vista.

—¿Con... él?

—Sí —confirmó Stephen mirándolo y sin alterar la voz—. Conmigo. He estado persiguiendo a su esposa. La he seducido. Debe usted odiarme a mí, no a ella.

Quería proteger a Isabelle en la medida de lo posible, aunque estaba asombrado de hallarse en semejante situación: Isabelle hubiera podido mentir fácilmente. Su corazón, que de ordinario batía con lentitud, ahora se había desbocado. Miró a Azaire, cuya mandíbula colgaba floja, con lo que mantenía la boca abierta. Había un goteo de vino en su barbilla. Stephen captó su aflicción por la forma en que ésta afectó a los músculos de su cara. Sintió piedad por él. Luego, en su interés por conservar algo para Isabelle y para sí, endureció su corazón. Fue un acto casi físico de fuerza de voluntad, para expulsar de su interior la compasión.

Isabelle ya no era capaz de mantener la frialdad frente a Azaire. Las breves frases con que le había informado de su infidelidad parecían haber agotado su decisión, y empezó a llorar y a excusarse ante él por lo que había hecho. Stephen la escuchaba atentamente. No se dolía de que le pidiera perdón, pero no deseaba que se excediera. Azaire se mostraba incapaz de pronunciar otras palabras que no fueran «¿Con él? ¿Aquí?».

—Lo siento... Lo siento muchísimo, René. No me proponía herirte. Siento pasión por Stephen. No ha sido por herirte.

—¿Este... chico, este chico inglés? ¿En mi casa? ¿Dónde? ¿En tu propia cama?

—Eso no importa, René. No importa dónde.

—Me importa a mí. Quiero saberlo. ¿En qué habitación... lo hicisteis?

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Stephen.

Azaire permanecía sentado a la mesa, en silencio, con la mano aferrando todavía la base de su copa. Volvió a quedarse con la boca abierta y apretaba los ojos, confuso, como si mirara un sol brillante.

—¿Y tu padre, monsieur Fourmentier, que podrá hacer...? ¿Qué dirán? Dios mío, Dios mío.

Isabelle miraba a Stephen y había temor en sus ojos. Stephen podía advertir que ella no había calculado el efecto que su súbita sinceridad iba a causar en su marido. Sin duda el temor lo inspiraba en parte el bienestar de Azaire, pero también parecía deberse a ella

misma: había una oportunidad de que en medio de la crisis perdiera su decisión y se atuviera a algún antiguo código de conducta, que la obligaría a quedar una vez más a merced de Azaire. Eso produjo incomodidad a Stephen, que contemplaba el naufragio provocado por aquel súbito temporal. Sintió la necesidad de apoyar la decisión de Isabelle, pero eso no sería posible si Azaire se derrumbaba por completo.

Azaire murmuraba para sí:

—¡Perra...! Tu padre me advirtió y no le hice caso. En mi propia casa. Y ahora ¿qué será de mis hijos? Perra.

—Escuche —dijo Stephen, rodeando rápidamente la mesa y tomándolo por los hombros—. ¿Qué puede usted esperar de una mujer a la que ha tratado como lo ha hecho con Isabelle? ¿Espera que se humille para darle placer a usted, que se siente sumisamente a su mesa sabiendo que más tarde va a pegarle?

Azaire pareció rejuvenecido.

—¿Qué le has contado?

—Da igual lo que me contara. Ésta es una casa donde todo puede oírse. ¿Cómo puede usted quedarse ahí sentado insultándola después de lo que le ha hecho? Ella es una mujer con su propia vida y sus sentimientos, y mire qué ha hecho con ella. ¿Qué le ha *hecho*[7]. —concluyó dándole un violento empujón en su silla.

Azaire pareció inspirado por la ira de Stephen. Se puso en pie y dijo:

—Usted abandonará mi casa antes de una hora. Si es usted persona sensata se apartará de mi vista para siempre.

—Desde luego que abandonaré su casa. Y me llevaré a su mujer conmigo. ¿Isabelle?

—No es esto lo que quiero —replicó Isabelle, negando con la cabeza. Las palabras acudieron a su boca sin pensarlas ni calcularlas, manifestando abiertamente sus sentimientos—: Ahora no sé qué hacer ni cómo comportarme. Podría ser feliz de la manera más sencilla, como cualquier otra mujer con familia propia, sin este terrible dolor que he causado. No quiero escucharos a ninguno de los dos. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Cómo sé que me amas, Stephen? ¿Cómo puedo estar segura de ello? —Su voz descendió hasta la nota baja y suave que Stephen había oído cuando ella habló la primera noche de su llegada a la casa. Era un hermoso sonido para sus oídos: suplicante y vulnerable, pero con un matiz de fuerza en su propia rectitud—. Y en cuanto a ti, René, ¿por qué deberías inspirarme confianza cuando me has dado tan pocos motivos para gustarme?

Ambos hombres se la quedaron mirando en silencio. Stephen creía en la fuerza del sentimiento que los unía, y por ello creía poder convencerla. Isabelle dijo:

—Es una situación para la que nadie está preparado. Nada de cuanto he aprendido de la religión o de mi familia o de mis propios pensamientos me sirve de ayuda. No admito que tú, René, me presentes como una especie de fulana. Soy una mujer asustada, sólo eso: no una adúltera ni una cualquiera o algo por el estilo. Soy la misma persona que siempre fui, pero tú nunca te tomaste la molestia de averiguar quién era yo.

—Perdóname, yo...

—Sí, te perdono. Te perdono todo el mal que me has causado, y te pido que me perdones a mí el que sin duda te he causado. Me voy arriba a hacer el equipaje.

Abandonó la habitación con un roce de su falda y un apenas perceptible aroma de rosas.

—¡Te vas con él! —gritó tras ella Azaire—. ¡Y te vas al infierno!

Stephen se volvió y salió del comedor, tratando de calmar la exaltación de su corazón.

Isabelle colocó la fotografía enmarcada de Jeanne encima de la ropa que había amontonado en su maleta. Hizo una breve pausa y luego añadió el grupo familiar, con sus padres, todos endomingados: Mathilde, con su cabello negro y muy femenina, a la derecha de su padre; ella misma, una criaturita rubia a la izquierda de su madre; y Delphine, Jeanne y Béatrice de pie, detrás. La fotografía se tomó en un parque de Ruán. Entre los plátanos del fondo, una pareja ajena a cuanto la rodeaba, paseaba por la grava. En primer plano, a los pies del padre, estaba el perrito blanco de los Fourmentier.

Contempló el rostro de su padre, que miraba fijamente, con sus ojos negros y remotos por encima de su espeso mostacho. Pensó lo difícil que le iba a resultar entender lo que ella estaba haciendo. Nunca se esforzó en entender.

Añadió al equipaje dos vestidos más y la blusa con una puntilla dentada. Necesitaría un equipo más práctico para viajar: un abrigo y zapatos cómodos. Seguramente podría enviar a recoger otras prendas cuando llegaran al lugar a donde fueran.

Isabelle no se detuvo a pensar. Deseaba hallarse fuera de la casa, sola con Stephen, antes de que la decisión la abandonara y empezara a considerar los detalles prácticos.

Oyó pasos en el corredor que conducía a su habitación y se volvió para descubrir a Stephen en el quicio. Corrió hacia él y se estrechó contra su pecho.

—Eres una mujer maravillosa.

—¿Qué les diré a los niños?

—Diles adiós. Diles que les escribirás.

—No. —Isabelle se alejó un paso de él y negó con la cabeza. Sus ojos se inundaron de lágrimas—. Me he comportado mal con ellos. No

puedo pretender otra cosa. Debo abandonarlos sin más.

—¿Sin despedirte?

—Sí. Rápido, Stephen, debemos irnos. Estoy lista para marcharnos.

—Espera aquí. Debo recoger mis papeles.

Mientras Stephen corría escaleras arriba hacia su habitación, oyó gritos y llantos de mujer en el piso inferior. Luego llegaron el ruido de un portazo y la voz de Grégoire preguntando qué ocurría. En una pequeña bolsa de cuero metió el pasaporte, los cuadernos, los informes del trabajo, una navaja y una muda. Mientras bajaba hacia el primer rellano, vio a Lisette de pie, en camisón, junto a su dormitorio. Estaba pálida y estupefacta.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. ¿Por qué grita todo el mundo?

Stephen sintió un impulso compasivo por la muchacha. Dio media vuelta, se alejó de ella en silencio y corrió a la habitación de Isabelle. Se había puesto un abrigo y un sombrero verde con una pluma. Su aspecto era sorprendentemente joven.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Stephen—. ¿Nos vamos?

Ella tomó su mano entre las suyas y levantó la vista hacia su rostro grave. Isabelle sonrió y asintió mientras cogía su maleta.

Cada espacio y cada inesperado corredor bajo el tejado de pronunciada pendiente, con sus salientes esquinas, estaba vivo a causa de las voces y de los pasos, pesados, inciertos, precipitados o que volvían atrás. La puerta de la cocina golpeaba y giraba sobre sus goznes repetidamente, cuando Marguerite y la cocinera iban y venían del comedor con el pretexto de retirar los servicios de la cena, y luego se quedaban un momento escuchando en el vestíbulo. En lo alto de la escalera, apareció Stephen rodeando con su brazo a Isabelle, guiándola para pasar ante las miradas y las preguntas dolidas.

—¡Al infierno! —repetía Azaire desde la puerta de la sala de estar.

Isabelle sintió la presión de la mano de Stephen en la parte inferior de la espalda cuando pasaron por delante. Ella se volvió en el umbral y vio la pálida figura de Lisette en la curva de la escalera. Se estremeció y arrastró a Stephen a la oscuridad nocturna.

En el interior de la casa, Azaire ordenó a los niños que aguardaran en el rellano mientras él iba a la habitación de Isabelle. Apartó la colcha y miró las sábanas. Pasó las manos por ellas. Estaban limpias, almidonadas, apenas tocadas por el peso del cuerpo de su mujer. Subió a la habitación de su huésped y apartó las cobijas. La estrecha cama estaba más desordenada que la de Isabelle, como si Stephen hubiera dormido menos profundamente o la criada hubiera empleado menos tiempo en el arreglo, pero no presentaba señales del

adulterio: las sábanas estaban limpias, con la raya de la plancha trazada claramente en el centro.

Azaire regresó al primer piso y empezó a recorrer las habitaciones, una tras otra. Lo enfurecía el deseo de ver la suciedad y la vergüenza de lo que le habían hecho. Quería ver las señales de la traición de su esposa, las manchas de su degradación. En medio de su ira y de su humillación, advirtió el retorno de una baja necesidad que no había experimentado durante meses.

Grégoire permanecía de pie, aterrado, en el rellano, mientras su padre inspeccionaba su cama. Lisette aferraba su mano, y ambos observaban las desdichadas emociones de la edad adulta. Azaire mantenía levantadas las sábanas de la cama de Marguerite, para verlas a la luz, pues creía haber advertido una marca, pero no era más que cera o un producto de limpieza que se le había quedado en la mano por no habérsela lavado bien. Pasó los dedos por la ropa blanca de las habitaciones de los invitados, y apoyó la cabeza en ella, inhalando profundamente. Tan sólo desprendía olor a alcanfor.

Finalmente, permaneció derrotado y congestionado bajo la luz de lo alto de la escalera. Las puertas de todas las habitaciones quedaron abiertas y las camas, inútilmente deshechas. Azaire respiraba penosamente. En su precipitación y en su rabia no había pensado en la habitación roja. Había olvidado el corredor estrecho, con su sencillo parqué y que formaba un recodo desde la parte del jardín hacia la escalera posterior. Desde que compró la casa no había tenido necesidad de visitar la habitación y, de hecho, no había visto su disposición final, tal como quedó después de ser retiradas las pertenencias desechadas por los anteriores dueños, y ser modestamente redecorada por Isabelle. Era un lugar que no supo encontrar, pues permanecía más allá del alcance de la memoria, como Stephen había temido que le sucediera a él

Stephen se sentó enfrente de Isabelle en el tren que se dirigía al sur, hacia Soissons y Reims. Él sentía la sencilla euforia de su triunfo, por el hecho de ser él quien había vencido, quien había persuadido a Isabelle para que se liberase del peso de lo convencional y de los argumentos sensatos, y se decidiera por lo difícil y peligroso. Sentía también la honda felicidad de estar con aquella mujer, a la que amaba, y poseía por vez primera la prueba innegable de que era suya. Isabelle sonrió y luego sacudió la cabeza de un lado a otro con incredulidad, con los ojos cerrados. Cuando los abrió, reflejaban resignación.

—¿Qué dirán? ¿Qué les dirá a los Bérard y a sus amigos?

Su voz sonaba intrigada, pero no ansiosa.

—No es la primera vez que una mujer deja a su marido.

Stephen no tenía ni idea de lo que diría Azaire, pero no se sentía inclinado a imaginarlo. Creía que lo importante era que él e Isabelle se concentraran en ellos mismos.

El tren era el último de la noche, de modo que tuvieron pocos destinos para elegir. En la estación, Isabelle se cubrió el rostro con un chal, por temor a ser reconocida al montar en el tren. Mientras éste avanzaba hacia el sur por el paisaje llano, ella se relajó. Podrían llegar años de arrepentimiento, pero la perspectiva del drama y del cambio radical se había desvanecido.

El tren se detuvo en una estación débilmente iluminada, y vieron por la ventanilla a un mozo que descargaba el correo y empujaba una vagoneta llena de cajas hacia un edificio de madera que daba a un recinto vallado al aire libre. El rostro del hombre aparecía pálido en medio de la oscuridad. Tras él se veía el bulto negro y ordenado de una calle en cuesto que conducía al interior de una ciudad donde alguna ocasional luz amarilla se difundía desde detrás de las cortinas y los postigos.

El tren se estremeció y abandonó la estación produciendo un ruido metálico, y prosiguió su avance hacia el sur a través de la noche en calma. El verano estaba terminando y soplaba un aire ligeramente fresco, Al este se extendía el bosque de las Ardenas, y más allá, el Rin. Tras una parada en Reims, resiguieron el curso del Marne pasando por Joinville. El río, sumido en la sombra, era iluminado con intermitencias por la luna cuando la línea férrea discurría junto a la corriente, antes de reanudar su propio curso a través de trincheras y taludes cuyas altas paredes lo encerraban en la oscuridad.

Mientras seguían avanzando hacia el sur, Isabelle fue a sentarse junto a Stephen y apoyó la cabeza en el cuerpo de él. El movimiento rodante del tren hacía que los párpados le pesaran y se quedó dormida mientras el convoy proseguía su viaje hasta donde el Mame se une al Mosa, cuyo curso pone en comunicación Sedan con Verdun: un recorrido completamente Baño por la tierra natal de Isabelle.

Soñó con pálidos rostros bajo luces rosadas. Lisette en b esquina de la escalera, con sus rasgos exangües iluminados de rojo, una niña perdida, y otras como día atrapadas en algún meandro repetido del tiempo, una pauta reforzada por d rítmico movimiento del tren. Muchos rostros de piel blanca, con ojos oscuros, mirando fijamente con incredulidad.

Se alojaron en un hotel en la ciudad balnearia de Plombieres. Era un edificio gris con balcones de hierro forjado y una hiedra espesa. Su habitación estaba en el primer piso y daba a un jardín acuático, con un invernadero roto y varios cedros de gran tamaño. Detrás del muro situado en la parte más alejada estaban los baños, a cuyas aguas se

atribuían propiedades curativas para quienes padecían reumatismo, dolencias del pecho y ciertas enfermedades de la sangre. Había alrededor de una docena de huéspedes, en su mayoría parejas de ancianos, que comían en el adornado comedor. Los primeros tres días, Stephen e Isabelle apenas abandonaron su habitación. Isabelle estaba cansada del viaje y de la tensión que le producía lo que había hecho. Durmió en la ancha cama, con la cabecera y los pies en forma de barco, y Stephen permaneció sentado junto a ella durante horas, leyendo un libro o fumando un cigarrillo, o bien de pie en el balcón, contemplando el tranquilo y pequeño balneario.

Una criada tímida dejó unas bandejas ante su puerta a la hora de cenar, y se alejó a toda prisa por el corredor. El tercer día Stephen bajó solo al comedor y se sentó junto al ventanal que daba a la plaza. El dueño del hotel le entregó un menú:

—¿Se encuentra del todo bien su señora esposa?

—Del todo, gracias. Tan sólo está un poco cansada. Espero que mañana baje.

Varios huéspedes saludaron a Stephen al tomar asiento a sus mesas. Él les devolvió la sonrisa y bebió de la botella de vino que había pedido. Un camarero sirvió pescado con una espesa salsa de crema de leche. Stephen volvió a beber y se dejó deslizar en la tranquila atmósfera de aquel mundo ajeno: nada, imaginó, había cambiado durante años en la ordenada rutina del hotel, ni en el aire ligero, ni en los ricos alimentos basados en recetas del siglo XVIII, ni en las cualidades, probablemente imaginarias, de las aguas, ni en las vidas distinguidas y limitadas que sus pretendidas propiedades habían sustentado en la ciudad.

Al cuarto día Isabelle se aventuró a salir con él para dar un paseo. Lo tomaba del brazo como una esposa que lleva mucho tiempo casada, mientras exploraban las calles, se sentaban un rato en un parque casi desprovisto de césped y tomaban café en una plaza frente a la escuela de niños.

La curiosidad de Stephen no tenía límites. Pedía a Isabelle que le describiera con todo detalle su vida anterior. Nunca parecía cansado de escuchar los relatos de cuando residía en Ruán.

—Dime más cosas de Jeanne.

—Te he dicho todo lo que se me ocurre. Ahora cuéntame tú cómo fuiste a parar a aquel sitio, a aquella institución.

Stephen exhaló aire lentamente.

—No hay mucho que decir. Mi padre trabajaba en la oficina de correos en una región llana de Inglaterra llamada Lincolnshire. Mi madre trabajaba en una fábrica. No estaban casados, y cuando ella se quedó embarazada él desapareció. Nunca lo conocí. Por lo que supe más tarde parecía un hombre corriente, alguien que tomaba lo que

podía encontrar y que prefería no pagar por ello.

—¿Eso es lo que entiendes por corriente?

—Es así como vive la gente. Probablemente mi padre tenía cierto encanto, aunque no era un hombre apuesto, no lo que tú entenderías por un seductor. Era, sencillamente, un hombre al que le gustaban las mujeres, y tengo motivos para creer que tengo hermanastros y hermanastras en Inglaterra, aunque no he llegado a conocerlos. Mi madre abandonó la fábrica y regresó a vivir con sus padres, que trabajaban en un pueblo. Su padre era peón agrícola. Mi madre acabó por encontrar un empleo en el servicio doméstico, como criada de una casa grande. Como Marguerite.

Isabelle observaba la expresión de Stephen mientras hablaba. Parecía no haber emoción en su voz, aunque el perfil de su mandíbula se había puesto algo tenso.

—Pero mi madre tampoco tenía un carácter fuerte. Cuando era pequeño yo quería que demostrara su independencia respecto a mi padre, de modo que pudiera ser desterrado de nuestras mentes. Lo cierto es que se quedó otra vez embarazada de alguien que trabajaba en la casa. Me quería, pero nunca cuidó mucho de mí. Me crió mi abuelo, que me enseñó a pescar y a cazar conejos. Yo era verdaderamente un chico de granja. También me enseñó a robar y a pelearme. Era muy joven, andaba todavía por la cincuentena, y estaba muy en forma. Consideraba apropiado que cualquier trabajador aumentara sus ingresos como pudiera. Disputaba peleas a puñetazo limpio por dinero si lo que le ofrecían era bastante, y robaba en las casas grandes del distrito. Principalmente comida o los animales que atrapaba.

»Mi madre se marchó con el hombre al que había conocido en la casa. Oí que se fueron a Escocia. Poco después a mi abuelo lo detuvieron por algún delito menor y lo metieron en la cárcel. Parte de su defensa se apoyaba en que necesitaba permanecer en casa para cuidarme. El tribunal dispuso que me acogieran en un hogar municipal hasta que él no estuviera en condiciones de ser mi tutor. Yo había sido completamente feliz viviendo con mi abuela, y de buenas a primeras me vi vestido con una especie de blusa y dedicado a restregar suelos y mesas en aquel gran edificio de ladrillos. También teníamos que asistir a clase, algo que yo no había hecho hasta entonces.

«Recuerdo cosas de ese lugar que las llevaré conmigo hasta que me muera. El olor del jabón que usábamos para limpiar los suelos, y el tacto del uniforme contra la piel. Recuerdo la gran habitación con un techo tan alto que casi se perdía de vista, y las largas mesas a las que nos sentábamos para comer. Yo había sido bastante feliz con mi abuela. Con anterioridad nunca había visto a tanta gente reunida en

un solo lugar, y me parecía que cada uno de nosotros quedaba disminuido por ello. Tenía sensaciones de pánico cuando estaba sentado allí, como si todos nos viéramos reducidos a números, a categorías de personas sin nombre y que carecían de valor a los ojos de otros individuos.

«Aquellos de nosotros que teníamos familia o personas a las que ver recibíamos de vez en cuando autorización para salir. Yo pasaba el día con mis abuelos. Él ya había salido de la cárcel. Un día me peleé con un chico de la localidad y le produje heridas mucho más graves de lo que me proponía. No puedo recordar quién inició la pelea o el motivo de ella. Probablemente fue por culpa mía. Lo recuerdo caído en el suelo y preguntándome qué había hecho.

«Sus padres llamaron a la policía y se armó un lío. Me devolvieron al hogar porque era demasiado joven para someterme a juicio. Del incidente informó el periódico local, y un hombre del que yo nunca había oído hablar, llamado Vaughan, debió haberlo leído. Mi abuela estaba emocionada porque ese hombre era rico y dijo que deseaba ayudarme. Fue a verme al hogar y estuvo hablando conmigo mucho rato. Se convenció de que yo era inteligente y necesitaba una oportunidad para mejorar. Me preguntó si lo aceptaba como tutor legal. Yo no había hecho nada para escapar de la institución, y mis abuelos se sintieron felices porque alguien los descargara de aquella responsabilidad.

»Se necesitó un año de trámites legales para que las cosas se arreglaran. Él era muy conocido en la ciudad. Había sido magistrado, pero ni se casó ni tuvo hijos. Insistió en que yo fuera a la escuela durante el día y él me daba clases por las noches. Vivía en su casa y se las arregló para procurarme una plaza en la *grammar school*.

—¿Qué es eso?

—Una escuela donde te enseñan latín y griego e historia. Y cómo utilizar el cuchillo y el tenedor.

—¿Es que antes no sabías cómo utilizarlos?

—Sí, pero sin finura. Aprendí todas las lecciones que me dieron. Para empezar, aquello era bastante difícil porque yo estaba muy atrasado. Pero el profesor me animaba.

—Así que él fue tu gran benefactor, como el genio bueno de los cuentos.

—Sí, salvo por una cosa. A mí no me gustaba. Pensé que me trataría como a su hijo, pero no fue así. Me hacía trabajar. Era alguna clase de reformador social, supongo, como los curas que iban a los barrios miserables de Londres para ocuparse de los chicos que vivían allí. Creo que su interés por mi aprendizaje era un sucedáneo de otras cosas en la vida. Nunca me mostró afecto alguno; sólo quería saber cuánto había progresado en mis estudios.

—Pero debes haber sentido gratitud hacia él.

—Sí, la sentí y aún la siento. Le escribo de vez en cuando. Al acabar la escuela me concertó una entrevista de trabajo en una empresa de Londres, que me pagó una estancia en París para que aprendiera el idioma y me instruyera acerca de la industria textil. Luego trabajé en Londres, donde vivía en una pensión en un lugar llamado Holloway. Después me mandaron a Amiens.

La miró con alivio. La revelación había concluido.

—Eso es todo.

Isabelle le sonrió.

—¿Eso es todo? ¿Ésa es toda tu vida? Me pareces muy viejo; en ocasiones creo que eres mayor que yo. Pienso que son tus ojos. Esos ojos grandes y tristes.

Le acarició el rostro con la punta de los dedos. Cuando regresaron al hotel, Isabelle se adelantó para ir al baño. Se dio cuenta, consternada, de que a pesar de su meditada renuncia a las precauciones, la sangre había vuelto a su debido tiempo.

Al cabo de una semana de estancia en Plombiéres, viajaron al sur. Stephen escribió a su empresa de Londres incluyendo sus informes y explicando que no pensaba regresar. En Grenoble celebraron su vigésimo primer aniversario, y escribió a Vaughan agradeciéndole su tutoría, que ahora quedaba extinguida. Permanecieron en aquella ciudad hasta que a Isabelle le llegó algo de dinero, que le envió por giro telegráfico Jeanne, con quien se había puesto en contacto por carta. Stephen conservaba dos billetes ingleses grandes que le había dado su tutor para caso de necesidad.

En octubre llegaron a St.—Rémy-de-Provence, donde Isabelle tenía una prima materna. Alquilaron una casita, e Isabelle escribió a Marguerite, incluyendo algo de dinero y pidiéndole que le enviara un baúl con ropa. Especificaba con exactitud qué prendas necesitaba. Las adquiridas ocasionalmente en ruta no habían sustituido de forma adecuada al equipo tan cuidadosamente comprado en las tiendas de Amiens, París y Ruán ni a las piezas que ella había añadido o cosido por sí misma.

Resplandeciente otra vez con su falda color sangre de toro y su chaleco de lino, Isabelle leyó a Stephen la carta de Marguerite, sentados ambos ante el desayuno, a la mesa de la sala de estar, que daba a la calle.

Querida señora: No reconocí su letra; quizá le pidió al señor que la escribiera por usted. Le he enviado los artículos que solicitaba en esa carta. Lisette está muy bien, gracias, y se está comportando muy bien con el señor, lo cuida muy bien y ella parece feliz. El pequeño

Grégoire también está bien, aunque no ha ido a la escuela todos los días. Yo me desempeño bastante bien, aunque todos nosotros la echamos de menos terriblemente. Las cosas no marchan igual sin usted. Monsieur y madame Bérard han venido a ver al señor la mayoría de las noches, y a veces he oído que los dos caballeros mantienen largas conversaciones. He hecho lo que usted me pidió y no he enseñado a nadie su carta, de modo que ellos no saben que está usted en St.—Rémy. Me pregunto cómo es aquello y si sigue usted bien. En la casa todo va a la perfección, pero esperamos que regrese usted pronto. Con los mejores deseos de Marguerite.

Stephen caminaba por las calles de la ciudad casi desierta. La fuente de la plaza, a cuyo alrededor se congregaba el público en verano, aparecía fría en su entorno de piedra. Los flojos postigos de las casas eran violentamente golpeados contra aquéllas por el viento otoñal que soplaba del sur. Stephen no experimentaba sensación de soledad, ni sentía el tedio que le aguardaba en su trabajo. Había encontrado un empleo de ayudante de un fabricante de muebles. Efectuaba el serrado y el plano preliminares, y ocasionalmente se le permitía realizar el trabajo más delicado de diseño y talla. Al mediodía, él y otros cuatro empleados acudían a un bar y allí fumaban y bebían pastís. Podía advertir que ellos lo consideraban una curiosidad, y trataba de no quedarse más tiempo de la cuenta, aunque les agradecía que lo aceptaran en su compañía.

Por las noches Isabelle preparaba la cena con lo que podía encontrar en el mercado. Se mostraba crítica con la oferta.

—Conejo y tomates; eso es todo lo que parece que comen —decía, mientras colocaba un gran puchero en la mesa—. Al menos en casa podía elegir entre una docena distinta de clases de carne.

—Pero Picardía no es el centro gastronómico de Francia.

—¿No te gustaba la comida?

—Sí. Me gustaban especialmente los almuerzos contigo y con Lisette. Pero no creo que un gourmet de París encontrara mucho que alabar en los restaurantes locales.

—Bien, pues entonces no tienen por qué ir —replicó Isabelle, molesta por lo que consideraba una crítica a su propia manera de cocinar.

—No te enfades —dijo Stephen, poniéndole la mano en la mejilla.

—Yo nunca me enfado contigo, querido muchacho. ¿Qué son esos cortes que tienes en la mano?

—El cincel. Era diferente de los que había usado antes.

—Deberías ser más cuidadoso. Ahora siéntate y cómete el conejo.

Después de cenar, leían libros a ambos lados de la chimenea. Se acostaban temprano en la habitación situada al fondo de la casa.

Isabelle la había pintado y había cosido cortinas nuevas. Sus fotografías estaban encima de la cómoda barata, y el enorme armario tallado lo llenaban sus vestidos. En el mercado no había muchas flores que comprar, pero siempre había espliego en los numerosos jarrones azules repartidos por la casa. Comparada con la opulencia burguesa del boulevard du Cange, la habitación era austera. La presencia en ella de los efectos de Isabelle, sin embargo, evocaba en Stephen algo de la atmósfera de su antiguo dormitorio. Las medias de seda que en ocasiones asomaban de un cajón abierto y los montones de suave ropa interior, del tejido más fino que el mercado podía ofrecer, mitigaban en alguna medida la severidad de las superficies de madera desnuda. En ese dormitorio compartido, Stephen sentía una privilegiada proximidad a aquellas pequeñas intimidades a las que ni siquiera el marido de Isabelle había tenido acceso. Durante el sueño también estaban juntos, aunque Stephen descubrió que la proximidad del cuerpo inconsciente de Isabelle le causaba incomodidad, por lo que a menudo cogía una sábana y se trasladaba al sofá de la sala de estar.

Se acostaba solo, mirando al techo, a la gran chimenea y, más allá, a la cocina económica, con sus cacharros negros colgando. Sus pensamientos y sus sueños no se llenaban con los vastos cielos de Lincolnshire, ni con los recuerdos de las mesas del refectorio, ni con las inspecciones en busca de piojos en la cabeza; ni tampoco dedicaba un pensamiento retrospectivo a su súbita renuncia al empleo, a las licencias de importación, a los expedientes ni a las balas de algodón descargadas en los muelles de la Compañía de las Indias Orientales. Pensaba en el momento actual, en el día siguiente y en la cápsula de existencia en la que él e Isabelle vivían, alojada en una ciudad y en un mundo exterior; Era una existencia que él sentía haber ganado para sí, pero que un juicio más amplio no consideraría permisible.

Pensaba en lo que haría en el trabajo al día siguiente. En ocasiones no pensaba en nada en absoluto, y se limitaba a seguir con los ojos las aguas de la madera de las vigas sobre su cabeza.

Pasaron dos meses, y el invierno calmó lo peor de los vientos con una quietud helada que hizo peligrosos los pavimentos y detuvo el fluir del agua en la fuente. Isabelle permanecía la mayor parte del día en casa, mientras Stephen trabajaba. Pasaba el tiempo cambiando la decoración para adaptarla a su gusto y cocinando sopa o estofado para que él comiera al regresar a casa. No echaba de menos la vida cómoda que había llevado en Amiens, con los atentos mozos de reparto de la sombrerería o de la tienda de comestibles. No le importaba dedicar gran parte del día a tareas que incluso Marguerite prefería asignar a

madame Bonnet Su prima, cuyo marido regentaba la farmacia, acudía a visitarla con frecuencia, de modo que no se sentía sola.

A fines de diciembre la sangre no llegó. Consultó la pequeña agenda de tapas negras en la que tomaba nota de los días, y comprobó que le tocaba. A finales de enero tampoco hubo nada. Aquello le pareció adecuado a Isabelle. Le había resultado duro pensar en la sangre como signo de vida renovada y de esperanza, como le dijera Jeanne cuando por vez primera acudió a ella corriendo, llorando, alarmada. Ahora, aquella falta le daba la sensación de estar curada. Había detenido por sí misma la hemorragia; su fuerza se había vuelto hacia dentro, donde crearía en silencio. No le dijo nada a Stephen.

Un sábado a mediodía fue a su encuentro al terminar el trabajo, y dieron un paseo por la ciudad. Se detuvieron brevemente en un café para que él pudiera comer después de su turno de mañana, y luego caminaron más allá del ayuntamiento y tomaron por una estrecha calle con tiendas, en dirección a las afueras. Su aliento dejaba ligeros rastros detrás de ellos mientras ascendían por un leve declive que conducía fuera de la ciudad. Llegaron a una plaza que era la última antes de que la calle se convirtiera en un camino y desapareciera en la campiña gris y purpúrea.

Isabelle se sintió mareada y fue a sentarse en un banco. Su frente se cubrió ligeramente de humedad, que se volvió fría bajo el viento invernal.

—Te traeré unas sales —dijo Stephen, y se fue en busca de una farmacia.

Isabelle permaneció sentada tranquilamente, sin saber si desabrocharse el abrigo y permitir que le diera el aire frío o arrebujarse en él para no helarse.

Trataba de hablarle a Stephen de la criatura que creía estar esperando, pero algo la inducía a postergar aquella revelación. Hubiera querido poder presentarle el asunto resuelto, sin la prolongada servidumbre del embarazo. No deseaba ser cuidada por ello o tratada con especiales consideraciones. No sentía que los menudos cambios orgánicos que se producían en su interior fueran de la incumbencia de alguien más, ni siquiera del hombre que los había ocasionado.

Pero ya amaba a la criatura. La imaginaba como un niño y podía representarse su rostro sonriente y abierto. No veía a un bebé en pañales, sino a un joven, con unas maneras francas, más alto que ella, que le pasaría alrededor su brazo protector antes de regresar a alguna tarea poco exigente en el campo. En su imaginación nunca era un niño, ni tampoco un hombre acaudalado o capaz de alcanzar logros importantes sobre el que ella proyectara sus ambiciones, sino que era

un varón sin edad y feliz.

Pensaba en todas las madres que vivían en los pueblos que se alineaban a lo largo de la carretera que partía de la ciudad. Fuera de allí había millones de jóvenes fuertes, sonrientes, como sería su hijo, trabajando la tierra. Nunca se conocerían entre ellos, nunca se encontrarían, nunca considerarían que los unía un parentesco o un vínculo que relacionara a unos con otros o con el país en el que vivían, porque tales cosas sólo existían en tiempo de guerra.

Isabelle empezó a evocar con pesar a sus padres y la vida que seguían llevando. El niño que iba a llegar ya había empezado a acallar sus expectativas más inquietantes. La necesidad que satisfacía en ella era tan profunda que previamente no había sido consciente de su existencia; era como si se hubiera dado cuenta de que estaba hambrienta sólo después de haber comido. Aquello parecía alterar los niveles y los equilibrios de sus necesidades. Se sentía más cerca de la niña que había sido en su casa: se había reconstituido un círculo roto. Aunque se trataba de un pensamiento tranquilizador, implicaba algunas dudas sobre lo que había hecho, y la impulsaba a desear reunirse con su familia o, al menos, con su hermana Jeanne. Quería hablar con ella más que con cualquier otra persona. Ella era, pensaba Isabelle, quien primero debía enterarse de que esperaba un hijo.

Había empezado a sentirse incómoda por las cosas que hizo con Stephen en la casa de Azaire. Stephen parecía tan seguro de todo, y ella se había visto tan superada por el deseo, que acabó confiando en él. Había seguido sus instintos, y las dudas las disipaban la certidumbre que él le comunicaba con su seguridad, y la ternura que ella le profesaba. Sin el estímulo del temor y la prohibición, su deseo se había atemperado.

En el invierno del sur los excesos de su descarada historia de amor parecían pertenecer a una estación distinta. Entró en una iglesia en St.—Rémy para confesarse, pero no se sintió capaz de describir con detalle el alcance de lo ocurrido entre ellos. El sacerdote la interrumpió en cuanto le confesó el adulterio. La penitencia parecía no guardar relación con el pecado; se trataba de una formalidad tomada del registro donde figuraba la gradación de aquellas vulgares transgresiones. Isabelle se sintió insatisfecha, y aunque no lamentaba lo sucedido, empezaba a considerarse culpable.

Stephen regresó con un frasco de sales y se sentó junto a ella en el banco.

—Me pregunto qué es esto. Quizá no has comido suficiente en casa. A veces eso hace que uno sienta debilidad. Te he traído también un pastelito.

—No creo que sea eso. Pero no es nada grave. —Apoyó la mano en el brazo de Stephen—. No te preocupes por mí.

Le dedicó una sonrisa dulce, indulgente, como si fuera él quien necesitara ser cuidado o protegido. Partió por la mitad el pastel y le ofreció a él un trozo. Una lluvia de migas cayó en el asiento de madera entre ambos.

Encima de ellos, un pájaro, gordo como una paloma, y que dejaba oír un zumbido y un aleteo, se sintió atraído por la vista de las migas del pastel, por lo que se lanzó desde el canalón de desagüe del edificio situado detrás, y aterrizó con todo descaro en el banco, entre ellos dos.

—¡Jesús! —exclamó Stephen saltando horrorizado de su asiento.

Isabelle, a la que había divertido la audacia del pájaro, levantó la vista alarmada.

—¿Qué ocurre?

—Ese pájaro, ese pájaro. Por el amor de Dios, apártalo.

—No es más que una paloma, es sólo...

—Apártalo, por favor.

Isabelle dio una palmada, y la regordeta ave echó de nuevo a volar, atravesando la plaza y posándose en las ramas de un árbol, desde donde no perdía de vista las migas.

—Pero ¿qué diablos te ocurre, querido? Estás temblando.

—Lo sé, lo sé, y lo siento. Todo irá bien.

—No es más que una paloma vieja y gorda; no podría causarte ningún daño.

—Ya sé que no podría. No es que crea que me atacará; es sólo una especie de temor extraño.

—Ahora ven y siéntate. Ven. Siéntate a mi lado y déjame que te pase el brazo alrededor. Así. Mi pobre muchacho. ¿Estás mejor? ¿Puedo acariciarte el pelo?

—Ya estoy bien. Siento haber organizado un lío.

—Vaya ruido has armado.

—Ya lo sé.

Poco a poco, Stephen dejó de temblar.

—Siempre he odiado las aves. Una vez te conté que golpeé a un chico y me internaron en una institución. Se había estado burlando de mí a propósito de unos cuervos que el guardabosques había clavado en una valla. Me acerqué y acaricié uno para demostrar que no estaba asustado. Tenía gusanos debajo de las alas y unos ojos lacrimosos y lechosos.

Se estremeció. Isabelle dijo:

—¿Así que los pájaros te hacen pensar que debes regresar a aquel sitio?

—En parte es eso. Pero siempre los odié, desde mucho antes que eso. Hay algo cruel, prehistórico, en ellos.

Isabelle se puso en pie y lo tomó del brazo. Por un momento lo

miró fijamente a sus ojos castaño oscuro, a la belleza simétrica de su pálido rostro. Asintió ligeramente, sonrió y dijo:

—O sea que hay algo que te asusta.

Una semana después, Isabelle estaba cortando verduras en la mesa cuando sintió un dolor inmediatamente debajo de la cintura de su falda. Era como si la penetrara una aguja de hacer calceta, con salientes a mitad de su longitud. Presionó con las manos abiertas el lugar del dolor y se sentó pesadamente a la mesa. Si se mantenía tranquila y concentrada, conservaría el bebé; no debía permitirse perderlo. Sus dedos manicurados se alineaban tiernamente sobre la zona donde imaginaba que se hallaba la apenas visible cosa destinada a ser. Su pulso se transmitía a través del tejido de su vestido y de la suave piel debajo de la ropa, hasta el reducto donde se equilibraba la vida. Ella deseaba que permaneciera, tratando de darle seguridades mediante la suavidad de las palmas de sus manos, pero luego sintió más sondas agudas que penetraban directamente en su vientre. Fue al dormitorio y se acostó, sólo para descubrir que estaba sangrando y que no podía detener la hemorragia.

Por la tarde tomó el abrigo y acudió a un médico cuyo nombre le había proporcionado su prima. Era un hombre calvo, con una voz profunda y una papada que casi le cubría el blanco cuello almidonado. Pareció no conmoverse por la ansiedad de Isabelle, habló empleando frases breves y alentadoras mientras la examinaba, y le señaló una puerta en la sala de reconocimiento, tras la cual hallaría un recipiente de vidrio. Le dijo que el resultado de la prueba lo tendría al cabo de una semana, y que entonces debería volver. Le puso en la mano una hoja de papel grande, doblada, y le dijo que le pagara a la recepcionista al marcharse.

En el camino de regreso a casa, Isabelle se detuvo en la iglesia y se sentó en un banco, al fondo. Ya no tenía deseos de confesarse, pero sí quería admitir, aunque sólo fuera para ella misma, los sentimientos de culpa que le inspiraba el hecho de haberse abandonado al placer físico. En el frío invernal de la iglesia, acudieron a su mente escabrosas imágenes de aquellas tardes en el boulevard du Cange. Podía ver la carne de Stephen, hinchada de sangre, frente a su rostro, en su boca; podía sentirla sondeando y penetrando en cada parte desprevenida de ella, no en contra de su voluntad, sino respondiendo a su ansiosa y desesperada insistencia.

Abrió los ojos y apartó de su mente aquellas imágenes sacrílegas, sintiéndose avergonzada por haberlas alimentado en una iglesia, aunque sólo hubiera sido para confesarse. Miró el altar, donde un crucifijo de madera estaba iluminado por velas, con la carne cérea bajó las costillas de la imagen, perforada y sangrante por efecto del

lanzazo del soldado romano. Isabelle pensó cuán prosaicamente físico había sido aquel sufrimiento: la piel llena de pinchazos en la frente, los pies y las manos, la carne desgarrada por los clavos y por el acero. Cuando incluso el sacrificio divino se había expresado en tales términos, a veces resultaba difícil imaginar la forma precisa en que la vida humana se suponía que superaba las limitaciones del pulso, la piel y la descomposición.

Isabelle escribió:

Mi queridísima Jeanne: Te he echado mucho de menos, no sólo en las últimas semanas, sino en los años anteriores, cuando parecía que nunca íbamos a vernos. ¡Cuánto lamento eso ahora! Me siento como una niña que ha permanecido todo el día absorta en su juego y que de repente se detiene, sólo para comprobar que ha oscurecido y que está lejos de su casa, sin idea de cómo regresar.

Deseo terriblemente verte para hablar de lo sucedido. Estoy encinta, aunque la semana pasada pensé que había perdido el niño. Tengo dolores extraños y sufro hemorragias, aunque el médico dice que eso es muy corriente. Según él, podría tratarse de una lesión interna que está sangrando y que acaso llegue a desplazar al niño. Debo descansar y no hacer esfuerzos.

Aún no se lo he dicho a Stephen. No sé por qué, pero no puedo hacerlo. Lo amo de veras, pero me asusta un poco. No estoy segura de que entendería mi alegría por el embarazo ni mi preocupación ante la idea de que se malogre. Apenas habla de esas cosas. Incluso cuando menciona su infancia se refiere a ella como si fuera la de otro. ¿Cómo podría sentirse vinculado a algo que aún no existe?

Pero hay algo peor, Jeanne. Cuando éramos jóvenes y yo era la pequeña, nadie me prestó mucha atención (excepto tú, por supuesto) y se me permitía hacer lo que quisiera con tal de que mantuviera limpio el vestido y me mostrara educada a las horas de comer. Yo quería explorar. ¿Recuerdas cuando decía que quería irme a África? Ahora creo haber explorado en otro sentido. Esto ha herido a René, aunque le debo muy poco, después de cómo me ha tratado. También ha herido a Lisette y a Grégoire, y por descontado a ti y a mamá y papá, aunque en estos momentos no sé si papá se da mucha cuenta de algo. Amaré y protegeré al bebé con todas mis fuerzas, pero no seré la madre ideal, puesto que me hallo en situación comprometida.

En los peores momentos creo que hemos ido demasiado lejos. Stephen y yo fuimos temerarios —o inescrupulosos, si lo prefieres— y no tuvimos dudas de que estábamos haciendo lo correcto: era algo que se justificaba por sí mismo, como solía decir Stephen. Pero creo que hemos perdido nuestro rumbo. Me encuentro sola, como aquella niña, cuando está a punto de caer la noche. Me siento perdida y, sin

embargo, sigo creyendo que puedo encontrar el camino a casa si lo emprendo ahora.

Sé que esto puede sonar algo pobre. Ella ha elegido, dirás para ti misma; no puede cambiar ahora de idea. Pero yo quiero verte, desesperadamente. Deseo que tengas en tus brazos al niño cuando llegue. Deseo sentarme en la cama, en tu habitación, y sentir tu mano en mi cabeza cuando empiezas a desenredarme el cabello. ¿Qué locos pensamientos e impulsos me han empujado tan lejos de ti?

Isabelle lloraba demasiado como para continuar la carta. Jeanne había demostrado que podía confiar en ella cuando Isabelle le escribió por primera vez y le pidió dinero. No conocía a Stephen, pero por amor a su hermana le envió fondos de su bolsillo. No era justo pedirle más, pensó Isabelle.

Permaneció con la cabeza apoyada en los brazos, sentada a la mesa de la cocina. Sintió como si le hubieran gastado una jugarreta. Había creído ser una cosa y resultó ser otra. ¿Cómo iba a saber si fiarse de sus últimas inclinaciones o si sospechar que también ellas podían ser desplazadas por otras más absorbentes? En su confusión, la única emoción constante era su devoción por la criatura que llevaba dentro. Por razones que no lograba desentrañar, su bienestar no podía garantizarlo la vida que estaba llevando, lejos de casa, con Stephen, en aquella ciudad helada.

Stephen también pensaba en su casa. La casa de campo de su abuelo se encontraba al final del pueblo, con vistas a la iglesia, algunas casas feas y nuevas detrás, y la gran carretera que se dirigía al norte. En la otra dirección se extendían campos llanos, de un verde muy pálido, hasta los bosques de hoja caduca donde los agricultores cazaban.

Pensó en llevar algún día a Isabelle a verlos. No experimentaba vinculación sentimental alguna a la idea de hogar, no lloró por su abuelo ladrón ni por su madre ausente, pero deseaba ver a Isabelle en aquel paisaje distinto, de modo que las épocas de su vida quedaran unidas.

Se sorprendió a sí mismo por la dulzura que había descubierto, toda la cual se dirigía ahora a Isabelle. Cuando trabajaba la madera por las mañanas, imaginaba lo suave que debería ser para que ella pudiera caminar descalza por encima. Cuando el tedio de la tarea le hacía bajar la moral, pensaba en cómo se iluminaba el rostro de Isabelle cuando él regresaba por la tarde. En la esfera de los afectos de Stephen, Isabelle se había desplazado desde la condición de objeto de una pasión temible, a alguien cuyo bienestar era para él la preocupación vital. Pero en esa transición Stephen no había perdido el

sentido de la dignidad de Isabelle y era consciente de que lo superaba en edad y posición.

Mientras, Isabelle hacía planes por su cuenta para visitar a Jeanne en Ruán. Le diría a Stephen que se iría sólo por unos pocos días, y luego, una vez allí, decidiría si regresaba o no. Se dijo a sí misma que llegaría el momento en que se lo diría a Stephen.

Transcurrió otra semana, y el embarazo se hizo visible. Stephen se percató de que estaba más pesada, pero una renovada modestia por parte de ella lo privaba de contemplarla a sus anchas sin ropa. Advirtió que le hablaba menos y él se preguntaba por qué. Parecía inquieta y distante. Se había producido otro episodio de dolor y sangrado.

Un día, mientras él estaba en el trabajo, Isabelle hizo una pequeña maleta y se sentó a la mesa para escribirle una nota de explicación.

«Siento que hemos llegado demasiado lejos y que debo regresar», empezó, pero luego rompió la hoja de papel y se guardó los trozos en el bolsillo. No podía decir nada para explicarse. Paseó la mirada por la sala de estar, con su chimenea y la pesada repisa de madera, que tanto le gustaba al principio. Subió al piso superior para dirigir un último vistazo al tosco parqué del dormitorio y a las cortinas que ella misma había confeccionado. Luego abandonó la casa y se dirigió a la estación.

Cuando Stephen regresó por la tarde, vio enseguida que habían desaparecido algunas prendas y objetos personales de Isabelle, sus fotografías y sus joyas. Abrió el armario ropero. La mayor parte de sus vestidos continuaba allí. Sacó uno que había llevado poco después de que él llegara al boulevard du Cange. Era de color beige, con una falda que crujía, botones de marfil y un corpiño de punto. Lo apretó contra su rostro y luego lo estrujó entre sus manos.

Se sintió como los bloques de madera que en ocasiones partían en el patio trasero del taller, cuando el hacha se hundía por primera vez, luego los levantaba y los estrellaba contra el suelo,

de modo que la madera se partía por la mitad, de arriba abajo. Ni un trozo ni una fibra escapaban a la rotura.

En los días que siguieron, Stephen volvió al trabajo. Llegaba a su hora por la mañana e intercambiaba bromas con los demás. Juraba y escupía a los dientes de la sierra cuando ésta se atascaba en la nudosa madera, y apartaba las largas virutas que se formaban bajo su garlopa. Pulía con tres números de papel de lija, sintiendo la superficie acabada de la madera bajo la piel suave de sus dedos. Gustaba en su lengua el dulce sabor del anís a mediodía, y observaba el viscoso líquido nublarse en el vaso cuando le añadía agua. Hablaba con sus

compañeros, contaba chistes y no mostraba indicio alguno de que algo hubiera cambiado.

Por la tarde se ocupaba en la cocina, preparando cómo podía la comida disponible, a base de variaciones sobre conejo y tomate. Luego se sentaba ante el fuego y se bebía unas botellas de vino mientras contemplaba las brasas.

Fila había regresado porque sentía que así podría salvar su alma. Había vuelto a casa porque la asustaba el futuro y estaba segura de que podía recuperar un orden de cosas natural. Él no tenía otra elección que continuar lo que había empezado.

Una vez bebido el vino, subía al piso de arriba y se tendía en la cama, con las botas sobre la colcha blanca. No podía pensar en nada.

Echado, contemplaba la noche al otro lado de la ventana.

Sentía cada vez más frío.

SEGUNDA PARTE

FRANCIA, 1916

JACK FIREBRACE yacía a casi quince metros bajo tierra, con varios cientos de miles de toneladas de Francia por encima de su cara. Podía oír el monótono resuello del mecanismo que bombeaba aire a través del túnel. La mayor parte de ese aire ya estaba agotado cuando le llegaba a Jack. Le sostenía la espalda una cruz de madera, los pies los hincaba en la arcilla y se hallaba de cara al enemigo. Con una pala adaptada, excavaba el suelo e introducía la tierra en un saco que le pasaba a su compañero Evans, situado detrás, quien a continuación se alejaba arrastrándose en la oscuridad. Jack podía oír el martilleo de las maderas utilizadas para apuntalar el túnel, más atrás, aunque donde él trabajaba, en vanguardia, no había garantía alguna de que la arcilla aguantara.

El sudor se le escurría hasta los ojos, que le escodan, lo que le obligaba a sacudir la cabeza a un lado y a otro. En este punto el túnel tenía una anchura aproximada de un metro veinte, y una altura de metro y medio. Jack seguía clavando la pala en la tierra delante de él, golpeándola como si la odiara. Había perdido la noción del tiempo que llevaba bajo tierra. Encontraba más fácil no pensar en cuándo sería relevado y seguir cavando. Cuanto más duramente cavaba, más fácil le parecía. Debían de haber transcurrido seis horas o más desde que viera la luz del día, y aun entonces no mucho de ella, salvo un delgado resplandor verde al otro lado de los llanos de la frontera franco-belga, causado por la espasmódica explosión de los obuses.

Su unidad no había podido regresar a su alojamiento en el pueblo cercano. La actividad era tan intensa en aquella parte del frente, que las tropas de superficie no querrían mantenerse en sus trincheras sin la protección de los hombres del subsuelo. Los minadores tenían que dormir por el momento en cámaras situadas en la parte superior de sus pozos o en las trincheras, con la infantería.

Jack sintió que una mano le agarraba por el codo.

—Jack, te necesitamos. Turner ha oído algo atrás, a menos de veinte metros de aquí. Vamos.

Evans lo liberó de la cruz, y Jack se volvió con movimientos rígidos, se desprendió de los hombros el chaleco empapado de sudor y siguió a gatas a Evans hasta que pudo ponerse en pie. Incluso la lobreguez del túnel apuntalado le resultaba luminosa después de haber permanecido de cara a la arcilla. Pestañeó en la penumbra.

—Por aquí, Firebrace. Turner dijo que sonaba como si excavaran.

El capitán Weir, cuyo aspecto era chocante, con su cabello alborotado, sus zapatillas de lona y su suéter civil, lo empujó hacia

donde se hallaba Turner, un hombre cansado y atemorizado, que se estremecía a causa de la fatiga en el cálido túnel y que reposaba apoyado en su pico.

—Era aquí mismo —dijo Turner—. Acerqué la cabeza a este entibo y pude oír vibraciones. No eran los nuestros, se lo puedo asegurar.

Jack apoyó la cabeza en la pared del túnel. Pudo oír el rítmico jadeo de los fuelles de la manguera que colgaba del techo.

—Tendrá que desconectar el suministro de aire, señor —le dijo a Weir.

—¡Jesús! —exclamó Turner—. No puedo respirar.

Weir envió un mensaje a la superficie. Dos minutos más tarde el ruido cesó, y Jack volvió a arrodillarse. Era solicitado con frecuencia por su excepcional oído. El invierno anterior, a tres kilómetros al sur de Ypres, en la trinchera, al nivel de las ratas, introdujo la oreja en una lata de petróleo llena de agua, y permaneció así hasta que su cabeza perdió su capacidad sensorial. Prefería el silencio desprovisto de aire del túnel al aturdimiento.

Los hombres se quedaron inmóviles mientras Weir mantenía el dedo sobre los labios. Jack respiraba profundamente y se esforzaba por escuchar, con el cuerpo rígido. Llegaban sonidos distantes e irregulares. No podía estar seguro de lo que eran. Si evacuaban el túnel como precaución y el ruido resultaba ser fuego de obús o movimiento de la superficie, entonces habrían perdido el tiempo en su túnel. Por otra parte, si no acertaba a identificar la excavación alemana que volvía a avanzar por otra ruta, la pérdida de vidas probablemente sería mayor. Tenía que asegurarse.

—Por el amor de Dios, Firebrace. —Oyó la voz sibilante de Weir junto a su oreja—. Los hombres apenas pueden respirar.

Jack levantó la mano. Trataba de escuchar el característico martilleo en la madera cuando ésta era colocada en su sitio, contra la pared. Si había un túnel muy próximo, en ocasiones era posible oír el ruido de palas o de sacos llenos de tierra al ser arrastrados.

De nuevo se produjo un sonido sordo, pero no lo bastante hueco como para tratarse de madera; se parecía más al movimiento de la tierra al ser impactada por los obuses. Jack tensó sus nervios una vez más. Su concentración fue interrumpida por un ruido semejante al que produce un saco de patatas al caer. Turner se había derrumbado en el suelo del túnel. Jack se decidió y dijo:

—Fuego de obús.

—¿Está seguro? —preguntó Weir.

—Sí, señor. Todo lo seguro que uno puede estar.

—De acuerdo. Diga que conecten de nuevo el suministro de aire. Firebrace, usted vuelva a la cruz. Ustedes dos, levanten a Turner.

Jack se arrastró de nuevo internándose en la negrura, con los pies por delante, y Evans le ayudó a recuperar su postura y le pasó la pala. Se hundió en la tierra que tenía enfrente, sintiéndose satisfecho de reanudar aquella tarea mecánica y dura. Las manos mugrientas de Evans trabajaban invisiblemente a su lado. Hacia el final de su turno empezó a imaginar cosas. Pensó por un segundo que estaba de pie en la iluminada barra de un pub de Londres, sosteniendo su vaso de cerveza a la luz de la lámpara, mirando el gran espejo de marco dorado situado tras la barra. El brillante reflejo lo cegó, y el parpadeo lo devolvió a la realidad de la pared de arcilla frente a él. La mano de Evans escarbaba. Jack reanudó su avance con la pala, Grujiéndole las articulaciones de los brazos.

Evans profería juramentos para el cuello de su camisa, y Jack alargó la mano y lo agarró en una muda reprimenda. Evans había tratado de encender una vela, pero no había bastante oxígeno. La cerilla se prendía y se ponía roja brillante, pero de ella no salía llama alguna. Los dos hombres se detuvieron y escucharon. Podían oír el rugido de su respiración, ampliada por el silencio. Contuvieron el aliento y no sucedió nada. Habían excavado hasta el fin del mundo. Jack podía oler la tierra mojada y el sudor que se desprendía del cuerpo de Evans. Normalmente se podía oír cómo colocaban los entibos detrás de ellos, a mano, empujados en silencio contra la arcilla. Ni siquiera se percibía ese cauteloso sonido. El angosto túnel se cerraba a su alrededor. Jack sintió que la mano de Evans le aferraba el brazo. Su respiración ronca se dejó oír de nuevo. Algo debía suceder detrás de ellos.

—De acuerdo —dijo Jack—. Quítame esta cosa de encima.

Evans le retiró el soporte de madera y ayudó a Jack a darse la vuelta. Retrocedieron a gatas hasta que vieron la luz de una lámpara. Weir estaba agachado en el bajo túnel. Se agarró la oreja y luego les hizo un gesto de que se pegaran a las paredes. Empezó a articular una explicación, pero antes de que pudiera terminar se dejó oír un rugido en el túnel, y una gran bola de tierra y fragmentos de rocas pasó junto a ellos como una exhalación. Se llevó por delante a cuatro hombres cuyas cabezas y cuyos miembros se mezclaban con la bola de tierra que avanzaba a la carrera. Jack, Weir y Evans se vieron aplastados contra la pared por el desprendimiento y quedaron fuera de la trayectoria de aquella masa de escombros. Jack vio parte del rostro y el cabello de Turner todavía adheridos a un fragmento de cráneo, rodando hasta que se detuvieron donde el túnel se estrechaba, en la sección que él había estado excavando. Había un brazo con un galón de cabo cerca de su pie, pero la mayor parte de los cadáveres habían quedado absorbidos por la tierra mojada.

—Salgamos antes de que venga otra —dijo Weir.

De regreso hacia la trinchera, en la negrura, alguien ya había conseguido una lámpara nueva. Jack tomó a Evans por el hombro.

—Vamos, chico. Ahora vámonos.

En la superficie atardecía y llovía. Unos camilleros empujaron a Jack al pasar, mientras él permanecía en la entrada del túnel, parpadeando y aspirando el aire húmedo. Weir despidió a los hombres y fue en busca de un teléfono de campaña. Jack caminó desde la boca del túnel a su puesto en la trinchera.

—Tienes carta, Jack —dijo Bill Tyson—. El correo ha llegado esta mañana.

Se acurrucaron bajo un bastidor de madera con una tela impermeable tendida por encima. Arthur Shaw, el tercer hombre que compartía su refugio, trataba de hacer té en un hornillo de petróleo.

La carta de Jack era de su mujer, que vivía en Edmonton.

«Queridísimo Jack —empezaba—: ¿Qué tal sigues?»

La dobló y se la echó al bolsillo. No podía soportar pensar en el mundo distante que sugería la caligrafía de su esposa. Temía no comprender la carta, que ella le dijera algo importante y su mente estuviera demasiado fatigada para captarlo. Bebió el té que Shaw había hecho aparecer de la oscuridad.

—Turner ha muerto —dijo—. Y al menos otros dos.

—¿No oísteis nada? —preguntó Tyson.

—Sí, pero creímos que era un obús. Debe de haber un túnel.

—No te preocupes —aconsejó Tyson—. Cualquiera puede equivocarse.

Se produjo un silbido en el aire, a menos de cien metros a su derecha, al caer otro obús.

—¿Alguna noticia de cuándo saldremos de aquí? —preguntó Jack.

—Se cree que mañana —respondió Shaw—, pero no imagino que crucemos el frente mientras sigan cayendo estos obuses. ¿Ha dicho algo Weir?

—No, no creo que lo sepa.

Los tres hombres se miraron con ojos inexpresivos y agotados. Tyson y Shaw habían estado juntos un año, desde que decidieron alistarse por la paga de seis chelines que se ofrecía a hombres con experiencia en el trabajo subterráneo. Ambos habían sido mineros en Nottingham, aunque Tyson trabajó poco bajo la superficie, pues se ocupaba principalmente del mantenimiento de la maquinaria. Shaw decía tener treinta y un años, pero podía haber sido diez años mayor. Trabajaba como un caballo de carga en el túnel, pese a sentir poco entusiasmo por la disciplina militar que les imponía la infantería.

En la vida de Jack, los otros dos habían reemplazado a dos compañeros londinenses con quienes trabajó en la construcción de la

Línea Central. Aquellos dos hombres, Allen y Mortimer, murieron el año anterior en una explosión en la colina de Messines cerca de Ypres. Jack, inmune ya a la muerte, apartó de su memoria sus rostros blancos. Sólo con desgana había sucumbido a la amistad de Tyson y Shaw, pero para su consternación descubrió que su compañía se había vuelto importante para él. Cuando se acostaban, dejaba que Shaw recostara la cabeza en sus rodillas, que doblaba para mantenerlas fuera de la trinchera. En ocasiones se despertaba y se encontraba con que una rata se había paseado por su cara. A otras horas yacía estremecido entre el temor de quedar sepultado por un obús o de perecer bajo la tierra que había excavado, y la imperiosa necesidad de perder la conciencia del estruendo que los asediaba. Bajo ellos había tablones que parecían clavárseles en los huesos. Incluso los robustos costados y hombros de Shaw no le ofrecían cojín de carne suficiente cuando, en la duermevela, se daba la vuelta.

El rostro del capitán Weir apareció en la esquina de la tela. Llevaba un capote impermeable sobre el suéter blanco, y se había puesto unas botas de goma que le llegaban a las rodillas.

—Shaw, lo necesitan en el túnel —dijo—. Ya sé que estuvo allí esta mañana, pero necesitan ayuda para retirar escombros. Será mejor que usted también se presente, Tyson.

—Entro de guardia a las diez, señor.

—Firebrace la hará en su lugar. Vamos, muévanse. El sargento Adams está al mando del grupo de trabajo. Vayan y preséntense a él.

—Acaba mi té, Jack —dijo Shaw—. No lo dejes para las ratas.

Cuando los otros se hubieron marchado, Jack trató de dormir. Tenía los nervios demasiado tensos. Cerró los ojos, pero sólo podía ver la oscura boca del túnel. Seguía percibiendo el súbito silencio que a él y a Evans les hizo detenerse y contener la respiración. No se recriminaba por haber fallado al identificar el ruido de un túnel alemán. Se esforzó, y los hombres podían haber muerto igualmente, quizá de peor manera, con gas en sus pulmones o tendidos en tierra de nadie, sin posibilidad de ayuda. Encontraron la parte de la cara y de la cabeza de Turner y las enterraron con otros fragmentos de hueso y de uniforme que pudieron sacar del subterráneo. Pensó en las grandes manos de Shaw revolviendo en el suelo levantado por la explosión. Por un momento se relajó para dormir, pero su cuerpo, al perder rigidez, le hizo sobresaltarse y volvió a despertarse. Ahora estaba tenso y dispuesto para el combate.

Renunciando a dormir, sacó la carta del bolsillo de la guerrera y prendió un cabo de vela que encontró en el compartimiento lateral del petate de Tyson.

Queridísimo Jack: ¿Qué tal sigues? Todos nuestros pensamientos

y plegarias son para ti. Leemos los periódicos todos los días, y en primer lugar consultamos las listas de bajas. No parece haber noticias del lugar donde estás. Hemos tenido en casa a mi madre y me pide que te diga que recibió tu carta y que te manda otro paquete con algo de jabón, cigarrillos y algunas grosellas del huerto. Espero que no estén pasadas para cuando te lleguen.

Lamento mucho tener que decirte que el pequeño John ha enfermado. Ha estado muy mal, y el médico dice que es difteria. Estuvo hospitalizado en Tottenham la semana pasada y ha mejorado un poco, pero la temperatura sigue muy alta. Cómo puedes imaginar, no es fácil conseguir medicinas ni médicos que lo cuiden, pues muchos tienen que atender a los hombres que están en el frente, como debe ser.

Tiene buen ánimo cuando está despierto, y hemos ido a verlo al hospital. Me pide que te mande cariñosos recuerdos. Siento preocuparte con esta noticia, pero creo que es mejor que estés enterado. Te echa mucho de menos y sé que te quiere. Rezamos por ti y yo te mando mi amor. Margaret..

Con el correo llegaron las raciones. Había algunas latas de estofado y de carne de vaca, que se reservaron para el mediodía, pero también pan y mermelada para tomar con media taza de té. Hambriento a causa de su trabajo bajo tierra, Jack comió con rapidez, en un puesto improvisado en la cabecera de la trinchera de comunicaciones. A veces, los hombres que traían las raciones daban noticias poco fidedignas sobre movimientos de tropas y planes al otro lado del frente. Aquel día nadie dijo una palabra. Jack comió en silencio antes de regresar a su posición.

Su hijo John había nacido ocho años antes, cuando Margaret se acercaba a los cuarenta años y casi habían perdido la esperanza de tener hijos. Era un niño de ojos brillantes, delgado y rubio, con una expresión despreocupada que a menudo daba paso a una risa aguda. Su fragilidad física se veía agravada por la simplicidad de su mente. Los otros niños de la calle lo toleraban cuando necesitaban a alguien para completar el equipo. Era el guardameta de sus partidos de fútbol sin árbitro, y se le permitía batear en el criquet sólo en caso de necesidad.

Jack miraba de cerca la cuidada caligrafía de su mujer, y trató de evocar en su mente el rostro del niño. En medio de la oscuridad del anochecer lluvioso, sin otra iluminación que el cabo de vela de Tyson, resultaba difícil ver. Cerró los ojos e imaginó las rodillas de su hijo bajo los raídos pantalones cortos, grises, los grandes dientes que ponía al descubierto cuando sonreía y el cabello desordenado por el que en ocasiones pasaba su mano paternal.

En el frente apenas pensaba en el hogar. En su cartera llevaba una fotografía de Margaret, pero ninguna de John. Siempre había demasiadas cosas en las que pensar, como para permitir a su mente concentrarse en asuntos que no eran esenciales. Llevaba casi un año fuera de casa. Le pareció increíble cuando Shaw le dijo que si las condiciones atmosféricas frieran buenas, los cañonazos podrían oírse desde Londres. El lugar donde se encontraba a menudo, por lo general bajo tierra, sin una idea clara de dónde se hallaba la aldea más próxima, parecía tan distante de aquellas calles y aquellas casas como si ahora habitara otro mundo.

Permaneció toda la noche subido al hueco excavado en la pared de la trinchera para permitir la observación. Se situó al final, haciendo guardia en sustitución de Tyson, que aún no había regresado del subterráneo. Se suponía que los minadores estaban rebajados del servicio de guardia, pero su oficial había llegado a un acuerdo con su homólogo de infantería. En vista de la actividad enemiga y del consiguiente peligro bajo tierra, la infantería prestaría cobertura de fuego a los túneles a cambio de que los minadores realizaran algunos de sus servicios mecánicos. Para Jack los días y las noches habían dejado de diferenciarse. No había más que la oscuridad del túnel, el crepúsculo del atardecer bajo la luz intermitente del fuego de obús, y la negrura de la trinchera por la noche, bajo una tela impermeable.

Prestó atención a posibles ruidos en la tierra de nadie frente a él. Las patrullas nocturnas alemanas habían salido, con el propósito de controlar los movimientos del enemigo y de extender la ansiedad. Jack imaginó que en su bando también habría hombres en puestos de escucha, que oirían algo antes que él, pero en su trinchera a los centinelas nunca se les decía eso para que no se confiaran. El batallón de infantería llegó de Londres, sus componentes llamaban a los excavadores de túneles «ratas de cloaca», y estaban impacientes por demostrar lo ineficaces que eran como soldados.

Jack estaba tan cansado que había sobrepasado la etapa en que era posible dormir. Su cuerpo había dado con alguna forma de mecanismo automático, impulsado por una fuente que no podía precisar y que lo mantenía en vela: permanecía despierto si no alerta, mientras otros hombres daban cabezadas o dormitaban en el suelo, algunos estaban desplomados al fondo de la trinchera, como muertos, y otros apoyaban la espalda en los tablones. Desde más abajo, en la línea, podía oír cómo trabajaban los grupos encargados de reparar la trinchera.

El rostro de John estaba ahora en su mente con toda brillantez: el niño pálido y solitario, a la cola de la pandilla de la calle, el tambaleante bebé, con sus pasos trabajosos. Podía oír su voz aguda y londinense, con sus saludos de papagayo y su infundado optimismo.

Imaginaba a su hijo en la sala de alto techo del hospital, con la luminosidad amarilla de las lámparas de gas, las cofias almidonadas de las enfermeras, y el olor a jabón y a desinfectante.

El sueño le llegó como un asaltante invisible. No era la luz siniestra de la nave, sino las lámparas de una larga barra en un pub de Lea Bridge Road: los hombres trajeados y con gorras planas, el humo ascendiendo y los vasos de cerveza levantados. Había otras imágenes, de un extremo a otro: la cocina de la casa de sus padres en Stepney; un parque, un perro; de nuevo el iluminado pub, abarrotado; el rostro de John, el niño querido. Era consciente de que se le ofrecía una gran tentación, cierto reposo mental por el cual hubiera vendido la vida de sus camaradas, y aceptó el ofrecimiento sin ser consciente de que ya estaba dormido, con la cabeza caída hacia delante, mecida entre los hombros doloridos que habían estado excavando tierra francesa durante horas sin permitirse un descanso.

No supo que estaba dormido hasta que despertó de nuevo, sintiéndose empujado hacia delante cuando una bota le golpeó el tobillo.

—¿Su nombre? —Era la voz de un oficial.

—Firebrace, señor.

—Ah, es usted, Firebrace.

Reconoció el tono sorprendido del capitán Weir.

—¿Estaba usted dormido? —La voz del primer oficial era fría.

—No lo sé, señor. No escuchaba nada y...

—Se ha dormido estando de servicio. Una falta que merece un consejo de guerra. Preséntese a mí mañana a las seis. Su sargento lo escoltará. Ya sabe cuál es el castigo.

—Sí, señor.

Jack observó a los dos hombres reanudar su camino y torcer a la izquierda, al final de la sección recta de la trinchera. Las puntas de sus cigarrillos brillaban.

Fue relevado por Bob Wheeler, otro excavador de túneles. Regresó y encontró a Tyson y a Shaw dormidos bajo su bastidor de madera. Allí no había sitio para él, de modo que cogió un puñado de cigarrillos de su paquete y regresó a la trinchera de comunicaciones, más allá del «alto» desganado que le dirigió un centinela. Trepó por la pared posterior de la trinchera de apoyo, y se encontró en una zona donde se amontonaban municiones y suministros, muy apretados bajo una lona impermeabilizada que los protegía de la llovizna. En las inmediaciones un grupo de hombres, entre ellos un sargento, montaba guardia y tuvo que darse a conocer. Les dijo que iba a la letrina y le dejaron pasar.

Encontró un árbol que no había sido dañado por el fuego de obús, y se sentó bajo él, encendió un cigarrillo y aspiró el bunio. Antes de la

guerra nunca había probado el tabaco; ahora le procuraba el mayor consuelo.

Si el consejo de guerra lo declaraba culpable, podían fusilarlo. Los excavadores de túneles cada vez habían formado parte más estrecha del ejército. Aunque no habían soportado la humillante instrucción y los castigos aplicados a la infantería antes de que se los considerase preparados para el combate, habían perdido la condición aparte de que habían gozado al principio. Cuando Jack llegó a Ypres con sus compañeros londinenses Allen y Mortimer, les dijeron que pasarían la guerra allí mientras diferentes divisiones de infantería irían y vendrían, pero para empezar ellos se encontraron en constante y desconcertante movimiento, precisamente el problema de organización que se les había encargado evitar. Se habían convertido en soldados y se esperaba de ellos que mataran al enemigo no solamente minando el terreno sino a bayonetazos o con las manos desnudas si era necesario.

No era aquélla la vida que Jack había previsto cuando se presentó voluntario. A los treinta y ocho años podía haber evitado razonablemente el servicio, pero no tenía trabajo en Londres. Margaret era diez años mayor que él y bastante tenía con cuidar de John. Se las arreglaba con trabajos eventuales de limpiadora, pero el dinero no les alcanzaba. Jack no pensaba que la guerra durara mucho, y le dijo a Margaret que estaría de regreso en casa antes de acabar el año, y que ahorraría la mitad de su paga.

Margaret era una mujer práctica, de ascendencia irlandesa, que atrajo a John por su humor y su carácter bondadoso. Se conocieron en la boda de una de las ocho hermanas de ella, que se casó con un compañero de trabajo de Jack. En la fiesta que siguió a la ceremonia, Jack bebió cerveza e hizo juegos de manos para un grupo de niños. Tenía una cara grande, de facciones cuadradas, y se peinaba con la raya en medio. A ella le gustó la manera como hablaba a los niños, antes de que empezara a bromear con los demás hombres que habían acudido a presenciar la boda de su amigo.

—Soy una solterona —le dijo a Jack cuando acudió a visitarla una semana más tarde—. Usted no querrá salir conmigo.

Pero él parecía saber exactamente lo que quería, y se casaron tres meses más tarde.

Encendió otro cigarrillo bajo el árbol, y al escuchar el silbido de un obús que sobrevolaba las líneas británicas, unos ochocientos metros al sur, Jack Firebrace se echó a temblar.

Se había considerado inmune a la muerte. Pensaba que se había endurecido contra ella, pero no era así. Si lo consideraban culpable, se lo llevarían a él solo, al romper el alba, a algún lugar apartado, al otro lado de las líneas —un claro en un bosque, un patio detrás del muro

de una granja—, y lo fusilarían. Encomendarían la tarea a miembros de su unidad, minadores y excavadores, hombres que ni siquiera habían sido instruidos para abrir fuego contra el enemigo. Algunos darían en el blanco y otros no, pero ninguno querría saber si el tiro fatal había sido disparado por Tyson o Shaw, por Wheeler o Jones. Él caería como los millones de muertos que se habían derrumbado sobre el fango: panaderos de Sajonia, trabajadores agrícolas de Francia y obreros fabriles de Lancashire, tanto músculo y tanta sangre en la tierra.

No podía considerar esa posibilidad sin estremecerse. Cuando se libraba una batalla o se producía una incursión, esperaban morir. Había bajas por fuego de paqueo, por obuses y morteros, por la voladura del túnel: era continua la convicción de que cualquier momento podía acarrear la muerte de muy diferentes maneras que hubieran sido difíciles de entender. Jack se había acostumbrado lentamente a eso. Cada vez que se tomaban un descanso, necesitaba dormir todo un día antes de acostumbrarse a no vivir en un temor constante; luego empezaba a reír y a contar anécdotas, poseído por el alivio que los invadía a todos. La indiferencia que había cultivado afectaba al exterminio del enemigo, de sus colegas y sus amigos, pero no al suyo; sin embargo, ahora lo admitía para sí, y se mostraba indiferente a la perspectiva de su propia muerte.

Apoyó la cabeza en las manos y pidió a Dios que lo salvara. No le quedaba ninguna tarea por completar, no se sentía impelido por ningún destino: sencillamente, quería volver a ver a Margaret. Quería tocar el pelo de John. «Mi hijo», pensó, sentado bajo la lluvia, «mi querido niño.» Que sobreviviera o muriera no significaba diferencia alguna para el desenlace de la guerra; tampoco habría diferencia si hoy fue Turner, cuya cabeza le había sido arrancada del cuerpo, o si mañana fuera su cabeza, la de Shaw o la de Tyson. Vergonzosamente, impetró: «que se mueran ellos, que se mueran ellos pero, Dios, por favor, que yo viva».

Permaneció sentado toda la noche, sin ser molestado y solo, forzando su agotada mente para que evocara recuerdos de su vida, imágenes de lo que había hecho y que pudiera llevar consigo y consolarlo si debía enfrentarse a la hilera de fusiles apuntándole al corazón. Rememoraba partidos de fútbol en Hackney Marshes, la camaradería de trabajadores de la construcción del metro de Londres; rostros y voces extraños de la infancia; su hijo. No había nada en aquella vida que al parecer valiera la pena. Sus recuerdos más antiguos sólo le brindaban fragmentos de su primera infancia: sentado frente a la cocina de carbón, el olor de su madre cuando lo besaba, ya acostado. Con esos fragmentos le llegó el deseo de dormir, de rendirse.

Se levantó y estiró los brazos y las piernas agarrotados; luego

regresó sigilosamente a su posición en la trinchera, y se deslizó junto a Tyson y Shaw. Poco antes del amanecer fue en busca del sargento Adams.

—Vamos —dijo Adams—. Despabílese. Enderécese el correaje.

No era la clase de sargento al que temía la mayoría de los hombres. Tenía un sentido del humor burlón, y raras veces gritaba. En privado, los hombres lo admiraban.

—Ya me he enterado de lo suyo. Se durmió en el puesto.

Jack guardó silencio. Estaba dispuesto a morir.

—Puede que tenga suerte. Algunos de esos jóvenes oficiales cambian mucho de opinión. El señor Wraysford es el más raro que he visto. Muy ordenancista. Por aquí.

Adams lo guió hasta una estrecha trinchera, en cuya parte posterior había varios refugios. Señaló una entrada al final y le dijo que fuera él solo.

Jack levantó la mirada hasta el borde del mundo que aparecía a través de la luz gris: los árboles requemados y arrancados, los campos otrora verdes y ahora uniformemente pardos, donde toda la tierra había sido removida por los obuses. Le satisfizo abandonar aquello.

Descendió por la escalerilla de madera y se encontró con una cortina antigás tendida sobre una puerta de fabricación casera. Llamó y esperó.

Una voz lo invitó a pasar y él abrió la puerta de un tirón. En el interior reinaba un fuerte olor a parafina. El humo de una pipa oscurecía el contenido de la habitación. Jack fue capaz de identificar una litera de madera en cuya parte inferior una figura dormida yacía hecha un ovillo, así como una mesa y unas sillas improvisadas. El conjunto presentaba mejor aspecto que la mayoría de los precarios arreglos que había visto, aunque los toscos tablones que revestían las paredes y las extrañas tazas desparejadas, las velas, las mechas y los clavos para sustituir lo esencial, conferían al lugar un aspecto primitivo.

—¿Quién es usted?

La pregunta se la hizo un teniente, uno de los dos oficiales sentados a la mesa. El otro era el capitán de la compañía de Jack, Weir, que visitaba a los de infantería.

—Firebrace, señor. Me dijo que me presentara a usted esta mañana a las seis.

—¿Por qué?

—Me quedé dormido estando de guardia.

El oficial se puso en pie, fue hasta donde estaba Jack y se acercó mucho a su cara. Jack vio a un hombre de pelo oscuro que estaba encaneciendo en las sienes. Llevaba un espeso bigote que le ocultaba

el labio superior, y sus grandes ojos castaños lo miraban pensativamente. Podía tener una edad entre los veinticinco y los cuarenta años.

—No me acuerdo de nada.

—Creo que iba a acusarme formalmente, señor.

—No creo que pudiera hacer eso. Usted no pertenece a mi unidad. Usted es de los que excavan túneles, ¿no?

—Sí, señor.

—Uno de los suyos, Weir.

Jack miró en dirección a Weir y observó la botella de whisky casi vacía que estaba sobre la mesa. Había sólo dos vasos.

—Siéntese, Firebrace. Eche un trago —invitó Weir.

—No, gracias, señor. Si yo...

—Siéntese de todos modos.

Jack miró en derredor. No quería sentarse en una silla que podía pertenecer al oficial al mando de la infantería, un hombre irascible llamado Gray, a quien había oído dar órdenes. Se preguntaba dónde estaría ahora: intimidando a los centinelas, tal vez.

Jack tomó la silla que Weir le había acercado con el pie. Volvía a vestir su calzado flexible y su suéter blanco. Estaba sin afeitar y tenía los ojos inyectados en sangre. Jack bajó la mirada, temeroso de encontrarse con la suya. En la mesa había también cinco naipes dispuestos en forma de estrella, boca abajo, con finos regueros de arena entre ellos. En el centro de la formación había una figura de madera tallada y un cabo de vela.

—Éste es el teniente Wraysford —dijo Weir—. Su pelotón está junto a su sección en la trinchera. A sus hombres los estamos protegiendo de las minas. La noche pasada tenía a dos hombres fuera, en un puesto de escucha. Quizá estaba preocupado por ellos. ¿Es así, Wraysford?

—No. Brennan y Douglas estaban muy bien. Saben lo que hacen.

—¿No quiere hablar con este hombre?

—Querría si recordara quién es. —Se volvió hacia Jack—. Si no quiere whisky tendremos té dentro de un minuto. Le diré a Riley que ponga una taza más.

A medida que los ojos de Jack se acostumbraban al subterráneo lleno de humo, veía que partes de las paredes estaban cubiertas de tela. Parecía seda o algodón, un tejido costoso y de procedencia extranjera. Encima de un armarito había más tallas de figuras humanas. No había fotografías en los anaqueles de libros del rincón, aunque sí algunos dibujos de cabezas y cuerpos, hechos por un aficionado. Se dio cuenta de que el teniente había seguido su mirada.

—¿Dibuja usted?

—Un poco. Pero ahora no tengo mucho tiempo. O tranquilidad.

Riley entró con una bandeja con tres tazas. Era un hombre bajo, de pelo gris y con uniforme nuevo. Echó mano de un saco colgado del techo, fuera del alcance de las ratas, y sacó azúcar.

Jack vio que el teniente se dirigía a las estanterías y cogía un dibujo.

—La anatomía humana es extraordinariamente sencilla —dijo—. La construcción de las piernas, por ejemplo: dos huesos largos con una simple junta para flexionar, y las proporciones son siempre las mismas. Pero cuando las dibujas resulta difícil sugerir la forma. Todo el mundo puede ver este músculo en el muslo, el cuádriceps. Yo nunca supe que había otro aquí, dentro, el sartorio. Pero si lo haces resaltar mucho, la figura parece todo músculo.

Jack observó el dedo del teniente trazar las líneas de la pierna sobre el dibujo mientras hablaba. No estaba seguro de si aquel hombre lo estaba atormentando, prolongando su angustia, o si realmente quería hablar de dibujo. Con un suspiro, el teniente prosiguió:

—Desde luego que la guerra nos ha proporcionado lecciones diarias de anatomía. Yo podría escribir un artículo sobre los órganos principales del soldado raso británico. El hígado en sección. El intestino grueso extendido, una vez eviscerado. El hueso pulverizado del típico representante de la clase de tropa inglesa.

Jack tosió.

—Perdóneme, señor. ¿Puedo preguntar acerca de la acusación?

—¿La acusación?

—¡Por el amor de Dios, Wraysford! —dijo Weir—. Usted le dijo a este hombre que se le presentara porque se había dormido. Quiere saber si va usted a formarle consejo de guerra. Quiere saber si le van a dar una lección de arte o si lo van a fusilar.

—No hay acusación. Usted no está bajo mi mando.

Jack sintió una fuerte comezón en los ojos.

—Estoy seguro de que el oficial al mando de su compañía lo castigará si así lo desea.

Weir negó con la cabeza.

—No hay caso.

—Gracias, señor. Gracias.

Jack miró a ambos hombres con afecto y gratitud. Ellos comprendieron las dificultades de alguien a quien habían llevado demasiado lejos. Él, por su parte, estaba convencido de que su piedad era fruto de la compasión que les inspiraba. Sacó la carta de Margaret. En su entusiasmo por seguir con vida deseaba compartir la carga de la enfermedad de su hijo.

—Vea esto, señor. He recibido esta carta de mi mujer. Nuestro hijo está muy mal. Yo estaba preocupado por él. No había dormido cuando salí del túnel; estaba preocupado por él.

Tendió la carta a Weir, que asintió.

—¿Ve esto, Wraysford? —dijo, empujando el papel a través de la mesa.

—Sí, ya lo veo. Dice que es difteria. Eso es grave.

—¿Se me concederá un permiso para ir a verlo?

Stephen levantó una ceja en dirección a Weir, quien respondió:

—Lo dudo. Estamos escasos de hombres.

—¿Tiene usted hijos, señor? —preguntó Jack.

—No estoy casado —contestó Weir, negando con la cabeza.

—¿Y usted, señor?

—Tampoco —dijo Stephen.

Jack asintió varias veces para sí mismo.

—Supongo que tiene gracia que yo esté aquí, con unos hombres que mueren a mi alrededor, y sea él quien corra peligro.

—Cada uno de los hombres a los que hemos matado —replicó Stephen— es hijo de alguien. ¿Piensa en eso cuando los ve muertos? ¿Se pregunta si sus madres, cuando les dieron el pecho por primera vez, pensaron que acabarían así?

—No, señor. No había pensado en ello de ese modo.

Los tres hombres bebieron su té. Del exterior llegaba el silbido de los obuses. Podían percibir la vibración de las explosiones en el refugio subterráneo. Del techo se desprendieron fragmentos de tierra seca.

—Anoche dos de mis hombres se pasaron ocho horas a la escucha en el cráter de un obús, en tierra de nadie. ¿Qué cree que pensaban durante ese tiempo? No es lo mismo que si les estuviera permitido hablar —dijo Stephen mirando a Jack.

—No lo sé, señor. Quizá es como cuando estamos en el túnel. Al cabo de un rato dejas de pensar en todo. Es como si hubieras dejado de vivir. La mente se queda muerta.

—Me gustaría meterme en su túnel —sugirió Stephen.

—No debería —objetó Weir—. Ni a los propios minadores les gusta.

—Me gustaría saber cómo es. Algunos de mis hombres creen que ustedes no trabajan con bastante rapidez ahí abajo. Creen que no oyen el ruido del enemigo. Están aterrorizados de que los hagan volar desde abajo.

Weir se rió.

—Eso lo sabemos muy bien.

Jack se desplazó en su silla. Había algo extraño en los dos oficiales. Sospechaba que estaban borrachos. Siempre creyó que Weir era digno de confianza. Como todos los oficiales al mando de compañías de excavadores de túneles, era ingeniero civil, y se le había asignado aquel destino. Se mostraba cuidadoso y responsable bajo

tierra, pese a que carecía de experiencia al respecto antes de la guerra. Pero en sus ojos había una expresión salvaje y estaban enrojecidos a causa del whisky. La crecida barba castaña en las mejillas y en la barbilla era con seguridad el resultado de más de una mañana sin afeitarse. Jack pensó que el teniente parecía más sobrio, pero en cierto modo aún más extraño. Uno no podía estar seguro de si hablaba en serio. Parecía olvidadizo y distante, pero también entusiasmado con descender al subterráneo. Jack pensó que era como si no estuviera del todo allí. El afecto y la gratitud que había experimentado al principio empezaron a evaporarse. No quería compartir ningún sentimiento personal más con ellos. Quería volver con Tyson y Shaw o incluso con Wheeler y Jones, con su cháchara irritante. Al menos con ellos sabía dónde estaba.

—¿Alguna idea de cuándo tendremos algún descanso, señor? —le preguntó a Weir.

—Creo que mañana. No pueden mantenernos aquí por más tiempo. ¿Qué hay de sus hombres, Wraysford?

Stephen suspiró.

—¡Sabe Dios! Oigo rumores a todas horas procedentes del cuartel del batallón. Tarde o temprano tendremos que atacar. Pero no aquí.

—¿Vamos a tener que perder unas vidas sólo para aplacar a los franceses? —dijo Weir riendo.

—Sí. Oh, sí. Quieren tener la sensación de que no están solos en esto. Pero creo que sacarán beneficio de este torbellino.

Apareció Riley, que llegaba desde la parte posterior del refugio.

—Son casi las seis, señor. Listos para entrar en acción dentro de diez minutos.

—Sería mejor que se fuera, Firebrace —aconsejó Weir.

—Lo veré en el túnel —dijo Stephen.

—Gracias, señor.

Jack salió del refugio. Casi había luz en el exterior. El cielo bajo de Flandes se juntaba con la tierra en un breve horizonte, a sólo unos kilómetros de las líneas alemanas. Inspiró hondo el aire de la mañana. Había salvado la vida. El último vestigio de euforia le llegó mientras miraba hacia la parte posterior de la trinchera y vio humo de cigarrillos y vapor del té que se desprendía de las tazas que aferraban unas manos heladas. Pensó en el hedor que desprendía su ropa, en los piojos a lo largo de las costuras, en los hombres con los que temía trabar amistad, por si sus cuerpos resultaban destrozados al día siguiente ante sus ojos. Era la hora de las abluciones de Tyson, cuando vaciaba los intestinos en un bote de pintura y arrojaba el contenido por encima de la trinchera.

Procedente del refugio de los oficiales, detrás de él, le llegó el sonido de música de piano, una melodía creciente bajo la rascadura de

una gruesa aguja de gramófono.

Cuando finalmente fueron relevados, a los minadores se les permitió ir a descansar a un pueblo más a retaguardia que sus habituales alojamientos. Los hombres estaban tan cansados que tenían dificultad para marchar. Unos cinco kilómetros detrás del frente, encontraron una carretera acondicionada con cunetas a ambos lados. Se había dado la orden de «paso de maniobra», y algunos hombres fumaban mientras caminaban. Jack Firebrace se concentraba en mantener una trayectoria recta bajo el peso de su petate, en el que llevaba sus herramientas para excavar. Había un pueblo borrosamente visible al final de una alameda, pero se dio cuenta de que, si fijaba la mirada en él, perdía la capacidad de coordinar sus pies. Sintió como si caminara por un barranco y la carretera estuviera treinta metros más abajo. En dos ocasiones se despertó con un sobresalto y se dio cuenta de que había estado caminando dormido. Unas pocas filas detrás de él, Wheeler tuvo que ser empujado porque se metía en la cuneta. Jack cerró los ojos por un momento, deslumbrado por el brillo de la luz diurna, pero los volvió a abrir rápidamente, cuando sintió una sensación de náusea al perder el equilibrio.

Había cosas que pensó no poder volver a ver, signos de que la vida había continuado fuera del angosto infierno de su existencia. Un cura en bicicleta avanzaba en dirección contraria, y se levantó el sombrero al pasar ante la columna. A los lados de la carretera había hierba aún verde, que no había sido arrancada. Los árboles tenían frutos.

Cuando se detuvieron en la plaza del pueblo, el sargento Adams les dio permiso para sentarse, mientras los oficiales iban en busca de alojamientos.

Jack se apoyó en el murete de piedra que rodeaba la fuente del pueblo. Tyson lo miraba con los ojos en blanco, incapaz de percatarse del cambio que lo rodeaba. En la callejuela, tras la plaza, salían columnas de humo de las casas. Podían ver una tienda de comestibles y una carnicería ante cuya puerta dos niños jugaban.

Entonces Jack oyó una voz femenina. Hablaba una lengua que no le resultaba familiar, con un áspero acento que le sonaba extraño, pero no había error posible en cuanto a que se trataba de una voz femenina. Pertenecía a una mujer corpulenta, de unos treinta años, que hablaba con una muchacha rubia. Los minadores oían las altas voces, que les llegaban a través del limpio aire matinal, como si fueran recuerdos que los consolaban de una vida perdida.

Otros dos miembros de la unidad de Jack, O'Lone y Fielding, se

habían quedado dormidos en el mismo sitio donde se tendieron, sobre los adoquines. Jack permitió que la sensación de descanso le llegara lentamente, tratando de adaptarse a la ausencia de miedo.

Se volvió a mirar a Shaw, sentado junto a él. Su cara sin afeitar estaba negra de suciedad, y sus ojos aparecían blancos y fijos bajo la mugre. No había hablado desde que iniciaron la marcha, y su cuerpo parecía haberse congelado.

En la esquina de la plaza, un perro blanco empezó a ladrar. Correteó frente a la carnicería hasta que el carnicero salió y le dirigió unas enérgicas palmadas. El animal se alejó y olisqueó los pies de los hombres que tenía cerca. Meneaba excitado el rabo ante la presencia de tantas personas. Tenía una cara puntiaguda y una cola plumosa que arqueaba sobre el lomo. Lamió la bota de Jack y luego permaneció con la cabeza apoyada en la rodilla inmóvil de Shaw. Éste bajó la mirada en dirección a los ojos brillantes que buscaban en su rostro alguna señal de que podría alimentarlo. Empezó a acariciar la cabeza del perro. Jack miraba las grandes manos de minero de Shaw descender hacia el blando lomo del animal. Suavemente, Shaw apoyó la cabeza en el costado del perro y cerró los ojos.

El capitán Weir los encaminó a un granero de las afueras del pueblo. El granjero estaba acostumbrado a alojar tropas y regateo duramente el precio. Muchos hombres dejaron caer sus petates y durmieron sobre la primera bala de paja que pudieron encontrar. Tyson encontró un rincón limpio e invitó a él a Shaw y a Firebrace. A los unos no les gustaban las costumbres de los otros, pero se habían familiarizado con ellas y temían hallar otras peores.

Por la tarde, Jack despertó de su sueño y salió al patio. A la cocina de la compañía, un artilugio sobre ruedas, le estaban echando combustible. Había llegado un carro tirado por un caballo, con una entrega de desinfectante y de polvos para despiojar, bajo la mirada crítica del oficial de intendencia.

Jack tomó el camino en dirección al pueblo. No hablaba una sola palabra de francés, y contemplaba todos los edificios, los campos y las iglesias como algo profundamente ajeno. La comodidad de no estar expuesto al fuego quedaba diluida en una creciente nostalgia del hogar. Antes de la guerra nunca había estado en el extranjero, y sólo dos o tres veces se había alejado del ruido y de la disposición de las calles de Londres, que le daban seguridad y en las que se había criado. Echaba de menos el ruido metálico y el traqueteo de los tranvías, las largas hileras de casas adosadas del norte de Londres y los nombres que lo transportaban al territorio familiar: Turnpike Lane, Manor House, Seven Sisters.

También había un batallón de infantería descansando: el pueblo

estaba tomado por el bullicio y el movimiento de un ejército que se reagrupaba, reposaba y trataba de recuperarse. Como un muchacho en sueños, Jack pasó entre los caballos que daban resoplidos, los suboficiales que gritaban y grupitos de soldados que filmaban y reían. Lo ocurrido a unos pocos kilómetros se mantenía en secreto. Ninguno de aquellos hombres admitiría que lo que vieron y lo que hicieron sobrepasaba los límites de la conducta humana. Uno no creería, pensaba Jack, que el tipo con la gorra echada atrás, que bromea con su amigo junto al escaparate de la carnicería, había visto a otro compañero morir en el cráter de un obús, con el gas espumeando en sus pulmones. Nadie lo contaba, y también Jack se unía a la conspiración tácita de que todo iba bien, de que no se había violado ningún orden natural. Abominaba de los suboficiales, los cuales a su vez abominaban de los oficiales, y éstos de los jefes y éstos de los generales.

De la cocina de campaña de la compañía salieron un guiso caliente, café y una segunda ración para los más entusiastas, consistente en grasa y agua mezcladas imitando una salsa. Con un trozo de pan recién hecho en la otra mano, Jack dio cuenta de todo, pues estaba hambriento. Wheeler se quejó de que la comida era repulsiva; nada comparable a los tés que le preparaba su mujer o al pescado con patatas fritas que, en ocasiones, cenaba de regreso del pub. O'Lone evocaba empanadas de carne y patatas tempranas, seguidas de un budín esponjoso. Tyson y Shaw no se permitían quejarse, aunque ninguno de los dos había saboreado mucho la comida. Jack acabó lo que Tyson no quiso. Estaba demasiado avergonzado para admitir que el rancho, aunque irregular y en ocasiones contaminado cuando llegaba al frente, era por lo general mejor que lo que él podía permitirse en casa.

Shaw había revivido. Su robusta espalda ayudó a desplazar las balas nuevas de paja en el granero. Una vez más, su voz de bajo se añadió a las repetitivas canciones sentimentales que se entonaban después de comer. Aquello ponía contento a Jack, pues dependía de la capacidad de recuperación de ciertos hombres para arrostrar aquella vida antinatural, y Arthur Shaw, con su hermosa y pesada cabeza y sus maneras tranquilas, era su principal inspiración.

De buen humor, afrontando los apenas comprensibles abucheos de las lavanderas, que permanecían a la espera de hacerse cargo de su ropa, los hombres hacían cola desnudos para utilizar los baños que se habían dispuesto en un largo granero. Jack se mantenía detrás de Shaw, admirando su amplia espalda, con los músculos turgentes y bien repartidos sobre los omoplatos, de tal modo que la cintura, aunque de hecho resultaba bastante ancha, en comparación parecía un estrecho embudo, por encima del hoyuelo del cóccix y las

protuberantes nalgas cubiertas de vello. En el interior del granero, los hombres rugían, cantando o gritando obscenidades, arrojando pastillas de jabón y chapoteando agua de los baños, de temperatura variable, improvisados en barricas de vino o en los pesebres de los animales. En la puerta estaba el sargento Adams, con una manguera de agua fría en cuyo extremo colocaba el dedo para aumentar la presión y dirigir con ella a los hombres hacia el lugar donde recuperarían la ropa que, aunque limpia, seguía conteniendo los inamovibles piojos.

Por la noche recogieron la paga en billetes de cinco francos y buscaron formas de gastarla. Puesto que le habían asignado el papel del bromista de su sección, Jack Firebrace era también considerado el hombre que se encargaba de las diversiones. Recién afeitados, peinados y con las insignias de la gorra abrillantadas, Tyson, Shaw, Evans y O'Lone se presentaron ante él.

—Los quiero de regreso a las nueve y sobrios —advirtió el sargento Adams cuando salían por la cancela de la granja.

—¿Le daría igual a las nueve y media? —preguntó Evans.

—A las nueve y media y medio borrachos —dijo Jack—. Eso me irá bien.

Los hombres se estuvieron riendo todo el camino hasta el pueblo. Se amontonaban y formaban colas ante una tienda donde se había instalado un bar improvisado, que ellos llamaban el cafetín. Utilizando sus dotes de maestro de diversiones, Jack se apresuró hacia una casa con una cocina brillante y una corta cola. Los hombres lo siguieron y aguardaron fuera hasta que hubo espacio para congregarse en torno a una mesa, donde una anciana les puso platos colmados de patatas fritas que sacaba de una sartén en la que hervía aceite. Había botellas de litro, sin etiqueta, que contenían vino blanco y que pasaron de mano en mano entre los comensales. A los hombres les desagradó el sabor seco, y convencieron a una de las mujeres jóvenes para que les llevara azúcar, que removieron en sus vasos. Sin dejar de escenificar su desagrado, lograron beber el vino en gran cantidad. Jack probó una botella de cerveza. No era como las pintas que recordaba y que le servían en los pubs Victorianos, en su país, hechas con lúpulo de Kent y agua de Londres.

El sueño los venció a todos a medianoche, cuando Tyson apagó su último cigarrillo en la paja. En medio del estrépito de los ronquidos, olvidaron lo que era imperdonable. Jack se daba cuenta de que hombres como Wheeler y Jones consideraban cada día como si fuera un turno de trabajo, y hablaban entre ellos por la noche rezongando, bromeando como si hubieran estado desarrollando su tarea en su país. Quizá, en cierto modo, no comprendía que eso era lo que hicieron los dos oficiales; y quizá toda aquella conversación acerca del dibujo del natural no era más que una manera de hacer ver que todo era normal.

Conforme se deslizaba al sueño, se concentró con firmeza en el pensamiento de su casa; trató de imaginar el sonido de la voz de Margaret y lo que ella le hubiera dicho. La salud de su hijo cobró más importancia que las vidas de los hombres de la compañía. En el cafetín, nadie levantó el vaso en memoria de Turner; nadie lo recordó, como tampoco a los otros tres que habían sido arrastrados con él.

La noche anterior a su regreso al frente hubo canciones. Los hombres no conocían la timidez. Wheeler y Jones interpretaron un empalagoso dúo sobre una muchacha que merecía un millón de deseos. O'Lone recitó un poema acerca de una casita con rosas junto a la cancela y un pájaro en el árbol, que cantaba tra-la-lá.

Weir, a quien se había convencido para que tocara el piano, se quedó blanco, cohibido, cuando Arthur Shaw y el resto de su sección, hombres que él sabía personalmente responsables de al menos un centenar de muertes, insistió en recitar varios versos sobre el contacto del beso de su mamá. Weir se prometió que nunca más alternaría con la tropa.

Jack Firebrace contó una serie de chistes según el estilo de un cómico de music-hall. Los hombres corearon algunas frases clave, pero se rieron durante la representación. El rostro solemne de Jack brillaba a causa del esfuerzo de su actuación, y la decidida respuesta de los hombres, que se silbaban y aplaudían unos a otros con regocijo, era una forma de exteriorizar su decisión y su miedo.

Jack miraba la sala que se había alquilado para la ocasión.

Había oleadas de rostros enrojecidos, sonrientes y brillantes a la luz de las lámparas, con las bocas abiertas cuando los hombres rugían y cantaban. Todos miraban a Jack, situado en un punto más alto, subido en un cajón boca abajo al fondo del recinto, y ninguno se distinguía del que tenía al lado. Eran hombres que podían tener cada uno una historia, pero en la sombra de lo que les aguardaba, eran intercambiables. Jack no deseaba querer a uno más que al siguiente.

Hacia el final de su actuación, sintió la leve acometida del miedo. Ahora le parecía que abandonar aquel pueblo impersonal era la partida más difícil que debía emprender; ninguna separación de los padres, la esposa o el hijo, ninguna despedida dolorosa en una estación pudo llevarla a cabo con un corazón tan encogido como en la breve marcha de regreso a través de los campos de Francia. Cada vez le resultaba más difícil. No se había endurecido para ello ni se había acostumbrado. Cada vez le parecía que miraba más hondo en sus reservas de ciega decisión.

En un acceso de temor y de identificación con sus compañeros, con la masa de rostros enrojecidos, concluyó su actuación con una canción. «Si tú fueras la única chica del mundo», empezó. Las tintineantes palabras fueron gratamente recibidas por los hombres

como si expresaran sus sentimientos más hondos.

La sección de Stephen en el frente había sido bombardeada con intermitencias por espacio de tres días. Se daba por supuesta la inminencia de un ataque a gran escala. La tercera mañana se levantó cansado en su refugio subterráneo y apartó la cortina antigás. Sentía los ojos pesados a causa de la fatiga. Su cuerpo no se movía con la natural energía aportada por el alimento y el sueño, sino en virtud de alguna sustancia química que actuaba sobre su sistema nervioso y que segregaban unas glándulas desconocidas. Notaba que la boca le ardía y le agriaba todo el recorrido hasta el intestino. Bajo la superficie, el cráneo le latía con un pulso irregular y acelerado. La mano empezaba a temblarle. Necesitaba dar seguridades a los hombres de su pelotón.

Encontró a Brennan y a Douglas, dos de los más experimentados, sentados en el hueco excavado en la pared de la trinchera, con las caras pálidas y quizá sesenta colillas en el suelo, a su lado.

Stephen intercambió unas bromas con ellos. No era un oficial popular. Le resultaba difícil dar con las palabras de ánimo o de acicate cuando él mismo no creía que la guerra tuviera ni un propósito ni un final previsible. Había sido amonestado por el capitán Gray, al mando de la compañía, un hombre astuto y enérgico, por haberle dicho a un soldado que creía que la guerra empeoraría mucho antes de que se presentara una oportunidad para que mejorase.

Los comentarios de Brennan sobre el bombardeo incluían su habitual parte obscena. Su adjetivo favorito aparecía tan a menudo en sus frases, que al cabo de un tiempo Stephen había dejado de advertirlo. Lo mismo sucedía con todos los hombres.

Stephen había sido ascendido desde la clase de tropa porque era más culto que la mayoría, y porque quienes tenían estudios universitarios y no estaban muertos habían sido destinados a otras compañías. Gray lo escogió y lo mandó de regreso a Inglaterra para un período de instrucción en una unidad de aspirantes a oficial. De regreso en Francia, completó su instrucción para el ascenso en Béthune, aunque, según su punto de vista, el único momento decisivo se produjo durante un partido de fútbol en el que se suponía debía mostrar su temple. Dio a sus superiores la satisfacción de pelearse con un jugador del equipo contrario, tras lo cual fue enviado a un rápido recorrido de tres semanas por el frente, en compañía de un comandante asmático que era la primera vez que salía del cuartel de la brigada. El comandante insistió en que Stephen no viera a ninguno de los hombres con los que se había alistado, pues había que volvérselo a presentar como alguien diferente, un ser superior que

había adquirido mágicamente los atributos de oficial. El comandante se despidió entre resuellos, y Stephen se halló en posesión de un correaje brillante y unas botas nuevas y con un servicial asistente a su disposición. No conocía a ninguno de los integrantes de su pelotón, aunque los hombres junto a los que recibió instrucción y luchó estaban a menos de cien metros en el frente.

—¿Ni una palabra, pues, de cuándo parará esto? —preguntó Douglas.

—Nunca me dicen nada. ¿Qué piensa usted?

—Ojalá se tomaran un descanso.

—Ellos también paran para almorzar. —Fue lo más alegre que se le ocurrió—. No se puede apartar a un artillero alemán de su salchicha.

Su boca seca no saboreó aquella salida jovial. Cada vez que se disparaba un cañón, el aire se llenaba con un sonido desgarrador. Se trataba de una pieza de mediano calibre cuyo obús producía un ruido metálico y trepidante que al principio sonaba extraño para luego, de pronto, provocar la alarma cuando se acercaba aceleradamente a los hombres. Brennan y Douglas se aplastaban contra la pared de la trinchera cuando el obús les pasaba por encima. El suelo se estremecía y pequeños fragmentos de tierra llovían suavemente sobre sus cabezas. Stephen vio que las manos de Douglas temblaban mucho mientras se restregaba el rostro. Asintió, dirigiéndose a los dos hombres:

—Esto no puede durar siempre.

Por la noche, el bombardeo iba normalmente dirigido a las zonas de retaguardia, donde estaban los cañones, la munición y los pertrechos. A la luz del día, el martilleo sobre la línea de frente solía ser el preludio de un ataque, aunque Stephen sospechaba que podía tratarse de una variación de la táctica o simple falta de rigor.

Recorrió la trinchera y habló con otros miembros del pelotón. Recibían las órdenes de los suboficiales y miraban a Stephen más o menos como si fuera un símbolo de alguna distante autoridad, frente al cual se suponía que debían comportarse bien y mostrarse respetuosos. Debido a su amistad con Weir, Stephen había aprendido casi tanto sobre los excavadores de túneles como sobre sus mismos hombres. Cuando hablaba con ellos, bajo el continuo friego de obús, se daba cuenta de que ignoraba todo sobre sus vidas. La mayoría eran londinenses que antes de la guerra habían pertenecido a la reserva.

Los que más le gustaban eran Reeves, Byrne y Wilkinson, un trío burlón que, a diferencia de Brennan y Douglas, nunca se presentaban voluntarios para nada peligroso, pero mantenían un insobornable e implacable desagrado por el enemigo.

Los encontró juntos, como de costumbre, aunque insólitamente silenciosos. Reeves informó de que una batería de artillería de

campaña había incrementado su actividad la última hora. Mientras hablaba, oyeron la estruendosa confirmación de un cañonazo, seguido del silbido del obús.

—Ahora nos caen a todas horas —dijo Reeves—. Escuche.

Los tres hombres estaban echados juntos. Temían las heridas causadas por los obuses más que las de bala, porque habían visto el daño que ocasionaban. Un impacto de lleno borraba toda prueba física de que un hombre había existido; otro impacto menor lo despedazaba; e incluso una herida contenida producía más daño en los tejidos del cuerpo que una bala. A menudo seguía la infección o la gangrena.

A escasos metros de la trinchera se dejó oír un agudo aullido. Era un sonido chillón, enloquecido, que se sobreponía incluso a los estruendos variables de los cañonazos. Un joven llamado Tipper corrió a lo largo de los tablones, luego se detuvo y alzó el rostro al cielo. Emitió un segundo grito, de miedo elemental, que estremeció a quienes lo oyeron. Su delgado cuerpo estaba rígido, y los otros pudieron ver las contorsiones de sus músculos faciales bajo la piel. Chillaba que quería volver a casa.

Byrne y Wilkinson empezaron a dedicarle improperios.

—Ayúdeme —le pidió Stephen a Reeves.

Se acercó al muchacho, lo tomó del brazo y trató de sentarlo en el hueco de la pared de la trinchera. Reeves lo agarró desde el otro lado. Los ojos de Tipper estaban fijos en el cielo, y ni Stephen ni Reeves eran capaces de relajarle los músculos del cuello y hacerle mirar abajo.

Del rostro parecía haber desaparecido la circulación sanguínea. El blanco de los ojos, a sólo unos centímetros de la cara de Stephen, no presentaba ninguna red de vasos; había en ellos tan sólo un círculo castaño con una pupila dilatada flotante en una zona blanca ampliada por la apertura espasmódica del ojo. La pupila pareció volverse más negra y ancha, de modo que el iris perdió toda luz y toda sensación de vida.

Sin idea de dónde estaba, el muchacho repetía e imploraba alguna palabra que sólo tenía significado para él, y que podía ser el nombre cariñoso que daba a su padre o a su madre. El tono revelaba un miedo elemental. Stephen experimentó una súbita pérdida de la compasión que sentía, y que sofocó tan pronto como pudo.

—Sáquenlo —le dijo a Reeves—. No lo quiero aquí. Usted y Wilkinson llévenselo al oficial médico.

—Sí, señor.

Reeves y Wilkinson arrastraron el cuerpo rígido hacia la trinchera de comunicaciones. Stephen estaba estremecido. Aquella muestra de miedo natural ponía de manifiesto lo antinatural de la existencia que llevaban: no deseaban que se les recordara la normalidad. Cuando

regresó al refugio subterráneo lo dominaba la ira. Si el fingimiento empezaba a romperse, se llevaría vidas consigo.

Parecía no haber manera de enfrentarse a aquel terror. En Ypres y en otras acciones tuvieron ocasión de prepararse para morir, pero el fuego de obús volvía a acobardarlos a todos. Hombres que habían estado dispuestos a exponerse al fuego de ametralladora o a defender hasta el último soldado sus trincheras, no podían enfrentarse de aquel modo a la muerte. Hacían ver que era más que eso; que era el resultado de todo cuanto habían visto. Reeves estuvo buscando a su hermano, pero no halló resto alguno que enterrar, ni un mechón de cabello, ni siquiera un fragmento de bota. Se lo explicó a Stephen con amargura e incredulidad. El obús que lo alcanzó era de un calibre tal que había que cargarlo con grúa desde un ferrocarril ligero. Después de volar a casi diez mil metros, dejaba un cráter en el que cabría una granja con sus edificios anexos. No cabía sorprenderse, según Reeves, de que no quedara rastro de su hermano.

—No me preocuparía por ello —dijo—, pero era mi propia carne y mi propia sangre.

La tarde del tercer día Stephen empezó a inquietarse por los efectos sobre los hombres de su pelotón. Se sentía como un inútil e inempleado eslabón de la cadena. Los oficiales de superior graduación no confiaban en él, y los hombres seguían las órdenes de los suboficiales y se procuraban consuelo ellos mismos. El bombardeo continuaba.

Stephen habló brevemente con Harrington, el teniente que compartía el refugio subterráneo de Gray, y luego tomó el té que Riley tenía dispuesto a las cinco en punto. Salió a contemplar la luz del atardecer. Había empezado a llover de nuevo, pero los obuses seguían cayendo a lo largo de la ennegrecida línea del horizonte, con sus resplandores como inesperadas estrellas en la turbulenta oscuridad verde grisácea.

Hacia medianoche Weir acudió al refugio. Había agotado el whisky y quería un poco del de Stephen. Aguardó a que Gray se marchara.

—¿Qué tal su descanso? —preguntó Stephen.

—De eso hace ya mucho —respondió Weir, y echó un buen trago de la botella que Stephen le había acercado—. Regresamos hace tres días.

—Así que han estado bajo tierra. Es el lugar más seguro.

—Los hombres salen del agujero en el suelo y se encuentran bajo el fuego. No saben qué es peor. Esto no puede seguir así, ¿verdad? Sencillamente, no puede.

—Tómelo con calma, Weir. No va a haber un ataque. Están ahí

para quedarse. Esos grandes cañones necesitan casi una semana para ser emplazados.

—Es usted frío como un témpano, Wraysford. Dígame algo para que deje de temblar, eso es todo.

Stephen encendió un cigarrillo y puso los pies encima de la mesa.

—¿Quiere escuchar los obuses o prefiere hablar de alguna otra cosa?

—De ese idiota de Firebrace, con su oído tan fino. Me ha enseñado a distinguir cada cañón. Le puedo decir el calibre, la línea de tiro, dónde va a caer el proyectil y los probables daños.

—Pero a usted le gustaba la guerra cuando empezó, ¿no es así?

—¿Qué?

Weir dio un salto en la silla. Tenía una cara redonda, que exudaba honradez, y un cabello rubio en retirada. Cuando se quitaba la gorra, lo que quedaba de ese cabello solía llevarlo tieso o despeinado. Vestía una chaqueta de pijama y un jersey blanco de marino. Se reclinó ligeramente en su asiento mientras reflexionaba sobre lo que Stephen había dicho:

—Parece imposible de creer ahora, pero supongo que así fue.

—No hay de qué avergonzarse. Todos tuvimos nuestras razones para alistarnos. Mire a Price, nuestro suboficial mayor. Aquí ha mejorado, ¿no? ¿Y qué hay con usted? ¿Se siente solo?

—No quiero hablar de Inglaterra —dijo Weir—. Tengo que pensar en seguir vivo. Tengo a ocho hombres bajo tierra, con un túnel alemán que se nos acerca desde el otro lado.

Muy bien. De todos modos voy a echar un vistazo a mis hombres dentro de media hora.

El refugio subterráneo se estremeció con la vibración de un gran obús. La linterna se balanceó en la viga, los vasos saltaron en la mesa, y fragmentos de tierra cayeron del techo. Weir aferró la muñeca de Stephen.

—Háble me, Wraysford. Háble me de cualquier cosa que le guste.

—De acuerdo. Le contaré algo. —Stephen exhaló una bocanada de humo del cigarrillo—. Siento curiosidad por ver qué va a pasar. Están sus ratas de cloaca en sus agujeros de noventa centímetros de ancho, arrastrándose bajo tierra. Están mis hombres que se vuelven locos a causa de los obuses. No sabemos nada del oficial que nos manda. Yo me siento aquí, hablo con los hombres, salgo de patrulla y me tumbo en el barro con fuego de ametralladora rozándome el pescuezo. Nadie en Inglaterra sabe lo que es esto. Si allí pudieran ver cómo viven esos hombres, no creerían a sus propios ojos. Esto no es una guerra, esto es una exploración para averiguar hasta qué punto puede degradarse a los hombres. Siento mucha curiosidad por ver hasta dónde se puede llegar; quiero saberlo. Creo que esto apenas ha

empezado. Creo que se autorizarán cosas mucho peores que las que hemos visto, y que les tocarán a millones de chicos y hombres como mi Tipper y su Firebrace. No hay hondura a la que no puedan ser arrastrados. Uno ve sus caras cuando van a descansar y cree que no soportarán más, que algo en ellos dirá basta, nadie puede hacer algo así. Pero un día de sueño, comida caliente y vino en sus tripas, y harán más cosas aún. Creo que harán diez veces más de lo que hacen antes de que esto acabe, y siento deseos de saber hasta dónde se va a llegar. Si no sintiera esa curiosidad, me internaría en las líneas enemigas y dejaría que me mataran. Yo mismo me volaría la cabeza con una de esas granadas.

—Está loco —dijo Weir—. ¿Es que no quiere que esto acabe?

—Desde luego que sí. Pero puesto que hemos llegado tan lejos, quiero saber qué significa.

Weir empezó a temblar de nuevo a medida que se aproximaban los impactos de obús.

—Es una descarga combinada. Artillería de campaña alternada con artillería pesada a intervalos de...

—Tranquilo —aconsejó Stephen—. No se torture.

Weir se llevó las manos a la cabeza.

—Háble me de lo que sea, Wraysford. Cuénteme algo que no sea de esta guerra. Inglaterra, fútbol, mujeres, chicas. Lo que prefiera.

—¿Chicas? ¿Esas a las que los hombres llaman «cariño»?

—Si quiere...

—Hace mucho tiempo que no pienso en ellas. El fuego constante de obús es una cura contra los malos pensamientos. Nunca pienso en mujeres. Ellas pertenecen a una existencia diferente.

Weir guardó silencio por un momento. Luego dijo:

—¿Sabe una cosa? Yo nunca he estado con una mujer.

—¿Qué? ¿Nunca? —Stephen se lo quedó mirando para comprobar si hablaba en serio—. ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y dos. Yo quería, siempre quise, pero en casa era difícil. Mis padres eran muy estrictos. Una o dos chicas a las que propuse salir de noche... Bueno, ellas... siempre querían casarse. Luego estaban las trabajadoras de la ciudad, pero se hubieran limitado a reírse de mí.

—¿No le intriga saber cómo es eso?

—Sí, sí, claro está. Pero ahora se ha convertido en una cuestión clave; ha adquirido tal importancia en mi vida que resultaría difícil llevarlo a la práctica.

Stephen se dio cuenta de que Weir había dejado de escuchar los estampidos. Mantenía la mirada baja, fija en el vaso que sostenía en las manos, profundamente concentrado.

—¿Por qué no va a uno de esos lugares a los que van todos los hombres, en los pueblos? Estoy seguro de que podría encontrar a

alguien amistoso y no demasiado caro.

—Usted no lo entiende, Wraysford. No es tan fácil. Para usted es diferente. Supongo que ha estado con cientos de mujeres, ¿no?

Stephen negó con la cabeza.

—No, Dios mío. Había una chica en mi pueblo que lo hacía con cualquiera. Todos los chicos perdieron la inocencia con ella. Había que llevarle un regalo: chocolate, dinero o algo. Era una chica sencilla, pero todos le estábamos muy agradecidos. Naturalmente, se quedó encinta, pero nadie supo quién era el padre. Probablemente algún quinceañero.

—¿Y eso fue todo?

—No. Hubo algunas otras chicas. Los chicos esperaban hacerlo. Pensaban que era insano contenerse. Incluso sus madres lo creían. Ésa es la diferencia entre un pueblo de Lincolnshire y una ciudad como... ¿Dónde vivía usted?

—En Leamington Spa.

—¡Exactamente! El precio de la respetabilidad —dijo Stephen, sonriendo—. Mala suerte para usted.

Ya lo creo —convino Weir, echándose a reír.

—Bien hecho.

—¿Qué quiere decir con lo de «bien hecho»?

—Se está usted riendo.

—Estoy borracho.

—Eso no importa.

Weir se sirvió otro trago y empujó su silla hacia atrás.

—Así pues, todas esas chicas, Wraysford, cuénteme...

—No hubo tantas. Quizá cuatro o cinco. Eso fue todo.

—Aun así, muchas. Dígame, ¿amó a alguna? ¿Hubo alguna con la que lo hizo una y otra vez?

—Sí, creo que la hubo.

—¿Sólo una?

—Sí, sólo una.

—¿Y cómo era con ella? ¿Era diferente que con las otras?

—Sí, supongo que sí. Era muy diferente. Se confundía con otros sentimientos.

—¿Quiere decir que... estaba enamorado de ella o qué?

—Podría llamarlo así. En aquel momento no sé lo que era. Tan sólo era consciente de cierta pasión vehemente. No podía contenerla.

—¿Y qué pasó con aquella mujer?

—Se fue.

—¿Por qué?

—No lo sé. Un día llegué a casa y ni siquiera había dejado una nota o un mensaje.

—¿Estaban casados?

—No.

—¿Y qué hizo usted?

—Nada. ¿Qué podía hacer? No podía perseguirla. La dejé ir.

Weir permaneció en silencio un momento. Luego dijo:

—Pero cuando..., ya sabe, cuando estaba con ella, ¿el sentimiento era diferente, la experiencia era diferente que con la chica del pueblo? ¿O siempre es lo mismo?

—En la época en que se fue no creo que yo pensara en eso. Sentí más bien como si alguien hubiera muerto. Como si fueras un niño y tu madre o tu padre hubiera muerto. —Stephen levantó la vista—. Puede averiguarlo por usted mismo. Pronto se irá. O quizá podamos sacarlo del frente de alguna manera. Alguno de mis hombres sabrá cómo.

—No sea ridículo. Y volviendo a esa mujer, ¿piensa en ella ahora? ¿La recuerda?

—Tenía un anillo que le perteneció. Lo tiré.

—¿Nunca piensa en ella cuando está echado aquí, por la noche, oyendo los cañonazos fuera?

—No. Nunca.

Weir sacudió la cabeza.

—No lo entiendo. Estoy seguro de que a mí me ocurriría.

Hubo un momentáneo silencio en el exterior. Los dos hombres se miraron el uno al otro a la pálida luz, con sus rostros grises y fatigados. Stephen envidiaba la inocencia aún visible bajo la tensión que revelaban las despejadas facciones de Weir. Sentía que él ya había perdido toda relación con cualquier felicidad terrenal que pudiera persistir más allá del estampido de los cañones. Los dispersos cabellos grises en sus sienes y encima de las orejas parecían recordarle que había cambiado y que no podría retroceder.

—Entonces, antes de la guerra, ¿estaba solo? —le preguntó a Weir.

—Sí. Seguía viviendo con mis padres; al parecer no era capaz de independizarme. Lo único que se me ocurrió fue alistarme en el ejército. Mi padre conocía a alguien del cuerpo de Ingenieros, y arregló el asunto. Ingresé en mil novecientos doce. Usted tenía razón. Me gustaba desempeñar un papel. Y me gustaba mandar. Era así de sencillo. Antes no había tenido amigos, y de repente descubrí que los tenía. Si no se trataba de amistad, al menos era la compañía de cientos de hombres de mi edad. Cuando ascendí a oficial, resultó que algunos de ellos incluso me admiraban. Fue una sensación muy satisfactoria.

—Usted ha actuado bien. Lo respetan.

—No —rechazó Weir desdeñosamente—. Seguirían a cualquiera que...

—Eso es lo que quiero decir. Ha actuado bien con ellos.

—Gracias, Wraysford.

Stephen sirvió más whisky. Siempre esperó que le hiciera dormir, pero de hecho había poca diferencia. Si el sueño llegaba era como un regalo, y era tan probable que acudiera después de tomar el té como después del alcohol.

—Mis hombres no me respetan —dijo Stephen—. Respetan al sargento Price. En cualquier caso le temen. Y hacen lo que les mandan sus cabos, Smith y Petrossian. Pero yo soy irrelevante para ellos.

—Eso no tiene sentido —objetó Weir—. Usted permanece junto a ellos tanto como cualquier mando inferior. Hace patrullas. Deben admirarlo.

—Pero no me respetan. Y tienen razón. ¿Sabe por qué? Porque yo no los respeto a ellos. A veces creo que los desprecio. Por el amor de Dios, ¿qué creen que están haciendo?

—Es usted un tipo gracioso. Recuerdo a un comandante al que conocí en las afueras de Ypres, en el Saliente, que...

La puerta del refugio se abrió de un empujón. Era Hunt.

—Sería mejor que viniera, señor —le dijo a Stephen—. Ha caído un obús en nuestra sección. Hay muchas bajas. Creo que Reeves, Wilkinson...

Stephen cogió su gorra y siguió a Hunt al exterior, en plena noche.

Los sacos de arena que formaban el parapeto habían volado en un frente de casi veinte metros. La pared de la trinchera se había derrumbado y el alambre de espino, empujado hacia atrás, colgaba sobre la tierra revuelta. Se oían gemidos. Los camilleros trataban de apartar los escombros para llegar hasta los heridos. Stephen agarró una pala para abrir trincheras y empezó a cavar. Sacaron a un hombre arrastrándolo por los hombros. Era Reeves. Su expresión era más ausente de lo habitual. A su caja torácica le faltaba un lado, y un gran fragmento de metralla le sobresalía de debajo del esternón.

Unos metros más allá desenterraron a Wilkinson. Su oscuro perfil parecía prometedoramente íntegro cuando Stephen se acercó. Por su mente atravesaron los detalles personales de Wilkinson. Recordó. Acababa de casarse. Trabajaba como impresor. Esperaba un hijo. Preparó palabras de aliento a medida que se aproximaba. Pero cuando los camilleros lo levantaron, le dieron la vuelta al cuerpo, y Stephen vio que tenía la cabeza cortada longitudinalmente, de modo que la piel suave y el bello rostro se mantenían en un lado, mientras que el otro consistía en los bordes irregulares del cráneo, del que los restos del cerebro goteaban sobre el uniforme chamuscado.

Hizo un signo de asentimiento con la cabeza dirigido a los camilleros.

—Llévenselo.

Más adelante había otra baja, Douglas, a quien Stephen había

visto por la mañana y lo consideraba indestructible. Douglas estaba vivo y lo habían dejado apoyado contra la pared de la trinchera. Stephen se le acercó y se sentó a su lado.

—¿Un cigarrillo?

Douglas asintió. Stephen encendió uno y se lo puso en la boca.

—Ayúdeme a levantarme —dijo Doughs— para que pueda sentarme.

Stephen lo levantó pasándole el brazo por los hombros. En uno de ellos una herida de metralla hacía brotar la sangre a borbotones.

—¿Qué es esa cosa blanca que tengo en la pierna?

Stephen bajó la mirada y dijo:

Un hueso. El fémur. Todo está bien; es sólo un hueso. Ha perdido algo de músculo.

La sangre de Douglas cubría a Stephen. Despedía un olor especial, no desagradable en sí mismo, pero empalagoso en aquella cantidad. Era fresca. Olía como la trastienda de una carnicería, sólo que con más intensidad.

—¿Está bien Tom? —preguntó Douglas.

—¿Quién?

—Tom Brennan.

—Sí, creo que sí. No se preocupe, Douglas. Apóyese en mí. Le daremos morfina. Procure detener esta hemorragia. Voy a ponerle algo en el hombro. Un vendaje de emergencia.

Al presionar sobre la herida sintió que la carne de Douglas le resbalaba de las manos. Una o dos costillas se habían hundido y la mano de Stephen se abría camino hacia el pulmón, por lo que dejó de presionar.

—¡Hunt! —llamó a gritos—. Por el amor de Dios, mande aquí una camilla. Y traiga morfina.

La sangre de Douglas había penetrado en las mangas del uniforme de Stephen. La tenía en el rostro y en el cabello. Llevaba los pantalones empapados. Douglas colgaba de él.

—¿Tiene usted esposa, Douglas?

—Sí, señor.

—¿La quiere?

—Sí.

—Bien. Se lo diré. Le escribiré. Le diré que es usted el mejor hombre que he tenido.

—¿*Me* voy a morir?

—No, no se morirá. Pero no estará en condiciones de escribir una carta. Yo le *diré a* ella todas las cosas que usted ha hecho. Las patrullas y demás. Estará orgullosa. ¿Dónde está esa morfina? ¡Hunt, por el amor de Dios! Usted ama a su esposa, Douglas. Volverá a verla. Piense en ella cuando esté en el hospital. Apóyese en ese pensamiento. No lo

deje escapar. Agárrese a mi brazo por aquí. Así está bien. Voy a quitarle ese cigarrillo o se va a quemar. No se preocupe, le daré otro. Aquí lo tiene.

Stephen no sabía lo que estaba diciendo. Estaba a punto de asfixiarse con la sangre de Douglas. Éste ya había perdido el conocimiento cuando llegaron camilleros. Levantaron el cuerpo inerte, tratando de no empeorar al herido.

Cuando se alejaban sonó por encima de sus cabezas un estruendo metálico, como un chillido. Otro proyectil cayó con una explosión de luz. Por un momento, Stephen vio toda la longitud de la trinchera, recta durante casi veinte metros, luego en línea quebrada para eludir las explosiones, y después recta de nuevo. Vio la tierra detrás de la trinchera, extendiéndose durante kilómetros; árboles, una granja en la distancia. Por un instante reinó la calma: la Francia rural yacía bañada por una luz radiante.

Luego, con la tierra y la metralla volando por los aires, Stephen se vio proyectado hacia adelante. El camillero que iba detrás fue alcanzado en la cabeza. Douglas estaba tendido, tirado en el suelo cubierto de tablas. Stephen, ileso, gritó:

—¡Sáquenlo de aquí! ¡Hunt! ¡Sáquenlo de aquí!

Palpándose el rostro pegajoso, se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

—¡Quítenme de encima la sangre de este hombre!

Cuando fueron relevados en el frente, la compañía de Stephen disfrutó de tres días de descanso en Béthune, una localidad que gustaba mucho a los hombres por el talante amistoso de las muchachas francesas y por el elevado número de bares y cafetines. A Stephen se lo alojó en la casa de un médico, en el extremo de la ciudad. Tenía un jardín delantero convencional, con triángulos de grava y pequeños setos de tejo. Aunque había allí otros cinco oficiales, Stephen tuvo su propia habitación por primera vez desde que empezó la guerra. Desde ella divisaba el césped en la parte trasera de la casa, que consistía en una hierba tosca con algunos descuidados lechos de flores y un castaño de Indias al fondo.

Finalmente, a media tarde fue relevado. Dejó su equipo en el suelo pulido, se quitó las botas y se hundió en la cama, hecha con sábanas limpias. De la ropa de cama se elevó un olor de hierbas secas. Sabía que al principio siempre era imposible dormir, porque su cuerpo se relajaba tan aprisa que los músculos le hacían sobresaltarse y lo despertaban. El oficial médico le dio una caja de píldoras, pero le hacían dormir tan profundamente que no quiso tomar ninguna hasta

la noche.

La fatiga que sentía se localizaba en los miembros y en los órganos, ocasionándole una dolorosa pesadez, semejante a la fuerza de la gravedad. Mantenía clara la mente. Aunque tenía escasa idea del tiempo, las imágenes quemadas de los días anteriores estaban vivas en su memoria con claridad estática. Veía ansiedad en el rostro franco de Weir, desesperado por hallar seguridad; los suaves y hermosos labios de Wilkinson de perfil, y el otro lado de la cara ausente. La sangre de Douglas, cuyo olor aún le llegaba, aunque había muerto a causa de sus heridas, desangrándose sobre los tablones del fondo de la trinchera; el fragmento de proyectil, con el número de serie del fabricante legible si se hubiera preocupado de leerlo, y que sobresalía del corazón de Reeves. Los otros a los que había enterrado al día siguiente, cuando finalmente el bombardeo cesó, con las cruces de madera enviadas desde los almacenes y los montoncitos de piedras dejados por los amigos. En el maravilloso silencio, cuando los cañones alemanes enmudecieron, escuchó el canto de un mirló.

Stephen cerró con fuerza los ojos. Nada de cuanto hubiera previsto, nada de lo que soñara hubiera podido aproximarse a la forma y el sabor de su existencia. Bebió whisky de una petaca que llevaba en el petate. Se durmió de repente.

No despertó hasta las siete de la mañana. Miró sorprendido el reloj. Había dormido doce horas, inmóvil, todavía con el uniforme puesto. Nadie lo llamó para la cena y no oyó movimiento alguno en la gran casa.

Encontró un cuarto de baño y se afeitó mientras fluía el agua. Cuando hubo terminado, se vistió con la ropa limpia que Riley le había metido en el petate, y regresó a su habitación, donde se sentó en la cama, recostado en las almohadas. Abrió la ventana que daba al jardín. Era un día nublado, pero el aire era fresco y no se oían cañonazos, lo que era buena señal. Stephen se dio cuenta de que había sido víctima del truco de la prostituta que él despreciaba en los hombres: el sueño lo había curado.

Empezó a pensar en el desayuno. Habría huevos, pero ¿habría carne? Recordó la insistencia de Bérard en que todos los ingleses tomaban carne asada para desayunar todos los días. ¿Y dónde estaba ahora Bérard? Supuso que en algún lugar seguro, detrás del frente. Aunque Amiens había sido tomada por los alemanes, para luego ser reconquistada, imaginaba que Bérard Se habría procurado una existencia cómoda. A Stephen no le inquietaba su bienestar.

Relajado gracias al sueño, permitió que su mente evocara la gran casa del boulevard du Cange. Hacía casi seis años que la había abandonado en plena noche, dejando abierta la puerta principal y llevando del brazo a Isabelle. Lo sucedido bajo aquella plácida e

irregular techumbre le parecía que pertenecía a un mundo tan peculiar y anormal como aquel en el que ahora vivía él. Recordaba la furia incontenible de su deseo, plenamente correspondido por Isabelle. Podía representarse la cabeza de ella echada hacia atrás, contra la pared, desplazando un cuadro enmarcado que representaba unas flores, y dejándolo ladeado, colgado de su clavo. Podía sentir el sabor de su carne en su propia lengua. Si se esforzaba mucho conseguía imaginar un vago perfil de su rostro, pero muy vago, sin nitidez. Lo que había desaparecido por completo de su mente era el recuerdo de lo que hacía humana a Isabelle, sus hábitos y sus pensamientos. La ocultación de esos detalles era como un tormento. Cuando trataba de evocarla no podía oír su voz, ni imaginar ningún aspecto de ella: ni su apariencia ni cómo hablaba, ni la expresión de su rostro, su manera de andar ni sus gestos. Era como si estuviera muerta y a él le incumbiera la responsabilidad de haberla matado. Lo que él y los hombres soportaban era el castigo por lo que había hecho.

Después de que lo abandonara, él permaneció un año en St.—Rémy. Si ella cambiaba de opinión, razonaba Stephen, necesitaría saber adónde escribir. Podía necesitarlo, podía requerir su ayuda en sus tratos con su familia o con el marido del que se había alejado. No llegó palabra alguna, y él supo, cuando pudo resistir admitirlo, que nunca escribiría.

En su momento se despidió de los hombres del taller de muebles y tomó el tren a París. Alquiló una habitación en una casa de la rue de Rennes, y salió en busca de trabajo. No deseaba presentarse con su antigua dedicación a los negocios; quería olvidar sus conocimientos de tejeduría, aranceles e impuestos. Lo empleó un constructor que necesitaba a alguien que trabajara la madera.

En otra habitación situada en el mismo rellano se alojaba un joven estudiante de Tours, de mirada brillante, llamado Hervé, a quien emocionaba vivir por su cuenta en la capital. Invitó a Stephen a conocer a sus amigos en diversos cafés cerca de la Place de l'Odéon. Él iba, y bebía ron o café, pero no podía compartir la nerviosa alegría de Hervé. Pensaba regresar a Inglaterra, pero sin una idea fija de qué podría hacer, y si resultaría más fácil estar en un país extranjero. Escribió una breve nota a su antiguo tutor, a fin de asegurarle que estaba bien, pero no tuvo respuesta alguna.

En la casa contigua vivía una familia con una hija de dieciocho años llamada Mathilde. El padre, que trabajaba en un despacho de abogado, le encontró a Stephen un empleo de oficinista, el cual, aunque aburrido, estaba mejor pagado que serrar madera. Cenaba de vez en cuando en aquella casa y lo animaron a que llevara a Mathilde a pasear por los Jardines de Luxemburgo el fin de semana. Se hicieron amigos en el transcurso de sus largos paseos, y Stephen confió a

Mathilde la historia de su asunto con. Isabelle.

Puesto que no describió el aspecto físico de lo ocurrido, la narración sonaba incompleta. Mathilde quedó sorprendida por el aparente cambio de sentimientos de Isabelle.

—Debe de haber algo más de lo que sabes —dijo.

Su amistad con Mathilde fue una nueva experiencia. Los chicos del asilo estaban siempre atentos, buscando la forma de escapar. Aunque existía el compañerismo alimentado por las dificultades compartidas, cada uno estaba demasiado interesado en su propia conservación como para mostrarse generoso con los demás. En el trabajo, en Leadenhall Street, había tenido colegas, pero ninguno de su edad excepto dos jóvenes oficinistas de Poplar, que se mantenían al margen. En sus visitas a los muelles y a las fábricas Stephen había visto a hombres de su misma edad y ansiaba su compañía, pero nunca dispuso de tiempo suficiente para conocerlos.

Mathilde tenía una dentadura fuerte y un cabello castaño que llevaba echado hacia atrás y sujeto con una cinta. Sus grandes ojos tenían una expresión de seriedad que con frecuencia daba paso a la risa. Llevó a Stephen a dar paseos por la orilla del río y él le mostró los lugares que había visitado cuando fue enviado por primera vez a París por su empresa. La amistad de Mathilde carecía de complicaciones y exigencias, sin elemento alguno de pasión o de competición. Era fácil hacerla reír, y Stephen descubrió que cuando ella le tomaba el pelo, también él era capaz de mostrarse frívolo. Aún echaba de menos a Isabelle, pues por muchas cualidades que adornaran a Mathilde, en realidad no parecía más que una pálida versión de una feminidad ya cuajada. Stephen consideraba a todas las mujeres desde ese punto de vista. Sentía lástima por los hombres casados con criaturas que eran tan obviamente inferiores. A sus ojos, incluso los hombres que se mostraban felices y orgullosos de la belleza imaginada de sus esposas, se avenían a un compromiso desesperado. Hasta le daban pena las propias mujeres: su vanidad, su aspecto y sus vidas eran cosas pobres para él, muy alejadas de las auténticas posibilidades.

La tensión de su angustia duró otro año, y luego se enfrió. No tenía ninguna sensación de haberse curado, ni era consciente de que el tiempo lo hubiera aliviado o le hubiera dado una perspectiva más amplia para contemplar su pasión. Experimentaba ésta tan sólo como una pérdida de memoria. La presencia de Isabelle, que había sentido permanentemente en su cerebro, desapareció de forma abrupta. Persistió en él la sensación de emociones no expresadas, de un proceso incompleto.

La frialdad le permitía vivir con más facilidad, responder con cierto grado de convicción a las demás personas. Empezó a mirar a

éstas como algo más que seres de segunda categoría, que vivían existencias pobres. Sin embargo, la súbita y helada pérdida de Isabelle le hacía sentirse también incómodo. Algo se había enterrado que aún no estaba muerto.

Cuando estalló la guerra, Stephen se sintió aliviado. Consideró unirse al ejército francés, pero si bien eso hubiera implicado matar a las mismas personas y luchar por la posesión de la misma tierra, no era lo mismo que luchar junto a otros ingleses. Leyó en los periódicos acerca de regimientos británicos que se movilizaban en Lancashire y en Londres; y de hombres que se aglomeraban en las oficinas de reclutamiento de Suffolk y Glasgow, todos para la defensa de Bélgica. Nada en los periódicos franceses o británicos justificaba la alarma. Mientras la magnitud de la guerra se manifestaba rápidamente, aún no había razón para creer que fuera a durar más de un año. Los relatos de la retirada británica de Mons, en agosto, evidenciaron cómo una fuerza británica numéricamente inferior demostró poder igualarse a cualquier contingente de la infantería alemana, que tanto alardeaba. En su retirada, tendiendo alambradas en los puentes que cruzaban el canal, los británicos habían demostrado iniciativa y valor; y en el Saliente habían abierto fuego de fusilería con tal rapidez que los alemanes pensaron que se estaban enfrentando a ametralladoras. A Stephen le conmovió el pensamiento de que sus compatriotas luchaban en aquella guerra extranjera.

Regresó a Londres con un renovado sentimiento inglés. Las frustraciones reprimidas y la violencia inexpresada de su vida se transformaron en odio a los alemanes. Acariciaba el deseo de derrotarlos y darles muerte: nutría cuidadosamente ese deseo y se alimentaba de él: el enemigo estaba a la vista.

En la estación Victoria se encontró con un oficinista conocido, llamado Bridges, que estaba en la reserva.

—No podemos formar un batallón —dijo—. No tenemos bastantes hombres. Si te alistas, puedes estar allí por Navidad. Ten espíritu deportivo.

—No me dará tiempo a recibir instrucción.

—Irás un fin de semana a New Forest. El sargento hará la vista gorda. Ve. Estamos desesperados por enfrentamos a ellos.

Stephen hizo lo que le sugería Bridges. No estuvieron en Francia para Navidad, pero sí cruzaron el Canal la primavera siguiente. Fueron adscritos a dos batallones regulares y no tardaron en considerarse profesionales.

Al principio pensó que la guerra se libraría y concluiría con rapidez, a la manera tradicional. Luego observó las ametralladoras rociando de balas las líneas de la infantería alemana que avanzaba, como si ya no se concediera valor alguno a una simple vida humana.

Vio morir a la mitad de su pelotón bajo los obuses con que el enemigo inició el bombardeo. Se acostumbró a la vista y el olor de la carne humana arrancada. Observó a los hombres endurecerse para darse mecánicamente a la carnicería. Le parecía una grave violación del orden natural que nadie tenía poder para detener.

Podía protestar o sobrellevarlo. Se avino a matar. Trató de vencer el miedo con la esperanza de que eso confortaría a los demás hombres, en cuyos rostros veía, a través de la sangre y el estruendo, expresiones de aturdimiento e incomprensión. Si aquello se permitía y era objeto de información y glosa, ¿en qué punto de su desarrollo, se preguntaba, podrían pararlo? Llegó a la conclusión de que lo peor estaba por llegar; que se produciría una aniquilación a una escala con la que los hombres ni siquiera habían soñado.

El desayuno estaba ya en la mesa cuando bajó Stephen. El capitán Gray se dedicaba a conseguir buenos alojamientos para él y sus oficiales. También se había procurado un asistente llamado Watkins que había recibido formación de jefe de cocina en el hotel Connaught de Londres. Su maestría tenía escasa aplicación con las raciones del frente o con los limitados suministros disponibles en los pueblos, pero Gray siempre alababa con entusiasmo su trabajo. Era el primero en sentarse a la mesa.

—¿Ha dormido bien, Wraysford? —preguntó, levantando la vista del plato—. Harrington subió anoche a echarle un vistazo, pero dijo que dormía como un tronco.

—Sí, he dormido como un niño. Supongo que se debe a este aire fresco.

Gray se echó a reír.

—Sírvase usted mismo. Huevos fritos en ese lado. He mandado a Watkins por bacón, pero tendrá que arreglárselas sin él de momento. En el mejor de los casos, bacón francés, más bien asqueroso.

Gray era un oficial poco ortodoxo. Los hombres lo temían, pero aunque había adoptado las maneras enérgicas del soldado profesional, pasaba gran parte de su tiempo libre leyendo. Llevaba volúmenes de poesía en el bolsillo, y en su refugio, encima de la cama, siempre había un pequeño anaquel con libros que aumentaban o eran reemplazados por paquetes que le llegaban de Inglaterra. Terminó la carrera de medicina y se había especializado en cirugía cuando estalló la guerra. En su anaquel aparecían algunas de las obras de la escuela de psiquiatría de Viena, junto a las novelas de Thomas Hardy. Era considerado un ordenancista desde que presidió un consejo de guerra que dictó sentencia de muerte contra un soldado raso, pero también hablaba de los motivos que impulsaban a los hombres y de la necesidad de comprenderlos. Una infancia en las Tierras Bajas de

Escocia le había conferido un ácido sentido de la ironía, y atemperaba sus más abstractas teorías militares y psicológicas con un cauteloso sentido práctico.

Masticó vigorosamente hasta el último trozo de pan y de huevo frito y se sirvió otra taza de café.

—Linda casita, ¿eh? —comentó, recostándose en la silla y encendiendo un cigarrillo—. Para estar cómodo uno siempre puede fiarse de un médico. ¿Conoce bien Francia?

—Muy bien —respondió Stephen, mientras se sentaba, llevando un plato de huevos fritos—. Pasé aquí algún tiempo antes de la guerra.

—¿Cuánto?

—Unos cuatro años.

—¡Dios del cielo! Entonces hablará el idioma como un nativo.

—Yo diría que ahora lo tengo un poco oxidado, pero lo conocía bien.

—Podría sernos útil. No es que por el momento tengamos algún contacto con los franceses, pero nunca se sabe. A medida que la guerra avanza... ¿Qué tal lo está haciendo su pelotón? ¿Le gusta mandarlo?

—Nos han ido mal las cosas. Muchas bajas.

—Claro, claro. ¿Y qué hay con usted? ¿Se las arregla bien con los hombres?

Stephen bebió un sorbo de café.

—Creo que sí. No estoy seguro de que realmente me respeten.

—¿Le obedecen?

—Sí.

—¿Y no le parece que es bastante?

—Probablemente.

Gray se puso en pie, se acercó a la chimenea de mármol y arrojó allí el cigarrillo.

Tiene que conseguir que lo quieran, Wraysford; ése es el secreto.

Stephen hizo un mohín.

—¿Por qué?

—Lucharán mejor. Y también se sentirán mejor. No quieren que les vuelen los sesos sirviendo a las órdenes de un tipo estirado.

El cuerpo enjuto de Gray se movía con gran animación. Sus ojos escrutadores buscaban en el rostro de Stephen señales de acuerdo. Excitado, movía la cabeza arriba y abajo. Stephen dijo:

—Tal vez sea así. Yo trato de darles ejemplo.

_Estoy seguro de que lo hace, Wraysford. Sé que sale a patrullar con ellos, les venda las heridas y todo eso. Pero ¿usted los quiere? ¿Daría su vida por ellos?

Stephen se sintió sometido a un interrogatorio a fondo. Podía haber dicho «sí, señor» y dar por terminada la conversación; pero el talante informal y el acoso verbal al que lo sometía, aunque

inquietantes, permitían la franqueza.

—No. Supongo que no.

_Me lo figuraba —dijo Gray con una risita triunfal—. ¿Se debe a que valora demasiado su vida? ¿La cree más valiosa que la de un simple soldado?

—En absoluto. Yo también soy un simple soldado, no lo olvide. Fue usted quien me ascendió. Mi actitud se debe a que yo no valoro mi vida lo suficiente. No me hago a la idea de cuál es el alcance de esos sacrificios. No sé qué vale la pena.

Gray volvió a sentarse a la mesa.

—Hay algo en usted que no comprendo. —Arrugó el rostro adoptando una expresión de burlona perplejidad mientras examinaba a Stephen, y luego se echó a reír—. Pero averiguaré qué es, no se preocupe. Podría ser un buen soldado si quisiera. Todavía no lo es, pero podría serlo.

Stephen guardó silencio un momento y luego dijo:

—Price es un buen soldado.

—Price es un hombre maravilloso. Otro de mis ascensos, si me permite atribuirme un poco de sus méritos. Antes de la guerra, ese chico era oficinista en un almacén. Se pasaba el día sentado a una mesa haciendo números. Ahora la compañía no puede funcionar sin él. Gobierna las vidas de los hombres por ellos. ¿Y lo ha visto alguna vez nervioso?

—No, a Dios gracias. Yo dependo de él tanto como los demás hombres.

—Pues claro. Ahora háble me de esos excavadores de arcilla.

Ve a muchos de ellos, ¿no es así?

—Sí. Su túnel empieza en nuestra parte de la línea. En conjunto forman un equipo valioso. Trabajan duramente bajo tierra. Poca gente sería capaz de hacer un trabajo como ése.

—¿Cómo se llama ese chico que lleva zapatillas?

—¿Weir? Está al mando de la compañía.

—Sí. ¿Qué tal es?

—Es un hombre extraño, pero quizá no más extraño que cualquier otro en las mismas circunstancias. No es un profesional de la minería, sino un ingeniero al que pusieron al mando de los minadores.

—Lo encuentro muy extravagante. Yo no tengo tiempo para dedicarlo a esos excavadores de arcilla. Después de meses de cavar, finalmente tienen lista la mina. La hacen estallar ¿y qué han conseguido? Un lindo cratercito con un borde levantado que el enemigo puede ocupar.

Entró en el comedor el teniente Harrington, un hombre alto y de expresión triste, aquejado de un leve tartamudeo.

—Buenos días, señor —saludó, dirigiéndose a Gray.

Sus maneras eran deferentes, aunque su expresión era como de sorpresa permanente, como si no pudiera acabar de creer adónde había ido a parar. Stephen se preguntaba cómo había conseguido ser tan puntilloso, cuando estaba claro que tenía dificultades para recordar en qué día de la semana vivía.

—Precisamente estábamos hablando de los minadores —dijo Gray.

—Oh, sí, señor.

—Wraysford es amigo de Weir, que manda su compañía.

—Creo que son inseparables, señor —confirmó Harrington. Gray se echó a reír.

—Ya lo sabía. ¿Oye eso, Wraysford?

—No tenía ni idea de que el teniente Harrington se interesara por mi vida.

—Sólo es por tomarle el pelo, Wraysford —dijo Harrington, mientras se servía su plato de huevos fritos, que habían empezado a enfriarse bajo la cobertera.

—Claro —replicó Stephen—. Ahora me voy a dar una vuelta por la ciudad. Con su permiso.

—Buena idea —aprobó Gray—. Yo ya he abandonado toda esperanza con respecto a este bacón. Si quiere más café, dígaselo a Watkins, Harrington.

—Gracias, señor.

Gray subió a su dormitorio en busca de un libro, y Stephen salió de la casa. Atravesó el jardín, en dirección a la carretera y cerró los ojos al sentir en su rostro el pálido sol. Respiró profundamente y echó a andar.

La solicitud de permiso de Jack Firebrace para visitar a su hijo le fue denegada.

—Ya lo imaginaba —dijo Weir—. Me da pena que lleve usted un año sin ir a casa, pero la verdad es que con tantos hombres aquí, representa un infierno de trabajo trasladarlos de un lado a otro. Las carreteras están atascadas con el envío de suministros. Tendrá que aguardar su turno.

Jack regresó al subterráneo. La boca del túnel en la trinchera ocultaba un pozo vertical revestido de madera, a partir del cual habían sido excavados dos túneles. El primero, a casi diez metros, dio problemas a causa de los esfuerzos de los minadores alemanes. En las cercanías se habían librado combates bajo tierra. Era mejor estar en la arcilla que en el yeso. Las explosiones frecuentes fragmentaban el yeso, el cual se mezclaba con el agua filtrada desde los cráteres abiertos por los obuses en tierra de nadie, y daba lugar a un líquido viscoso que en ocasiones se coloreaba con la sangre que goteaba de los mineros pulverizados por las explosiones.

Siguiendo instrucciones de sus superiores, Weir ordenó la construcción de un segundo túnel a unos veinte metros. Según el libro de instrucciones, debía tener sólo noventa centímetros de anchura.

—Eso no me gusta —dijo Tyson, tendido en el suelo, detrás de Shaw y Evans—. Nunca en mi vida he visto algo tan estrecho.

Un poco más atrás, allá donde colocaban los tablones, los hombres tenían linternas, pero hacia delante reinaba la oscuridad.

Jack trató de no imaginar el peso de la tierra que tenían encima. No pensaba en las raíces de los árboles, que se extendían a través del suelo. En cualquier caso, ellos se encontraban ahora demasiado hondos. Él había sobrevivido siempre en Londres imaginando el túnel en el que trabajaba como el compartimiento de un tren por la noche: las persianas estaban bajadas en un espacio reducido, uno no podía ver nada, pero fuera, un mundo amplio de árboles y campos bajo un cielo abierto desfilaba de modo seguro en la oscuridad. Cuando el espacio no pasaba de noventa centímetros de anchura y él tenía la tierra presionándole la boca y los ojos, la ilusión era difícil de sostener.

Las manos de Evans escarbaban incansables detrás de él: Jack oía su ronca respiración, absorbiendo el oxígeno que el suministrador de aire había sido capaz de hacer llegar hasta allí. La presencia de Evans era un consuelo para él. En la superficie apenas prestaba atención a su cara de hurón y a sus bromas sarcásticas, pero las respiraciones y los corazones de ambos funcionaban como si pertenecieran a un mismo cuerpo.

Shaw se presentó a relevarlo en la boca del túnel. Tenía que arrastrarse sobre el cuerpo de Evans, luego retirar la cruz de encima de Jack y apretarse sobre el suelo del túnel para que Jack pudiera pasar sobre él y retroceder. A unos veinte metros más atrás aún no podían ponerse en pie, pero sí avanzar a gatas extendiendo un miembro tras otro. El aire tenía sabor amargo y las lámparas mostraban que el entibo se había instalado con tranquilizadora precisión.

—Diez minutos de descanso —anunció Weir—. Aprovéchenlos lo mejor que puedan.

—¿No debería estar usted en su refugio, tomándose una buena taza de té? —dijo Jack—. Apuesto a que ningún otro oficial al mando de una compañía se mete bajo tierra.

—Es que no quiero perderlos de vista. Al menos mientras la cosa no marche adecuadamente.

Bajo tierra, a los hombres se les permitía dirigirse a los oficiales sin guardar las formas. Era una manera de reconocer que las condiciones en el túnel eran difíciles. Si hablaban como si estuvieran en una mina civil, también podían recordar las diferencias entre ellos

y la infantería: podían ser ratas de cloaca, pero estaban mejor pagados.

—Juguemos a Fritz —propuso Evans.

Se trataba de un juego supersticioso, popular entre los minadores aunque incomprensible para los oficiales.

—Prefiero que no lo hagan —dijo Weir—. Y si lo hacen, no armen bulla.

—De acuerdo —convino Evans—. Digo que tiene veinticinco años, está casado y tiene dos niños. Está a tres metros de la cámara.

—Yo digo que cuatro —replicó Jack—. Ahora están en el túnel de combate. Tres metros a la hora del té significa que nosotros llegaremos primero.

Evans tenía un sistema de puntuación basado en el número de metros de túnel excavados en un día. El propósito del juego era predecir dónde estaba el enemigo. El ganador lo veía muerto; el perdedor sólo podía garantizar su seguridad pagándoles a los demás con cigarrillos. Weir no comprendía ni las reglas ni la puntuación, pero permitía el juego porque distraía a los hombres e incrementaba su conciencia de estar ante el enemigo. Turner, significativamente a los ojos de sus compañeros, había perdido cinco días seguidos, incluida una partida la mañana misma de su muerte.

Aquella tarde Weir recibió orden de presentarse al capitán Gray, a quien encontró a retaguardia inspeccionando los suministros.

—No nos conocíamos, ¿verdad? Sus hombres están haciendo un buen trabajo. Debe de ser algo horrible estar allá abajo.

—No es peor que soportar los bombardeos. Lo único que no queremos es quedarnos atrapados. Sus hombres temen que los vuelen desde abajo, y los míos tienen miedo de quedar atrapados en un túnel de noventa centímetros de ancho, con gente abriendo fuego contra ellos. ¿Recibió mi solicitud?

—Sí. Desde luego que deben contar con una defensa adecuada. Lo comprendo. Pero también usted debe comprender que mis hombres no tienen costumbre de estar bajo tierra. ¿Lo han hecho bien hasta ahora?

—Sí, lo han hecho muy bien. Pero necesitamos una rotación de turnos regular.

—¿Y no puede hacerla entre sus mismos hombres?

—Ahora que hemos empezado a excavar un túnel inferior, no. Trabajan las veinticuatro horas del día. Se trataría sólo de una patrulla cada vez. Tres o cuatro hombres bastarían.

—De acuerdo. Como tal vez sepa, yo tengo ciertas dudas sobre la utilidad de provocar cráteres que luego ocupa el enemigo, pero no voy a poner objeciones a la seguridad de sus hombres. Le pediré a Wraysford que se encargue del asunto. Usted lo conoce, según creo.

—Sí, lo conozco.

—¿Es competente?

—Así lo creo.

—Un poco raro —dijo Gray—. Hablaré con él más tarde. Pueden empezar esta noche.

Stephen solicitó voluntarios.

—Llevaremos a una rata de cloaca para que nos muestre el camino, pero necesito dos hombres más. Nos vamos a meter en un túnel de combate. No tendremos que arrastrarnos.

Nadie se ofreció.

—De acuerdo. *Me llevaré* a Hunt y a Byrne.

Fue a ver al sargento Adams para preguntarle qué excavadores los acompañarían.

—Mandan a un voluntario, señor. Será el hombre que pierda al Fritz.

Fue Jack quien, además de entregar cinco cigarrillos a Evans, hubo de acompañar a los hombres al túnel. Cogieron máscaras de gas y fijaron granadas a sus cinturones. A las diez estaban en la boca del túnel.

Stephen dirigió una última mirada al cielo antes de seguir a Jack en su descenso por el pozo. Nunca había estado en un subterráneo. Sintió una breve oleada de ternura hacia el mundo abierto, bajo el cielo interminable, pese a estar malograda la vista por los retorcidos rollos de alambre espinoso sobre la tierra revuelta por los obuses.

Los peldaños de la escalera que conducía al fondo del pozo se habían hecho para que duraran. Las manos de Stephen notaron que la astillosa madera no había sido lijada. Los peldaños estaban distribuidos a intervalos irregulares, de modo que resultaba difícil mantener un ritmo de descenso. Tuvo que esforzarse por no quedarse atrás de Jack Firebrace. Al principio cuidaba de no pisarle los dedos, pero pronto no pudo ver más que el ocasional balanceo y el brillo de un casco muy lejos.

Stephen llegó al final de la escalera, donde lo esperaba Jack. Por un momento, la oscuridad y el silencio le recordaron juegos infantiles, cuando él y otros chicos se desafiaban a meterse en alguna bodega cerrada desde hacía mucho tiempo o en un pozo en desuso. Lo sobresaltaron el olor a humedad que desprendía la tierra y el peso implacable de la materia. Los cráteres de los obuses en la superficie no pasaban de arañazos, comparados con aquel volumen aplastante. Si la tierra se desplazaba o se deslizaba allí, no habría una segunda oportunidad, ninguna posibilidad de retroceder o de escapar con una simple herida. Incluso el hermano menor de Reeves, alcanzado de lleno por un obús, tuvo una oportunidad mejor.

Hunt y Byrne miraron en derredor, incómodos. Llevaban fusiles y habían pedido prestados cascos de minero en lugar de sus gorras flexibles de diario. Stephen llevaba un revólver, y todos ellos disponían de granadas, las cuales, según les dijo Weir, probablemente serían su arma más efectiva en caso de dificultades. Jack habló en voz baja:

—He oído movimientos de los alemanes en esta dirección. Necesitamos proteger a los nuestros que están colocando la carga, y también el túnel inferior, del que nada saben los alemanes. Pasaremos por esta entrada, que lleva a una galería larga. De ella parten dos túneles de combate con puestos de escucha. Deberíamos mantenernos muy juntos.

Byrne miró lo que Jack llamaba entrada.

—Pensé que no habría que arrastrarse.

—Luego se hace mayor —dijo Jack.

Byrne profirió un juramento y pasó la mano por la tierra y la arcilla compactas.

—*La France profonde* —comentó Stephen—. Por esto es por lo que estamos luchando.

—Pues yo por un chelín diario, no —replicó Byrne.

Jack avanzó en la oscuridad. Sus ojos estaban acostumbrados a trabajar en ella, y su cuerpo se movía agachado, arrastrando los pies de manera automática. Cuando llevaban andando unos diez minutos, el estrecho túnel fue a parar a la galería lateral que Jack y su compañía habían excavado dos meses antes. A la derecha estaba la entrada a un túnel paralelo que acababa por conducir a una cámara en la que los hombres depositaban la carga explosiva. A la izquierda estaban los dos túneles de combate, desde uno de los cuales habían oído el ruido de la excavación del enemigo.

Byrne y Hunt habían dejado de soltar tacos. Hunt parecía aterrorizado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Stephen.

Hunt negó lentamente con la cabeza.

—Esto no me gusta. Estar bajo tierra. Encerrado así.

—Es completamente seguro —dijo Stephen—. Son profesionales. Mire lo bien apuntalado que está.

Hunt había empezado a temblar.

—Esto no está bien. Yo soy de infantería, y no me corresponde hacer esto. Yo me jugaré el tipo en la trinchera, no en un maldito agujero. ¿Qué pasa si se nos cae encima? ¡Dios!

—Tranquilícese —lo animó Stephen. Hunt, presa del pánico, se aferraba a su brazo—. Por el amor de Dios, Hunt. O se mete en ese túnel o doy parte. Lo mandaré a patrullar hasta que haya cortado alambre de aquí a Suiza.

Stephen pudo sentir que el miedo de Hunt empezaba a contagiársele. Él mismo experimentaba desde hacía tiempo el horror de encontrarse en un espacio tan estrecho que no podía volverse.

Jack desapareció en la entrada del túnel de combate y Stephen se quedó mirando en la oscuridad el rostro patético de Hunt. Por un momento imaginó a aquel hombre en su vida civil. Era un peón que había trabajado en construcciones en Londres y Hertfordshire. No quería morir a doce metros bajo la tierra de un país extranjero. Stephen sintió compasión por él.

—Entre, Hunt. Yo lo seguiré.

—No puedo, no puedo —empezó a farfullar Hunt.

—Si no lo hace, nos va a matar a todos. —Stephen sacó su revólver y lo montó—. Usted odia a los alemanes, ¿verdad?

—Sí.

—Han matado a sus amigos. Tratan de matarlo a usted. Mataron a Reeves y a su hermano. A Wilkinson. A Douglas. A todos sus amigos. Ésta es su oportunidad para matar a algunos de ellos. Entre.

Apuntó la abertura con el revólver y luego la cabeza de Hunt. Se sorprendió de su propia brutalidad. Dio por sentado que la causaba el miedo. Hunt se introdujo lentamente en el túnel y Stephen lo siguió. Las botas de Hunt estaban frente a él y podía escuchar arrastrarse a Byrne detrás. No podía avanzar ni retroceder. Cerró los ojos, apretándolos, y soltó unos juramentos para sus adentros a fin de darse ánimos.

El techo del túnel estaba a unos treinta centímetros sobre su cabeza. Continuó repitiendo para sí las peores palabras en las más terribles combinaciones que se le ocurrieron. Dedicó obscenidades al mundo, a su propia carne y a su imaginario creador.

Más adelante, el túnel se ensanchó. Se podía permanecer en él agachado. Byrne había sacado un cigarrillo y le daba caladas. Stephen le animó con un gesto de asentimiento. Byrne sonrió. Jack le susurró a Stephen:

—Creemos que hay un túnel alemán muy cerca. Los nuestros que van a depositar la mina están asustados por sí, excavando, van a parar a su cámara. Me acercaré al puesto de escucha. Me llevaré a uno para que me cubra. Usted quédese con otro aquí.

—De acuerdo. Será mejor que se lleve a Byrne.

Los observó adelantarse y se volvió a Hunt, que estaba sentado en el suelo del túnel, abrazándose las rodillas. Gimoteaba mansamente.

—Ese tramo estrecho por el que acabamos de pasar. Imagine que lo vuelan. No podríamos retroceder. Nos quedamos aquí clavados.

Stephen se sentó junto a él.

—Escuche. No piense en eso. Esta patrulla durará dos horas, mientras nuestros hombres estén colocando la carga. Dos horas se

pasarán deprisa. Piense en lo deprisa que. pasan. Piense en las veces que ha querido que durasen más. A partir de ahora es la duración de un partido de fútbol, porque ya llevamos media hora aquí.

Tenía agarrado el brazo de Hunt. Comprobó que hablarle contribuía a dominar en alguna medida su propio temor.

—¿Usted odia a los alemanes? —preguntó Hunt.

—Sí. Fíjese en lo que han hecho. Fíjese en el mundo que han creado aquí, esta especie de infierno. Los mataría a todos si pudiera.

Hunt empezó a gemir. Se sujetó la cabeza con las manos y luego levantó el rostro hacia Stephen. Tenía unas facciones anodinas, francas, con labios carnosos y piel suave. Su expresión suplicante y atemorizada la enmarcaban sus grandes manos ásperas a causa del trabajo, en las que la piel estaba marcada por los cortes y las quemaduras de incontables oficios.

Stephen movió la cabeza desesperanzado y adelantó la mano. Hunt la tomó entre sus palmas y empezó a sollozar. Se arrastró hasta caer en brazos de Stephen, y descansó la cabeza en su pecho. Stephen sintió los pulmones de Hunt bombear y estremecerse con los sollozos que le sacudían el cuerpo. Esperaba que de algún modo Hunt descargara el terror que llevaba dentro, pero al cabo de un minuto la intensidad de sus sollozos empezó a hacerse más fuerte. Stephen lo apartó y se llevó el dedo a los labios. Hunt se tumbó boca abajo en el suelo, tratando de ahogar lo que salía de él.

Stephen oyó el rumor de unas botas que provenía de delante de ellos. Se hizo visible la figura desgarbada de Byrne, agachado pero todavía corriendo.

El aliento con olor a tabaco golpeó el rostro de Stephen.

—Fritz ha excavado hasta nuestro túnel. Firebrace está a unos veinticinco metros escuchando. Dice que debería usted ir.

Stephen tragó saliva.

—De acuerdo. —Tomó a Hunt por el hombro y lo sacudió—. Vamos a matar a unos cuantos alemanes. Levántese.

Hunt se puso de rodillas y asintió.

—Pues vamos —dijo Byrne.

Los tres hombres se internaron en la oscuridad. Les costó cinco minutos llegar al punto donde Jack estaba agazapado, con la oreja pegada a la pared. Al final del túnel apuntalado pudieron distinguir un agujero irregular por donde los excavadores alemanes habían irrumpido.

Jack se llevó el dedo a los labios, luego murmuró la palabra «Fritz» y señaló el agujero.

Reinaba el silencio. Stephen observó el rostro de Jack mientras escuchaba. Llevaba una camisa desteñida, con las mangas arremangadas, y el tejido estaba empapado de sudor. Stephen vio los

pelos erizados del ancho cogote de Jack, allá donde el barbero había afeitado el cabello.

Les llegó el estruendo de una explosión, con derrumbamiento de rocas y tierra, detrás de ellos. Los hombres permanecieron quietos. Podían oír pasos en un túnel paralelo al suyo. Parecía que se alejaban en dirección al frente británico. Hunt rompió a gritar:

—¡Estamos atrapados, estamos atrapados, han volado el túnel! ¡Dios, lo sabía, yo...!

Stephen le tapó la boca con la mano y le empujó la cabeza contra la pared del túnel. Los pasos se detuvieron, y a continuación retrocedieron en dirección a ellos.

—Por aquí —dijo Stephen, empezando a desandar el camino que habían seguido para llegar—. Cortémosles el paso antes de que puedan llegar a donde están los nuestros.

Al fondo del túnel, antes de volver a juntarse con la galería, el camino por el que habían entrado se hallaba taponado, pues el apuntalado había saltado por los aires, desplazando la tierra. Stephen y Jack se las arreglaron para abrirse paso entre los cascotes justo cuando, a sus espaldas, se empezaban a oír disparos.

—¡Han pasado, han pasado, han atravesado el agujero! —gritaba Hunt.

Stephen arrastró a Byrne sobre los escombros. Vio a Hunt lanzar rodando una granada ante él, y se fue tras ella hacia el lugar de la explosión. A unos veinticinco metros se inició un fuego de fusil. Había cuatro alemanes visibles cuando la granada de Hunt estalló, produciendo un denso y aplastante estampido. Stephen vio a dos de aquéllos proyectados hacia atrás y a un tercero retorciéndose pegado a la pared, pero a los pocos segundos se reanudaron los disparos. Stephen se encaramó al montón de tierra y empezó a disparar a su vez contra los destellos. Byrne se instaló en una posición y apoyó su pesado fusil. Ambos hombres dispararon repetidamente, guiados por el fogonazo ocasional de un fusil frente a ellos. Stephen echó mano de las granadas que llevaba al cinto, pues era imposible acertar con un fusil. Una granada causaría más daño y podría bloquear el túnel, lo que permitiría salir a los hombres que estaban colocando la carga en el túnel paralelo. Mientras luchaba con su cinturón, gritó a los demás que arrojaran sus granadas. Las suyas parecían habérsele enredado. Forcejeando desesperadamente con los dedos, se dio cuenta de que se reanudaba el fuego delante, y luego, de repente, tuvo la sensación de haber sido golpeado por una casa que se le derrumbaba encima. La fuerza desatada lo arrojó hacia atrás.

Hunt se alzó sobre el cuerpo de Stephen y se balanceó para poder lanzar las granadas a través del espacio que Stephen había ocupado cuando estaba de pie. Hunt y Byrne lanzaron tres cada uno en rápida

sucesión, lo que dio lugar a una prolongada secuencia de explosiones y a que el techo del túnel se derrumbara en un tramo de algo menos de veinte metros. Los fusiles alemanes dejaron de disparar, y Byrne, que había captado algunas palabras en alemán, oyó una orden de evacuar el túnel. Con Jack abriendo la marcha, arrastraron a Stephen por el túnel, de regreso hacia la galería, profiriendo juramentos y rechinándoles los dientes cuando flexionaban los miembros con el esfuerzo muscular añadido de aquel cuerpo laxo. En la galería se encontraron con otros excavadores que procedían del túnel y a cuatro que habían colocado mechas en la cámara de los explosivos.

Se produjo una conmoción de gritos e informes confusos a propósito de lo ocurrido. Los hombres se turnaron para arrastrar a Stephen por el túnel, de vuelta al pie de la escalera, pero su sangre, caliente y resbaladiza, hacía que los hombres, cansados, tuvieran dificultades para mantenerlo agarrado.

Salieron a la superficie para encontrarse con el caos. Un nuevo bombardeo había causado bajas en la trinchera y destruido el parapeto en una longitud de casi cincuenta metros. Se pusieron a cubierto donde pudieron. Byrne arrastró a Stephen hasta una sección relativamente indemne, mientras Hunt iba en busca de ayuda—Le dijeron que el puesto de socorro del regimiento, que se suponía inexpugnable en su refugio subterráneo, había sido borrado del mapa al alcanzarlo de lleno un obús,

Stephen estaba tumbado de lado, con el tablón de uno de los entibos contra la piel del rostro. Byrne le había doblado las piernas para dejar paso libre a los hombres que iban y venían. Tenía la cara cubierta de tierra, con los poros llenos de fragmentos producidos por la explosión de una granada alemana. Un trozo de metralla se le había incrustado en el hombro, y una bala de fusil lo había herido en el cuello. Conmocionado por la explosión, permanecía inconsciente. Byrne sacó su botiquín de campaña y vació un frasco de yodo en el orificio del cuello de Stephen. Encontró las cintas que abrían la bolsa de las vendas y dejó salir una, larga, de gasa.

Las raciones llegaron a las diez. Byrne trató de hacer tragar algo de ron a Stephen, poniéndole la bebida entre los labios, pero éstos no se abrieron. La prioridad, tras el bombardeo, consistía en reparar las defensas y trasladar a los heridos que pudieran caminar. Stephen yació durante todo un día en el nicho excavado por Byrne, hasta que finalmente un camillero se hizo cargo de él y se lo llevó a un puesto de socorro situado más adelante.

Stephen sentía un profundo cansancio. Quería dormir días enteros, veinte seguidos, en absoluto silencio. A medida que recuperaba la conciencia sólo se creía capaz de dormir a pierna suelta.

Caía en el sueño y salía de él y, en ocasiones, cuando despertaba, advertía que lo habían cambiado de lugar. No era consciente del golpeteo de la lluvia en su cara. Cada vez que despertaba, el dolor parecía haberse intensificado, Tuvo la impresión de que el tiempo corría hacia atrás, y que estaba retrocediendo al momento del impacto. El tiempo acabó por detenerse en el momento en que el metal perforó su carne y el dolor se volvió constante en aquel lugar. Anhelaba caer dormido, y con toda la fuerza de voluntad que fue capaz de reunir, forzó la retirada del mundo de vigilia y se sumergió en la oscuridad.

Al declararse la infección, empezó a sudar. La fiebre subió al máximo en cuestión de minutos, haciéndole temblar el cuerpo y castañetear los dientes. Los músculos sufrieron convulsiones y el pulso se aceleró intensamente. El sudor empapó la ropa interior y el uniforme cubierto de lodo.

Cuando lo transportaron al puesto de socorro, la fiebre había empezado a ceder. El dolor del brazo y del cuello había desaparecido. En su lugar podía percibir un fragor provocado por la sangre en sus oídos. A veces se modulaba en un zumbido, y en otras ocasiones ascendía hasta un alarido según la fuerza con que su corazón bombeaba la sangre. Con el ruido llegó el delirio. Perdió contacto con su ser físico y se creyó en una casa situada en un bulevar francés, en la cual buscaba a Isabelle y la llamaba por su nombre. Sin solución de continuidad estaba en una casa de campo inglesa, en un gran asilo, y luego de nuevo en el olvidado lugar de su nacimiento. Deliraba y gritaba.

Podía oler el ácido fénico del áspero jabón del orfanato, luego el aula, con su polvo y la tiza. Iba a morir sin haber sido nunca amado, ni siquiera una vez, por alguien que lo hubiera conocido. Moriría solo y nadie lo iba a llorar. No podía perdonarlos: ni a su madre, ni a Isabelle, ni al hombre que había prometido ser como un padre. Lanzó un grito.

—Grita llamando a su madre —comentó el camillero mientras lo transportaban a la tienda.

—Siempre lo hacen —replicó el oficial médico, mientras retiraba el vendaje que Byrne había aplicado casi treinta horas antes.

Lo sacaron de la tienda a la espera del transporte que lo condujera al centro de distribución de heridos o a la espera de la muerte: lo primero que llegara.

Allí, bajo el ciclo indiferente, su espíritu abandonó el cuerpo con su carne desgarrada, sus infecciones y su naturaleza débil y maltrecha. Mientras la lluvia caía sobre sus brazos y piernas, la parte de él que aún vivía resultaba inalcanzable. No era su mente, sino alguna otra esencia lo que ahora ansiaba la paz en un recorrido silencioso y

sombreado donde no sonaran los cañones. Los hondos caminos de la oscuridad se abrieron para ello, como se abrían para otros hombres a lo largo de las líneas de tierra excavada, a menos de cincuenta metros de allí.

Cuando la fiebre en su cuerpo abandonado alcanzó el máximo y se dirigía al olvido que le daba la bienvenida, oyó una voz no humana, pero clara y apremiante. Era el sonido de su vida que lo abandonaba. Empleaba un tono burlón. Le ofrecía, en lugar de la paz que anhelaba, la posibilidad del retorno. En aquella última etapa, podía regresar a su cuerpo y a la brutal perversión de la vida que se vivía en el suelo revuelto y en la carne torturada por la guerra. Si hacía el esfuerzo de coraje y voluntad, podía volver a la existencia torpe, comprometida e inconquistable que configuraba la vida humana sobre la tierra. La voz lo llamaba; apelaba a su sentimiento de vergüenza y de curiosidad insatisfecha, pero si hacía oídos sordos, con seguridad moriría.

Concluyó el bombardeo. Jack Firebrace y Arthur Shaw se sentaron en el hueco de la pared de la trinchera a fumar cigarrillos y beber té. Trataban de los rumores de que la división iba a ser trasladada al sur para un ataque. Su estado de ánimo era reflexivo, fruto de la conciencia de haber sobrevivido al bombardeo y al combate bajo tierra. Sus sentimientos eran, en cierto modo, como de alabanza a sí mismos.

—¿Alguna noticia de tu chico, Jack? —preguntó Shaw.

—Sigue mal. Estoy esperando otra carta.

—Anímate. El nuestro tuvo algo parecido y al final salió bien. Allá, en casa, hay buenos hospitales, ¿sabes?

Shaw le dio a Jack una palmada en el hombro.

—¿Qué le pasó a aquel teniente al que hirieron en el subterráneo cuando iba contigo?

—No lo sé. Acabaron por llevárselo trinchera abajo, pero para entonces ya deliraba.

—Fue él quien te acusó, ¿no? Pues buen viaje, diría yo.

Jack adoptó una expresión melancólica.

—Al final se portó bien. No hizo nada.

—Te quitó el sueño toda una noche.

Jack se echó a reír.

—De todos modos, no era mi primera noche en blanco. Le podríamos preguntar al capitán Weir qué ocurrió.

—Cualquiera sabe. Ahora todo está tranquilo. Si el sargento quiere saber dónde estás, yo te cubro. Ve a echar un vistazo y averigua qué ha pasado por allí.

Jack se quedó pensativo un momento.

—Debo admitir que ese tipo me inspira cierta curiosidad. Creo que podría ir y echar ese vistazo. Incluso podría conseguir un recuerdo.

—Así me gusta. Y tráeme uno para mí.

Jack acabó su té y se echó al bolsillo superior algunos cigarrillos del paquete. Dirigió un guiño a Shaw y salió en dirección a la trinchera de comunicaciones, que conducía a la zona de retaguardia. Tras el bombardeo, se estaba llevando a cabo una importante tarea de reconstrucción. A Jack le extrañó la rapidez con la que las carreteras y los campos parecían perder su identidad agraria francesa y convertirse en estaciones terminales, vertederos, reservas o, simplemente, en lo que los hombres llamaban «transporte». El bombardeo había logrado en breve tiempo que el suelo se asemejara más a un lugar donde crecían los cereales y las verduras, pero eso no duraría mucho.

Le preguntó a un hombre que estaba excavando unas letrinas nuevas dónde estaba el puesto de socorro.

—No lo sé, amigo. Pero hay una tienda que tiene que ver algo con los médicos y que está por allí.

Reanudó su trabajo. Jack se encontró a un camillero con una lista de heridos, y miró los nombres.

—Wraysford. Sí, aquí está. Lo han pasado al otro lado de la pared.

—¿Quieres decir que está muerto?

—No se lo han llevado al centro de distribución, o sea que debe de estar muerto. Fue hace sólo una hora. Hay un par de docenas allí, detrás de la pared.

«Rezaré una oración por él», pensó Jack: «al menos cumpliré mi deber como cristiano.»

Era la hora del crepúsculo. Jack tomó por un sendero con roderas y fangoso, y llegó a un murete de piedra tras el cual se extendía un campo arado. Había hileras de bultos cubiertos de andrajos manchados de oscuro. Algunos rostros se veían blancos a la luz de la luna que se levantaba tras un bosquecillo. Algunos cadáveres estaban hinchados hasta el punto de haber reventado sus uniformes, y otros aparecían desmembrados. Todos participaban de cierta pesadez.

Cuando Jack miró detrás de la hilera de carne amontonada, a los surcos del campo arado, quedó atónito y abrió mucho los ojos al descubrir una figura en la que antes no había reparado. Desnudo salvo por una bota y una chapa al cuello, con el cuerpo recorrido por marcas de suciedad y sangre seca, Stephen se le acercaba iluminado por la media luz. De sus labios brotaron unas palabras que sonaron como «Sáqueme de aquí».

Jack, recuperándose del susto, se encaramó al muro y se aproximó a él. Stephen dio un corto paso adelante y cayó en los

brazos de Jack.

De regreso en su habitual alojamiento en el pueblo, Michael Weir estaba sentado a la mesita junto a la ventana y miraba caer la lluvia en la calle gris, bordeada de álamos. Trataba de no pensar en Stephen. Le constaba que se lo habían llevado a un puesto de socorro, pero luego ya no supo una palabra sobre él. Creía que sobreviviría porque lo favorecía cierto tipo de buena suerte intangible. Respiró profundamente: ésa era la manera estúpida y supersticiosa de pensar de la infantería.

Confeccionó una lista de cosas que necesitaba hacer. Normalmente disfrutaba con aquellas sesiones de administración doméstica, cuando podía escapar de lo peor del fuego artillero y dirigir su mente a tareas prácticas.

Le preocupaba el parapeto de la trinchera donde habían estado trabajando. Con demasiada frecuencia los hombres que regresaban de patrullar dejaban los sacos terreros desordenados, porque se deslizaban a toda prisa en las trincheras antes de quedar iluminados por una bengala alemana. En los lugares donde los sacos no volvían a colocarse de forma adecuada, resultaba insuficiente la protección contra los pacos enemigos, cuyos ojos estaban fijos en ellos durante las horas de luz diurna. El inesperado balazo que atravesaba la cabeza proporcionaba una muerte tranquila, relativamente limpia, pero desmoralizadora para los nervios de los demás.

Weir trató de convencer al capitán Gray de que la infantería debería cuidar más de sí misma o, al menos, de que las compañías de ingenieros de campaña lo hicieran en su lugar. Pero a cambio de la protección de la infantería en el túnel, consideraba que había aceptado asumir cada vez más servicios mecánicos que le correspondían a ella. Se preguntaba si ése era el precio que pagaba él por el generoso acceso al whisky de Stephen.

En el primer lugar de la lista escribió «revisar placas». Las troneras utilizadas por los centinelas estaban cubiertas con placas de hierro, pero algunas de ellas habían sido dañadas por los obuses o por el fuego de desgaste de las ametralladoras y los pacos enemigos. También había que atender a la conservación del alambre, aunque hasta el momento había logrado excluir de este trabajo a sus hombres. La infantería ataba latas vacías a los alambres para que sirvieran de campanas de alarma, pero tan sólo las hacían sonar las ratas. Cuando llovía, el agua goteaba del alambre a las latas vacías colocadas debajo. Las diferentes cantidades que se depositaban eran, naturalmente, un motivo de juego para la infantería, cuando un hombre golpeaba su lata con otra, o daban lugar a un temor supersticioso sobre el significado de cuál se llenaría antes.

Weir percibía algo diferente en los sonidos. Una vez, durante un período de calma, se sentó en el hueco de la pared de la trinchera a

esperar el regreso de Stephen de una inspección, y escuchó la música de las latas. Las vacías eran sonoras, y según estaban más llenas aportaban una escala ascendente. Las llenas hasta el borde tan sólo producían como una percusión apagada, a menos que se desequilibraran, y entonces la cascada introducía una ruidosa variación. Hasta donde alcanzaba a oír, sonaban músicas de latas de contenido distinto y con resonancias diversas. Entonces oyó el alambre movido por el viento. Emitió un quejumbroso sonido de fondo que, en ocasiones, aumentaba hasta predominar, para luego descender en intensidad y limitarse a un mero acompañamiento. Tuvo que esforzarse para discernir, o quizá imaginar, una melodía en aquella música de latas, pero sonaba mejor a sus oídos que el terrible estampido de la artillería.

Era media tarde, y Weir quería dormir antes de iniciar sus actividades nocturnas. Aquella noche debían auxiliar a la infantería a transportar munición y a excavar nuevas letrinas. También se requerían reparaciones en los tramos en zigzag y en las paredes de la trinchera, por no hablar del trabajo que efectuaban bajo tierra.

Antes de acostarse para descansar, fue a visitar a algunos hombres. Los encontró fumando y haciendo arreglos en su equipo. La ropa de los minadores requería una atención particularmente frecuente, y aunque cada hombre tenía su propia manera de coser, todos se habían vuelto expertos con la aguja y el hilo.

Después de dirigirles algunas palabras de aliento, Weir regresó a su alojamiento y se acostó. Cuando aquella mañana acudió al cuartel del batallón a interesarse por Stephen, no disponían de información. Weir creía que, de haber estado vivo, le habría llegado alguna noticia. Aunque al oficial al mando los médicos no le hubieran comunicado nada, Stephen tenía recursos suficientes para ponerse en contacto con su amigo.

Weir cerró los ojos y trató de dormir. Hubiera querido escribirle una carta al familiar más cercano de Stephen, si tal persona existía. En su mente empezaron a formarse algunas frases. «Era muy valiente... Era una inspiración... Era mi mejor amigo, mi fuerza y mi escudo.» Las expresiones vacuas que habían llenado tantas cartas dirigidas a casa no parecían suficientes para describir el papel que Stephen había desempeñado en su vida. Los ojos de Weir se llenaron de lágrimas. Si Stephen había muerto, él no sería capaz de continuar. Cortejaría a la muerte, caminaría a lo largo del parapeto, abriría la boca a la próxima nube de fosgeno que cayera sobre ellos, y daría pie al telegrama que se enviaría a la tranquila calle Leamington Spa donde sus padres y sus amigos vivían sus vidas sin preocuparse ni pensar en un mundo que él y Stephen habían conocido.

Stephen Wraysford volvió a habitar su cuerpo célula a célula; cada centímetro que iba recuperando lentamente le producía un renovado dolor y cierta sensación antigua de lo que significaba estar vivo. En la cama no había sábana, pero contra la piel de la cara notaba el elemental consuelo del viejo lino, lavado y desinfectado hasta desposeerlo de su suavidad.

Por la noche se agudizó el dolor del brazo y del cuello, aunque no sobrepasó en ningún momento el límite de lo tolerable y en ningún caso fue tan agudo como el del hombre de la cama contigua, que al parecer era capaz de visualizar el dolor: podía verlo deslizándose sobre él. Todos los días cortaban más el cuerpo de aquel hombre, anticipándose a la gangrena, pero sin amputar nunca lo suficiente. Cuando le retiraban los apósitos, el fluido saltaba de su carne como algún espíritu victorioso que lo hubiera poseído. Su cuerpo se descomponía mientras yacía allí, como el de aquellos que colgaban de las alambradas y pasaban del rojo al negro antes de que se desmenuzaran en la tierra dejando tan sólo esporas sépticas.

Una mañana, un muchacho de unos diecinueve años apareció al fondo de la sala. Sus ojos estaban cubiertos con trozos de papel pardo. Del cuello le colgaba una nota que, para informarse, inspeccionó el oficial médico superior, un hombre de mal genio, ataviado con bata blanca. Llamó a una enfermera, y una joven inglesa, de no más de veinte años, acudió a ayudarlo.

Empezaron a desnudar al muchacho, que estaba claro que no se había bañado desde hacía varios meses. Las botas parecía llevarlas pegadas a los pies. Stephen miraba, preguntándose por qué no se molestaban en poner un biombo. Cuando él llegó, calculó que no se había quitado los calcetines en veintidós días.

Cuando finalmente, esforzándose, le quitaron las botas, el hedor que se extendió por la sala hizo que la enfermera sufriera arcadas y vomitara en una pila de piedra que había detrás de ellos. Stephen oyó que el oficial médico gritaba a la mujer.

Arrancaron los vestidos del muchacho, y cuando llegaron a la ropa interior, el oficial médico utilizó un cuchillo para separarla de la carne. Finalmente el chico se quedó sin nada encima, excepto los dos parches pardos sobre los ojos. La capa superficial de la piel se había desprendido del cuerpo, aunque quedaba una franja en torno a la mitad, en el lugar donde el cinturón lo había protegido.

Trataba de gritar. Mantenía la boca abierta, y los tendones del cuello estaban tensos, pero algo en su garganta parecía impedir que saliera de ella cualquier sonido.

El oficial médico arrancó el papel pardo del rostro del muchacho. La piel de las mejillas y de la frente presentaba manchas de color azul violáceo. Ambos ojos supuraban, como si estuvieran aquejados de

conjuntivitis aguda. Se los enjuagaron con el fluido que salía de una alcachofa de ducha, en el que la enfermera había vertido alguna solución. El muchacho tensó el cuerpo, pero guardó silencio. Trataron de quitarle algo de la mugre, pero no permanecía quieto mientras le aplicaban agua y jabón.

—Te vamos a quitar de encima esta suciedad, joven. Quédate quieto —dijo el oficial médico.

Avanzaron por la sala, y cuando pasaron junto a Stephen, éste pudo ver señales de quemaduras en el cuerpo del muchacho. La piel fina de las axilas y de la parte interior de los muslos estaba cubierta de grandes llagas abiertas. Respiraba entrecortadamente. Lo convencieron para que se tendiera en una cama, pero él arqueó el cuerpo, eludiendo el contacto con la sábana. El médico acabó por perder la paciencia y lo obligó a echarse, apoyándole las manos en el pecho. La boca del muchacho se abrió en una protesta silenciosa, y sus labios dejaron escapar una espuma amarilla.

El médico dejó encargada a la enfermera de que lo cubriera con una especie de tienda improvisada de madera, sobre la que extendió una sábana. Finalmente, tuvo tiempo de ir por un biombo al otro lado de la sala y ocultar al joven de los demás pacientes.

Stephen se dio cuenta de que la enfermera era capaz de atender a la herida del hombre de la cama contigua, e incluso de reprenderlo por el ruido que hacía, pero siempre que salía de detrás del biombo, se retorcía las manitas en un gesto claro de angustia como él nunca lo había visto.

Cruzó la mirada con ella y trató de consolarla. Sus heridas curaban con rapidez, y el dolor casi había desaparecido. Cuando se presentó el médico para examinarlas, Stephen le preguntó qué le había ocurrido al muchacho. Al parecer se había visto afectado por un ataque con gas en algún lugar a retaguardia del frente. Cegado por el cloro, había llegado dando traspiés a una casa que estaba ardiendo después de ser alcanzada por un obús.

—El muy estúpido no se puso la máscara a tiempo —explicó el oficial médico—. Reciben la suficiente instrucción para saber lo que han de hacer.

—¿Morirá?

—Probablemente. El gas le ha dañado el hígado. Su cuerpo ya presenta cambios post mórtem.

Conforme pasaban los días, Stephen se dio cuenta de que cuando la enfermera se aproximaba al biombo tras el cual yacía el muchacho gaseado, sus pasos eran más lentos y sus ojos se llenaban de aprensión. Tenía los ojos azules y el cabello rubio peinado hacia atrás, bajo la cofia almidonada. Casi se detenía, luego respiraba hondo y en sus hombros se reflejaba un gesto decidido.

La tercera mañana, le llegó la voz del muchacho. Imploraba morir.

La enfermera había dejado el biombo ligeramente apartado, y Stephen la vio levantar la tienda con gran cuidado, sosteniéndola muy arriba sobre el cuerpo abrasado, antes de volverse y dejarla caer al suelo. Bajó la mirada hasta la carne que nadie estaba autorizado a tocar, desde los ojos supurantes a la cabeza, el cuello, el áspero pecho, las ingles y las piernas palpitantes. Impotente, abrió los brazos en un gesto de amor maternal, como si con ello quisiera consolarlo.

No respondió. Ella tomó un frasco de aceite que estaba al lado de la cama y lo inclinó sobre el muchacho. Vertió con suavidad una parte del líquido sobre el pecho, y él profirió un chillido animal. La enfermera retrocedió y levantó el rostro al cielo.

Al día siguiente, cuando despertó, Stephen descubrió que el muchacho no estaba. No lo devolvieron a su sitio por la noche ni al día siguiente. Stephen esperaba que sus plegarias hubieran sido escuchadas. Cuando la enfermera acudió a cambiarle el vendaje, le preguntó dónde estaba el joven.

—Se lo han llevado para bañarlo. Lo hemos puesto en una solución coloidal salina durante todo un día.

—¿Y está tumbado en contacto con la bañera? —preguntó Stephen, incrédulo.

—No, en una cuna de lona.

—Ya. Espero que muera pronto.

Por la tarde hubo un rumor de pasos precipitados. Pudieron oír al oficial médico gritar:

—¡Sáquenlo, sáquenlo!

Goteando por la sala, transportaron un fardo de sábanas del que escapaban chillidos. Durante toda la noche consiguieron mantener con vida al muchacho. Al día siguiente permaneció silencioso, y al atardecer trataron de introducirlo en la cuna para devolverlo al baño. Sus miembros colgaban a ambos lados de la lona. Yacía inmóvil, con su piel en carne viva. Sus pulmones infectados empezaron a borbotear y a espumear un fluido amarillo que ahogaba sus gritos de protesta cuando lo introdujeron en la bañera de piedra situada fuera de la sala.

Aquella noche Stephen rezó para que el muchacho muriera. Por la mañana vio a la enfermera, pálida y trastornada, dirigirse a él. Alzó los ojos, interrogativamente. Ella hizo un gesto afirmativo y luego prorrumpió en un llanto que la hacía estremecerse.

A Stephen se le autorizó a salir por las tardes y sentarse en un banco, desde el que podía observar cómo el viento movía los árboles. No hablaba; no sentía la necesidad de decir algo. No tardó en volver a andar, y los médicos le anunciaron que lo darían de alta al final de la

semana. Había permanecido ingresado veinte días.

—Visita para usted —anunció la enfermera rubia una mañana.

—¿Para mí? —Su voz se desenroscó dentro de él como un gato que se despereza tras un prolongado sueño. Le encantaba lo desacostumbrado del tono—. ¿Es el rey?

La enfermera sonrió.

—No. Un tal capitán Gray.

—¿Cómo se llama usted?

—Enfermera Elleridge.

—Su nombre de pila.

—Mary.

—Quiero decirle algo, Mary. ¿Puede venir aquí un momento?

Ella se acercó a la cama, con cierta reserva. Stephen le tomó la mano.

—Siéntese en la cama un segundo.

Ella miró en derredor dubitativa, pero se acomodó en el borde de la cama.

—¿Qué quería decirme?

—Que estoy vivo. Eso es lo que quería decirle. ¿Usted lo sabía? Estoy vivo.

—Bien hecho —dijo la enfermera sonriendo—. ¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo. —Le soltó la mano—. Gracias.

El capitán Gray entró en la sala.

—Buenos días, Wraysford.

—Buenos días, señor.

—Me han dicho que ya anda. ¿Salimos fuera?

Había dos bancos de hierro forjado situados junto al muro del hospital, desde los que se divisaba una superficie cubierta de césped que descendía hasta donde se alzaba un cedro y se extendía un vasto estanque. Ocasionalmente, algunas figuras se movían con lentitud por el lugar con la ayuda de bastones.

—Parece que su recuperación ha sido muy buena. Me han dicho que estuvo grave.

Gray se quitó la gorra y la dejó en el banco, entre ambos. Su pelo despeinado era de un tono castaño lustroso, todavía sin canas. Su bigote estaba bien perfilado y recortado. Aunque Stephen estaba pálido, sin arreglar y con cabellos grises en algunas partes de la cabeza, su rostro conservaba una juventud que el de Gray había perdido. La luminosidad de sus grandes ojos todavía prometía algo impredecible, mientras que la expresión de Gray, aunque animada, resultaba previsible. Era un hombre que se dominaba, y aunque sus maneras eran informales, quedaba de manifiesto su condición de oficial superior.

Stephen asintió.

—Una vez consiguieron dominar la infección, fui mejorando. Las heridas no eran graves en sí mismas. Este brazo tendrá el movimiento ligeramente limitado, pero todo lo demás está bien.

Gray sacó un cigarrillo de la pitillera que llevaba en el bolsillo interior, y le dio unos golpecitos en el borde del banco.

—Tiene dos semanas de permiso en casa a partir del momento en que abandone este sitio. Después, será ascendido. Quiero que vaya a hacer un curso en Amiens. Luego pasará un tiempo en la brigada.

—No voy a ir.

—¿Qué? —replicó Gray, riendo.

—No voy a ir a casa ni a ese destino en la brigada. Ahora no.

—Creí que iba a estar encantado. Lleva más de un año en el frente, ¿no?

—Exactamente. Un año de preparación. No quiero irme en un momento vital como éste.

—¿Qué momento vital?

Gray se lo quedó mirando, receloso.

—Todo el mundo sabe que vamos a atacar. Incluso los médicos y las enfermeras lo saben. Por eso tratan de que esos hombres caminen.

Gray frunció los labios.

—Quizá, quizá. Pero escuche, Wraysford. Usted ha tenido una buena actuación con su pelotón. No han obtenido grandes logros, pero ¿quién de nosotros los ha tenido? Usted ha mantenido unidos a sus hombres bajo el fuego y se ha ganado un descanso. Nadie dirá que se está escaqueando. Por el amor de Dios, hace sólo tres semanas lo dieron por muerto. ¿Sabía usted eso? Lo depositaron entre los cadáveres.

A Stephen le asustaba la idea de separarse de los hombres junto a los que había combatido. Menospreciaba la guerra, pero no podía irse sin ver cómo acababa. En cierto modo que ni él mismo comprendía, había quedado unido a ella. Su modesto destino estaba vinculado al desarrollo, más amplio, de los hechos.

—Para empezar, no tengo hogar en Inglaterra. No sabría adónde ir. ¿Me dedicaría a holgazanear por Piccadilly Circus? ¿Me iría a la orilla del mar, en Cornualles, y me alojaría en una casita? Prefiero quedarme en Francia. Me gusta estar aquí.

Gray sonrió y adoptó una expresión de indulgente curiosidad.

—Continúe. ¿Y el ascenso? ¿Tampoco lo desea? Eso significaría ascender a Harrington en su lugar.

Stephen sonrió.

—Aun así, señor. Creo que habrá otras oportunidades de ascender. No creo que esta carnicería vaya a pararse sin más.

—Probablemente no. Pero escuche, Wraysford: las órdenes que tengo son éstas. No es mucho lo que puedo hacer al respecto.

—Podría usted hablar con el jefe al mando.

—¿Con el coronel Barclay? —Gray negó con la cabeza—. No lo creo. Se atiene a las ordenanzas. Se diría que fue él quien las redactó.

Stephen se sintió animado. Estaba claro que la idea de escapar a la ortodoxia atraía a Gray, pese a su apariencia pulcra y a su entusiasmo militar.

Ambos guardaron silencio. Un camión depositó unas camillas en un lado del hospital, y dos camilleros acudieron a ayudar. Algunos de los hombres a los que descargaron eran unos moribundos. A los heridos más graves los recogían siempre al final. Quedaban allí, en el suelo, pues eran los que menos probabilidades tenían de sanar. Stephen pensó que aquello se asemejaba a un juicio cuya sentencia ya estaba decidida, como en el caso de quienes yacían en los embudos de los obuses, esperando y observando cómo se declaraba la infección.

—¿Sabe usted adónde nos trasladan? —le preguntó a Gray.

—Sí, lo sé. Pero no debo decírselo todavía.

Stephen calló, pero abrió las manos y se encogió levemente de hombros.

—A Albert —dijo Gray—. Entonces nos darán instrucciones precisas. El cuartel de la brigada estará en un pueblo llamado Auchonvillers, si es así como se pronuncia. El coronel lo flama Ocean Villas.

—¡Lo conozco! —exclamó Stephen, emocionado—. He estado allí. Se encuentra a orillas del río Ancre. Conozco bien la región. Y hablo francés. Yo sería...

—Indispensable —lo interrumpió Gray, riendo.

—Exactamente.

—Entonces háblele de ese sitio.

—Es un bonito paisaje rural. No es llano, sino que más bien lo forman tierras bajas. Creo que usted lo llamaría así. Hay buena pesca en el Ancre..., a pesar de que yo nunca cogí nada. Campos abiertos con algunos bosques extensos y bosquecillos. Muy trabajados, con cereales y verduras. Gran cantidad de remolacha azucarera, creo. Los pueblos son impersonales. El ferrocarril de Albert para en Beaucourt. Hay un pueblo bonito llamado Beaumont Hamel.

—No va usted a ver mucho de eso. Es una fortaleza alemana. ¿Qué más?

—Eso es todo, pero hay un problema. El terreno es accidentado. Todo depende de quién domine las alturas. Nadie querría atacar cuesta arriba; sería un suicidio.

—No creo que *queramos* atacar de ningún modo, pero debemos desviar el fuego de Verdun. Si rompen las líneas allí, estamos acabados.

—¿Y atacaremos cuesta arriba?

—Los alemanes llevan allí un año. No creo que escojan el terreno llano.

Stephen preguntó, tras un silencio:

—¿Y quién más va a ir?

—Mayormente los chicos nuevos, el ejército de Kitchener, y unos pocos del ejército regular, como nosotros, para reforzarlos.

—¿Van a mandarlos a que ataquen allí? —se extrañó Stephen, incrédulo.

Gray asintió y Stephen cerró los ojos. Recordaba el día que pasó pescando, la forma en que la tierra se alzaba desde el río. Evocaba de manera incierta un vasto bosque en una colina, al pie de la cual había un pueblo llamado, si no erraba, Thiepval. Sabía cómo serían las defensas alemanas, después de un año de preparación. Incluso en una semana construían mejores trincheras que los británicos. El pensamiento de oleadas de hombres de negocios y peones, obreros fabriles y oficinistas en su bautismo de fuego, yendo al encuentro de aquellas defensas, le pareció absurdo. No deberían permitirlo.

—¿Lo ha pensado mejor? —preguntó Gray—. Piccadilly Circus no es un mal sitio. Al menos puede tomar una comida decente. Podría ir al Café Royal.

Stephen movió la cabeza.

—¿Estaría usted dispuesto a hacer algo por mí? ¿Convencerlos de que me permitan quedarme?

—Todo es posible. Decirle a un jefe al mando que uno le ofrece tropas siempre es más fácil, a la larga, que retirárselas. Puedo hablarle a su inmediato subordinado, el comandante Thursby.

—¿Y qué hay del destino en la brigada? ¿Podría retrasarlo o mandar a otro?

—Si se hace usted indispensable... Y si acata un poco más la disciplina.

—¿Qué quiere decir?

Gray tosió y aplastó su cigarrillo con el tacón.

—Usted es supersticioso, ¿verdad?

—Todos lo somos.

—Los oficiales no son supersticiosos, Wraysford. Nuestras vidas dependen de la estrategia y de la táctica, no de los palillos ni de los naipes.

—Quizá, en el fondo de mi corazón, siga siendo un soldado raso.

—Bien, pues deje de serlo. He visto esas tonterías en su refugio. Las figuritas talladas, los naipes y los cabos de vela. Desháguese de todo eso. Confíe en la preparación y en un buen mando. Confíe en sus hombres. Si quiere algo sobrenatural, vaya a ver al capellán.

Stephen bajó la mirada.

—Nunca he pensado en Horrocks como particularmente

sobrenatural.

—No se haga el gracioso, Wraysford. Usted ya sabe a qué me refiero. Si lo ayudo, tendrá que hacer algo por mí. Corte por lo sano con ese galimatías y crea en sí mismo.

—Realmente yo no creo en esas cosas, ¿sabe? En lo de echar las cartas y la buenaventura y demás. Pero todo el mundo las practica.

—No, no es así, Stephen. Usted lo hace por lo que le sucedió cuando era niño.

La voz de Gray se había suavizado un poco.

—¿Qué quiere decir?

—Yo no conozco la historia de su vida, pero considero que los niños necesitan creer en poderes que están fuera de ellos. Por eso leen libros sobre brujas y hechiceros y sabe Dios sobre qué. Hay una necesidad humana de aquello que normalmente se agota con la infancia. Pero si el mundo de un niño se rompe con un exceso de realidad, esa necesidad permanece soterrada.

—Valiente ridiculez de cháchara austríaca...

—Tranquilícese. —Gray se puso en pie—. Soy el capitán de su compañía. Se supone que sé cosas que usted ignora. Si le ayudo a permanecer aquí, en el frente, que Dios lo proteja, pero en el futuro hará las cosas a mi manera.

Le tendió la mano. Stephen se la estrechó brevemente y regresó al hospital.

—¡Wraysford, loco bastardo! —exclamó Michael Weir—. ¿Es verdad que ha preferido quedarse, cuando pudo irse a casa?

—¿A casa?

—Usted ya me entiende. A Inglaterra. ¡Es tan hermosa en esta época del año! Yo solía ir a pasar Pentecostés con una tía que vivía en Sheringham, en la costa de Norfolk. A finales de mayo el aire era tan puro que podías emborracharte con él. Los campos y los setos estaban vivos. Era la época más hermosa. Y había un pequeño pub en Burnham Thorpe donde...

—Lléveme allí cuando esto termine, no antes. Mientras tanto le diré algo. El lugar a donde vamos a ir próximamente. ¿Ha recibido órdenes?

—Sí, aunque no muy detalladas. Salimos el viernes en dirección a Albert. Suerte que tenemos. Creí que íbamos a pasar el resto de la guerra aquí, pero allí se ha minado tanto el terreno que el mando ha solicitado dos compañías más. Y adivine a quién han escogido. Albert es ese lugar donde la Virgen cuelga del campanario, ¿no?

—Sí. Va a haber una aglomeración. La mitad de las malditas

Fuerzas Expedicionarias Británicas estará allí. ¿Whisky?

—Bueno.

—El jueves por la noche, cuando la zona de retaguardia esté atestada de transportes, lo llevaré al pueblo para una celebración de despedida.

—¿Qué quiere decir?

—Espere y verá. Algo que lleva esperando mucho tiempo.

Weir miró con recelo a Stephen y no dijo nada. Adivinó lo que Stephen estaba planeando. Había oído a los hombres que regresaban de permiso que había una casa de campo al otro lado del pueblo, donde una luz permanecía encendida en la ventana toda la noche. Una mujer y su hija, se decía, se trabajaban a un pelotón entero.

Ese pensamiento llenó de ansiedad a Weir. Había tocado carne femenina por primera vez cuando sólo contaba diecisiete años, y retrocedió ante la posibilidad que se le ofrecía. La muchacha era un año mayor que él, pero parecía pertenecer a otra generación. Cuando él se sintió inhibido y demasiado inmaduro para lo que ella le sugería, la joven manifestó sentido del humor y mucho mundo, como si su larga experiencia le hiciera considerar el acto como la cosa más sencilla y natural imaginable. Lo que había oído sobre la cuestión y lo que pretendía hacer le parecían cosas tan vergonzosas y tan íntimas que no deseaba que alguien lo viera haciéndolas, ni siquiera la propia chica. Declinó su invitación y se dijo a sí mismo que aguardaría a ser mayor.

Mientras tanto miraba desconcertado a las personas casadas a las que conocía, en particular a sus padres. Cuando estaban sentados en la sala de estar de su amplia casa de ladrillo, leyendo libros o jugando a las cartas, los miraba con ojos desorbitados, representándose escenas de desenfreno. Cuando su madre se volvía hacia él con un socarrón movimiento de cabeza y dejaba su labor de costura para preguntarle qué estaba pensando, tenía que fijar rápidamente la atención en su cabello peinado con raya en medio, sus abalorios y su modesto atavío, y apartar de su mente la imagen de órganos inflamados y del juego a dos de la carne. Estaba claro que esos actos eran naturales; era el modo de renovarse el mundo y de continuar, pero, aun así, cuando observaba a sus padres hablar con sus amigos casados se preguntaba por la extraña conspiración que mantenía sus actos ocultos bajo su recatada conducta pública.

Empezó a invitar a mujeres a bailar o a tomar el té en casa de sus padres, pero nunca parecía ser una cuestión de sexo. Ocasionalmente se cogían de las manos o, si tenía suerte, se le concedía un beso de buenas noches en la mejilla. Fue a la universidad, donde el reducido número de mujeres estudiantes tenía clases separadas, y ellas sólo se reunían con los hombres brevemente y protegidas por una estricta

carabina. Si sólo lo hubiera hecho una vez, sabría cómo volver a hacerlo. A los veintitrés años pensó establecer contacto de nuevo con aquella chica y preguntarle si seguía interesada, pero consideró que eso sería ridículo. Más adelante descubrió que estaba casada.

Dos años antes de que estallara la guerra se alistó en el cuerpo de los Reales Ingenieros. La casta camaradería masculina le ofreció un camuflaje. Allí al menos sería como cualquier otro: un hombre que deseaba a las mujeres, lo cual —lamentablemente, pero para él un alivio— las circunstancias les negaban. Podía entregarse a tristes bromas con los demás a propósito de su abstinencia, y sus observaciones tenían un matiz de auténtico remordimiento.

Los primeros seis meses de la guerra encontró que aquel alivio lo ponía eufórico. Se ganó fama de ser un oficial excéntrico pero digno de confianza, de un buen humor a toda prueba. Gracias a su preparación universitaria no tardó en ser ascendido, y a los hombres los templaba su espíritu exaltado. Pero a medida que la lucha se enconaba y el bombardeo se intensificaba, sus nervios empezaron a flaquear. No había recibido instrucción para vivir en los túneles de noventa centímetros de anchura, a grandes profundidades bajo tierra. No le gustaba la sensación de que en cualquier instante podían matarlo en la trinchera.

A los treinta años, su falta de contacto físico con mujeres se asemejó menos a una ausencia en su vida que a una presencia positiva. Le cansaba su ignorancia, y ya no tenía envidia de otras personas. Se convenció a sí mismo de que lo que echaba de menos no podía ser, por definición, extraordinario. Se trataba de una simple función, irrelevante y que ahora le resultaba fácil ignorar. El pensamiento de poner fin a su abstinencia se le hizo cada vez más extravagante y, en la práctica, lleno de trampas que nunca podría superar. Al final se convirtió en algo impensable.

El bombardeo con artillería pesada no había precedido a un mayor avance por parte del enemigo, como muchos temieron. Había sido tan sólo la señal de otro bombardeo breve, y luego una vuelta a la calma relativa.

Las patrullas salieron por la noche y escucharan los ruidos de las actividades rutinarias de los alemanes: reparar las alambradas, coser botones, visitas del ordenanza con sus polvos para los piojos, y el quehacer de un barbero bávaro. Sus fortificaciones eran mejores que las británicas, y mejor provistas, con cocinas móviles y barriles de cerveza que llegaban hasta las trincheras de reserva. Ocasionalmente, por la noche, se escuchaba el sonido de una canción popular. No pertenecía al género sentimental favorito de los soldados británicos, sino que consistía en evocaciones vigorosas y lastimeras de una tierra

amada.

Stephen, instalado en el embudo de un obús con Byrne, sentía su cuerpo tenso de odio cuando oía aquellas canciones. Muchos hombres de su pelotón respetaban a los alemanes, y en los momentos de calma manifestaban una tolerancia que a él le parecía bordear el afecto. Tan sólo experimentaba un impulso a la violencia; deseaba responderles con acero y explosivo, con metal que desgarrara el tejido blando y barrenara en el hueso. Cuando la guerra acabara ya habría lugar para la contemporización, incluso para la generosidad, pero mientras tanto atesoraba su odio como una forma de preservar su propia vida y la de sus hombres.

Se dirigió hacia el rostro de Byrne, ennegrecido con corcho quemado, y apretó los labios contra su oreja, susurrándole tan flojo, que el chasquido de la lengua sobre los dientes y el paladar era más ruidoso que las palabras mismas.

—Ametralladora en la parte más alejada. Sin actividad. Todos dormidos. Podemos regresar.

La noche ayudaba, pues no era estrellada, y la luna estaba profundamente enterrada detrás de bancos de nubes cargadas de lluvia. Un viento racheado no bastaba para despejarlas y arrojar luz sobre la tierra rota en la que ellos yacían. Por encima de las ocasionales ráfagas y del murmullo de la brisa, se dejó oír el canto de un ruiseñor.

Stephen palpó con nostalgia su navaja sin usar. Byrne asintió con la cabeza. Le llevó un palo de unos sesenta centímetros, que había sacado de un trozo de leña de encina. Con un breve movimiento del brazo y una torsión de la muñeca, en una ocasión había destrozado con aquel palo la cabeza de un centinela alemán.

Salieron del embudo y empezaron a arrastrarse de regreso a sus líneas. En el tramo más expuesto de su recorrido, debían cruzar cuatro hileras de alambradas y dejarse caer rodando en su trinchera sin atraer el fuego —tanto de las ametralladoras alemanas que apuntaban permanentemente al borde de la trinchera británica, como de sus propios centinelas, que despertaban sobresaltados al primer ruido que oían y, sintiéndose culpables, disparaban.

Hunt estaba de centinela cuando regresaron a la trinchera. Oyeron el cerrojo de su fusil cuando Byrne golpeó una lata que colgaba del alambre.

Stephen sintió que Hunt le tendía la mano para ayudarle a introducirse en la trinchera. Byrne se deslizó detrás de él.

—Bien hecho, Hunt —dijo Stephen—. Ahora voy a darle de beber a este hombre. ¿Le gusta el whisky, Byrne?

—Ya lo creo.

—Si Petrcssian quiere saber dónde está Byrne, dígale que

conmigo.

—De acuerdo —replicó Hunt, y observó a los dos hombres alejarse, caminando sobre los tablones.

A unos pocos metros trinchera adelante, Jack Firebrace estaba sentado en el hueco de la pared, con una taza de té. Recuperaba las fuerzas tras pasar seis horas bajo tierra. Sus pensamientos se dirigieron al hogar. Ocho años y medio antes, cuando su esposa dio a luz a un hijo, John, la vida de Jack había cambiado. A medida que el niño crecía, Jack advirtió en él alguna cualidad que él valoraba y que le sorprendió. El niño no se cansaba. En su inocencia había algo de esperanza. Margaret reía cuando Jack así se lo hacía ver.

—Sólo tiene dos años —replicaba—. Está claro que es inocente.

No era eso lo que Jack quiso decir, pero no pudo expresar con palabras el efecto que le producía la mirada de John. Lo veía como una criatura que procedía de otro universo; pero en los ojos de Jack el lugar de donde había venido el muchacho no era solo diferente, sino mejor. Su inocencia no equivalía a ignorancia; era una poderosa cualidad de bondad asequible a todo el mundo: quizá se trataba de lo que el libro de oraciones llamaba una forma de gracia o una esperanza de gloria.

A Jack le parecía que si un ser humano corriente, como su propio hijo, nadie en particular, podía tener esa pureza de mente, quizá las acciones virtuosas aisladas ante las que se maravillaban las personas adultas no eran en absoluto aisladas; tal vez eran la continuación natural de la bondad inocente que todas las personas traen al mundo al nacer. Si esto fuera cierto, los seres humanos que rodeaban a Jack no eran las criaturas toscas e imperfectas que ellos mismos suponían. Sus defectos no eran innatos, sino el resultado de sus errores o del embrutecimiento motivado por sus experiencias. En sus corazones, seguían siendo perfectibles.

El amor de Jack por su hijo redimía su visión de la vida humana y daba sustancia a su fe en Dios. Allá donde su piedad había sido el reflejo de un hombre temeroso, se transformaba en algo que expresaba su creencia en la bondad de la humanidad.

Tenía conciencia de que John era un improbable vehículo de tales cambios en sus creencias personales, pero eso no le importaba: su hijo era todo cuanto le preocupaba. No había tenido la oportunidad de decirle adiós cuando se fue, y su correspondencia con el niño había consistido en mensajes en las cartas a Margaret. En el frente y en el subterráneo a menudo estaba demasiado preocupado pensando en John y Margaret como para formarse en la mente imágenes exactas de ellos, pero cuando se echaba encima la cruz en la boca del túnel, o

aguzaba su oído durante la guardia, tenía siempre la sensación de que estaban con él. Su resistencia se la debía a ellos, y el cuidado que ponía en conservar la vida se explicaba por el deseo de volver a ver al niño.

Miró a Byrne y a Stephen mientras desaparecían, y luego rezó con fervor por la vida de John. El olor de tierra en la pared de la trinchera le recordaba su propia infancia, cuando caía en el barro durante un partido de fútbol o jugaba a construir una presa en el arroyo que discurría por campo abierto detrás de la fábrica: reinaba aquel olor perdurable de suelo e infancia. Estaba completamente solo, como lo estuvo siempre, pero ahora con la apremiante vida de otro muchacho en su corazón.

Al día siguiente le llegó a Jack una carta de Margaret. Decidió no abrirla hasta su regreso del subterráneo. Podía resultar muerto en el túnel y sería mejor morir en la ignorancia si las noticias del hospital eran malas. Si eran buenas, le parecería tanto mejor haber esperado.

Era un día muy tranquilo. Parte de la división estaba ya recogiendo para marcharse. Por la mañana, Jack sacó un cuaderno de dibujo e hizo algunos esbozos de su amigo Arthur Shaw. Su gran cabeza daba tal sensación de peso y de sombra que requería trazos suaves del lápiz. Shaw estaba plácidamente sentado mientras Jack proseguía su tarea, dirigiendo la mirada arriba y abajo, del papel al rostro y vuelta a empezar, sosteniendo el lápiz ligeramente en las puntas de los dedos. Llegó Tyson, miró por encima del hombro de Jack y emitió un gruñido breve y apreciativo. El dibujo era sencillo y carecía de finura, pero Jack tenía capacidad para comunicarle parecido, y eso impresionaba a Tyson, que deseaba que lo dibujara a él. Jack, sin embargo, se mostraba misterioso en la elección de los modelos. Había unas pocas imágenes de camiones y almacenes, algunas de los pueblos a los que iban de permiso, la ocasional escena de grupo extraída del recuerdo de una sala de conciertos o de un cafetín, pero la mayor parte de su cuaderno de dibujo consistía en retratos de Arthur Shaw.

A última hora de la tarde llegó el sargento Adams con Jones y O'Lone, y los hombres formaron para dirigirse al subterráneo.

Michael Weir había puesto al mando a Adams mientras él pasaba la velada en su refugio con un libro. Alrededor de las ocho, Stephen apartó la cortina antigás y entró. Se encontraba en un estado de excitación nerviosa.

—Vamos —dijo.

—¿Adónde?

—A darle la sorpresa que le dije. Venga. Coja esa botella de whisky.

Weir se puso en pie, indeciso. Temía lo que Stephen estaba tramando. Echó un trago de whisky directamente de la botella y sintió que añadía su leve efecto a los varios tragos que ya había tomado. Weir respiró hondo cuando salieron a la oscuridad. Era una noche de verano seca, y sólo les llegaba algún sonido distante, como desganado, de un obús que caía a kilómetro y medio del frente, como una rutinaria nana metálica para recordar a los olvidadizos que la muerte les podía llegar incluso mientras dormían.

Siguió a Stephen por la trinchera de comunicaciones, atravesaron la línea de reserva y salieron a la zona de retaguardia, donde los faros de los camiones se aproximaban por las carreteras bordeadas de árboles, iluminando los grandes montones de material depositado bajo lonas impermeables a la espera de transporte. El suboficial mayor Price paseaba a zancadas junto a la terminal ferroviaria, donde se estaba fijando con cabrestantes una gran pieza de artillería en un vagón. Con unos estadillos unidos por un sujetapapeles, había reanudado temporalmente Su antigua ocupación en un almacén.

Stephen se echó atrás por temor a ser visto por Price, y condujo a Weir por una zona fangosa al final de una hilera de *álamos,* donde dos hombres estaban de pie junto a una motocicleta, fumando.

—Necesito esta moto —les dijo—. El comandante... Watson la necesita con urgencia.

Y asintió dirigiéndose a Weir.

—¿Comandante qué? —preguntó uno de los hombres, mirando indeciso a Weir, que llevaba su suéter blanco y calzado flexible, sin distintivo alguno de rango.

—Operaciones especiales —dijo Stephen—. Tomad éstos y no se hable más.

Y alargó una caja de hojalata de cincuenta cigarrillos Capstan.

—No podemos hacer eso, compañero —dijo el soldado raso, tomando no obstante los cigarrillos—. Pero hay una moto allí, detrás del cobertizo, que nadie usa. Un campesino le pegó al correo un tiro en el trasero. ¡Menudo disparo! —concluyó, echándose a reír.

Stephen encontró la moto y la sacudió para comprobar si tenía gasolina. Se produjo un leve pero adecuado sonido de líquido en el depósito. Puso en marcha la máquina y fijó el régimen del motor. Weir montó cautelosamente atrás y se sujetó. La moto tenía un solo sillín, de modo que tuvo que acomodarse en un portaequipajes dispuesto sobre la rueda posterior. Las piernas le colgaban sin apoyos a ambos lados.

A medida que aceleraban por el camino surcado de roderas, en dirección a la carretera, Stephen experimentó una oleada de gozo. Dejaban atrás la muerte, la confusión y la suciedad; se internaban libremente en la oscura normalidad, con comida y bebida, voces de

mujeres y la visión de hombres cuyo primer pensamiento no sería matarlos. La moto siguió avanzando, con su rugido, por la carretera.

Vieron las luces del pueblo, dispersas y débiles, y una ventana iluminada en el extremo occidental, y que los rumores habían hecho famosa. Stephen sintió que los dedos de Weir apretaban su carne, entre las costillas.

El lugar era una granja, con una casa baja de ladrillo a un lado, y establos y pajares. El conjunto formaba un cuadrado. Stephen apoyó la moto junto a la entrada, mientras Weir sacaba la botella del bolsillo y bebía afanosamente de ella.

—Escuche, Wraysford, no creo que quiera continuar con esto. Mire este lugar, es miserable y...

—Vamos. Es una mujer, una criatura suave que se mostrará amable con usted y hará que se sienta bien. No es alguien con un arma de fuego.

Tomó a Weir por el brazo y lo guió a través del patio. Al acercarse a la puerta, Weir tropezó, y al llegar a ella se puso a temblar.

—Por Cristo, Wraysford, deje que me vaya de aquí Déjeme volver a casa. No quiero pasar por esto.

—¿A casa? ¿A casa? ¿A una trinchera llena de ratas?

—Si los gorras rojas nos pillan, nos fusilan.

—¡Qué nos van a fusilar! Quizá nos arrestarían. O nos degradarían. Cálmese.

Pasaron a un oscuro vestíbulo con una estufa en medio. Una anciana estaba sentada fumando una pipa. Les dirigió un gesto de asentimiento. Ellos seguían junto a la puerta. Movió otra vez la cabeza cuando Stephen empezó a hablar, y se señaló la oreja.

—Quiero irme —dijo Weir en un susurro.

Stephen lo agarró por la muñeca.

—Espere.

La anciana gritó en dirección a la puerta que conducía al interior de la casa. Oyeron pasos y luego una voz femenina. Una mujer de unos cincuenta años apareció en el umbral oscuro.

—No esperaba público esta noche —dijo.

Stephen se encogió de hombros.

—Mi amigo estaba ansioso por venir y verla. Me temo que está un poco nervioso. Quiere que se muestre muy paciente.

Stephen hablaba todo lo aprisa que podía, con la esperanza de que Weir no lo entendiera. La mujer sonrió torvamente.

—Muy bien.

—¿Tiene usted una hija, madame?

—¿Y a usted qué le importa?

—He creído entender que ella también...

—Eso no es asunto suyo. Dígale a su amigo que venga conmigo.

—Vamos.

Stephen empujó a Weir por la espalda y lo observó avanzar titubeando y temeroso hacia la oscuridad al otro lado de la puerta. Stephen se volvió a la anciana y le sonrió. Hizo un gesto como de beber y sacó del bolsillo un billete de cinco francos. Ella se dirigió con paso rígido a un rincón de la estancia y volvió con una botella de vino y un vaso polvoriento. Stephen tomó una silla que había junto a la estufa y se acodó en el largo tubo que discurría resiguiendo la pared. Levantó el vaso en dirección a la anciana y bebió el amargo vino blanco.

Quería que Weir supiera lo que era estar con una mujer, sentir esa intimidad de la carne. Para él no suponía diferencia que Weir muriera en la plena inocencia, pero consideraba que en cierto modo era necesario que comprendiera el proceso que le dio el ser.

Escapado del exterminio, Stephen ya no tenía miedo de nada. En la existencia que había adoptado, tan extraña y tan apartada de lo que pareciera natural, las únicas alternativas eran la muerte violenta o la vida. Distinciones más sutiles, como amor, preferencia o amabilidad, eran redundantes. La carne de la viuda de un granjero, pagada con la soldada que recibían a cambio de matar, era, en la reducida realidad habitada por él y por Weir, una elección mejor que la carne de Wilkinson, partido longitudinalmente por un obús, con su trivial cerebro, hecho de células y membranas, goteando memoria y esperanza sobre su hombro.

Estiró las piernas y vio la huella de sus tacones en la tierra batida del suelo de la casa de campo. Casi había terminado la botella de vino y podía sentir que se extinguía en él la última traza de precaución, su último reconocimiento de los modos y los códigos espurios de la conducta en tiempos de paz. Se sintió viejo y fatigado pero muy tranquilo.

La anciana se había quedado dormida. Stephen se acercó sin hacer ruido al rincón de la estancia y encontró otra botella en la alacena. Se sirvió un vaso y regresó a su asiento, aguardando bajo la débil luz.

Cuando Weir regresó parecía tembloroso y pálido. Las ojeras resultaban visibles aun en la penumbra del vestíbulo. Stephen se lo quedó mirando, interrogativamente. Weir sacudió la cabeza.

—Vaya usted.

—No, gracias. La expedición era para usted. Ella no me interesa.

—Quiere que vaya. Vaya y véala. Vaya y véala, bastardo. Y acabe.

Weir estaba más agitado que durante el bombardeo. Stephen experimentó una súbita sensación de pánico.

—¿Qué ha hecho? ¿Qué ha hecho, grandísimo idiota?

Weir se derrumbó en una silla y se llevó las manos a la cara.

Mientras atravesaba corriendo la puerta, en la mente de Stephen se formaron terribles imágenes. Se vio en un lugar donde confluían cuatro pasillos. Dio unas voces.

La iluminación era tan deficiente que apenas sabía por dónde iba. Siguió a tientas una pared y abrió una puerta. En él interior se produjo un aleteo de pollos. Cerró de un portazo. Echó a correr por un segundo pasillo, abriendo puertas y cerrándolas, aliviado, cuando sus ojos no tropezaban con una visión espantosa, pero seguía adelante con desesperación.

Oyó la voz de una mujer detrás de él.

—¿Monsieur?

Era una mujer joven, de cabello oscuro. Tenía unos ojos grandes, suaves, y llevaba el pelo recogido atrás con una cinta roja. Stephen se quedó sin habla.

—¿Qué desea?

—Estoy buscando... a su madre.

—Por ahí.

Lo tomó del brazo. Entraron en una habitación con una lámpara roja y biombos con decoración oriental. Junto a la puerta había una talla de madera en forma de alminar. El suelo era de la misma tierra batida que en el vestíbulo. La expresión dé Stephen era de horror. La joven lo condujo detrás de un biombo, donde había una cama de matrimonio bajo un dosel de seda púrpura, de confección casera. Había media docena de velas en el suelo y otra en la ventana.

—No se alarme. Todo va bien. Deme el dinero ahora.

Esta última frase restauró cierto grado de normalidad.

—De acuerdo, pero no quiero... He venido sólo a comprobar que todo estaba en orden.

Oyó una carcajada al otro lado del biombo. Se trataba de la mujer de mediana edad que se había llevado consigo a Weir.

—De acuerdo. Todo lo en orden que puede estar. —Se acercó y se colocó junto a Stephen, que podía percibir cierto olor a sudor que ella desprendía—. Su amigo es muy extraño. Lo cojo así —dijo, echándole mano a la ingle a Stephen—, se vuelve y se aparta. La tiene larga y suave, y cuando se la toco, rompe a llorar.

Era mayor de lo que Stephen había creído. A la luz de las velas podía verla con más claridad que en el vestíbulo. Se sentó en la cama y se levantó las faldas hasta la cintura, para luego dejarse caer hacia atrás y separar las piernas. Stephen nunca había visto aquella desnudez en alguien de su edad. Ella introdujo la mano en un cuenco con desinfectante y a continuación se pasó los dedos por el tajo entre las piernas, a través del áspero vello y la carne escarlata que se abrió a su contacto familiar.

Al igual que Weir, Stephen empezó a apartarse, y luego se echó a

reír. Se acercó a la joven y la tomó del brazo.

—Usted, mademoiselle, sí. De lo contrario, nada.

La mujer mayor saltó de la cama y se aproximó a él, bajándose las faldas. Sintió sus manos en el delantero del pantalón. Introdujo los dedos y sacó lo que se proponía, un trozo de carne fláccido, como un carnicero que retirase una pieza expuesta y la pusiera en la tabla. Cuando sintió la boca de la mujer cerrarse sobre aquella carne, Stephen se obligó a no retroceder ante su babeante atención. Levantó la vista y advirtió que la joven se estaba desnudando. La luz de las velas reveló la curva blanca de sus nalgas cuando se quitó la ropa interior, y Stephen sintió que se agitaba dentro de la boca de la otra.

La mujer mayor se levantó y sonrió, sosteniendo en su mano su carne endurecida.

—Vosotros, los ingleses... —dijo, y desapareció detrás del biombo.

A Stephen no le pasó por la mente lo ridículo que debía parecer. Su piel estaba tirante, tensa hasta la transparencia por la sangre que bombeaba en el interior.

La muchacha le sonrió desde la cama. Tenía unos pechos pequeños y redondos. Estaba sentada con las piernas rectas y los brazos doblados sobre el estómago. En la cama no había sábana.

—Quítate la ropa.

Stephen, embobado, hizo lo que le dijo. Permaneció desnudo ante ella. La muchacha se mostraba paciente, como si estuviera acostumbrada a tratar con soldados torpes.

Stephen la miró. Habían transcurrido casi seis años desde la última vez que tocó a una mujer. Era hermosa. Había luz en sus ojos castaños, y gracia y vida en sus miembros. La carne era joven y sana. Hubiera querido sumergirse en ella, enterrarse profundamente en las células de su piel y olvidarse allí de sí mismo. Ella era la paz y la gentileza; era la posibilidad de amor y de generaciones futuras.

Al dar un paso hacia la cama recordó un día, cuando otra mujer yacía desnuda como aquélla, con las piernas separadas ante sus ojos, y la había besado allí, permitiendo que su lengua la abriera, como si aquella apertura franqueara lo más profundo de su ser. Recordó su grito ahogado de sorpresa.

Se había borrado a sí mismo en ella, a la que había depurado el deseo; se había alojado y situado en su cuerpo. Él había depositado los conflictos no resueltos de su vida en la confianza y el amor que ella le tenía. Quizá su yo continuaba en ella, traicionado y sin cura.

El cuerpo sólo era carne, pero ella lo había apartado del de Stephen, y en su ausencia física había algo más que nostalgia de la carne: había abandono.

La ternura que sintiera hacia la muchacha del cabello oscuro se había disipado. Ella le sonrió y se giró a su sitio, lo que a él le

permitió ver la plenitud de su cadera, demasiado henchida para facilitar el movimiento de los brazos al correr o al agredir.

Cuando miró la parte superior del cuerpo de la joven, las costillas y la espalda, pensó en el fragmento de metralla que sobresalía del abdomen de Reeves; y pensó también en la brecha en el hombro de Douglas, donde presionó con la mano y casi alcanzó el pulmón.

Su ternura fue reemplazada al principio por una repulsión que le hizo estremecerse. Luego, su mente se vació. Quedaba sólo aquella masa física. Estaba perdiendo el control. La mujer mayor embadurnándose la entrepierna con desinfectante era algo distinto a cuanto había visto antes. El cuerpo de la hija no era más que materia animal, menos querida, menos valiosa que la carne de los hombres a los que viera morir.

No sabía si tomar a la muchacha o matarla.

En el bolsillo de los pantalones, junto a sus pies, estaba la navaja que se había llevado de patrulla. Se agachó y la sacó, la abrió contra la palma de la mano, se adelantó y se sentó en el borde de la cama.

La muchacha lo miró con los ojos muy abiertos, como también la boca, incapaz de emitir un sonido. Él no se apiadó de su temor ignorante.

Volvió la navaja, de tal manera que la hoja quedó en la palma de la mano, y luego recorrió con el mango el espacio entre los pechos y los muslos.

No sabía lo que estaba haciendo. La odiaba porque no había visto lo que vio él. Sintió que la piel de las piernas cedía ligeramente a su presión. La navaja dejó un delgado surco blanco allá donde la carne se dividió por un momento antes de que la sangre volviera a circular bajo la piel. Él quería que allí hubiera algo más que aquella carne. Descansó el mango sobre el vello entre las piernas, con la hoja apuntando hacia arriba, en dirección al abdomen. La muchacha miró horrorizada hacia abajo, a los reflejos de la luz en el acero.

Stephen retiró la mano de la navaja, que quedó en equilibrio. La joven estaba demasiado asustada para moverse. Por fin deslizó lentamente la mano muslo arriba y tomó la navaja, sin apartar en todo el tiempo la mirada de Stephen. Cogió la hoja con los dedos, cerró la navaja y la arrojó al lado más alejado de la habitación, donde fue a dar en el suelo de tierra batida.

Stephen bajó la mirada hacia la cama. Su mente, que había estado en blanco, se vio inundada de pensamientos y recriminaciones.

La muchacha había recuperado la calma. No gritaba para pedir auxilio o quejarse. Miraba a Stephen sentado en la cama, abatido, con la cabeza gacha y su excitación malograda. Su alivio la indujo a mostrarse generosa.

Le tocó la mano.

Stephen dio un salto y se la quedó mirando. No podía creer en su contacto. Era tierno. Ella debió haberlo matado.

Stephen, desconcertado, movió la cabeza.

—¿Qué...?

Ella se llevó el dedo a los labios. Parecía cobrar fuerza por momentos, alimentada por su propio alivio y por la desesperación de Stephen—dijo:

—Es muy difícil. La guerra.

—Lo siento. Lo siento mucho.

—Lo comprendo.

La miró con ojos incrédulos y luego tomó su ropa y se vistió a toda prisa detrás del biombo.

En medio de la confusión de los preparativos para el traslado de la división, nadie advirtió la ausencia temporal de dos oficiales en plena noche. Dejaron la motocicleta donde la habían encontrado y regresaron por separado a la línea del frente, ambos más sobrios de lo que habían esperado.

Al día siguiente, Weir recibió órdenes. Al atardecer deberían trasladarse a un alojamiento aún no especificado, para dirigirse luego a Albert. Se esperaba que ayudaran a completar la excavación que ya había comenzado en las cercanías del pueblo de Beaumont Hamel. No había indicación alguna de si eso formaba parte de una estrategia más amplia o se trataba de una mera rutina de despliegue. Puesto que toda la división se disponía para el traslado, parecía que los rumores eran ciertos: iban a atacar.

Weir se desplomó en la parte inferior de la litera de su refugio. Se pasó la mano por el cabello que le quedaba. Así que, por fin, iba a haber ataque. Se acabaron la paz y la tranquilidad. El Gran Empujón. Dejó escapar una risa seca. Fin del sector en calma, con la amistosa rutina de sus patrullas. Con los hombres del Nuevo Ejército, arrojaría a los alemanes de Francia.

Estaba resignado. Sentía que había perdido el control de su propia vida: cuando finalmente había tratado de alterar cierta parte central de su existencia, aquello acabó en una mera humillación. Las armas de fuego no iban a ser mucho peores.

De regreso de su turno de noche bajo tierra, Jack se fue a un lugar tranquilo de la trinchera, con una taza de té, y sacó la carta de Margaret. La leyó muy despacio, sin permitir que la mirada se desviara hacia delante.

Mi querido Jack: ¿Cómo estás? Pensamos en ti todo el tiempo y te dedicamos nuestras oraciones. Gracias por las cartas, que han sido de gran consuelo para nosotros. Es bueno saber que te mantienes con buen ánimo y en buen estado.

Debo decirte que nuestro niño ha muerto esta mañana. Según los médicos, no sufrió ningún dolor y al final estaba muy tranquilo. No pudieron hacer nada por él. Lo vi en el hospital, pero no me permitieron llevármelo a casa. Estoy convencida de que lo cuidaron hasta el último momento y no permitieron que padeciera.

Lamento tener que decirte esto, mi querido Jack, porque sé lo mucho que lo querías. No debes consentir que lo ocurrido te desmoralice. Ahora tú eres cuanto me queda, y ruego a Dios que te devuelva a mi lado sano y salvo.

Esta tarde tengo que recoger su cuerpecito, y el funeral se celebrará el viernes. Encenderé una vela de tu parte en la iglesia.

Te escribiré otra vez, porque ahora no tengo ánimo para continuar. Por favor, cuídate y vuelve junto a mí Con todo el amor de Margaret.

Jack dejó la carta en el suelo y se puso a mirar al frente. Pensó: «No permitiré que esto sacuda mi fe. Su vida era algo hermoso, estaba lleno de alegría. Daré gracias a Dios por eso».

Se sujetó la cabeza con las manos para orar, pero se vio abrumado por el dolor de la pérdida. No se le ocurrieron educadas palabras de gratitud, sino tan sólo la oscuridad rugiente de la desolación.

—Mi niño —dijo entre sollozos—, mi querido niño.

Llegaron a Albert la primera semana de junio. Los zapadores fueron enviados de inmediato al frente, pero a la infantería se le permitió pasar el tiempo descansada, con menos instrucción e inspecciones de lo habitual, y con una dieta sospechosamente mejorada que incluía naranjas y nueces.

El capitán Gray se llevó a Stephen a ver al coronel Barclay, quien ocupaba una gran casa en la parte occidental de la ciudad.

—Es un tipo irascible —advirtió Gray—. Pero no debe dejarse impresionar por sus maneras. Es un excelente soldado. Le gustan la vida dura y el peligro.

Gray levantó una ceja, como si pusiera objeciones a la actuación de Barclay. Encontraron al coronel consultando mapas en lo que había convertido en su estudio. Era más joven de lo que Stephen había esperado, aunque tenía el pelo gris. Era delgado y su expresión, escrutadora.

—Bonita casa, ¿eh? —dijo Barclay—. Pero no se preocupen, que estaré con ustedes en la trinchera cuando avancen.

—¿Realmente piensa participar usted mismo en el avance, señor? —preguntó Gray sorprendido.

_Ya lo creo. Llevo seis semanas con el culo pegado a la silla, hablando con esos condenados oficiales. El día que empiece el fregado voy a cenar con la vajilla de plata del regimiento en Bapaume.

Gray tosió.

—Eso representaría un notable avance.

Su acento escocés se notaba más en presencia de Barclay.

—¿Y sabe a quién voy a tener conmigo? A la flor y nata del Segundo de la Caballería India.

—No me constaba que fuera a intervenir la caballería.

—Desde luego que intervendrá. Nosotros abrimos una brecha y ellos se cuelan por ella. Haig está en contra.

—Ya —dijo Gray asintiendo—. Éste es el teniente Wraysford, que tiene algún conocimiento del terreno. Quizá recuerde que se lo mencioné.

—Sí, ya me acuerdo. El experto en el Somme. Mejor será que sepa demostrar sus conocimientos.

Salieron a los jardines de la casa para dar un paseo, y Barclay le preguntó a Stephen por la configuración del terreno. Por sugerencia de Gray, se había refrescado la memoria observando un mapa, y fue capaz de hablarle de las orillas pantanosas del río Ancre, el terreno que ascendía hacia Thiepval por un lado y la sierra por el otro.

—La sierra de Hawthorn —precisó el coronel—. Así es como la llaman. Atacaremos en este frente en dirección a Beaumont Hamel. Primero han de abrir una maldita brecha en la sierra.

—Ya veo —dijo Gray—. Eso pondrá sobre aviso al enemigo, que podrá aprovechar una bonita fortificación natural.

Barclay le dirigió una mirada de severa conmiseración.

—Llegaremos los primeros, Gray. Pero va a ser un día largo. Espero que se nos pida que reforcemos otras unidades en varias etapas, según como vayan las cosas.

—¿Pero formaremos parte de la primera oleada que ataque?

—Oh, sí —respondió el coronel, con una sonrisa—. Al amanecer, no se preocupe. Nos reagruparemos y tomaremos un respiro a mediodía. Antes del atardecer echaremos una mano si es necesario. ¿Sus hombres están listos para eso?

—Así lo creo, señor. ¿Usted qué opina, Wraysford?

—También lo creo, señor. Aunque me inquieta un poco el terreno. Ellos, el enemigo, llevan aquí mucho tiempo, ¿no? Habrán construido defensas como...

—Bien, bien —lo atajó Barclay—. Nunca me había tropezado con un par de pusilánimes semejantes. Va a haber seis días de bombardeo que cortará en trocitos las alambradas alemanas desde aquí hasta Dar-

es-Salaam. Si queda vivo algún alemán después de eso, se sentirá tan aliviado que saldrá con las manos arriba.

—Ciertamente, eso sería una ventaja inesperada —comentó Gray.

—Y otra cosa. No necesito consejo táctico de un jefe de pelotón. Ya he tenido el aliento de Rawlinson en el cogote y órdenes de la brigada todos los días. Ustedes hagan lo que se les ha dicho. Ahora vamos a almorzar.

El segundo de Barclay, el comandante Thursby, y otros tres mandos de la compañía se les unieron en torno a una mesa elegante, en una estancia con altas ventanas y situada a un lado de la casa. Stephen se preguntó si debería servir la mesa en lugar de conversar con aquellos superiores, pero allí parecía haber abundancia de camareros, a los que se sumaba una pareja de ancianos franceses.

—¿Qué es esto? —dijo Barclay sosteniendo a la luz una botella—. Gevrey-Chambertin. Humin, sabe muy bien, aunque no sé por qué no podemos beber vino blanco con el pescado.

—No había vino blanco en la bodega, señor —explicó el asistente del coronel, un londinense bajo y de pelo blanco—. Pero yo sabía que a usted le gusta el pescado. Trucha, señor. Del río local.

—Muy bien, Davis —aprobó Barclay volviéndose a llenar la copa.

Siguió un guiso ligero, y luego queso tierno y pan recién hecho. El almuerzo se prolongó hasta después de las tres, y a continuación se trasladaron a una sala de estar soleada a tomar café y fumar puros.

Stephen sintió la suavidad de la silla bajo su peso, y dejó que su mano se recreara con el tacto del brocado. Uno de los mandos de la compañía, un hombre alto llamado Lucas, hablaba sobre la pesca en el río Test, en Hampshire, cerca de la casa de sus padres. Los otros comentaron un partido de fútbol entre hombres del batallón. En una unidad de Edimburgo destinada a un punto próximo del frente, se encontraba el equipo profesional entero del Corazón de Midlothian, y había demostrado ser invencible.

El asistente del coronel trajo brandy, y Stephen pensó en los hombres de su pelotón y en la forma en que se preparaban tazas de té en hornillos anémicos, entre las paredes húmedas de la trinchera. Un decorador amargado llamado Studd solía colocar un trozo de queso en su bayoneta para atraer a las ratas, y luego apretaba el gatillo. Stephen sintió que los estaba traicionando por comer y beber en aquella casa elegante, aunque, en realidad, los propios hombres creían que cada cual echaba mano de lo que tenía a su alcance. Ellos intercambiaban y gorroneaban lo que podían cuando estaban libres de servicio o en el frente. Los paquetes de comida eran de propiedad común, y uno reciente, dirigido a Wilkinson, que llevaba algunas semanas muerto, había sido causa de particular regocijo.

Stephen sonrió para sí mismo, consciente de que su breve

escapada de la realidad concluiría pronto.

El batallón marchó a un pueblo llamado Colincamps. Los hombres cantaban por la carretera y braceaban. Era un cálido día de junio, y el sol iluminaba el pálido verdor de la campiña. En los olmos, los grajos graznaban soñolientos, y en los plátanos y castaños era constante el canto de mirlos y tordos. El pueblo resultó ser una babel de acentos del Ulster, Londres, Glasgow y Lancashire. Los hombres desbordaron los recursos de las familias locales en su búsqueda de alojamiento. Jugaban al fútbol a última hora de la tarde, y el sudor les despertaba los recuerdos de la acción en sus ropas sin lavar y plagadas de piojos.

Stephen llevó su pelotón a un granero donde Gray trataba de cerrar un acuerdo con una mujer y su hijo, que se resistían. Al anochecer había conseguido alojar allí a los hombres, con paja limpia y comida caliente de la cocina ambulante.

Aquella noche comenzó el cañoneo. Stephen estaba leyendo un libro a la luz de una vela en el altillo del granero cuando lo oyó. Un howitzer estaba situado no lejos, a retaguardia, y sacudía el polvo de siglos acumulado en las vigas.

El bombardeo no era mucho, para empezar; era como aclararse la garganta, pero los ecos iban y venían por la suave planicie, emitiendo un zumbido sordo. Cuando el eco empezó a alejarse mucho y ya no resultaba audible, otro estampido apagado podía distinguirse del murmullo continuo, y luego otro, de tal modo que las paredes del granero empezaron a temblar. Stephen podía sentir las vibraciones propagarse por el suelo de madera del altillo. Imaginaba a los artilleros disponiéndose para su tarea, quitándose la camisa en la profundidad de sus emplazamientos, presionando la cera protectora en el interior de sus oídos. Le impresionaba el fragor de los cañones. Muchos de ellos disparaban uno tras otro en un frente de veinticinco kilómetros. Los más pesados producían un continuo retumbar, como un redoble ininterrumpido de tambores, y los más ligeros añadían una cadencia y un énfasis impredecibles. Al cabo de una hora, sobre todo el frente llovían los obuses, llenando el cielo nocturno con un denso tráfico de metal. El ruido era como un trueno que descargara en oleadas sucesivas.

La perspectiva de sustraerse al evidente poderío del bombardeo brindaba cierto consuelo, aunque no respecto a la escala del conflicto que se avecinaba. Stephen sintió que las probabilidades en este sentido se habían incrementado espectacularmente; parecía no haber ya lugar para la evasión o el compromiso. Sólo quedaba la esperanza de que su bando demostrara ser más fuerte que el enemigo.

Permanecieron en Colincamps más de dos días antes de trasladarse hacia la línea del frente.

—Ahora ya no debe faltar mucho, señor —dijo Byrne, aplastando su cigarrillo y ocupando su lugar junto a Hunt—. Nunca pensé que volviera con nosotros después de lo del túnel.

—Ni yo —replicó Hunt—. Ojalá nos hubiéramos quedado todos bajo tierra, maldita sea.

Stephen sonrió.

—A usted no le gustó mucho aquello. No se preocupe. Esto será diferente. Diga a Studd y a Barnes que vengan aquí, haga el favor. Leslie, usted ha tenido dos días para limpiar su fusil. No lo haga precisamente cuando está a punto de iniciarse la marcha.

El pelotón se puso al alcance de la vista del suboficial mayor Price, quien se pavoneaba de un lado a otro de la plaza de contorno irregular, antes de recibir órdenes del capitán Gray. Price era el único que parecía saber qué camino de carros los llevaría al lugar adecuado y cuánto tiempo necesitarían para llegar a la posición que les estaba destinada en la línea de trincheras. El terreno temblaba bajo los pies cuando el bombardeo entraba en su tercer día.

La compañía experimentó un gozoso nerviosismo cuando emprendió la marcha por la carretera prevista, en dirección a Auchonvillers. El tráfico de municiones y suministros era tan denso, que los hombres se vieron obligados a tomar un sendero a campo través.

Stephen notó que la piel y la nariz empezaban a picarle con el polvo y las semillas que se desprendían de los cultivos y de los setos. Bajo el peso de sus repletos petates, los hombres empezaron a transpirar, y el olor a sudor se elevó en el aire cálido del verano. Cantaban canciones de marcha cuya letra evocaba de forma trivial y repetida el hogar. Stephen bajó la mirada hasta la cresta de hierba que crecía en el centro del camino, donde no la habían pisado las ruedas de los carros. Pensó en las generaciones de agricultores que habían transitado por el camino en días estivales claros como aquél.

Cuando doblaron un recodo, vio a un par de docenas de hombres, con el torso desnudo, cavando un hoyo de veinticinco metros cuadrados junto al camino. Por un momento, quedó perplejo. Parecía no tener una finalidad relacionada con la agricultura, pues ya no quedaba nada que plantar ni que cosechar. Entonces se percató de lo que era. Estaban cavando una fosa común. Pensó en gritar una orden para que apartaran la vista o al menos advertir a sus hombres, pero casi habían llegado, y algunos ya habían visto su lugar de enterramiento. Los cantos murieron en sus labios y los pájaros se adueñaron del aire.

Avanzaban en silencio, de nuevo por la carretera prevista, en

dirección a Auchonvillers. Todo había cambiado con la inminencia de la batalla. El café donde almorzó con los Azaire se había convertido en hospital de campaña. En la calle principal del pueblo, flanqueada por montones de heno y carros cargados con pienso, el coronel Barclay montaba un caballo bayo con ijares relucientes. Mientras las compañías formaban un cuadrado y guardaban silencio, mirándolo, tosió y les dijo lo que los hombres ya adivinaban, pero aún no sabían oficialmente. Parecía el personaje de una ópera cómica, en su intento de adoptar un porte majestuoso mientras su caballo resoplaba indolentemente.

—Van ustedes a atacar. Sé que sentirán alivio al saberlo porque para eso están aquí. Van a luchar y a vencer. Van a infligir tal derrota al enemigo que nunca se recuperará. Pueden oír nuestra artillería, que está castigando sus defensas. El bombardeo se detendrá mañana y ustedes atacarán. El enemigo estará completamente desmoralizado. Sus defensas han sido destruidas; sus alambradas, cortadas; y sus refugios, borrados del mapa. Confío en que sólo les disparen unos cuantos tiros. Al enemigo se le quitará un peso de encima al ver a alguien ante quien poder rendirse.

Superó un nerviosismo inicial que convertía su voz en un ladrido. Logró comunicar a los hombres su entusiasmo y la creencia sencilla en lo que decía. Algunos de los más jóvenes empezaron a derramar lágrimas.

—No obstante, he de advertirles que deben extremar las precauciones antes de aceptar una rendición. Las instrucciones que tengo del jefe del estado mayor son que el enemigo debe mostrar su intención de rendirse sin la menor posibilidad de malentendidos. Si les cabe alguna duda, creo que sabrán lo que tienen que hacer. Desde mi punto de vista, la bayoneta sigue siendo un arma sumamente eficaz.

»No necesito recordarles la gloriosa historia de este regimiento. Se nos dio nuestro apodo, las Cabras, en la guerra contra Napoleón en la Península ibérica, cuándo demostramos nuestra efectividad en terreno rocoso. No retrocedimos, y el duque de Wellington en persona ensalzó nuestro valor. Sólo puedo decirles esto: que deben honrar la memoria de los hombres que enarbolaron la bandera antes que ustedes. En su comportamiento en la batalla deben ser dignos de las grandes gestas de la historia del regimiento. Deben esforzarse para vencer, por sus familias, por su rey y por su país. Creo que así lo harán. Creo que cenaremos en Bapaume. Que Dios los bendiga a todos.

Un estallido de vítores fue instantáneamente acallado por la policía militar, que empezó a gritar una lista de instrucciones a cada compañía. Había que atenerse a la más estricta disciplina. Cualquier hombre que eludiera su deber sería fusilado en el acto. En medio de la batalla no se formularían preguntas. Cuando el entusiasmo de los

hombres vacilaba, la policía concluyó con una lista de ejecutados por cobardía.

—Kennedy, Richard, deserción frente al enemigo, ejecutado; Masters, Paul, desobediencia de una orden, ejecutado...

Stephen apartó la mirada del lugar de dónde provenía la voz que leía la lista, para dirigirla a los rostros desconcertados y aterrorizados de Hunt, Leslie y Barnes. Tipper, el muchacho al que habían sacado, gritando, de la trinchera, había regresado a tiempo y tenía la misma expresión ausente. Incluso las facciones alargadas y sanguíneas de Byrne habían palidecido. Muchos hombres presentaban el aspecto de niños que interrogan, indecisos entre la emoción y el deseo de regresar con sus madres. Stephen hizo oídos sordos a la voz.

—Simpson, William, deserción, ejecutado...

Cuando abandonaron el pueblo de Auchonvillers, la mente de Stephen retrocedió por un instante a aquel día cálido junto al río, con la familia Azaire. Allí se encontraron con otras familias procedentes de lugares tan lejanos como París, atraídas por la fama del río Ancre como lugar de pesca. Quizá al día siguiente probaría por fin los «tés ingleses» en la *patisserie* de Thiepval.

Pensó en el rostro franco y cariñoso de Isabelle, en sus latidos, que escondían el ritmo de su deseo, el cual expresaba su extraña humanidad. Recordó el rostro ruborizado de Lisette cuando coqueteaba, y la manera como le tomó la mano y la llevó a su cuerpo. Aquel día cargado de emoción parecía tan irreal y friera de lugar como aquella misma tarde, mientras atravesaban los campos en dirección a las trincheras de reserva.

Mientras escuchaba el rumor que producían los hombres al iniciar la marcha, bajó la mirada hasta sus pies, hasta las rasposas botas altas con las que avanzaba. En aquel momento, cuando abandonaban el pueblo y sus embelecos de normalidad, el tiempo pareció detenerse y desmoronarse. Los tres días siguientes transcurrieron en un abrir y cerrar de ojos, pero las imágenes conservaban una calidad espantosamente estática que permanecería en la mente hasta la muerte.

En el camino les entregaron alicates para cortar alambradas.

—Yo creía que los cañones cortarían el alambre —dijo Byrne—. ¿Dos máscaras antigás? ¿Por qué dos?

Tipper sonreía como un loco mientras Price adhería un triángulo de hojalata a su espalda.

—Así los observadores a retaguardia podrán verlo, joven —explicó Price.

Sobre sus cabezas, el aire era de sólido metal, y el suelo temblaba a causa del bombardeo.

Eran imágenes nuevas incluso para los hombres experimentados.

Las trincheras de reserva y de comunicaciones parecían vagones de ferrocarril en hora punta, y sólo las órdenes que Price ladraba mantenían cierto vestigio de orden. El pelotón de Harrington tomó una dirección equivocada, hacia Serre. La compañía B, mandada por Lucas, se extravió completamente. Los hombres sudaban por transportar petates de casi cuarenta kilos a través de una aglomeración de soldados desconcertados y nerviosos. Una súbita tormenta de verano procedente de Poziéres empapó las líneas alemanas, y luego puso rumbo al oeste y convirtió la tierra en un barrizal bajo los pies de los ingleses. Todo ocurrió simultáneamente.

Michael Weir permanecía de pie en una elevación del terreno, mirando en dirección a la sierra de Hawthorn. Stephen se deslizó fuera de la trinchera y fue a reunirse con él. El rostro de Weir estaba iluminado por una extraña emoción.

—Va a haber un estallido descomunal —dijo—. Acabamos de colocar las cargas. Firebrace está en el subterráneo enterrando el cable.

Stephen experimentó un momento de lucidez.

—¿Qué hará usted mañana? ¿Dónde estará?

Su voz delataba desconcierto e inquietud.

—Mirando desde prudencial distancia. —Weir se echó a reír—. Nuestro trabajo está hecho. Algunos de mis hombres se han presentado voluntarios como camilleros en caso de que el personal sea insuficiente. Esperamos reunirnos con ustedes para una cena caliente. ¿No es hermoso el aspecto de las líneas alemanas?

Stephen vio aulaga amarilla y hierba a lo largo de las líneas establecidas hacía tiempo, con marcas blancas de yeso en las colinas donde se habían excavado las defensas principales. Una alta bruma rojiza estaba suspendida sobre ellos allá donde los ladrillos de los pueblos habían sido pulverizados por el bombardeo. Fragmentos de metralla estallaban despidiendo luces blancas y amarillas. Se formaba un leve arco iris y el sol empezaba a desplazar las nubes de tormenta. Weir sonrió y preguntó:

—¿Feliz?

—Oh, sí —respondió Stephen asintiendo.

Se unió al flujo de hombres que recorrían la trinchera. «Esto alcanzará ahora su momento cumbre», pensó, «y me va a arrastrar».

—Pobre Fritz —dijo una voz—. Debe de estar enloquecido ahora bajo ese fuego artillero.

Hunt estaba junto a Stephen, jadeando bajo el peso de su petate, al que había añadido una jaula de madera con dos palomas. Stephen miró sus ojos blancos, marmóreos.

Faltaba pasar la noche, y luego empezaría todo. Estaban en posición. De algún modo Price había encontrado su lugar, y el cabo

Petrossian, con su manía por el detalle, había conseguido que el pelotón se alineara correctamente. La trinchera era buena.

—De lo mejor que he visto —dijo Petrossian—. Y por fin un frente todo revestido de madera.

—¡Miren, ahí está el capellán de la reserva!

Horrocks, con una sotana blanca sobre los pantalones caqui, reluciente la cabeza calva, estaba de pie en una prominencia del terreno, con estola y libro de oraciones, como una inútil ave pegada al suelo. El real y único capellán era conocido como el de la reserva, porque nunca se aventuraba más allá de las líneas de retaguardia. Se produjo cierto nerviosismo entre los hombres, y a los no creyentes el miedo les infundió fe. Una muchedumbre, avergonzada, se congregó en torno al capellán.

Stephen Wraysford se unió a ella. Vio el rostro de Jack Firebrace, todavía manchado de tierra, y a Arthur Shaw, un hombre corpulento y solemne, a su lado.

Sus propios hombres, los que iban a atacar por la mañana, rodilla en tierra, con el rostro oculto tras una mano, estaban sumidos en un desesperante túnel interior, en una negrura sin tiempo, pero en la que trataban de vislumbrar la muerte. Las palabras del capellán resultaban difíciles de distinguir en medio del bombardeo.

Stephen halló algo más que humildad: un sentimiento de completa inconsecuencia. Presionó la mano contra su rostro, partículas de carne de un patético muchacho de Lincolnshire. No sentía miedo por su sangre, sus músculos y sus huesos, sino por la magnitud de lo que había comenzado, por el número de hombres que ahora se hallaban bajo el terrible estruendo en el cielo; todo eso empezaba a soltar las amarras de su autocontrol.

Halló la palabra «Jesús» en su boca. La pronunció de nuevo, en voz baja. En parte era plegaria y en parte profanación. Jesús, *Jesús*... Aquello era lo peor; nada podía comparársele.

La hostia y el vino dulce estaban en su boca, pero quería más. Aunque la comunión había concluido, algunos hombres no podían ponerse otra vez en pie. Permanecían arrodillados. Habiendo entrado en comunión con sus orígenes, deseaban morir allá donde se encontraban, sin sufrir la prueba del día que les aguardaba.

Stephen regresó a la trinchera, y halló a los hombres desorientados.

—Lo han retrasado dos días —dijo Byrne—. Hay demasiada humedad.

Stephen cerró los ojos. Jesús. Jesús. Él estaba dispuesto a ir.

El rostro de Gray reflejaba una manifiesta ansiedad. Subieron juntos a una pequeña elevación, resultado del amontonamiento de tierra tras la excavación de un túnel.

—Mantengamos la calma —dijo Gray. Stephen podía advertir lo difícil que le resultaba mantenerla él mismo—. Déjeme recapitular el plan. La artillería levanta una barrera protectora delante de ustedes. Ustedes avanzan a paso de maniobra detrás del fuego artillero. Cuando éste cesa, ustedes toman sus objetivos y luego aguardan para volver a empezar. Esto les brinda protección durante todo el avance. Las alambradas alemanas ya están cortadas y muchos de sus cañones, destruidos. Las bajas sumarán el diez por ciento.

Stephen le dirigió una sonrisa.

—¿Usted cree?

Gray respiró hondo.

—Le estoy transmitiendo nuestras órdenes. Estamos en el flanco del ataque principal. Nuestro batallón debe ser flexible. Nos situamos en medio de las grandes unidades de combate. Los Ulters, la División Veintinueve... los Incomparables, recién llegados de Gallipoli.

—¿Recién llegados?

Gray se lo quedó mirando.

—Si muero, Wraysford, y usted sigue con vida, quiero que se ponga al mando de la compañía.

—¿Yo? ¿Por qué no Harrington?

—Porque usted es un diablo loco y con el corazón frío, y eso es lo que vamos a necesitar.

La luz disminuía y Gray levantó los prismáticos hasta su rostro, quizá por vigésima vez aquel día. Se los pasó a Stephen.

—Hay un estandarte allí, sobre la trinchera del frente enemigo. ¿Puede distinguir lo que dice?

Stephen miró. Era un cartel enorme.

—Sí. Dice «Bienvenidos a la División 29».

Se sintió enfermo. Gray sacudió la cabeza.

—Las alambradas no están cortadas, ¿sabe? No quiero que se lo diga a sus hombres, pero he mirado aquí y allá con este chisme y le puedo asegurar que en tramos de cientos de metros no hay un solo impacto de obús. Los proyectiles no han llegado a estallar.

—Yo pensaba que las alambradas estaban cortadas desde aquí hasta Dar-es-Salaam.

—Ha sido una metedura de pata del mando. Haig, Rawlinson, todos ésos. No se lo diga a sus hombres, Wraysford. No se lo diga; limítese a rezar por ellos.

Gray apoyó la cabeza en las manos. Sus conocimientos y sus estanterías llenas de libros allí no le servían, pensó Stephen.

En las cuarenta y ocho horas de involuntario aplazamiento, los hombres dispusieron de más tiempo para prepararse.

El primer disparo de fusil llegó con un chasquido como en falsete.

Barnes se había pegado un tiro en el paladar.

Al anochecer escribieron cartas.

Michael Weir escribió:

Queridos madre y padre: Nos disponemos a atacar. Hemos estado haciendo preparativos durante algunos días bajo tierra. Mi unidad ha intervenido y ahora ya hemos cumplido con nuestra parte. Algunos hombres se han presentado voluntarios para ayudar a los camilleros durante el día. La moral es muy alta. Espero que esta ofensiva acabe la guerra. Es improbable que gran parte del enemigo haya sobrevivido a nuestro bombardeo.

Gracias por el pastel y las fresas. Me agrada que el huerto os procure esas satisfacciones. Desde luego que todos disfrutamos con las fresas. Pienso a menudo en vosotros y en nuestra vida tranquila en el hogar, pero os pido que no os inquietéis por mí. Dedicad vuestras plegarias a los hombres que van a efectuar el avance. Gracias por el jabón, madre, que te aseguro ha tenido buen uso. Me gustó saber que vuestra velada con los Parson fue un éxito. Transmitid mis condolencias al señor y la señora Stanton, pues acabo de saber lo de su hijo.

Estoy seguro de que pagué la factura del sastre cuando estuve de permiso, pero abonadla por mí sí estoy equivocado y ya liquidaremos en mi próximo permiso. No os preocupéis por mí, por favor. Aquí hace bastante calor. Algo excesivo, si acaso... No necesito nada más, ni calcetines ni suéteres. Vuestro hijo, Michael.

Tipper escribió:

Queridos mamá y papá: Han vuelto a reunirme con mis compañeros y me siento orgulloso de volver a estar con ellos. Hay un B tremendo espectáculo, con todas las agrupaciones y los hombres

de otras unidades. Nuestros cañones disparan como en una noche de fuegos artificiales. Nos disponemos a atacar ¡y estamos impacientes por darle su merecido a Fritz! El general dice que no esperamos ninguna resistencia porque los cañones han acabado con ellos. Debíamos haber avanzado ayer, pero el tiempo no era bueno.

La espera se hace terriblemente pesada. Algunos de los chicos están desanimados. Aquel Byrne del que os hablé vino y me dijo que no me preocupara. Me alegra saber que Fred Campbell sigue sano y salvo. Buena cosa.

Bien, queridos mamá y papá, esto es todo lo que tenía que deciros. Mañana sabremos si volveremos a vemos algún día. No os preocupéis por mí. No tengo miedo de lo que me espera. Cuando era pequeño fuisteis muy buenos conmigo y no pienso dejaros. Por favor,

volved a escribirme, pues me gustaría mucho conocer las noticias de casa. Enviadme un par de vistas de St. Albans. Dadle cariñosos recuerdos a Kitty. Habéis sido los mejores mamá y papá para mí. Vuestro hijo, John.

Stephen se atragantó al leer la carta y al cerrar el sobre. Pensó en el rostro de Gray y en su premonición, fruto de la experiencia. Sintió que lo invadía un terrible ataque de ira. Arrancó una página de su libreta de anotaciones y escribió:

Querida Isabelle: Te envío esta carta a la casa de Amiens, donde probablemente será destruida, pero te escribo porque no tengo a nadie más a quien hacerlo. Estoy sentado bajo un árbol, cerca del pueblo de Auchonvillers, adónde fuimos una vez a pasar el día.

Al igual que cientos de miles de soldados británicos en estos campos, estoy tratando de pensar en mi muerte. Te escribo para decirte que eres la única persona a la que he amado.

Probablemente esta carta nunca te llegará, pero yo quería decirle a alguien lo que se experimenta sentado sobre esta hierba, este viernes de junio, sintiendo los piojos deslizarse por mi piel, el estómago lleno de guiso caliente y té, quizá el último alimento que vaya a comer, y oyendo los cañones que encima de mí claman al cielo.

Está a punto de cometerse un crimen contra la naturaleza. Lo noto en mis venas. Estos hombres y muchachos son tenderos y oficinistas, jardineros y padres, padres de niños pequeños. Un país no puede permitirse perderlos.

Tengo miedo de morir. He visto lo que los obuses pueden hacer. Temo permanecer herido todo el día en el embudo de una bomba. Isabelle, me asusta terriblemente morir solo, sin el contacto de alguien. Pero debo dar ejemplo.

Tengo que avanzar a primera hora de la mañana. Permanece junto a mí, Isabelle, permanece junto— a mí en espíritu. Ayúdame a conducir a mis hombres a lo que nos aguarda.

Con mi amor siempre, Stephen.

Jack Firebrace escribió:

Querida Margaret: Gracias por tu carta. Mis palabras no pueden expresar lo triste que estoy. Era nuestro niño, era la luz de nuestra vida.

Pero, querida Margaret, debemos ser fuertes. Me preocupa mucho cómo lo estarás pasando. Aquí suceden cosas que impiden pensar.

Creo que ha sido la voluntad de Dios. Debería haber seguido con nosotros, pero Dios sabe qué es lo mejor. ¿Recuerdas cómo solía ir tras

los vilanos a la orilla del canal, y, cuando era muy pequeño, las palabras tan graciosas con que nombraba cosas cuyo nombre no podía pronunciar?

Pienso en todo eso constantemente, y Dios es misericordioso. Me ha devuelto recuerdos de él, de cuando era pequeño; gran cantidad de pequeñas cosas que vuelven a mí. Pienso en ellas ruando me acuesto por la noche y me consuelan. Imagino que está en mis brazos.

Su vida fue una bendición para nosotros, fue un regalo de Dios. Fue el mejor regalo que pudimos recibir. Debemos ser agradecidos.

Mañana los hombres van a atacar y creo que obtendremos una gran victoria. La guerra terminará pronto y yo estaré en casa para cuidarte. Con el amor de tu marido, Jack.

Byrne, que a diferencia de los demás no enviaba cartas con regularidad, encontró un trocito de papel en el que escribir a su hermano. Su caligrafía era muy cuidadosa y empleaba tinta azul.

Querido Ted: Te mando estas pocas líneas por si no volvemos a vernos. Mañana vamos a atacar, pero todo está absolutamente a favor, todo se prevé feliz, brillante y con plena confianza en la mejor suerte.

Te pido que des recuerdos a mis muchos y muy queridos amigos.

Por favor, transmite todo mi amor a mamá, a Tom y a Daisy y a los niños.

Aquí hay esperanza de que esto sea un *au revoir* y no un adiós. Tu hermano que te quiere, Albert.

Cuando hubo terminado se sintió incapaz de cerrar el sobre. Sacó de nuevo la carta y escribió diagonalmente al final: «Ánimo, Ted; no te preocupes por mí. Estoy bien».

Ocho horas antes de la hora prevista para el ataque los cañones enmudecieron, a fin de ahorrar proyectiles para la mañana.

Era de noche, pero ningún hombre dormía. Tipper miraba con incredulidad a Leslie y a Studd. Ahora, ninguna magia ni superstición podía sacarlo de allí. Su última oportunidad se había desvanecido. Lo único que tenía que hacer era aguantar hasta el amanecer.

Stephen miraba fijamente el rostro de Byrne, junto a él. Cuando Byrne se volvió, Stephen no pudo sostener su mirada. Byrne había adivinado.

Se acercó a Hunt, que rezaba arrodillado en el suelo de la trinchera. Le tocó en el hombro y luego apoyó la mano en su cabeza. Fue hasta donde estaba Tipper, y le dio un golpecito en el hombro, para luego estrechar su mano con vigor.

Smith y Petrossian, los cabos, revisaban los equipos, abriéndose paso entre los hombres renuentes.

Brennan estaba sentado solo, fumando.

—Pensaba en Douglas —dijo.

Stephen asintió.

Brennan empezó a cantar una canción irlandesa. Vio a Byrne alargar el brazo y acercar a Tipper a su pecho.

—Ya no queda mucho, ya no queda mucho.

Hacia las cuatro, la hora más baja de la noche, a lo largo del frente reinaba un silencio mortal. Nadie hablaba. Por una vez no se oían cantos de pájaros.

Finalmente apareció una débil luz por encima del suelo levantado y se formó niebla junto al río. Empezó a llover.

Gray, apremiante, con el aliento entrecortado, anunció desde la cabecera de la trinchera de comunicaciones:

—El ataque se iniciará a las siete treinta.

Los que estaban al mando de los pelotones se mostraron sorprendidos e incrédulos.

—¿A plena luz del día? *¿A plena luz del día?*

Los rostros de los hombres reflejaron temor y tormento al enterarse.

El desayuno llegó, con el té en latas de petróleo. Las nobles facciones de Hunt se inclinaron sobre el tocino que freía en un hornillo.

Stephen sintió la acidez de una noche insomne subirle del estómago a la lengua.

Luego llegó el ron y se reanudaron las conversaciones. Los hombres bebían con avidez. Algunos de los más jóvenes tropezaban y reían.

El fuego artillero alemán, que había sido esporádico, empezó a incrementarse para sorpresa de los hombres, a quienes se había dicho que los cañones alemanes habían sido destruidos.

Se inició la réplica británica. Finalmente los hombres estaban lo bastante cerca para comprobar sus efectos, y los celebraban. Studd y Leslie, cuyo aliento olía a ron, braceaban en el aire y gritaban. Podían ver la tierra desgarrada, formando surtidores, frente a las trincheras alemanas.

El estruendo por encima de las cabezas empezó a intensificarse. Las siete quince. Casi era la hora. Stephen estaba arrodillado, algunos hombres se sacaban fotografías del bolsillo y besaban los rostros de sus esposas y de sus hijos. Hunt gastaba bromas obscenas. Petrossian se aferraba a una cruz de plata.

El bombardeo alcanzó su máximo. El aire, en lo alto, se había solidificado a causa del fragor, y no circulaba. Era como si unas olas se hubieran amontonado en el aire sin llegar a romper. Era como si en la tierra no se produjera el menor sonido.

—Jesús —dijo Stephen—, Jesús, Jesús.

La mina estalló en la elevación del terreno, y un gran núcleo de suelo compacto saltó de las entrañas desgarradas de la tierra. Se alzaron llamas a más de treinta metros. Stephen pensó que aquello era demasiado. La magnitud de lo que citaba sucediendo lo abrumó. La onda expansiva de la explosión recorrió la trinchera. Brennan fue despedido del hueco de la pared y te rompió una pierna.

«Tenemos que avanzar ahora», pensó Stephen. No llegaba orden alguna. Byrne se lo quedó mirando interrogativamente, Stephen negó con la cabeza. Aún quedaban diez minutos.

El fuego alemán empezó enseguida. El borde de la trinchera británica saltó y escupió tierra donde barrían las ametrallado ras. Stephen se agachó. Los hombres gritaban.

—¡Todavía no! —chilló Stephen.

El aire, encima de la trinchera, era ahora sólido, El minute ro del reloj de Stephen avanzaba con lentitud. Y veintinueve. Se llevó el silbato a la boca. Puso un pie en la escalera. Tragó saliva con dificultad y sopló.

Trepó al exterior y miró en torno. Por un momento reinaba una completa calma, al finalizar el bombardeo, y los cañones alemanes también callaron. Las alondras giraban y cantaban en lo alto del cielo sin nubes. Se sintió solo, como si hubiera ido a parar a aquel mundo nuevo en el instante mismo de su creación.

Entonces la artillería empezó a disparar la primera descarga, y las ametralladoras alemanas reanudaron el fuego. A su izquierda Stephen vio a unos hombres tratando de salir de la trinchera, pero fueron abatidos por las balas antes de poder ponerse en pie. Las discontinuidades en las alambradas estaban taponadas con cadáveres. I ras él los hombres iban subiendo. Vio a Gray correr a lo largo del borde de la trinchera, lanzando gritos de ánimo.

Avanzó indeciso, con la piel tensa por la sensación de que el metal iba a rasgarle la carne. Mantenía el cuerpo ladeado, suavemente, para proteger los ojos. Estaba encorvado como una anciana, alojado en la cápsula del desgarrador estruendo.

Byrne caminaba a su lado, con el paso lento que se les había ordenado. Stephen miró a su derecha. Pudo ver una larga y ondulante línea de muñecos caqui, primitivos, avanzando con pasos deliberadamente tensos, que descendían con un silencioso braceo. Eran reemplazados, caían y continuaban como si caminaran en medio de un vendaval. Trató de cruzar la mirada con Byrne, pero no lo consiguió. El tableteo de las ametralladoras alternaba con los disparos de los pacos y el fragor de la cortina de fuego delante de ellos.

Vio a Hunt caer a su derecha. Studd se inclinó para ayudarlo y Stephen observó cómo su cabeza se abría, teñida de *rojo* brillante, bajo

la acción de las balas de ametralladora al caérsele el casco.

Sus pies se apresuraban, avanzando cautelosamente sobre el suelo roto. Al cabo de unos veintitantos metros experimentó la sensación de que flotaba por encima de su cuerpo, y de que éste había cobrado automáticamente una vida propia sobre la que él carecía de poder. Era como si hubiera quedado desvinculado, en un sueño, del aire metálico a través del cual caminaba su carne. En este estado de trance había una especie de alivio, algo próximo a la hilaridad.

Menos de diez metros por delante, a la derecha, el coronel Barclay blandía un sable.

Stephen cayó. Alguna fuerza lo había derribado. Se encontró en el fondo de un cráter, temblando, con un hombre que sangraba. La cortina de fuego se hallaba demasiado lejos, hacia delante. Ahora los cañones alemanes estaban formando una cortina propia. La metralla proyectaba sus fragmentos dentados por cualquier espacio en el aire que no estuviera lleno de balas de ametralladora.

Todo ese metal no encontraría sitio suficiente, pensó Stephen. Debía entrechocar y despedir chispas encima de ellos. El hombre que estaba con él gritaba inaudiblemente. Stephen vendó con su propia venda la pierna de aquel hombre y luego se miró a sí mismo. No estaba herido. Se arrastró hasta el borde del embudo. Había otros más adelante. Se puso en pie y reanudó la marcha.

Quizá con ellos estaría más seguro. No sintió nada mientras cruzaba el terreno accidentado por cráteres, en el cual yacían bultos de color caqui cada pocos metros. La carga que llevaba a la espalda era pesada. Miró atrás y vio una segunda línea internándose en la cortina de fuego en tierra de nadie. Se precipitaba como olas que rompían y retrocedían hacia el mar. Los cuerpos empezaron a amontonarse y a obstruir el avance.

Había un hombre a su lado al que le faltaba parte de la cara, pero seguía caminando en el mismo estado de somnolencia, con el fusil sujeto y apuntando hacia delante. La nariz le colgaba y Stephen pudo verle los dientes a través de la mejilla ausente. El estruendo era distinto de cualquiera que hubiese oído antes. Le chocaba en la piel y le sacudía los huesos. Recordando su orden de no detenerse a ayudar a los que iban detrás, avanzó con lentitud, y cuando el humo se disipó frente a él vio la alambrada alemana.

No había sido cortada. Los hombres corrían arriba y abajo en un torbellino, buscando un lugar por donde traspasarla. Quedaban atrapados en el alambre enrollado, donde recibían torrentes de fuego de ametralladora. Sus cuerpos eran zarandeados, retorcidos y levantados. Aun así lo intentaban. Dos hombres manejaban sus alicates en vano entre los cadáveres, y sus movimientos atrajeron el repentino y desdeñoso fuego de un paco. Quedaron inmóviles.

A menos de treinta metros a su derecha había una discontinuidad. Corrió hacia ella, sabiendo que sería el objetivo del fuego ametrallador desde varias direcciones. Tomó aliento al llegar, y se hizo a la idea de que iba a morir.

Su cuerpo salió al aire limpio y se echó a reír mientras corría y corría para arrojarse luego a una trinchera, golpeándose con la pesada impedimenta que llevaba a la espalda. Allí no había nadie.

«Vivo», pensó, «Dios mío, estoy vivo.» La guerra se apartaba de él. «No es más que un trozo de terreno bajo un cielo francés», pensó. «Hay árboles más allá del estruendo, y abajo, en el valle, está el río rebosante de peces.» Sentía una sed que le desollaba la garganta, y echó mano de la cantimplora. El líquido caliente y agitado fluyó dentro de él y le hizo cerrar los ojos extasiado.

No había nadie en la trinchera. Caminó sobre los tablones. Estaba muy bien hecha, con altos parapetos, un revestimiento tan pulcro como las tablillas de Sussex, y entradas bien dispuestas a los refugios excavados profundamente. Volvió la vista atrás en dirección a la línea británica, de la cual cada metro estaba patéticamente expuesto al fuego desde aquella posición más elevada. A través del humo de la cortina de fuego alemana podía ver la desordenada hilera, todavía rezagada, como impulsada por algún lento mecanismo de relojería cuyo propósito era exponer a los hombres a las armas de fuego asesinas.

Menos de veinte metros más allá, la trinchera tenía un trazado en zigzag, de modo que no podía ver qué había detrás. Subió hasta el borde gateando, lanzó una granada al trazado en zigzag y luego se agachó. No hubo fuego de respuesta. Se puso en pie, y el borde de la trinchera le escupió tierra a los ojos a causa de los disparos de una ametralladora emplazada en la segunda línea. Stephen supuso que la mayoría de los hombres que habían iniciado el ataque junto con él estaban muertos. La segunda oleada no había llegado tan lejos como él y quizá nunca lo lograría. Razonó que debía tratar de retirarse y unirse a un ataque más tarde, pero sus órdenes eran presionar una vez pasado Beaumont Hamel hasta Beaucourt, junto al río. Price había dado a los hombres la consigna del soldado: ante la duda, avanzar.

Caminó por la trinchera y encontró una escalera de mano. Mientras la ametralladora lamía la tierra por encima de su cabeza, se arrastró hacia campo abierto, y luego corrió agachado hasta refugiarse en un cráter. Seis hombres de los Fusileros de Lancashire disparaban sin descanso contra la trinchera de reserva alemana. Estuvo a punto de quedar empalado en una bayoneta cuando se deslizó en el hoyo.

Uno de los hombres que disparaban se lo quedó mirando y dijo algo que Stephen no pudo oír. Los labios parecían decir «uno menos». El hombre agarró el distintivo del regimiento de Stephen, se pasó el

dedo por la garganta, haciendo el gesto de degollar, y señaló por encima de su hombro hacia la carnicería de la tierra de nadie. Tenían una ametralladora Lewis en el fondo del embudo, y por lo que Stephen pudo saber trataban de emplazarla detrás de unos árboles, desde donde podrían barrer la trinchera.

Stephen le arrebató el fusil a un cadáver, lo colocó en el borde del embudo y empezó a disparar. Transcurrió una hora, quizá dos, bajo el creciente fuego de respuesta procedente de la segunda línea de trincheras. Apenas se había causado daño a las defensas. La alambrada no estaba cortada y los refugios subterráneos permanecían intactos. No tardaría en empezar el contraataque.

Stephen miró a su alrededor, en el cráter, los rostros fatigados de los hombres de Lancashire. Sabían que estaban atrapados.

Algo se movió bajo sus pies. Era la cara de un hombre cuya cabeza estaba horriblemente herida. Gritaba que lo mataran, pero como no era de su mismo regimiento, Stephen vaciló. Le dio su segunda cantimplora, y cuando se inclinó para que la bebiera, el hombre imploró que le dispararan. En el fragor de la batalla, pensó Stephen, nadie se enteraría. Disparó dos veces bajo sus pies. Era la primera vida que se cobraba aquel día.

Jack Firebrace estaba con Arthur Shaw de pie, observando, en una elevación del terreno, cerca de lo que llamaban la Colina de un Solo Árbol. Esperaban pasar con rapidez, sin oposición.

Jack mascullaba y Shaw no decía nada. Vieron a los escoceses salir de sus refugios, como mujeres alocadas, con sus faldas, y caer muertos en oleadas sobre el suelo amarillo parduzco. Vieron el paso regular de los del Hampshire, como si se hubieran sumado de buena gana a una danza lenta de la que les alegrara no regresar. Vieron a hombres de todos los rincones caminar, impotentes, para ser engullidos por una tempestad.

Su propia contribución al día, el amplio agujero, resultado de la explosión de las siete y veinte, había concedido al enemigo diez minutos para tomar posiciones a su antojo. Junto al cráter vieron morir a jóvenes en cantidades que ni en sueños hubieran creído posibles. Ellos no habían disparado un solo tiro.

Lo excesivo de todo aquello les impulsó a agarrarse del brazo, incrédulos.

—No pueden permitir que esto continúe —dijo Jack—. No pueden.

Shaw se había quedado boquiabierto. No le conmovía la violencia, endurecido como estaba por las mutilaciones que había visto e infligido él mismo, pero lo que contemplaba ahora era algo de un orden diferente.

«Dios mío, haz que esto pare», pensó Jack. «Por favor, no permitas que envíen a más hombres a meterse en este huracán.»

Llegó el capellán, Horrocks, y se unió a ellos. Se santiguó y trató de consolarlos con palabras y plegarias.

Jack apartó el rostro de lo que veía, y al volverse sintió que algo moría en él.

Shaw rompió a llorar. Mantenía sus manos de minero a ambos lados de la cabeza, y las lágrimas le rodaban por el rostro.

—Muchachos, muchachos —no cesaba de repetir—. Oh, mis pobres muchachos.

Horrocks temblaba.

—Esto es media Inglaterra. ¿Qué vamos a hacer? —tartamudeó.

Enseguida guardaron silencio. Se produjo una erupción en la trinchera de abajo, y otra oleada descargó sobre el paisaje lunar, lleno de cráteres; quizá los del Essex o del Duque de Wellington, era imposible distinguirlos. No caminaban ni diez metros antes de que empezaran a tambalearse; al principio alguno recibía un impacto y giraba sobre sí mismo, pero luego caían más, a medida que alcanzaban la cortina de fuego. Después, cuando se ponían a tiro de las ametralladoras, eran víctimas del efecto dominó, como un trigal barrido por el viento. Jack pensó en el olor de la carne.

Horrocks se arrancó la cruz de plata del pecho y la arrojó lejos de sí. Como persistía su reflejo ancestral, cayó de rodillas, pero no rezó. Permaneció arrodillado, con las palmas extendidas sobre el suelo, y luego bajó la cabeza y se la cubrió con las manos. Jack supo lo que había muerto en él.

Stephen pensó en la breve comunión que había disfrutado mientras, en busca de una mejor posición, se hallaba sobre el cuerpo del hombre al que había matado. Ya nada era divino; todo era profano. En el fragor en torno a su cabeza tan sólo podía distinguir una palabra con alguna claridad.

—... la jodida ametralladora Lewis... se los están comiendo vivos.

Aun en medio de aquel estruendo, ellos tenían que avanzar y matar a sus matadores. Dos hombres acercaron la Lewis al borde del cráter, pero fueron recibidos por una tempestad de proyectiles cuando sus movimientos fueron más lentos al arrastrar el pesado cubo con las municiones. Los demás se quedaron con Stephen, tratando de rendirse. Un hombre, agitando un pañuelo blanco, trepó hasta lo alto y fue alcanzado por una bala en el ojo, disparada con silenciosa precisión.

Stephen volvió la vista atrás, donde una línea de tropas de apoyo avanzaba hacia ellos en formación desplegada. Veintitantos metros atrás se pusieron a tiro de las ametralladoras, que las atravesaron cuidadosamente hasta que todos y cada uno de los hombres habían

caído en una línea en diagonal desde el primero hasta el último. Los cuerpos quedaron inmóviles.

Gritó a la oreja al hombre junto a él, quien respondió también a gritos, pero todo lo que uno pudo escuchar fue «Jesús», y el otro, «jodida ametralladora». Stephen lanzó sus dos bombas Mills a corta distancia, hacia delante, y cuando estallaron, retrocedió corriendo hasta una zanja, detrás de una pequeña olmeda, y se arrojó en ella.

Era mediodía y el sol calentaba mucho, sin nubes que mitigaran sus efectos. El estruendo no había disminuido. Tomó conciencia de lo muy agotado que estaba. Quería dormir. Intentó echar mano de sus cantimploras, pero no las tenía.

En el combate en torno a las trincheras alemanas reinaba la confusión. Vio a hombres inseguros de por qué ruta debían avanzar. La trinchera en la que él se introdujo a primera hora de la mañana había sido recuperada por el enemigo. Un nuevo ataque contra éste avanzaba ahora por detrás de Stephen.

Creyó que debía continuar. La sensación de euforia lo había abandonado, pero cierta decisión automática parecía haber ocupado el sitio de aquélla. En primer lugar, tenía que beber o moriría. Se le había hinchado la lengua, como si fuera la de un buey; era como si tuviera dos lenguas en la boca. Pensó en el río Ancre, al pie de la colina, a su derecha. Había perdido a todos sus hombres, de modo que no importaba dónde combatiera. Se levantó y echó a correr.

Vio a unos hombres de un regimiento colonial, creyó que canadienses, atravesar una estrecha hondonada en dirección a un barranco. En los cuarenta minutos que tardó en bordear su retaguardia, vio un batallón entero que yacía en el campo. Sólo tres hombres alcanzaron la alambrada alemana, donde habían sido abatidos.

Corría furioso, como en un sueño, colina abajo, hacia el río. Distinguió una figura familiar a su derecha. Era Byrne, a quien sangraba el bíceps derecho, pero se movía.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a gritos.

—¡Borrados del mapa! —le gritó a su vez Byrne en el oído—. El coronel ha muerto. Dos capitanes de compañía. Estaba previsto que nos reagrupáramos y atacáramos de nuevo con los Fusileros.

—¿En el río?

—Sí.

—¿Y a usted qué le ha pasado?

—Me replegué y avancé de nuevo. A la segunda oleada la mataron en la trinchera. Es imposible avanzar entre tanto cadáver.

—¿Tiene agua?

Byrne negó con la cabeza.

Al avanzar hacia las líneas alemanas se encontraron con

muchachos durmiendo en los cráteres, aun hallándose al alcance del fuego enemigo. Después de noches en blanco bajo las bombas, el esfuerzo de la mañana había resultado excesivo.

Se reanudó el cañoneo y Byrne y Stephen se tumbaron junto a un muchacho que dormía y a un hombre que debía de llevar algunas horas muerto. Parte de los intestinos se le habían derramado sobre el accidentado suelo del cráter, donde el sol comenzaba a asarlos.

A la izquierda un sargento abría mucho la boca, como si tratara de animar a los hombres a avanzar en otro asalto a la trinchera alemana que discurría abajo, hacia el tendido ferroviario.

—Hay alguno de los nuestros —observó Byrne.

Era el pelotón de Harrington o lo que quedaba de él.

—Debemos ir con ellos —dijo Stephen.

Una vez más, en un irregular avance suicida, se dirigieron con dificultades hacia el letal tableteo de las ametralladoras. Ensangrentado sin que eso le importara, Stephen observó aquella cantidad de vidas, con sus recuerdos y sus amores, retorcerse y vomitar en el suelo. La muerte carecía de significado, pero el número de caídos no hacía más que aumentar, y en esa nueva infinidad seguía radicando el horror.

Harrington gritaba, pues había sido alcanzado por un obús en el costado izquierdo, y rebuscaba tabletas de morfina con sus temblorosas manos.

Se inició el fuego de paqueo desde los cráteres atestados en dirección a la trinchera, y luego se emprendió el avance final. Un chico fue empujado de espalda contra un árbol por la fuerza de la ráfaga que le alcanzó el hombro, y otros caían o se precipitaban al suelo que sus propios cañones habían machacado.

Byrne se acercó sigilosamente al muchacho, que gritaba. Se colocó detrás del árbol, cuya corteza se astillaba bajo el fuego lateral. Stephen vio la blancura de una venda cuando Byrne empezó a vendar las heridas. Cuadrillas de camilleros se les acercaban por detrás, pero las prolongadas oleadas de fuego les obstaculizaban el camino directo.

Stephen bajó el rostro hasta la tierra y dejó que ésta le llenara la boca. Cerró los ojos porque ya había visto bastante. Al infierno. Las últimas palabras de Azaire le llenaban la cabeza. Lo perforaban con la estrepitosa agitación que los rodeaba.

Byrne se las arregló para devolver al muchacho al cráter. Stephen deseó que no lo hubiera conseguido, pues estaba claro que iba a morir.

El sargento de Harrington ordenaba a gritos otra carga, y una docena de hombres respondió. Stephen los observó alcanzar la primera línea de alambradas antes de darse cuenta de que Byrne estaba con ellos. Trataba de abrirse paso a través de aquéllas cuando

fue levantado del suelo, y quedó suspendido en el aire, con las botas agitándose mientras su cuerpo se llenaba de balas.

Stephen yacía en el cráter con el muchacho y con el hombre que había muerto por la mañana. Durante tres horas, hasta que el sol empezó a debilitarse, contempló al muchacho implorar agua. Trató de cerrar los oídos a aquella súplica. Un cadáver aún tenía una cantimplora, pero un orificio de bala había hecho que se derramara la mayor parte del agua. Lo que quedaba era un líquido pardo rojizo, contaminado por la tierra y la sangre. Stephen lo vertió en la boca suplicante del chico.

Alrededor, hombres heridos trataban de ponerse en pie y batirse en retirada, pero sólo provocaban erupciones de la ametralladora. Ellos devolvían los disparos obstinadamente desde donde estaban tendidos.

Cuando no había fuego procedente de la tierra de nadie, los alemanes de la segunda trinchera disparaban a los cuerpos atrapados en la alambrada. Al cabo de dos horas, a Byrne le habían volado la cabeza, trocito a trocito, hasta separarla del cuerpo, de tal modo que entre los hombros sólo quedaba un agujero.

Stephen rezaba para que anocheciera. Tras el primer minuto de la mañana, no había tratado de salvar su propia vida. Experimentó resignación incluso cuando su cuerpo se expuso a la imaginaria penetración de las balas, mientras se colaba a toda prisa por la discontinuidad de la alambrada. Lo que anhelaba era que el día acabara y, con él, la nueva e increíble realidad que había deparado.

Si caía la noche, la tierra podría reanudar su proceso natural, y quizá, transcurridos muchos años, lo sucedido a la luz del día se consideraría una aberración; podría diluirse en el ritmo de una vida normal. En aquel momento, a Stephen le pareció que era casi al revés: que el mundo en el que ahora estaban condenados a vivir era la nueva realidad, y que la sucesión de las estaciones y del día y la noche habían muerto.

Cuando ya no pudo soportar el hedor de la carne en su cráter, decidió correr, pasara lo que pasara. Un pequeño ataque a su izquierda hizo que, temporalmente, las ametralladoras alemanas apuntaran hacia allí, y cuando Stephen juzgó, por suerte, por destino o por superstición, que el momento era el adecuado, emprendió la retirada corriendo en zigzag, junto con algunos que no podían esperar a que anocheciera.

A punto de derrumbarse, descendió tambaleándose por la vertiente de la colina, en dirección al río, para beber, lo que ansiaba desde el mediodía. Dejó su fusil en la orilla y se precipitó a trompicones en el agua. Sumergió la cabeza bajo la lenta corriente y la sintió fluir dentro de los poros de la piel. Abría la boca como un pez.

Se puso en pie en el lecho del río, tratando de mantenerse entero. Levantó las manos con las palmas hacia arriba, como en una súplica. El ruido presionaba contra su cráneo desde ambas orillas del río. No disminuía. Pensó en Byrne, como un cuervo aleteante prendido en la alambrada. ¿Vertería agua en el agujero de su cuello? ¿Cómo bebería?

Procuró calmar sus pensamientos. Byrne estaba muerto: no necesitaba agua. No era su muerte lo que importaba; era la forma como el mundo había demostrado que uno podía ser humano pero actuar de una manera que estaba más allá de la naturaleza.

Trató de avanzar hasta la orilla, pero la corriente era más fuerte de lo que había creído, y su cuerpo se aproximó a su agotamiento final; perdió pie y fue arrastrado por la corriente.

En el agua, estaba rodeado de alemanes. El rostro de un hombre junto al suyo gritando palabras en una lengua extraña. Stephen se agarró a él. Otros se aferraban entre ellos, pugnando por salir. Alrededor estaban los que habían matado a sus amigos, a sus hombres. En la cercanía, en su piel con picaduras, en sus ojos muy abiertos, vio a hombres como él. Un cabo mayor, canoso, gritaba. Un muchacho, como tantos otros, de tez oscura, lloraba. Stephen trató de odiarlos ahora como los había odiado antes.

La presión de la carne alemana, mojada en el río, rodeándolo; sus uniformes empapados apretándose contra él, sin preocuparse de quién era. La mezcolanza gimiente de sus voces incomprendidas, chillando por sus vidas.

Había un estrecho puente sobre el río, fruto de la tosca ingeniería británica. Los alemanes trataron de trepar a él, pero los soldados británicos les pisoteaban las manos. Stephen levantó la vista a la figura solitaria de un soldado raso, sin casco, que miraba abajo desdeñosamente.

—¡Sáqueme de aquí! —gritó—. ¡Sáqueme de aquí!

El hombre le alargó un brazo y empezó a tirar. Stephen sintió otros brazos que se agarraban a él en el agua. Estaban rasgándole la ropa. El soldado disparó al río y Stephen se encaramó al puente. Algunos lo miraron sorprendidos.

—Prisioneros —dijo el hombre que lo había izado—. ¿Por qué habríamos de ayudarlos a cruzar el río?

Stephen pasó el puente tambaleándose, hacia la orilla más alejada del río, y se tendió en la hierba fangosa.

Isabelle, la habitación roja, la casa de campo del abuelo... Trató de centrarse en fragmentos de un recuerdo definido, para configurar un posible futuro a partir del pasado. Su mente se concentró en el olor del húmedo despacho de un empleado de East India Docks. Durante un minuto o más vivió en la habitación encima del muelle.

Oscurecía, casi era de noche, pero la luz se desvanecía como con

insolencia, y con ella desaparecía también el ruido.

Empezó a recobrar la curiosidad. Quería saber qué había sucedido. Aquella mañana había emprendido el ataque y debía avanzar dondequiera que estuviese. Por encima de él, a la derecha, se extendía el vasto bosque de Thiepval. Se impulsó para ponerse en pie y echó a andar hacia la línea alemana. Un impacto le alcanzó la cabeza como si un ladrillo lanzado a gran velocidad le hubiera golpeado la sien, y cayó al suelo.

El siguiente rostro que vio no era el del empleado, ni el de Isabelle, ni *el de* su madre, como casi había esperado, sino el de uno *de los* zapadores de Weir.

—¡Caramba, sí que está lejos de casa! Ha debido de recorrer casi *dos kilómetros* y medio —dijo el hombre, desenrollando una venda.

Stephen gruñó. La voz familiar del hombre era difícil de recordar; era de otra época.

—Me llamo Tyson. Todos éramos voluntarios, usted ya me entiende. Dejaron de atacar en el sitio donde estábamos. Nos mandaron allí. A todos los camilleros los borraron del mapa. A los del Ulster también se los cargaron. Lo mismo que a los suyos.

—¿Qué me pasa?

—Yo diría que es una herida superficial. En la pierna izquierda. Para lo que hemos pasado, nada de particular. Le diré al capitán Weir que venga.

Stephen se tendió en un embudo poco profundo. No sentía dolor alguno en la pierna.

Price pasaba lista. Ante él, de pie, estaban los hombres de su compañía que habían conseguido regresar. Sus rostros eran furtivos y grises en la oscuridad.

Al comienzo preguntó sobre el paradero de cada uno de los hombres que faltaban. Al cabo de un rato comprendió que eso llevaría demasiado tiempo. Los supervivientes no siempre estaban seguros de a quién habían visto muerto. Permanecían cabizbajos a causa del cansancio, como si cada órgano de su cuerpo suplicara una liberación.

Price empezó a acelerar el proceso. Pasaba a toda prisa de un nombre sin respuesta al siguiente. Byrne, Hunt, Jones, Tipper, Wood, Leslie, Barnes, Studd, Richardson, Savile, Thompson, Hodgson, Birkenshaw, Llewellyn, Francis, Arkwright, Duncan, Shea, Simons, Anderson, Blum, Fairbrother. Los nombres golpeaban en la semioscuridad vaciando de contenido el lugar de sus antepasados, los pueblos y ciudades donde serían entregados los telegramas, las casas donde se correrían las persianas, donde por la tarde habría sollozos contenidos detrás de las puertas cerradas; y los lugares donde habían nacido, que serían como conventos, como ciudades muertas, sin su

vida ni su propósito, sin el sonido de los padres y sus hijos, sin jóvenes en las fábricas ni en los campos, sin maridos para las mujeres, sin el rumor profundo de las voces en los locales públicos; con los niños que habrían nacido, que habrían crecido y trabajado o pintado, incluso gobernado, dejados sin engendrar en la carne castigada de sus padres, que yacía en fétidos embudos de obús, en el suelo de campos de remolacha, tras abandonar sus hogares para colocar tan sólo lápidas de granito en lugar de carne viviente, en cuya superficie inhumana el musgo y el liquen arrojarían su trepadora indiferencia verde.

De 800 hombres del batallón que había saltado el parapeto, 155 respondieron a sus nombres. Price ordenó romper filas a su compañía, aunque lo dijo sin el ladrido que empleaba en el terreno de instrucción; lo dijo amablemente. Trataron de dar media vuelta y luego se desplazaron con rigidez en nuevas formaciones, junto a hombres a los que antes no habían visto nunca. Cerraban filas.

Jack Firebrace y Arthur Shaw los esperaban y les preguntaron qué habían hecho. Los hombres seguían caminando como en sueños, y no respondieron. Algunos de ellos escupían o se echaban atrás los cascos. La mayoría miraba al suelo, con el rostro inexpresivo, pero transido de tristeza. Se dirigieron a sus tiendas y se acostaron.

Afuera, en su cráter, contemplando la colina en dirección a Thiepval, Stephen yacía esperando a que la oscuridad fuera completa.

Michael Weir se deslizó a su lado.

—Tyson señaló el lugar donde estaba. ¿Cómo está la pierna?

—Está muy bien. Podré moverme. ¿Qué está haciendo aquí?

—Me presenté voluntario. En nuestra línea de frente reina el caos. No hay bastantes trenes para evacuar a los hombres. Los puestos de socorro están desbordados. La trinchera de la que usted partió no es más que una masa de cadáveres, gente que ni siquiera llegó a salir de allí. —La voz de Weir era vacilante. Estaba tumbado contra la pierna de Stephen—. Dos generales se han suicidado. Es terrible, es terrible, es...

—Cálmese, Weir, cálmese. Apártese un poco hada ese lado.

—¿Mejor así? ¿Y qué le ha pasado?

Stephen suspiró y volvió a tenderse en el suelo. El estruendo disminuía. El fuego de artillería de ambos bandos había cesado, aunque sonaban ocasionales disparos de ametralladora y de los pacos.

—No recuerdo. No sé. Vi muerto a Byrne. Al principio creí que nos estaba saliendo. Luego estuve en el río. No sé; estoy muy cansado.

Finalmente se hizo oscuro. La noche se derramó en oleadas desde la cordillera, encima de ellos, y las armas acabaron por callar.

La tierra empezó a moverse. A su derecha, un hombre que había permanecido tumbado desde el primer ataque, se apresuró a ponerse en pie y luego volvió a caer cuando su pierna herida no pudo soportar su peso. Otros hombres aislados echaron a andar y empezaron a salir como gusanos de sus embudos, cojeando, a gatas, arrastrándose. Al cabo de unos minutos la vertiente de la colina hervía con el movimiento de los heridos que intentaban regresar a sus líneas.

—¡Cristo! —exclamó Weir—. No tenía ni idea de que hubiera tantos hombres por aquí.

Era como una resurrección en un cementerio de veinte kilómetros de largo. Formas dobladas, dolientes, surgían formando multitudes sobre la tierra revuelta, cojeando y arrastrándose de regreso para reclamar su propia vida. Era como si la tierra estuviera vomitando una generación de inválidos dormidos, cada uno distinto de los demás, pero emparentado con sus retorcidos hermanos mientras rebosaban de la tierra que los había acogido reacia.

Weir temblaba.

—Todo está bien —dijo Stephen—. Los cañones han parado.

—No es eso —replicó Weir—. Es el ruido. ¿No lo oye?

Stephen no había percibido nada salvo el silencio que siguió al cañoneo. Ahora, al escuchar, pudo captar aquello a lo que Weir se refería: un gemido quedo y continuo. No lograba diferenciar ningún dolor individual, pero el sonido llegaba hasta el río, a su izquierda, y colina arriba casi un kilómetro o más. A medida que su oído se habituaba a la ausencia de cañonazos, Stephen pudo distinguirlo con más claridad: le sonaba como si la propia tierra estuviera gimiendo.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! —exclamó Weir, rompiendo a llorar—. ¿Qué hemos hecho, qué hemos hecho? Escuche. Hemos hecho algo terrible; nunca conseguiremos que todo vuelva a ser como antes.

Stephen apoyó la mano en el brazo de Weir.

—Tranquilícese. Debe resistir.

Pero sabía lo que sentía Weir porque él mismo lo había sentido. Mientras escuchaba el lamento que subía del suelo, le llegó el sonido de un mundo nuevo. Si no luchaba para controlarse, nunca podría regresar a la realidad en la que había vivido.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!

Weir temblaba y gimoteaba a medida que el sonido ascendía, como vientos húmedos arañando un cielo de cristal.

Por un momento, Stephen se dejó llevar por su mente agotada. Se encontró introduciéndose al compás del sonido en un mundo en el que no habla más que pánico. Se agitó para despertar y, haciendo un esfuerzo, retrocedió a la vida anterior, que no podría volver a ser la misma, pero si creía en ella sí podría continuar.

—Abráceme —dijo Weir—. Por favor, abráceme.

Gateó por el suelo y apoyó la cabeza en el pecho de Stephen.

—Llámame por mi nombre.

Stephen le pasó el brazo alrededor.

—Todo está bien, Michael. Todo está bien, Michael. Aguanta, no te dejes llevar. Aguanta, aguanta.

TERCERA PARTE

INGLATERRA, 1978

EN EL túnel del metro, sumida en la oscuridad, Elizabeth Benson suspiraba impaciente. Quería llegar a casa para comprobar si había correo o para esperar que el teléfono sonara. Un abrigo de invierno se apretó contra su cara en la aglomeración de pasajeros en el pasillo del vagón. Elizabeth deslizó su pequeña maleta junto a los pies. Aquella mañana regresaba de un viaje de trabajo de dos días a Alemania, y se había ido directamente a la oficina desde Heathrow sin pasar por su piso. Con las luces apagadas no podía ver ni leer su periódico. Cerró los ojos y trató de apartar la imaginación del tren parado en su estrecho agujero.

Era viernes por la noche y estaba cansada. Llenó su mente con imágenes placenteras: Robert en el crepúsculo, con hebras grises en su espeso cabello y sus ojos llenos de planes para la velada; un abrigo que ella misma había diseñado, ya confeccionado y ahora colgado en su envoltorio de plástico.

Había un loco en el vagón que empezó a cantar viejas canciones de music-hall. «Queda mucho hasta Tipperary...», gruñó, para luego guardar silencio, como si alguien le hubiera propinado un codazo amparándose en la oscuridad.

El tren reemprendió la marcha, avanzando por el túnel, y las luces del techo se encendieron. En Lancaster Gate, Elizabeth luchó por abrirse paso a través de los abrigos y salió al andén. Se sintió aliviada de estar arriba, bajo la lluvia, allá donde el tráfico se movía con el sonido de los neumáticos mojados sobre las hojas que se habían amontonado tras sobrevolar las verjas de Hyde Park. Inclinó la cabeza para enfrentarse a la llovizna, y avanzó hacia el lugar donde podía ver la fachada verde de una tienda de vinos y licores que le brindaba su vulgar bienvenida.

Pocos minutos más tarde dejaba en el peldaño la maleta y la bolsa de plástico, cuyo contenido produjo un ruido metálico, mientras abría la puerta principal de la casa victoriana. El correo seguía en la cesta de alambre adherida a la puerta principal: postales para las chicas de arriba, sobres color beige para los cinco pisos, un aviso de pago del gas para la señora Kyriades y, para ella, una carta de Bruselas.

Una vez en el piso se apresuró a tomar un baño y, cuando estaba cómodamente sumergida, abrió la carta.

Si Robert optaba por escribir, además de hacer sus llamadas telefónicas, breves y precipitadas, eso solía significar que se sentía culpable. Eso o que estaba verdaderamente retenido por las tareas de la Comisión y ni siquiera había ido a casa a ver a su mujer.

«... horrible cantidad de trabajo... informe aburrido de la delegación británica... Luxemburgo la próxima semana... espero estar en Londres el sábado... Las vacaciones de mitad de trimestre de Anne...»

Elizabeth dejó la carta en la alfombrilla de baño y sonrió. Había muchas frases muy familiares, y no estaba segura de a cuáles prestar crédito, pero al cabo sentía una oleada de afecto hacia él cuando las leía. El agua caliente se cerró sobre sus hombros cuando se deslizó fuera del baño. Sonó el teléfono.

Desnuda y goteando sobre la alfombra de la sala de estar, apretó el receptor a la oreja, preguntándose insegura, como siempre hacía, si había algo de electricidad en el auricular y si el agua de su oreja serviría de conductora de una descarga en el cerebro.

Era su madre, que deseaba saber si acudiría a tomar el té en Twickenham al día siguiente. Para cuando aceptó, Elizabeth ya estaba seca. No parecía que valiese la pena regresar al baño. Marcó un número de Bruselas y escuchó la peculiar llamada europea. Sonó veinte, treinta veces sin que contestaran. Imaginó la sala de estar, desordenada, con sus montones de libros y periódicos, sus ceniceros sin vaciar y sus copas sin lavar, en la que el aparato dejaba oír su llamada no atendida.

En el vestíbulo de la casa adosada de Mark y Lindsay había un cochecito de niño y una sillita en torno a los cuales se intercambiaban los saludos. Elizabeth, en un gesto que conservaba de sus tiempos universitarios, alargó a Mark una botella de vino.

Al entrar en la sala de estar, en la que se había derribado un tabique para duplicar su superficie, Elizabeth se sumergió en una rutina tan familiar que se encontró hablando, sonriendo y comportándose como siguiendo un programa predeterminado. En ocasiones, cuando iba a ver a Mark y a Lindsay, ellos habían invitado a otras personas. Aquella noche había una pareja que vivía en 1a calle siguiente, y un hombre sospechosamente solo. Elizabeth se encontró con un cigarrillo encendido en los dedos y con un vino tinto deslizándose por su garganta.

Eran sus más viejos amigos, unidos a ella por una experiencia compartida. Aunque a menudo pensaba que los tres no se sentirían ahora tan próximos si se acabaran de conocer, el vínculo era sorprendentemente emocional. Lindsay era una mujer impulsiva y de tendencia dominante; Mark, un hombre bondadoso y casero, sin ambiciones concretas. Cuando tenían poco más de veinte años, muchas veces invitaban a personas a las que trataban de impresionar con historias importantes acerca de sí mismos, o ansiosos por reclamar posiciones políticas inabordables para el resto; pero en la actualidad las veladas adquirían un curso amistoso, poco inspirado. *Para*

Elizabeth, a los treinta y ocho años: un recordatorio de lo poco que las vidas de todos ellos habían cambiado. En algún momento los demás iniciarían una conversación sobre comportamientos y colegios y ella se vería obligada a cerrar sus oídos, en parte por aburrimiento, en parte por una angustia que no se atrevía a confesarse.

Lindsay también pasó por una etapa en que cada vez que sabía que Elizabeth iría a su casa, invitaba a hombres solteros y sin compromisos. Durante dos o tres años, ese trío de viejos amigos se vio aumentado por una variedad de hombres solteros, desesperados, divorciados, borrachos o, muchas veces, satisfechos de ser lo que eran.

—Tu problema —le dijo Lindsay una vez— es que asustas a los hombres y los ahuyentas.

—¿Problema? No sabía que tenía un problema.

—Ya sabes a qué me refiero. Mírate. Tienes el aplomo que te dan tus vestidos elegantes y tu belleza parecida a la de Anouk Aimée.

—Me haces sentir una mujer de mediana edad.

—Pero sabes a qué me refiero. En realidad los hombres son criaturas muy tímidas. Hay que ser suaves con ellos. Lograr que se sientan seguros. Por lo menos al principio.

—¿Y después uno puede hacer lo que le dé la gana?

—¡Por supuesto que no! Pero mírate, Elizabeth. Tienes que ceder un poco. ¿Recuerdas a aquel hombre llamado David a quien te presenté? Es muy bondadoso, completamente de tu tipo. Pero no le diste una oportunidad.

—Pareces olvidar que ya tengo novio. No necesito flirtear con Dennis ni con David ni con ningún otro. Ya estoy compro— metida.

—¿Te refieres al europeo?

—Se llama Robert.

—Ese hombre nunca dejará a su mujer. Lo sabes, ¿no es verdad? Todos *dicen* que lo harán, pero jamás lo hacen.

Elizabeth sonrió con serenidad.

—No me importa si la deja o no.

—No me digas que no preferirías estar casada.

—No lo sé. Tengo un trabajo que me gusta. Gente a quien debo ver. De repente, no puedo dedicar mi tiempo a buscar marido.

—¿Y qué me dices de los hijos? Supongo que también dirás que no te interesa tenerlos.

—¡Por supuesto que me gustaría tener hijos! Pero creo que necesito saber por qué.

Lindsay soltó una carcajada.

—No es necesario saber absolutamente nada. Se llama biología. Tienes treinta y nueve años.

—En realidad son treinta y ocho.

—Tu cuerpo te indica que te queda poco tiempo. No eres

diferente a los millones de mujeres que hay en el mundo. ¡No te hace falta un motivo, por el amor de Dios!

—Yo creo que sí. Creo que uno debería tener alguna clase de motivo para hacer algo que, en sí mismo, es completamente innecesario.

Lindsay sonrió y meneó la cabeza.

—Ésta es una conversación de solteronas.

Elizabeth se echó a reír.

—Está bien. Te prometo que lo intentaré. Haré todo lo posible por enamorarme espontánea y exóticamente de Dennis...

—David.

—Con cualquiera que se te ocurra presentarme.

Después de haberse dado por vencida, aquella noche Lindsay hizo un intento final: un hombre llamado Stuart. Tenía el pelo rubio rizado y llevaba gafas. Hacía girar, con aire pensativo, un gran vaso de vino entre sus largos dedos.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó a Elizabeth.

—Dirijo una empresa de confección.

No le gustaba que le hicieran esa pregunta. Consideraba que la gente debía preguntar a sus nuevos conocidos quiénes eran en lugar de lo que hacían, como si creyeran que los definía el trabajo que realizaban.

—Dices que la diriges. Entonces eres la jefa, ¿verdad?

—Así es. Empecé hace quince años como diseñadora, pero luego decidí que me interesaba más la parte comercial. Formamos una nueva empresa de la que soy gerente comercial.

—Comprendo. ¿Y cómo se llama la empresa? —preguntó Stuart.

Elizabeth se lo dijo y él añadió:

—¿Debería conocerla?

—Suministramos a un par de cadenas de tiendas, pero ellas le ponen su nombre a las prendas que confeccionamos nosotros. Además hacemos una pequeña cantidad de lo que nos gusta llamar costura con nuestra propia marca. Tal vez hayas visto el nombre de mi empresa en ese contexto.

—¿Y qué significa exactamente costura?

Elizabeth sonrió.

—Es así como suele llamarse a los vestidos.

A medida que avanzaba la velada y Stuart abandonaba el tono defensivo de su abierto interrogatorio, Elizabeth descubrió que le gustaba bastante. Estaba acostumbrada a la reacción de la gente hacia ella. Muchos suponían que la mujer debía escoger entre el trabajo y el matrimonio y que, si abrazaba con entusiasmo su trabajo, con tanto más vigor debía rechazar la idea de tener hijos o marido. Elizabeth renunció a tratar de dar explicaciones. Había empezado a trabajar

porque necesitaba ganarse la vida y tuvo la suerte de encontrar un trabajo interesante en lugar de uno aburrido; trató de tener éxito en lugar de fracasar. No comprendía por qué esos tres pasos lógicos implicaban un violento rechazo a los hombres o a los niños.

Stuart le dijo que tocaba el piano. Hablaron sobre lugares que conocían. Él no le hizo una larga exposición acerca de los mercados de capital ni se enfrascó en una discusión competitiva con Mark; tampoco flirteó con ella de una manera evidente. Se rió de algunas de las cosas que ella le decía, aunque Elizabeth notó que en la diversión de Stuart había un matiz de sorpresa, como si por algún motivo no esperara que fuese alegre. Cuando no le pidió su número de teléfono, Elizabeth se sintió aliviada, aunque también algo desilusionada.

Mientras conducía por el habitual camino hacia su casa, al otro lado del río, pensó en lo que significaría estar casada. Precisamente en Fulham Road ABC habían puesto obstáculos en el acceso a la calzada para impedir el tránsito pesado. Elizabeth siempre tomaba aire antes de esforzarse por hacer pasar su coche, tan pequeño, entre los postes, ya manchados con la pintura de los vehículos más anchos que los habían rozado. Tal vez, si estuviera casada, conduciría su marido. Cosa bastante probable a juzgar por los matrimonios que conocía.

Cuando entró en el piso era la una. Al encender la luz del cuarto de estar vio la maleta, todavía por deshacer. Se encaminó a la cocina para hacerse un té, pero recordó que no había comprado leche. Junto a la fregadera estaban la taza y el plato del desayuno, donde los había dejado dos días antes, con las prisas por no llegar tarde al aeropuerto.

Suspiró. No importaba. El día siguiente era sábado y dormiría todo lo que le apeteciera. Podría leer el periódico en la cama con la radio puesta, que le proporcionaría una suave música de fondo y sin que nadie interrumpiera su tranquila rutina.

No fue tan sencillo como creyó. Para empezar, tuvo que vestirse y salir a comprar leche. Después, cuando estaba en la cama con el periódico y una tetera humeante, el teléfono sonó dos veces.

Luego, vivió una hora de perfecta soledad. £1 artículo de fondo del periódico se refería al sexagésimo aniversario del armisticio de 1918. Había entrevistas a veteranos y comentarios de varios historiadores. Elizabeth leyó con un sentimiento de desesperanza: el tema parecía demasiado importante, demasiado pesado y demasiado remoto para que ella lo absorbiera en ese momento. Sin embargo, algo en aquel texto la angustiaba.

Por la tarde condujo hasta Twickenham. El contable le había aconsejado que utilizara un coche grande de la empresa. Con él impresionaría a los clientes y, además, resultaba conveniente para desgravar. Elizabeth había adquirido un imponente sedán sueco, de

aceleración perezosa y con tendencia a no arrancar.

—El problema es que trabajas demasiado —dijo su madre mientras le servía té de una tetera adornada con rositas.

Françoise tenía poco más de sesenta años, era una mujer bonita, con la cara surcada de arrugas y expresión suave. Conservaba cierta dignidad que le conferían su porte y la luminosidad de sus ojos azules. A pesar de que su pelo canoso le daba aspecto de abuela, en su piel y en la textura de su rostro se podían notar las etapas anteriores vividas: el pelo conservaba vestigios de rubio; los episodios de su madurez y aun de su infancia se podían leer en los planos abiertos y sólo superficialmente marcados en su rostro.

Elizabeth sonrió y estiró las piernas hacia el fuego. Las conversaciones que mantenía con su madre siempre eran previsibles, pero sólo hasta cierto punto. Desde luego que Françoise quería que su hija fuera feliz y no le gustaba verla cansada cuando iba a visitarla, pero no suponía, como Lindsay, que el matrimonio fuera la solución a todos sus problemas. Françoise había sido la esposa de un gran bebedor llamado Alec Benson, a quien desilusionó que Elizabeth no fuera varón y que, poco después del nacimiento de su hija, desapareció rumbo a África, detrás de una mujer a la que había conocido en Londres. De vez en cuando regresaba y Françoise, paciente, lo recibía y le ofrecía un hogar. Seguía teniendo cariño a su marido, pero deseaba alguien mejor para su hija.

Sobre la repisa de la chimenea había una fotografía de Elizabeth a los tres años, en brazos de su abuela. Era un axioma familiar que ella «adoraba» a su nieta, y a ésta le resultaba desconcertante no recordarla, porque la anciana murió al año de haber sido tomada aquella fotografía. Allí estaba, sin duda feliz con su nieta, aunque ese amor no correspondido tuviera para Elizabeth una cualidad fantasmal y la pusiera nerviosa.

—He estado leyendo un artículo sobre el aniversario del Armisticio —le comentó a su madre.

—Sí, los periódicos están llenos de ese asunto, ¿verdad?

Elizabeth asintió. Sabía poco sobre su abuela, y aún menos de su abuelo. De vez en cuando Françoise mencionaba «aquella guerra espantosa», pero Elizabeth nunca le prestó atención. En realidad le daba vergüenza interrogar a su madre acerca del abuelo, porque con eso no haría más que revelar su ignorancia. Pero algo en el artículo sobre la guerra que leyó por la mañana la preocupaba: era como rozar una zona de inquietud y de curiosidad que se relacionara estrechamente con su propia vida y con sus opciones.

—¿Aún conservas algunos papeles viejos de tu padre?

—Creo que los tiré casi todos cuando me mudé. Tal vez queden algunas cosas en el desván. ¿Por qué me lo preguntas?

—No lo sé. Estaba pensando. Me inspira cierta curiosidad. Debe tener algo que ver con mi edad actual.

Françoise alzó una ceja, que en ella era lo más cercano a hacer preguntas sobre la vida personal de su hija. Elizabeth se pasó la mano por el pelo.

—Creo que es peligroso perder el contacto con el pasado. Hasta ahora nunca lo había sentido. Estoy segura de que es algo que tiene que ver con mi edad.

Lo que calificaba de leve curiosidad cristalizó en su interior como una firme decisión. Comenzando por el contenido del desván de su madre, seguiría el rastro de aquel hombre y pondría remedio al hecho de haber aplazado por tanto tiempo el interés por él. Pondría todo su empeño en la tarea. Por lo menos sería una manera de comprenderse mejor a sí misma.

Elizabeth se peinó frente al espejo. Llevaba una falda de gamuza, botas de cuero y un suéter negro de cachemir. Se echó detrás de las orejas el pelo oscuro y espeso y volvió la cabeza hacia un lado para ponerse los pendientes color sangre de toro. Llevaba un poco de rímel. La palidez de la piel le daba un aspecto menos francés de lo que sugería Lindsay, pero a pesar de todo su rostro tenía algo de dramático que un exceso de maquillaje había exagerado en demasía. De todos modos era lunes por la mañana, hora de emprender la caminata hasta la estación de metro de Lancaster, con la boca todavía ardiendo por la taza de café apresurada que se recalentó mientras la radio le informaba de que ya pasaban de las ocho y media. El tren de la Línea Central se alojaba en el túnel como una bala en el cañón de un fusil. Cuando llegó a su repentina, habitual, oscura e inexplicable detención entre Marble Arch y Bond Street, Elizabeth alcanzó a ver las tuberías y los cables del túnel a sólo unos centímetros del vagón. Era la línea más profunda y calurosa de Londres, excavada por obreros sudorosos que trabajaban por el jornal de un marinero. Reanudaron la marcha con misteriosa suavidad y entraron en Bond Street, donde esperaba una muchedumbre a la que se le hacía tarde. Elizabeth se apeó en Oxford Street y se encaminó hacia el norte por entre una multitud de peatones, y luego dobló a la izquierda, hacia la zona de las tiendas.

Una vez por semana, y a veces con más frecuencia, iba a visitar a Erich y a frene, los principales diseñadores de la empresa. Cinco años antes, cuando se fundó, ambos se negaron a cambiar el nombre en la placa de la puerta.

Como ya era tarde, no tendría importancia que Elizabeth se

detuviera en el café italiano del barrio. Pidió tres cafés para llevar, y Lucca, el camarero regordete, rompió una caja para que ella utilizara el cartón del fondo como bandeja. Transportó los cafés, balanceándolos en precario equilibrio, los escasos metros que la separaban de la puerta que ostentaba una placa de bronce en la que se leía «Bioom, Thompson, Carman. Venta al por mayor. Fabricación y diseño».

—Lamento haber llegado tarde —se excusó Elizabeth al salir del ascensor en el segundo piso y dirigirse hacia la puerta abierta.

Depositó la improvisada bandeja sobre el escritorio que en broma conocían como «Recepción» y regresó a cerrar las puertas del ascensor.

—Te he traído un café, Erich.

—Gracias —dijo Erich, saliendo de una habitación interior. Era un hombre de poco más de setenta años, canoso y con gafas con montura de oro. Su cárdigan tenía unos rotos tan grandes en los codos que, en realidad, era como si no hubiera codos. Los Embassy que fumaba, uno tras otro, y las bolsas bajo los ojos le daban un aire de cansancio sólo desmentido por los movimientos nerviosos de sus dedos cuando marcaba los números en el teléfono o por la forma en que cortaba las piezas de tela.

—El tren se ha detenido en medio del túnel, como siempre —explicó Elizabeth.

Se sentó en el borde del escritorio, después de mover con la cadera una serie de revistas, libros de diseños, facturas y catálogos. La falda se le subió por encima de las rodillas, enfundadas en unos pantis negros de lana. Bebió peligrosamente el café muy caliente del vaso de plástico. El café sabía a bellota, a tierra y a vapor.

Erich la miró con tristeza y le recorrió el cuerpo con la mirada, desde el espeso pelo negro hasta la punta de las botas de cuero marrón, pasando por la curva de la cadera y la rodilla expuesta.

—Mírate. ¡Qué esposa habrías sido para mi hijo!

—Bébete el café, Erich. ¿Irene no ha llegado todavía?

—Desde luego, desde luego. Ha llegado a las ocho y media. Ya te dije que a las doce vendrá un comprador importante.

—¿Eso explica tu traje de Savile Row?

—No me incordies, mujer.

—Al menos cepíllate el pelo y quítate ese suéter.

Le sonrió y se dirigió al taller a ver a Irene.

—No lo digas —advirtió Elizabeth.

—¿Qué? —preguntó Irene apartando la vista de la máquina de coser.

—Mira lo que te he traído.

—No pensaba mirar. Tengo demasiado trabajo para hablar de

tonterías.

—Aquí tienes un poco de café. ¿Has pasado un buen fin de semana?

—No ha estado mal. Mi Bob no se sentía bien el sábado por la noche. Pero resultó que sólo era un poco de indigestión. Él temía que fuera apendicitis. ¡Menuda la que armó! ¿Cómo está tu Bob?

—¿Mi Bob? No me llamó. No sé. Me escribió una carta, pero no es lo mismo, ¿verdad?

—No necesitas decírmelo. Mi Bob nunca ha apoyado un lápiz en un papel salvo en el cupón de Littlewoods.

—Yo creía que era experto en arqueología.

Irene alzó una ceja.

—No deberías ser tan literal, Elizabeth.

Elizabeth despejó un sitio en su escritorio y comenzó a hacer llamadas telefónicas. Debía concertar reuniones, visitar un almacén de telas, aplacar a algunos compradores. En 1935, cuando Erich llegó de Austria, había dejado en Viena una serie de clientes desilusionados que estaban dispuestos a pagar bien sus diseños. Al principio empleó a Irene como costurera, pero a medida que su propia energía disminuía, empezó a depender de ella. Elizabeth se asoció con ellos quince años después, cuando los cuadernos de pedidos de ambos empezaban a quedar vacíos. Llevó tiempo detener la caída, pero después la compañía creció con rapidez. En el cuartel general de Epson empleaban a quince personas y la empresa floreció en una época de dificultades económicas. La inflación se comía parte de las ganancias antes de que éstas llegaran al banco; igual que Weimar, decía Erich. Aun en pleno éxito, su punto de vista era sombrío, pero su inspiración estaba casi extenuada y la mayoría de los diseños de más éxito de la empresa eran obra de personas más jóvenes, contratadas por Elizabeth.

A la hora del almuerzo, cerraron la oficina y se encaminaron al café de Lucca.

—Hoy hay lasaña especial —informó Lucca, con un bolígrafo apoyado en un bloc.

—Estupendo —dijo Elizabeth—. Tomaré lasaña.

—Buena elección, signora —aprobó Lucca. Le gustaba ponerse cerca de Elizabeth para que su vientre prominente se apretara contra el suéter de cachemir de ella—. Le traeré ensalada.

A su manera, siempre daba a entender que aquello era un obsequio especial para Elizabeth, que acompañaba con pequeñas tajadas de hinojo fresco y trozos de setas silvestres llegadas aquella misma mañana en avión desde Pisa, y preparadas por él mismo en secreto, por temor a despertar la envidia de otros clientes. Rociaba las setas con el mejor aceite de oliva y no lo incluía en la cuenta.

—Sin demasiada cebolla, por favor —pidió Elizabeth.

—Yo sólo beberé un poco de vino —decidió Erich.

—Para mí también lasaña —dijo Irene.

Lucca se alejó y, al mirarlo desde atrás, se le veía la piel bajo un roto en los pantalones a cuadros. Volvió con un litro de vino tinto y tres vasos, de los que llenó uno.

Elizabeth contempló el restaurante, que se estaba llenando de personas que habían salido de compras, de obreros y hasta de turistas dedicados a recorrer las tiendas de Oxford Street.

Ésas eran las líneas generales de cómo transcurría su vida, las cosas que le concernían. Libros de pedidos y las ensaladas de Lucca; las esperadas llamadas de Robert y las críticas de Lindsay y de su madre. Huelgas y crisis económicas. Tratar de no fumar, pero mantener una vigilancia interminable sobre su peso. Planear unas vacaciones en compañía de tres o cuatro personas más en España, en una casa alquilada; un fin de semana robado con Robert en Alsacia o incluso en la misma Bruselas. Su ropa, su tarea, su piso, que mantenía ordenado sólo con la ayuda de una interina que acudía una vez por semana mientras ella estaba en el trabajo. Ningún sistema elaborado de guardería infantil, de cuidadoras ni de ayuda, tema exhaustivamente discutido por sus amigas casadas. Londres en la proximidad del invierno, el fragor del tránsito a través del parque y las caminatas en las frías mañanas de domingo que siempre terminaban en joviales encuentros en bares de Bayswater que parecían durar una hora más de lo necesario. Y la sensación de la existencia de una vida interior más importante, confirmada por los cuadros que veía en las galerías, por los libros que leía, pero sobre todo por las películas; algo incompleto, algo que tenía necesidad de comprender.

A veces viajaba sola a las regiones más salvajes del norte de Inglaterra, donde leía o caminaba. No se compadecía porque no veía nada de qué compadecerse; las preocupaciones de su vida le resultaban interesantes. En guías de viaje encontraba pequeñas posadas donde a veces entablaba conversación con los dueños o con otros huéspedes, y otras veces sencillamente leía junto al fuego.

En una ocasión, en un pueblo de los Dales, un muchacho de no más de diecinueve años empezó a conversar con ella en un bar. Elizabeth tenía puestas las gafas de lectura y llevaba un grueso suéter gris y blanco. Él tenía el pelo rubio y una barba poco convincente. Estudiaba en la universidad y había salido a caminar para leer las materias de su carrera. Se mostraba incómodo con ella y utilizaba frases hechas que denotaban ironía, como si se refiriera a libros o a películas que ambos conocían. Parecía incapaz de decir algo sin sugerir que era una cita de alguien. Después de haber bebido dos o tres copas de cerveza se tranquilizó un poco y le habló de sus estudios

de zoología y de las novias que tenía en su pueblo. Dio a entender que llevaba una vida amorosa desenfrenada. A Elizabeth le gustó el entusiasmo del muchacho y el grado de excitación que parecía estar viviendo, aun en aquella tosca taberna de Yorkshire, que sólo podía ofrecerle la empanada de carne y riñones que preparaba el dueño del local.

Después de comer, cuando Elizabeth empezó a subir la estrecha escalera que llevaba a su habitación y oyó que él la seguía, se le ocurrió pensar que el interés que tenía por ella iba más allá de una simple conversación. Casi soltó una carcajada cuando, al llegar a la puerta de la habitación, el muchacho la tomó del brazo con torpe cautela. Ella lo besó en la mejilla y le aconsejó que siguiera con sus libros. Sin embargo, cuando una hora después él llamó a su puerta, lo dejó entrar. Tenía mucho frío.

El muchacho estaba sobrecogido de gratitud y de excitación; no pudo contenerse ni un minuto. En las primeras y heladas horas de la madrugada, volvió a intentarlo. Elizabeth, sin ganas de que la despertaran de su sueño profundo después de un día de prolongadas caminatas, lo aceptó con cansancio. Por la mañana, el chico no quiso conversar con ella; lo único que deseaba era salir de allí lo antes posible. Elizabeth experimentó cierta ternura hacia él. Se preguntó qué papel desempeñaría aquel episodio en la vida del muchacho y en la mitología que creaba acerca de sí mismo.

Le gustaba vivir sola; le gustaba estar sola. Comía lo que quería, no comidas convencionales y completas, sino platos de setas y patatas asadas, uvas, melocotones o sopas que ella misma preparaba. Llenaba vasos con cubitos de hielo y rodajas de limón y luego los cubría con ginebra, escuchaba el estallido del hielo y casi no dejaba espacio para la tónica. Tenía tapones de plástico que permitían que el vino siguiera siendo bebible de un día para otro.

En el cine podía ahogarse en la carga sensual de imagen y sonido sin la distracción de un acompañante ni la necesidad de conversar. En las películas malas dejaba vagar la imaginación e introducía una historia propia en el argumento. Le producía cierta timidez ir sin acompañante, por miedo a encontrarse con alguna pareja conocida, cogida de la mano, en el vestíbulo del cine, así que por lo general iba los sábados por la tarde, después de almorzar. De ese modo entraba a plena luz y salía al oscurecer, con toda la velada por delante.

Al terminar el fin de semana, tenía ganas de conversar con alguien. Había leído artículos en los periódicos o visto algo en televisión que ponía en marcha su imaginación; tenía necesidad de

poner a prueba su respuesta al estímulo.

—¿Qué sabes sobre la guerra, Irene? Me refiero a la primera guerra mundial.

—Fue una cosa espantosa, ¿no?

—¿Tu padre participó en ella? —preguntó Elizabeth mientras cortaba un trozo de tomate.

—Creo que no. Nunca se lo pregunté. Pero estuvo en alguna guerra porque he visto sus medallas.

—¿Cuándo nació?

—Bueno, cuando nací yo aún no tenía treinta años, de manera que calculo que debe de haber nacido alrededor de mil ochocientos noventa y cinco.

—De modo que tenía la edad adecuada.

—Yo ni siquiera sé cuándo estalló esa maldita guerra. Pregúntaselo a Erich. Los hombres siempre saben esas cosas.

Erich vertió en su copa el vino que quedaba en la botella.

—Ni siquiera yo soy lo bastante viejo para haber participado en esa guerra. Pero la recuerdo un poco. En esa época iba a la escuela.

—¿Y cómo fue? —preguntó Elizabeth.

—No tengo ni idea. No se me ocurre pensar en la guerra. De todos modos tus escuelas inglesas deberían haberte enseñado todo sobre ella.

—Tal vez sí me enseñaron, pero no debí de prestar atención. Me parecía aburrido y deprimente, con tantas batallas, armas y todo lo demás.

—Exactamente —dijo Erich—. Es morboso pensar en eso. Yo he visto bastantes cosas de ese tipo en mi propia vida sin necesidad de desenterrar el pasado.

—¿Por qué de repente te interesa tanto el pasado? —preguntó Irene.

—No estoy segura de que se trate de historia antigua. No hace tanto tiempo que sucedió. Aún deben de quedar ancianos que participaron en esa guerra.

—Deberías preguntárselo a mi Bob. Él lo sabe todo.

—¿Les sirvo el café ahora? —preguntó Lucca.

El camino descendía hacia Dover describiendo una curva amplia y, a la izquierda, se extendía el mar gris. A la vista del agua, Elizabeth experimentó una sensación de alegría infantil; era el comienzo de las vacaciones, era el fin de Inglaterra. En un jueves de invierno por la tarde, era como romper lazos.

Avanzó, como se le había indicado, bajo altos puentes

transversales de grúas corredizas, subió una rampa y bajó por los angostos carriles marcados, mientras estudiaba el trozo de papel que un hombre en un quiosco le había pegado en el parabrisas. Le hicieron señas de que se colocara al principio de una fila vacía. Se apeó del coche y sintió que el viento del mar le azotaba el pelo. A su izquierda había dos camiones con contenedores y alrededor de un par de docenas de vehículos más pequeños en carriles cuidadosamente demarcados; el cruce no era popular. En la tienda compró un mapa del noreste de Francia y otro de las carreteras de Europa que la llevarían a Bruselas.

Ya en la temblorosa bodega del barco, tomó su libro, un par de gafas y un suéter de más por si tenía ganas de subir a cubierta. Huyó agradecida del humo del diésel que arrojaban los enormes camiones articulados y subió la escalera que conducía a las cubiertas de pasajeros.

Se sentía un poco presuntuosa. Habiendo vivido hasta los treinta y ocho años sin echar más que una mirada distraída al ocasional monumento conmemorativo de la guerra o al aburrido noticiario, no estaba segura de lo que esperaba encontrar. ¿Qué aspecto tenía un «campo de batalla»? ¿Era una zona de conflicto preparada con las posiciones de ambos bandos marcadas? En tal caso, ¿no estorbarían los edificios y los árboles? Tal vez a las personas que ahora vivían en esos lugares les molestara la llegada de turistas morbosos, como los que se acercan con una cámara al lugar donde se ha producido un accidente aéreo. Pero lo más probable, pensó, es que no sepan nada del asunto. Todo había sucedido mucho tiempo antes. «¿Qué batalla?», preguntarían. La única persona a la que ella conocía y que demostraba interés por aquellas cosas era un chico al que había conocido en la escuela: una criatura graciosa y suave, con voz chillona y que destacaba en álgebra. ¿La historia estaría allí para que ella la viera, o todo se habría complicado hasta no dejar rastro? ¿Sería justo esperar que sesenta años después de un acontecimiento —por un capricho de alguien que hasta entonces no había demostrado interés alguno— un país revelara de buen grado su pasado para su inspección de aficionada? De todas maneras, en aquel momento casi toda Francia se parecía a Inglaterra: bloques de viviendas e industrias, comida rápida y televisión.

Se echó atrás el pelo, se caló las gafas y tomó el libro que el marido de Irene le había prestado. Le resultó difícil de leer. Parecía dirigido a expertos, a personas que ya conocían toda la terminología y cuanto se refería a los distintos regimientos. Le recordaba las revistas sobre aviones que, de niña, le compraba su padre en un intento final de convertirla en el varón que él quiso. Sin embargo, en algunos momentos de aquel libro lleno de estadísticas y de datos geográficos,

hubo algo que le llamó la atención. Lo más elocuente de todo eran las fotografías. En una de ellas, un muchacho carirredondo miraba la cámara como si hubiera perdido la paciencia. Ésa era su vida, su realidad, pensó Elizabeth; tan real para él como las reuniones de negocios, las aventuras amorosas; tan real como la atmósfera trivial del salón de pasajeros del transbordador del Canal, conocida por todos los ingleses de vacaciones: su terror y su muerte inminente eran para esa criatura tan reales como lo eran para ella la posibilidad de pedir una bebida en el bar, pasar la noche siguiente en un hotel y todas las demás naderías de la vida en tiempos de paz que formaban su existencia tranquila y despreocupada.

A pesar de ser nieta de francesa, no conocía bien el país. Cuando, ya en el muelle, un policía inexpresivo le metió la mano por la ventanilla del coche y le pidió algo rápidamente y con voz gutural, ella buscó las palabras para contestarle. En el muelle temblaban los grandes camiones; ningún otro automóvil parecía haber hecho ese cruce invernal a un continente frío y oscuro.

Saliendo de Calais, encontró la carretera hacia el sur. Pensó en Robert. Imaginó la velada que pasarían en Bruselas. Robert era muy hábil para descubrir restaurantes donde sabía que no iba a toparse con alguien conocido y donde podría conversar con ella sin tener que estar en guardia. No porque a alguien le hubiera importado; la mayoría de los diplomáticos y empresarios que pasaban largos períodos lejos de su hogar, siempre tenían «apaños». El caso de Robert era poco habitual: tenía en Inglaterra tanto a su mujer como a su amante. Ese pensamiento hizo reír a Elizabeth. Era típico de la falta de sentido práctico de Robert. Pero no quería que alguien los viera juntos porque se sentía culpable. A diferencia de sus colegas mundanos, que presentaban a sus amantes a los amigos y a veces hasta a sus esposas, Robert simulaba que Elizabeth no existía. Eso era algo que a ella le resultaba menos fascinante, pero tenía planes al respecto.

Eligió un hotel en la ciudad de Arras, que Robert le había dicho que se encontraba cerca de un grupo de cementerios y de campos de batalla. El hotel estaba situado en una calle estrecha, secundaria, que terminaba en una plaza tranquila. Cruzó las verjas de hierro forjado y recorrió un sendero de grava hasta la puerta principal. Entró. A la derecha había un salón comedor donde media docena de personas, distribuidas en una serie de mesas vacías, comía en medio de un audible entrechocar de cubiertos y loza. Un camarero las observaba desde la puerta que daba a la cocina.

El mostrador de recepción se encontraba debajo de la escalera. Una mujer con pelo color hierro, recogido en un rodete, dejó la pluma y la miró a través de unas gafas de cristales gruesos. Elizabeth tenía baño privado. Más adelante alguien se ocuparía de subirle la maleta.

¿Cenaría en el hotel? Decidió que no. Ella misma tomó su pequeña maleta y recorrió un largo pasillo cuyas luces eran cada vez más mortecinas a medida que se alejaba del pie de la escalera. Por fin encontró el número de su habitación. Ésta era amplia, y un llamativo empapelado cubría la pintura al temple original del siglo XIX. Se había intentado obtener un efecto serrallo, con cortinas que caían alrededor de la cama desde el dosel, aunque no se pretendió crear un efecto oriental en los pomos de las puertas, redondos, de porcelana, ni en las mesitas de noche con tablero de mármol. La habitación olía a humedad, o tal vez a tabaco negro de una década antes, mezclado con un aroma más dulce, de una crema de afeitar de antes de la guerra, o tal vez el intento de ocultar un fallo en las cañerías.

Elizabeth salió a la noche. De regreso en la calle principal, alcanzaba a ver la plaza y la estación a su derecha y, delante, el techo de una catedral o de una iglesia importante. Sin perder de vista la aguja, se internó por las angostas callejuelas secundarias, en busca de un lugar donde cenar y donde una mujer sola no llamara la atención. Poco después se encontró en una gran plaza que, en algún sentido, se parecía a la Grand' Place de Bruselas. Trató de imaginarla llena de tropas británicas, con sus camiones y caballos, aunque no sabía con seguridad si en esa época existían los camiones y, para el caso, si todavía se usaban los caballos. Comió en una atestada brasserie llena de hombres jóvenes que jugaban al futbolín. De un altavoz situado sobre la puerta surgía una atronadora música pop. De vez en cuando el ruido aumentaba cuando algún joven ponía en marcha su moto enfrente mismo.

Buscó Arras en el índice del libro de Bob y encontró referencias a cuarteles generales, transportes y una serie desconcertante de números de regimientos, batallas y oficiales. El camarero le sirvió arenques con ensalada de patatas, unos y otras, al parecer, de lata. Junto al vaso, depositó una jarra de vino tinto.

Entonces, ¿qué hacían exactamente en la ciudad? Pensaba que las guerras se libraban en campo abierto.

Bebió un poco de vino tinto. Después de todo, ¿qué más daba? Aquélla no era más que una etapa para ir a ver a Robert.

Leyó algunas páginas del libro y bebió un poco de vino. La combinación de ambas cosas despertó en ella una pequeña decisión: iba a comprender aquella guerra, llegaría a tenerla clara en la cabeza. Su abuelo había participado en ella. Aunque Elizabeth no tuviera hijos, por lo menos debía comprender lo sucedido antes de nacer ella; debía saber qué linaje era el que no iba a continuar.

El camarero le sirvió un filete con una montaña de patatas fritas. Después de cubrir la superficie de la carne con mostaza, comió lo que pudo. Notó que el jugo de la carne empapaba las patatas fritas del

borde, tiñéndolas de rojo. Disfrutaba de los pequeños detalles físicos que descubría por su cuenta; de haber estado acompañada, se hubiera limitado a hablar y tragar.

La comida y el vino la relajaron. Se recostó en el respaldo de plástico rojo del banco. Notó que dos de los jóvenes más delgados y altos la miraban desde la barra, y se apresuró a bajar la vista al libro, a fin de que ellos no interpretaran su inactividad como una invitación.

Su pequeña decisión se fortaleció y se convirtió en algo parecido a la resolución. ¿Qué importancia tenía? Importaba muchísimo. Importaba porque su abuelo había estado allí, en aquella ciudad, en aquella plaza: su propia carne y sangre.

Al día siguiente condujo hasta Bapaume y siguió las indicaciones hasta Albert, una ciudad, como Je había dicho Bob, que se encontraba cerca de un conjunto de lugares históricos y que, según el libro, tenía un pequeño museo.

El camino desde Bapaume era completamente recto. Elizabeth se echó atrás en el asiento y dejó que el coche siguiera su marcha, manteniendo tan sólo la mano izquierda en la parte inferior del volante. Había dormido bien en la cama con dosel, y el café fuerte del hotel y su agua mineral helada le produjeron una extraña sensación de bienestar.

Después *de* diez minutos *de* marcha, empezó a ver pequeñas señales marrones en el borde de la carretera; luego llegó a un cementerio, *idéntico* a cualquier otro camposanto municipal, rodeado por una tapia y bañado por el humo de los camiones con contenedores. Las señales empezaron a ser más frecuentes, a pesar de que todavía faltaban unos diez kilómetros para llegar a Albert Más allá del campo, a su izquierda, Elizabeth vio un arco extraño y feo que se levantaba entre montecillos y bosques. Al principio creyó que debía de ser una fábrica de azúcar de remolacha, pero *enseguida notó que* era demasiado grande: era de piedra y de un tamaño monumental. Era como si hubieran dejado caer el Partenón o el Arco de Triunfo en un prado.

Intrigada, tomó una carretera secundaria que atravesaba terrenos suavemente ondulados. El curioso arco seguía a la vista, se destacaba desde cualquier ángulo, lo que sin duda fue el propósito de quienes lo construyeron. Llegó a un grupo de casas, pocas y demasiado dispersas para considerarlas un pueblo. Dejó el coche y caminó en dirección al arco.

Frente a él había una extensión de césped muy verde, bien cortado y formal, de estilo inglés, con un sendero de grava en medio.

De cerca, el tamaño del arco era impresionante; se apoyaba sobre cuatro enormes columnas y dominaba por completo el campo abierto. Su tamaño concordaba con su línea brutalmente moderna. Aunque tenía un propósito claramente conmemorativo, le recordaba los edificios de Albert Speer para el Tercer Reich.

Elizabeth subió los escalones de piedra que conducían al arco. Un hombre con chaqueta azul barría el espacio entre los pilares.

Al acercarse al arco, Elizabeth comprobó, sobresaltada, que estaba cubierto de nombres grabados. Se acercó más. Estudié» la piedra. Los nombres eran innumerables. Cada centímetro de la superficie, desde la altura de sus tobillos hasta el arco mismo, estaba cubierto de nombres ingleses. En todas las caras de cada columna y hasta donde alcanzaba la vista había nombres en metros, cientos de metros de piedra.

Cruzó el espacio bajo el arco, donde el hombre barría. Los demás pilares también estaban grabados por todas las caras, en las que apenas cabían los nombres.

—¿Quiénes son esos...? —preguntó señalándolos.

—¿Ésos? —replicó el hombre en tono de sorpresa—. Los desaparecidos.

—¿Los que murieron en esta batalla?

—No. Los desaparecidos, los que no pudieron encontrar. Los demás están en los cementerios.

—Entonces, ¿éstos sólo son los... desaparecidos?

Miró el intradós sobre su cabeza y luego en derredor, presa del pánico que le provocaba aquella escritura interminable, como si la superficie del cielo hubiera sido empapelada con nombres.

Cuando pudo volver a hablar, preguntó:

—¿De toda la guerra?

El hombre negó con la cabeza.

—Sólo de estos campos —respondió haciendo un gesto con el brazo.

Elizabeth cruzó cl monumento y se sentó en los escalones del lado opuesto. Debajo de ella había un jardín convencional, con algunas hileras de cruces blancas, también convencionales, cada una de ellas con una planta o flor cuidada en la base, todas limpias y hermosas bajo el débil sol invernal.

«Nadie me lo dijo.» Se pasó las manos, con las uñas pintadas de rojo, por el espeso cabello oscuro. «Dios mío, nadie me lo dijo.»

Después de dar vueltas durante casi una hora, Elizabeth desesperó de encontrar el piso de Robert. La única vez que pudo acercarse a la calle

indicada se vio obligada a seguir la dirección única, que la alejó de ella. Dejó el coche en un aparcamiento y paró un taxi.

Estaba deseando verlo. A medida que el coche avanzaba entre el tráfico, se sentía cada vez más excitada. También estaba un poco nerviosa, porque siempre que se encontraba con Robert le preocupaba la posibilidad de que quizá él no estuviera a la altura de sus recuerdos. Era como si esa presión justificara el efecto que él tenía sobre su vida. Se negaba a otros hombres, vivía sola y en un engaño permanente; lo menos que él podía hacer era estar a la altura de las circunstancias. Sin embargo, Robert era el hombre más inseguro, incapaz de pedirle que hiciera algo por él; un hombre que no le hacía promesas y que la urgía siempre a actuar de acuerdo con sus propios intereses. Tal vez ése fuera uno de los motivos por los que lo amaba.

Pagó el taxi y pulsó el timbre del portero electrónica La voz de Robert resonó, y la puerta se abrió con un zumbido. Subió la escalera corriendo, con sus pasos arrancando ecos de los peldaños de madera. Robert la esperaba en la puerta de su piso de la primera planta, cigarrillo en mano, todavía en traje de calle, pero con el cuello de la camisa desabrochado y la corbata aflojada. Elizabeth se arrojó en sus brazos.

Durante unos instantes, como casi siempre le sucedía en su presencia, se sintió desorientada y con necesidad de que la tranquilizaran. Le explicó lo sucedido con el coche, y cuando Roben terminó de reír, le dijo que sería mejor que fueran a buscarlo y lo metieran en el garaje. Media hora después estaban de regreso en el piso y en condiciones de volver a empezar. Elizabeth se duchó mientras Robert, con los pies apoyados en la mesita baja, empezaba a llamar a restaurantes. Ella volvió a la sala de estar con un vestido nuevo, negro, y lista para salir. Él le alargó una copa.

—Te aseguro que no le he puesto ni una gota de tónica. Estás maravillosa.

—Gracias. Tú tampoco estás nada mal. ¿Vas a salir con ese traje o piensas cambiarte?

—No sé. Ni siquiera había pensado en eso.

—¡No me digas!

Robert fue a sentarse a su lado en el sofá, después de hacer sitio apartando libros y papeles. Era un hombre de complexión recia, alto, de pecho hundido y abdomen prominente. Comenzó a acariciar el pelo de Elizabeth y a besarla en los labios. Deslizó una mano debajo de la falda y le susurró al oído.

—Robert, acabo de vestirme. Para.

—Me estropearás el maquillaje —dijo él.

—Te lo digo en serio. Quítame las manos de encima. Debes esperar hasta más tarde.

Robert rió.

—Así me relajaré y podré disfrutar de la comida.

—¡Robert!

Le hizo una carrera en la media y le corrió el carmín, pero Elizabeth tuvo tiempo de reparar los desperfectos antes de salir. «En cierto sentido él tenía razón», pensó; «es más fácil conversar después de haber restablecido nuestra intimidad».

Durante la comida le preguntó qué había estado haciendo, y ella le habló de su trabajo, de su madre y de lo intrigada que estaba a propósito de sus abuelos maternos. A medida que hablaba, el asunto se le aclaraba cada vez más. Había llegado a una edad en la que ya no debía ser la última en morir; debería existir alguien más joven que ella, la generación de sus hijos, que en ese momento podrían gozar de la lujosa seguridad de sus abuelos y sus padres, que todavía formaban una barrera entre ellos y la mortalidad. Pero al no tener hijos propios, Elizabeth empezó a mirar hacia atrás y a preguntarse por el destino de una generación diferente. Debido a que sus vidas habían llegado a su fin, ella se sentía protectora; le inspiraban una sensación casi maternal.

Describió su visita a la casa de Irene, donde conoció a su marido, Bob, una persona que, según los comentarios de Irene, pocas veces se encontraba fuera del pub o de la casa de apuestas. Y le contó que había resultado ser un hombre bajo, con aspecto de pájaro, gafas de cristales gruesos y manos de movimientos rápidos, y que le ofreció dos o tres libros de una habitación repleta de anaqueles.

—Pero nada me preparó para lo que vi. Me refiero al tamaño: el arco conmemorativo es tan grande como el Marble Arch, o mayor, y tiene nombres grabados en cada centímetro de la piedra. Todo parece muy reciente. El encargado de la limpieza me enseñó una bala de cañón que encontraron la semana pasada en el bosque.

Mientras hablaba, Robert le volvió a llenar varias veces el vaso, y cuando salieron del restaurante y se encaminaron a la Grand' Place, Elizabeth se sentía relajada y con la cabeza despejada. Bruselas parecía una ciudad muy sólida, un monumento a la eficacia de los obreros flamencos, al deleite de las largas comidas preparadas con imaginación francesa y, sobre todo, a los placeres de la paz.

Le tentó la posibilidad de sentir que una vida sin acontecimientos no era necesariamente una vida frívola; que las capacidades útiles de los ciudadanos debían ser cultivadas con seriedad antes de transmitírselas a otros. Cuando empezó a llover, caminaban por una callejuela estrecha. Sintió que el brazo de Robert la empujaba al refugio de un café que él había elegido para después de la cena. Al doblar una esquina, de pronto se encontraron en la Grand' Place. Elizabeth levantó la mirada y vio las fechadas doradas de los edificios

mercantiles, oro brillante bajo la llovizna, iluminado por las luces suaves de la plaza.

El domingo por la tarde comenzó a sentir la presión de la separación inminente. A veces tenía la sensación de empezar a temer el regreso casi en cuanto llegaba.

Robert puso un disco y se recostó en el sofá, balanceando la ceniza del cigarrillo mientras escuchaba la música.

—¿Cuándo vamos a casarnos? —preguntó Elizabeth.

—¿Hay un cenicero debajo de ese periódico?

—Sí. —Se lo alargó—. ¿Y bien?

—¡Oh, Elizabeth! —dijo él, irguiéndose—. Tu problema es que eres demasiado impaciente.

—Así que ése es mi problema, ¿eh? ¡Hay tantas teorías! Y no me parece que haber esperado dos años sea ser tan impaciente.

—Me divorciaré, pero ahora no puedo.

—¿Por qué?

—Ya te lo expliqué. Anne acaba de cambiarse de escuela. Jane necesita hacer amigas en el lugar a donde nos hemos mudado y...

—Y no es justo para Anne.

—Exactamente. Sólo tiene diez años.

—Y pronto tendrá exámenes, y entonces hará falta alegrar a Jane y después tú tendrás un nuevo trabajo.

Robert meneó la cabeza.

—Y un año después de eso —prosiguió Elizabeth— será demasiado tarde.

—Demasiado tarde ¿para qué?

—Para ti y para mí.

Robert suspiró.

—Esto no es fácil, Elizabeth. Te prometo que me divorciaré. Si quieres, hasta te daré una fecha tope. Digamos dentro de tres años.

—No puedo depender de eso. No puedo planificar mi vida basándome en una promesa tan remota.

—¿Estás ansiosa por tener hijos?

—Preferiría que no utilizaras esa expresión. Cuando veo un niño pequeño se revuelve todo en mi interior. Mi cuerpo siente tanta necesidad de tener un hijo que debo detenerme y respirar varias veces antes de seguir andando. ¿Eso es estar ansiosa?

—Lo siento, Elizabeth. Realmente lo siento. Yo no te convengo. Debes renunciar definitivamente a mí. Encontrarás a otro. Te prometo que no te pondré dificultades.

—No tienes ni idea de lo que te estoy diciendo, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Es a ti a quien quiero. Tú eres el hombre de quien estoy

enamorada. No me interesa ningún otro.

Robert movió la cabeza. Parecía conmovido por la convicción de Elizabeth, pero indefenso.

—En ese caso no sé qué proponerte.

—¡Casarte conmigo, tonto, eso es lo que deberías proponerme! Seguir los dictados de tu corazón.

—Pero es que mi corazón está muy desgarrado. Desgarrado a causa de Anne. Sería incapaz de herirla.

Elizabeth comprendió que debía haber supuesto lo que le contestaría Robert. Adoptó un tono más conciliador.

—Yo la cuidaría —dijo con suavidad—. La cuidaría cada vez que viniera a estar con nosotros.

Robert se puso en pie y se dirigió a la ventana.

—Debes renunciar a mí. Lo sabes, ¿verdad? Es la única respuesta coherente.

Pese a su furiosa decisión de no hacerlo, Elizabeth lloró al despedirse en el garaje. Se sentía dependiente e indefensa y se odió por ello. Él la abrazó y la retuvo contra su cuerpo.

—Te llamaré —dijo, cerrando la portezuela del conductor.

Ella asintió y arrancó para enfrentarse a la pugna con el tránsito de la hora del té.

El jueves por la tarde, Elizabeth fue a Twickenham a ver a su madre, y mientras Françoise estaba ocupada en la cocina, subió al desván, donde había varios baúles llenos de documentos, fotografías y libros. No le dijo a su madre cuál era el objetivo de su búsqueda; explicó que andaba en busca de un diario escrito por ella años antes.

El desván no era lo suficientemente alto de techo como para permanecer de pie, y Elizabeth tuvo que agacharse. Como había luz eléctrica, pudo apreciar la tarea que le esperaba.

Había cinco baúles de cuero y otros seis, negros, de hojalata. además de varias cajas de cartón. Casi todo parecía haberse guardado sin orden alguno: adornos de Navidad y viejos juegos a los que faltaban partes importantes estaban empaquetados junto con fajos de cartas y de recetas.

Empezó por los baúles de cuero. Ignoraba que a su madre le gustara tanto el teatro. Encontró gran cantidad de programas del West End y una colección de revistas en las que los actores que ella veía ahora en viejas películas por televisión aparecían en el escenario treinta años antes.

En otro baúl había una caja con una etiqueta que decía «PROPIEDAD de Alec Benson», y contenía diversos documentos. No había dinero pero sí algunas deudas interesantes. Sin que su esposa lo supiera, el padre de Elizabeth había comprado parte de una empresa

de transporte de caballos en Newmarket, cuya venta cubrió parcialmente sus deudas. El resto del contenido del baúl era una variedad de prospectos y cartas de distintas compañías que compró, vendió o en las que invirtió; casi todas se encontraban en Kenia y en lo que en esa época era Tanganica. Tenían en común una falta de capital y cierto optimismo al estilo de El Dorado. Más tarde, los documentos llegaban de Rhodesia y Sudáfrica. Después encontró fajos de tarjetas de golf cuidadosamente conservadas. Golpes 79, handicap 6, neto 73. «Fracaso debido a defectos en el uso del putter», decía una nota en una de las tarjetas, fechada en Johannesburgo el 19 de agosto de 1950.

En el primero de los baúles metálicos, Elizabeth encontró una guerrera caqui. La levantó y la expuso a la luz. No le sugería nada. Estaba en buen estado, con la basta sarga sin marcas y con los distintivos bien cosidos en las bocamangas. También había un casco de metal, en buen estado, con la pintura un poco saltada. En el fondo del baúl descubrió un pequeño recado de escribir de cuero y, dentro de él, un bloc sin usar y una fotografía en blanco y negro de un grupo de soldados sentados, en mangas de camisa, en un vehículo blindado. Una nota, detrás, decía: «Túnez, 1943. Los cinco intrépidos (Jarvis ausente)».

Guerra equivocada, hombre equivocado. Después de todo lo que había visto, después de todos los nombres grabados en el gran arco, habían vuelto a las andadas apenas veinte años más tarde. Si ella tuviera un niño, ¿qué garantías tenía de que no le tocaría pasar unos años de su vida adulta en aquella infernal perversión? Avanzó agazapada por el desván, hacia la hilera de baúles de metal. Dentro del primero encontró más cosas inservibles: algunos de sus viejos juguetes, cuentas y cartas comerciales relativas a la compra de la casa.

Elizabeth se detuvo a leerlas, porque aunque eran triviales en sí mismas, por alguna razón la emocionaban. Las columnas de deudas e intereses, escritas en azul y marcadas en rojo al margen, y las sumas anotadas a máquina y firmadas con tinta negra, hablaban de sumas poco importantes obtenidas a soportables tipos de interés. Pero ¡qué aterradores debieron de parecer en su momento! Un obstáculo constante a la paz mental. Para Elizabeth representaban, sobre todo, una familia, por poco sólida que fuera, una casa y una criatura, y la presunta decisión de los padres, al menos de la madre, de hacer un esfuerzo por mejorar el pasado. Y para saldar esa llevadera deuda a una mutua, hubo que sacrificar ambiciones personales, viajes, vivir una vida mejor. A pesar de todo, a Elizabeth le resultaba difícil considerar su propia vida como el pináculo de los sacrificios de generaciones anteriores.

En el tercer baúl de metal, casi en el fondo, encontró un paquete

atado con una cinta. El polvo que lo cubría le secó la piel de los dedos y la hizo apretar los dientes. Soltó el nudo y el paquete se deshizo dejando caer su contenido en las manos de Elizabeth. Eran más papeles y cartas y un bloc. También había algunas cintas de colores, tres medallas y una cantimplora. Todo parecía anterior al contenido de los otros baúles.

Entre los papeles había algunos escritos en francés. Uno de ellos tenía una dirección de Ruán. Elizabeth se descubrió leyéndolo con una sensación de culpa. Le resultaba difícil comprender su significado. La letra era compacta y adornada, la tinta estaba desteñida y el francés de Elizabeth no era bueno. También encontró una segunda carta escrita con la misma letra y una dirección de Munich.

Al final del montón había dos libros. El primero era un manual militar para oficiales. En la guarda estaba escrito «Capitán Stephen Wraysford, abril de 1917». Elizabeth lo abrió. Entre las instrucciones que se daban a los oficiales había una que les instaba a que «debían estar sedientos de sangre, pensar constantemente en matar al enemigo y ayudar a sus hombres a que también lo hicieran». Algo en las palabras «sedientos de sangre» estremeció a Elizabeth.

El segundo libro era un cuaderno con un grueso rayado azul. Estaba cubierto de anotaciones que se extendían sobre el rayado a partir de la línea roja que señalaba el margen.

A Elizabeth le planteó un problema aún peor que las cartas. Parecía escrito en griego. Lo miró, intrigada. Si pertenecía a un extranjero, a alguien sin relación con su familia, ¿qué hacía en aquel paquetito que contenía las pertenencias de su abuelo? Lo deslizó dentro del bolsillo de la falda y volvió a atar el resto del paquete.

Su madre estaba en la sala de estar, leyendo un libro.

Elizabeth sacó a colación el tema utilizando un pequeño subterfugio.

—No he podido encontrar el diario que buscaba. En él tenía una dirección de hace años. Porque cuando me mudé de piso me dejaste guardar muchas cosas arriba, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo. Me encantaría que tiraras algunas.

—Lo haré. Mientras buscaba mi diario encontré un paquete que me parece que debe de contener papeles de tu padre.

—Creí haberlos tirado todos. Había muchos, pero se perdieron cuando me mudé de casa.

—¿De qué se trataba?

—Había cajas llenas de blocs que guardaba desde la primera vez que fue a Francia. Creo que eran unos veinte o treinta. Pero no pudo comprender lo que decían porque estaban escritos en una especie de código.

—Queda uno en el desván. Parece escrito en griego.

—Sí, eso es —dijo Françoise dejando el libro—. Había muchos más. Siempre pensé que si hubiera querido que alguien los entendiera los habría escrito sin más en inglés.

—¿Cómo era tu padre?

Françoise se irguió en el sillón y un leve rubor le tiñó la cara.

—Ojalá lo hubieras conocido. Te habría querido. Ojalá te hubiera podido ver una sola vez y te hubiera acariciado la cara.

El sábado siguiente bajó a la estación del metro y se acomodó en el tren, que avanzó con ruidos metálicos por su ruta electrificada, por el lecho de la tubería insertada en la pegajosa arcilla bajo la ciudad. En Stratford salió a la luz del día invernal y tomó un autobús para continuar. Maldijo el reluciente sedán sueco, que se había negado a arrancar.

La casa de Bob e Irene estaba situada frente a una plaza protegida por una verja de hierro, en un parque con media docena de plátanos desnudos. En un extremo había un foso de arena con una estructura para juegos infantiles, roja y anaranjada, cuyas superficies estaban cubiertas por palabras sólo conocidas por quienes las habían escrito. A Elizabeth le causaron la impresión de furiosas advertencias de un manuscrito religioso fundamentalista. Hacía demasiado frío para que los niños estuvieran jugando en la plaza, pero una mujer con la cabeza cubierta por una bufanda de lana era arrastrada por el verde embarrado por un perro alsaciano que se detuvo y se agachó pesadamente junto al foso.

Elizabeth se apresuró a acercarse a la casa y pulsó el timbre. Alcanzó a ver la parte superior de la cabeza de Irene cuando ésta se inclinó para contener a su terrier, que ladraba con furia frente a la puerta entreabierta. Después de amenazar al peno y de tranquilizar a Elizabeth, Irene consiguió dejar sitio para que ambas cruzaran el vestíbulo, y luego cerró la puerta.

Se encaminaron a la sala de estar, que daba a la fachada principal, y Elizabeth se sentó mientras Irene iba a preparar el té. La habitación tenía un empapelado oscuro, aunque casi cubierto totalmente por fotografías y estanterías con recipientes de cristal con pájaros disecados y colecciones de platos y tazas de porcelana. Había dos maniquíes, uno vestido con un traje color púrpura del siglo XIX y el otro con el torso desnudo apenas cubierto por un encaje antiguo. Además, una serie de mesitas diseminadas por la estación, sobre las que se exhibían curiosidades de bronce y figuras.

—Espero que a Bob no le moleste que lo esté utilizando como biblioteca de consulta —dijo Elizabeth cuando Irene volvió con el té.

—No creo que le moleste. Al contrario. Es probable que le guste que le consultes. ¿Te han ayudado los libros que te prestó?

—Sí, me ayudaron mucho. Ya te hablé del monumento que encontré, ¿no? El problema es que estoy obsesionada con el tema y quiero saber más. Encontré este cuaderno de mi abuelo. Por lo menos creo que es de mi abuelo porque estaba con algunas cosas suyas. Está escrito en un idioma que no comprendo y me preguntaba si Bob lo conocería, considerando lo que sabe de arqueología y de todo.

—¿Jeroglíficos egipcios y demás?

—Bueno, esto no es egipcio, pero...

—Ya sé lo que me quieres decir. Bob solía saber mucho de idiomas. Ha hecho cursos sobre ellos. No creo que hable ninguno, pero es probable que los reconozca, sobre todo si se trata de un idioma antiguo. A Bob no le interesa demasiado el mundo moderno. Un año le regalé uno de esos cursos con discos para aprender francés, para las vacaciones, y ni llegó a escucharlos.

Cuando al tercer intento Bob, que estaba en el jardín, se dejó persuadir por Irene de que entrara, estrechó la mano de Elizabeth y se sirvió una taza de té. Ella le contó la experiencia de su visita a Francia y él asintió mientras escuchaba el ruido que producía al beberse el té. Era más bajo que su mujer, totalmente calvo y llevaba gafas con montura de carey. Mientras ella hablaba, ladeó la cabeza, la apoyó sobre un hombro y de vez en cuando se rascaba la barbilla. Una vez que Elizabeth le explicó el motivo de su segunda visita, sus movimientos se tornaron despiertos e impacientes.

—¿Puedo ver ese cuaderno? —preguntó, alargando la mano.

Elizabeth se lo entregó sintiéndose culpable porque no sabía si era adecuado que aquel extraño hombrecillo escudriñara algo escrito tantos años antes por su abuelo.

—Ya veo —dijo Bob, pasando las páginas como el cajero de un banco contando billetes. Elizabeth temió que se rasgara el viejo papel —. Escribió mucho, ¿verdad? ¿Tiene algún cuaderno más?

—No, supongo que es el único que queda.

—Creo que tendremos que ir a mi estudio. Enseguida volvemos, Irene.

Se puso en pie con rapidez y le hizo señas a Elizabeth para que lo siguiera por el oscuro vestíbulo hasta una habitación de la parte trasera de la casa, que daba al jardín, de donde habían desaparecido los últimos rayos del sol, dejando sólo las formas oscuras de una carretilla y de un montón de hojas.

—Le devuelvo los libros que me prestó.

—Gracias. Déjelos ahí mismo. Los colocaré en su sitio cuando haya acabado con esto.

Bob emitió una serie de ruidos, como si sorbiera y murmurara, mientras pasaba las páginas del cuaderno atrás y adelante.

—Tengo una idea de lo que es esto —murmuró—. Tengo una

idea...

Y sacó un libro de uno de los estantes de la biblioteca, que cubría desde el suelo hasta el techo las paredes de la habitación. Los libros estaban colocados por orden alfabético y de vez en cuando había una marca que señalaba el cambio de materia. Bob se volvió a sentar en un hondo sillón de cuero e invitó a Elizabeth a ocupar la silla de madera junto al escritorio.

—... Pero por otra parte no coincide del todo. —Bob apoyó el cuaderno en las rodillas. Se levantó las gafas, sujetándolas sobre la frente, y se frotó los ojos—. ¿Por qué quiere saber lo que significa todo esto?

Elizabeth sonrió con tristeza y meneó la cabeza.

—En realidad no lo sé. Tal vez no sea más que un capricho, una vaga idea que tengo de que tal vez me explique algo. Pero supongo que ahí no debe de haber nada interesante. Lo más probable es que sólo sean listas de asuntos domésticos o recordatorios de cosas por hacer.

—Es probable. Si quiere, podría hacerlo revisar por un experto. Lo podría llevar a un museo o a una universidad que tenga un departamento especializado en estas cosas.

—No quisiera molestarlos porque temo que sea un asunto trivial. ¿No podría resolvérmelo usted?

—Quizá. Depende de cuánto haya de código personal de su abuelo. Por ejemplo, suponga que usted llevara un diario en el que, digamos, se refiriera a Irene como la Reina Isabel. Alguien podría llegar a descifrar las palabras Reina Isabel, pero con eso no se ganaría mucho, ¿verdad?

—Supongo que no. No quiero que pierda demasiado tiempo con el asunto. ¿Por qué no...?

—¡No, no! Me interesa. Me gustaría descifrarlo. Lo que puedo decirle ya es que el problema no reside en el idioma en que está escrito. Está escrito en griego, pero las palabras no son griegas. Creo que están en un lenguaje mezclado, tal vez con algunos términos inventados.

—¿Quiere decir que el lenguaje original puede no ser siquiera inglés?

—Exactamente. Cuando descifraron la lineal B, durante años creyeron que trataban de descifrar griego, pero no era así. De ninguna manera se trataba de griego ático. Una vez llegaron a la «inclusión adecuada, todas las piezas del rompecabezas encajaron. Aunque le aseguro que esto no es tan difícil como la lineal B.

Elizabeth sonrió.

—¿Cómo sabe tanto sobre estas cosas?

—Tuve que hacer algo para mantenerme a la altura de Irene.

Cuando el negocio iba bien era ella quien ganaba el dinero. Yo sólo tenía mi empleo. Así que hice algunos estudios en mis ratos libres. Es sorprendente lo que uno puede aprender con sólo dedicar un poco de tiempo a la lectura. Si no consigo descifrar esto en dos semanas, se lo devolveré para que se lo lleve a otro.

—¿Seguro que no es una molestia?

—No; disfrutaré. Me gusta el desafío.

Había una llamada de Stuart, el hombre a quien había conocido en casa de Lindsay. A Elizabeth le sorprendió tener noticias suyas, pero no le desagradó. Stuart la invitó a cenar y aceptó. Siempre experimentaba una leve sensación de culpa cuando salía con otros hombres. No lo podía evitar, por más que pensara en lo «infiel» que era Robert con ella, pero no por eso rechazaba las invitaciones.

Fueron a un restaurante chino que Stuart insistió era más auténtico que la mayoría de los que, por lo general, se encontraban en Inglaterra, Él había trabajado un año en Hong Kong, donde aprendió algo de chino. Pidió media docena de platos y pronunció algunas palabras en mandarín, que el camarero hizo como que entendía. Elizabeth escuchó con interés la explicación que dio de cada plato. Tenían la misma consistencia que los de las tiendas de comida para llevar de Paddington, pero Stuart insistía en que eran más auténticos. Ella hubiera deseado beber vino en lugar de té.

Stuart le preguntó si después de la cena lo acompañaría a su piso. Se encontraba en un bloque en St Johns Wood, no lejos del restaurante. Aquel hombre intrigaba a Elizabeth, y quería saber cómo era el lugar donde vivía. Recorrió con rápida mirada los pavimentos de parqué, las alfombras de buen gusto, los anaqueles llenos de libros. De las paredes gris pálido sólo colgaban tres cuadros, pero todos eran elegantes...; algo que estaba entre el arte y la decoración.

Mientras ella tomaba café, Stuart se acercó a un piano de cola y encendió una lámpara roja que había junto a él

—¿Vas a tocar algo?

—He perdido mucha práctica.

Elizabeth tuvo que convencerlo, pero finalmente se frotó las manos y se sentó.

Interpretó una pieza que a Elizabeth le resultaba vagamente familiar. Tenía una melodía frágil cuya eficacia dependía tan sólo de dos o tres notas. Sin embargo, su manera de tocarla, con mucha suavidad y un ritmo sutil, era emotiva. En cuanto escuchó la melodía, Elizabeth supo que no la olvidaría.

—Ravel —dijo Stuart al terminar de tocar—. Encantador, ¿verdad?

Le habló sobre Ravel y Satie y los comparó con Gershwin. Elizabeth, que los consideraba compositores muy diferentes, quedó

impresionada.

Cuando por fin llamó un taxi, ya era medianoche. Bajó la escalera tarareando feliz la melodía que Stuart había interpretado. En el camino hasta su casa traicionó con el pensamiento a Robert. Siempre le decía que la hacía infeliz que no se separara de Jane, y le prometía que sería más feliz a su lado. Por lo que sabía de sí misma, era absoluta y apasionadamente sincera en sus manifestaciones. Sin embargo, mientras el taxi cruzaba Edgware Road, concedió que existía la posibilidad de que hubiera elegido a alguien inasequible por esa misma razón: porque no amenazaba su independencia.

CUARTA PARTE

FRANCIA, 1917

BAJO la cobertura de un crepúsculo que se desvanecía, Stephen Wraysford entrecerró los ojos para protegerlos de la llovizna. En el frente los hombres eran invisibles bajo la gran cantidad de ropa que llevaban y los pesados petates con pertrechos que cargaban. Era como si estuvieran a punto para una expedición al polo, exploradores rumbo a las regiones más lejanas. Stephen se preguntó qué fuerza lo empujaría, mientras comenzaba a mover de nuevo las piernas.

Había estado lloviendo tres semanas; lloviznaba y luego caía un regular chaparrón. Escampaba una hora aproximadamente, y más tarde las nubes volvían a cubrir el bajo horizonte de Flandes con su luz invernal. Los capotes de los hombres estaban empapados, con cada fibra de la lana soltando agua, y su peso añadía casi diez kilos a los que ya llevaban a cuestas. Habían marchado desde sus alojamientos en retaguardia y ya tenían la espalda irritada por el roce de la ropa bajo la carga. Con repetidas marchas militares y canciones lograron llegar hasta las líneas de apoyo, pero entonces cayó la oscuridad y comprobaron que faltaban casi cinco kilómetros para llegar al frente. Poco a poco las canciones y las conversaciones fueron muriendo y tuvieron que concentrarse en levantar los pies del barro que amenazaba con succionarlos. Sus mundos respectivos se redujeron a la espalda empapada del hombre que tenían delante.

La trinchera de comunicaciones estaba llena de un cieno anaranjado que les cubría las botas y las polainas. Cuanto más se acercaban a la línea del frente, más aumentaba el hedor que percibían. Unos ochocientos metros más allá se había convertido en un zigzagueante sumidero, lleno de un barro profundo diluido en los excrementos de las letrinas desbordadas y espesado con los cadáveres en descomposición que cada nuevo derrumbamiento de una pared de la trinchera revelaba en la tierra que se extendía debajo.

Un grito de irritación resonó a lo largo de la línea: los hombres en vanguardia avanzaban demasiado aprisa y alguien acababa de caerse. El problema era que podían terminar en un lugar equivocado de la trinchera, lo cual les obligaría a empezar de nuevo. Pero no era la primera vez que estaban allí; de una manera casi automática ya lograban encontrar el camino en plena oscuridad y doblar hacia el lado adecuado cuando llegaban a la bifurcación. El sudor y las protestas violentas también eran algo rutinario. De algún modo se parecían al orgullo. Aquellos hombres tuvieron que contemplar cosas que ningún ojo humano tuvo que ver hasta entonces, y no desviaron la mirada.

Desde su punto de vista, integraban un grupo formidable. Ya no habría infierno que los derritiera, ni tormenta que los destruyera, porque después de haber visto lo peor, sobrevivían.

En sus mejores momentos, Stephen sentía por ellos el amor del que Gray le había hablado. El coraje desesperado, nacido de la necesidad, resultaba sin embargo atractivo. Cuanto más lúgubres, más duros y más sarcásticos se ponían aquellos hombres, más los quería. Sin embargo, no podía creerles del todo; no alcanzaba a comprender que permitieran que se los llevara hasta tales extremos. Antes tenía curiosidad por saber hasta dónde podían llevarlos, pero al obtener la respuesta su interés disminuyó: no existían fronteras que no cruzarían ni situaciones límite que no fueran capaces de resistir.

Les vio las caras envueltas en bufandas de lana, las gorras asomando por debajo de los cascos y su aspecto de criaturas de otros mundos. Algunos llevaban cárdigans y chalecos que les mandaban de sus casas, otros se envolvían las manos con tiras de tela o vendas en lugar de los guantes que perdieron o que otros menos escrupulosos les sustrajeron del petate. Toda tela o trozo de lana que pudieron conseguir en los pueblos se utilizaban como calcetines suplementarios o como capas sobre la cabeza. Algunos llevaban periódicos flamencos dentro de los pantalones.

Estaban hechos para soportar y resistir; tenían el aspecto de criaturas pasivas que se adaptaban a un infierno de circunstancias que los oprimían. Pero Stephen sabía que llevaban encerrado en sus corazones el horror de lo que habían visto, y que el orgullo jovial de su flexibilidad no era convincente. Se vanagloriaban en tono burlón de lo visto y de lo hecho, pero en sus rostros tristes, envueltos en trapos, percibía el peso de ese conocimiento indeseado.

Stephen sabía lo que experimentaban porque estaba al lado de ellos y él mismo no se sentía endurecido ni fortalecido por lo vivido; más bien se sentía empobrecido y disminuido. Compartía la conspiración de fortaleza de sus hombres, pero a veces sentía por ellos lo que sentía por sí mismo; no amor, sino un lamentable desprecio.

Decían que por lo menos habían sobrevivido, pero ni siquiera eso era cierto. Del pelotón original sólo quedaban en el frente él, Brennan y Petrossian. Los nombres y los rostros de los demás ya eran indistinguibles en su recuerdo. Conservaba la impresión de un grupo de hombres cansados, con capotes y polainas manchadas, del humo del cigarrillo que se alzaba desde debajo de los cascos. Recordaba una voz, una sonrisa, una manera habitual de hablar. Recordaba miembros separados de sus cuerpos, y la forma de alguna herida en particular; podía recordar la intimidad repentina y revelada de órganos internos, pero no siempre lograba precisar a quién había pertenecido aquella carne. Dos o tres regresaron definitivamente a Inglaterra; el resto

desapareció o estaba enterrado en fosas comunes o, como el hermano de Reeves, quedó reducido a partículas tan pequeñas que sólo el viento era capaz de transportarlas.

Si podían reclamar la supervivencia, era cerrando filas y amalgamando diferentes unidades reforzadas por movilizados. Gray se puso al mando del batallón para sustituir a Barclay y Thursby, que habían muerto, y Stephen se hizo cargo de su compañía. Harrington inició el largo camino de regreso a su hogar en Lancashire, dejando parte de la pierna izquierda en la orilla norte del Ancre, donde los cuervos se dieron un banquete con ella.

Era de noche cuando llegaron a la línea del frente. Los hombres a quienes relevaban les entregaron botas de goma que les llegaban a los muslos y que habían estado continuamente en servicio durante ocho meses. El deteriorado forro interior de las botas era una mezcla de aceite de ballena y de trapos podridos que se podían adaptar a pies de casi cualquier tamaño. Durante las horas de oscuridad, ninguno de ellos permaneció tranquilo. Los lejanos relámpagos de luz producidos por la explosión de proyectiles de obús se podían considerar reconfortantes por lo remotos. Pero cerca de la trinchera siempre se producían ruidos y formas que excitaban los viejos reflejos. A veces Stephen pensaba que ésa era la única manera en que podían estar seguros de seguir con vida.

El refugio subterráneo, que hacía las veces de cuartel general de la compañía, era un agujero con techo abierto en la segunda trinchera. Aunque pequeño, disponía de una litera improvisada y una mesa. Stephen descargó parte de los pertrechos que llevaba: un cuaderno de dibujo, tabletas de chocolate y cigarrillos, un periscopio y un chaleco de punto que le había comprado a una anciana. Compartía el refugio con un alférez pelirrojo apellidado Ellis, a quien le gustaba leer en la cama. No debía de tener más de diecinueve o veinte años, pero parecía sereno y cooperador. Aunque fumaba incesantemente, rechazaba todos los ofrecimientos de bebida.

—En nuestro próximo permiso quiero ir a Amiens.

—Queda muy lejos —advirtió Stephen—. No le dará tiempo.

—El ayudante de campo me dijo que podríamos—dijo que todo formaba parte de la nueva eficiencia. Los oficiales deben tener permisos decentes en el lugar que elijan.

—Le deseo suerte —dijo Stephen, sentándose a la mesa y acercando la botella de whisky.

—¿Usted no irá?

—¿Yo? No creo. No es más que un empalme ferroviario.

—¿Ya ha estado allí?

—Sí. Antes de la guerra.

—¿Cómo es?

Stephen se sirvió whisky.

—Si le interesa la arquitectura, tiene una hermosa catedral A mí no me convenció. Es un edificio frío.

—Bueno; de todas maneras iré. Avíseme si cambia de idea. El oficial al mando me dijo que habla muy bien francés.

—¿Eso le dijo? Iré a comprobar si todo está en orden. —Stephen apuró el vaso—. ¿Sabe dónde está la cabecera del túnel?

—Por ese lado, a menos de cincuenta metros.

Había un agujero en el suelo aproximadamente donde Ellis le indicó. Stephen le preguntó al centinela cuándo debía producirse el relevo.

—Dentro de una media hora, señor.

—¿El capitán Weir está con ellos?

—Sí.

—Si sube antes de que yo vuelva, dígale que me espere.

—Muy bien, señor.

Stephen recorrió la trinchera y por dos veces tropezó con las piernas de unos hombres que habían excavado unos hoyos para dormir en la pared delantera. Se preguntó si realmente sería posible llegar hasta Amiens. Habían pasado casi siete años desde que él e Isabelle habían salido en el tren nocturno. Sin duda ahora sería seguro regresar. Después de la ocupación y el bombardeo de los alemanes, y al cabo de siete años, sin duda en el lugar nadie conservaría recuerdos inquietantes.

Cuando Stephen regresó, Michael Weir salía del túnel Hubo entre ellos un momento de incomodidad física, cuando ninguno de los dos alargó la mano para estrechar la del otro. Poco después del ataque inicial que se produjo aquella calurosa mañana de julio, la compañía de Weir fue enviada de regreso a su posición inicial. Él se mostró encantado cuando, algunos meses después, también regresó el batallón de Stephen.

—¿Has descansado bien? —preguntó Weir.

—Sí, muy bien. ¿Qué sucede bajo tierra?

—Hemos recibido una nueva remesa de canarios. Los hombres están contentos. Les preocupaba el gas.

—Bien. Si quieres, ven a tomar una copa. Todo parece bastante tranquilo. Más tarde enviaremos fuera una patrulla, pero no creo que haya problemas.

—¿Tienes whisky?

—Sí. Riley siempre lo consigue en alguna parte.

—Me alegro. A mí se me acabó.

—No creía que eso fuera posible. ¿No puedes pedir más?

—Por lo visto, ya he consumido la ración que me correspondía.

Una vez en el refugio, las manos de Weir temblaban cuando tomó

la botella para llenarse el vaso. Ellis los observaba en silencio desde la litera. Le atemorizaba el aspecto desaliñado de Weir y su aparente incapacidad para hablar con sensatez, hasta que el whisky le aportó algo de fuerza y claridad de razonamiento. Parecía demasiado mayor para arrastrarse bajo tierra con cargas explosivas, sobre todo considerando cómo le temblaban las manos.

Weir se bebió el whisky de un trago y se estremeció al sentirlo correr por su cuerpo. Cada vez le resultaba más difícil soportar el prolongado turno bajo tierra, incluso con ayuda de lo que llevaba en la cantimplora. Siempre encontraba razones para ordenar a algún otro que bajara con los hombres.

Weir había estado de permiso en Inglaterra. Llegó al anochecer a la villa victoriana que sus padres tenían en Leamington Spa y pulsó el timbre de la puerta principal. Abrió la criada y le preguntó quién era. El telegrama en el que anunciaba su llegada no se recibió, y nadie lo esperaba. Su madre no estaba, y la criada le dijo que creía que encontraría a su padre en el jardín. Era una tarde de octubre, tres meses después del ataque en el Ancre.

Weir se despojó del capote y lo dejó sobre una silla del vestíbulo. Soltó el petate, que cayó al suelo, y se dirigió a la parte posterior de la casa. Había una vasta extensión llana de césped con arbustos de laurel y un cedro gigantesco en un extremo. Vio los mosquitos que volaban a su alrededor en el aire húmedo y sintió que las botas se le enterraban en el corto césped. La hierba compacta ofrecía un apoyo casi lujurioso a sus pies. En el aire del atardecer flotaban los perfumes de las flores. La densidad del silencio le oprimió los oídos. Entonces oyó que una puerta se cerraba con fuerza dentro de la casa, después el motor de un camión que pasaba por la tranquila calle suburbana.

A la izquierda del parque había un enorme invernadero. Weir alcanzaba a ver que salía un hilo de humo por la puerta. Mientras se aproximaba percibió el aroma familiar del tabaco de su padre. Permaneció de pie en la puerta y miró adentro. Su padre estaba arrodillado debajo de un estante cubierto de pequeñas cajas con semillas. Parecía estar hablando con alguien.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Weir.

—Alimentar el sapo —respondió el padre sin levantar la vista—. Calla.

De una vieja lata de tabaco que había en el suelo sacó un insecto muerto, lo tomó entre el índice y el pulgar y adelantó la mano lentamente, introduciéndola bajo el estante. Weir alcanzaba a ver el fondillo brillante de sus pantalones y su cabeza calva, pero muy poco más.

—Ahí está mi hermosura. Es todo un campeón. Deberías ver lo

grande que es. Hace semanas que no tenemos un insecto aquí dentro. Ven a verlo.

Weir se adelantó sobre el pavimento sin encementar que su padre había tendido en medio del invernadero y se arrodilló junto a él en la grava.

—¿Lo ves allí? ¿En el rincón?

Weir oyó que el animal emitía un sonido gutural desde la dirección indicada por su padre.

—Sí. Es un ejemplar estupendo.

El padre salió de debajo de las cajas de semillas y se puso en pie.

—Será mejor que entres. Tu madre está en el ensayo del coro. ¿Por qué no nos has avisado de que venías?

—Os mandé un telegrama. Debe de haberse extraviado. No me enteré del permiso hasta el mismo día.

—Bueno, no te preocupes. Hemos recibido tus cartas. Quizá quieras asearte después del viaje.

Mientras cruzaban el parque, Weir observó la figura corpulenta de su padre. Se había puesto un cárdigan sobre la camisa, pero todavía conservaba el cuello duro de su día en la oficina y una corbata oscura, a rayas. Weir se preguntó si le diría alguna palabra de bienvenida. Cuando llegaron a los ventanales que daban a la sala de estar, era evidente que el momento había pasado.

—Si piensas quedarte, le diré a la chica que te haga la cama.

—Si no te parece mal. Sólo una o dos noches.

—Claro que no me parece mal.

Weir se llevó el petate escaleras arriba y se dirigió al cuarto de baño. El agua rugió en las cañerías, se atascó, borboteó a causa de una bolsa de aire que estremeció la habitación y luego atronó por la amplia boca del grifo. Dejó caer la ropa en el suelo y se sumergió en la bañera. Esperaba volver a sentirse pronto cómodo en casa. Regresó a su antigua habitación y se vistió cuidadosamente con un par de pantalones de franela y una camisa a cuadros. Esperaba con ansiedad el momento en que lo invadiría la normalidad familiar, devolviéndole su ser; el momento en que las experiencias de los últimos años retrocederían hasta adquirir una perspectiva clara. Notó que la ropa le iba grande. Los pantalones se sostenían en los huesos de las caderas. Encontró un par de tirantes y se los puso. No sucedió nada. La caoba brillante de la cómoda le parecía extraña; le resultaba difícil recordarla, imaginar que hubiera podido verla antes. Se acercó a la ventana y observó el paisaje familiar, el lugar junto al cedro donde terminaba el jardín, y el rincón de la casa vecina, con su terraza trasera. Recordaba tardes aburridas de infancia en las que miraba aquel paisaje, pero el recuerdo no le proporcionó la sensación de pertenencia.

Cuando bajó, su madre había vuelto.

Ella lo besó en la mejilla.

—Estás un poco delgado, Michael. ¿Qué te han dado de comer en Francia?

—Ajo.

—¡Bueno, no me extraña! Recibimos tus cartas. He de decir que eran muy bonitas. Muy tranquilizadoras. ¿Cuál fue la última que recibimos?

El padre de Weir estaba de pie junto a la chimenea, cargando otra pipa, y dijo:

—Llegó hace unos quince días. Contabas que te habían trasladado.

—Es cierto. Nos evacuaron de Beaucourt. Pronto volverán a trasladarnos, hacia Ypres. Cerca de un lugar llamado Messines, donde estuvimos al principio. En realidad se supone que debo mantener la discreción.

—Me hubiera gustado saber que venías —dijo la madre—. Tomamos el té pronto para que yo pudiera llegar al ensayo del coro, pero si tienes hambre, queda un poco de jamón y lengua fríos.

—Me gustaría mucho.

—Está bien. Le diré a la chica que te lo sirva en el comedor.

—Me temo que has llegado tarde para mis tomates —dijo el padre —. Este año hemos tenido una cosecha excelente.

—Le diré a la chica que trate de encontrar un poco de lechuga.

Weir comió solo en el comedor. La criada dispuso un servicio con un vaso de agua y una servilleta limpia. A un lado había un plato con una rebanada de pan con mantequilla. Tragó con rapidez, y el ruido que producía al masticar aumentaba de intensidad por la falta de conversación.

Después jugó a las cartas con sus padres en la sala de estar hasta las diez, cuando su madre dijo que era su hora de irse a la cama.

—Es hermoso verte sano y salvo, Michael —dijo, mientras se arropaba en su cárdigan y se dirigía a la puerta—. No os quedéis hablando toda la noche.

Weir estaba sentado, con la chimenea entre ambos.

—¿Qué tal la oficina?

—Bien. Los negocios no han variado tanto como podrías suponer.

Hubo un silencio. A Weir no se le ocurría nada.

—Si quieres, invitaremos a algunas personas. Si te quedas hasta el fin de semana.

—Sí, me parece bien.

—Supongo que te gustará tener un poco de compañía después de todo... Después de... Ya sabes.

—¿Francia?

—Exactamente. Por cambiar.

—Ha sido algo terrible. Tengo que decirte que ha sido...

Lo hemos leído en el periódico. Todos queremos que se den prisa y esto acabe cuanto antes.

—No, ha sido peor. Quiero decir que no lo puedes imaginar.

—¿Peor aún? ¿Peor que lo que se dice? ¿Ha habido más bajas?

—No, no es eso... Es... No sé.

—Tómatelo con calma. No te preocupes. Todo el mundo está poniendo de su parte, ¿sabes? Todos queremos que esto acabe, pero mientras tanto hay que seguir.

—No es eso. Es... Me pregunto si podría beber algo.

—¿Beber qué?

—Un... vaso de cerveza, quizá.

—No tenemos. Puede que haya un poco de jerez en el aparador, pero no querrás, ¿verdad? No a estas horas de la noche.

—No. Supongo que no.

El padre de Weir se puso en pie.

—Lo que te hace falta es una buena noche de sueño. Es lo mejor que puedes hacer. Mañana le diré a la chica que compre cervezas. Después de todo tenemos que fortalecerte.

Extendió la mano y palmeó a su hijo en el bíceps izquierdo.

—Entonces buenas noches —dijo el padre—. Yo me ocuparé de cerrar.

—Buenas noches.

Cuando dejó de oír los pasos de su padre en el piso de arriba, se dirigió al aparador, del que sacó una botella de jerez casi llena. Salió al jardín, se sentó en un banco, encendió un cigarrillo y se llevó la botella a la boca con manos temblorosas.

—Quiero que me eches las cartas. Que me adivines el futuro —dijo Weir.

Stephen sonrió.

—No tienes arreglo, ¿eh? —Y dirigiéndose a Ellis, que los observaba desde la litera—: Quiere que le diga que va a sobrevivir.

—Vamos —replicó Weir—. No pretendas que no crees en eso. Fuiste tú quien me introdujo en el asunto.

Stephen se puso en pie y se dirigió a la cortina antigás que cerraba la entrada al refugio.

—¡Riley! —gritó—. Tráigame una rata.

Mientras esperaban, Stephen sacó una baraja, algunos cabos de vela y un poco de arena del estante junto a la puerta. Dibujó un pentáculo en la mesa, colocó algunas cartas boca abajo y las unió con

líneas de arena. Encendió las velas y las situó en cinco puntos equidistantes. Sentía a su espalda la penetrante mirada de Ellis.

—Esto es una especie de vudú que inventé para pasar el tiempo. A Weir le gusta. Le hace sentir que alguien se preocupa por él. Es mejor tener una providencia maligna que una indiferente.

Ellis no hizo ningún comentario. No comprendía la relación que unía a aquellos dos hombres. El oficial del túnel parecía estar siempre a punto de derrumbarse, mientras que su propio oficial superior, Wraysford, parecía tan tranquilo que era capaz de mostrarse cruel con Weir, capaz de decir cualquier cosa sin que el otro protestara. Weir llegaba tembloroso al refugio en busca de whisky y de que lo tranquilizaran; por lo visto, dependía de la frialdad de Wraysford. A veces, sin embargo, a altas horas de la noche, Ellis tenía la impresión de que había otro aspecto en la amistad ruda de aquellos hombres. Al bajar la mirada notó que los ojos hundidos de Wraysford, negros a la luz de las velas, parecían prendidos de la nerviosa conversación de Weir; estaban fijos en él, como si dependiera de su persona por alguna cualidad de la que Weir carecía. Una vez Ellis pensó que era como si realmente cuidara de él.

Entró Riley con una rata cogida por la cola.

—La cazó Coker, señor. Con el truco del queso en la bayoneta.

Ellis miró a Riley con desagrado. Era un hombrecillo muy listo, siempre a la altura de las circunstancias. Ellis lo admiraba por eso, pero lo encontraba obsequioso y siempre dispuesto a saltarse las reglas.

—Eche un trago, Riley —lo invitó Stephen—. Y tome de ese chocolate.

Riley vaciló al ver que Ellis lo miraba, pero al fin aceptó.

—¿Ellis? —dijo Stephen—. ¿No se arriesgará esta noche a beber algo? No necesitaríamos llevarlo a la cama. Podría quedarse ahí echado.

Filis negó con la cabeza. Afuera comenzaron las detonación nes. No alcanzaba a distinguir los howitzers de los cañones, ni los distintos calibres de la artillería enemiga. Sin embargo, durante la instrucción había estudiado los efectos de las explosiones de los proyectiles. Conocía el poder destructor demostrado en mapas; tuvo que trazar diagramas de la expansión cónica de la metralla y de la explosión compacta del mortero. Lo que hasta la semana anterior no pudo comprobar fue el efecto del explosivo sobre materias blandas, sobre la piel rosada de dos soldados de su pelotón, cuyos restos alguien tuvo que meter en una sola bolsa; observó los trocitos de carne que iban cayendo en la bolsa. Cuando volvió a escuchar el sonido de disparos, empezó a preocuparse. El sobresalto que le provocaba una explosión era tolerable; se parecía a una ola al romper, ruidosa pero breve.

Mucho peor que eso era la corriente de fondo de miedo que comenzaba cuando el ruido desaparecía. Era como si lo succionara y lo arrastrara, dejándolo cada vez un poco más débil.

—Esta noche no cabe duda de que saben a qué sitio apuntan —dijo Riley—. Por lo visto, nos han sobrevolado aviones toda la semana.

Stephen no levantó la mirada de la mesa.

—Ahora apaga la lámpara. A él le gusta esta parte —le dijo a Ellis —. Le da miedo.

Colocó en el centro de la mesa una figurilla de madera tallada por él. La luz temblorosa de las velas iluminó aquella forma tosca. Sacó del bolsillo un cortaplumas, de una sola hoja cuidadosamente afilada. La clavó en el pecho de la rata y la arrastró hacia abajo. Mientras sostenía la rata con la otra mano, esparció sus entrañas sobre la mesa.

A pesar de todo lo que había visto, Weir estaba fascinado. El montón formado por el bazo y el hígado era de un verde rojizo y se sentía caliente sobre la madera cubierta de arena de la mesa. Stephen volvió a hundir la hoja del cortaplumas en la cavidad y rascó hasta sacar lo que quedaba. Weir se inclinó y lo examinó.

—¿Qué quiere decir?

Stephen soltó una carcajada.

—¿Cómo quieres que lo sepa? No es más que una rata muerta. ¿Ésos son los intestinos? Sí, creo que sí. Ha estado comiendo... ¿Qué es eso? ¿Carne?

—¿Cómo se llamaban esos dos hombres de su pelotón? —preguntó Weir.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Ellis—. ¡Esto es muy desagradable! Me voy. Deberían avergonzarse. Eso es cosa de ignorantes. Ustedes deberían dar ejemplo.

—¿A quién? —preguntó Stephen—. ¿A usted?

Ellis se levantó de su litera. Stephen le dio un empujón y le obligó a volver a sentarse.

—Siéntese y mire.

A regañadientes, Ellis permaneció sentado en la litera. Stephen hundió la hoja del cortaplumas en las entrañas de la rata.

—La lectura es dudosa. Sugiere un futuro seguro siempre que no tengas nada que ver con mujeres ni con curas. De lo contrario, es probable que tropieces con problemas.

—¿Cuál de las cartas es el cura?

—El diez. Diez por los diez mandamientos. La reina es una mujer.

—¿Y qué puedo esperar?

Stephen empujó el cortaplumas sobre la mezcolanza que había encima de la mesa.

—Paz. Y hasta números. Y tú número: el cuatro. Naciste en abril, ¿verdad?

—Sí.

—Ahora descubriré las cartas. —Stephen introdujo la hoja del cortaplumas bajo la carta que tenía más cerca y la puso boca arriba. Era un ocho—. Muy bien. —La siguiente era el cuatro de corazones. Weir parecía encantado. Stephen levantó despacio la otra carta. Era el dos de trébol—. Creo que el Hombre de Arriba está a tu lado, Weir. —La cuarta carta era el as de corazones—. Paz. El as representa poder y estabilidad. Éste es el mejor horóscopo que podías tener.

Alargó el cortaplumas y dio la vuelta a la última carta con un floreo. Era el cuatro de diamantes. Weir dijo en el tono de quien desea que lo contradigan:

—Has hecho trampa.

Stephen negó con la cabeza. Weir insistió:

—Sabías qué cartas estaban en la mesa y lo has arreglado para que saliera lo que yo necesitaba.

—¿Me has visto preparar la baraja?

—No, pero es obvio que lo hiciste.

—No sé por qué me obligas a esta absurda representación si no vas a creer el resultado. ¿Coker quiere que le devolvamos su rata, Riley?

—Lo dudo, señor.

—Será mejor que vuelva a su sitio. Yo me encargaré de poner orden aquí. Al salir encienda la lámpara, por favor.

Una vez Riley se hubo marchado, se produjo un silencio prolongado. Ellis tomó su libro y encendió otro cigarrillo. Weir miraba como hipnotizado las líneas de arena que quedaban en la mesa.

—¿Por qué estás tan ansioso por sobrevivir? —preguntó Stephen.

—¡Sabe Dios! Mi vida es todo lo que tengo. En estas condiciones, lo único que uno quiere es aferrarse a ella. Tal vez después haga algo con ella, tal vez se me clarifique todo.

Stephen limpió la mesa con un cepillo y un balde dejado allí por los anteriores ocupantes. Parecía vagamente avergonzado. Ellis los miraba desde su litera y dijo:

—En esta guerra la mayoría de la gente quiere sobrevivir para que podamos ganarla. Estamos luchando por nuestro país.

Weir miró la lámpara recién encendida con los ojos muy abiertos. De alguna manera había conseguido mancharse la mejilla con sangre de rata. Tenía la boca abierta, la expresión incrédula. Stephen sonrió.

—¿Y bien? —prosiguió Ellis—. ¿No están de acuerdo? Para eso luchamos, ¿no? Por eso toleramos que tantos hombres valientes sufran y mueran. Sabemos que lo hacen por una buena causa.

—El otro día salí de patrulla con un chico de su pelotón, Ellis, y estaba fumando unos cigarrillos marca Futuro Dorado —dijo Stephen —. ¿De dónde los sacó? Olían como los establos en verano.

—Llegan con las raciones —explicó Ellis—. Tienen nombres con mucha inventiva: Muchachos Gloriosos, Jinetes Esforzados. Pero no han contestado a mi pregunta.

Stephen sirvió más whisky. Pocas veces bebía más de dos vasos, a menos que fuera para hacerle compañía a Weir. Aquella noche ya había bebido media botella. Tal vez lo hiciera simplemente para irritar a Ellis. Sentía la lengua pesada dentro de la boca; se le había aflojado la mandíbula y le resultaba difícil pronunciar las palabras.

—Weir, tú amas a tu país, ¿no?

—Me pareció apestoso cuando estuve de permiso. Esos cerdos gordos no tienen ni idea de la vida que llevamos aquí por ellos. Me gustaría que un bombardeo destrozara desde Piccadilly hasta Whitehall y los matara a todos.

—¿Incluso a tu familia?

—Particularmente a mi familia. Particularmente a ella. Traté de explicarle lo que era esto y, ¿sabes?, a mi padre le aburría. Realmente le aburría todo el asunto. Me encantaría que hubiera un bombardeo de cinco días en la calle donde vive mi familia. Y que también bombardearan a la gente que hizo huelga para que les aumentaran el sueldo en las fábricas mientras nosotros morimos por un chelín diario. —A Weir le temblaba la voz—. Me gustaría verlos a todos formando largas filas y caminando hacia las armas enemigas. Por un chelín.

Le corría saliva por la barbilla.

—¿Y usted? —le preguntó Ellis a Stephen—. ¿Está tan amargado como este hombre?

Stephen tenía una falsa elocuencia proporcionada por la bebida, que podía haberlo llevado a explicar cualquier opinión con fluidez.

—No puedo recordar el país —contestó—. ¿Debemos luchar por campos, cercas y árboles? Tal vez deberíamos. Tal vez, si están llenos del afecto que la gente ha volcado en ellos, merezcan que les ofrezcamos nuestra vida. Y tal vez las ciudades adónde yo iba a visitar fábricas, y Londres, con sus muelles y sus edificios... Tal vez esos pedazos de piedra y de argamasa valgan más que los trozos de piedra que tiene el enemigo en Hamburgo o en Munich. Tal vez si las praderas y las colinas han sido amadas por suficientes personas, deberíamos tendernos y permitir que nos maten por ellas, deberíamos permitir sencillamente que las balas y las granadas nos desmembraran con tal de que esas verdes colinas permanecieran inalteradas.

—¿Está diciendo que la tierra vale más que las personas y que nuestro género de vida? —preguntó Ellis.

—No.

—Entonces, ¿por qué estamos luchando?

—Si estoy luchando por alguien —contestó Stephen—, creo que es por los que han muerto. No por los que están vivos en nuestro país.

Por los muertos, por los que murieron aquí. Wilkinson, Reeves y su hermano, el que desapareció. Desaparecido en la nada. Byrne, enganchado en la alambrada. Lucho por él. —La voz enronqueció y cerró los puños—. Y por todos los demás. Los conocí. Studd y ese otro, como se llamara, el rubio que iba con él; siempre estaban juntos. ¡Dios! Ni siquiera recuerdo su nombre.

—No te preocupes por eso —dijo Weir—. Basta con que sepas quiénes son los hombres ahora.

—Sí, lo sé; desde luego que lo sé. Ese pelotón sigue existiendo. Petrossian y... Brennan, por supuesto. Y los hombres nuevos. Hay uno que se llama Goddard. Están Barlow y Coker. Y muchos otros. Son buenos. ¿Cómo se llamaba el amigo de Brennan? Sangraba mucho. Douglas. Bajo tierra tú no pierdes a tantos.

—Hemos tenido nuestra cuota de bajas. Tyson en Beaumont Hamel y los que murieron en los túneles. Pero yo no voy a morir.

A medida que avanzaba la noche, espoleado por la esperanza y la embriaguez, los ojos de Weir adquirían un brillo azul. El poco pelo que le quedaba se levantaba sobre sus orejas en mechones finos y rubios. La emoción le agudizaba la voz.

—Y no seas tan escéptico. No vengas a decirme que nunca has creído en ningún tipo de poder mágico.

Stephen estaba lo suficientemente borracho como para dejarse llevar por la sinceridad. Su pasajera fluidez había desaparecido para dar paso a la honradez.

—Solía creer en eso cuando era pequeño. Tratábamos de invocar los espíritus de los muertos. En las ferias yo siempre buscaba a los adivinos. Quería creer que tenía un destino importante. Quería tener un mundo de fantasías porque no toleraba vivir en el mundo real.

El refugio se estremeció por el impacto cercano de un obús.

Weir parecía sorprendido.

—¿Ya por entonces?

—Un día, cuando estaba en el hospital, Gray me dijo que eso era bastante común entre los chicos que... ¿Qué frase usó? A quienes se había despojado de la magia natural de la infancia... Algo así.

—¿Y qué demonios sabe Gray sobre eso?

—Se lo dijo uno de sus médicos austríacos.

Ellis, que todavía escuchaba desde la cama—dijo;

—¿Qué pasó cuando lo hirieron?

—Empecé a creer en algo.

—¿En qué?

Stephen apoyó la barbilla en las manos. Hablaba arrastrando las palabras y con prolongados silencios durante los que intentaba poner en orden sus pensamientos. En sus silencios resonaba el aullido de los obuses.

—Oí una voz. Había algo más allá de mí. Toda la vida he creído que no había nada más allá... La carne, el momento de estar vivo... Luego, nada. Había buceado en las supersticiones. —Hizo un gesto con la mano—. Ratas. Pero no había nada. Entonces escuché el sonido de mi propia vida que me abandonaba. Era tan... tierno. Lamenté no haberle prestado atención. Después creí que la sabiduría de lo que otros hombres habían descubierto antes que yo... Comprendí que esas cosas sencillas podían ser ciertas... Nunca quise creer en ellas porque me parecía mejor ganar mi propia batalla. —En un rapto de elocuencia, añadió—: Uno puede creer en algo sin comprometer la carga de la propia existencia.

Weir lo miró sin comprender. Ellis tosió.

—Entonces, ¿en qué cree?

—En una habitación, un lugar, un lugar bien asentado sobre la tierra. —La cabeza de Stephen estaba cerca de la mesa y su voz era casi inaudible—. Tan sólo una habitación. Donde se comprenda.

—Creo que debe recorrer un largo camino antes de poder considerarse un buen cristiano.

Stephen levantó la cabeza. Sus ojos se fijaron con lentitud, luego ardieron de furia, la furia incontenible de un chico del campo. Se puso en pie y se dirigió tambaleándose a la litera. Agarró a Ellis por la camisa y lo atrajo hacia él.

—Mire, lo siento; no quise ofenderlo. —Ellis estaba alarmado por la expresión de Stephen—. Está borracho, déjeme.

Stephen respiró hondo. Dejó caer las manos a los lados del cuerpo.

—Vaya a ocuparse de sus hombres —dijo con suavidad—. Son las tres. Vaya a hablar con los centinelas. Ya sabe lo asustados que estarán.

Ellis se puso el capote y salió. Stephen lo miró marcharse y luego se volvió hacia Weir.

—Así es como debe ser, ¿verdad, Weir? Debe ir a ver si sus hombres están bien.

—¿Quién, Ellis? Debiste haberle dado un puntapié. Déjame dormir en su litera hasta que vuelva. Desde que hirieron a Adamson estoy solo.

Jack Eirebrace y Arthur Shaw estaban tendidos juntos en su refugio. Había diez hombres en un espacio de menos de ocho metros de ancho por uno y medio de alto. Una vez se introducían allí, ya no tenían posibilidad de moverse. Jack se había acostumbrado a dormir toda la noche de un solo lado. Con Arthur Shaw a su lado no se podía mover. La respiración profunda de Shaw lo acunaba y de algún modo estaba acostumbrado a los contornos de su cuerpo. Dormía tan bien

con él como había dormido en Londres con Margaret, haciendo oídos sordos al traqueteo de los trenes que pasaban junto a la ventana trasera.

Por la mañana escribió a su casa:

Querida Margaret: Muchas gracias por el paquete, que ¡legó sin novedad y que tanto me ha gustado. Siempre nos vienen bien algunos cubitos de caldo Oxo de más, y todos apreciaron mucho el pastel. Últimamente hemos estado en alojamientos mucho mejores y estoy muy bien de salud. Tenemos buenos refugios... ¡que ya no son sólo para los oficiales! Te aseguro que son casi lujosos y todos hemos dormido mucho.

También estamos cavando. Creo que ahora la infantería nos acepta mejor y que lo que estamos haciendo es muy importante para el próximo gran ataque. Sí, habrá otro ataque.

Desde luego que es peligroso y hemos tenido algunas alarmas de gas, pero nos sentimos mejor ahora que recibimos una nueva remesa de canarios. Creo que hay minas enemigas, pero todavía no nos hemos topado con ellas. Te cuento todo esto, pero no debes preocuparte por mí. Porque si te preocuparas, lamentaría habértelo escrito.

La infantería siempre quiere que nos hagamos cargo de algunos de sus servicios, pero ya hacemos bastante bajo tierra. Te puedo asegurar que no pensamos cavar trincheras para nadie. Les echamos una mano para enterrar unos cables telefónicos, pero eso fue todo. Ahora envían a varios de ellos para que nos ayuden a nosotros. ¡Eso me parece más justo!

Nos hicieron marchar ocho kilómetros de vuelta para darnos un baño, cuando ya nos habíamos bañado el día anterior. Te puedo asegurar que hubo muchas protestas. ¿Qué sentido tiene bañarse si uno no puede cambiarse de ropa y la tiene llena de «visitantes»? Pero fue un buen baño, con abundante agua tibia y ducha. Después los hombres se sintieron felices porque nos dieron un poco de descanso y había un lugar donde servían cerveza. Al volver recibimos una buena reprimenda del sargento, pero valió la pena.

Dices que no tienes noticias y que debes de aburrirme con tus cartas, pero no es así. Estamos deseando recibir cartas de casa. Es lo único que pensamos: hogar, hogar, hogar.

También pienso bastante en el chico. Debo confesar que me cuesta mantener la alegría. Los domingos tenemos servicio divino y el sermón siempre es interesante. La semana pasada el capellán nos contó la historia del Hijo Pródigo: que un hombre rico tenía dos hijos y uno de ellos fue por el mal camino, pero cuando volvió a su casa su padre mató para él un ternero engordado. Yo también hubiera querido lo mejor para John, pero no puede ser.

Estoy haciendo grandes esfuerzos por ser alegre, y no debes preocuparte por mí. Por favor, agradécele a la señora Hubbard sus buenos deseos. Escríbeme pronto. Con cariño, Jack.

Las minas se excavaban muy hondas en la arcilla azulada. En las cabeceras de las mayores, los hombres cavaban cámaras amplias donde podían descansar y dormir sin necesidad de subir a la superficie. Soportaban el olor de los cuerpos apretujados y sucios, con tal de gozar de cierta calidez y seguridad. Cualquier minuto era mejor si no había que pasarlo bajo la lluvia interminable. Ninguna noche era insoportable si estaban al abrigo de los vientos gélidos que les endurecían las chaquetas y los pantalones empapados hasta convertirlos en tablas heladas. Era difícil respirar aquel hedor del túnel, pero no era mejor afuera, donde el cloruro de calcio no parecía aliviar sino empeorar la atmósfera de carne putrefacta, donde las letrinas habían sido enterradas o abandonadas y los hombres preferían inhalar el humo tóxico de los braseros que el olor de los excrementos.

Mientras las principales minas hondas, en construcción desde hacía dos años, se iban ampliando de forma gradual y avanzaban hacia la colina, la compañía de Weir trabajaba en un túnel superficial desde donde podían escuchar las contraminas del enemigo. Una mañana oyeron ruido de actividad en el lado alemán encima de ellos. Era como si hubiera una escalera bajo tierra, de la que los hombres saltaban. El ruido de sus botas se escuchaba sobre las cabezas de los minadores británicos. Weir ordenó que evacuaran el túnel, pero en todo momento hubo dos o tres hombres en puestos de escucha para asegurarse de que los alemanes no minaban la trinchera misma. Para ese trabajo no se presentaron voluntarios, de manera que Weir se vio obligado a organizar una rotación diaria. Llevaban consigo velas para poder leer mientras escuchaban. Sólo llegaron a bajar y regresar veinte hombres cuando la explosión que temían sacudió la tierra. Los alemanes acababan de hacer volar su propio túnel. Los dos británicos que estaban en el puesto de escucha quedaron enterrados bajo toneladas de tierra de Flandes.

Cuando se produjo la explosión, Weir estaba en la trinchera, bebiendo té con Stephen y explicándole sus dificultades. Al sentir que la tierra se sacudía bajo ellos, se puso blanco como un papel. El té caliente se derramó sobre su mano temblorosa.

—Lo sabía. Sabía que lo volarían. Debo llegar allá abajo. Dejar a esos hombres de guardia fue idea mía. ¡Oh, Dios! ¡Sabía que esto sucedería!

Dirigió una mirada frenética a Stephen en busca de comprensión,

luego pasó a su lado y se encaminó a la cabecera del túnel.

—¡Un momento! —dijo Stephen—. Puedes haber perdido a tres allá abajo, pero si el enemigo tiene un túnel debajo de esta trinchera, yo perderé la mitad de mi compañía. Será mejor que te asegures de que ese túnel no existe.

—Si tanto te preocupa, ven a verlo tú mismo. Yo tengo que pensar ante todo en mis hombres —replicó Weir.

—Lleva contigo a uno de tus hombres y ordénale que vuelva para informarme.

Weir estaba tan furioso que había dejado de temblar.

—¡No me digas lo que debo hacer! Si estás tan preocupado por tus hombres, tú mismo...

—¡Desde luego que estoy preocupado por ellos! Si creen que debajo de ellos hay una mina, no permanecerán en su lugar durante veinticuatro horas. Habrá un motín.

—Entonces baja y compruébalo tú mismo.

—No me corresponde arrastrarme bajo tierra.

Stephen seguía a Weir a lo largo de la trinchera hacia donde éste guardaba los abastecimientos del túnel. Weir tomó una pequeña jaula de madera con un canario dentro y se volvió a mirar a Stephen.

—¿Tienes miedo?

Stephen vaciló mientras miraba la jaula.

—¡Claro que no! Simplemente...

—Entonces ven.

Stephen, que pocas veces se había sentido dominado por Weir, se dio cuenta de que no le quedaba otra alternativa.

—No nos llevará más de una hora —explicó Weir, ya más tranquilo al notar que Stephen cedía. Hubo una pausa—. La última vez te hirieron, ¿verdad? De manera que supongo que ahora tienes miedo de bajar.

Weir le entregó un pico y un casco de minero con luz.

—Allí el túnel es muy estrecho, y cuando lleguemos al lugar de la explosión tendremos que limpiar algunos escombros.

Stephen asintió en silencio. Le ordenó al soldado más cercano que informara a Ellis adónde se dirigía, y luego siguió a Weir hasta la cabecera del túnel.

La cubría una lona impermeabilizada tensa en un bastidor de madera, a sólo sesenta centímetros de la pared delantera de la trinchera. Retiraban la arcilla extraída en bolsas de arena y la arrojaban lejos, a retaguardia, para que los aviones enemigos no pudieran hacerse a la idea de dónde se estaba excavando. La entrada no era mucho más que una madriguera.

Weir se volvió hacia Stephen con expresión ansiosa.

—Sígueme lo más aprisa que puedas.

Debajo del parapeto de la trinchera había un agujero que descendía a la oscuridad de la tierra. Los peldaños de madera estaban separados entre sí varios centímetros. Weir bajó con la facilidad que da la práctica, sosteniendo con los dientes el asa de la jaula del canario, pero Stephen debía tantear con los pies para encontrar cada peldaño.

Por fin llegó a la plataforma de madera donde lo esperaba Weir.

—Vamos, por el amor de Dios. Ya estamos. Sólo es un túnel superficial.

—¿No debiste haber enviado a los camilleros? —preguntó Stephen, que respiraba con dificultad.

—No; están preparados, pero no vendrán a menos que un oficial les indique adónde deben ir.

Weir se adelantó, agazapado en la oscuridad, sosteniendo la jaula en la mano izquierda. Stephen lo seguía a dos o tres pasos. El pájaro gorjeaba, aunque era imposible saber si de alegría o de miedo. Al oírlo, Stephen se estremeció. Pensó en la superficie de tierra que había sobre sus cabezas; una serie de cráteres redondos que constituían la tierra de nadie, medio llenos de agua en la que jugaban las ratas, las cuales se daban un festín con los cuerpos que no habían sido rescatados. Después, algo menos de diez metros de arcilla compacta y resistente, a través de la cual penetraba la humedad del mundo exterior.

Weir se arrastraba sobre manos y rodillas a medida que disminuía la altura del túnel, que llegó a menos de un metro. Los lados del túnel se apretaban contra los cuerpos de ambos, y a Stephen le resultaba difícil distinguir el haz de luz de la lámpara de Weir. La suya sólo parecía iluminar las suelas claveteadas de las botas de Weir y, de vez en cuando, avanzando lentamente, el fondillo de sus pantalones.

A medida que avanzaban, Stephen sintió que la arcilla se le adhería a las manos. Tenía ganas de colocar los brazos a los lados del cuerpo y empujar las paredes del túnel a fin de tener espacio para respirar. Pero mientras el cuerpo de Weir estuviera entre él y la jaula, cualquier miedo que le provocara el peso de la tierra que lo rodeaba resultaba tolerable. Cualquier cosa era tolerable con tal de que no tuviera que acercarse demasiado a aquel pájaro.

Weir respiraba agitado, con jadeos, mientras se esforzaba por avanzar utilizando una mano para empujarse hacia delante y la otra para arrastrar la jaula. Stephen sintió que una piedra puntiaguda le producía un corte en la mano. No podía hacer nada. La tierra que los cubría estaba envenenada por las esporas de la gangrena del gas, una enfermedad de caballos propagada por la gran cantidad de estiércol de esos animales utilizada por los campesinos. Stephen abrigaba la

esperanza de que no se hubiera hundido hasta donde ellos estaban. Siguió adelante, tratando de apoyar el peso sobre el dorso de la mano herida. En aquel momento el túnel era tan estrecho que debían tratar de ensancharlo utilizando los picos. Pero como el espacio no era suficiente para hacer palanca, el avance resultaba muy lento.

De pronto Weir se detuvo y Stephen lo oyó jurar.

—Hasta aquí hemos llegado. Aquí termina. Debería haber casi diez metros más. Lo han hecho volar todo. Mis dos hombres tienen que haber muerto.

Stephen se le acercó y vio el muro de tierra que se alzaba delante de ellos. Sintió un pánico repentino. Si en aquel momento también se derrumbara la parte trasera del túnel.. Movió los pies e inició una maniobra para volverse: una explosión de aquella magnitud sin duda debía haber debilitado toda la estructura del túnel, apoyada en tablones.

Weir sacó de su macuto un disco de madera y lo apretó contra la pared del túnel. Luego sacó un estetoscopio, lo apoyó en el disco y escuchó. Se llevó un dedo a los labios. Stephen no tenía la menor intención de interrumpirlo. Él también escuchaba con atención. Reinaba un curioso silencio. Había algo inquietante en ese silencio: no se oían cañonazos.

Weir retiró de sus orejas el estetoscopio.

—Nada.

—¿Y esa cosa es efectiva?

—Sí, es buena. La inventó un científico de París. Pero, claro está, uno nunca puede estar totalmente seguro.

—¿Quiénes estaban aquí dentro?

—Uno de ellos era Shaw. El otro creo que se llamaba Stanley. Era nuevo.

—¿Y cómo podremos sacarlos?

—No los sacaremos. Si tratamos de cavar esta tierra, no haríamos más que provocar el derrumbamiento del techo. Enviaremos a algunos hombres para que lo aseguren con entibos, y si ellos logran pasar, mejor. Pero ahora yo quiero cerrar este túnel.

—¿Y si no llegan hasta donde están Shaw y el otro?

—Diremos una oración. Al final todos acabaremos enterrados.

—¿No quieres que recemos ahora?

La cara de Weir estaba tan cerca de la suya, que Stephen alcanzaba a percibir su aliento a alcohol rancio.

—Yo no sé ninguna oración. ¿Tú SÍ?

—Podría inventarme alguna. —El canario emitió un leve gorjeo. Stephen tembló de miedo. Las palabras surgieron de sus labios—: En tus manos, oh Dios, ponemos la vida de estos dos hombres. Que descansen en paz. Que no hayan muerto en vano. En nombre de

Jesucristo. Amén.

—Salgamos —dijo Weir—. Será mejor que me dejes ir delante. Trataré de pasar a tu lado. Retrocede un poco. Así. Y apriétate contra la pared.

Stephen se tendió en el suelo para que Weir pasara por encima de él. Cuando el cuerpo de Weir se apretó contra el suyo, el pico que llevaba se enganchó en la tierra del techo. Le cayó encima un terrón. Esto provocó una caída mucho más pesada, que fue a darle en el brazo derecho. Weir lanzó un grito. En un movimiento instintivo, Stephen trató de retroceder hacia donde el túnel se ensanchaba, por si el techo se derrumbaba por completo. Weir juraba y gruñía.

—Tengo el brazo roto. ¡Sácame de aquí! ¡Sácame de aquí! Rápido, antes de que se derrumbe todo.

Stephen retrocedió hasta donde estaba Weir y, con mucho cuidado, comenzó a retirar la tierra que cubría su cuerpo. La empujaba hacia atrás, hacia la pared bloqueada. Weir gemía de dolor.

—¡Quítamela de encima! ¡Quítamela de encima! ¡Tenemos que salir de aquí!

—Hago todo lo que puedo —dijo Stephen, con los dientes apretados—. Tengo que actuar con suavidad.

Estaba encima de Weir, con la cabeza hacia los pies de éste. Cuando terminó de retirar la tierra que le cubría el brazo, debió retroceder sobre el cuerpo de Weir, obligándolo con su peso a clavar la cara en la tierra. Por fin quedaron tendidos con las caras una junto a la otra, los pies de Weir hacia la pared del derrumbamiento; los de Stephen, hacia la salida. Weir escupía la arcilla que se le había metido en la boca.

—¿Podrás valerte? —preguntó Stephen.

—Me he roto el brazo y quizá también una costilla. Tendré que arrastrarme ayudándome sólo con una mano. Encárgate tú del pájaro.

Stephen alargó la mano para coger la jaula. El frágil armazón de madera había quedado destrozado a causa del derrumbamiento, y la jaula estaba vacía.

—El pájaro no está. Vamos.

—¡Maldita sea! No podemos dejarlo. Tendremos que buscarlo y llevárnoslo. Porque si los alemanes lo encuentran sabrán que nosotros...

—¡Por el amor de Dios, de todos modos ya saben que hay un túnel! Por eso lo volaron.

—Bajo ninguna circunstancia se puede dejar el canario en libertad —escupió Weir en medio del dolor—. ¡Nunca! Está en el manual. Me formarían consejo de guerra. Encuentra el pájaro.

Stephen volvió a arrastrarse retrocediendo sobre el cuerpo tendido de Weir. Estaba al borde del llanto mientras inspeccionaba el

túnel a la débil luz de la linterna del casco. Un poco a la izquierda del agujero dejado por el derrumbamiento, alcanzó a ver un punto amarillo. Con suavidad, alargó la mano hasta allí. Sentía batir su corazón contra el suelo del túnel. Tenía la ropa empapada de sudor, que le resbalaba hasta los ojos. Mantuvo la mano firme y fue abriendo los dedos en la penumbra mientras se acercaba al canario. «Por favor, Dios mío —murmuró—, por favor, por favor...» Cuando su mano estuvo a irnos quince centímetros del canario, la estiró para agarrarlo. El canario se echó a volar y sus alas rozaron el dorso de la mano de Stephen, que lanzó un grito. Se le convulsionó el cuerpo y dio puntapiés en los muslos de Weir.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué ocurre? Vas a provocar el derrumbamiento del túnel.

Stephen permanecía tendido de cara al suelo, jadeante y con los ojos cerrados.

—¡Quédate quieto! Y por el amor de Dios, no hagas ruido. Ahora lo tengo cerca —dijo Weir.

Stephen siguió inmóvil, sin pronunciar palabra. Weir tampoco hizo ningún movimiento. Stephen lo oyó lanzar unos leves silbidos. Trataba de tranquilizar al canario, asustado, para poder cogerlo. Stephen seguía de cara a la parte derruida. El cuerpo de Weir le bloqueaba la salida hacia la luz.

Sintió que Weir hacía un repentino movimiento.

—¡Lo tengo! Lo tengo en la mano.

—Está bien. Entonces vámonos. Empieza a avanzar y te seguiré.

—Sólo puedo utilizar una mano. No puedo llevar el canario.

—¡Entonces mátalo! No es más que un canario. ¡Vamos! Quiero darme la vuelta. Me están dando calambres. Quiero salir de aquí de una vez.

Se produjo un silencio. Weir no se movió. Por fin dijo:

—No puedo matarlo. No puedo.

Stephen sintió un extraño peso en el estómago.

—Tienes que matarlo —insistió, con una voz suave que le salía de la boca reseca.

Hubo otro instante de silencio. Luego Weir dijo:

—No puedo hacerlo, Wraysford. Sencillamente, no puedo. No es más que un pajarito. No ha hecho nada malo.

Stephen hizo un esfuerzo por controlarse.

—¡Por el amor de Dios, mátalo! Apriétalo en la mano. Muérdele la cabeza. Cualquier cosa.

—Hazlo tú.

—¡No! Es demasiado arriesgado que me lo pases. Podría volver a escaparse.

Weir rodó sobre sí mismo hasta quedar boca arriba y tendió el

puño hacia Stephen. La cabeza del canario asomaba entre el índice y el pulgar.

—Aquí lo tienes. Lo sujetaré mientras sacas el cuchillo y lo degüellas.

Stephen sintió que Weir clavaba en él la mirada. Metió la mano en el bolsillo y encontró el cortaplumas. Abrió la hoja y se subió sobre las rodillas de Weir. Hizo un esfuerzo para erguirse, y Weir pudo mirar a Stephen a los ojos cuando la cabeza de éste apareció entre sus piernas. Los dos hombres se miraron por encima de la cabecita amarilla entre ambos. Stephen pensó en las filas de hombres a quienes había visto caminar hacia las armas del enemigo; pensó en el mundo que aullaba en el crepúsculo de Thiepval. Weir lo miraba fijamente. Stephen guardó el cortaplumas en el bolsillo. Luchó contra las lágrimas que pugnaban por asomar. Si Weir las veía, tal vez se emocionara y soltara el canario.

—Yo lo llevaré —decidió.

—Te harán falta las dos manos para escarbar y arrastrarte —dijo Weir.

—Ya lo sé.

Stephen improvisó con su pañuelo un atadijo para el pájaro. Ató tres puntas y dejó una abertura en la cuarta.

—Está bien. Mételo ahí dentro y yo lo ataré.

Apretó los dientes con fuerza y tendió ambas manos a Weir, quien soltó al canario dentro del pañuelo. Stephen se sobresaltó al sentir el batir de alas contra la palma de las manos. Temblando, consiguió acercar la cuarta punta a las otras tres y atarla. Se puso el nudo entre los dientes y volvió a arrastrarse sobre el cuerpo de Weir.

Iniciaron el lento regreso. Stephen empujaba hacia los lados la tierra suelta y siempre que podía ensanchaba un poco el túnel. Weir luchaba por avanzar apoyándose en la mano izquierda.

En la angosta oscuridad, Stephen percibía el peso plumoso bajo su cara. Por momentos el pájaro aleteaba y pugnaba por liberarse, y por momentos permanecía inmóvil y asustado. A Stephen le parecía ver el esqueleto extendido de un ala, los movimientos rápidos de la cabeza y los ojos negros e implacables. Trató de pensar en otra cosa, pero no lo logró. Era como si se le hubiera cerrado el cerebro y conservara una sola imagen: la forma fósil de un ave, un pterodáctilo embutido en la piedra, el pico largo y cruel con su gancho prehistórico y los huesos extendidos, su escasa anchura y su enorme envergadura, sobre todo la parte inferior del ala, con sus plumas que luego se estirarían, aletearían y le golpearían el rostro cuando la frenética criatura, presa de la tormenta de su hostilidad, le hendiera el pico entre los ojos.

El pequeño canario que llevaba suspendido de la boca efectuaba débiles movimientos, y sus plumas amarillas sobresalían del pañuelo y

le rozaban la cara con suavidad. Stephen cerró los ojos y siguió adelante. Estaba deseando llegar al barro, a la fetidez y al estampido de los obuses.

A sus espaldas, Weir se arrastraba lo mejor que podía. Pidió a Stephen que se detuviera e introdujo el brazo fracturado dentro de la camisa, a fin de protegerlo. Gritó de dolor cuando, en determinado momento, las dos partes del hueso se rozaron.

Llegaron a la escalera y pudieron ponerse en pie. Stephen se quitó el pañuelo de la boca y se lo pasó a Weir.

—Subiré y enviaré a un par de hombres a ayudarte. Tú sujeta esto.

Weir asintió. Stephen notó que estaba muy pálido. Entonces Weir esbozó aquella sonrisa ancha, acompañada por una mirada inexpresiva, que tanto preocupaba a Ellis.

—Eres un hombre valiente, Wraysford.

Stephen levantó las cejas.

—Espera aquí.

Subió la escalera de la mina con creciente placer. Arriba, en el barro, a la luz amarillenta, bajo la lluvia, estiró los brazos y respiró hondo el cloruro de calcio como si fuera el mejor perfume de la rue de Rivoli.

Encontró a Ellis aguardando ansiosamente cerca de la cabecera del túnel.

—Ah, Ellis, consiga un par de ratas de cloaca, haga el favor. El capitán Weir se ha roto un brazo.

—¿Dónde ha estado, señor?

—Ayudando a los zapadores, ¿sabe? Hay que mostrar buena voluntad. Si uno se lo pide con buenos modos, son capaces de construirle a uno un refugio.

—Estaba preocupado, señor. ¿No podía haber enviado a otro?

—Ya basta, Ellis. Sólo le pido que haga bajar ahí a dos hombres. Me voy a dar una vuelta. Bonito día, ¿verdad?

Más allá, en la línea, podía oír al suboficial mayor Price dando órdenes para que una cuadrilla iniciara las tareas de reparación de la trinchera. Stephen sonrió. Cuando los campos de Europa ya no fueran necesarios para uso humano y se les permitiera volver a hundirse en los fuegos de la creación, Price seguiría confeccionando listas.

—¡Desde luego que puede usted ir! —dijo el coronel Gray—. Ahora se supone que ésta es una guerra civilizada. Y sabremos dónde encontrarlo. Lo único que le pido es que el joven Ellis, aquí presente, no lo lleve por mal camino.

Stephen asintió.

—Gracias, señor.

Gray volvió a su libro y apoyó los pies sobre el escritorio. Cuando Stephen y Ellis abandonaron la casa que hacía las veces de cuartel general del batallón, ya había leído una página más de Tucídides.

Al día siguiente el tren los condujo hasta el campo casi enterrado en desechos del conflicto. Al principio a Stephen le resultaba extraño asomarse desde una trinchera bombardeada y alcanzar a ver a pocos kilómetros de distancia, detrás de la línea de batalla, una vida de campo normal. Pero después de tres años de lucha, el terreno estaba sembrado de despojos de la industria ligera de la guerra. Barriles de petróleo, cajones que antes contenían granadas, cajas de madera, latas, los embalajes de toda clase de abastecimientos y de proyectiles cubrían el campo a ambos lados de las vías.

A los diez minutos alcanzaron a ver el primer árbol verde, el primer tronco que no estaba ennegrecido por los obuses, que conservaba su corteza marrón y estaba coronado de ramas en las que se reunían palomas y otras aves.

Ellis le ofreció un cigarrillo. Stephen tomó el paquete y lo estudió.

—La Bandera. ¿Dónde consigue estas cosas, Ellis?

—Estoy tratando de ver cuántas marcas distintas llego a encontrar. Por lo visto, existe una llamada Pequeño Tamaño de Kitchener, que aún no he encontrado.

El humo del cigarrillo barato llenó el compartimiento.

Desde que Ellis mencionó la posibilidad de viajar a Amiens, Stephen se fue ablandando poco a poco. Siempre supuso que jamás volvería, pero estaba convencido de que lo sucedido allí era algo tan lejano en el tiempo y que, a la vez, era una experiencia tan particular, que no tenía ninguna relación con su vida presente. Tal vez fuese peligroso volver a visitar lugares de un tiempo anterior de la vida, pero no se sentía propenso a ninguna forma de sentimentalismo. Sólo tenía cierta curiosidad por saber lo que le había ocurrido a la ciudad. Gray comentó que la habían bombardeado.

—Dígame algo, señor. Me refiero a esas cartas de la otra noche. Usted...

—No es necesario que me llame señor, ¿sabe? —dijo Stephen—. En cuanto a lo de las cartas..., ¿qué le pareció?

—Creo que usted las amañó.

Stephen sonrió.

—¡Pues claro que las amañé! Eso lo sabe el mismo Weir.

—Entonces ¿por qué le pide que se las eche?

—Porque está asustado.

Ellis pareció intrigado.

—Sí, supongo que es extraño —explicó Stephen—. Weir no cree

en nada. Necesita algo que lo sustente. Trata de convencerse de que su propia supervivencia es algo por lo que vale la pena luchar. Casi se podría decir que algo por lo que vale la pena morir.

—¿Y las cartas lo ayudan?

—Tal vez. Está aterrorizado. Es posible que se haga trampas a sí mismo.

—Comprendo —dijo Ellis. Hablaba en un tono abrupto—. ¿Y cuándo se aterrorizó?

—No creo que se trate del miedo que usted cree —contestó Stephen con mucha suavidad—. No le teme al gas, ni a los obuses, ni a quedar enterrado vivo. Lo que le da miedo es que todo esto no tenga sentido, que no tenga un propósito. En cierto modo tiene miedo de haberse perdido en una vida equivocada.

—Comprendo —asintió Ellis, dubitativo.

El tren avanzaba ruidosamente hacia Amiens y Stephen sintió una agradable anticipación. Ellis no era precisamente el hombre a quien habría elegido como acompañante, pero estaba decidido a ser bondadoso con el muchacho. Weir descansaba en un centro de rehabilitación cerca de Arras. Tenía esperanzas de que lo enviaran a Inglaterra, pero las heridas como la suya provocaban desconfianza desde el principio de la guerra, cuando los soldados de infantería adquirieron la costumbre de meter los brazos en los cabrestantes que se desenrollaban rápidamente, con la esperanza de sufrir daños graves.

Ellis sacó un bloc y comenzó a escribir a su casa. Stephen miraba por la ventanilla. Los sonidos de la guerra lo abandonaban. A diferencia de Weir, que en el silencioso dormitorio de la casa paterna seguía aprisionado por imaginarios sonidos de granadas, Stephen era capaz de olvidar.

¿Cómo era él siete años antes? ¿En qué mundo vivía, en qué existencia llena de aturdimiento? En su momento le pareció coherente; los fuertes sentimientos que se desataron en él, inflamados cada día por el renovado placer de sus sentidos, parecían algo no sólo comprensible, sino importante. En su vida de aquel tiempo, sentía que estaba a punto de comprender, hasta, de probar algo, aunque ya no podía decir de qué se trataba.

—¿Qué piensa hacer en Amiens? —le preguntó a Ellis.

—No lo sé. Nunca he tenido un permiso. Ignoro hasta qué punto continúa la vida normal. ¿Qué cree que debería hacer?

Stephen se encogió de hombros.

—Casi todos quieren emborracharse primero y luego ir a un burdel.

Ellis frunció el ceño.

—No creo que eso me guste.

Stephen soltó una carcajada.

—¿Qué? ¿Emborracharse?

—No... Lo otro.

—Creo que debe hacerlo. El ejército está convencido de que es saludable que los soldados se acuesten con regularidad con alguna mujer. Los burdeles están aprobados por la policía militar.

—Bueno, ¿usted piensa ir? —preguntó Ellis en tono desafiante.

Stephen negó con la cabeza.

—No. No me interesa lo más mínimo.

—Entonces yo tampoco iré.

—¿A quién le está escribiendo?

—A mi madre.

Stephen sonrió.

—Posiblemente se lo haya preguntado en un mal momento.

Pero yo iré a un bar, seguro. Debe permitir que lo invite a una copa de champaña. Así es como empezaremos.

Cuando el tren entró en la estación, al principio Stephen no la reconoció. Estaba preparado para que lo asaltaran los recuerdos, pero no fue así. Una vez en el andén, miró el techo abovedado y luego dirigió la vista hacia la explanada. Él e Isabelle habían salido de otro andén, en el otro extremo de la estación. Mientras esperaba que el tren arrancara, recordaba haber fijado la vista en una puerta verde desde la ventanilla. Miró hacia el otro lado de las vías y la vio, idéntica a como la recordaba.

Él y Ellis salieron a la calle. Era la media tarde de un día nublado pero con los primeros signos de que tal vez el invierno de seis meses comenzaba a ceder. Ya no llovía, y la brisa no los aguijoneaba con su frío.

Caminaron hacia la catedral. Algunos edificios tenían huellas de impactos. Situada a pocos kilómetros detrás de las líneas aliadas, Amiens había sufrido de acuerdo con los vaivenes de la guerra. Los recientes avances aliados la convertían, por primera vez, en un lugar seguro. Ya no la alcanzaban los bombardeos, y los comercios locales trataban de sacar provecho de la recobrada tranquilidad que reinaba en la región del Somme. Las tiendas reabrían, y ya se había levantado el toque de queda de las ocho de la noche, que afectaba a bares y restaurantes.

Stephen miró con gran interés las calles que recordaba. A pesar de la ausencia de alguna pared o de alguna fachada ennegrecida, en su mayoría estaban como antes. Durante los siete años de su ausencia, Stephen nunca las recordó conscientemente; pensó poco en la ciudad. Sin embargo, mientras avanzaba por los lugares que le eran familiares, las calles mismas volvían a su memoria.

En una esquina estaba el edificio a través de cuya ventana abierta Isabelle una vez oyó una melodía que la emocionó, aunque no le

sucedió lo mismo a Bérard, el amigo de su marido. A su derecha, en un estrecho pasaje, estaba el restaurante al que con tanta frecuencia iba a almorzar. Tal vez siguiera allí su asiento predilecto, junto al ventanal; hasta era posible que el mismo parisiense se encontrara detrás de la barra.

—Ellis, ¿le importa si vamos hacia allí? Hay un café que recuerdo.

—Siempre que tenga champaña. ¿Es el Gobert? Ése es el que me recomendaron.

—No recuerdo cómo se llamaba. Lo regentaba un individuo que antes fue dueño de un café en la Place de l'Odéon, de París.

Se detuvieron frente al café, y Stephen miró hacia dentro por el ventanal. Las sillas de madera habían desaparecido. A un lado había una barra desnuda, y en el otro, una serie de mesas y sillas baratas. Stephen abrió la liviana puerta de madera, con el cristal protegido por tela metálica. Dentro, el lugar estaba desierto. Se acercaron al bar, detrás del que vieron algunos estantes no muy bien provistos.

Un hombre calvo, de rostro extenuado y delantal grasiento, bajó la escalera con dificultad y entró por una puertecilla que se abría en un extremo del local. De su labio inferior colgaba un cigarrillo. Los saludó con un gruñido. Stephen pidió dos cervezas.

—¿Por casualidad sabe qué fue del anterior propietario de este establecimiento?

—Está en Alemania. Prisionero. Se los llevaron en mil novecientos catorce.

—¿A quiénes?

—A todos los hombres de Amiens. Cuando los alemanes ocuparon la ciudad.

Stephen tomó el vaso de cerveza.

—¿Me quiere decir que se llevaron a Alemania a todos los hombres que vivían en la ciudad?

El otro se encogió de hombros.

—Sólo a los imbéciles. Y a los cobardes. El resto se las arregló para quedarse.

—¿Y qué me dice de usted?

—Era demasiado viejo; no les interesé.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Ellis.

—Dice que el hombre que regentaba este restaurante fue deportado a Alemania. Es un lugar bastante sombrío, ¿verdad? Antes era muy animado; estaba lleno de estudiantes y gente así.

Stephen depositó su vaso en el sucio mostrador de cinc. Acababa de comprender lo sucedido a todos los alegres estudiantes que solían pedir bebidas a gritos y que llenaban el aire con el humo de sus cigarrillos. Los que no hubieran muerto en Verdun debían de estar reuniéndose a las órdenes de su inspirado general nuevo para el

ataque al río Aisne.

—Vamos. Busquemos otro lugar.

—¿Por qué? Ahora que empezaba...

—Es un sitio demasiado triste. Vamos —insistió Stephen, depositando unas monedas en el mostrador.

Afuera empezaba a oscurecer y Stephen no quería frustrar el primer permiso de Ellis con sus propios pensamientos. Le propuso:

—Elija usted mismo el lugar y yo pagaré las bebidas.

Caminaron hasta más allá de la catedral, protegida por sacos de arena hasta la altura de las ventanas inferiores. La piedra seguía intacta, aunque algunas de las vidrieras ya no existían. Stephen notó que la mayoría de las mujeres de Amiens parecían vestir de luto.

Se detuvieron en un bar llamado Aux Huitres, aunque dentro no se despachaban ostras. Estaba repleto de soldados de todas las nacionalidades: ingleses, franceses, belgas, portugueses. Stephen compró una botella de champaña y llenó la copa de Ellis. Alzó la suya y el uno brindó por la salud del otro. Stephen estaba deseando alcanzar el olvido con rapidez. Le costaba más de lo previsto poder adaptarse a ese mundo relativamente normal. La presencia de tantos soldados era desconcertante. Sabía que el día anterior muchos de ellos estaban hundidos en el barro hasta la cintura y se arrastraban entre ratas. Miró sus cinturones lustrosos y sus rostros bien afeitados. Si en aquel momento eran capaces de reír con tanta convicción, ¿de qué otros engaños no serían capaces?

Las mujeres de Amiens que no lloraban la muerte de sus maridos parecían bien dispuestas hacia los soldados extranjeros. Aceptaban las copas que les ofrecían y se sentaban a sus mesas, donde hacían esfuerzos por comprender el francés balbuceante de los oficiales ingleses.

Antes de haber terminado su segunda copa, Ellis ofreció a Stephen para que prestara ayuda como intérprete. Un tímido comandante de unos treinta años tragaba bocanadas de humo de su pipa para ocultar la confusión que le provocaba un oficial de un regimiento de escoceses, que se esforzaba por lograr cierta intimidad entre él y una francesa chillona que bebía vino tinto.

—Dígale que él está deseando mostrarle su refugio —dijo el escocés.

Stephen tradujo y dio la respuesta:

—Dice que lo considera un hombre apuesto y se pregunta si le gustaría llevarla a cenar a algún sitio.

En realidad la frase de la mujer no había sido tan directa. El comandante trató de dar una contestación balbuceante, pero su francés no iba más allá de «Est-ce que possible pour», después de lo cual volvió a dedicarse a su pipa, no sin hacerle una serie de gestos

caballerosos a la mujer.

—Creo que a ella le gustaría tomar una copa —dijo Stephen.

—Comprendo. Lo siento terriblemente, yo...

—No se preocupe, yo iré a buscársela. Usted siga charlando.

Entonces el escocés intentó explicar por qué le había resultado gracioso lo que dijo Stephen, porque en el ejército «charlar» significaba tratar de matar piojos. Como ignoraba cómo se decía piojo, y matar, se dedicó a hacer una serie de gestos con los dedos como si estuviera aplastando insectos. La mujer meneó la cabeza, confundida, de manera que él se hizo con un encendedor, lo acercó al dobladillo de su guerrera y luego se tendió de espaldas en el suelo, y se puso a dar puntapiés en el aire.

Cuando Stephen regresó, la mujer reía a carcajadas. Ellis miró a Stephen con cierta inseguridad, pero al ver que éste sonreía, también él empezó a reír y a golpear la mesa. Otros, que rodeaban la barra, los miraban con expresión tolerante. Stephen cerró los ojos y bebió con rapidez. Acababa de comprar una botella de Old Orkney en el bar, y bebió un vaso junto con el champaña. Cuando volvió a abrir los ojos, lo invadió una sensación de calidez hacia los otros hombres. Se sentía aliviado.

—Dígale que durante su próximo permiso le gustaría llevarla a pasar un fin de semana en París —dijo el escocés—. Tiene ganas de ir al Moulin Rouge.

—Moulin Rouge —repitió la mujer, riendo—. Muy bien.

La felicitaron por su dominio del inglés.

—Dígale que aprendí inglés de un general que estuvo alojado en el pueblo —le pidió ella a Stephen.

—Dice que pronto lo ascenderán a general.

El comandante meneó la cabeza, en actitud modesta y confusa. Algo en su torpeza hizo que Stephen se acordara de Weir y sintió una oleada de compasión por su amigo ausente. Ojalá estuviera allí aquel pobre y extraño Weir, tan poco mundano y, sin embargo, con una experiencia casi inimaginable en el último sentido que hubiera deseado.

Era evidente que, mientras simulaba ayudar a su amigo, era el escocés mismo quien deseaba impresionar a la francesa.

—Pregúntele a la señora si vive en Amiens, ¿quiere? Pregúntele si le sobra alguna habitación donde alojar a dos oficiales bien educados y que pertenecen a uno de los mejores regimientos de Escocia.

La mujer miró a Stephen inquisitivamente. Tenía ojos castaños, expresión bienhumorada y piel sonrosada.

—Bueno. Supongo que quiere acostarse conmigo.

—Me parece que sí.

La mujer rió.

—Dígale que busque una casa con luz azul. O colorada, si quiere algo más barato. Estoy dispuesta a ofrecerles a tres hombres una comida de primer orden, una habitación con sábanas limpias, y huevos frescos y café para el desayuno, todo por un precio razonable. Pero me temo que nada más. Si quiere, usted puede venir.

—Gracias. ¿En la ciudad hay bares frecuentados por la gente de aquí? No me refiero a soldados, sino a personas que siempre han vivido aquí.

—Sí, hay dos o tres en esa dirección, hacia la rue de Beauvais o lo que queda de ella.

—¡Vamos, compañero! —exclamó el escocés—. ¿Qué dice?

—Dice que tiene lo que ustedes necesitan.

—¡Dios santo! —dijo el comandante, exhalando con fuerza—. Habla como si fuera el oráculo de Delfos.

De repente el escocés parecía inseguro, y a Stephen le preocupó la posibilidad de haberle echado a perder la diversión.

—No, no —se apresuró a aclarar—. Se muestra muy amistosa. Les dará una cama para pasar la noche y... estoy seguro de que le encantará continuar la fiesta.

El escocés parecía aliviado.

—¡Estupendo! Pidamos algo más de beber. Ahora te toca el turno a ti, Anderson.

Stephen se inclinó y le dijo a Ellis en voz baja:

—Voy a salir un momento. Aquí hace demasiado calor. Pero por si no vuelvo, ¿está usted bien? ¿Tiene dinero?

—Sí, estoy bien. Me estoy divirtiendo.

Stephen le sirvió un vaso de whisky y luego se metió la botella en el bolsillo.

—Bueno. Lo veré más tarde.

En la calle se dejaba sentir de nuevo el invierno, aunque después del calor y el humo del bar, a Stephen le gustó sentir el aire frío contra la cara. Se arrebujó en el capote y se subió el cuello. Un perro olisqueaba los adoquines. Se movió con agilidad por un callejón, con la cola blanca en alto e iluminada por la luna. Tenía cosas que hacer; casi todos los de la ciudad tenían cosas que hacer y, aunque las tiendas estuvieran cerradas y oscuras, a través de los escaparates se alcanzaban a ver los mostradores silenciosos tras los cuales había rollos de tela o frascos de farmacia. Al día siguiente se produciría el mismo intercambio de formalidades en la panadería, el acostumbrado saludo de cada cliente al dueño y luego a los demás clientes, el pan amablemente adquirido, con agradecimiento por ambas partes. Una ceja alzada o un leve encogimiento de hombros podía indicar que no todo era exactamente cómo debía ser, pero eso era cosa sabida. En cuanto al resto, sus vidas continuarían igual que antes, porque

sencillamente no quedaba otra alternativa. Junto a la panadería estaba la carnicería, que ofrecía tres calidades diferentes de carne de caballo. En las carreteras y en las líneas de apoyo ciertamente sobra la materia prima, pensó Stephen, aunque trató de no imaginar siquiera cómo sería la carne de calidad inferior.

En la acera opuesta oyó que cantaban en un bar y cruzó la calle para echar un vistazo. Al entrar, volvió a encontrarse rodeado de militares, casi todos alféreces británicos. Sus rostros juveniles estaban arrebolados por el alcohol, y muchos de ellos emitían sonidos que eran una mezcla de palabras y risas, una especie de rugido. Una vez dentro, Stephen no podía dar media vuelta y salir sin que ello resultara ofensivo, de manera que se abrió paso hasta la barra y pidió una copa.

Uno de los jóvenes oficiales tocaba el piano en un rincón, aunque no todos los hombres cantaban la misma canción. Un rostro de hombre joven se acercó al suyo.

—Nunca lo había visto en Charlie's. ¿A qué regimiento pertenece?

Stephen sintió que el muchacho cogía un botón de su guerrera y lo examinaba. No parecía impresionado.

—¿Ya ha visto algo de acción?

—Algo.

—¡Pobres burros de carga! Ustedes siempre bajo el fuego, ¿no es cierto?

—Sí, pero por lo general bajo el de nuestras propias armas.

—No lo tome a mal. Lo siento muchísimo. Creo que me voy a poner malo.

El joven pasó junto a Stephen y se acercó a trompicones a la puerta.

—Sería mejor que vaya a cuidar a su amigo —le dijo Stephen a un teniente que estaba a su lado.

—¡Oh, Dios, otra vez no! Se ha puesto malo, ¿verdad? El problema es que no se controla. Disculpe.

Stephen sentía que la masa de cuerpos que llenaba el bar lo empujaba atrás y adelante. Comenzaron a cantar todos juntos, con voces fuertes y confiadas. Al cabo de un rato de esfuerzos, por fin logró llegar a la puerta. Caminó con paso ágil hacia la rué de Beauvais.

Encontró un bar con cortinas blancas en los ventanales. Vio a un par de hombres apoyados en la barra. Lo miraron con desconfianza, pero asintieron y le devolvieron el saludo.

Stephen pidió una copa y fue a sentarse junto al ventanal. El local era silencioso y fresco y pudo poner en orden sus pensamientos. Cerró los ojos y trató de disfrutar del silencio, de la ausencia de armas, pero todavía tenía la mente demasiado excitada. Se preguntó si bebiendo

un poco más alcanzaría el grado de relajación necesario. En aquel momento se le ocurrió que, en realidad, lo que necesitaba era contacto humano, pero no impuesto por la inmediatez de la guerra, sino fruto de la buena voluntad y de la amistad.

Cuando abrió los ojos y levantó la mirada vio que una mujer acababa de entrar en el bar y compraba una botella de algún cordial verde. Le daba la espalda y tenía la cabeza cubierta con un pañuelo. Al girarse con la botella en la mano, Stephen sintió que el estómago se le ponía rígido, mientras lo recorrían oleadas que le llegaban a las palmas de las manos.

Cuando la mujer miró a su alrededor, advirtió la expresión de sufrimiento de Stephen e inclinó la cabeza a un lado, en parte a la defensiva pero, también, preocupada. Los ojos de ambos se encontraron y ella desvió la mirada mientras él la observaba con desesperación.

La mujer se encaminó a la puerta, algo avergonzada, con pasos rápidos que resonaron sobre el parqué. Con la boca abierta, Stephen echó atrás la silla y fue tras ella, mientras el barman le gritaba que se iba sin pagar.

Stephen salió a la calle y corrió sobre el adoquinado hasta darle alcance.

—Usted perdone.

—Monsieur, haga el favor de dejarme o llamaré a la policía.

—No; hágame usted el favor de escucharme. Creo que la conozco. Le prometo que no es mi intención causarle daño.

A disgusto, la mujer se detuvo y miró cautelosamente a Stephen. Él le examinó el rostro, de ojos separados y huesos marcados.

—Su nombre... Discúlpeme; esto puede parecer ridículo si me equivoco. ¿Se llama usted Jeanne?

La mujer pareció resistirse, pero lo admitió.

—¿Y su apellido es Fourmentier?

Asintió en silencio. Sus gestos se parecían a los de su hermana Isabelle.

—¿Sabe quién soy?

Ella lo miró a los ojos. Su expresión era de cansancio resignado.

—Sí, creo que lo sé.

—¿Le molesta que la haya parado?

No contestó. En aquel momento llegó el barman con la gorra de Stephen. Él le dio las gracias y le pagó. Cuando estuvieron de nuevo a solas, Stephen dijo:

—¿Podríamos hablar en algún sitio? Quisiera hacerle algunas preguntas.

—Está bien. Sígame.

Stephen la siguió. No quería preguntarle nada, nada que

necesitara saber. Pero en cuanto la vio y adivinó quién era, tuvo que tomar una decisión: ignorarla o reconocerla. Sin tiempo para considerar el asunto, instintivamente eligió la última opción, con todo lo que podía traer aparejado.

Jeanne se internó en la place de l'Hótel de Ville y se sentó en un banco. Stephen permaneció vacilante, de pie ante ella.

—No podemos hablar aquí. Quiero decir, ¿no le parece que podríamos ir a algún otro sitio bajo techo?

Jeanne negó con la cabeza.

—No quiero que me vean con usted en un bar.

—¿Y qué me dice de su casa? ¿No podríamos...?

—No, no podemos ir allí. ¿Qué quería preguntarme?

Stephen suspiró profundamente. Su aliento dibujó efímeras figuras bajo la luz de gas. Se abrigó el pecho con el capote.

—Tal vez debería contarle algo de lo ocurrido.

Notó que Jeanne desconfiaba de él y pensó que tal vez dejaría de temerlo si le demostraba que no tenía intenciones de causarle daño a ella o a Isabelle. Hizo una breve síntesis de su vida con Isabelle, aunque estaba convencido de que Jeanne ya debía conocer la historia. Pero si confirmaba lo que ella ya sabía, tal vez demostrara que era digno de confianza. De vez en cuando Jeanne asentía con leves movimientos de cabeza.

Mientras hablaba, Stephen comprendió con claridad lo que quería saber y lo desconcertó su simplicidad. Quería saber si Isabelle todavía lo amaba. Al mirar a los ojos a la hermana mayor de Isabelle, percibía a ésta hasta el punto de que su presencia volvía a ser una realidad. Y con ella retomó su curiosidad.

—Después volví a Francia, y desde entonces ha habido esta guerra. No me he movido mucho, sólo algunos kilómetros arriba y abajo de la línea. Los años han pasado. Tal vez algún día esta guerra termine.

Sintió que su historia Regaba a un final poco convincente. No quería darle a Jeanne demasiados detalles de su vida en la guerra; supuso que todo eso le resultaría bastante conocido por lo sucedido a sus familiares y amigos. Tampoco quería que creyera que estaba tratando de ganar su compasión, cuando sus propias experiencias eran idénticas a las de millones de otros.

—¿Y qué me dice de usted? ¿Ahora vive en Amiens?

Jeanne asintió. Se echó un poco atrás el pañuelo que le cubría la cabeza y Stephen notó la forma de sus grandes ojos castaños y la blancura casi translúcida de su piel. Su rostro tenía rasgos más acusados pero de constitución más simple que el de Isabelle, y carecía de aquellos matices contradictorios de aspecto y colorido. Sin embargo, en la textura de la piel de Jeanne había tanta delicadeza

como fuerza. Su voz era de tono bajo y suave.

—Llevo viviendo aquí un tiempo. Vine a... Vine cuando se me pidió que viniera, en noviembre del año pasado.

—¿Está casada?

—No.

—¿Vive sola?

—No; vivo con... unos amigos.

Era imposible saber si su reticencia era general o si existía algo concreto que quería ocultar. No cabía duda de que el monólogo de Stephen no la había tranquilizado por completo. Stephen se estremeció cuando una ráfaga de viento del norte azotó la plaza. Notó que Jeanne se arrebujaba en su capa. No le quedaba más remedio que ser más directo.

—Quiero tener noticias de Isabelle. Quiero saber si está bien y si es feliz. No pienso crearle dificultades. Tengo plena conciencia de que tal vez usted piense mal de mí por haber destrozado el matrimonio de su hermana, y no quiero perturbar la vida que lleve en este momento. Después de seis años, sólo quería saber si está bien.

Jeanne asintió.

—¿Bien, Monsieur? Sí, está bien. Debe comprender que lo que usted hizo le causó grandes sufrimientos al marido y, sobre todo, a sus hijos. Fue un escándalo. Por supuesto que a Isabelle no se la puede absolver de responsabilidad. Lejos de ello: tiene una vida arruinada porque la gente le echa la culpa de lo sucedido. Pero en cuanto a usted, hay personas en esta ciudad que con gusto le pegarían un tiro por lo que hizo.

—Lo comprendo. Nunca lo tomé a la ligera; siempre fue un asunto muy serio para los dos. ¿Usted conoce la naturaleza del matrimonio de Isabelle con Azaire? ¿Ella le habló alguna vez de eso?

—Isabelle me ha hablado de todo, monsieur. Soy su única amiga y confidente y ha derramado en mí toda la pasión y los detalles que una persona normal compartiría con otras muchas: hermanas, amigos y familiares. Lo sé todo.

—Me alegro. No se trata de que su infelicidad matrimonial nos disculpe a mí o a ella, pero es importante que usted esté enterada del asunto y comprenda sus motivos.

—Yo no culpo a nadie. Tomé mi postura más o menos como usted ha tomado la suya. Isabelle confiaba en mí y no me quedó más remedio que devolverle su confianza. Le he sido fiel en todo.

Stephen se sintió satisfecho por lo que le decía Jeanne.

—Es cierto que la lealtad no puede ser parcial sino completa. Quiero asegurarle que mi lealtad se dirige a la felicidad de Isabelle, no a la mía o a la de cualquier otro. Debe confiar en mí.

—No lo conozco lo bastante como para confiar en usted. Sé lo que

mi hermana me ha dicho de usted, y eso, junto con lo que yo misma he visto, me predispone a creerle. Pero hay cosas que es mejor no saber ni decir. Creo que ahora deberíamos despedimos.

Stephen le retuvo brevemente la muñeca para impedir que se fuera.

—Dígame, ¿por qué está viviendo en Amiens?

Jeanne lo miró con intensidad antes de contestar.

—Vine a cuidar a Isabelle.

—¿Isabelle vive aquí? ¿Está aquí ahora? ¿Y qué quiere decir con eso de «cuidarla»? ¿Está enferma?

—No quiero decirle demasiado. No quiero darle falsas esperanzas.

—Ya es demasiado tarde —dijo Stephen. Él mismo alcanzaba a oír el eco de su voz en la plaza silenciosa. Tragó con fuerza y trató de bajar el tono—. Dígame, ¿Isabelle está en Amiens? ¿Y está enferma? ¿Qué ha sucedido?

—Está bien. Se lo contaré siempre que me prometa que en cuanto haya terminado me dejará ir. Le diré todo lo que quiere saber y luego volveré a casa. No debe seguirme ni hacer ningún intento de ponerse en contacto conmigo. ¿Está claro?

—Sí, estoy de acuerdo.

Jeanne habló con cuidado, como si midiera el grado de verdad que podía decir.

—Isabelle regresó a Ruán, a casa de mis padres. Lo hizo por sugerencia mía. Ellos se resistieron a recibirla, pero yo insistí. Unos meses después, mi padre hizo un trato con Azaire para que ella pudiera volver a su lado. Déjeme contárselo. Isabelle no tuvo demasiadas opciones. Porque en caso contrario mi padre la habría echado de casa. Azaire prometió que volverían a empezar, que la recibiría como si nada hubiera sucedido. Grégoire, el hijo de Azaire, le suplicó que volviera. Creo que fue él quien la convenció. De manera que Isabelle volvió a él, a su antigua casa. Hubo otros motivos, que no puedo contarle. Como posiblemente sepa, durante el primer año de la guerra, la ciudad fue ocupada por los alemanes. Se llevaron a muchos hombres, incluyendo a Azaire. Entonces... Bueno, pasó el tiempo, sucedieron cosas. Isabelle se quedó. La casa del boulevard du Cange fue bombardeada y la parte trasera quedó destruida. No hubo ningún herido, pero Isabelle se mudó a un pisito de la rue de Caumartin. Lisette estaba casada y Grégoire ya tenía edad suficiente para dejar la escuela. El año que viene ingresará en el ejército. Después, en noviembre pasado, hubo un fuerte bombardeo y la casa de la rué de Caumartin la alcanzó un cañonazo. Isabelle resultó herida, pero tuvo suerte. Dos personas de esa calle murieron. Mientras estaba en el hospital me escribió pidiéndome que viniera a cuidarla, así que vine. Ahora ya ha sido dada de alta en el hospital y está completamente

recuperada, aunque nunca volverá a estar... en buen estado físico. De manera que me quedaré con ella unas semanas más.

—Comprendo.

Las palabras de Jeanne evocaban a Isabelle con tanta fuerza que Stephen tuvo la sensación de que era casi como si estuviera sentada en el banco, entre ellos. Sin embargo, había algo que Jeanne no le había contado. Tal vez mucho.

—Quiero verla.

Sus propias palabras lo sorprendieron. Cuando estaba hundido en el barro y la mugre, en ningún momento deseó que ella fuese más real para él que aquel recuerdo no demasiado claro que con poca frecuencia lo asaltaba; nunca tuvo ganas de verla en carne y hueso. Algo de lo dicho por Jeanne había alterado esa indiferencia. Tal vez fuese la ansiedad que le provocaba su bienestar lo que lo impulsaba a creer en lo que veía en lugar de lo que recordaba o lo que le contaba Jeanne. Ésta negó con la cabeza.

—No, es imposible. No sería prudente. Sobre todo después de lo que ha sucedido.

—¡Por favor!

La voz de Jeanne adquirió un tono de ternura que era una respuesta a la de Stephen.

—Piénselo. Piense en todos los desgarrones y los dolores que esto ha causado. Volver atrás ahora, reabrir todo eso, sería una locura. —Se puso en pie para irse—. Monsieur, tal vez le haya dicho más de lo que debía, pero sentí que podía confiar en usted. También sentí que teníamos una pequeña deuda con usted. Cuando lo dejó, Isabelle no le dio ninguna explicación, pero yo creo que, a su manera, usted se comportó honorablemente. No la siguió ni le hizo la vida más difícil de lo que ya era. Creo que por lo menos merecía que se le dijera lo que le he dicho. Pero ahora debo lealtad a Isabelle y, como usted mismo decía, la lealtad debe ser completa; no caben las componendas.

Stephen se puso en pie y se mantuvo a su lado.

—Comprendo. Gracias por haber confiado en mí hasta el punto que lo hizo. Pero permítame que le pregunte algo. ¿Por lo menos le dirá a Isabelle que estoy aquí? Dígale que me gustaría verla, tan sólo para desearle buena suerte en una breve visita. Después podrá decidir lo que quiera.

Jeanne frunció los labios en un gesto de renuencia, y comenzó a negar con la cabeza. Stephen insistió:

—Eso no sería desleal. Sería permitirle que decida por sí misma. Sigue siendo su propia vida, ¿no?

—Está bien. Va en contra de mi buen juicio, pero le contaré que nos hemos encontrado. Y ahora debe permitir que me vaya.

—¿Y cómo sabré la respuesta?

—Me reuniré con usted en el mismo bar, mañana a las nueve de la noche. Y ahora debo irme.

Se estrecharon las manos y Stephen observó desaparecer en el otro extremo de la plaza aquella figura alta, con una botella de cordial en la mano.

Cruzó la ciudad en dirección al boulevard du Cange. Dejó atrás la catedral, con su frío estilo gótico, fortificada con sacos terreros, como si sus verdades espirituales no fueran, en sí mismas, una prueba contra el metal que estallaba. Descendió hacia las orillas del canal donde, en las tardes cálidas de su primera visita a la ciudad, había observado a los hombres en mangas de camisa que, esperanzados, arrojaban sus sedales a las mansas aguas del Somme.

Estaba nuevamente vivo. Lo que él creía muerto y reducido a un recuerdo casi fósil, empezaba a crecer y a inflamarse en su interior. Jamás supuso algo semejante, ni siquiera en sus momentos de mayor soledad, ni bajo los peores bombardeos, cuando debió recurrir a sus recuerdos más infantiles y fundamentales para tranquilizarse. En ningún momento recurrió al recuerdo de Isabelle ni de lo sucedido entre ellos como una fuente de esperanza o de significado, ni siquiera como una forma de huida de la opresiva realidad en la que se hallaba inmerso. Sin embargo, el encuentro con Jeanne acababa de provocar algo extraordinario en su interior: redujo los acontecimientos de los últimos tres años a algo si no comprensible, por lo menos contenido.

Cruzó el extremo sur del bulevar y comenzó a caminar. No podía creer que la casa pudiera seguir allí; tenía la misma cualidad poco fiable que su recuerdo de haber muerto, cuando la vida lo atrajo de nuevo con promesas inseguras, o de sus recuerdos de momentos de batalla, cuando el tiempo parecía desplomarse.

Entonces vio la hiedra roja que llegaba hasta el balcón de piedra del primer piso, la formidable puerta principal, con su intrincada decoración de hierro forjado; el techo gris de pizarra que formaba diversos ángulos sobre las irregularidades de las habitaciones y los pasillos que cubría. La fachada sólida, que transmitía una sensación de calma, poseía una indudable resistencia.

Volvió a sentir en la boca el sabor de aquellos días. Le parecía percibir el olor de la cera que sobre los parqués aplicaba la criada llamada... Marguerite. El vino que Azaire solía servir en las comidas, un tinto con cuerpo, que no era barato pero sí espeso y terroso. Después, el ruido de sus pasos, su sonido engañoso que resonaba más cercano o lejano de lo que realmente correspondía. El aroma de tabaco de pipa en la sala de estar. Y, sobre todo, la ropa que usaba

Isabelle, aquella sugerencia de rosas, su limpieza y la sensación que daba no sólo de haberse vestido, sino de haberse esmerado en su atavío, como si éste fuera un disfraz que no correspondiera a aquella casa sino a un mundo distinto en el que ella habitaba mentalmente. Recordó todo eso con sorprendente claridad, como recordó sus propios sentimientos que le indicaban que la vida interior sofocada de Isabelle, de alguna manera concordaba con la suya. Y mientras permanecía en la calle oscura, contemplando la casa, también recordó la jubilosa urgencia con que descubrió que no se equivocaba.

Cruzó la calle para mirar más de cerca. La verja estaba cerrada con llave y no se veían luces en el interior. Avanzó para poder ver la fachada lateral. La parte trasera estaba cubierta con una larga lona y había signos de que se llevaban a cabo obras de reparación, así como montones de ladrillos a la espera de ser colocados. Por lo que Stephen podía juzgar, resultaba evidente que el bombardeo destruyó una sección importante de la parte posterior de la casa. En cualquier caso, debieron usar cañones pesados, y aquello era el resultado de un impacto; tal vez de dos. Stephen calculó que en gran medida la sala de estar principal había quedado destruida, lo mismo que varias habitaciones menores de la planta baja. Sobre ellas se encontraban los dormitorios traseros, las dependencias del servicio y la habitación roja.

Se sentó en el borde de la calle, bajo un árbol. Estaba sobrecogido por la fuerza de sus recuerdos. Todo volvía a resultar claro, como si lo estuviera reviviendo. El fuego encendido en la habitación roja, el caballero medieval, las clemátides que crecían junto a la ventana... Trató de contener la oleada de recuerdos, aunque, al mismo tiempo, se sentía revivir con ellos.

Se puso en pie y comenzó a alejarse de la casa, en dirección a la ciudad y luego hacia las orillas del canal. De repente se preguntó si Ellis se las podría arreglar solo. En la ciudad había abundancia de alojamientos y de oficiales amistosos dispuestos a indicarle adónde podía ir. En cuanto a él, no tenía deseos de dormir. Estaba cerca de los huertos junto al río, aquellas tierras fértiles que una tarde calurosa recorrió con Azaire y su familia, y con monsieur y madame Bérard.

Caminó durante toda la noche, deteniéndose de vez en cuando para descansar en algún banco, en un intento de aclarar sus ideas. El amanecer lo encontró en el barrio de Saint-Leu, donde escuchó las primeras señales de actividad diurna cuando los panaderos encendieron sus hornos, y carretillas de mano pasaban por la calle cargadas de lecheras y produciendo un ruido metálico.

A las siete entró en un café, donde tomó huevos fritos con pan y una taza de café. Se lavó y se afeitó en un cuartito trasero que le facilitó el dueño del local. Estaba tan acostumbrado a no dormir, que

la noche en blanco no le produjo ningún efecto nocivo. Tal vez lograra encontrar un cine donde dieran una película; de no ser así, compraría un libro y leería en los jardines frente a la catedral.

Pasó el día alimentando expectativas cambiantes. Por la tarde durmió más profundamente de lo que esperaba en la habitación que tomó en un pequeño hotel. Al caer la noche se cambió de ropa y se dispuso para el encuentro con Jeanne. Mientras se dirigía al bar, notó que su camisa limpia, lo mismo que la sucia, estaba llena de piojos.

Jeanne llegó al bar poco después de las nueve. Stephen dejó el vaso sobre la mesa y se puso en pie. Apartó una silla para que ella se sentara. Apenas pudo cumplir con las formalidades de ofrecerle una copa y de preguntarle cómo estaba, sin que su mirada buscara en su rostro algún indicio de las noticias que le traía.

—¿Ha hablado con Isabelle?

—Sí, he hablado con ella. —Después de rechazar una copa, Jeanne permaneció sentada y con las manos cruzadas sobre la mesa—. Le sorprendió saber que usted estuviera en Amiens. Y le sorprendió aún más que quisiera verla. Hasta esta misma noche se ha negado a darme una respuesta. Es muy difícil para ella, monsieur, por un motivo que ya conocerá. Por fin aceptó. Esta misma noche debo acompañarlo a la casa.

Stephen asintió.

—Está bien. No tiene sentido que perdamos el tiempo.

Experimentaba una enorme frialdad, como si se tratara de un asunto rutinario, como inspeccionar una trinchera.

—Bueno. Vamos andando. No está lejos.

Recorrieron juntos y en silencio las calles oscuras. Stephen se dio cuenta de que a Jeanne no le gustaría que le hiciera preguntas. Parecía muy entregada a su misión acerca de la cual, era evidente, tenía dudas.

Por fin llegaron a una puerta azul con picaporte de bronce. Jeanne miró a Stephen, con los ojos resplandecientes a la sombra del pañuelo que le envolvía la cabeza.

—Debe tomar esto de la mejor forma posible, monsieur. Trate de mantener la calma, de ser fuerte. No angustie a Isabelle. Ni se angustie usted mismo.

Su suavidad conmovió a Stephen, que asintió. Entraron en la casa.

En el modesto vestíbulo había una débil luz, emitida por una lámpara apoyada en una mesa de cristal, con un jarrón de margaritas, bajo un espejo de marco dorado. Jeanne subió la escalera y Stephen la siguió. Cruzaron un descansillo al final del cual había una puerta cerrada.

—Espere aquí, por favor —pidió Jeanne mientras llamaba a la puerta.

Stephen oyó que una voz contestaba desde el interior. Jeanne entró. Oyó el sonido de sillas que se corrían y de conversaciones en voz baja. Miró a su alrededor, a los cuadros que colgaban a ambos lados de la puerta, y la pintura clara de las paredes.

Jeanne reapareció.

—Está bien, monsieur. Puede entrar.

Le tocó el brazo como alentándolo, pasó a su lado y se alejó por el corredor.

Stephen tenía la boca seca. No podía tragar. Apoyó la mano en el pomo de la puerta y la abrió. La habitación estaba muy oscura. Sólo había una luz encendida, cubierta por una pesada pantalla, en una mesa lateral. En el otro extremo de la habitación vio una mesita redonda, como las usadas para jugar a las cartas. Frente a ella estaba

sentada Isabelle.

Dio unos pasos, adentrándose en la habitación. «Es el miedo», pensó, «eso es lo que hace que los hombres se oculten en los cráteres o se peguen un tiro.»

—Isabelle.

—Stephen. Me alegro de verte.

Su voz, de tono bajo, seguía siendo idéntica a la que oyó la primera noche; una voz que llenaba la estancia y desplazaba la cháchara aburrida de Bérard. Una voz que en aquel momento se deslizó a lo largo de cada nervio del cuerpo de Stephen.

Se acercó para verla mejor. Allí estaban el pelo castaño rojizo y los ojos grandes; allí estaba aquella piel que, de haber habido bastante luz, reflejaría igual que antes los cambiantes estados de ánimo de su dueña.

Había algo más. Tenía el lado izquierdo de la cara desfigurado por una larga cicatriz que iba desde la oreja, siguiendo por la mandíbula, hasta desaparecer bajo el vestido después de bajarle por el cuello. Stephen comprendió que le habían suturado la carne hacia afuera. Después cicatrizó y se secó. La oreja estaba bien reconstruida. Pero la línea alterada de la barbilla indicaba que el impacto debió de ser muy fuerte. Además, Isabelle tenía la parte izquierda del cuerpo incómodamente apoyada contra la silla, como si estuviera privada de movimiento. Isabelle siguió la mirada de Stephen.

—Me hirió un obús. Supongo que Jeanne te lo habrá dicho. Primero fue alcanzada la casa del bulevar, y luego la de la rué de Caumartin adónde nos habíamos mudado. Tuvimos mala suerte.

Stephen no podía hablar. Algo le mantenía la garganta cerrada. Levantó la mano derecha, con la palma hacia Isabelle. Se suponía que debía interpretarse como que se alegraba de que estuviera viva, que había visto casos mucho peores, que la comprendía y muchas cosas más, pero el gesto no tradujo ese mensaje ni esos deseos.

Isabelle parecía mucho mejor preparada para la entrevista.

Continuó hablando con tranquilidad.

—Me alegro de verte tan bien. Estás un poco canoso, ¿eh? —Sonreía—. Pero es una gran cosa que hayas sobrevivido a esta guerra espantosa.

Stephen apretaba los dientes. Se volvió, apretando ahora los puños. Meneó la cabeza de un lado a otro, pero seguía sin poder hablar. No esperaba experimentar aquella sensación de impotencia física.

Isabelle siguió hablando, aunque empezaba a vacilar.

—Me alegro de que hayas querido verme. Me encanta que hayas venido. No debes preocuparte por mi herida. Ya sé que es fea, pero no me produce ningún dolor.

Seguía hablando en dirección a la espalda de Stephen. Poco a poco él comenzó a dominar los sentimientos que bramaban en su interior. El sonido de la voz de Isabelle lo ayudó. Apeló a toda su fuerza de voluntad y, poco a poco, se fue controlando.

Con alivio y cierto orgullo, oyó que por fin un sonido surgía de su garganta en el momento en que se volvía para mirarla. Lo mismo que Isabelle, decía cosas sencillas, vacías.

—Tuve la suerte de tropezarme con tu hermana. Ha sido muy amable.

Los ojos de ambos se encontraron, y Stephen se acercó a la mesa y se sentó frente a Isabelle.

—Durante un rato me he quedado sin palabras. Lo siento.

Debo de haber parecido grosero.

Isabelle le tendió la mano derecha por encima de la mesa. Stephen la tomó entre las suyas y la sostuvo unos instantes. Pero luego la soltó porque no se animaba a prolongar aquel contacto.

—Isabelle, ¿te importaría darme un vaso de agua?

Ella sonrió.

—Mi querido Stephen. Hay una jarra en esa mesa del rincón. Sírvete todo lo que quieras. Después debes beber un poco de whisky inglés. Esta tarde Jeanne salió especialmente a comprarlo.

—Gracias.

Stephen se dirigió a la mesa. Después de beber el agua se sirvió un poco de whisky. La mano apenas le temblaba y al volverse pudo sonreír.

—Te has mantenido a salvo —dijo ella.

—Sí. —Sacó de la guerrera una caja metálica de cigarrillos y tomó uno—. La guerra durará por lo menos otro año; tal vez más. Me cuesta recordar cómo era antes la vida. Los que hemos logrado sobrevivir ni siquiera pensamos en ella.

Le contó que había sido herido en dos ocasiones y que en ambas logró recuperarse. A Stephen la conversación le parecía completamente desapasionada, pero se alegraba de que lo fuera.

—Espero que no te impresione mi aspecto —dijo Isabelle—. En realidad, en comparación con otros tuve mucha suerte.

—¡Cómo va a impresionarme! Con lo que yo he visto. Te ahorraré descripciones.

Estaba pensando en un hombre a quien vio, cuya cara había sido abierta por una bala, un simple disparo de fusil. En medio de la frente tenía un triángulo bien delineado, y otros dos, uno a cada lado de la barbilla. Le quedaba la mitad de un ojo, pero sus facciones habían desaparecido. Con excepción de algunos dientes enterrados en un ángulo, el resto era carne vuelta de dentro afuera. El hombre estaba consciente y despierto, oía y seguía las instrucciones que le daba el

oficial médico. En comparación con aquella herida, la de Isabelle era discreta.

Y, sin embargo, le acababa de mentir. Estaba impresionado por aquella herida. A medida que sus ojos se acostumbraban a la débil luz, alcanzaba a ver el lugar donde la piel de la sien izquierda estaba estirada, de manera que le deformaba un poco el ojo. Lo que lo espantaba no era la gravedad de la herida, sino la sensación de densa intimidad. A través de la piel y de la sangre de Isabelle, él había encontrado cosas que ningún metal debió compartir.

Poco a poco, cuando entre ellos se fue restableciendo la confianza, Isabelle se animó a contarle lo que le había sucedido. Pasó con rapidez las referencias a la vida que ambos compartieron en St.—Rémy o en otros lugares donde vivieron.

—De modo que regresé a Ruán, a la casa de mi familia. Fue como volver a la infancia, pero no existía inocencia ni ninguna sensación de posibilidades futuras. En cierto sentido fue amable por su parte que me aceptaran, pero me sentía aprisionada por mi fracaso. ¿Lo imaginas? Era como si me hubieran enviado a empezar de nuevo porque no había servido para nada.

»Mi padre introdujo con suavidad la idea de que regresara a Amiens. Al principio no creí que hablara en serio. Yo suponía que Azaire no querría volver a verme... Para no hablar del escándalo. Pero mi padre es un hábil negociador. Manejó el asunto como antes manejó el del casamiento. Llevó a Lisette y a Grégoire a visitarme. Yo lloré de felicidad al volver a verlos. Lisette había crecido mucho, ya era una mujercita. Ella no tenía necesidad de que yo volviera, pero me trató con bondad cuándo podría no haberlo hecho. Y Grégoire me suplicó. Derribaron todas mis defensas. No podía creer que me perdonaran lo que le había hecho a su padre. Aseguraron que todo eso estaba olvidado. Creo que tras haber perdido a una madre, estaban dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de no perder a otra. Y me perdonaron. Me perdonaron porque me querían tan sólo por lo que yo era.

«Después vino el encuentro con Azaire, que me aterrorizaba. Lo extraño fue que él parecía avergonzado porque yo lo había dejado por otro hombre. Creo que se sentía disminuido. Me trató con delicadeza. Hasta me prometió que sería un marido mejor. Yo no podía creer que todo aquello estuviera sucediendo. No tenía ganas de volver. Lo que me decidió fue lo infeliz que me sentía en casa de mis padres... Algo que papá explotó inteligentemente.

—¿Así que volviste? —preguntó Stephen.

No le encontraba sentido. Era inconcebible, a menos que Isabelle le estuviera ocultando algo en la historia que le contaba.

—Sí, Stephen, volví; no por mi voluntad, sino porque no me

quedaba otra alternativa. Pero me sentí muy infeliz. En cuanto puse los pies en la casa lo lamenté. Sin embargo, en aquel momento supe que ya no podría cambiar de idea. No tendría más remedio que quedarme. A los pocos meses, lo que ellos llaman «la sociedad» volvió a aceptarme. Monsieur y madame Bérard me invitaron a cenar. Era la antigua vida, sólo que peor. La guerra me salvó. Tal vez por eso considero con filosofía lo que me pasa.

Se tocó el cuello con los dedos de la mano derecha. Stephen se preguntó qué se sentiría al tacto. Isabelle prosiguió:

—Aquel mes de agosto las tropas británicas cruzaron la ciudad. Las observé con alguna esperanza de verte. La gente cantaba *Dios salve al rey*. Después las cosas empeoraron. A finales de mes el ejército decidió no defender la ciudad. Nos dejaron a merced de los alemanes. Yo quería que nos fuéramos, pero Azaire era concejal del ayuntamiento e insistió en que nos quedáramos. Esperamos dos días. Fue una tortura. Por fin llegaron, marchando por la carretera que lleva a Albert, y por la rué de Saint— Leu. Por unos momentos reinó un clima festivo. Pero después nos enteramos de sus exigencias. El alcalde disponía de días para proporcionarles una enorme cantidad de comida, caballos y pertrechos. Como garantía, exigían que se les entregaran doce rehenes. Doce concejales se ofrecieron voluntarios. Azaire fue uno de ellos.

»Se presentaron en la casa del boulevard du Cange y la requisaron para instalar a doce oficiales alemanes. Aquella noche retuvieron a mi marido en la sala de plenos municipales. Se tardó mucho en producir todo el alimento que exigían, y los alemanes amenazaron con matar a los doce rehenes. Apuntaron a la ciudad una gran batería de cañones. Al día siguiente nos enteramos de que los rehenes habían sido puestos en libertad, pero luego resultó que el alcalde no había pagado suficiente dinero, de manera que retuvieron a cuatro, incluyendo a mi marido. Al cabo de tres días de vivir en la incertidumbre, los alemanes admitieron que habíamos cumplido con sus exigencias, y todos los concejales quedaron en libertad. Pero bajo la ocupación la ciudad era un lugar distinto.

Isabelle pasó con rapidez a la parte siguiente de la historia. No dejaba bien parado a ninguno de los protagonistas.

Se pidió a todos los hombres en edad de prestar servicio que se presentaran para ser deportados. Muchos se arriesgaron y salieron de la ciudad, pero cuatro mil se entregaron. Los alemanes se sorprendieron ante tanta docilidad. Carecían de la capacidad necesaria para hacerse cargo de tal cantidad de hombres. Liberaron a todos con excepción de quinientos que, por propia voluntad, quedaron como prisioneros y a quienes sacaron de la ciudad. Al llegar a los suburbios de Longueau, los menos temerosos comprobaron que no los vigilaban

estrechamente y volvieron tranquilamente a sus casas. En Péronne, los que no se habían espabilado por su cuenta fueron obligados a montar en automóviles franceses requisados y conducidos a Alemania. Azaire, que consideró que su deber de concejal era permanecer con los de Amiens, fue con ellos. A pesar de que por su edad le hiñeron varios ofrecimientos extraoficiales de dejarlo en libertad, siguió decidido a permanecer junto a los ciudadanos que estaban en peores circunstancias.

Para Isabelle, la ciudad ocupada era un lugar distinto, a pesar de que en la casa del boulevard du Cange la ocupación le trajo la libertad.

Los oficiales alemanes eran puntillosos y tenían buen humor. Un joven prusiano llamado Max le tenía especial simpatía a la hija de dos años de Isabelle. La llevaba al jardín y jugaba con ella. Convenció a sus compañeros de que la niña debía recibir los cuidados de Isabelle, por lo que ésta debía ser eximida de prestarles servicio a ellos, cosa que podían hacer adecuadamente sus propios asistentes. Gracias a su insistencia, a Isabelle se le permitió conservar la mejor habitación de la casa.

Al contarle la historia a Stephen, Isabelle no hizo mención de la pequeña. Por el bien de esa pequeña aceptó regresar primero a Ruán y luego a Amiens: la chiquilla necesitaba un hogar, una familia. Pero no se animaba a mencionársela a Stephen, a pesar de que era hija suya. Nunca le había hablado de su embarazo y obligó a Jeanne a jurarle que no diría nada. Creía que si él se enteraba de la existencia de la criatura, la situación entre ambos sería más dolorosa y complicada.

Por el mismo motivo que omitió mencionar a su hija, le habló a Stephen de Max. Supuso que si se lo decía todo sería más sencillo y definitivo.

La ocupación sólo duró unos días, pero en aquella época frenética de la guerra, fue tiempo suficiente para que Isabelle se enamorara de aquel soldado que jugaba con su hijita y se preocupaba por su bienestar. Max no sólo era un hombre cortés, sino de gran imaginación y de enorme sentido del humor. Por primera vez en su vida, Isabelle tuvo la sensación de haber conocido a alguien con quien podía ser feliz bajo cualquier circunstancia y en cualquier país. Él se dedicaba por completo a su bienestar y ella sabía que, con sólo retribuir esa fidelidad, no habría circunstancias, ni alteraciones, ni siquiera guerras que pudieran interponerse en aquella sencilla felicidad. En comparación con la pasión que le inspiró Stephen, la relación era tibia, pero muy profunda. Le producía un gran contento y la confianza de que por fin lograría convertirse en la mujer que debía ser, sin obligaciones ni engaños, y dentro de un estilo de vida tranquilo y beneficioso para su hija.

Max parecía gratamente emocionado por lo que describía como su buena suerte. Para sorpresa de Isabelle, le costaba creer que ella pudiera corresponder a sus sentimientos. Durante el breve tiempo que estuvieron juntos, fue como si su incredulidad se iluminara. Para Isabelle, la única sombra era la nacionalidad de Max. En algunos momentos, cuando permanecía despierta por la noche, se sentía una traidora, ya no una sola vez, ni siquiera dos hacia su marido, sino tres, porque a partir de aquel momento también traicionaba a su gente y a su país. No lograba comprender por qué había atraído aquel destino tan extraño cuando era, a sus propios ojos, un ser tan poco complicado, la misma chiquilla de su infancia que en casa de sus padres sólo buscaba un poco de amor y de atención, una dosis de intercambio humano. ¿Por qué sería que sus sencillos deseos la convertían en una extravagante descastada?

Ése era el problema que no conseguía resolver cada vez que hacía un examen interior. Cuando pensaba en ello se entristecía; pero había conseguido desarrollar un instinto práctico de supervivencia. Max era un hombre de carne y hueso, una buena persona, un ser humano y, en definitiva, eso era más importante que el accidente de la nacionalidad, aun en una época tan terrible. La capacidad de Isabelle para llevar a cabo las elecciones difíciles de la vida diaria le permitieron seguir adelante en el camino que ella consideraba correcto, a pesar de sus convicciones teóricas.

Mantuvo correspondencia con Max. Viajó en secreto a Viena para verlo cuando él estuvo de permiso. La separación que habían sufrido no disminuyó los sentimientos que abrigaba hacia él; más bien reforzó su decisión. Aquélla era la última oportunidad de redimirse y de crear una vida para su hija.

En junio de 1916 el regimiento de Max fue destinado a reforzar un sector antes tranquilo, a orillas del Somme, cerca de Mametz. Isabelle recibió la carta que Stephen le escribió desde las trincheras. Durante seis meses no se animó a leer un periódico. Le resultaba insoportable pensar siquiera que Max y Stephen tuvieran que luchar uno contra otro. Escribió a Max desde el hospital. La noticia de que estaba herida redobló la devoción de él. Cuantas más dificultades surgían, tanta mayor importancia atribuían ambos a honrar las promesas que se habían hecho.

—No es fácil —dijo Isabelle—. Esas elecciones son todas muy, muy difíciles. Pero cuanto más dura la guerra, más decididos estamos.

Terminó de hablar y miró a Stephen. Él no había pronunciado una sola palabra durante toda su narración. Isabelle se preguntó si en realidad la habría comprendido toda. Como en ningún momento hizo mención de la niña, le pareció que explicarlo era mucho más difícil de

lo que había esperado. Se dio cuenta de que Stephen estaba intrigado.

Pensó que él había cambiado casi hasta hacerse irreconocible; ciertamente mucho más de lo que él mismo parecía darse cuenta. Tenía el pelo y también el bigote sin recortar llenos de hebras grises. Iba mal afeitado y se rascaba constantemente el cuerpo, al parecer sin ser consciente de ello.

Los ojos, que siempre habían sido oscuros, ahora estaban hundidos. En ellos no habla luz. Su voz, que en otro tiempo reverberaba de una manera significativa, llena de matices, de emociones contenidas, ahora carecía de tonos o hablaba como a ladridos. Parecía un hombre trasladado a una nueva existencia en la que se había enterrado y fortificado por falta de sentimientos o respuestas naturales.

Isabelle se conmovió al advertir esos cambios, pero temía tender una mano hacia aquel mundo en el que él ahora habitaba. Lloraría por él cuando se fuera, pero no hasta haber terminado el asunto práctico de esclarecerlo todo.

Stephen sacó otro cigarrillo de su caja y lo golpeó con lentitud sobre la mesa. Sonrió. Sorprendentemente, fue un movimiento amplio e irónico de sus labios.

—No has elegido un camino fácil, ¿eh?

Isabelle meneó la cabeza.

—Pero nunca quise verme obligada a enfrentarme a tantas dificultades. Fueron cosas que, al parecer, iban sucediéndome.

—¿Cómo está Lisette?

—Se ha casado. Para disgusto de mi marido se casó con Luden Lebrun. ¿Lo recuerdas? Fue el hombre que organizó la huelga.

—Sí, lo recuerdo. Solía sentirme celoso de él. ¿Y Lisette es feliz?

—Sí, muy feliz. Pero Lucien está en el ejército. Si la guerra continúa, Grégoire se alistará el año que viene.

—Me gustaría ver a Lisette. Era una chica muy agradable. —Vive en París.

—Comprendo. ¿Qué es ese ruido?

—Deben de ser los gatos. Jeanne tiene dos.

—Me pareció el llanto de un niño.

Oyeron pasos en el corredor. Una puerta se abrió y se cerró.

Isabelle tuvo conciencia de que, bajo el rostro inexpresivo de Stephen, ardía un fuerte deseo.

—Isabelle, me alegro de todo lo que me has dicho. Ahora ya no quiero volver a verte más. Esto era todo cuanto necesitaba saber. Te deseo que seas feliz con tu amigo alemán.

Isabelle sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Sin duda Stephen no se iría inmediatamente después de haber pronunciado esa muestra de generosidad. Ella nunca quiso verlo tan deprimido.

Stephen se inclinó hacia delante, por encima de la mesa.

—¿Puedo tocarte? —preguntó, con un leve temblor en la voz.

Ella le miró los ojos oscuros.

—¿Quieres decir...?

—Sí —contestó él, asintiendo con lentitud.

Extendió la mano derecha. Ella lo tomó y percibió los dedos grandes y toscos. Despacio, con cierta vacilación, guió la mano de Stephen hacia su rostro y la apoyó debajo de la oreja.

Sintió que los dedos de él le recorrían con suavidad la cicatriz. Se preguntó si serían lo suficientemente suaves para que él percibiera la cualidad de su piel o si eran tan callosos que le impedirían advertir las diferentes texturas.

Mientras los dedos de Stephen le acariciaban la cicatriz, ella se sintió sobrecogida por el deseo. Era como si no le estuviera tocando la mejilla, sino que le abriera la carne entre las piernas; volvió a sentir la lengua de él dentro de su boca; a experimentar de nuevo el éxtasis de la entrega y la posesión. Se le coloreó la piel, sintió que algo se le derretía dentro del vientre y percibió una cálida humedad. Estaba ruborizada a causa de la excitación, la piel le latía y le quemaba bajo el vestido.

Stephen mantenía la cabeza quieta y seguía con los ojos el lento curso de su mano sobre la cicatriz. Cuando llegó al cuello del vestido, la detuvo allí unos instantes, con los dedos apoyados en la herida. Después descansó el dorso de la mano sobre la piel suave y sana de la mejilla, como lo había hecho tantas veces.

Él se puso en pie y salió sin hablar. Isabelle lo oyó conversar con Jeanne junto a la escalera; luego sus pasos bajaron los peldaños. Isabelle se cubrió la cara con las manos.

La luz del día ya se disipaba cuando Stephen llegó a la explanada de la estación. Vio a Ellis esperando en la cabecera del andén y se le acercó.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el muchacho, nervioso, en tono de enfado.

—Me he topado con un amigo.

Encontraron dos asientos en el tren, y Stephen miró por la ventanilla mientras la estación iba quedando atrás.

Ellis encendió un cigarrillo.

—Es como esa hora del día de los domingos, cuando uno espera oír repicar las campanas de las iglesias. Daría cualquier cosa con tal de no tener que volver.

Stephen cerró los ojos. Ya no sabía lo que quería o no quería hacer. El tren los llevaría.

Al día siguiente se dirigió al cuartel general del batallón para ver al coronel Gray.

Cuando Stephen abrió la puerta de la oficina, que antes era la sala de estar de una granja, Gray bajó el libro que estaba leyendo.

—Siéntese, Wraysford. ¿Ha disfrutado de su permiso?

—Sí, gracias, señor.

—Me temo que su compañía debe regresar mañana al frente.

—No me importa —dijo Stephen. Cruzó las piernas y sonrió a Gray—. Simplemente seguimos y seguimos. Hasta que esto acabe.

Le gustaba Gray porque era un hombre directo. Lo único que le preocupaba de él era su preferencia por extrañas teorías psicológicas. Gray encendió la pipa.

—Me presionan para que le asigne un destino administrativo. Esta vez tendrá que aceptarlo.

Stephen se puso tenso.

—No he llegado hasta aquí para abandonar ahora a mis hombres.

—¿A qué hombres? —dijo Gray en voz baja.

—Los hombres con quienes llevo más de dos años.

Gray negó con la cabeza, guardó silencio y levantó las cejas. Stephen tragó saliva con fuerza y clavó la mirada en el suelo.

—Ésos han muerto, Wraysford. Todos han muerto. No puede nombrar a más de dos de su pelotón original.

Stephen se lamió los labios. En sus ojos había lágrimas.

—Está usted cansado.

—No, estoy...

—No evita ningún peligro. Participa en incursiones y en patrullas. Hasta me informaron de que bajó al túnel con los minadores. No, no es eso. Está mentalmente fatigado, Wraysford. ¿No es así?

Stephen negó con la cabeza. No podía contestar. Hacía mucho tiempo que nadie le hablaba con tal grado de comprensión.

—No es algo de lo que deba avergonzarse. ¡Por el amor de Dios! Ha hecho más que ningún otro de ese batallón. Lo mejor que puede hacer ahora es ayudar a los administrativos de la brigada. Les hace falta su conocimiento del francés. Su conocimiento fluido del idioma no nos resulta útil si está enterrado en un cráter.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Sólo unos pocos meses. Se están creando algunos problemas en las filas de nuestros aliados franceses. Tenemos necesidad de saber exactamente lo que sucede, porque le aseguro que ellos mismos jamás nos lo dirán.

Stephen asintió. No veía cómo negarse.

—Ante todo disfrutará de un permiso para volver a Inglaterra. Y esta vez no lo eludirá.

Watkins, el asistente de Gray, les sirvió té y pastel de nueces

enviado desde Inglaterra por la esposa del coronel. Durante un momento comieron en silencio; luego Gray dijo:

—En la compañía B hubo un incidente desagradable con prisioneros enemigos. ¿Se enteró? Fue después de un largo bombardeo y los hombres estaban extenuados. Hubo una incursión y se llevaron a una docena de alemanes. Cuando supieron que debían escoltarlos ocho kilómetros cuesta arriba y bajo la lluvia, los condujeron a la linde de un bosquecillo y los mataron. El oficial hizo la vista gorda.

Stephen fue consciente de que Gray aguardaba con el mayor interés su respuesta. Era posible, pensó, que Gray hubiera inventado la historia para ponerlo a prueba.

—Deben ser procesados.

—¡Y yo que lo creía tan duro con nuestros amigos los alemanes! —dijo Gray, intensificando levemente su acento escocés, lo cual significaba que estaba intrigado.

—Y soy duro —replicó Stephen, bajando su taza. Aun en el cuartel general el té conservaba el sabor de las latas de gasolina en las que se transportaba—. La parte más difícil de mi trabajo es conseguir que los hombres los odien tanto como yo. Todo va bien mientras estamos descansando o en la reserva, pero cuanto más nos acercamos al frente, más empiezan a hablar del «pobre viejo Jerry». Y lo peor es cuando los oyen hablar o cantar; en esos momentos sé que tendremos problemas. Les recuerdo entonces a sus amigos muertos.

—¿Y qué me dice de usted?

—A mí no me cuesta mantener viva la llama del odio. No soy como ellos. He aprendido a amar el manual de ordenanzas; a estar sediento de sangre, tal como recomienda el texto. No tengo más que pensar en mis hombres, en lo que les han hecho, en la forma como murieron.

Stephen estaba agitado. Hizo un esfuerzo por tranquilizarse y no decir algo imprudente. Estaba pensando en Brennan, cuyo hermano había desaparecido irnos días antes, mientras patrullaba.

Gray asentía, con emoción intelectual, como un cirujano que ha descubierto un cálculo biliar destinado a ocupar un lugar preeminente en los tratados médicos.

—No creo necesario que los oficiales tengan que vivir alentando un odio permanente hacia el enemigo. Se supone que de— ben de estar sedientos de sangre, sí, pero con la cabeza clara y cuidando de la seguridad de sus hombres.

—Es lo que siempre he pensado —dijo Stephen—. Después de haber visto lo que usted y yo presenciamos en julio pasado, uno desea que no le toque volver a ver la vida de uno de sus hombres perdida en vano.

Gray se golpeó los dientes con la cucharilla.

—¿Le daría placer matar a un gran número de enemigos... personalmente, con sus propias manos?

Stephen clavó la mirada en la mesa. No podía quitarse de la cabeza la idea de Isabelle y su prusiano. Imaginó lo que haría si llegaba a encontrarse con aquel hombre. No tendría ninguna dificultad, ningún inconveniente en apretar el gatillo de su revólver; no vacilaría en quitar el seguro de una granada. No estaba seguro de lo que Gray esperaba que dijera. Tenía la mente embotada, pero algo le resultaba claro: habiendo llegado tan lejos, con tantos muertos, sería una locura alcanzar una componenda o dar la espalda a la situación—dijo la verdad, tal como la veía.

—Sí, a un gran número de ellos.

—Y, sin embargo, se muestra puntilloso con respecto a media docena de alemanes a los que dieron muerte unos hombres cuyas vidas ellos habían convertido en algo miserable.

Stephen sonrió.

—Yo sé cómo son, cómo se rinden en cuanto comprenden que no nos pueden matar y seguir seguros; todo ese «Kamerad» y los *souvenirs*. Pero de alguna manera existe la corrección. Parece extraño, pero hemos degradado la vida humana hasta tal punto, que debemos dejar cierto espacio para que vuelva a crecer la dignidad. Como se pueda, algún día. No para usted ni para mí, sino para nuestros hijos.

Gray tragó con fuerza y asintió en silencio. Poco después dijo:

—Llegará un día en que haremos de usted un oficial. Pero, primero, debe olvidar su odio. ¿Recuerda la vez que fui a verlo al hospital? Le dije que no siguiera con esos jueguecitos de vudú. ¿Me hizo caso?

—Sigo con ellos cuando me lo pide el capitán Weir. Con nadie más.

—Pero usted mismo ¿no cree en el asunto?

—Yo amaño las cartas. ¿Cómo quiere que crea en eso?

Gray rió y se limpió la boca, a la que se habían adherido algunas migas.

—¿Y en qué cree?

—En la guerra.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero ver cómo terminará.

—¿Cree en algo más? —insistió Gray, que había vuelto a adoptar su expresión de médico inquisitivo.

—A veces —respondió Stephen, que estaba demasiado cansado para andar con evasivas—. Creo en normas superiores. En distintos niveles de experiencia; creo en la posibilidad de una explicación.

—Era lo que yo suponía. Con la mayor parte de la gente sucede al revés. Cuanto más ven, menos creen.

Stephen se puso en pie—dijo, hablando con dificultad:

—Yo le vi a usted esa misma cara aquella mañana de julio, mando atacamos en Beaucourt. Usted me dio las órdenes en la cabecera de la trinchera de comunicaciones.

—¿Y qué?

—Lo miré a los ojos y los tenía completamente inexpresivos.

Por primera vez desde que Stephen lo conocía, Gray parecía incómodo. Tosió y bajó la mirada. Cuando pudo volver a mirar a Stephen a los ojos—dijo:

—Ésos son momentos íntimos.

Stephen asintió.

—Ya lo sé. Yo estaba allí. Vi el gran vacío de su alma, y usted vio el mío.

Enterraron a Arthur Shaw y a Bill Stanley, el hombre que había muerto con él. Pero antes tuvieron que desenterrarlos de aquella tumba que era el túnel. Fue necesario utilizar equipos de cuatro hombres durante tres días para cavar y abrirse camino hasta donde estaban, y hubo que afianzar el túnel con tablones hasta llegar a los cuerpos. Fue un ejercicio peligroso que el mismo Weir desaconsejó, pero dado que él todavía descansaba en retaguardia, los hombres consiguieron convencer al oficial que estaba temporalmente al mando, un hombre de poco carácter apellidado Cartwright.

Mientras el capellán leía las oraciones del oficio fúnebre, Jack Firebrace permanecía de pie entre Jones y Evans. Tenían las gorras en las manos. Luego arrojaron puñados de tierra sobre los cuerpos. A Jack no le sorprendió lo sucedido. No creía que hubiera motivos para suponer que su amigo sobreviviera más que su propio hijo. Cuando oyó la explosión del túnel alemán, esperó que llegara la noticia: allá abajo había dos hombres, y uno de ellos era Arthur Shaw. Cuando Fielding se lo dijo, Jack asintió. La violencia fortuita del mundo reinaba suprema; no tenía sentido tratar de encontrarle explicaciones.

Entonaron el himno *Allá lejos hay una gran colina*, que Jack sabía era uno de los preferidos de Shaw. Muy lejos en realidad, pensó Jack, mirando el barro amarillento que tenía adherido a las botas. Sonó un clarín. Los hombres se alejaron caminando pesadamente y tratando de levantar los pies del barro. Por última vez, Shaw quedó bajo tierra.

La sección de Jack estaba en la reserva, alojada en una cabaña de una granja. Tyson, Shaw y él habían colaborado en la compra de un hornillo Primus, que a partir de aquel momento era sólo propiedad suya. Invitó a Jones y a Evans a compartir una lata de guiso, que Evans suplemento con algunas judías y un pastel que le acababan de

enviar de su casa.

—Esto no sirve para nada —dijo Jack—. Deberíamos estar bebiendo a su salud.

Se acercó a la puerta de la cabaña y arrojó afuera la mezcla de guiso y judías. Una vez hubo oscurecido, cruzaron las líneas de apoyo y encontraron el camino a un pueblo donde Fielding les comentó que había un cafetín amistoso. Siguiendo sus instrucciones, llegaron a una casita situada detrás de la calle principal.

Cuando por fin llegaron, Jack tenía las manos casi congeladas. El puño del uniforme le raspaba las venas heladas y le enviaba pequeñas descargas eléctricas a lo largo de los dedos. Su cuerpo bramaba por agua caliente. El lugar estaba repleto de hombres de pie que pugnaban por acercarse al cocinero, que en un extremo del local blandía una sartén llena de aceite hirviendo. Dos mujeres arrojaban en ella puñados de patatas que servían con huevos fritos, recibidos ruidosamente por los hombres que tuvieron la suerte de encontrar sitio en la larga mesa.

Jack se abrió camino a empujones hasta el lugar donde una mujer servía vasos de cerveza pálida. Sabía por experiencia que ésa no era manera de emborracharse. Pidió una botella de vino blanco, y Jones le compró un poco de miel a un hombre que salía. Bebieron el contenido de la botella con rapidez, mientras Evans maldecía a gritos a la vieja que se afanaba en freír huevos. Ella le replicaba feliz con juramentos hasta que, por fin, le llegó el turno a él.

Compraron más vino y lo bebieron con las patatas grasientas, que les parecieron deliciosas, calientes y similares a las que comían en sus casas. Jack se limpió la boca con la manga y alzó su vaso. Evans y Jones estaban de pie cerca de él, en medio del gentío.

—Brindo por Arthur Shaw —dijo Jack—. El mejor compañero que un hombre puede haber tenido.

Bebieron y volvieron a beber. Jack lo hizo con la rítmica y lenta decisión que ponía en su trabajo en el túnel. Conservaba el recuerdo de Shaw, un recuerdo doloroso que su mente sobria y consciente se negaba a olvidar. De manera que estaba decidido a terminar poco a poco con aquella sobriedad hasta que por fin desapareciera, llevándose consigo el recuerdo.

El cafetín tenía que cerrar a las ocho y media, hora en que llegaría la policía militar para asegurarse de que allí no quedaba ningún soldado. Con veinte minutos por delante, la velocidad con que bebían aumentó. Evans empezó a cantar y Jones, cuyos antepasados galeses se habían instalado en Londres muchas generaciones antes, apeló para apoyarlo a la memoria celta que llevaba en las venas. Luego conminaron a Jack Firebrace a que también interviniera en aquella especie de music-hall.

Jack se sintió inspirado al oír que Evans pedía silencio a los presentes. Se lanzó a contar algunos chistes que conocía y comprobó que el resentimiento inicial de los soldados por tener que interrumpir sus conversaciones, pronto se convertía en sonoros aplausos. A partir de ese momento, fue contando cada chiste con una tranquilidad profesional, y hasta hacía breves pausas para aumentar la excitación de su auditorio. El alcohol le quitaba las inhibiciones. Tuvo la sensación de que ya había trascendido el estado en el que tal vez pudiera arrastrar las palabras u olvidar su lugar, y se sentía poseído por una total claridad. Había cierto desdén, casi crueldad en su confianza.

A los hombres les encantaban los chistes, aunque los hubieran oído ya más de una vez. Jack los contaba con persuasión. Eran pocos los que habían oído contarlos tan bien. El mismo Jack reía algo, pero alcanzaba a percibir el efecto que su actuación tenía en el auditorio. El ruido de las carcajadas rugía como el mar en sus oídos. Quería que fuera cada vez más fuerte; quería que todos ellos ahogaran la guerra con sus risas. Si lograban gritar con bastante fuerza, tal vez consiguieran que el mundo recuperara su buen sentido. Tal vez pudieran reír lo bastante fuerte como para que los muertos se levantaran.

Jack bebió más vino de la jarra que le pasó uno de sus admiradores. Cruzó la línea divisoria entre ese estado de particular tranquilidad, que le proporcionaba su completa falta de inhibiciones, hasta llegar a una furiosa incoherencia en la que imaginó que lo que sentía y lo que quería —aquella gran descarga de risas— podía provocarla urgiéndola y no con su fría concentración para lograrlo. Empezó a repetir las palabras más importantes de los chistes y a dirigir con los brazos la respuesta del público. Algunos hombres quedaron intrigados, y otros empezaron a perder interés y a reanudar las conversaciones interrumpidas.

Jack siempre terminaba con una canción. Resultaba extraño que las cosas más sencillas y más baratas siempre fueran las mejores; eran las que permitían que los hombres pensaran en sus hogares. Empezó a cantar *Si tú fueras la única chica del mundo*. Alzó la voz y movió los brazos, invitando a todos a acompañarlo. Aliviados al comprobar que los chistes se habían acabado, muchos se añadieron al canto.

Al ver sus rostros, una vez más amistosos y aprobatorios, Jack se sintió emocionado y alentado. Recordó las facciones de su amigo muerto. En aquella extraña vida que vivían, Shaw fue la única persona en el mundo para él: la cabeza bien formada, con los ojos de mirada tranquila, la espalda enorme y musculosa, las uñas rotas. Jack casi alcanzaba a percibir la forma del cuerpo de Shaw cuando se curvaba para dejarle sitio en el refugio estrecho y maloliente donde dormían.

La letra de la insulsa canción empezó a ahogarlo. Sintió los ojos de la audiencia, de nuevo amistosa, clavados en él. Miró por encima de las caras coloradas y rugientes, como lo había hecho antes, al entonar aquella misma canción. Entonces se había dicho que no quería encariñarse con ninguno de aquellos hombres en particular, porque sabía lo que les esperaba.

El local, caliente y ruidoso, empezó a darle vueltas ante sus ojos llenos de lágrimas. «He cometido el mismo error no una, sino dos veces en la vida», pensó Jack, «porque quise a alguien más de lo que mi corazón es capaz de soportar.»

Con ese pensamiento de desesperanza, cayó hacia delante en la silla y lo recibieron los brazos de sus amigos Jones y Evans, quienes lo sacaron a la noche, bajo la mirada intrigada pero indiferente de sus compañeros.

Dos días después llegó el infrecuente drama del baño de las divisiones. La compañía de Jack debió retroceder casi cinco kilómetros hasta una antigua fábrica de cerveza. Jack disfrutaba del ritual y se divertía con el optimismo de una sucesión de jóvenes oficiales que estaban seguros de que aquella breve inmersión sería capaz de curar definitivamente los problemas higiénicos de sus hombres.

Al principio Jack supuso que los piojos que tenía en el cuerpo eran simples parásitos cuya presunción lo indignaba. Le asqueaba la manera en que introducían sus cuerpos desagradables en los poros privados de su piel. Le proporcionaba un enorme placer sostener una vela encendida en la mano y moverla con lentitud a lo largo de los dobladillos de su ropa, donde los insectos acechaban y criaban. Por lo general sus muertes eran silenciosas, aunque de vez en cuando se oía un satisfactorio crujido. También recorría con la vela la ropa de Shaw, porque su amigo no tenía la necesaria delicadeza manual, y era capaz de llegar a prender fuego a su ropa interior. Cuando no podían conseguir una vela, un dedo pulgar aplicado con fuerza era eficaz hasta cierto punto. Con la desaparición de algunas de aquellas criaturas, ellos gozaban de una sensación de alivio, aunque era lo mismo que aplastar un mosquito lleno de sangre: Jack siempre sentía que ellos no tenían derecho a estar allí. La evidente ventaja de reducir el número de piojos era el alivio pasajero que les proporcionaba disminuir el olor que dejaban esas criaturas, aunque ese alivio fuese relativo porque el olor de los piojos por lo general se mezclaba o era superado por olores corporales más fuertes y persistentes.

Jack, como casi todos los hombres, se rascaba de una manera casi constante, sin darse cuenta, y poco a poco fue perdiendo conciencia de lo que hacía. Pero no todos se resignaban. En una ocasión, Tyson se puso tan frenético que el médico le prescribió quince días de descanso. En su caso, la irritación constante era peor, incluso, que el estampido

de cañones pesados o que el miedo a morir.

Al llegar a la antigua cervecería, los hombres formaron filas y entregaron su ropa. La ropa interior se arrojaba a una pila, un montón gris y reptante que los más infortunados refugiados debían levantar y llevar a la lavandería del ejército. Los hombres bromeaban con las mujeres encargadas de esa tarea. Ellas usaban guantes y se cubrían la cara con pañuelos. Jones le ofreció la máscara antigás a una belga delgada y desdichada que no lo entendió. Les entregaban los pantalones y las guerreras a otras que, siguiendo las instrucciones del sargento del pelotón de Jack, los llevaba a un rincón de aquella especie de granero, donde una Foden Disinfector, una máquina desinfectante, que era arrastrada con optimismo de un extremo al otro de la línea del frente, se suponía que los fumigaba.

Jack se encaramó a una cuba y se introdujo en ella con varios de sus compañeros de pelotón. El agua se conservaba tibia, aunque jabonosa por sus anteriores ocupantes. Se restregaban todo el cuerpo y reían por la sensación de calor que les daba en la piel. En las obras del metro de Londres no se facilitaban duchas a los obreros que excavaban, y Jack debía volver a casa cubierto de arcilla y tierra. Allí, en las antiguas cubas de cerveza, vivían un momento de amistad y relajación que le resultaba casi desconocido. Evans y O'Lone empezaron a salpicarse con agua que levantaban con las manos. Jack descubrió que se había unido al juego. Por un instante se sintió culpable al recordar a sus amigos muertos, como si aquello fuera una falta de respeto, pero la sensación pasó pronto. Estaba decidido a disfrutar de cualquier placer que le proporcionara un alivio.

Después permanecían tiritando mientras el oficial de intendencia llevaba la cuenta de las prendas de ropa interior y de las camisas limpias. Cuando volvían las guerreras y los pantalones, ya desinfectados, se quedaban fumando bajo el débil sol de primavera. El tiempo comenzaba a cambiar. Aunque todavía hacía frío por la noche, durante el día el aire era más cálido. Jack pensó en los narcisos que empezarían a crecer a lo largo de las orillas del canal, cerca de su casa. Recordó cómo jugaba con John, cómo le enseñaba a lanzar un sedal o a dar puntapiés a una pelota de aquí para allá durante horas. Abrigaba la esperanza de que con aquellas prácticas su hijo fuera capaz de integrarse en los juegos de los otros chicos de la calle, aunque no se apreciaba diferencia. Lo único que Jack alcanzaba a ver eran las mejillas arreboladas de excitación de su hijo mientras corría hacia él, aferrando la pelota, que parecía demasiado grande, contra su pecho estrecho. Imaginó oír su voz emocionada cortando el aire lleno de niebla, con su inocencia y su alegría.

Sofocó aquellos pensamientos y se miró las botas. Estiró los pies dentro de los calcetines limpios. Formaron para regresar a sus

alojamientos. Aquella tarde repararían las trincheras de la línea del frente. La diferencia entre estar en el frente o en la reserva, como comentaba Evans, era que cuando uno estaba en el frente, por lo menos se le permitía meterse bajo tierra, fuera del alcance de los obuses.

Cuando llegaron a su alojamiento, Jack sintió la primera irritación en la piel. En las tres horas que duró la marcha de regreso, el calor del cuerpo había empollado los huevos de centenares de piojos que permanecían en los dobladillos de la camisa. Cuando llegó al frente, tenía el cuerpo lleno de piojos.

A la mañana siguiente, Stephen recibió una carta de Amiens. La letra le resultaba desconocida, pero se parecía a una que le había dejado notas en St.—Rémy o mensajes en el boulevard du Cange. La llevó a su refugio y la abrió cuando estuvo a solas. Ellis había salido a hablar con los centinelas. Era la primera carta que recibía desde el principio de la guerra.

Dio la vuelta al sobre, a la luz, y se maravilló al ver su nombre. Abrió el sobre y experimentó una extraña intimidad en aquel papel azul y crujiente.

Le escribía Jeanne para decirle que Isabelle acababa de salir de Amiens rumbo a Munich, donde se encontraba malherido su alemán. Max se vio obligado a pagar una enorme suma de dinero para lograr sacarla de Francia, vía Suiza. Isabelle se había despedido de ella y ya nunca más regresaría a Francia. Era una descastada, tanto para la casa paterna como para la ciudad.

Cuando me preguntó si le escribiría —concluía diciendo Jeanne— dijo que le gustaría tener noticias de una vida normal. No creo que en aquel momento ninguno de los dos sospechara que mi carta empezaría con una noticia tan importante. Sin embargo, ya que me pidió que le diera detalles de la vida doméstica en Amiens, permítame decirle que aquí todo sigue bien. Las fábricas están ocupadas confeccionando uniformes para el ejército. Como los soldados ya no usan pantalones rojos, fabricar esa ropa ya no es tan emocionante. La vida es sorprendentemente normal. Espero quedarme aquí un tiempo más antes de regresar a Ruán. Si en su próximo permiso quisiera hacerme una visita, le aseguro que sería bienvenido. Podría comer en el lugar donde estuvo la última vez. La comida no era tan buena como en época de paz, pero es probable que sea mejor que la que les dan en el frente. Con los buenos deseos de Leanne Fourmentier.

Stephen dejó la carta sobre la tosca superficie de la mesa, en cuyos intersticios se había secado la sangre de la rata. Después apoyó la cabeza en las manos. Acababa de recibir una respuesta a la pregunta que lo acosaba. Isabelle ya no lo amaba; y si así fuera, lo amaba de una manera distante que no afectaba a sus actos ni a sus sentimientos hacia otro hombre.

Al analizar sus reservas de fuerzas, comprendió que era capaz de soportarlo. Se dijo que el sentimiento que Isabelle y él compartían aún existía, pero en un tiempo distinto.

En una ocasión, de pie ante la helada catedral de Amiens, pudo prever el número de los muertos. No era una premonición, sino más bien un reconocimiento; se dijo que la diferencia entre la muerte y la vida no era un hecho, sino una cuestión de tiempo. Esa creencia le ayudó a soportar los quejidos de los moribundos en las colinas de Thiepval. Y por lo tanto en aquel momento estaba en condiciones de creer que su amor por Isabelle, y el de ella por él, se encontraba a salvo en su extremo ardor. No perdido sino pasajeramente vivo de un modo tan significativo como podía estar en cualquier sentimiento presente o futuro, en la larga oscuridad de la muerte.

Se guardó la carta de Jeanne en el bolsillo y salió a la trinchera, donde se le acercó Ellis.

—Todo tranquilo, ¿no? —dijo Stephen.

—Tolerable. Tengo un problema. Estoy tratando de conseguir que un grupo de trabajo salga a buscar algunos cadáveres. Como usted dice, está bastante tranquilo, y no es probable que tengamos una oportunidad mejor.

—¿Y dónde está el problema?

—Mis hombres se niegan a hacerlo a menos que también vaya yo. De manera que dije que lo haría. Entonces insistieron en que por lo menos nos acompañara un minador, pero según el reglamento de los oficiales al mando de los minadores esto no tiene que ver con ellos y, de todos modos, están hartos de hacer trabajos que nos corresponden a nosotros.

El rostro blanco y pecoso de Ellis estaba agitado. Se echó la gorra hacia atrás y dejó al descubierto su frente y una mata de pelo ya no tan espesa como antes.

Stephen esbozó una leve sonrisa y meneó la cabeza.

—Deberíamos ir todos. No tiene importancia. No es más que la muerte.

—Bueno, pero ¿le pedirá al capitán Weir que designe a alguno de sus zapadores para que nos acompañe?

—Se lo puedo preguntar. Tal vez también él tenga ganas de venir, ahora que se le ha curado el brazo.

—¿Habla en serio? —preguntó Ellis, algo enojado.

—No lo sé, Ellis. Hay algo en usted que me llena de inseguridades. Prepare a su grupo de trabajo para las doce.

Weir rió secamente cuando Stephen le hizo la propuesta.

—Habrá ron —dijo Stephen.

Weir abrió los ojos con interés.

Pero cuando llegó el momento, acusó un repentino miedo y una sensación de irrealidad. Nunca estarían preparados para mirar a la muerte con la crudeza que les aguardaba. Stephen se sintió, como le había sucedido antes en momentos de extrema tensión, desorientado en su noción del tiempo. Parecía temblar y luego congelarse.

A mediodía, en la escalera de salida de la trinchera, con máscaras antigás. Sabor a muerte, olor a muerte, pensó Stephen. Coker cortó sacos de arena para fabricar guantes.

—Pónganselos.

Firebrace y Fielding por parte de los minadores. Ellis, blanco como un papel. Barlow, Bates, Goddard, Allen por la infantería. Weir, que bebía ron después de haber bebido whisky, inseguro en los peldaños.

—¿Qué hace, Brennan?

—Yo también voy.

Caminaron hacia un cráter, bajo el sol radiante. Sobre ellos revoloteaba una alondra. Cielo azul, extraño para ojos acostumbrados a mirar el barro. Se encaminaron hacia el cráter abierto por una mina, donde hacía semanas que yacían cadáveres no recuperados.

—Trate de levantarlo.

Ninguna detonación de ametralladoras ni de pacos, a pesar de que escuchaban con atención.

—Cójalo por los brazos.

Una orden incomprensible a través de una máscara antigás. Los brazos del cadáver se desprendieron del cuerpo con suavidad.

—No le he dicho eso, no le he dicho que le arrancara los brazos.

Sobre el cuello de Weir, una rata de gran tamaño comenzó a perseguir algo colorado que tenía en la espalda. Un cuervo se asustó y levantó el vuelo de repente, batiendo el aire con sus grandes alas. Coker y Barlow movieron la cabeza ante el asalto de un enjambre de moscas que, al abandonar los cadáveres, transformaron la piel negra de los cuerpos en verdosa. El rugido del vómito de Goddard les hizo reír. Goddard se quitó la máscara y lo que respiró fue peor que lo que acababa de expeler. Weir estiró las manos, cubiertas por trozos de sacos de arena, y las acercó a un cadáver, apartando la ropa del cuello, de la que retiró un disco que se metió en el bolsillo junto con un puñado de piel que se desprendió con el disco. Jack se echó atrás al tocar la carne esponjosa de un muerto a través de la tela basta del uniforme. Brillante, una rata emergió del abdomen para dejarse caer

sobre las costillas del muerto, relamiéndose de gusto. Trozo a trozo, fueron colocando aquella carne en camillas. Lo que caía se quedaba en el barro. No había hombres sino moscas y carne, pensó Stephen. Brennan desnudó ansiosamente un torso sin cabeza. Lo tomó con ambas manos y lo arrastró, sin piernas, fuera del cráter. Sus dedos se hundieron en la carne verde y blanda como la mantequilla. Era su hermano.

Cuando regresaron a la seguridad de la trinchera, Jack estaba furioso de que los hubieran obligado a ir a él y a Fielding. Pero Weir señaló que tres hombres de su compañía permanecían insepultos. Goddard no podía dejar de vomitar, aunque hacía rato que estaba con el estómago vacío. Cuando no tenía arcadas, se sentaba en la escalera y sollozaba desconsoladamente. Tenía diecinueve años.

La sonrisa de Michael Weir era forzada. Les dijo a Fielding y a Jack que los rebajaba de servicios durante una semana. Luego se encaminó al refugio de Stephen con la esperanza de encontrar whisky.

—Me pregunto qué diría mi padre —dijo, en tono reflexivo—. Desde luego que «todo el mundo está poniendo de su parte», como él lo expresó. —Tragó y se pasó la lengua por los labios—. Sólo que su «parte» y la mía parecen muy diferentes.

Stephen lo observó y meneó la cabeza con afecto.

—¿Sabes lo que realmente me horrorizó? Lo que me horrorizó fue la posibilidad de que alguno de esos hombres estuviera **vivo.**

Weir lanzó una carcajada.

—¿Después de tanto tiempo?

—Ya ha sucedido —respondió Stephen. Se le ocurrió una **idea—**. ¿Dónde está Brennan? ¿Lo viste cuando volvimos?

—Mo.

Stephen salió a buscarlo por la trinchera. Lo encontró sentado en silencio en la escalera, cerca del refugio donde él y algunos otros dormían.

—Lo siento, Brennan. Debe de haber sido terrible para usted. No era necesario que fuera.

—Ya lo sé. Pero quise ir. Ahora me siento mejor.

—¿Se siente mejor?.

Brennan asintió. Tenía una cabeza estrecha, cubierta por una mata de pelo oscuro, espeso y grasiento. Cuando levantó el rostro, su expresión era tranquila.

—Por lo menos, Brennan, lávese las manos. Desinféctelas con cloruro de calcio. Si quiere, tómese un tiempo libre. Le diré al sargento que lo rebaje de servicios.

—No se preocupe. En cierto modo me siento afortunado. ¿Sabe que en julio, cuando estalló la mina, me caí de la escalera y me rompí una pierna? Entonces, cuando los vi a ustedes subir hacia tierra de

nadie, me sentí afortunado.

—Sí, pero yo lamento lo de su hermano.

—Está bien. Lo importante es que lo haya encontrado. Que no lo haya dejado allí tirado. Lo he recuperado y ahora tendrá un entierro como una persona. Habrá una tumba con su nombre. Y cuando la guerra termine, podré venir a ponerle flores.

A Stephen le sorprendió la seguridad de Brennan de que sobreviviría. Cuando se volvió para alejarse, Brennan empezó a cantar en voz baja una canción irlandesa que también había entonado por la mañana, mientras esperaban el momento del ataque. Tenía voz de tenor y conocía muchas canciones.

Durante toda la noche le cantó a aquel hermano a quien había recuperado con sus propias manos.

En el comedor del hotel Folkestone de Boulogne, había un grupo bullicioso de oficiales jóvenes. Muchos de ellos sólo llevaban seis meses en el frente y estaban llenos de historias que contar a sus amigos y familiares. La guerra no les iba demasiado mal. A pesar de haber sido testigos de mutilaciones y de muertes, lograron soportar la incomodidad física del frío, la humedad y la fatiga hasta un punto del que nunca se creyeron capaces. Pese a todo, aún consideraban pasable, al menos por el momento, aquel plan de servicios en el frente, alternados con permisos regulares para volver a sus casas. Bebían champaña y alardeaban de lo que harían cuando llegaran a Londres. No participaron en la gran matanza del año anterior y no podían prever el matadero mecanizado que les esperaba pocos meses después en el intransitable barro de Flandes. El horror del entreacto era soportable. Se estremecían de júbilo por haber sobrevivido, y las bromas nacían de su alivio. Sus voces juveniles se alzaban bajo las arañas de luz como el graznido de los estorninos.

Stephen los escuchaba desde su habitación del primer piso, donde estaba escribiéndole una carta a Jeanne. La petaca que había llenado de whisky en Arras estaba casi vacía, y el cenicero desbordaba de colillas. A diferencia de los hombres a sus órdenes que escribían directamente a sus casas, él tenía poca experiencia como corresponsal. Las cartas de los soldados, que él leía con cansancio, consistían en palabras tranquilizadoras para sus familiares, comentarios sobre el contenido de los paquetes recibidos y peticiones de más noticias.

Stephen no creía que a Jeanne le hiciera falta que la tranquilizara con respecto a su salud; tampoco disfrutaría conociendo detalles de la vida en las trincheras. A pesar de que se obligó a no mencionar a Isabelle, le parecía sensato escribir acerca de cosas que fueran

comunes para él y para Jeanne. Eso significaba hablar de Amiens y de la forma en que habían sobrevivido su gente y sus edificios.

Lo que en realidad quería decirle a Jeanne era que, aparte de Michael Weir, ella era la mejor amiga que tenía. Y considerando que en un mes más podría haber muerto, no veía motivo para no decírselo. Escribió: «Para mí significa mucho recibir sus cartas, tener algún contacto con una persona que pertenece al mundo cuerdo. Aprecio su bondad hacia mí. Su amistad me permite sobrevivir.»

Arrancó la hoja y la tiró a la papelera que tenía a los pies. Jeanne no apreciaría aquellas frases; era precipitado y vulgar por su parte. Debía ser más formal, por lo menos de momento. Apoyó la cabeza entre las manos y trató de recordar el rostro largo e inteligente de la hermana de Isabelle.

¿Cómo sería aquella mujer? ¿Qué le gustaría que le dijera? Imaginó sus ojos oscuros bajo las cejas arqueadas. Eran ojos inteligentes, irónicos y sin embargo comprensivos. La nariz era idéntica a la de Isabelle, pero su boca era más ancha, con un colorido más oscuro en la piel de los labios. La barbilla era más puntiaguda, aunque pequeña. La fuerza de sus facciones, su tez oscura y aquella cualidad de sus ojos le daban un aspecto levemente masculino. Sin embargo, la belleza de su piel pálida, no expresiva como la de Isabelle, pero de un color marfil, hablaba de una delicadeza extraordinaria. No sabía cómo dirigirse a ella.

Describió algunos detalles de su viaje en tren hasta Boulogne y prometió que le escribiría desde Inglaterra, donde por lo menos tendría algo interesante que contarle.

Cuando al día siguiente el barco atracó en Folkestone, se había congregado una pequeña multitud en el muelle. Muchos de los niños y las mujeres agitaban banderas y vitoreaban mientras los soldados de infantería bajaban por la pasarela. Stephen notó que la expresión de la multitud, de alegría se trocaba en incredulidad: para quienes habían ido a recibir a hijos o hermanos, ellos eran los primeros soldados que veían. Aquellos seres flacos e inexpresivos que bajaban a tierra no eran los hombres sonrientes, con uniformes resplandecientes, que embarcaron en su día al son de marchas militares. Algunos vestían pieles de animales adquiridas en granjas; muchos habían cortado trozos de sus guerreras para estar más cómodos o para envolverse las manos heladas. En lugar de gorras con botones brillantes, llevaban bufandas alrededor de la cabeza. Había costras de mugre en sus cuerpos y en su ropa, y sus miradas eran inexpresivas e intransigentes. Se movían de una manera automática y torva. A los civiles les causaban temor porque no se habían convertido en criminales sino en seres pasivos cuya meta última era sobrevivir. Stephen sintió que una mano se apoyaba en su hombro.

—¡Hola! ¿Es usted el capitán Wraysford? Me llamo Gilbert. Estoy destinado aquí No pude ir con ustedes... Tengo problemas en una pierna. Ahora tome estos impresos, y cuando llegue a la estación quiero que actúe como oficial de enlace con el oficial de embarque. Ésta es la lista de todos los hombres. ¿De acuerdo?

Stephen miró al hombre con incredulidad. Cuando se acercó para mostrarle los impresos, su cuerpo despedía un olor acre, como a podrido.

El andén de la estación estaba lleno de más gentío para darles la bienvenida. Había mesas en las que organizaciones de voluntarios ofrecían té y bollos. Stephen se dirigió a la cabecera del andén y cuando la mole de la sala de espera, de ladrillo rojo, impidió que lo vieran, dejó caer los impresos en un cubo de basura.

El tren se puso en marcha con los hombres alineados en los pasillos, sentados sobre sus petates, fumando y riendo, saludando a quienes los despedían desde el andén. Stephen le cedió su asiento a una mujer con gorro azul.

Apretado contra la ventanilla de un compartimiento, no logró ver mucho de Inglaterra mientras el tren pasaba por plazas que sólo ocasionalmente alcanzaba a percibir bajo la curva de su propio brazo. El encuentro con su tierra natal no le produjo ningún sentimiento de afecto o de profunda bienvenida. Estaba demasiado cansado para apreciarlo. Lo único que sentía era dolor de espalda por el esfuerzo de mantener la cabeza gacha para no golpearse con la red del equipaje. Tal vez con el tiempo llegaría a apreciar la vista del campo y los sonidos de la paz.

—Me bajo en la próxima estación —dijo la mujer del gorro azul —. ¿Le gustaría que llamara por teléfono a su esposa o a sus padres para avisarles de que va de camino?

—No. No, yo... No lo creo, gracias.

—¿Dónde vive?

—En Lincolnshire.

—¡Oh, Dios! Eso queda muy lejos.

—Pero no voy hacia allí. Pienso ir a...

No tenía ningún plan definido. Recordaba algo que le dijo Weir en una ocasión: «Ve a Norfolk. Es muy bonito en esta época del año.»

Al llegar a la estación Victoria, Stephen se abrió paso a empujones hasta salir a la calle. No quería ver más soldados, sino perderse en la gran nada de la ciudad. Cruzó el parque con paso ágil hasta llegar a Piccadilly, y luego continuó caminando con lentitud por el lado norte. En Albemarle Street entró en una tienda de ropa de hombre. Durante el último año había perdido gran parte de su ropa y por lo menos le hacían falta camisas y ropa interior. Se detuvo ante las vitrinas, con su extenso surtido de corbatas y calcetines. Un hombre se le acercó por

detrás del mostrador.

—Buenos días, señor. ¿En qué puedo servirle?

Stephen se dio cuenta de que el hombre recorría con la mirada su uniforme y el distintivo de su graduación. Bajo su amabilidad, también percibió un involuntario desagrado. Se preguntó qué habría en él que repeliera a aquel hombre. No sabía si olía a cloruro de calcio, a sangre o a ratas. Con gesto reflexivo se llevó una mano al mentón, pero sólo percibió la mínima barba que le había crecido desde que se afeitó en el hotel Folkestone.

—Quiero unas camisas, por favor.

El hombre subió una escalera y volvió con dos cajones de madera cuyo contenido exhibió ante Stephen. Había camisas blancas almidonadas para usar de noche y otras de algodón rayado y sin cuello para el día. Al ver que Stephen vacilaba, el dependiente bajó camisas de todos los colores y géneros. Stephen estudió los tonos pastel, la gran variedad que el hombre desplegaba ante él: camisas con los ojales hechos a mano, con los pliegues de los puños bien planchados y almidonados, y texturas que iban de lo rígido a lo lujosamente suave.

—Disculpe, señor. Mientras usted elige, debo atender a ese otro cliente.

El vendedor se alejó, dejando a Stephen confuso por la elección que debía hacer y la actitud del empleado. Con el otro cliente, un individuo robusto, de más de sesenta años y costoso abrigo, se mostró mucho más efusivo. Después de elegir varias prendas que hizo cargar en su cuenta, el recién llegado salió de la tienda sin darse por enterado de la presencia de Stephen. La sonrisa del vendedor se congeló y luego se borró al volver a acercarse a Stephen. Era evidente que deseaba mantener cierta distancia. Al cabo de unos instantes—dijo:

—No quiero darle prisa, señor, pero si no le satisface nuestro surtido, tal vez sería mejor que buscara en otra parte.

Stephen lo miró con incredulidad. Debía de tener alrededor de treinta y cinco años, una calvicie incipiente por ambos lados y un cuidado bigote.

—Sí, me resulta difícil elegir —dijo. Al hablar se dio cuenta de que le pesaba la mandíbula. Se dio cuenta de lo cansado que estaba—. Disculpe.

—Creo que tal vez sería mejor...

—Usted no quiere que siga aquí, ¿verdad?

—No es eso, señor; lo que pasa es...

—Deme estas dos.

Tomó las camisas que tenía más cerca. Diez años antes le habría pegado un puñetazo a aquel hombre, pensó. Pero en aquel momento

se limitó a pagar y salió.

Una vez fuera, respiró hondo el aire espeso de Piccadilly. En la acera de enfrente vio las arcadas del hotel Ritz con el nombre iluminado por bombillas. Por las puertas entraban mujeres con abrigos de pieles, con sus acompañantes, hombres de elegantes trajes grises y sombreros negros. Tenían un aire impaciente, como si estuvieran enfrascados en asuntos importantes de finanzas o de alcance internacional, de modo que ni siquiera se permitían dirigir una sonrisa al portero con sombrero de copa y uniforme con galones. Desaparecían detrás del cristal, los suaves abrigos tras ellos, ignorando la calle y lo que pudiera ocurrir más allá de sus propias vidas.

Stephen se quedó un momento observándolos, luego tomó su maleta de reglamento y se encaminó a Piccadilly Circus, donde compró un periódico. Informaba de un escándalo financiero y de un accidente en una fábrica de Manchester. En primera plana no había noticias de la guerra, aunque después, cerca de las cartas de los lectores, encontró un informe de las maniobras del Quinto Ejército y una cálida alabanza de la experiencia táctica de su comandante.

Cuanto más caminaba, más aislado se sentía. Le maravilló la suavidad de los pavimentos indemnes. Le alegraba que en la capital subsistiera una vida ordinaria, pero no se sentía parte de ella. Le habría resultado incómodo que los civiles lo trataran de otra manera, porque era gente de un país en el que, en todo caso, hacía tiempo que no vivía. Pero lo que le sorprendía era que su presencia no provocara tan sólo una reacción de indiferencia, sino de resentimiento. Pasó la noche en un pequeño hotel cerca de Leicester Square, y por la mañana tomó un taxi a Liverpool Street.

A mediodía salía un tren para King's Lynn. Antes de la hora de partida, tuvo tiempo de ir a una peluquería a que lo afeitaran y le cortaran el pelo. Subió a un tren casi vacío y pudo elegir el asiento que más le gustó. Los tapizados del Great Eastern Railway eran elegantes y limpios. Se instaló en el asiento de un rincón y sacó un libro. El tren salió con lentitud de la estación y empezó a tomar velocidad a medida que se alejaba de los bajos y oscuros bloques de casas adosadas del noreste de Londres.

Stephen comprendió que no podía concentrarse en el libro. Tenía la cabeza demasiado entumecida para poder seguir la sencilla narración. A pesar de tener los brazos y las piernas un poco tensos, no sentía dolor o fatiga de ninguna especie; había dormido razonablemente bien en el pequeño hotel, y desayunado tarde. Pero su mente parecía no funcionar. Sólo era capaz de mirar por la ventanilla y observar el paisaje que iban pasando. Los campos estaban iluminados por el sol de primavera. De vez en cuando los cruzaba en silencio un arroyo estrecho o un río. En lo alto de las colinas, en un

par de ocasiones alcanzó a distinguir las torres grises de una iglesia o el grupo de edificios de una granja, pero por lo general sólo se veían terrenos llanos y cultivados, al parecer deshabitados, cuya tierra profunda y húmeda sufría las mismas rotaciones de crecimiento y descomposición, invisible pero implacable, tal como había sucedido durante siglos bajo aquel cielo frío y húmedo, de día, de noche y sin nadie que lo viera.

Sin embargo, a medida que el tren avanzaba traqueteando, tuvo la sensación de escuchar un ritmo conocido en una parte remota de su memoria. Se quedó adormilado en el asiento del rincón y despertó sobresaltado, después de soñar que se encontraba en el pueblo de Lincolnshire de su infancia. Luego descubrió que seguía dormido; sólo había soñado que se despertaba. Se volvió a encontrar en un granero que se erguía en un campo llano y pálido por el que pasaba un tren. Despertó por segunda vez algo asustado, y trató de mantenerse consciente, pero de nuevo descubrió que sólo había soñado que se despertaba.

Cada vez que abría los ojos trataba de ponerse en pie, de levantarse del elegante asiento del vagón, pero le pesaban demasiado las piernas y se volvía a dejar llevar por el sueño.

Por fin consiguió despertar y se obligó a ponerse en pie. Se quedó parado junto a la ventanilla y miró el campo.

Le costó algunos instantes convencerse de que no soñaba. Porque la sensación era la misma que aquella media docena de veces que creyó haber despertado, sólo para descubrir que seguía dormido y soñando.

Poco a poco fue recuperando cierta claridad. Se agarró al marco de la ventanilla y respiró hondo. La sensación de desorientación disminuyó.

«Estoy cansado», pensó mientras sacaba un cigarrillo de la caja. «Como dijo Gray, estoy física y mentalmente cansado.» Tal vez Gray o alguno de sus médicos austríacos también pudieran explicar la curiosa secuencia de sus sueños alucinantes.

Se arregló el uniforme y se alisó el pelo desordenado por el sueño. Abrió la puerta del compartimiento y se dirigió al coche restaurante. Sólo había dos mesas ocupadas y pudo sentarse junto a una ventanilla. Un camarero se le acercó con el menú.

Stephen se asombró ante la variedad de platos que se ofrecían. Hacía años que no veía algo parecido. Pidió consomé, luego lenguado, filete y budín de riñones. El camarero le presentó la carta de vinos. Stephen tenía el bolsillo lleno de billetes ingleses que había comprado con su paga en Folkestone. Pidió el vino más caro de la lista, uno que costaba seis chelines la botella.

El camarero se le acercó con una sopera rebosante de consomé

hirviendo, gran parte del cual consiguió servirlo en el plato de Stephen, aunque cuando terminó el mantel estaba manchado de marrón. Stephen encontró que el consomé era demasiado fuerte para resultar agradable. El gusto de carne fresca y de especias lo confundía. No había almorzado ni comido en Amiens y su paladar estaba acostumbrado al pastel de ciruelas y manzanas de Tickler, al filete de buey y a las galletas, y de vez en cuando a un trozo de pastel que Gray o Weir recibía de Inglaterra.

Los pequeños filetes de lenguado, con su delicada película de venas y con su carne tan blanca, eran demasiado sutiles para que pudieran gustarle. Con cierta ceremonia, el camarero le sirvió un poco de vino en la copa de cristal. Stephen la bebió con rapidez y le indicó que se la volviera a llenar. Mientras esperaba el filete y el budín de riñones, bebió adecuadamente. El sabor del vino le resultó irresistible. Era como si toda la cabeza estuviera llena de pequeñas explosiones de perfume y de color. Hacía seis meses que no bebía vino, y aun entonces se trataba de vino ordinario, sin marca. Depositó la copa sobre la mesa con rapidez. En el frente el agua tenía sencillamente gusto a agua si había llegado con las raciones, o a algo mucho peor si la habían recogido en los cráteres. El té también tenía un sabor definido: el del petróleo en cuyos bidones se transportaba. Pero al beber aquel vino tuvo la sensación de estar ingiriendo una esencia compleja de la misma Francia, no del infierno visceral de Picardía, sino de un lugar bucólico, más antiguo, donde aún existía la esperanza.

No cabía duda de que estaba más cansado de lo que creía. Comió todo lo que pudo del filete y del budín de riñones. Renunció al postre y fumó un cigarrillo con el café. Al llegar a King's Lynn tomó otro tren que discurría a lo largo de la costa de Norfolk hacia Sheringham, que creía era el lugar recomendado por Weir. Pero a medida que el trenecito avanzaba resoplando, se dio cuenta de que estaba harto de viajar. Quería estar fuera, respirando el aire claro y en paz, y estaba deseando encontrarse en una posada con una cama blanda. En la estación siguiente, un lugar llamado Burnham Market, bajó la maleta y salió al andén. Pudo llegar a pie hasta el pueblo, rodeado por una carretera flanqueada de césped muy verde y bien cortado. La mayoría de las casas que daban a aquella carretera habían sido edificadas en el siglo XVIII. Eran espaciosas pero modestas, y también había media docena de tiendas, incluyendo una farmacia, un comercio de efectos navales y otro de arneses para caballerías.

Detrás de un nogal inmenso, descubrió una posada llamada El Mirlo. Entró y pulsó el timbre situado al pie de la escalera. Como nadie contestaba, pasó al bar, pavimentado con losas de piedra. Estaba vacío, y en las mesas seguían los vasos de cerveza sin lavar de la hora

del almuerzo. Remaba una atmósfera oscura y fresca que proporcionaban el pavimento y las pesadas vigas de madera.

Oyó una voz femenina a sus espaldas y se volvió. Una mujer regordeta, con delantal, le sonrió con cierta vacilación. Le explicó que era la criada y que el dueño de la posada había salido, pero que ella podía darle una habitación siempre que firmara el registro. Lo condujo a un pequeño dormitorio del piso superior, con una cómoda de caoba y una cama antigua de madera, cubierta por un grueso edredón blanco. Junto a la puerta había una silla de respaldo recto y un palanganero con una jarra y un lebrillo de loza. Al lado de la puerta había también un estante con media docena de libros sin duda ya muy leídos. Más allá de la cómoda, una ventana daba al jardín frente al establecimiento, donde las flores blancas del nogal impedían ver el cielo. Stephen dio las gracias a la criada y arrojó su maleta sobre la cama. Era justamente el tipo de habitación que quería.

Después de deshacer el equipaje, se tendió en la cama y cerró los ojos. Quería dormir, pero no podía dejar de parpadear. Cada vez que tenía la sensación de que se acercaba el sueño, se sobresaltaba y volvía a la realidad. Por fin cayó en un estado de adormecimiento parecido al que experimentó en el tren, y en cuyo transcurso pasó por su mente una serie de escenas brillantemente iluminadas, acaecidas en los últimos dos o tres años. Incidentes y hombres a quienes había olvidado renacían en su mente con vivida inmediatez, para volver a desaparecer. Trató de evitar aquella espeluznante secuencia de recuerdos. Veía constantemente a Douglas cayendo de la camilla al suelo resbaladizo de la trinchera en el momento en que explotaba un obús. Alcanzaba a oír el golpe sordo de un cuerpo sin vida. Volvió a su mente un hombre ya olvidado, llamado Studd, con el casco volado hacia atrás y la cabeza destrozada por disparos de ametralladora en el momento en que se inclinaba para ayudar a un compañero.

Stephen se levantó. Le temblaban las manos, lo mismo que le temblaban a Michael Weir durante los bombardeos. Respiró hondo y se dio cuenta de que el aire le raspaba dentro del pecho. Le pareció insólito hallarse en estado de choque en aquel momento, cuando se encontraba a salvo en un tranquilo pueblo de Inglaterra.

Lo emocionó pensar en el lugar donde estaba. Hacía mucho tiempo que no iba a Inglaterra. Tal vez le haría bien salir a caminar y mirar a su alrededor.

Al bajar al vestíbulo, con la cabeza descubierta, sus botas golpearon la madera sin alfombrar de la escalera. Luego salió a pleno aire.

Irguió los hombros y los relajó, al tiempo que lanzaba un profundo suspiro entrecortado. Empezó a caminar por la hierba y luego cambió de dirección para alejarse del pueblo. Trató de

tranquilizarse. «He estado sometido al fuego», pensó, «pero ahora, al menos de momento, todo eso ya pasó.» Al fuego. Las palabras volvían. ¡Qué poco adecuada era esa frase!

Los setos eran anchos y desiguales. En el aire flotaba una sensación de pureza, como si nadie lo hubiese respirado. Empezaba a refrescar con la primera brisa de la tarde. Desde los altos olmos que alcanzaba a ver en el extremo de la extensión verde, se oía el graznido de los grajos y, desde más cerca, el suave arrullo de las palomas. Se detuvo y se recostó en una cerca. El silencio y la quietud del mundo que lo rodeaba parecían fuera del tiempo; no había voz humana que lo situara.

Se puso a contemplar la luna blanca, todavía muy baja sobre los olmos. Detrás de ella y a los lados había nubes que parecían flecos y que corrían por el azul pálido del cielo para luego perderse en un blanco vaporoso.

Stephen se sintió sobrecogido por sensaciones abrumadoras. Sintió temor porque pensó que debían poseer un fondo físico, algo parecido a un espasmo, al hecho de sangrar, a la muerte. Entonces comprendió que lo que sentía era una apasionada afinidad. La que le producían aquel campo que descendía hacia los árboles y el sendero que volvía hacia la ciudad, de la que alcanzaba a ver la cúpula de la iglesia: eso y la distancia del cielo no eran elementos separados, sino parte de una sola creación, y él también, todavía un hombre joven, por el repetido pulsar de su sangre era uno con todo aquello. Levantó la vista y vio el cielo como si siguiera su camino, con las estrellas, para sumirse en la oscuridad, con las nebulosas que se arrastraban y las luces opacas que se percibían a inmensas distancias. En aquel momento comprendió que no se trataba de mundos separados sino unidos a través de la mente de la creación a aquellas nubes vaporosas y blancas, al aire puro y no respirado de mayo y a la tierra que había bajo sus pies, bajo la hierba húmeda. Se agarró con fuerza a una cerca y apoyó la cabeza en los brazos, presa de un miedo residual de que la fuerza del amor que sentía pudiera borrarlo de la tierra. Quería abrir los brazos y envolver en ellos el campo, el cielo, los olmos con sus pájaros; quería sostenerlos con el interminable perdón de un padre al hijo pródigo y errante, pero amado. Isabelle y los muertos con crueldad en la guerra; su madre perdida, su amigo Weir. Nada era inmoral ni estaba más allá de la posibilidad de redención; todo podía unirse y comprenderse en la perspectiva del perdón. Y mientras se aferraba a la madera, también quiso ser perdonado por todo lo que había hecho; anhelaba que la unidad de la creación del mundo derritiera sus pecados y su furia, porque su alma se había fundido en esa unidad. La pasión del amor recién descubierto lo estremeció; un amor del que estuvo exiliado en la carne y la sangre de largo tiempo

de matanzas.

Levantó la cabeza y se dio cuenta de que sonreía. Caminó en paz por el sendero durante una hora, más o menos, aunque no tenía noción alguna del tiempo. La tarde seguía siendo luminosa mientras él caminaba; los campos resplandecían con sus distintos colores; y los árboles, en hileras, formaban bosquecillos o se erguían solitarios allá donde, por casualidad, había caído una semilla.

Cuando el sendero dobló, descubrió que estaba entrando en un pueblo pequeño. Dos niños jugaban en un amplio espacio verde, más allá de una acequia que lo separaba del camino. Stephen entró en un bar situado enfrente y se encontró en lo que parecía una casa particular. Un anciano irritado le preguntó qué quería. Le sirvió cerveza de un barril invisible y junto con el vaso le entregó otro más pequeño con una bebida con canela. Stephen salió con ambos vasos en las manos y se sentó en un banco junto a la extensión de hierba. Desde allí miró jugar a los niños hasta que finalmente se puso el sol y resplandeció la luna blanca.

Stephen volvió a Francia un día antes de lo necesario para poder visitar a Jeanne en Amiens. Su traslado a la brigada se había retrasado quince días, y mientras tanto debía reunirse con su compañía en el frente. Consideró que tal vez su regreso a la guerra le resultaría más fácil si pasaba una noche en Francia antes de dirigirse a cualquier alojamiento que Gray le hubiese destinado.

La estación de Amiens le produjo la impresión de un viejo hito en su vida, aunque al pensarlo bien se dio cuenta de que sólo era la tercera vez que llegaba allí. La primera vez lo condujo a consecuencias extraordinarias e imprevisibles y, en cierta forma, también la segunda. En esta ocasión sin duda no estaría Isabelle; tal vez tampoco habría drama o infortunios. Así lo esperaba.

Jeanne estaba decidida a confiar en él y Stephen se lo agradecía. En realidad esa confianza no estaba fundada, pero, a menos que fuese sólo por lástima, demostraba que Jeanne era una mujer generosa y con imaginación. En aquel momento, a Stephen le resultaba difícil saber qué clase de sentimiento despertaba en la gente, pero aun en el caso de que el de Jeanne fuera, sencillamente, un impulso de caridad hacia un soldado solitario, no pensaba desecharlo. Era una mujer buena. Le sorprendía que no se hubiera casado: ya debía de tener treinta y ocho o treinta y nueve años, casi demasiados para poder tener hijos.

Le había enviado un telegrama desde Boulogne, y aguardó la respuesta. Ella le contestó que estaría encantada de verlo aquella

tarde, a cualquier hora.

Stephen recorrió a pie la ciudad, todavía con su incómoda maleta reglamentaria. Llevaba una de las camisas nuevas compradas en Londres y ropa interior también nueva. Por lo visto, los piojos, que tanto lo molestaban, habían perecido en la hoguera que hizo en Norfolk con su ropa vieja. Al pasar por Liverpool Street, en el camino de vuelta, le pidió al barbero que le afeitara el bigote. Había empezado a sentirse casi como el joven que llegó al boulevard du Cange.

Cruzó la plaza frente al café en el que se encontró con Jeanne y llegó a la casita donde ella se alojaba con Isabelle. Pulsó el timbre. Mientras esperaba trató de recordar cómo era Jeanne físicamente, pero no pudo.

—Adelante, monsieur —dijo Jeanne tendiéndole la mano.

Stephen se volvió a encontrar en el modesto vestíbulo, aunque esta vez parecía mejor iluminado. Jeanne abrió la puerta de la derecha, que llevaba a la sala de estar. Tenía un parqué muy brillante y una mesa redonda con un florero de fresias en el centro. A cada lado de la chimenea de mármol había un sillón.

—¿Está cansado del viaje?

—No, en absoluto. Me siento muy bien.

Stephen se acomodó en el sillón que Jeanne le indicaba y la miró. Recordaba, en efecto, sus facciones acusadas y su piel pálida. Cuando las miraba se sentía tranquilo. Los ojos y los movimientos de cabeza hacían pensar por momentos en Isabelle; algo impetuoso que la seriedad del porte de Jeanne transformaba y le confería serenidad.

—Ella me dijo que usted miraba fijo —dijo Jeanne.

Stephen se excusó.

—Después de estos años en medio del barro, he perdido la buena educación. —Le alegraba que el tema de Isabelle hubiera salido tan pronto—. ¿Ha tenido noticias de Isabelle?

—Sí. Es muy feliz. Max está malherido, pero sobrevivirá. Me pidió que le agradeciera que hubiera venido a verla. Creo que significó mucho para ella. Mi hermana ha tenido muy mala suerte... O ha sido muy tonta, como diría mi padre. Todas sus decisiones fueron difíciles. Volver a verlo y saber que usted, por lo menos, le deseaba lo mejor fue un verdadero apoyo para ella.

—Me alegro —dijo Stephen. Pero no se alegraba. Le resultaba confuso pensar que el papel que en aquel momento desempeñaba en la vida de Isabelle consistía en ofrecerle cierta tranquilidad—. Me alegro —repitió, y en ese momento de leve falta de sinceridad creyó sentir que lo abandonaban los últimos vestigios de la presencia de Isabelle, no porque entraran en un falso olvido, como la primera vez, sino por simple ausencia. Se volvió hacia Jeanne—. ¿Cuánto tiempo se

quedará en Amiens? ¿No vive en Ruán?

Jeanne se miró las manos.

—Mi padre se ha hecho mayor y le gustaría que me fuera a vivir con él y lo cuidara. A pesar de que mi madre todavía vive, no está bien y no lo puede atender como él quisiera.

—¿De manera que regresará?

—No lo sé. He sido una buena hija, pero me atrae la idea de ser independiente. Me gusta vivir aquí, en Amiens, en esta casita.

—¡Claro! —Stephen volvió a pensar en la edad que debía tener—. ¿Y sus otras hermanas? ¿No podría cuidarlo alguna de ellas?

—No. Están todas casadas. Bueno, monsieur, cenaremos dentro de una hora, más o menos. Tendré que ir a ver cómo está todo. No sé si le gustaría descansar un rato o beber algún aperitivo... No estoy acostumbrada a esa clase de cosas. —Hizo un gesto con la mano—. La situación es más bien poco convencional.

—En este momento no existe nada convencional en el mundo —replicó Stephen sonriendo—. Le agradezco que lo comprenda. Mientras tanto, sí, beberé algo.

Jeanne le devolvió la sonrisa. Era la primera vez que Stephen la veía sonreír y le pareció la expresión más extraordinaria que hubiera visto en un rostro humano. Comenzaba con un lento movimiento de los labios, luego la piel pálida de su rostro se ponía radiante, no sonrosada por el flujo de sangre, como le sucedía a Isabelle, sino como iluminada por una luz interior. Por fin la sonrisa llegaba a sus ojos, que brillaban y que ella entrecerraba con confianza y humor. «No es sólo su expresión», pensó Stephen, «sino que todo su rostro se convierte en indulgente y sereno.»

—Tengo algo que Isabelle mandó comprar la última vez que usted vino. Huele espantosamente. Se llama Old Orkney. Es una bebida inglesa.

Stephen lanzó una carcajada.

—Creo que es escocesa. La conozco bien.

Jeanne alcanzó la botella y una jarra con agua. Stephen vertió un poco dentro de un vasito de cristal y miró a su alrededor mientras Jeanne iba a la cocina. Alcanzaba a oír el ruido de cacerolas y cubiertos. Una fragancia de hierbas y de vino le provocó un hambre repentina. Encendió un cigarrillo y buscó un cenicero en aquella salita elegante. Encontró una serie de recipientes pequeños de cerámica y de porcelana, pero no se animó a ensuciarlos, de manera que arrojó el cigarrillo a la chimenea y lo apagó con el pie. A pesar de su ropa nueva y libre de piojos, se sentía incómodo y torpe en aquella habitación tan cuidada y femenina. Se preguntó si alguna vez recuperaría su naturalidad en ambientes normales, o si se habría convertido en un ser cuyo hábitat natural eran los techos de chapa

ondulada, las paredes de madera y la comida que colgaba de las vigas en paquetes a prueba de ratas.

En una mesa situada en el extremo de la habitación, Jeanne le sirvió una sopa preparada por ella. Explicó que se trataba de una sopa de pescado a la manera de Dieppe, un lugar cerca de su casa, en Normandía, pero en Amiens no pudo encontrar los ingredientes necesarios. Stephen recordó la contrariedad de Isabelle cuando él le comentó que Amiens no destacaba por sus bondades culinarias.

—Supongo que la guerra ha afectado a los abastecimientos.

—No estoy segura. Tal vez sólo sea que a la gente de Amiens no le interesa demasiado la comida. ¿Quiere servir el vino? No sé si es bueno, pero es el que bebe mi padre.

Stephen aún no sabía con seguridad si Jeanne lo consideraba un refugiado a quien había que proteger o si la impulsaba un sencillo sentimiento amistoso. Mientras comían la interrogó.

Ella no se mostró generosa con las informaciones. En su manera de ser había una agradable timidez, como si tuviera la sensación de que el encuentro de ambos no estuviera permitido por las reglas de la etiqueta, y que en cualquier momento podía entrar alguien y prohibir que continuara. Stephen dedujo que había permanecido en su casa por un sentido del deber hacia su padre, quien parecía capaz de imponerle su voluntad, lo mismo que hizo con Isabelle. Jeanne se resistió a su elección de marido con más éxito que su hermana menor, pero él se vengó impidiéndole casarse con el hombre a quien ella quería. Así como ahuyentó al soldado de Isabelle, impidió el casamiento de Jeanne con un viudo, por miedo a que le quitara a su hija.

Jeanne empleaba frases muy medidas. Su modo de ser era algo estricto, pero el sentido del humor que brillaba en sus ojos y los movimientos repentinos de sus dedos largos y finos contradecían aquella severidad.

Stephen continuaba sintiendo una gran tranquilidad en su presencia. Descubrió que lo hacía feliz oírla hablar, y cuando ella lo interrogaba conseguía contestarle manteniéndose comedido, aunque hablaran de la guerra.

Luego, a medida que se hacía tarde, empezó a temer el regreso. Desde aquella primera vez en que, siendo niño, lo sacaron del campo y lo obligaron a regresar al asilo donde vivía, lo que más temía en el mundo era el momento de la separación. Ésta era sinónimo de abandono. Volver a las trincheras era algo que no podía considerar. Y conforme se acercaba el momento, perdió toda posibilidad de seguir conversando.

—Está pensando en su regreso, ¿no es *así*? —preguntó Jeanne—. Ha dejado de responderme.

Stephen asintió.

—Esto no durará indefinidamente. Estamos esperando tanques y la entrada de los norteamericanos; eso es lo que dice el general Pétain. Todos debemos tener paciencia. Piense en su próximo permiso.

—Cuando me lo den, ¿puedo volver a verla?

—Sí, si lo desea. Cuente los días y las semanas. Manténgase a salvo. Creo que con su nuevo destino no tendrá que entrar tanto en acción. Sea cuidadoso.

—Tal vez tenga razón. —Stephen suspiró—. ¡Pero ya dura tanto, tanto! Pienso en los hombres con quienes he estado y...

—Entonces debe dejar de pensar en los que murieron. Hizo todo lo que pudo por ellos y ya no puede hacer nada más. Cuando todo termine, podrá recordarlos. Ahora debe centrar sus esfuerzos en sobrevivir. Otra muerte no ayudaría a los que ya han dejado de existir.

—No puedo hacerlo, Jeanne. No puedo. ¡Estoy tan cansado'.

Jeanne miró el rostro suplicante de Stephen. Estaba al borde de las lágrimas.

—Lo he dado todo. No me obligue a seguir. ¡Por favor, permita que me quede aquí!

Jeanne volvió a sonreír.

—Ésa no es la manera de hablar del hombre que condujo a sus soldados en el Ancre. Le quedan algunas semanas detrás de las trincheras, donde no hay peligro. Es algo que podrá soportar.

—No se trata del peligro. Es el esfuerzo. ¡Ya no puedo más!

—Lo sé —dijo Jeanne apoyando una mano sobre la de él—.

Lo comprendo. Pero debe ser fuerte. Le he preparado una cama, porque pensé que tal vez quisiera pasar la noche aquí. Mañana lo despertaré tempranito. Y ahora, venga.

Stephen la siguió a regañadientes hasta la puerta. Sabía que al otro día regresaría.

El asalto a la colina de Messines fue planeado con detalle. Los veteranos del mes de julio anterior eran cuidadosos con las vidas humanas que dependían de ellos.

—Tengo buenas noticias para usted —dijo Gray cuando Stephen se presentó ante él—. Antes de que asuma sus nuevas funciones tendrá tiempo de organizar una amplia incursión sobre las trincheras enemigas. Eso forma parte de nuestro nuevo y cauteloso criterio de conocer a nuestros enemigos. Reconocimiento.

Y trató infructuosamente de sofocar una sonrisa. Stephen replicó:

—Comprendo. ¿Y a nuestra gran estrategia le supondrá mucha diferencia saber si debemos enfrentarnos al Regimiento Cuarenta y Uno en lugar de al Cuarenta y Dos?

—Lo dudo mucho. Pero tengo órdenes de apoyar la información reunida a lo largo de la línea. Creo que esta semana su compañía sale de la reserva. Es un buen momento para un soldado del frente como usted.

—Gracias, señor.

Gray soltó una carcajada.

—Está bien, Wraysford. Tranquilícese. En realidad lo que quiero es que conduzca un ataque sobre el canal por la izquierda. Necesitamos un firme punto de apoyo en ese lugar. Sólo se trata de un ataque localizado. Usted se dirige hacia allí al amanecer, junto con el resto del batallón. Ese mismo día, más tarde, recibiremos el apoyo de nuestros amigos de Black Country. ¿Eso le gusta un poco más?

—Parece una forma más útil de morir que examinando las insignias de las gorras del enemigo.

—¡Así me gusta, Wraysford! Siga adelante. Sabía que lo haría.

—¿Y usted cómo logra seguir adelante, señor?

Gray volvió a reír.

—Gracias a mi sangre escocesa. Además, no hemos hecho más que empezar.

Después de atravesar la larga trinchera de comunicación, los hombres volvieron una vez más a la línea y se introdujeron en la franja de tierra protegida por sacos de arena. Aparte de llevar a cabo patrullas, hacía nueve meses que no atacaban. Reinaba un gran nerviosismo y se suscitaban discusiones entre los hombres a quienes se les encargó que colocaran las escaleras contra la pared de la trinchera. Durante toda la mañana se oyó el ruido de serruchos y martillos, mientras cortaban la madera y la aseguraban a intervalos contra el parapeto. Stephen tenía la impresión de que a pesar de todos los presagios de una gran ofensiva en Bélgica que, según se informaba, era tan cara al general Haig, de alguna manera ellos tenían la esperanza de no volver a verse arrastrados a aquel huracán de armas de fuego.

Al volver de su turno bajo tierra, Jack Firebrace observó los preparativos, que le trajeron recuerdos que hasta ese momento había logrado evitar. Recordó cuánto había rezado por los hombres que atacarían aquella mañana de verano y cuánto confió en que estarían seguros. Aquella vez no tenía oraciones que ofrecerles.

Se encaminó al amplio refugio situado en la cabecera de la mina, donde por el momento dormían. Preparó té y lo bebió con Evans, y luego sacó su cuaderno de dibujo. Desde la muerte de Shaw no hacía ya retratos de su amigo. En lugar de eso, Jack adquirió la costumbre de dibujar a Stephen. Desde el momento en que se arrojó en sus brazos, regresando de entre los muertos, aquel hombre lo intrigaba.

Ahora trazaba su gran cabeza morena desde distintos ángulos y en diferentes posturas, con los grandes ojos abiertos, que reflejaban incredulidad, o entrecerrados, en actitud decidida. También la sonrisa con que Wraysford se burlaba de su propio oficial, el capitán Weir; de aquella cara inexpresiva y remota, como si le fallara la memoria, con que había despedido a Jack cuando se le presentó por haberse dormido estando de servicio. Porque Jack no recordaba bastante la cara de su hijo John para poder dibujarla.

La espera hasta el momento del ataque fue corta, pero no por eso menos difícil. Stephen habló ante todo con los jefes de los pelotones que serían los primeros en subir por las escaleras rumbo al mundo inseguro que había más allá.

—No deben vacilar —les dijo—. Lo que les espera es algo que no se puede modificar, pero si vacilan pondrán innecesariamente en peligro la vida de otros.

Vio que Ellis se pasaba la lengua por los labios. Tenía la frente cubierta de sudor. Acababa de iniciarse el bombardeo y sacudía la tierra que cubría el techo del refugio.

Stephen hablaba con la tranquilidad de la experiencia, pero eso no lo ayudó. Su experiencia anterior no era garantía de que pudiera volverlo a hacer. Cuando llegara el momento debería volver a enfrentarse una vez más a las profundidades de su ser, y temía haber cambiado.

El bombardeo sólo duraría un día. La artillería les había asegurado que estaba dirigido con precisión científica basada en reconocimientos aéreos exactos. No habría alambradas sin cortar, ni reducto incólume de cemento que pudiera provocar perezosas oleadas de muertos sobre el campo.

A medianoche Weir entró en el refugio de Stephen. Tenía una expresión enloquecida en los ojos y estaba despeinado. Al verlo, Stephen se angustió. No quería que le contagiara su miedo.

—¡Ese estruendo! —exclamó Weir—. Ya no puedo seguir soportándolo.

—Hace dos años que dices lo mismo —replicó Stephen, cortante —. La verdad es que eres uno de los hombres más flexibles de la Fuerza Expedicionaria Británica.

Weir sacó cigarrillos y miró a su alrededor con expresión esperanzada. A regañadientes, Stephen le acercó una botella.

—¿Cuándo atacan? —preguntó Weir.

—A la hora habitual. Saldrá bien.

—Estoy preocupado por ti, Stephen. Odio estos presentimientos.

—No quiero oír hablar de tus presentimientos.

—Has sido un amigo maravilloso para mí, Stephen. Nunca

olvidaré la vez que estuvimos tendidos en un cráter y me diste conversación y...

—¡Pues claro que lo olvidarás! Y ahora calla.

Weir temblaba.

—No me comprendes. Te quiero dar las gracias. Lo que pasa es que tengo ese presentimiento. ¿Recuerdas la última vez que hicimos la prueba de las cartas y que tú...?

—Yo amañé las cartas. Hago trampa. Todo eso no tiene ningún significado.

Stephen no podía tolerar aquella conversación. Weir parecía sobresaltado y acongojado. Bebió un trago largo.

—Ya sé que no debería estar diciendo esto. Ya sé que es egoísta por mi parte, pero...

—¡Te digo que te calles, Weir! —Stephen gritaba, y en su voz se notaba que amagaba un sollozo. Acercó su rostro al de Weir—. Lo único que te pido es que trates de ayudarme. Si me estás agradecido por algo, trata de ayudarme. ¡Jesús! ¿Crees que quiero hacer esto? ¿Crees que mi vida se hizo para esto?

Weir retrocedió, salpicado por la saliva que la indignación de Stephen hacía brotar. Empezó a protestar, pero Stephen ardía de furia.

—Todos esos chicos de dieciocho y diecinueve años que saldrán caminando por la mañana, y yo tendré que ir con ellos y observar lo que les sucede... Por una vez, te pido por favor que trates de hablar de otra cosa.

A su manera oblicua y de borracho, Weir era tan apasionado como Stephen.

—Esto es algo que debo decir y no me importa si es o no atinado. Hay cosas más importantes que eso. Quiero darte las gracias y despedirme de ti por si...

Stephen lo agarró por las solapas y lo arrastró hasta la puerta del refugio.

—Lárgate, Weir, apártate de mí camino y déjame solo.

Le dio un empujón que le hizo caer de bruces en el barro. Weir se levantó con lentitud, dirigió a Stephen una mirada recriminatoria mientras se limpiaba el barro de la cara y del delantero del uniforme, y luego se alejó, solo, por la trinchera.

También solo, como quería estar, Stephen inició el viaje a las profundidades de su ser, un viaje que terminaría al amanecer. Miró su cuerpo con cuidado y recordó las cosas que sus manos habían tocado. Miró sus huellas digitales y apoyó el dorso de la mano sobre la membrana suave de sus labios.

Se acostó sobre el tablón de la cama y sintió en su rostro el contacto de la manta de lana. Era una sensación que recordaba desde la infancia. Cerró los ojos con fuerza y pensó en los primeros

recuerdos que tenía de su madre, del contacto de sus manos, de su aroma. Se envolvió en la capa de su mundo de recuerdos, con la esperanza de que en él estaría a salvo y no lo podrían alcanzar balas ni obuses. Tragó saliva y percibió la sensación familiar de su lengua y su garganta. Era la misma carne que tenía cuando era un chico inocente. Sin duda le permitirían que nada le sucediera en aquel momento. Su renovado amor por el mundo convertía la perspectiva de abandonarlo en algo intolerable.

Una hora antes del amanecer, Riley llegó con agua hervida para que se afeitara. A Stephen le agradó ver aquel hombrecillo inteligente y obsequioso. También había logrado prepararle un gran recipiente de té. Stephen se afeitó con cuidado y se puso el cinturón con la hebilla lustrada por Riley.

Al salir a la trinchera, advirtió que las raciones habían llegado a tiempo y que algunos de los hombres se habían preparado tocino para el desayuno. Debía moverse con cuidado en la oscuridad, para no enredarse los pies en las tablas del piso. Encontró al suboficial mayor Price comprobando los pertrechos. Aquella manera de ser metódica de Price le ayudaba; era como si aquél fuera un día más. Después habló con Petrossian, el cabo de su antiguo pelotón, quien miró a Stephen con la esperanza de que lo salvara. Stephen apartó la vista. Se acercó a un grupo de hombres que todavía no tenían experiencia en el combate: Barlow, Coker, Goddard y algunos otros, acurrucados contra una escalera. Se detuvo a conversar con ellos, y a pesar de la oscuridad alcanzó a ver la extraña expresión de sus rostros. Era como si tuvieran la piel tan estirada que resplandecían. No pudieron contestarle; cada uno de ellos había descendido a lo más profundo de sí mismo, un lugar donde el tiempo se detenía y no cabía ayuda alguna.

La artillería empezó a formar la barrera de fuego en la tierra de nadie. Alcanzaban a ver el suelo que escupía y saltaba a una altura mayor que el parapeto protegido por sacos de arena. Stephen consultó su reloj. Faltaban cuatro minutos. Se arrodilló y rezó; un deseo sin palabras.

¡Había sucedido todo con tanta rapidez! El prolongado bombardeo antes del ataque de julio fue casi intolerable, pero por lo menos dio tiempo a los hombres para prepararse. Esta vez tenía la sensación de que sólo algunas horas separaban su cena con Jeanne y aquel momento en que se disponía a morir. No significaba mucha diferencia el hecho de que, en comparación, aquel fuera un ataque pequeño: la muerte no sabía de grados.

Se puso en pie y volvió sobre sus pasos hasta que alcanzó a ver a Ellis que en aquel momento miraba su reloj. Se le acercó y le rodeó los hombros con un brazo. El rostro espantado de Ellis lo alentó; de

alguna manera logró dedicarle una sonrisa tranquilizadora con la que acompañó el apretón que le dio en los hombros. En la cabecera de la trinchera de comunicación estaba Price con una tablilla con una pinza sujetapapeles. Le tendió la mano a Stephen, que se la estrechó. Price no participaría en el ataque, pero llevaría la cuenta del costo.

Stephen levantó la mirada al cielo donde las primeras luces del alba se asomaban tras las nubes. Lanzó un suspiro profundo que lo estremeció hasta las botas.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! —exclamó mientras un escalofrío le recorría la columna vertebral.

¿Dónde estaba en ese momento el amor que unía a la humanidad? Cuando faltaba sólo un minuto, la realidad lo golpeó como en aquel momento golpeaba al resto de los hombres: no había manera de retroceder. Dirigió una mirada de añoranza a la trinchera de comunicaciones y luego se volvió para mirar al frente. Se oyó un silbato, los hombres comenzaron a trepar con torpeza por las escaleras, casi aplastados por el peso de sus mochilas, y salieron al aire metálico.

Stephen observó sus movimientos insensatos, parecidos a los de los cangrejos, y sintió que el corazón se le llenaba de amor hacia ellos. Se apresuró a seguirlos.

Los hombres corrían a toda la velocidad posible por la tierra accidentada; no era la repetición de la marcha lenta del año anterior. Sus propias ametralladoras establecían una barrera de fuego sobre sus cabezas, donde se encontraban con el fuego defensivo del enemigo. Stephen quedó ensordecido por la densidad del sonido y bajó la cabeza, tratando de protegerse con el casco de acero. Tuvo que esquivar cuerpos caídos y saltar sobre pequeños cráteres abiertos en el barro. Alcanzó a ver que la línea delantera llegaba a la trinchera enemiga. Su propia compañía, que tenía una tarea de apoyo, empezó a reagruparse dentro de los cráteres a menos de cincuenta metros de distancia del enemigo.

Stephen se deslizó por el barro para ir a caer al fondo de un cráter de tres metros de profundidad, donde vio a Goddard y a Allen, quien sostenía una venda sobre su bíceps. Coker, subido a la espalda de otro hombre, miraba por encima del borde del cráter, tratando de descubrir con un catalejo las señales que emitían las tropas que tenían delante. Saltó y cayó en el barro.

—¡No puedo ver nada, señor! —le gritó a Stephen, sobreponiéndose al estruendo—. Ninguna señal, nada. Parece que han pasado la alambrada. Dentro de la trinchera estallan bombas Mills.

Stephen sintió una oleada de esperanza. Cabía la posibilidad de que, por primera vez en su experiencia, la artillería hubiera cortado las alambradas. En ese caso, sus hombres no serían como muñecos a

merced de las ametralladoras enemigas.

Petrossian cayó dentro de un cráter. Estaba negro de barro y de toda la mugre que había encontrado en los refugios anteriores, pero no sangraba.

—¡Señales de la compañía B! —gritó—. Están dentro.

—Muy bien. Vamos.

Stephen trepó al borde del cráter e hizo ondear una bandera. La tierra comenzó a moverse y a dar paso a hombres a lo largo de más de cien metros. El ruido frente a ellos se redobló cuando los alemanes comenzaron a disparar desde la trinchera de apoyo. Aunque los hombres de la compañía B trataban de cubrirlos, sus fusiles no podían competir con las ametralladoras alemanas. Los últimos cincuenta metros se convirtieron en un ejercicio de saltos y de esfuerzos por esquivar las balas, mientras los hombres avanzaban bajo el fuego y pasaban sobre cuerpos caídos.

Stephen siguió a otros dos a través de un agujero en la alambrada alemana y saltó a una trinchera atestada. Nadie sabía lo que estaba sucediendo. Contra las paredes de la trinchera había grupos de prisioneros alemanes que esbozaban sonrisas nerviosas, aliviados por haber sido capturados, pero nerviosos porque algo pudiera salir mal cuando ya se consideraban casi a salvo. Entregaban recuerdos y cigarrillos a los hombres de la compañía B. La trinchera enemiga, con sus enormes y profundos refugios y parapetos, era objeto de admiración para los británicos, que miraban con una especie de rapto de curiosidad aquella privacidad largamente imaginada que por fin acababan de violar.

Stephen consiguió agrupar a los prisioneros dentro de un refugio que no estaba dañado y dejó a Petrossian de guardia, para que los custodiara. Sabía que para Petrossian sería un alivio no tener que seguir avanzando y que, en caso de necesidad, le resultaría un placer matar a los alemanes. Recorrió la trinchera y encontró a Ellis bañado en sudor y con la mirada perdida, como si la batalla se estuviera desarrollando en algún otro mundo.

Todavía continuaba la lucha dentro de la trinchera, hacia la izquierda, donde se unía con el canal, aunque a la media hora vieron llegar más prisioneros alemanes, y las detonaciones empezaron a dejar de oírse. Ellis miró expectante a Stephen.

—Y ahora ¿qué?

—A mediodía recibiremos apoyo desde ese bosque de la derecha, de los que Gray llama nuestros amigos del Black Country. Debemos asegurar el extremo del canal y luego seguir adelante, hacia la segunda trinchera.

bilis sonrió, inseguro, Stephen le devolvió hi sonrisa.

—¡Ahora empiezan a atacar la segunda trinchera con obuses! —

gritó al oír el gemido de los proyectiles sobre sus cabezas—. No se quite el casco y mantenga los dedos cruzados.

Dentro de la trinchera reinaba una actividad frenética: los hombres apilaban sacos de arena en la parte posterior para poder disparar contra la línea de apoyo alemana.

Mientras trataban de encontrar un espacio desde donde disparar, muchos recibían un balazo en la (rente y caían hacia atrás. Los artilleros de Lewis buscaban un lugar seguro desde donde poder concentrar su puntería, pero por el momento era difícil saber si lograrían avanzar antes de que se iniciara el contraataque.

Poco a poco, la artillería empezó a dar en el blanco. Hubo informes transmitidos a gritos, de explosiones de obuses en el borde de la trinchera, que levantaban por el aire tierra y hombres al mismo tiempo. Emplazada detrás de las líneas, la artillería alemana inició una pesada respuesta. No había comunicación con el cuartel general del batallón y, en medio del ruido y de la creciente carnicería de la batalla, Ja única manera que se le ocurrió a Stephen de imponer el orden fue seguir el plan original. Subió una improvisada escalera. Por lo que podía ver, el enemigo se estaba preparando para replegarse a su trinchera de reserva. Si hubiera alguna manera de poder comunicarse con la artillería, podrían sorprenderlos en su retirada.

A través de una serie de órdenes, dadas a gritos y oídas a medias, comenzó un segundo ataque. Estaba menos coordinado que el primero, pero los soldados supervivientes estaban exaltados. En ese estado de ánimo siguieron hacia la segunda línea. Sin lugar para los fusiles, entraron en la trinchera a fuerza de bayonetas y puños. Algunos murieron destrozados por la propia artillería, que recibió tarde la noticia del segundo ataque, y otros saltaron derechos a una muerte segura que los esperaba abajo. Stephen arremetió contra la alambrada y aterrizó sobre el cuerpo de un cabo alemán a quien un obús le había arrancado las piernas. Estaba aún con vida e intentaba ponerse a salvo. Trataron de reunirse en grupos y empujar hacia ambos lados de la trinchera para tener la retaguardia siempre cubierta, pero la continua llegada de hombres les impedían lanzar granadas por miedo a matar a sus propios compañeros. La única alternativa era doblar a ciegas cada esquina. El destino de los dos o tres primeros era un eficaz indicador para los que seguían. Stephen observó a los hombres que avanzaban como enloquecidos, pisando los cuerpos de sus amigos, limpiando un tramo de la trinchera tras otro y luchando entre ellos por ser los primeros en llegar. Tenían a hermanos y amigos muertos en la mente; estaban galvanizados más allá del miedo. Experimentaban el placer de matar. No eran seres normales.

A última hora de la mañana habían conquistado la trinchera de apoyo. Stephen envió un grupo hasta el canal para que cavara

defensas a fin de prevenir un contraataque. A partir de aquel momento, lo único que tenían que hacer era mantener la línea hasta que, a mediodía, llegaran los refuerzos a proteger el otro flanco.

Stephen no toleraba ver alemanes y trataba de encerrar a los prisioneros lo antes posible para que estuvieran fuera de su vista. A pesar del continuo fuego de obús, siempre encontraba voluntarios para escoltarlos. Haber tomado dos líneas en una sola mañana era considerado por los hombres el colmo de la buena suerte. Tras cinco horas de lucha, estaban desesperados por descansar. Stephen observó con envidia las fatigadas espaldas de los que se alejaban.

Por un momento la intensidad del fuego disminuyó, luego volvió a aumentar, sobre todo en el flanco derecho, que recibía el ataque de invisibles emplazamientos de ametralladoras y de disparos de fusil. Stephen no tuvo tiempo de disfrutar del triunfo del avance, antes de advertir que su posición estaba rodeada. La estructura de la trinchera en línea quebrada le impedía saber lo que sucedía a pocos metros de distancia, pero el fragor del contraataque le parecía amenazador.

Tuvo conciencia de un movimiento que avanzaba por la derecha dentro de la trinchera, como si ésta hubiera sido evacuada o, sencillamente, silenciada. A mediodía trepó por una escalera sobre lo que había sido el parapeto y miró el bosque, esperando ver aparecer los refuerzos. No había nadie allí. Saltó a la trinchera y encontró un periscopio. Revisó con él la tierra de nadie y sólo pudo ver una línea distante de prisioneros que avanzaban hacia las posiciones británicas. Cerró los ojos y suspiró. Debió haberlo sabido. Debió adivinarlo.

Un tal Sibley, que estaba al mando de un pelotón, le gritó al oído. Quería saber cuándo llegarían los refuerzos.

—¡No los hay! ¡No van a venir! —aulló Stephen.

—¿Por qué?

Stephen no contestó. Una hora más tarde los alemanes estaban de regreso en un extremo de la trinchera y comenzó la lucha cuerpo a cuerpo. Poco después, la compañía B recibió órdenes de quien la mandaba de replegarse a la primera trinchera enemiga, tomada durante la mañana. Al trepar por el parapeto, los soldados quedaron a merced del fuego de ametralladoras enemigas, que habían vuelto a emplazarse en la trinchera de apoyo.

El estruendo impedía pensar. Stephen se dio cuenta de que Ellis le gritaba.

—¡Nos hundimos! ¡Nos hundimos! —decían sus labios de manera inaudible.

Stephen meneó la cabeza.

Filis acercó los labios a los oídos de Stephen.

—La compañía B se ha retirado.

—Ya lo sé. Ya lo sé.

No le dio ninguna explicación. El trabajo de su compañía consistía en ocupar; a la compañía B se le había ordenado el asalto, y tenía derecho a decidir por sí misma cuándo replegarse. Stephen no hubiera podido lograr que Ellis lo oyera, pero quería atenerse a las órdenes del coronel Gray.

Junto a ellos pasó un sargento con la cara ensangrentada, seguido por una serie de hombres que eran empujados a la trinchera desde el flanco derecho desprotegido. El contraataque avanzaba ahora también desde la trinchera de reserva. Dos cañones Lewis no eran capaces de contenerlos. Sólo hacía falta que los atacaran desde el extremo del canal y estarían completamente rodeados. Stephen calculó con rapidez la posibilidad de una retirada. Ya había tantos alemanes dentro de la trinchera, que podrían volver a ocupar sus posiciones en el parapeto y matar a sus hombres por la espalda mientras corrían.

Ellis lloraba.

—¿Qué haremos? —gimió—. ¡Quiero salvar a mis hombres! ¿Qué haremos?

En su imaginación, Stephen sólo veía un resultado: los cuerpos de sus hombres amontonados unos sobre otros como sacos de arena. No era lo que él había elegido, pero era lo único que les quedaba por hacer.

—¿Qué haremos? —volvió a preguntar Ellis entre gemidos.

—¡Mantener la línea, mantener la maldita línea!

Los dientes y la lengua de Stephen eran visibles en la aullante cavidad de la boca.

Desesperados por tratar de salvar sus vidas, los hombres luchaban por cada metro de trinchera. Stephen se les unió, disparando con rapidez contra las líneas de uniformes grises que avanzaban.

Poco antes de las tres de la tarde, distinguió en su oído una voz con acento de Yorkshire y descubrió un rostro que no le era familiar. Intrigado, miró al hombre a los ojos. Era un teniente del regimiento Duque de Wellington. Informó a Stephen a gritos que sus hombres habían vuelto a controlar el extremo de la trinchera.

En el transcurso de otra hora habían logrado abrirse nuevamente camino hasta el canal. Llegaron más refuerzos con morteros de trinchera y más ametralladoras. Por el momento, el contraataque alemán había llegado a su fin y los supervivientes se retiraron a su posición de reserva.

Stephen bajó al fondo de tablones de la trinchera y se encaminó al refugio, donde se encontró a un comandante del regimiento Duque de Wellington.

—Parece extenuado —le dijo el comandante, alegremente—. Se le ordena que se retire. Nos han enviado a cubrirlos. Antes, algo salió mal. Otro éxito de planificación.

Stephen miró al hombre a la cara. Su aspecto era muy joven, pensó, pero había llevado a cabo una especie de milagro.

—¿Y ustedes qué van a hacer? —preguntó Stephen.

—Cubrirles la retirada y después salir de aquí como alma que lleva el diablo.

Stephen le estrechó la mano y se retiró.

Primero sacaron a los muertos y a los heridos, y al anochecer lo que quedaba de la compañía estaba de regreso en su propia trinchera. Una ráfaga de ametralladora había matado a Ellis. El reducido grupo de supervivientes se arrastró sobre el barro que la compañía había cruzado aquella misma mañana. Nadie preguntó por la suerte de sus amigos; lo único que importaba era llegar a algún sitio donde poder acostarse.

El nuevo destino de Stephen consistía en estudiar mapas y tratar de asegurarse qué lugar ocupaba cada batallón. Se alojaba en una casa agradable del pueblo, aunque de vez en cuando se le pedía que pasara la noche en un refugio de la línea de reserva. Hasta eso era un adelanto enorme después de todo lo visto y vivido.

El trabajo era bastante urgente, puesto que el ataque contra el monte Messines era inminente. Para Stephen fue un placer irónico confirmar que a la compañía de zapadores de Weir le tocaba descanso poco antes. De esa manera su trabajo estaría cumplido y alguien más se encargaría de hacer volar las minas.

El comandante de la brigada, llamado Stanford) le recordaba en cierto modo al coronel Barclay. Tenía tendencia a gritar sin necesidad y se expresaba en frases breves que se suponía comunicaban una sensación de urgencia. Si llegaba a suceder algo inesperado, de inmediato mostraba hasta qué punto tenía autoridad, dando órdenes complicadas, aunque por lo general el asunto se solucionaba solo.

El día de su llegada, Stephen tuvo el desagradable deber de escribir a la madre de Ellis, a pesar de que ya había recibido la notificación oficial de la muerte de su hijo. En su oficina, Stephen mordisqueó el lápiz durante más de una hora antes de poder empezar a escribir. Era un día de verano, y en el jardín de la casa jugaban mirlos y tordos.

Hizo varios intentos para empezar, y trató de describir el ataque o los momentos que había compartido con Ellis en el refugio o en Amiens. Al final, se limitó a escribir palabras convencionales de condolencia.

Estimada señora Ellis: Le escribo para hacerle llegar mi más sentido pésame por la muerte de su hijo. Como supongo le habrán

informado, perdió la vida durante una acción ofensiva llevada a cabo en la mañana del 2 de junio. Lo alcanzaron las balas de una ametralladora enemiga mientras trataba de organizar la defensa de una trinchera alemana valerosamente capturada por los hombres a sus órdenes. Está enterrado con los tenientes Parker y Da— vis. La tumba ha sido marcada y su posición informada a la Comisión de Registro de Sepulturas.

Durante la última conversación que mantuve con él, me aseguró que no temía a la muerte y que se sentía completamente capacitado para cualquier misión o servicio que se le encomendara.

En toda circunstancia, siempre pensó en la comodidad y el bienestar de sus hombres.

Ellos lo querían, y en esta carta no expreso sólo mi propio pésame, sino también el de todos los soldados a su mando. Al morir por los ideales que el Imperio se esfuerza en sustentar y defender, se cuenta entre los que han pagado por ellos un gran precio. Encomendamos las almas de nuestros hermanos caídos a la misericordia y a la protección de Dios.

Cuando releyó la carta, Stephen subrayó la palabra «toda». «En toda circunstancia...» Era cierto. En pocos meses, Ellis se había ganado el respeto de sus hombres porque no tenía miedo o, si lo tenía, no lo demostraba. Llegó a ser un buen soldado, aunque eso no lo ayudó.

Stephen estaba cansado de escribir cartas como aquélla. Notó lo seco y desapasionado que era su estilo en aquel momento. Imaginó el efecto que tendría la carta sobre la viuda angustiada que la abriría. Después de perder a su único hijo... Ni siquiera quería pensarlo.

Durante la semana anterior al ataque, la compañía de Jack permaneció en los túneles profundos, excavados bajo los montes de Messines, donde colocaron toneladas de amona! en cámaras especialmente preparadas.

El trabajo quedó terminado dos días antes del ataque, y Jack salió al sol, extenuado. Evans, Fielding y Jones salieron detrás de él. Permanecieron en la sección de la trinchera cercana a la cabecera del túnel y se felicitaron por el esfuerzo realizado. Se les ordenó que antes de ser oficialmente relevados se presentaran al capitán Weir, de modo que se encaminaron por la trinchera hasta el refugio de su superior.

—Corren rumores de que te darán permiso para ir a Inglaterra, Jack —dijo Fielding.

—No lo creo. Antes nos harán cavar un túnel hasta Australia.

—Decididamente aquí no nos queda nada más que cavar —opinó Evans—. Ya hay una verdadera conejera bajo tierra. Me haría feliz

alejarme de la línea de fuego y tenderme en una cama blanda con un par de vasos de vino en el cuerpo.

—Sí —corroboró Fielding—. Y tal vez con una de esas chicas francesas como acompañante.

Jack empezaba a creer que tal vez para él hubiera pasado lo peor de la guerra. Se permitió imaginar el vestíbulo de su casa de Londres y a Margaret esperándolo.

Weir se acercó a recibirlos. Parecía más contento de lo habitual. Calzaba botas, vestía guerrera y se tocaba con una gorra flexible. Mientras Weir se les acercaba, Jack advirtió que algunos de los sacos de arena del parapeto no habían sido adecuadamente sustituidos desde el día en que la infantería pasó sobre ellos para avanzar hacia la tierra de nadie. Trató de advertir a Weir de que no estaba bien cubierto, pero él trepó por la escalera para dejar paso a un grupo de abastecimientos, y entonces la bala de un paco le entró por encima de un ojo, esparciendo parte de su cerebro sobre los sacos de arena que tenía a la espalda.

Durante unos instantes fue como si su cuerpo no tuviera noción de lo que acababa de suceder, como si estuviera a punto de reanudar la marcha. Después cayó como un pelele, con los miembros extendidos, y se estrelló de cara contra el barro.

Stephen se enteró a la noche siguiente por boca de un oficial de inteligencia llamado Mountford. Se encontraba en su refugio de la línea de reserva, donde actuaba como enlace entre el cuartel general y los hombres que por la mañana participarían de la oleada siguiente. Mountford le dio la noticia sin rodeos.

—Tengo entendido que era amigo suyo.

Por la expresión de Stephen comprendió que no ganaría nada con seguir hablando. Stephen permaneció un instante sentado, inmóvil. La última vez que vio a Weir fue cuando lo empujó hasta hacerlo caer de bruces al suelo de la trinchera. Ése fue su gesto final. Durante unos instantes sólo pudo pensar en la expresión dolida y recriminatoria de Weir mientras se limpiaba el barro de la cara.

Y, sin embargo, lo quería. La sola presencia de Weir convertía la guerra en algo tolerable. El terror de Weir por los disparos había sido un conductor de su propio miedo, y en la inocencia de su amigo, Stephen pudo burlarse de las cualidades que él mismo había perdido. Weir había sido mucho más valiente que él: vivió en constante contacto con el horror, lo conoció día a día y, gracias a su extraña tozudez, pudo vencerlo. No rehuyó un solo día de su servicio y murió en el frente de batalla.

Stephen apoyó los codos en la tosca mesa de madera. Se sentía más solo que nunca en la vida. En los bordes de la realidad en que

vivía, sólo Weir lo acompañaba; sólo Weir escuchó el ruido del cielo en Thiepval.

Permaneció tendido en la cama, con los ojos secos. Poco después de las tres de la madrugada, las minas estallaron y sacudieron la cama donde estaba acostado. «La explosión se oirá en Londres», alardeaba Weir.

Sonó el teléfono y Stephen volvió a sentarse frente al escritorio. Durante toda la madrugada se ocupó de retransmitir mensajes. A las nueve el Segundo Ejército estaba en el monte. En las voces que le hablaban reconoció un tono jubiloso: por fin algo salía bien. Las minas tuvieron un efecto colosal, y la infantería, utilizando métodos copiados a los canadienses, pudo pasar. En las líneas telefónicas vibraba el tono festivo.

A mediodía relevaron a Stephen. Se tendió en la cama y trató de no dormir. Alcanzaba a oír el bombardeo insistente que continuaba atacando las líneas alemanas. Maldijo su mala suerte, que le impedía participar en aquel ataque. Para contestar la pregunta hipotética que le había formulado Gray, en aquel momento habría acabado con vidas ajenas sin el menor remordimiento. Envidiaba a los hombres que podían disparar contra los alemanes indefensos, hombres que tenían la oportunidad de hundir las bayonetas en cuerpos desarmados, hombres con la posibilidad de regar con balas de ametralladora a quienes dieron muerte a su amigo. En aquel momento él habría podido matar con el corazón ligero.

Trató de pensar que la victoria en el monte complacería a Weir o lo vengaría, pero no logró imaginarlo. Su amigo ya no era más que una ausencia. Stephen pensó en su rostro intrigado, abierto, con la piel muy blanca surcada de venas producidas por el exceso de alcohol; pensó en su cabeza casi calva y en los ojos sorprendidos que no podían ocultar su inocencia. Pensó en la pena de aquella carne que volvía a estar bajo tierra sin el conocimiento de otro ser humano.

Permaneció sin moverse de la cama toda la noche y el día siguiente. No respondió cuando Mountford se le acercó para tratar de despertarlo. Rechazó la comida que le ofrecieron. Se maldijo por su último brote de impaciencia con Weir. Se odió por el egoísmo de sus sentimientos, porque se apiadaba más de sí mismo que de su amigo muerto. No podía evitarlo. Igual que los demás, había aprendido a borrar la muerte de sus pensamientos; pero no podía evitar su sensación de soledad. Desaparecido Weir, ya no quedaba nadie que pudiera comprender. Hizo un esfuerzo por llorar, pero las lágrimas se negaron a llegar para expresar su desolación o su cariño por el pobre loco de Weir.

Al tercer día recibió la visita del coronel Gray.

—Por fin un éxito. Esos zapadores hicieron un trabajo espléndido. ¿Le importa si me siento, Wraysford?

Stephen estaba sentado en el borde de la cama. Al ver entrar a Gray hizo un esfuerzo por levantarse y saludar, pero Gray lo contuvo con un gesto. El coronel se acomodó en la silla frente al escritorio. Después cruzó las piernas y encendió la pipa.

—Los alemanes ni se enteraron de lo que los había golpeado. Yo nunca creí demasiado en esas ratas de cloaca, que proporcionaban al enemigo pequeños cráteres en los que fortificarse, pero hasta yo debo reconocer que esta vez han hecho bien su trabajo.

Continuó hablando unos minutos sobre el ataque, como si no se percatara de que Stephen no respondía.

—Los nuestros estaban en reserva —prosiguió—. No hubo necesidad de recurrir a ellos. Algunos se quedaron un poco desilusionados, supongo. —Aspiró el humo de la pipa—. Aunque no creo que hayan sido muchos.

Stephen se alisó el pelo con la mano. Se preguntó si habrían enviado a Gray o si éste había ido a verlo por decisión propia.

—Stanforth —dijo Gray— parece el típico oficial burócrata inglés, ¿no es cierto? Gordo, complaciente, mal informado. Perdóneme. Como usted sabe, Wraysford, no tengo nada contra los ingleses. En este caso, las apariencias engañan. Es un planificador muy competente. Estoy convencido de que en este ataque ha salvado muchas vidas.

Stephen asintió. Una sensación de interés empezaba a abrirse paso en su dolor. Se parecía a la dolorosa sensación de la sangre que vuelve a circular por una extremidad dormida. Gray siguió hablando y fumando.

—Hay un asunto bastante delicado que se refiere a nuestros nobles aliados franceses. Tropiezan con algunas dificultades. Cunde entre ellos cierta... —¿cómo decirlo?— renuencia. El relevo del gallardo general Nivelle ha ayudado a crear esa situación. Pétain parece un poco más frugal con sus vidas, pero es alarmante. Entendemos que, de alguna manera, dos tercios del ejército han sido afectados, y que tal vez una división de cada cinco esté seriamente comprometida.

Stephen tenía curiosidad por enterarse de lo que Gray le contaba. En circunstancias parecidas, el ejército francés había actuado mejor que el inglés, demostrando una formidable ductilidad. Que se amotinara parecía inconcebible.

—Stanforth les pedirá a usted y a Mountford que lo acompañen. Se trata de una reunión completamente informal. Los oficiales franceses que intervinieron están de permiso. Será tan sólo una reunión entre amigos.

—Comprendo. Me sorprende que eso se permita. Casi nunca nos

encontramos con los franceses.

—Claro —dijo Gray con una sonrisita de triunfo. Acababa de lograr que Stephen hablara—. No está permitido. Pero le repito que sólo será una reunión entre amigos. Y ya que estoy aquí, le diré una cosa. Usted tiene un aspecto terrible. Aféitese y dese un buen baño. Lamento lo de su amigo el zapador. Y ahora, levántese.

Stephen lo miró con ojos inexpresivos. Sentía que su cuerpo carecía de energía. Fijó la mirada en los pálidos iris de Gray. Trató de extraer fuerzas de aquel hombre mayor. Al ver que Stephen intentaba responder, Gray suavizó su tono de voz.

—Yo sé lo que significa que uno se quede solo, como si nadie más hubiera compartido lo que han compartido ustedes. Pero tendrá que proceder, Wraysford. Lo voy a recomendar para que le concedan una cruz militar por su actuación en el ataque del canal. ¿Le gustaría?

Stephen volvió a reaccionar.

—No, decididamente no me gustaría. No se le puede dar estrellas de hojalata a la gente cuando hay personas que han entregado sus vidas. ¡Por el amor de Dios!

Gray sonrió de nuevo y Stephen volvió a tener la sensación de que había jugado con él.

—Está bien. Nada de condecoraciones.

—Recomiende una condecoración, pero que sea para Ellis o para alguno de esos hombres que murieron. Tal vez sea un consuelo para sus madres.

—Sí. Y también podría destrozarles el corazón.

Stephen se puso en pie.

—Volveré al cuartel general y me cambiaré.

—Así me gusta —aprobó Gray—. Si usted vacila ahora, le robará todo propósito a la vida de su amigo. Sólo podrá concederle el descanso si llega hasta el final.

—Hace mucho que nuestras vidas perdieron su significado.

Y usted lo sabe. En Beaucourt.

Gray tragó saliva enérgicamente.

—Entonces hágalo por nuestros hijos.

Con esfuerzo, Stephen salió del refugio y se internó en el aire veraniego.

Cuando al mirar a su alrededor vio los árboles y los edificios que seguían en pie, y el cielo sobre ellos, volvió a sentir algo de ese amor que lo sobrecogió en Inglaterra. Pudo obligarse a actuar, aunque temiera que la realidad en la que en ese momento habitaba fuera muy frágil.

Durante un tiempo escribió a Jeanne casi todos los días, pero después comprendió que no tenía nada que decir. Ella le contestaba

con detalles de su vida en Amiens y le contaba lo que publicaban los periódicos franceses sobre la guerra.

Stephen fue en automóvil a Arras, con Stanforth y Mountford, y se reunieron en un hotel con dos oficiales franceses llamados Lallement y Hartmann. Lallement, el mayor de los dos, era un hombre de mundo, regordete. En tiempos de paz era un abogado vinculado a la administración pública. Pidió numerosos vinos para el almuerzo y comió varias perdices, que despedazaba con los dedos. El jugo le corría por la barbilla hasta la servilleta que llevaba anudada al cuello. Stephen lo miraba con incredulidad. El oficial más joven, Hartmann, era un individuo moreno y de aspecto serio, que no podría tener mucho más de veinte años. Su rostro era inescrutable y no parecía dispuesto a decir nada que pudiera avergonzar a su superior.

El tema preferido de Lallement era la caza y la vida silvestre. Stephen le traducía sus palabras al comandante Stanforth, quien miraba al francés con desconfianza. Mountford, que hablaba francés, lo interrogó con respecto a la moral del ejército. Mientras se limpiaba el jugo que le corría por la barbilla, Lallement le aseguró que nunca había sido mejor.

Después del almuerzo, Lallement interrogó a Stanforth, por intermedio de Stephen, acerca de su familia en Inglaterra. Tenían un amigo común, una anciana francesa emparentada con la esposa de Stanforth. A partir de ese momento, Lallement los interrogó acerca del ejército británico y sobre la opinión que tenían del estado de la guerra. Stanforth fue sorprendentemente franco en sus respuestas, y Stephen se sintió tentado de censurarlas. Pero supuso que el jefe sabía lo que hacía y, de todos modos, Mountford habría notado cualquier alteración en la traducción.

Stephen, que no estaba acostumbrado a los operativos de reuniones de inteligencia, por informales que fuesen, se preguntó cuándo se enterarían de algo referente a la desmoralización del ejército francés y hasta qué punto lo había afectado. Para la hora del té, había proporcionado un recuento detallado de los movimientos de todas las divisiones y un cuadro del estado de ánimo de los hombres, que los éxitos obtenidos en Vimy y Messines sólo habían logrado levantar durante un tiempo. La depresión comenzaba a clavarse en los huesos del ejército, sobre todo entre los que conocían las perspectivas de una ofensiva importante en Ypres.

Por fin Lallement se limpió la boca con la servilleta y sugirió que se dirigieran al bar recomendado por un amigo, cerca de la plaza principal. Permanecieron allí hasta las diez de la noche, hora en que despacharon a Stephen a buscar al conductor del automóvil de Stanforth. Lo halló dormido en el asiento de atrás. Cuando se despidieron de los franceses, había empezado a llover. Stephen miró

hacia atrás y vio a Lallement y a Hartmann de pie juntos bajo la goteante columnata.

Volvió a visitar a Jeanne en agosto y en septiembre. Salían a caminar por la ciudad, aunque él se negó a dar un paseo por los canales cuando ella se lo sugirió.

Jeanne le dijo que le preocupaba verlo tan apático. Era como si hubiese abandonado toda esperanza y se dejara llevar por la corriente. Stephen contestó que era difícil no hacerlo, cuando la actitud de la gente de su país con respecto a lo que ellos sufrían era de una total indiferencia.

—Entonces debe ser fuerte por mí. Yo no soy indiferente a lo que les suceda a usted o a sus amigos. No soy impaciente. Lo esperaré.

Stephen se sintió alentado por Jeanne. Le contó lo que había experimentado durante su permiso en Inglaterra, el día que estuvo contemplando el campo.

—¿Lo ve? Dios existe y hay un propósito en todo. Pero debe ser fuerte.

Y con esas palabras le tomó la mano y la sostuvo con fuerza. Stephen miró su rostro pálido e implorante.

—¡Hágalo por mí! —insistió ella—. Vuelva y vaya donde le ordenen. Usted tiene suerte. Sobrevivirá.

—Me siento culpable de haber sobrevivido cuando todos los demás están muertos.

Stephen regresó al cuartel general de la brigada. No quería seguir con su destino burocrático. Quería estar de regreso en las trincheras, con los hombres.

Conseguía limitarse a existir.

Su vida se convirtió en algo gris y leve, como una luz que en cualquier momento podría extinguirse. Estaba lleno de silencio.

QUINTA PARTE

INGLATERRA, 1978-1979

—¿ALGÚN progreso? —preguntó Elizabeth a Irene durante su visita semanal.

—En realidad no —contestó Irene—. Bob dice que es más difícil de lo que pensaba. Sigue trabajando en ello; pero, por lo visto, tu abuelo borró muy bien las pistas.

Ya hacía dos meses que Elizabeth le había dado el diario a Bob, y decidió que tendría que buscar alguna otra manera de establecer contacto con el pasado. Por el libro de anotaciones de su oficial, descubrió en qué regimiento sirvió su abuelo e intentó rastrear su cuartel general.

Después de una serie de llamadas telefónicas y de dejar mensajes que no obtuvieron respuesta, pudo averiguar que el regimiento dejó de existir diez años antes, al ser fusionado con otro. El cuartel general se encontraba en Buckinghamshire, hacia donde Elizabeth se dirigió en coche un sábado por la tarde.

La recibieron con desconfianza. Revisaron su automóvil a fondo por si contenía una bomba y la hicieron esperar durante una hora, hasta que por fin fue recibida por un joven.

Era el primer soldado a quien Elizabeth conocía en su vida. Le sorprendió lo poco militar que parecía. La suya era la actitud de los empleados de poca categoría: los documentos del regimiento se encontraban bajo custodia y era difícil llegar a ellos; se trataba de material confidencial. No era probable que tuviera éxito en su búsqueda.

—Lo que sucede —explicó Elizabeth— es que mi abuelo luchó en esa guerra y me gustaría saber un poco más acerca de ella. La gente no siempre aprecia los sacrificios que las fuerzas armadas han hecho por ella, que todavía hacen por ella. Lo único que necesito es una lista de nombres de personas que hayan estado en su batallón, compañía o lo que sea. Estoy convencida de que una institución eficaz como el ejército debe llevar registros, ¿no?

—Estoy seguro de que todo está en orden. El problema reside en la dificultad del acceso a esos datos. Porque, como ya le he dicho, son confidenciales.

Estaban sentados en una salita de guardia, de madera, cerca de la puerta principal. El cabo cruzó los brazos. Tenía el pelo castaño y una tez muy pálida que parecía poco saludable.

Elizabeth volvió a sonreír.

—¿Fuma? —preguntó, tendiéndole un paquete a través de la mesa.

—Le diré lo que voy a hacer —dijo el cabo, inclinándose sobre la mesa para que Elizabeth le encendiera el cigarrillo—. Le puedo dejar echar una mirada a la historia del regimiento. Eso por lo menos le proporcionará algunos nombres. A partir de ahí podrá seguir investigando. Por supuesto que no creo que muchos de esos hombres sigan con vida.

—Entonces no debemos perder tiempo.

—Espere aquí. Tendré que conseguirle un pase.

Salió de la salita y un muchacho muy joven, armado con un fusil, fue a montar guardia en la puerta. Elizabeth supuso que sería por si ella atacaba.

Al volver, el cabo le entregó un pedazo de cartón con un imperdible que ella se prendió en el pecho, y la hizo pasar al interior de un enorme edificio de ladrillo. La condujo hasta una habitación con una simple mesa y dos sillas duras y de respaldo recto. Elizabeth tuvo la sensación de que debía de ser el lugar donde se efectuaban los interrogatorios. El cabo le entregó un pesado volumen y se retiró a un rincón desde donde la vigiló mientras ella hojeaba el libro.

Entre los nombres de la historia del regimiento destacaba el de un capitán, Gray, que ascendió a coronel. Elizabeth anotó algunos otros nombres en un sobre que tenía en la bolsa. Por lo visto, no había ninguna posibilidad de que el cabo encontrara, y menos aún revelara, ninguna dirección. Le dio las gracias efusivamente y regresó a Londres.

Aquella noche llamó a Bob para averiguar si había hecho algún progreso con el cuaderno.

—He conseguido algunos nombres de personas que creo pueden haber estado con él. Lo malo es que no sé cómo ponerme en contacto con ellas. Hay un hombre de apellido Gray, que parece haber sido importante, pero si sigue con vida debe ser increíblemente viejo.

Elizabeth oyó que en el otro extremo de la línea Bob silbaba, pensativo.

—¿Ha pensado consultar el *Quién es quién*? Si ese Gray fue famoso por alguna razón o si en la vida civil llegó a ser alguien, no cabe duda de que figurará.

Elizabeth encontró un ejemplar de tres años de antigüedad del *Quién es quién* en la biblioteca pública de Porchester Road y leyó los pormenores de los cincuenta y dos Gray que figuraban en el libro. Se trataba de hombres que se distinguieron en actividades empresariales o en cargos públicos, pero eran pocos los nacidos antes de 1918. En el reverso de la hoja encontró un último Gray.

«*GRAY, William Allan McKenzie*», leyó. «Asesor principal del hospital Reina Alejandra, de Edimburgo, 1932-1948; *n.* Calcuta, 18 sept. 1887; *h.* de Thomas McKenzie Gray y Maisie Maclennan; casado

en 1910 con Joyce Amelia Williams, hija del Dr. A. R. Williams; un hijo y una hija. *Estudios*: Thomas Campbell College; Universidad de St. Andrew. Licenciado en 1909.»

Recorrió con la mirada la letra pequeña hasta llegar a las palabras «Sirvió en la guerra 1914-1918». Los detalles coincidían.

Al pie de la nota figuraba una dirección y un número de teléfono de Lanarkshire. El único problema era que el libro tenía tres años de antigüedad y aun entonces el coronel debía tener— ochenta y ocho años.

Como le dijo al cabo, no había tiempo que perder. Se apresuró a volver a su piso y se dirigió al teléfono. Sonó antes de que ella lo alcanzara.

—Diga.

—Soy yo.

—¿Qué?

—Stuart.

—¡All, Stuart! ¿Cómo estás?

—Yo bien. ¿Y ni?

—Ali, sí. Bien, gracias. Bastante ocupada. —Elizabeth hizo una pausa para que Stuart pudiera decirle para que la llamaba. Como no dijo nada, ella habló unos minutos más. Pero cuando le tocaba el turno de hablar, él guardaba silencio. Por fin, ella dijo—: Bueno. ¿Sucede algo..., ya sabes..., especial?

—No sabía que fuera necesario tener un motivo especial para llamarte. —Parecía ofendido—. Sólo llamé para que charláramos un rato.

No era la primera vez que la llamaba para charlar un rato y después se quedaba mudo. «Tal vez sea tímido», pensó Elizabeth mientras seguía hablando de sus últimas actividades. Le resultaba difícil despedirse de la gente sin por lo menos simular que se encontrarían pronto, y cuando cortó se dio cuenta de que había invitado a Stuart a cenar.

—Debes venir por aquí alguna vez.

—¿Debo? ¿Cuándo?

—Bueno... ¡Dios mío! ¿Qué te parece el sábado?

No importaba. Stuart le resultaba simpático. Tendría tiempo para cocinar algo. Mientras tanto, sacó el sobre de la bolsa y comenzó a marcar el número de Escocia.

Mientras marcaba el cero, imaginó una granja fría y gris de Lanarkshire donde un teléfono antiguo sonaría estruendosamente en la mesa del vestíbulo y un hombre muy anciano tendría que levantarse de un sillón a varias habitaciones de distancia y avanzar con dificultad por el pasillo, sólo para tener que enfrentarse a una perfecta desconocida que quería hacerle preguntas acerca de la guerra en que

había participado sesenta años antes.

¡Era ridículo! Le faltó decisión y colgó.

Se dirigió a la cocina y vertió un poco de ginebra sobre tres cubitos de hielo y una tajada de limón. Agregó un chorrito de tónica, encendió un cigarrillo y volvió a la sala de estar.

¿Para qué todo aquello? Quería averiguar lo que había sido de su abuelo para poder... ¿qué? ¿Comprenderse mejor? ¿Poder hablarles a sus hijos inexistentes acerca de sus antepasados? Tal vez. no fuera más que un capricho, pero estaba decidida. Si efectuaba la llamada, lo peor que le podía pasar era hacer un papelón. No parecía un precio demasiado alto.

Volvió a marcar y oyó la señal de llamada. Sonó ocho, nueve, diez veces. Catorce, quince. Sin duda hasta el hombre más débil ya podría...

—Dígame.

Era una voz de mujer. Por algún motivo, Elizabeth se sorprendió.

—¡Ah! ¿Hablo... hablo con la señora Gray?

—Sí, soy yo.

La voz tenía un leve acento de Edimburgo. Sonaba distante y era la voz de una mujer muy anciana. Joyce Amelia.

—Lamento mucho molestarla. Me llamo Elizabeth Benson. Tengo que pedirle algo bastante fuera de lo común. Mi abuelo participó en la primera guerra mundial en la misma unidad que su marido, y estoy tratando de averiguar algo acerca de él.

La señora Gray no dijo nada. Elizabeth se preguntó si la habría oído.

—Ya sé que es una petición muy extraña. Y le aseguro que lamento molestarla. Pero no sabía a quién más llamar. ¡Oiga! ¿Sigue usted ahí?

—Sí. Iré a buscar a mi marido. Tendrá que tener paciencia. Y hable alto. Está algo sordo.

Elizabeth sintió que se le humedecían las palmas de las manos a causa de la excitación al oír que la señora Gray depositaba el receptor, cuya baquelita hizo un sonoro ruido. Lo imaginó sobre una mesa, debajo de una escalera, en un lugar lleno de corrientes de aire. Esperó un minuto, luego otro. Por fin escuchó una voz de hombre, una voz temblorosa pero fuerte.

Elizabeth volvió a explicar lo que le sucedía. Gray no alcanzaba a oírla, de manera que lo hizo por tercera vez, pronunciando a gritos el nombre de su abuelo.

—¿Para qué quiere saber todo eso? ¡Santo Dios! Sucedió hace muchos años.

El anciano parecía enfadado.

—Lo siento, le aseguro que no quiero molestarlo, pero estoy

ansiosa por poder comunicarme con alguien que haya conocido a mi abuelo y me pueda decir cómo era.

Al otro lado de la línea, Gray lanzó un bufido.

—¿Lo recuerda? ¿Lucharon juntos?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Cómo era?

—¿Cómo? ¿Cómo era? Sólo Dios lo sabe. No puedo creer que quiera hablar de eso ahora.

—Pero necesito hablar. ¡Por favor! Le aseguro que lo necesito.

En el otro extremo del hilo se produjeron ruidos. Por fin Gray dijo:

—Pelo oscuro. Alto. Era huérfano o algo así. Era supersticioso. ¿Se refiere a ese hombre?

—¡No lo sé! —Elizabeth se descubrió hablando a grito pelado. Se preguntó si la señora Kyriades estaría disfrutando de la conversación desde el piso contiguo—. ¡Quiero que usted me lo diga a mí!

—Wraysford. ¡Dios! —Sonó otro bufido. Después Gray prosiguió —: Era un hombre extraño. Lo recuerdo. Un luchador tremendo. Con un temple increíble. Pero eso nunca pareció hacerlo muy feliz. Algo lo preocupaba.

—¿Era una persona amable, buen amigo de los demás soldados?

Elizabeth no creía estar usando bien la terminología del ejército, pero era la mejor manera en que podía expresar lo que necesitaba saber.

—¿Amable? ¡Dios santo! —Gray parecía estar riéndose—. Yo más bien diría que era contenido e introvertido.

—¿Era... gracioso?

—¿Gracioso? ¡Estábamos en guerra! ¡Qué pregunta tan extraña!

—Pero ¿cree que tenía sentido del humor?

—Supongo que sí. Un sentido del humor bastante seco, hasta para un escocés como yo.

Elizabeth se dio cuenta de que Gray empezaba a recordar. Lo presionó.

—¿Qué más recuerda? Cuéntemelo todo.

—Nunca quería ir de permiso. Decía que no tenía un hogar a dónde ir. Francia le gustaba. Recuerdo haber ido a visitarlo al hospital, cuando estaba herido. Debió de haber sido en mil novecientos quince. No, en mil novecientos dieciséis.

Gray pasó algunos minutos tratando de concretar la fecha exacta de su visita, mientras Elizabeth trataba infructuosamente de interrumpirlo.

—¿Recuerda algo más? ¿Tenía amigos? ¿Alguien con quien yo pudiera hablar ahora y que lo recordara?

—¿Amigos? No lo creo. No; había un zapador. No recuerdo cómo

se llamaba. Wraysford era un solitario.

—Pero un buen soldado.

Hubo chasquidos en la línea mientras Gray lo pensaba.

—Era un luchador tremendo, pero eso no es lo mismo que ser un buen soldado.

Elizabeth volvió a oír la voz de la señora Gray.

—Lo siento, pero ahora tendré que llevarme a mi marido. No está acostumbrado a esta clase de cosas y no quiero que se canse. Lo comprende, ¿verdad?

—Sí, desde luego que lo comprendo. Les estoy muy agradecida a los dos. Espero no haber resultado pesada.

—En absoluto —contestó la señora Gray—. Hay un hombre a quien mi marido solía escribir. Se llamaba Brennan. Estaba en un hogar para héroes de guerra en Southend. No queda lejos de Londres.

—Muchas gracias. Ha sido muy amable.

—Adiós.

Se oyó el sonido del receptor al ser colgado.

Al hacerse el silencio, Elizabeth oyó la música que resonaba en el piso de arriba.

El arranque del sedán sueco había vuelto a fallar, y Elizabeth se vio obligada a tomar el tren que partía de Fenchurch Street, una de las más modernas variedades del British Rail, sin compartimientos, con asientos de peluche anaranjado. Recorrió el coche bamboleante con una taza de café en la mano e hizo un gesto de dolor cuando el líquido hirviendo se le deslizó por los dedos. Cuando se enfrió lo bastante como para poder beberlo, descubrió que su sabor se mezclaba con el olor del escape del motor diésel y el de las colillas, hasta el punto de que resultaba difícil saber dónde empezaba uno y terminaba otro. La calefacción funcionaba al máximo y la mayoría de quienes viajaban en el vagón parecían hallarse al borde de la inconsciencia mientras miraban por la ventanilla las llanuras de Essex.

Elizabeth había llamado por teléfono a la directora de la institución, quien le informó de que prácticamente no valía la pena visitar a Brennan, pero que la recibiría si de todos modos decidía ir. A ella la emocionaba la posibilidad de tomar contacto con alguien de la época de su abuelo. Su tarea sería parecida a la del historiador que, después de estudiar otras fuentes, por fin ponía las manos en el material auténtico. Tenía una imagen poco clara de Brennan. Aunque sabía que sería viejo y, a juzgar por las palabras de la directora, decrépito, seguía imaginándolo de uniforme y con un arma en la mano.

Cuando salió de la estación en Southend, llovía. Abrió la portezuela de un taxi Vauxhall azul que esperaba en la fila. El automóvil avanzó por las calles brillantes, con su muelle largo tiempo abandonado y sus desvencijados hoteles estilo regencia. Cuando ascendían por la colina, el conductor le señaló un barco pesquero que arrastraba un artefacto parecido a una gigantesca aspiradora.

El asilo era un amplio edificio Victoriano de ladrillo rojo que apenas resultaba visible bajo la escalera de incendios. Elizabeth pagó al chófer y entró. Unos escalones de piedra llevaban al mostrador de recepción. Enormes corredores de altos techos partían de allí en diferentes direcciones. La recepcionista era una mujer rechoncha, con un cárdigan color malva y gafas con montura de carey.

—¿El paciente la espera?

—Sí, creo que sí. Hablé con la directora, la señora Simpson.

La recepcionista marcó dos dígitos en el teléfono.

—Sí. Una visitante para Brennan. Sí. Está bien. Sí.

Y colgó el aparato.

—Ya vendrán a buscarla —dijo, dirigiéndose a Elizabeth.

Volvió a la revista que estaba leyendo. Elizabeth bajó la mirada y se quitó una miga de la falda.

Una mujer con uniforme de enfermera se le acercó y se presentó como la señora Simpson.

—Usted viene a visitar a Brennan, ¿verdad? Haga el favor de pasar un momento a mi despacho.

Recorrieron algunos metros por el corredor y entraron en una habitación pequeña y con excesiva calefacción, con las paredes cubiertas de ficheros. De la pared colgaba un calendario con la fotografía de un gatito en una cesta. Sobre la mesa había una planta de cintas cuyas hojas verdes y blancas casi llegaban al suelo.

—Usted nunca ha estado aquí antes, ¿verdad? —preguntó la señora Simpson.

Era una mujer sorprendentemente joven, con el pelo teñido de rubio y con un carmín de un rojo intenso. El uniforme de enfermera no casaba con su aspecto.

—Debe comprender que algunos de estos hombres llevan aquí casi toda su vida. Esto es lo único que conocen, lo único que recuerdan. —Se puso en pie y sacó una carpeta de uno de los ficheros —. Sí, aquí lo tengo. Su señor Brennan ingresó en mil novecientos diecinueve. Fue dado de alta en mil novecientos veintiuno. Reingresó en mil novecientos veintitrés. Desde entonces ha estado aquí, a cargo del gobierno. No le queda ningún familiar. Su hermana murió en mil novecientos cincuenta.

Elizabeth hizo un rápido cálculo. Hacía casi sesenta años que Brennan estaba allí.

—Casi todos estos ancianos son muy ignorantes. No se han mantenido al día de lo que sucede en el mundo. Nosotros tratamos de que escuchen la radio y vean la televisión, pero les cuesta seguirlas.

—¿Y cuál es, exactamente, el problema del señor Brennan?

—Amputación. Déjeme ver. Sí. Herida recibida durante la ofensiva final. Octubre de mil novecientos dieciocho. Por explosión de obús. En el hospital de campaña le amputaron la pierna izquierda. Regresó a Inglaterra. Lo internaron en el hospital de Southampton. Luego lo trasladaron a North Middlesex y después a Roehampton, donde ingresó en septiembre de mil novecientos diecinueve. En estado de choque a causa de la explosión. ¿Sabe lo que eso significa?

—¿Un problema psicológico?

—Sí, ese término designa diferentes estados. Debilidad cerebral. Algunos la superan; otros no.

—Comprendo. ¿Y cree que él sabrá quién soy yo? Es decir, si le explico por qué he venido.

—No sé si he sido lo suficientemente clara —dijo la señora Simpson, y en su voz suave se advirtió un punto de impaciencia—. Este hombre vive en un mundo propio. Es lo que les sucede a todos. No tienen el menor interés por el mundo exterior. Algunos no lo pueden evitar, por supuesto. Pero hay que hacerles absolutamente todo... Darles de comer, bañarlos; todo.

—¿Y él recibe muchas visitas?

La señora Simpson dejó escapar una carcajada.

—¿Muchas visitas? ¡Dios mío! La última que recibió fue... —Consultó la carpeta que tenía sobre el escritorio—. Su hermana vino a verlo en mil novecientos cuarenta y nueve.

Elizabeth se miró las manos.

—Bueno, si está preparada, la llevaré a verlo. Pero, por favor, no espere demasiado, ¿eh?

Avanzaron por el linóleo verde del corredor. Las paredes de ambos lados tenían un zócalo de ladrillos que llegaba a la altura de la cintura, y luego aquéllos adoptaban forma de medio cilindro y llegaban hasta el techo, del que colgaban, al término de cables trenzados, unas lámparas amarillas.

Doblaron una vez, luego otra, pasando frente a grandes canastas en las que se apilaban sábanas. Después pasaron por una puerta de la que surgió un repentino olor a repollo, antes de que volviera a prevalecer el olor a desinfectante. Llegaron a una puerta pintada de azul.

—Ésta es la sala de estar de día —explicó la señora Simpson.

Abrió la puerta. Había una serie de ancianos sentados a lo largo de las paredes de la habitación. Algunos en sillas de ruedas, otros en sillones tapizados de plástico marrón.

—Está allí, junto a la ventana.

Elizabeth cruzó la habitación tratando de no respirar demasiado profundamente el aire rancio y con olor a orines. Se acercó a un hombrecillo que ocupaba una silla de ruedas y tenía las piernas cubiertas por una manta.

Le tendió la mano. Él levantó la cabeza y se la tomó.

—No es ése —advirtió la señora Simpson desde la puerta—. El de la ventana siguiente.

Con una sonrisa, Elizabeth soltó la mano del anciano y se alejó unos pasos. Una alfombra de dibujos marrones y anaranjados cubría el piso en el centro de la estancia. Deseó no haber ido.

El hombrecillo de la silla de ruedas parecía un pájaro posado en una rama. Llevaba gafas de cristales gruesos, uno de los cuales estaba sujeto a la montura con cinta adhesiva. Tras ellos Elizabeth vio sus ojos lagrimeantes.

Le tendió la mano. El hombre permaneció inmóvil, de modo que ella le tomó la mano y se la apretó.

La embargaba la timidez; se sentía una intrusa. ¿Por qué demonios habría ido? Por vanidad con respecto a su pasado, una estúpida falta de sentido de la medida. Acercó una silla y volvió a tomar la mano de Brennan.

—Me llamo Elizabeth Benson. He venido a visitarlo. ¿Usted es el señor Brennan?

Los ojos azules y acuosos de Brennan reflejaron sorpresa. Elizabeth sintió que le aferraba la mano. Tenía la cabeza pequeña. Su pelo no era gris, sino incoloro. Lo llevaba sucio y pegado al cuero cabelludo.

Hizo un intento de retirar la mano, pero sintió que él trataba de retenerla, de manera que allí la dejó, y acercó su silla.

—He venido a verlo. He venido porque creo que usted conoció a mi abuelo, Stephen Wraysford. Fue en la guerra. ¿Lo recuerda?

Brennan no contestó. Elizabeth se lo quedó mirando. Vestía camisa de lana rayada, abrochada hasta el cuello, sin corbata, y un cárdigan marrón tejido a mano. Era muy bajo y le faltaba una pierna. Elizabeth se preguntó cuánto pesaría.

—¿Recuerda la guerra? ¿Recuerda algo de aquel tiempo?

Los ojos de Brennan mantenían una expresión de profunda sorpresa. Resultaba evidente que no comprendía lo que estaba sucediendo.

—¿Quiere que hable con usted un rato? ¿O prefiere que nos quedemos aquí sentados, en silencio?

Al ver que tampoco contestaba, Elizabeth le sonrió y apoyó la otra mano sobre la de él. Sacudió la cabeza para echar atrás el pelo que le había caído sobre la cara.

Brennan empezó a hablar. Tenía una voz aguda, como la de una muchacha. Surgía a través del pecho cargado de flemas, que Elizabeth oía moverse en su interior. Después de cada palabra tenía que tomar un poco de aire.

—¡Qué fuegos artificiales! Estábamos todos allí, los que vivíamos en la calle. Se bailaba. Estuvimos fuera toda la noche. Barbara y yo. Mi hermana. Se cayó. Fue cuando teníamos que estar con las luces apagadas. Soportábamos aquello todas las noches. Se cayó de una escalera de mano.

—¿Su hermana se cayó de una escalera? —

—Entonces había una canción que cantábamos todos.

Respiró hondo y trató de cantársela a Elizabeth.

—¿Y recuerda algo de la guerra? ¿No puede decirme algo de mi abuelo?

—¡Nos dan un té tan malo! No puedo tomarlo. ¡Es una porquería! Y todo por culpa de ese maldito Hitler.

Su mano estaba caliente entre las de ella. Un carrito con un servicio de té empezó a rodar en la estancia y se acercó a ellos con un ruido metálico.

—¡Qué bien, Tom! ¿Así que tienes una visita? —dijo a voz en cuello la mujer que empujaba el carrito—. ¿Qué haces con una chica tan guapa? Supongo que has vuelto a hacer alguna de las tuyas. ¡Te conozco, pillastre! Te dejaré la taza ahí, ¿quieres? —Colocó una taza en una mesita, cerca del codo de Brennan—. Nunca bebe —le informó a Elizabeth—. ¿Usted quiere un poco, guapa?

—Sí, gracias.

Se alejó con el carrito. Elizabeth bebió un sorbo de té. Su garganta se rebeló contra el gusto insólito y se apresuró a depositar la taza en el platillo.

Miró a su alrededor. Había cerca de veinte hombres en aquel ambiente cerrado. Ninguno de ellos hablaba, aunque uno escuchaba una radio pequeña. Todos tenían la mirada fija y perdida en el vacío. Elizabeth trató de imaginar lo que sería tener que pasar sesenta años en aquel lugar, sin nada que diferenciara un año del siguiente.

Brennan volvió a hablar, saltando de un recuerdo a otro. Al mirarlo, Elizabeth comprendió que creía vivir en el tiempo que recordaba, y ese momento se convertía en el presente. La mayoría de sus recuerdos se referían al final del siglo, a los primeros años cuarenta y a los bombardeos aéreos de la segunda guerra mundial.

Ella volvió a nombrar a su abuelo. Si el pobre anciano no respondía, lo dejaría en paz y no volvería a meterse en asuntos que no eran de su incumbencia.

—Mi hermano. Le aseguro que lo traje. Siempre lo cuidé.

—¿Su hermano? ¿Eso fue durante la guerra? ¿Luchaba él a su

lado? ¿Y mi abuelo? ¿El capitán Wraysford?

La voz de Brennan se agudizó.

—Todos creíamos que estaba loco. Y también el zapador. Mi compañero Douglas decía: «Ese hombre es raro.» Pero él lo tuvo en sus brazos cuando murió. Estaban todos locos. Hasta Price. El día que terminó la guerra, salió corriendo desnudo. Lo metieron en un manicomio. Me traen ese té, les digo que no lo quiero. Sin embargo, mi hermano es bueno conmigo. Y además pescaba buenos peces. Me gusta comer pescado. Debió haber visto los fuegos artificiales. Todos los de la calle bailaban.

Se volvió a perder en el tiempo, pero Elizabeth estaba conmovida por lo que acababa de oír. Tuvo que apartar la vista de Brennan y clavarla en la alfombra anaranjada y marrón.

No porque lo que él le dijo fuera importante. Le acababa de contar que su abuelo era raro, y eso podía significar cualquier cosa en el contexto de la guerra; le informó de que ellos creían que Wraysford y un amigo suyo estaban locos y que —aunque eso no estaba muy claro— había asistido a un hombre en el momento de morir. No se sentía inclinada a exigirle aclaraciones. Aun en el caso de que Brennan estuviera lo bastante lúcido para darlas, tenía la sensación de que eso no supondría una diferencia. No se trataba de lo que Brennan decía; era el hecho de que alguna parte incoherente de sí mismo recordaba. Y oyendo la voz aguda de aquel cuerpecillo mutilado, de alguna manera ella logró mantener intacta la cadena de experiencias.

Permaneció, llena de ternura, sosteniéndole la mano, mientras Brennan repetía sus limitados recuerdos. Diez minutos después se puso en pie para irse.

Le besó la mejilla y cruzó apresuradamente la sombría habitación —dijo que volvería a visitarlo si él lo deseaba, pero no pudo soportar la posibilidad de volver a mirar aquel cuerpo pequeño subido durante sesenta años en una silla de ruedas.

Una vez fuera de las altas paredes victorianas, corrió hacia el mar. Permaneció de pie en el camino frente al océano, bajo la lluvia, respirando a borbotones el aire salobre y clavándose las uñas en las palmas de las manos. Acababa de rescatar una conexión vital. Tuvo éxito en su pequeña misión. Lo que no podía hacer, lo que la obligaba a maldecir y a estrujarse las manos, era restituirle la vida al pobre Brennan o borrar la pena del pasado.

—Es para ti —dijo Erich, tendiéndole a Elizabeth el teléfono, con su cable enredado—. Es un hombre.

—Un hombre —repitió Elizabeth—. No cabe duda de que eres

concreto, Erich.

Era Robert. Inesperadamente aquella noche estaría en Londres y quería saber si le gustaría ir a verlo a su piso.

—Lamento habértelo avisado con tan poca antelación —se disculpó—. Pero acabo de enterarme. Supongo que tendrás otro compromiso.

Elizabeth se proponía ir al cine y después a una fiesta en el sur de Londres.

—¡Desde luego que estoy libre! ¿Te parece bien que vaya alrededor de las ocho?

—Te veré entonces. No saldremos, ¿verdad? Compraré comida hecha.

—No te preocupes, yo me encargaré de eso —replicó ella con cierta dureza, basada en su experiencia de las compras de comida de Robert.

Cuando terminó de desembarazarse de sus compromisos anteriores, se encaminó al cuarto de Erich para saber si podía ayudarlo.

—De manera que el caballero andante se ha decidido a llamarte —dijo él, haciendo un movimiento tan brusco que parte de la ceniza de su cigarrillo le cayó en el delantero del cárdigan.

—Me encantaría que no siguieras escuchando mis conversaciones.

—¿Cómo voy a impedirlo si utilizas el escritorio como centro de tu vida social?

—Que no es una vida demasiado agitada, ¿verdad? Un hombre una vez por mes. Debe de haberlas más movidas. Alégrate, Erich; te invitaré a almorzar.

Erich suspiró.

—Está bien. Pero con la condición de que no vayamos a Lucca's. Ese hombre me tiene harto. Allí uno ve las mismas bandejas de bocadillos día tras día. Creo que no hace más que agregar una capa de pasta de sardinas a lo que ya tienen. La capa inferior debe de estar allí desde que Lucca llegó a Londres, en mil novecientos cincuenta y cinco.

—¿Cómo sabes que llegó ese año?

—Como sabrás, nosotros, los inmigrantes, nos mantenemos unidos. Vivimos aterrorizados por vuestra maldita policía y las normas del Ministerio del Interior. El año de la llegada es importante.

—¿Y el Ministerio del Interior os da un curso sobre la manera de dirigir un bar? Me refiero a que todos los italianos que vienen llegan desde distintas partes del país, crecieron comiendo exquisiteces, pero cuando llegan aquí, todos producen la misma mayonesa de huevo, la misma pasta de sardinas extendida sobre un pan no demasiado tierno, el mismo café con gusto a bellota cuando en Italia es un néctar. ¿Los

funcionarios de Inmigración les proporcionan un equipo completo o qué?

—No tienes el menor respeto por nosotros, los desgraciados refugiados, ¿verdad? Ten cuidado porque si no insistiré en que me lleves al restaurante más caro de Londres.

—A donde quieras, Erich. Será un placer.

—¡Dios mío! ¡De qué buen humor te ha puesto ese hombre! Es como tocar un timbre. Lo mismo que les sucede a las ratas de Skinner.

—¿No te estarás refiriendo a los perros de Pávlov?

—No; en la actualidad soy anglosajón. Skinner me basta y me sobra. Vuelve a tu trabajo, ¿quieres? Yo terminaré a la una, ni un minuto antes.

«Erich tiene razón», pensó Elizabeth mientras volvía a su escritorio. Robert llamaba, ella saltaba. Su voz la hacía feliz. Pero era mejor tener una fuente de felicidad que no tener ninguna, ¿verdad? Había practicado el tira y afloja con él y trató de hacerlo cambiar de idea. Analizó sus propios sentimientos y adivinó los de él. Hizo todo lo humanamente posible para lograr que dejara a su mujer, pero nada cambió. Estaba resignada a no pensar en el futuro. Muy pronto se repetirían las sombrías conversaciones y las lacrimosas despedidas.

Robert tenía un pisito en un ático en Fulham Road. Mientras esperaba a Elizabeth trató de borrar todo rastro de su familia, aunque era imposible hacerla desaparecer por completo. La cocina estaba unida a la sala de estar, de la que la separaba sólo una cortina de bambú. Sobre el mueble separador había dos botellas de chianti que se usaban como candeleras, con velas rojas. Elizabeth opinaba que daban al lugar un aire de bistró de Chelsea en la década de los sesenta. Robert no las podía quitar de allí porque a su hija le gustaban.

Dentro del ropero colgaba media docena de vestidos de mujer y también había maquillaje en el botiquín del baño.

Pero por lo menos podía quitar la fotografía de su esposa del aparador y enterrarla en un cajón, debajo de los manteles. Cada vez que lo hacía lo asaltaba una oleada de miedo supersticioso, como si acabara de clavarle un alfiler a su retrato. No le deseaba ningún mal; reconocía en ella cualidades de dedicación y de generosidad de las que él mismo temía carecer, pero cuando de Elizabeth se trataba, le resultaba imposible contenerse.

Muchos de sus colegas masculinos suponían que la relación entre él y su mujer era de mutua conveniencia, una relación lateral ligera como la que disfrutaba la mayoría de ellos. Robert sabía que Elizabeth también lo pensaba, por más esfuerzos que él hiciera por convencerla de lo contrario. Cuando protestaba diciendo que no era esa clase de hombre, se reía de él. Antes de conocer a Elizabeth era distinto y

trataba de hacérselo entender. Estaba convencido de haberse casado con la mujer equivocada. No quería reclamar una noción de libertad; lo único que quería era estar con Elizabeth. Al principio ella fue una especie de adicción física; una semana sin gozar de su cuerpo lo convertía en un ser

distraído e irritable. Después lo fascinó su carácter burlón. Si, como ella a veces declaraba, él sólo la utilizaba como una diversión, ¿por qué no le resultaba más fácil disfrutar de esa diversión? ¿Por qué habría tanta angustia en lo que sus colegas suponían que debía procurar tanto goce?

La oyó llamar al portero electrónico en el momento en que enderezaba los almohadones del sofá.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Elizabeth, tocando el suéter que él llevaba puesto.

—He tenido tiempo de quitarme el traje y...

—¿De dónde lo has sacado?

—Lo he comprado esta tarde. Me pareció que había llegado la hora de comprarme algo de ropa.

—Bueno, para empezar te aconsejo que te deshagas de él. ¿Y esos pantalones acampanados? Robert, realmente...

—No hay un solo hombre en Europa que no lleve pantalones acampanados. En las tiendas no se pueden comprar otros.

Elizabeth se encaminó al dormitorio, donde encontró un par de viejos pantalones de pana y un suéter inofensivo. Robert simulaba protestar cuando ella se hacía cargo de pequeños aspectos de su vida, pero interiormente le gustaba. La admiraba por estar enterada de aquella clase de cosas, y le halagaba que él le importara hasta el punto de intervenir.

Ya convenientemente vestido, preparó las bebidas y permaneció con un brazo alrededor de la cintura de Elizabeth mientras ella disponía la comida que había llevado. Era el momento que a él más le gustaba: cuando todo era anticipación y la noche todavía no había comenzado.

Mientras comían, él habló de su trabajo y de sus nuevos conocidos. Elizabeth lo alentaba en sus preguntas. Robert tenía miedo de aburrirla, pero era evidente que a ella le gustaba la ironía con que describía las reuniones y comidas a las que había asistido.

Consiguieron pasar una velada y una noche armoniosas, sin hablar de las difíciles decisiones que les esperaban. Robert se alegró de ello y también Elizabeth. A la mañana siguiente ella salió con paso decidido y aspecto jubiloso.

El sábado por la mañana Franchise llamó para avisar que había encontrado veinte cuadernos más en el desván, y Elizabeth fue enseguida a buscarlos. Aquella noche no tenía nada que hacer, de manera que se daría un largo baño, no se preocuparía por la comida y estudiaría los cuadernos para ver si lograba descifrar algo a pesar del fracaso de Bob.

Encendió la chimenea de la sala de estar para que se caldeara un poco mientras ella estaba en el baño. Se preguntó si alguna ley impediría que la compañía de gas iniciara una huelga. Casi todos los servicios la habían hecho en algún momento del invierno, como si esperaran que les tocara el tumo. Si se interrumpía el suministro de gas, ¿se encargaría el ejército de proporcionarlo? A ella siempre le quedaba la posibilidad de irse a vivir con su madre, que tenía calefacción de gasóleo, pero tendría que llevar consigo a la señora Kyriades, porque ella no duraría ni un día con frío...

Elizabeth volvió a pensar en los cuadernos. Se puso una bata, se instaló en el sofá y abrió el primero. Tenía una fecha en la primera página: 1915. Descubrió que todos los cuadernos estaban fechados de aquel año a 1917. Recordó que el que le había dado a Bob era de 1918. En algunos cuadernos había líneas en inglés: «Llegué al cuartel general de Coy a las diez. Todavía sin noticias de Gray y del ataque». Ante la palabra «Gray» a Elizabeth le embargó una oleada de emoción. Una vez más había tocado el pasado que dejó de ser historia para convertirse en experiencia.

Hojeó los cuadernos al azar. Parecían una secuencia completa y constante, aunque observó que después de una larga anotación fechada el 30 de junio de 1916 no había nada durante dos meses. ¿A qué se debería?

Se puso las gafas de leer y tomó otro cuaderno. En aquel momento sonó el portero electrónico.

Se dirigió al vestíbulo, para contestar.

—¿Quién es? —preguntó con sequedad.

Oyó unos chasquidos.

—Soy yo.

—¿Quién?

—Stuart, por supuesto. Me estoy congelando.

Elizabeth se quedó muda. Stuart. ¡Dios! Lo había invitado a cenar.

—Sube. Estaba... saliendo del baño.

Pulsó el botón y dejó abierta la puerta del piso mientras corría al dormitorio. Se quitó las gafas, se arrancó las peinetas que le sujetaban el pelo y se envolvió con más modestia en la bata. Pudo oírlo llamar a la puerta abierta. El pobre debía de haber subido la escalera corriendo.

Le ofreció la mejilla.

—Lo siento. Se me ha hecho tarde.

—Hummm... Me pareció que no percibía ningún aroma delicioso desde la escalera.

—Entra, entra. Lamento que todo esté tan desordenado.

Los cuadernos estaban esparcidos y abiertos en el suelo. La taza de café del desayuno seguía sobre la mesa. Lo único que faltaba para que cualquiera se diese cuenta de que no esperaba visitas, hubiera sido tener la ropa colgada frente a la chimenea para que se secara.

Stuart parecía no notarlo.

—Te he traído esto —dijo, entregándole una botella de vino.

Elizabeth la desenvolvió.

—¡Qué maravilla! Muscadet. ¿No es un vino muy especial? Yo no sé nada de vinos.

—Creo que te parecerá excelente.

—Tendrás que disculparme mientras me visto. Lamento que todo esté hecho un caos. Sírvete una copa.

Mientras se vestía, Elizabeth no hizo más que maldecir en voz baja. Se puso una falda de lana que acababa de comprar, medias de lana y un par de botas. Pensó en lo que debía ponerse de cintura para arriba. No quería citar desarreglada, pero, por otra parte, no tendría *más* remedio que salir a la fría noche a comprar un poco de comida. Se decidió por un polo del cajón y una chaqueta de cuero del armario. No tenía tiempo de maquillarse. Stuart tendría que recibirla al natural. Un pensamiento que la aterrorizaba, pensó mientras se cepillaba el pelo con rapidez. No era la clase de situación que Lindsay, que la consideraba tan aplomada y serena, hubiera imaginado que le sucediera precisa mente a ella. Se puso un par de aros colorados y se encaminó a la sala de estar.

—¡Ah, qué transformación! Magnífica. Eres...

—Mira, acabo de darme cuenta de que olvidé comprar pasta. Vamos a comer pasta y me he olvidado de comprarla. ¿No te parece increíble? De modo que voy a salir un minuto. ¿Necesitas algo? ¿Cigarrillos, por ejemplo? Mientras me esperas, puedes encender el televisor. Bebe otra copa. Enseguida vuelvo.

Consiguió salir del piso antes de que Stuart tuviera tiempo de protestar. Corrió hasta el supermercado y compró todo lo necesario para preparar una comida rica y rápida. Si con la botella de Stuart no bastaba, en el piso tenía más vino. Era una botella de tinto que le había llevado Robert; no sabía si Stuart la aprobaría, pero su bolsa de la compra ya estaba sospechosamente llena.

—Ya que estaba allí, compré unas cuantas cosas más —le explicó a Stuart mientas entraba jadeando en la cocina.

Se sirvió un poco de ginebra y empezó a cocinar.

—¿Qué es esto? —preguntó Stuart desde la puerta de la sala de estar, y tendiéndole la mano—. Parece la hebilla de un cinturón.

Elizabeth la tomó. «Gott mit uns», leyó en la inscripción.

—«Dios con nosotros» —tradujo Stuart—. La encontré en la alfombra.

—Es algo que compré en una chamarilería —aclaró Elizabeth.

Debió caerse de uno de los cuadernos, pero no tenía ganas de hablar del asunto.

Una vez que la comida estuvo en la mesa, Elizabeth empezó a relajarse. A Stuart no parecía haberle molestado el caos reinante, en realidad ni siquiera parecía haberlo notado. La felicitó por la comida y se encargó de servir el vino, cuidando de que las copas siempre estuvieran llenas.

—Bueno, háblame de ti, Elizabeth Benson —dijo Stuart recostándose en la silla.

—Creo que ya lo he hecho. Esta vez y la anterior. En nuestros dos encuentros creo habértelo contado todo. Háblame tú de tu trabajo. Eres asesor de marketing, ¿no es cierto?

—Sí, así es.

—¿Y en qué consiste?

—¿Qué longitud tiene un trozo de cuerda?

—Sabes a lo que me refiero. ¿La gente va a verte para preguntarte cómo vender sus productos? ¿De eso se trata?

—Eso es parte del asunto. Pero se trata de algo un poco más complicado.

—Bueno. Explícamelo. Estoy segura de poder comprenderlo.

—Estamos en el negocio de la destreza y la habilidad. Nos gusta considerarnos carceleros benéficos. Tenemos un juego de llaves para toda ocasión. Esas llaves abren las posibilidades de un negocio. Debemos enseñarle a la gente cómo usarlas y qué llave encaja en qué cerradura. Pero, sobre todo, tenemos que enseñarle a hacer las preguntas adecuadas.

—Comprendo —dijo Elizabeth después de una leve vacilación—. De manera que vosotros aconsejáis, y si las ventas aumentan ganáis un porcentaje sobre la diferencia. ¿Es así?

—Más bien se trata de una cuestión de ver de qué manera cada parte de una empresa se puede relacionar con las demás. Imagina que tú estás en la fabricación de un producto y Bloggs, en ventas. En ese caso, a menos que formules las preguntas adecuadas, es posible que ambos tiréis en direcciones opuestas. Yo siempre digo que nuestra principal meta es enseñar a la gente a no necesitarnos.

—¿Y cómo sabes que yo no te necesito?

—Ésa es una buena pregunta.

—¿Es una de las preguntas que me habrías enseñado a hacer?

Elizabeth hizo un esfuerzo por contener una sonrisa.

—No es tan sencillo.

—Supuse que no lo sería. De todos modos, yo creía que eras músico.

Stuart se pasó la mano por el pelo y se enderezó las gafas.

—Sí, soy músico. Lo que pasa es que con la música uno no se puede ganar la vida. Tú no te ganas la vida como cocinera, pero eso no te hace menos cocinera, ¿no es verdad? ¿Me sigues?

—Creo que sí. De todos modos, tocas muy bien el piano.

—Gracias.

—Me temo que de postre no tengamos más que helado. Pensé en hacer algo especial, pero no he tenido tiempo. ¿No te importa?

Mientras preparaba café en la cocina y trataba de sacar cucharadas de helado del recipiente sin romper en dos la cuchara, Elizabeth quedó impresionada, y no por primera vez, por el pensamiento de que su vida era enteramente frívola. Era un apresuramiento y un deslizarse por una serie de crisis triviales; de inseguridades económicas, pequeños triunfos, sexo ocasional y un exceso de cigarrillos; de límites de tiempo que en definitiva no tenían importancia; de discusiones, ropa nueva, explosiones de altruismo y sinceras resoluciones de dedicarse a cosas importantes. De todas esas y las demás experiencias que componían su vida, el aspecto más significativo lo sugerían las palabras «que en definitiva no tenían importancia». Aunque estaba bastante contenta con lo que había llegado a ser, lo que más la irritaba era esa continua sensación de facilidad, de la naturaleza poco esencial de lo que hacía. Pensó en Tom Brennan, quien sólo conoció la vida o la muerte; y luego la muerte en vida. En la generación de ella, la intensidad no existía.

Llevó el café y los helados a la sala de estar. Stuart había puesto un disco, un concierto de Beethoven para piano, y lo escuchaba con los ojos cerrados.

Elizabeth sonrió mientras depositaba el helado frente a él. Acababa de tomar una decisión con respecto a Stuart. Le impresionó su manera de tocar el piano y la halagó con sus atenciones, pero su conversación le resultaba intolerable.

Después se instalaron en el sofá y él le explicó —todavía con los ojos cerrados— cómo estaba construida aquella obra y dónde, en su opinión, se equivocaba el solista en su interpretación.

Cuando el disco terminó, Elizabeth se levantó a medias para ir a cambiarlo, pero Stuart la tomó del brazo y la obligó a volver a sentarse.

—Siéntate, Liz. Tengo que preguntarte algo.

—¿Perdón?

—Quiero que me escuches con atención. No sé lo que pensarás de

mí, y tampoco estoy seguro de que importe demasiado. Te voy a contar una historia.

Cuando Elizabeth iba a interrumpirlo, él levantó la mano como para imponerle silencio.

—Había una vez una chica muy atractiva. Tenía muchos amigos, un trabajo excelente, un piso en la ciudad y todo el mundo la envidiaba. Después, a medida que pasaba el tiempo, sus amigas se fueron casando y tuvieron hijos, y esa chica se convirtió en una mujer muy atractiva. Pero no se casó. Cuanto más tiempo pasaba, más simulaba ella que no le importaba, pero en lo profundo de su alma estaba deseando tener hijos y un marido. Parte del problema residía en que, cuanto más fingía, más atemorizaba a los hombres y los ahuyentaba. Porque ellos, pobres criaturas, la creían cuando aseguraba que era feliz.

Elizabeth clavó la mirada en el suelo. En su interior, una poco saludable curiosidad luchaba con la vergüenza que la recorría en oleadas. En cambio, Stuart no demostraba la menor timidez.

—Entonces, un día, conoció a un hombre que no le tenía miedo. Era bondadoso, gracioso y amistoso con ella. Y cuando ella lo analizó detenidamente, supo que eso era lo que siempre esperó. Y se mudaron al campo y ella tuvo muchos hijos y vivieron felices y comieron perdices.

Elizabeth tragó saliva con fuerza.

~¿Y?

Stuart se volvió a mirarla.

—Te estoy pidiendo que te cases conmigo. Ya sé que es una forma poco ortodoxa. Ésta es la tercera vez que nos vemos y ni siquiera me he molestado en seducirte. Soy un tipo muy dulce y anticuado. Y tú eres una mujer muy poco corriente. Y creo que si aceptas mi proposición, descubrirás que también soy un hombre poco corriente.

Elizabeth se puso en pie. Encendió un cigarrillo y mientras inhalaba el humo dijo atropelladamente:

—Es muy... agradable de tu parte. Me halaga que hayas pensado en mí, pero creo que te has equivocado de persona. Tengo un amante. Yo...

—Que está casado, ¿no es cierto? Déjame adivinar. Lo ves una vez al mes para hacer el amor a toda prisa y luego viene la despedida llena de lágrimas. Dice que se separará de su mujer, pero todos sabemos que no lo hará, ¿no es así? ¿Es eso lo que quieres? ¿Es eso lo que esperas del futuro?

Elizabeth contestó con tono gélido:

—No deberías hablar acerca de personas que no conoces. Stuart se puso en pie y abrió los brazos en un gesto expansivo. —¡Vamos! Ambos somos adultos y sabemos lo que sucede. Lamento haberme

entrometido en un dolor privado, pero éste es un asunto muy importante. Tengo dinero. ¿Te lo mencioné? ¿O el problema es ese asunto del sexo? ¿Quieres que hagamos una prueba?

—¿Perdón?

—Bueno, por lo menos concédeme que no he tratado de seducirte.

—¿Y qué diablos te hace creer que hubieras logrado seducirme?

Stuart se encogió de hombros.

—Lo siento, Liz. He llegado muy lejos. Ahora me iré. Digamos que acabo de plantar una semilla. Hazme el favor de regarla de vez en cuando. Piénsalo.

Descolgó su abrigo del perchero del vestíbulo y volvió a la sala de estar.

—Gracias por una velada maravillosa. ¿Y regarás esa pequeña semilla?

—Yo... no me olvidaré de hacerlo. Te aseguro que no me olvidaré.

—Me alegro.

Sonrió, la besó en la frente y salió.

Elizabeth estuvo varios días en estado de choque. Retrospectivamente, lo presuntuoso de lo que Stuart le dijo, le provocaba la sensación de una especie de violación, algo así como que la hubieran obligado a tener una indeseada intimidad física con él.

Dio largas caminatas por Hyde Park y respiró profundamente el aire frío de enero. Trabajaba hasta tarde en la oficina. Compró y leyó dos libros sobre la guerra en la que había luchado su abuelo. Tomó una serie de resoluciones para Año Nuevo. Fumaría menos, visitaría a Tom Brennan cada quince días, siempre que él lo deseara. Y si él no lo deseaba, visitaría a algún otro de su generación. De alguna manera, pagaría la deuda, completaría el círculo.

En la primera de las visitas que haría a Tom Brennan durante el nuevo año, esperaba poder averiguar algo más acerca de su abuelo. Comprendía suficientemente bien el estado mental de Brennan como para no esperar largas narraciones de recuerdos, y ni siquiera una anécdota, pero al menos esperaba obtener una referencia.

Aquella vez, sabiendo lo que era la calefacción en aquel asilo, se abrigó menos. Al recordar las quejas de Brennan sobre la comida, le llevó un pastel hecho por su madre. Mientras lo envolvía pensó que lo que estaba haciendo debía de parecerse a envolver un pastel para enviarlo a las trincheras. También le llevó media botella de whisky: al menos eso era algo que no le debían de haber mandado de su casa. Y, además, algo avergonzada por lo que hacía, colocó dos bolas de naftalina en su pañuelo para poder llevárselo a la nariz y oler el

alcanfor en lugar del penetrante olor a orines.

Estaba en el mismo lugar, junto a la ventana. Tom colocó su mano en la de Elizabeth y permanecieron felices juntos. Elizabeth le preguntó qué había hecho durante las últimas semanas, y qué hizo en los años anteriores. Las respuestas de Brennan no guardaban relación alguna con las preguntas que ella le formulaba. Habló de la noche de Mafeking, habló de su hermana cuando había que tener las luces apagadas y le contó cómo se había caído de la escalera. Le dijo que no le gustaba la comida que le daban.

De vez en cuando, Elizabeth percibía que él registraba alguna de las preguntas que le hacía, porque detrás de los gruesos cristales de sus gafas, aparecía en sus ojos una expresión de alarma. Entonces murmuraba algunas palabras y, o bien se quedaba en silencio o volvía a contar alguna de las historias que recordaba. Elizabeth comenzó a sospechar que ya había oído casi todo el repertorio.

Aquella vez no lo presionó con el tema de su abuelo. Había logrado establecer el primer contacto vital. Si Brennan tenía algo más que decir, a su tiempo lo diría. En realidad era más probable que saliera a la luz cuando él se acostumbrara a sus visitas.

Lo dejó con el pastel y con el whisky, y le prometió que volvería dos semanas después. La directora, la señora Simpson, se topó con Elizabeth en la puerta.

—No creí que la volveríamos a ver. ¿Se ha alegrado?

—Bueno... No diría exactamente que se haya alegrado. Ni siquiera sé si le ha gustado verme. Pero a mí sí me ha gustado volver a verlo. Le he dejado un paquetito. ¿Está permitido?

—Depende de lo que contenga.

A Elizabeth se le ocurrió que el whisky debía de estar prohibido. Se fue antes de tener que ver que lo confiscaban.

Aquella noche, en su casa, hizo algunos cálculos. Era una tarea que había ido aplazando porque temía los resultados. Con la ayuda de su diario del año anterior, pudo saber en qué fecha había tenido su último período. Sin lugar a dudas fue el 6 de diciembre, porque recordaba que ese día llegó tarde a un almuerzo por haber tenido que ir antes a una farmacia. Y ya era 21 de enero. No había anotado en el diario la fecha en que vio por última vez a Robert, pero sabía que fue la semana antes de Navidad. Recordaba que las tiendas estaban adornadas. En realidad, él llegó un día antes del comienzo de sus vacaciones, gracias a lo cual pudieron verse. Ella debió ir a trabajar al día siguiente, de manera que debió ser un día entre semana. Llegó a la conclusión que fue el 21 o el 22 de diciembre. Cualquiera de esos días se encontraba en medio del ciclo que, por lo que sabía, era el tiempo más peligroso. Trató de recordar las precauciones que había

observado. Hacía cuatro años que tomaba la píldora de forma continua, y su médico le aconsejó que la dejara. A partir de entonces utilizaron una serie de métodos. Ambos eran cuidadosos, y Robert, en opinión de Elizabeth, hasta neuróticamente cuidadoso.

A la mañana siguiente compró una prueba de embarazo en una farmacia de Craven Road. Era un trozo de plástico, chato y rectangular, con dos ventanas. Lo llevó al baño y, siguiendo las instrucciones, cinco minutos después observó las ventanas. La línea azul que cruzaba cada una de ellas era firme y decisiva. No sólo era positiva sino que rebosaba vida.

Pasó un día durante el cual sus sentimientos oscilaron entre el júbilo y la desesperanza. En dos ocasiones estuvo a punto de confiarle su secreto a Irene, y en ambas pudo más la discreción y cambió de tema. Salió a almorzar sola y dos veces se encontró con que tenía los ojos llenos de lágrimas. Ya sentía una absurda pasión por aquella vida que llevaba en su interior.

Por la noche llamó por teléfono a Robert. No obtuvo respuesta, pero le dejó un mensaje en el contestador automático que él acababa de comprar, pidiéndole que la llamara en cuanto volviera.

Llenó la bañera y se deslizó dentro del agua caliente. Se miró el vientre y se preguntó qué acontecimientos microscópicos estarían produciéndose allí. La asustaban los cambios físicos y le preocupaba lo que diría la gente, pero sentía mucho más regocijo que ansiedad. Sonó el teléfono y salió mojada de la bañera para responder.

Era Bob.

—Lo he descifrado —anunció—. Lamento que me haya llevado tanto tiempo. En realidad, una vez que descubrí cómo trabajaba la mente del viejo, la cosa resultó bastante fácil. Letras griegas, idioma francés y algunos códigos personales. Elemental, mi querido Watson. No puedo jurar que todos los nombres sean los correctos, por supuesto. He marcado lo que me resulta poco claro. Pero todo parece coincidir.

Una vez se sobrepuso a la desilusión de que quien llamaba no era Robert, Elizabeth dijo:

—Me parece maravilloso, Bob. Muchísimas gracias. ¿Cuándo puedo pasar a buscarlo?

—Si quiere puede venir durante el fin de semana. Esta mañana he puesto un par de páginas en el correo. Sólo incluí las dos últimas del cuaderno porque fueron las primeras que descifré. Si la oficina de correos no está también en huelga, debería recibirlas por la mañana. Pero nunca se sabe, ¿verdad?

—Es cierto. Bueno, no veo la hora de recibir esas páginas.

—Sí. Pero son un poco deprimentes, ¿sabe? Le aconsejo que antes de leerlas se sirva una buena copa.

—Usted me conoce, Bob. Y gracias de nuevo.

Robert no llamó hasta después de medianoche, cuando Elizabeth estaba dormida. Le dijo directamente que estaba embarazada. Se encontraba demasiado adormilada para darle la noticia poco a poco y con suavidad, como pensaba hacerlo.

—No le diré a nadie quién es el padre. Esas cosas pueden mantenerse en secreto —aseguró.

Robert estaba espantado.

—Podrías alegrarte un poco —dijo ella.

—Debes darme tiempo. Me alegro por ti y, con el tiempo, me alegraré por mí y por el niño. Pero te pido que me des tiempo para acostumbrarme a la idea.

—Te lo daré —aseguró Elizabeth—. Te quiero.

El día siguiente era sábado y recibió el envío de Bob.

Lo hizo a un lado hasta después del desayuno. Luego lo abrió con cuidado, valiéndose de un cuchillo. Bob había vuelto a usar un sobre marrón, de un viejo catálogo o de alguna circular, pegando sobre su nombre y dirección un papel blanco con las señas de Elizabeth.

Dentro había dos hojas de papel blanco. Elizabeth estaba emocionadísima. Desde el momento en que vio la letra cuidada de Bob, escrita con tinta negra, supo que acababa de encontrar lo que buscaba.

La vieja voz de Gray que le ladraba por teléfono desde Lanarkshire había sido una gran cosa; el recuerdo fugaz que apareció en medio del caos de la memoria de Brennan fue emocionante. Pero por fin tenía lo que quería: el pasado estaba vivo en aquellas hojas que temblaban en sus manos.

Leyó:

No sé cómo transcurren los días. La furia y la sangre se han desvanecido. Nos sentamos y leemos. Siempre hay alguien durmiendo, alguien caminando. Nos traen comida. No leemos verdaderos libros, sólo revistas. Alguien come. Siempre hay otros desaparecidos o ausentes.

Desde la muerte de [Weir???] no he estado muy cerca de la realidad. Me encuentro en un desierto que está más allá del miedo. El tiempo por fin se ha derrumbado sobre mí. Esta mañana recibí carta de Jeanne. Dice que ya han pasado dos meses desde nuestro encuentro.

De Inglaterra llegan hombres, como emisarios de una tierra desconocida. No consigo imaginar lo que significaría vivir en paz. No sé cómo la gente puede vivir allí una vida.

Lo único que de vez en cuando nos saca con un sobresalto de ese trance es el recuerdo de los hombres. En los ojos de algún recluta veo

la mirada de Douglas o [nombre ilegible. ¿Reeve?]. Y al recordarlo quedo petrificado. Puedo volver a ver su cabeza que se abre, aquella mañana de verano, al inclinarse para ayudar a un amigo.

Ayer vino a hablarnos uno de comunicaciones, y sus gestos me recordaron a W. Lo vi con claridad, no caído en medio del barro como la última vez, sino saliendo de su madriguera subterránea, con ojos de loco. La imagen sólo duró un instante; después el tiempo volvió a desmoronarse y pasó de nuevo a mi lado.

Tengo una cita para ver a Gray mañana. Tal vez él sienta lo mismo.

No desdeñamos los disparos de armas de fuego, pero hemos perdido la capacidad de tener miedo. Los obuses caen en las líneas de reserva, y nosotros no dejamos de hablar. Sigue habiendo sangre, aunque nadie la ve. Había un chico tendido, sin piernas, en el lugar donde los hombres tomaban el té que hervía en el hornillo. Pasaron por encima de él.

He tratado de resistir este deslizarse dentro de un mundo irreal, pero no tengo fuerzas. Estoy cansado. Ahora se me ha cansado el alma.

Muchas veces me he acostado y he deseado la llegada de la muerte. Me siento indigno. Me siento culpable por haber sobrevivido. Pero la muerte no llega y yo ando a la ventura, en un perpetuo presente.

No sé qué he hecho para vivir esta existencia. No sé lo que puede haber hecho cualquiera de nosotros para inclinar el mundo en esta órbita tan poco natural. Vinimos aquí sólo por unos pocos meses.

Ninguna criatura y ninguna generación futura sabrán lo que fue esto. Nunca lo entenderán.

Cuando todo termine, nos reuniremos en silencio con los vivos y no se lo diremos.

Hablaremos y dormiremos y cumpliremos con nuestras tareas como seres humanos.

Sellaremos lo que hemos visto en el silencio de nuestros corazones, y no habrá palabra que nos alcance.

SEXTA PARTE

FRANCIA, 1918

STEPHEN guardó el cuaderno y el lápiz. Ya era de noche. Había luna en las colinas, por encima del pueblo. Encendió otro cigarrillo y hojeó las páginas de una revista. Junto a la silla había una pila de las que ya había visto. Echaba una ojeada a cada página, pero prácticamente no leía.

Salió al patio trasero de la casita. A su paso espantaba los pollos.

Echó a andar por el sendero, que estaba en reparación. Bajo sus pies notaba los charcos y las piedras sueltas. Llegó hasta el camino principal y miró alrededor. Las detonaciones llegaban amortiguadas por la distancia; semejaban el ruido de un tren al cruzar un terraplén.

Se detuvo y respiró hondo. Alcanzaba a oír el ulular de una lechuza. Empezó a caminar con lentitud de un lado para otro. La lechuza le recordaba su infancia. Los chicos imitaban su ulular llevándose las manos a la boca. Su infancia le parecía tan lejana como si otro la hubiera vivido por él.

Una vez de regreso en su alojamiento, encontró a Mountford jugando a las cartas con un teniente llamado Tylecote. Rechazó la invitación de unirse al juego, y permaneció sentado en la penumbra, observando el ir y venir de las figuras grasicntas sobre la superficie de madera.

Por la mañana fue a ver al coronel Gray, en el cuartel general del batallón, situado a tres kilómetros de distancia.

—¡Wraysford! No sabe cuánto me alegra volver a verlo. Me complace que me venga a visitar.

Gray no había cambiado. Parecía un perro terrier intrigado, con la cabeza indinada a un lado. Tenía canas en el bigote y en el cabello, pero sus movimientos seguían siendo rápidos y seguros.

Apartó una silla y se la ofreció a Stephen, quien se sentó.

—Puede fumar. Bueno, ¿se divierte con sus mapas y sus listas?

Stephen suspiró hondo.

—Nosotros... existimos.

—¿Que existen? ¡Santo Dios! Ésa no es la frase que acostumbraba oír de un hombre de la línea de friego como usted.

—Supongo que no. Pero si lo recuerda, señor, yo no pedí que me trasladaran.

—Lo recuerdo muy bien. Desde mi punto de vista usted estaba extenuado por haber intervenido en un exceso de batallas. Le advierto que prácticamente nadie pudo llegar a ese estado. Una bala se encargaba de ello.

—Sí. He tenido suerte.

Stephen tosió cuando el humo del cigarrillo le llegó a los pulmones. Gray miró por la ventana y apoyó los pies en el escritorio.

—A los nuestros les ha ido bastante bien, ¿sabe? Hubo un número terrible de bajas en el Somme, pero ¿quién no las ha sufrido? Aparte de eso no nos ha ido tan mal. Se puede decir que los dos batallones han recobrado toda su fuerza.

—Sí, lo sé —dijo Stephen, y sonrió—. Sé bastante acerca de las fuerzas en esa zona. Mucho más que cuando estaba luchando.

Gray asintió y se golpeó los dientes con el lápiz.

—Dígame: cuando termine la guerra y el regimiento construya un monumento conmemorativo, ¿qué inscripción pondremos?

—No lo sé. Yo suponía que habría un monumento por división. Cada regimiento haría una lista de las acciones en las que intervino.

—Sí. Una lista que nos llena de orgullo, ¿verdad?

Stephen no respondió. Aquellos nombres atroces no lo enorgullecían.

—Bueno, tengo excelentes noticias para usted —dijo Gray—. Cesa en su destino administrativo. Regresará. —Hizo una pausa—. Creí que era eso lo que quería.

—Sí... Supongo que lo es.

—No parece muy contento.

—No puedo estar contento con algo que contribuya a que continúe esta guerra. Pero no me disgusta. Me resulta indiferente.

—Escúcheme. Muy pronto atacaremos. Avanzaremos con rapidez hacia Alemania en un largo frente. Como sabrá, algunas partes del frente ya han empezado a avanzar. Si usted quiere mandar su antigua compañía, puede hacerlo.

Stephen suspiró y no respondió. Le habría gustado Sentirse contento o emocionado. Gray se puso en pie y rodeó el escritorio.

—Piense en la inscripción de ese monumento conmemorativo, Wraysford. Piense en esas ciudades malolientes y en esos pueblos ensangrentados cuyos nombres llegarán a ser gloriosos por la mención que harán de ellos los historiadores de traseros gordos que se han quedado sentados en Londres. Nosotros estuvimos aquí. Como castigo por Dios sabe qué, hemos estado aquí, y nuestros hombres murieron en todos esos lugares desagradables. Odio los nombres de esos lugares. Odio el sonido de sus nombres y odio pensar en ellos, motivo por el cual no me molestaré en recordárselo. Pero escuche. —Acercó su rostro al de Stephen—. Hay cuatro palabras que quedarán grabadas debajo de esos nombres. Cuatro palabras que la gente leerá algún día. Cuando lea lo demás, se asqueará. Al leer éstas, inclinará un poco la cabeza: «Avance y persecución final». No me diga que no quiere agregar su nombre a esas palabras.

Stephen soltó una carcajada.

—En realidad no importa lo que...

—¡Vamos! —exclamó Gray en un gruñido semejante al de un perro—. Tiene que gustarle el sonido de alguna de esas palabras.

—Supongo que sí: «Final».

Gray lo sacudió por los hombros.

—¡Así me gusta! Les diré a sus soldados que va para allá.

El trabajo de los minadores llegó a su fin con la explosión del monte Messines. La compañía de Weir fue absorbida por las tres compañías de campaña comprendidas en la división donde servía Stephen. El trabajo era menos arduo y menos interesante.

Jack Firebrace escribió:

Querida Margaret: Apenas unas líneas ahora que tengo un momento libre. Te agradezco el paquete, que llegó ayer, aunque estaba levemente dañado. ¿Pusiste dentro hojas de afeitar?

Estamos trabajando de nuevo en la reparación de caminos. Es un trabajo muy duro, aunque la mayoría de los hombres considera que es mejor que vivir cavando bajo tierra. Tenemos que llenar grandes cráteres con piedras y con los restos de demolición de las casas que han sido destruidas.

Entre el barro, la lluvia y la cantidad de animales muertos, es un trabajo triste. Nos apenan los caballos muertos, animales magníficos y tan maltratados a pesar de que ellos no tuvieron nada que ver en todo este asunto.

Todavía cavamos un poco. El oficial al mando dice que hemos hecho nuestra contribución a la guerra, pero que ahora la lucha llegará a su fin con mucha mayor rapidez. Ya veremos. Hemos empezado a avanzar y existe una sensación general de que con un empujón más esto terminará.

Nos mantenemos alegres. Evans recibió una baraja nueva y yo me he convertido en el cuentachistes oficial. También he seguido dibujando.

Confío en que sigas bien y espero que muy pronto volvamos a vernos. Tu marido que te quiere, Jack.

Antes de unirse a su compañía, Stephen se tomó dos días de permiso que se le debían, y viajó a Ruán, adónde Jeanne se había mudado durante la ofensiva alemana de la primavera.

Llegó una calurosa tarde de domingo. En las calles reinaba un clima festivo. Las familias salían a pasear en viejos automóviles. Otros participaban en carruajes de cuatro caballos, en carros o en bicicletas; cualquier cosa con tal de mantener la costumbre del paseo. Gran número de niños corría por los adoquines y gritaba a los conductores de los vehículos.

Stephen avanzaba entre la multitud, un poco intrigado. Siguiendo las instrucciones de Jeanne, llegó a la catedral y se internó por el

barrio medieval, donde ella había alquilado unas habitaciones hasta poder regresar a Amiens.

Cuando llamó al timbre, Jeanne lo estaba esperando. Después de cruzar un patio y subir una escalera, llegaron al lugar donde ella vivía. No eran más que dos habitaciones en un primer piso, pero, con las cosas que pudo sacar de Amiens, logró convertir las dos piezas en un sitio agradable.

Lo hizo sentar en uno de los sillones y lo miró. Estaba muy delgado, tenía arrugas en el rostro y la piel como endurecida alrededor de los ojos. La expresión de esos ojos ya no era desconfiada. Jeanne tuvo la impresión de que la mirada de Stephen era vacía. No se le estaba cayendo el pelo, ni siquiera en las sienes, pero estaba salpicado de canas. Se movía como en sueños, como si el aire que lo rodeaba fuera muy espeso y tuviera que abrirse camino con lentitud. Fumaba como si no se diera cuenta de que lo hacía, y dejaba caer la ceniza sobre la ropa.

Aquél era el hombre que ocho años antes fascinó a su hermana menor. Isabelle nunca le contó detalles acerca de su manera de hacerle el amor, pero cuando se refería a sus hombros, sus ojos o los hábiles movimientos de sus manos, le producía a Jeanne una fuerte sensación física de lo que era Stephen. El hombre a quien Jeanne veía en aquel momento era distinto; costaba creer que se tratara de la misma persona. Ese pensamiento la tranquilizó.

Salieron a caminar por la ciudad y entraron en el museo, en cuyo jardín se sentaron.

—¿Qué le sucedió en primavera? —preguntó Stephen—. Durante un tiempo no recibí cartas suyas.

—Pero yo le escribí. Tal vez las cartas se hayan perdido en medio de toda la conmoción. Para empezar, la ciudad estaba llena de refugiados de otras partes que huían del avance alemán. Después fuimos bombardeados y el alcalde dio orden de evacuar la ciudad. Yo me quedé allí un tiempo porque no tenía ganas de volver a Ruán. Nos bombardeaban de noche, utilizando bengalas para ajustar la puntería. Aterrador. Fui a la catedral para ayudar a retirar las vidrieras. Las envolvimos en mantas. Con el tiempo no tuve más remedio que irme, pero a mis padres no les dije dónde estaba. Con la ayuda de una amiga de la infancia, conseguí estas habitaciones. Papá y mamá ignoran que estoy aquí.

—Si lo supieran, ¿se enfadarían?

—No lo sé. Creo que casi han perdido las esperanzas con respecto a sus hijas. Se enteraron de que Isabelle está en Alemania. Recibieron una carta de un viejo amigo de Azaire en Amiens, un tal Bérard. Decía que consideraba necesario que se enteraran de lo sucedido.

—«Y el barquito ha zarpado-o-o...» —cantó Stephen en voz baja.

—¿Qué es eso?

—Conocí a ese hombre. Iba de visita cuando yo vivía en Amiens. Era un fanfarrón, un hombrecillo ridículo, convencido de su propia importancia. Pero parecía ejercer cierta influencia sobre la gente.

—Le escribí a Isabelle para contarle lo sucedido. Ella me contestó y me refirió que cuando los alemanes ocuparon por primera vez la ciudad ese tal Bérard le ofreció su casa al comandante. Creyó que los alemanes permanecerían allí durante toda la guerra. Pero cuando irnos días después se fueron, quedó avergonzado. Según Isabelle, después trató de compensar su actuación metiendo cizaña bélica.

—¿Pero no ingresó en el ejército?

—No. Tal vez friera demasiado mayor. Isabelle me dijo que es feliz, aunque Max no está bien. Tuvieron que amputarle la pierna y no ha recuperado las fuerzas. Ella está dedicada a cuidarlo y lo quiere mucho.

Stephen asintió.

—¡Pobre hombre! Lo lamento.

—¿Y qué me dice de usted? —preguntó Jeanne. Le tomó la mano y la oprimió a su modo tan fraternal y afectuoso—. Parece aturdido y está muy pálido. Me preocupo por usted. Ya se lo he dicho, ¿verdad? Y supongo que tampoco se alimenta bien.

Stephen sonrió.

—Estoy bien. En el destino que acabo de dejar, la comida era mucho mejor. Y también abundante.

—Entonces, ¿por qué está tan delgado?

Stephen se encogió de hombros.

—No lo sé.

Los ojos de Jeanne adquirieron una expresión de gran seriedad, le apretó la mano y lo obligó a mirarla.

—No debe darse por vencido, Stephen. Ya casi ha terminado. El día menos pensado avanzaremos y usted quedará en libertad para reanudar su vida.

—¿Reanudar? Ya no recuerdo mi vida. No sabría dónde buscarla.

—¡No debe hablar así!

Jeanne se enfadó por vez primera desde que la conocía, tenía las mejillas sonrojadas. Para dar más fuerza a sus palabras, golpeó con suavidad el banco de madera donde estaban sentados.

—¡Por supuesto que no reanudará su trabajo de carpintero o lo que fuera que hacía en París! Hará algo mejor. Algo que valga la pena.

Stephen se volvió a mirarla con lentitud.

—Es una mujer adorable, Jeanne. Haría lo que usted me dijera, pero lo que he perdido no son los detalles de la vida. He perdido la realidad misma.

Los ojos de Jeanne se llenaron de lágrimas.

—Entonces debemos lograr que la recupere. Yo haré que la recupere. Le ayudaré a encontrar lo que sea que haya perdido. No hay nada que esté más allá de la redención.

—¿Por qué es tan buena conmigo?

—Porque lo quiero. ¿No lo ve? De todo lo que ha salido mal, quiero sacar algo bueno. Debemos intentarlo. Prométame que lo intentará.

Stephen asintió con gesto lento.

—Lo intentaremos.

Jeanne se puso en pie, sintiéndose animada. Lo tomó de la mano y lo condujo a través de los jardines. ¿Qué más podía hacer para vigorizarlo, para devolverle esa realidad perdida? Una cosa, naturalmente, pero las complicaciones podían ser mayores que los beneficios. Todo debía suceder de una manera espontánea o no suceder.

Cenaron temprano en un restaurante en el camino de regreso a las habitaciones de Jeanne, y ella lo instó a beber vino, con la esperanza de que lo alegrara. Pero varios vasos de burdeos tinto no lograron llevar luz a aquellos ojos muertos. Cuando salieron, Jeanne dijo:

—Le pido que cruce el jardín de la entrada en silencio. No quiero que el portero sepa que un hombre pasa la noche en mis habitaciones.

Stephen rió por primera vez.

—¡Ustedes, las chicas Fourmentier! ¿Qué diría su padre?

—¡Cállese! —replicó Jeanne, feliz por haberlo hecho reír.

Era una noche calurosa y aún no había oscurecido del todo. Una pequeña banda tocaba en una de las plazas donde los cafés empezaban a encender las luces.

Stephen cruzó con cuidado el patio adoquinado y no emitió un solo sonido hasta que estuvieron a salvo en las habitaciones de Jeanne.

—Le he hecho la cama en el sofá de ese rincón. ¿Quiere acostarse ya o prefiere quedarse un rato a charlar? Creo que tengo un poco de coñac. Podríamos bebérnoslo en ese balconcito. Pero tendríamos que hablar en voz baja.

Se instalaron en sendas sillas de mimbre en un balcón que daba al jardín seco y arenoso.

—¿Sabe lo que quiero hacer por usted? —dijo Jeanne—. Voy a hacerle reír. Ése será mi proyecto. Borraré su melancolía anglosajona. Lo haré reír y lo llenaré de alegría hasta que parezca un campesino francés.

Stephen sonrió.

—Y yo contaré historias y me daré palmadas en los muslos como un granjero normando.

—Y no pensará en la guerra. Ni en los que han muerto.

—Nunca —prometió Stephen, y bebió el coñac de un solo trago.

Ella volvió a tomarle la mano.

—Tendré una casa con un jardín detrás, Heno de rosales y arriates de flores y tal vez un columpio, para que jueguen los niños... Si no los míos, los que vayan de visita. La casa tendrá grandes ventanas y estará llena del olor de las comidas maravillosas que se preparan en la cocina. Y en la sala de estar habrá floreros con fresias y violetas. Y de las paredes colgarán cuadros de Millet, Courbet y otros grandes pintores.

—Yo la iré a visitar. Tal vez viva allí con usted. Sería el escándalo de toda la ciudad de Ruán.

—Saldremos en bote los domingos, y los sábados iremos a la ópera y luego a cenar en la plaza principal. Dos veces al año ofreceremos fiestas en casa. Estará llena de velas y contrataremos criados para que circulen con bandejas de plata cargadas de bebidas para nuestros amigos. Y habrá baile y...

—Baile no.

—Está bien, no habrá baile. Pero habrá una orquesta. Tal vez un cuarteto de cuerdas o un violinista gitano. Y los que quieran podrán bailar, aunque en otro salón. Tal vez hasta contratemos a un cantante.

—Quizá podríamos convencer a Bérard.

—Buena idea. Podría entonar algunos *Lieder* alemanes que le hubieran enseñado el comandante y su esposa. Nuestras fiestas serán famosas. Pero no sé cómo las íbamos a pagar.

—Yo ya habré hecho fortuna con algún invento. Y su padre le habrá legado sus millones.

Bebieron un poco más de coñac, que mareó a Jeanne, pero que no tuvo el menor efecto «obre Stephen. Cuando empezó a refrescar, entraron y Stephen dijo que le gustaría dormir. Ella le indicó su cama y le alcanzó una garrafa de agua.

Una vez en el dormitorio, Jeanne se desvistió. Se sentía animada por Stephen, aunque comprendía que él estaba haciendo esfuerzos para tranquilizarla. Era una manera de empezar. Cruzó desnuda el dormitorio para coger el camisón, que colgaba detrás de la puerta.

Pero la puerta se abrió antes de que ella la alcanzara y vio a Stephen con la camisa puesta y las piernas al aire.

Él retrocedió.

—Lo siento. Estaba buscando el baño.

Jeanne tomó una toalla que había sobre Ja silla y trataba de cubrirse el cuerpo, en un gesto de modestia,

Stephen se volvió y emprendió el regreso a la sala de estar.

Jeanne lo detuvo.

—Está bien. Vuelva.

Colocó la toalla sobre Ja silla y permaneció inmóvil.

No había luces encendidas en la habitación, pero la luminosidad de la noche otoñal permitía que se viera con facilidad.

—Ven y deja que te abrace —dijo ella. Una suave sonrisa fue iluminando su rostro.

Stephen entró en Ja habitación con paso lento. El espigado cuerpo de Jeanne le daba la bienvenida. Los brazos muy blancos extendidos elevaban sus pechos redondos que, en la penumbra, parecían misteriosas flores blancas. Stephen se acercó y se arrodilló a sus pies. Apoyó la cabeza contra el costado de Jeanne, debajo de las costillas.

Ella abrigaba la esperanza de que continuara en aquel estado de ánimo ligero del que disfrutaron en el balcón.

Stephen le rodeó los muslos con los brazos. El vello que crecía entre las piernas de Jeanne era largo y negro. Por un instante, Stephen apoyó contra él Ja mejilla, luego volvió a apoyar el rostro contra el costado. Jeanne oyó que comenzaba a sollozar.

—Isabelle —decía—. Isabelle.

Hubo festejos cuando Stephen volvió a reunirse con su compañía en la avanzada. Los hombres tenían esperanzas de que el siguiente ataque fuera el último, y después de los acontecimientos del Ancre y del avance en el canal, Stephen había adquirido fama de superviviente. Hasta los hombres llegados después de su partida tenían conciencia de que se le consideraba una especie de amuleto de la buena suerte. Además, les llegaban rumores exagerados de las brujerías que hacía en su refugio.

Los ingenieros y zapadores se presentaban con frecuencia para efectuar tareas de conservación de las trincheras. De vez en cuando inspeccionaban y cuidaban un largo túnel que se internaba en la tierra de nadie. Su extremo proporcionaba un puesto de escucha útil, aunque peligroso cerca de las líneas alemanas y que, por lo visto, todavía no había sido descubierto por el enemigo. Los hombres allí apostados escuchaban conversaciones de los alemanes de la línea del frente. Hablaban de retirada.

Los bombardeos enemigos seguían pautas definidas. Estaban dirigidos con total exactitud hacia la zona de retaguardia y se detenían durante una hora para el almuerzo. La respuesta británica observaba idénticas formalidades, de manera que Stephen pudo almorzar en paz el día del regreso. Riley le calentó un poco de guiso de lata, pero se esmeró en conseguir un trozo de repollo para darle más sabor.

Por la tarde lo visitó Cartwright, el oficial de ingenieros que estaba al mando de la unidad. Pese a que la infantería lo consideraba

un hombre de carácter débil, su resentimiento lo convertía en un tenaz discutidor.

—Como supongo que sabrá —dijo—, hemos acordado ayudarnos mutuamente, aunque, por lo que he podido comprobar, eso no se ha cumplido.

Tenía un rostro pálido, de barbilla huida. Le gustaba usar frases propias del lenguaje doméstico y decir refranes, con la esperanza de que así sus argumentos resultaran más lógicos. Prosiguió:

—Ahora he recibido orden de que mis hombres amplíen el extremo del puesto de escucha. Eso no tiene nada de particular, pero los últimos hombres que envié allá abajo me informaron de que oyeron algo parecido a trabajos del enemigo encima mismo de sus cabezas.

—Comprendo. O sea que me está diciendo que quiere que algunos de mis hombres bajen con ustedes.

—Sí, creo que tenemos derecho a solicitarlo.

—Creí que se habían suspendido las excavaciones.

—Con nuestros amigos los alemanes uno nunca sabe, ¿no es cierto?

—Supongo que es así. Parece algo innecesario, pero...

—Dado que usted ha estado ausente algún tiempo, consideré que le interesaría ver con sus propios ojos lo que se ha hecho. Después de todo, esos trabajos se llevan a cabo para proteger a sus hombres.

—Usted es igual que Weir. ¿Por qué se empeñan tanto en que nos metamos bajo tierra?

—Porque les excavamos buenos desagües e hicimos este refugio —contestó Cartwright señalando las paredes cubiertas de madera y las estanterías encima de la cama—. Supongo que no creerá que sus hombres serían capaces de hacer algo así, ¿verdad?

—Está bien. Iré a inspeccionar ese túnel, pero no puedo ausentarme más de una hora. Uno de sus hombres me tendrá que acompañar de regreso.

—Seguro que eso podrá arreglarse. Bajaremos mañana a mediodía.

La luz otoñal iluminaba los tocones ennegrecidos que en otro tiempo fueron árboles. Cuando los hombres se reunieron junto a la cabecera del túnel, por una vez el suelo de la trinchera estaba razonablemente seco.

Jack Firebrace, Evans y Jones se encontraban entre los seis minadores expertos que distribuyeron entre la infantería cascos, lámparas y elementos para respirar. Cartwright le ordenó a Jack:

—Después de que él haya inspeccionado los trabajos, Firebrace, usted se encargará de escoltar de regreso al capitán Wraysford.

—¿Usted no viene? —preguntó Stephen mientras se metía una linterna en el bolsillo.

—No vale la pena que estemos los dos allá abajo —respondió Cartwright.

Stephen miró el cielo sobre su cabeza. Era de un azul claro, con algunas nubes. La entrada del túnel, cubierta con lona, estaba oscura.

Stephen recordó la primera vez que bajó al túnel con Hunt y Byrne para proteger a Jack Firebrace. La palidez de Hunt y su expresión de pánico, y el impacto de sus propias heridas. Desde entonces él no era el mismo; ya no estaba seguro de poder soportar con tanta tranquilidad los estrechos túneles que les aguardaban. Apoyó las manos en el borde de madera que servía de contención a la pared delantera de la trinchera y respiró hondo. No existían mundos distintos; tan sólo una creación a la que estaba ligado por el latido de su sangre. Sería lo mismo estar bajo tierra allí, en el aire cálido, con los pájaros que cantaban y las nubes suaves del cielo.

Entró detrás de los zapadores y palpó con las manos la madera llena de astillas de la escalera. La caída era vertical y los peldaños estaban muy separados. Stephen fue bajando vacilante y apoyando con cuidado los pies en medio de la oscuridad, pero las botas de los que lo seguían y que se acercaban a sus dedos lo obligaban a apresurarse. La luz de la entrada del túnel estaba oscurecida por los cuerpos de los hombres que bajaban. Poco a poco se fue reduciendo a la que podría entrar por una ventana estrecha, hasta desaparecer por completo.

Oyó la voz de Jack delante, que le indicaba cuántos peldaños le quedaban por bajar. Por fin Stephen saltó a tierra y cayó sobre una plataforma de menos de un metro cuadrado donde Jack y dos hombres de infantería esperaban con lámparas. Cuando llegaron los demás, les bajaron un poco de madera. Jones y Evans la desataron del extremo de la cuerda de la que colgaba y se prepararon para llevarla al túnel.

Tres zapadores abrían la marcha, con los seis renuentes infantes en medio y otros tres zapadores cerrando la marcha. Al principio el túnel era bastante alto como para que caminaran erguidos, y avanzaron con rapidez por el suelo seco y calcáreo. Antes de haber recorrido cincuenta metros, un teniente escocés llamado Lorimer, que estaba al mando de los minadores, les indicó que de allí en adelante debían avanzar en silencio. Estaban llegando a una larga galería lateral de la que partían varios túneles en dirección al campo enemigo. Para empezar, todos avanzarían por el principal, que conducía a la cámara de escucha más lejana; más tarde, cuando los zapadores estuvieran trabajando para ampliarlo, la infantería tendría que introducirse en el túnel paralelo a fin de protegerlos. Los infantes podrían llevar con ellos a un minador para que les indicara el camino.

Todos estaban equipados con lámparas.

Para entrar en la sección principal tuvieron que ponerse de rodillas, y Stephen notó las miradas de ansiedad que intercambiaban sus hombres. El aire era pesado y húmedo. Pasaron jadeantes por una pequeña abertura, pero enseguida pudieron volver a moverse, ya no de rodillas, sino agazapados. Stephen notó los sólidos tablones horizontales unidos a otros verticales a una distancia aproximada de metro y medio. Desde su punto de vista, la obra estaba bien hecha. En el paso de los zapadores, tan acostumbrados, no había temor ni miedo a lo desconocido.

Los seis infantes, conducidos por un teniente llamado Crawshaw, luchaban por mantenerse a la par de quienes los precedían. Stephen los oía jadear. Llevaban fusiles, lo cual les impedía utilizar las manos para mantener el equilibrio.

¡Qué extraño era haber pasado la guerra como roedores en distintos elementos!, pensó Stephen. Estar bajo tierra los escudaba del impacto de los grandes ataques y de la visión de los cadáveres que se iban acumulando, pero el mundo en el que habitaban los minadores contenía su propio horror.

Él estaba decidido a llegar sólo hasta la cámara principal; luego insistiría en volver a unirse a sus hombres. Ellos le estarían agradecidos por haber hecho el gesto, que aseguraría la continua cooperación de los zapadores en los trabajos que les resultaban más pesados.

El túnel volvió a estrecharse y se vieron obligados a avanzar de nuevo a gatas. Los hombres que iban delante se detuvieron de repente, y los demás chocaron unos contra otros en medio de la oscuridad.

—Creo que deben de haber oído algo —le susurró Crawshaw a Stephen—. Que nadie se mueva.

Los hombres estaban amontonados y tendidos en aquel tubo de tierra. Evans revisó su mochila y se apretó contra ellos para abrirse paso hasta donde estaban sus tres colegas. Después de una consulta en susurros, Evans se adelantó hasta un tramo de pared seca, contra la que colocó un disco sobre el que apoyó un estetoscopio. Crawshaw se llevó un dedo a los labios e hizo una seña con ambas manos, pidiendo silencio. Los demás permanecieron tendidos boca abajo en el túnel. Stephen sintió que se le clavaba una piedra en la mejilla y trató de mover la cabeza. Pero estaba como encajado entre las piernas de alguien a quien no podía ver, y debió permanecer como estaba. Alcanzaba a oír que el corazón le latía con lentitud contra las costillas.

Evans estaba tendido muy pegado a la pared del túnel, como un médico sucio que escuchara, a la espera de oír signos de vida hostiles.

Stephen cerró los ojos. Se preguntó si, de permanecer mucho tiempo en aquella postura, podría deslizarse a un sueño definitivo. La

agitación de los demás hombres le impidió enfrascarse en sus propios pensamientos. Percibía el miedo que tenían a través de la tensión de sus cuerpos, que se apretaban contra el suyo. Lo difícil era la pasividad. Contra los fusiles aún tenían alguna posibilidad de defensa, pero bajo aquel enorme peso de tierra estaban indefensos.

Por fin Evans retiró el estetoscopio de su oído y se lo metió en el bolsillo. Negó con la cabeza y frunció los labios. Le susurró su informe al teniente, quien a su vez lo transmitió a Stephen, apoyando la boca contra la oreja de éste.

—No puede oír nada. Tal vez hayan sido cañonazos en la superficie. Seguiremos adelante.

Los hombres tendidos en el suelo del túnel volvieron a agazaparse para poder seguir avanzando.

Stephen se dio cuenta de que estaba sudando. Por el hedor de los cuerpos pegados al suyo, comprendió que no era el único. Las condiciones eran mejores en las trincheras, pero no hasta el punto de proporcionar los medios para que los hombres se lavaran, aun en épocas de calor.

El techo del túnel comenzó a elevarse un poco, y los hombres de menor estatura, como Evans y Jones, pudieron ponerse en pie. Llegaron a una encrucijada donde Lorimer, el teniente de zapadores, dio instrucciones. El grupo principal de los encargados de la excavación avanzaría hasta la cámara de escucha; los demás entrarían en uno de los túneles de combate cuya entrada señaló.

Al ver la expresión de sus hombres, Stephen no pudo menos que sonreír para sus adentros. Exageraban su resistencia con gestos cómicos, pero por propia experiencia él sabía que esa resistencia era real. Le alegró saber que, seguramente, él entraría en la sección más amplia del túnel. No tenía miedo de avanzar, siempre que supiera que contaba con más posibilidades de volver. Lo que aquella vez con Weir lo atemorizó bajo tierra fue que el túnel se desmoronó detrás de ellos y que, por un instante, creyó que no podrían salir.

Crawshaw comprobó que los hombres tuvieran sus granadas y sus fusiles. Él mismo llevaba un revólver, que blandía peligrosamente hacia la entrada de los túneles. Stephen supuso que se trataba de demostrar su falta de miedo ante los demás. Tal vez le creyeran.

Los miró alejarse. Recordó la sensación de ternura que le inspiraban los hombres cuando entraban en batalla o se iban de patrulla; entonces imaginaba cómo serían sus vidas y sus esperanzas, sus casas y sus familias, aquellos pequeños mundos que llevaban sobre sus hombros y en sus mentes. Recordaba ese sentimiento de compasión, pero ya no lo experimentaba.

Su grupo estaba apenas a veinte metros de la principal cámara de escucha, cuando Lorimer se volvió a detener y se llevó un dedo a los

labios.

Stephen inhaló con fuerza. Lamentaba haber decidido bajar. Lorimer era un hombre nervioso y estaba convirtiendo una inspección de rutina en algo desagradable, o tal vez existiera un verdadero peligro. Evans había llevado su equipo para escuchar el túnel adyacente. Lorimer llamó a Jack Firebrace y le indicó que aplicara el oído a la pared.

Jack se tapó la otra oreja con una mano y cerró los ojos para concentrarse mejor. Durante medio minuto, todos permanecieron inmóviles. A la luz de una lámpara de minero, Stephen miraba fijamente un trozo de madera que tenía a no más de quince centímetros de la cara. Observó sus pequeñas aguas y sus muescas. Imaginó cómo se curvaría por efecto de una detonación.

Jack apartó la oreja de la pared y giró sobre sí mismo para colocarse frente a Lorimer. Lo que le susurró en tono perentorio fue audible para todos:

—Hay pasos que se dirigen de regreso a las líneas enemigas. Tienen un túnel al oeste y, más o menos, tres metros encima de éste.

Lorimer se puso tenso. Por un instante guardó silencio; luego dijo:

—¿O sea que los ha oído retirarse?

—Sí.

—Entonces creo que deberíamos seguir adelante y hacer nuestro trabajo.

—Sí, pero pueden haber colocado una carga explosiva. Me refiero a que hay suficientes motivos para...

—Esperaremos cinco minutos —dijo Lorimer— y luego continuaremos.

—¡Por Dios! —exclamó Stephen—. No arriesgue las vidas de esos hombres para...

Antes de que pudiera terminar, una explosión le quitó el aire de los pulmones y lo arrojó de espaldas contra la pared del túnel; era como al frente a ellos la tierra hubiera sido proyectada hacia atrás por un violento y concentrado terremoto. La cabeza de Stephen golpeó contra un madero. la irregular luminosidad que ardía en las entrañas de la tierra le permití/; ver los miembros sacudidos y fragmentos de tela, armamento, cascos, manos y pellas de arcilla que volaban y giraban dentro de aquel tubo, llevándose los despojos humanos con un rugido de furia condensada.

Se encontraba tendido en el suelo del túnel, bajo tierra, y sin embargo no estaba muerto. Tuvo conciencia de una sensación de peso y de ojos y nariz llenos de tierra. Trató de moverse, pero estaba como clavado, como si la tierra lo hubiera envuelto en unas mantas pesadas y cómodas y lo urgiera a dormir. El estruendo de la explosión parecía haber quedado atrapado dentro de un tubo estrecho. Imaginó que su

camino de regreso había quedado cerrado, y una oleada de miedo le recorrió el estómago, pero se extinguió enseguida bajo el peso que soportaba su cuerpo. El ruido poco a poco disminuyó.

Escuchó, convencido de que lo reemplazaría el lamento ya familiar de la agonía humana, de hombres con las extremidades separadas del cuerpo y cuya materia gris empezaba a liberarse de los cráneos. Al principio no oyó nada. Después, cuando los últimos terrones arrancados se depositaron en el túnel, escuchó un largo y denso suspiro. Era un sonido jamás escuchado, pero supo que era el que producían varios hombres al expirar simultáneamente.

Les envidió la pacífica exhalación, con la que desaparecían aliento y espíritu. Trató de mover una pierna y descubrió que podía. Flexionó los hombros y los brazos y sintió un dolor agudo en la parte superior del brazo derecho. Intentó tragar saliva, pero no logró reunir la suficiente en la boca seca y llena de tierra.

A los pocos minutos tuvo conciencia de que no estaba gravemente herido. Sus piernas estaban sanas. Tenía un problema en el brazo derecho, pero no le dio importancia, a menos que tuviera necesidad de abrirse camino cavando hasta llegar al exterior, y que para eso no le bastara una sola mano. Tenía que retirar los escombros que lo cubrían; después sabría si quedaba alguien más con vida. Echó la cabeza atrás hasta donde pudo y comprobó que, encima de él, la mayor parte del túnel seguía intacta. Era su vieja buena suerte; el despreciable vudú de la supervivencia.

Con la mano izquierda, comenzó a escarbar y a empujar la tierra que le cubría las piernas. Por fin logró reducir d peso lo suficiente como para deshacerse del resto a fuerza de puntapié». Flexionó y estiró las piernas y comprobó que, aparte de magulladuras y contusiones, parecían haberse librado de daños importante». Giró la parte superior del cuerpo, como quien trata de apartar la ropa de cama, y consiguió sentarse. De repente, se detuvo, y el dolor del brazo lo obligó a respirar hondo. Escupió varias veces para limpiarse la boca. Poco a poco consiguió juntar bastante saliva como para tragar y luego hablar. Llamó en la oscuridad. A su lado había una lámpara. Tenía d cristal rajado, pero seguía encendida.

No oyó nada. Maniobró sobre manos y pies y empezó a arrastrarse hacia la lámpara. En el momento de la explosión, se encontraba en la retaguardia del grupo de hombres; por lo tanto los supervivientes debían encontrarse delante de él. Había cuatro zapadores que se suponía iban a encargarse de ampliar la cámara de escucha, y dos más de infantería. Stephen se preguntó qué radio habría alcanzado la explosión. Tal vez algunos de los que estaban en el túnel paralelo ya se hubieran alejado del lugar del impacto.

Al avanzar, se enfrentó a una pared de escombras. Desde arriba,

aún caía una lluvia de partículas de tierra del lugar donde había volado el techo. Todo hacía suponer que en cualquier momento se produciría otro desmoronamiento. Stephen se volvió y miró atrás. El camino parecía abierto. A pesar de que se vería obligado a avanzar a gatas durante los primeros diez metros, estaba bastante seguro de que lograría encontrar el camino de regreso a la segunda galería lateral, el lugar donde los hombres se dispersaron. Desde allí consideraba bastante sencillo volver a la galería principal y de allí a la entrada del túnel.

Algo se movió en la montaña de tierra que tenía ante sí. No veía nada. Entonces oyó un leve sonido, como de alguien que escarbaba. Lo siguió con las manos y, de repente, tocó un trozo de tela. La tela estaba unida a una pierna o a un brazo. Allí se producía el movimiento.

Con el corazón cada vez más pesado, Stephen comprendió que tendría que tratar de rescatar a aquel hombre. Se arrodilló y empezó a apartar la tierra con los dedos de la mano izquierda.

El brazo derecho no le servía. Siguió trabajando con tenacidad para apartar la tierra que echaba atrás con la mano hasta formar una pila que luego alejaba de un puntapié y la distribuía detrás de sí con las piernas.

Examinó con la lámpara los adelantos que había hecho. Poco después logró hacer un hueco alrededor del trozo de tela, que era una manga. Metió la mano por él y oprimió el brazo. Lograba palparlo hasta la altura del hombro. Desde el otro lado de la pared de escombros le llegó el sonido de una voz humana, un sonido de dolor o de bienvenida.

Stephen gritó palabras de aliento. Descansó unos instantes y luego se quitó la guerrera, dejando al descubierto su camisa empapada de sudor. Al hacerlo, comprobó que tenía la manga derecha ensangrentada.

Siguió cavando. Le preocupaba la posibilidad de que la tierra que estaba retirando contuviera otros materiales que tal vez cayeran dentro de aquel espacio, cerrándolo aún más.

Después de una hora, había logrado escarbar un espacio alrededor del hombro y la cabeza del hombre. Un tablón caído, que había quedado atravesado en diagonal encima de él, sostenía alejado de su cabeza el peso principal del techo y lo protegía. Tuvo mucha suerte. Stephen ya se encontraba lo bastante cerca como para poder hablarle.

—Aguante. No se mueva. Lo sacaré de ahí.

No le parecía probable poder hacerlo a causa del peso caído sobre las piernas del soldado, extendidas delante de él y en dirección a la cara original del túnel. Pero a pesar de todo siguió cavando y apartando tierra y escombros mientras que, en medio de sus esfuerzos,

pronunciaba jadeantes palabras de aliento. Jack Firebrace, enterrado en aquella pesada tumba, sentía que su vida iba y venía a medida que el aire se consumía en la cavidad donde estaba alojada su cabeza. El dolor de las piernas le recorría en oleadas la columna vertebral y le hacía perder el sentido. Luego jadeaba y lo recuperaba, para volver a desmayarse instantes después. Trató de mover las piernas, porque supuso que tal vez el dolor le evitaría morir. Si podía sentir el dolor, significaba que estaba consciente y que, por lo tanto, seguía con vida.

En ese estado reconoció la voz del hombre que en una ocasión se le echó desnudo en los brazos mientras lanzaba imprecaciones, él mismo al borde de la muerte. Alcanzaba a sentir que aquella mano débil se abría camino por entre la tierra que lo tenía aprisionado, y tuvo la sensación de que era justo que fuera rescatado por alguien a quien él salvó. Confiaba en que Stephen lograría liberarlo.

La lucha de Jack era consigo mismo. Concentró sus esfuerzos en combatir aquellas suaves oleadas de sueño que eran la respuesta natural de su cuerpo al dolor que sentía en las piernas. Por lo menos podía mover la cabeza, y la golpeaba a un lado y a otro para que no se le nublara la razón.

Oyó la voz tranquilizadora de Stephen. Después sintió que una mano le aferraba la axila y trataba de sacarlo.

—No dará resultado. Tengo las piernas aprisionadas.

—¿Puede oírme?

—Sí.

—¿Quién es usted?

—Jack Firebrace. El encargado de acompañarlo de regreso sano y salvo.

A Jack le sorprendió poder hablar tan bien. El hecho de que se hubiera restaurado el contacto humano lo revivía.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Stephen.

Jack lanzó un gruñido.

—Ha habido una explosión. Están encima mismo de nosotros. Tienen nuestro túnel perfectamente identificado. Deben de haber esperado semanas.

—¿Habrá más explosiones?

—Sólo Dios lo sabe.

—¿Está muy atrapado?

—Las piernas no me obedecen. No las puedo mover. No me pasa nada en los brazos. Si hace un hueco suficiente, tal vez pueda ayudar. Estoy...

—¿Qué le pasa? ¿Está bien?

El esfuerzo de hablar le había provocado a Jack un desmayo.

—Sí. Y ahora, por favor, no hable. Cave.

—¿Y si provocamos un nuevo derrumbamiento?

—Tendremos que correr el riesgo —respondió Jack entre jadeos.

Stephen se quitó la camisa y reanudó su trabajo. Jack sintió que se arrastraba para introducirse a su lado en el espacio que había despejado. Le indicó que tratara de apuntalar la tierra que tenían encima con los trozos de madera que encontrara entre los escombros. Durante unas horas, Stephen trabajó con una sola mano, siguiendo las instrucciones de Jack. Pudo construir una especie de cueva en miniatura en medio de la tierra caída. Jack lo ayudaba a levantar los maderos y a colocarlos en su lugar. Además usaba las manos para apartar escombros hasta que tuvo el cuerpo libre a la altura de la cintura. Por fin Stephen dijo:

—Tengo que descansar. Aunque sólo sea por unos minutos.

Se acostó en aquel nido que habían construido y se quedó dormido enseguida, con la cabeza apoyada en el pecho de Jack. Éste lo sentía respirar. Lo envidió por poder dormir, pero no se animaba a imitarlo por miedo a no despertar.

No le dijo nada a Stephen por no alentar sus esperanzas, pero suponía que ya debían haber despachado un equipo de rescate desde la trinchera. Aun en el caso de que, con sensatez, esperaran a estar seguros de que no habría otra explosión provocada por el enemigo, no podían tardar en llegar.

En la oscuridad el tiempo no existía, pero Jack calculó que hacía seis horas que estaban bajo tierra, y que desde hacía cinco estaba atrapado y Stephen trabajaba para liberarlo.

Imaginó a Cartwright organizando la partida de rescate allá arriba, bajo el sol radiante. Juró que si lograba salir al exterior, nunca volvería a bajar. Pasaría el resto de sus días al aire, con el sol o con la lluvia sobre la cara. Se dio cuenta de que volvería a correr el riesgo de perder el conocimiento: su mente giraba en círculos lentos y nebulosos.

Decidió que tendría que despertar a Stephen. En caso contrario, moriría. Lo tomó por los hombros y lo sacudió, pero Stephen volvió a caer sobre él. Le dio unos cachetes y Stephen gimió y se volvió a dormir. Estaba vencido por el cansancio de cuatro horas de trabajo ininterrumpido.

Jack empezó a maldecir. Pensó en las cosas más desagradables que podía proferir y se las gritó a Stephen. Le volvió a propinar cachetes. Nada lograba vencer aquella barrera de fatiga.

Entonces, desde la parte trasera de donde se hallaban, en dirección a su propia trinchera, llegó el estruendo de otra explosión. Jack cerró los ojos y se apretó contra el suelo. Esperaba que, impulsada por la onda expansiva, llegaría hasta ellos por el túnel una oleada de tierra y fuego.

Stephen estaba despierto.

—¡Santo Dios! ¿Qué ha sido eso?

A la luz de la lámpara, Jack pudo ver la expresión de ansiedad de Stephen.

—Otra. Atrás, cerca de nuestras líneas. Nos tienen perfectamente localizados.

—¿Y eso qué significa?

—Nada. Debemos tratar de salir.

Lo que realmente significa, pensó Jack, es que ahora al equipo de rescate le resulta imposible llegar hasta donde estamos. Todo dependía del lugar exacto en que se había producido la segunda explosión.

También significaba que si Stephen hubiera vuelto a la trinchera sin tratar de rescatarlo, ya haría horas que estaría sano y salvo al aire libre.

—Será mejor que trate de empujar para sacarme —dijo en tono amable—. Le seré más útil entonces que aquí clavado.

Stephen reanudó su delicado trabajo y, siguiendo las instrucciones de Jack, armó una especie de tienda de madera sobre sus piernas. Le recordó la que colocaron sobre las piernas de aquel pobre muchacho lleno de quemaduras. Debía retirar escombros y levantar la tienda al mismo tiempo. Jack le ayudaba a apartar la tierra que iba sacando.

Mientras trabajaba, Stephen pensó en la segunda explosión y en el daño que podía haber causado. Sintió que se le acercaba la muerte, tan deseada. Pero todavía no estaba en condiciones de aceptarla.

Por fin la tierra que cubría las piernas de Jack disminuyó lo necesario para que Stephen pudiera liberarlo tirando de él. En definitiva, Jack salió como sale el corcho de una botella, a pesar de que lanzó un fuerte grito de dolor cuando la carne herida se arrastró por los escombros.

Permaneció tendido y tembloroso en el suelo del túnel, mientras Stephen trataba de confortarlo. ¡Si sólo hubieran llevado consigo un poco de agua! Al salir, a Stephen se le ocurrió que podía resultar útil, pero se suponía que sólo permanecería una hora bajo tierra.

—¿Está muy malherido? —preguntó Stephen cuando calculó que Jack estaba en condiciones de hablar.

—Creo que tengo las dos piernas rotas. Y algunas costillas. Me duele terriblemente aquí —dijo, tocándose el pecho.

—También tiene una herida en la cabeza. ¿Le duele?

—En realidad, no. Pero me siento débil. Estoy mareado, como si me hubieran pegado.

—Tendré que llevarlo a cuestas.

—Sí, es cierto. Como aquella vez que lo llevé a usted.

—Le prometo que haré todo lo posible. ¿Cree que lograremos

salir?

—Depende del lugar donde se haya producido el otro desmoronamiento.

—Pero creo que antes de intentar salir, debo buscar a otros supervivientes.

—Será mejor que comprenda la situación. Eso será difícil y no quedará ninguno con vida. Podemos buscar, si quiere, pero yo he visto lo que sucede aquí abajo. Ya es un milagro que hayamos sobrevivido dos.

Stephen se puso la camisa y la guerrera y cargó a Jack sobre sus hombros. No era un hombre corpulento, pero su peso sobre la espalda de Stephen, sobre todo considerando que debía avanzar agazapado por el túnel, lo obligaba a detenerse a descansar cada pocos metros. Jack mordía la tela de la guerrera de Stephen para no gritar.

Retrocedieron hasta el punto de unión con la segunda galería lateral y se sentaron apoyándose en la pared. Jack temblaba. La fiebre se había apoderado de él y tenía necesidad de dormir. Stephen respiraba a pleno pulmón, jadeaba en el aire cálido y escaso y trataba de cambiar de postura para dar un respiro a los músculos de la espalda.

Cuando hubieron descansado un poco preguntó:

—¿Por qué lado vinimos? Estoy desorientado.

—Es bastante sencillo. Será mejor que se lo explique por sí... por si me pierde. Imagine un tenedor de tres dientes. —Jack se esforzaba por ser claro—. El diente central lleva a la cámara de escucha de en medio. En él estábamos, y a medio camino, cuando se produjo la explosión. Los dos dientes laterales son túneles de combate. Una sección lateral une los tres dientes en su base. Ahí es donde nos encontramos ahora. Aquí fue donde Lorimer nos distribuyó en túneles separados.

Stephen contempló el impersonal tubo subterráneo, con sus tramos de madera y tierra.

—Para volver —siguió diciendo Jack— debemos continuar todo recto, por el mango del tenedor. A mitad de camino es donde nos detuvimos a escuchar. Supongo que recordará que es muy estrecho. Después, donde termina el mango del tenedor, donde se encontraría con la mano, está la principal galería lateral. La cruzamos y estaremos muy cerca de la salida.

Se recostó en la pared, extenuado por la explicación.

—Está bien. Lo he comprendido —dijo Stephen—. Lo dejaré aquí mientras voy en busca de supervivientes en los túneles de combate.

—No es necesario que vaya a ése —advirtió Jack señalando el de la izquierda—. Todos entraron en el de la derecha.

—¿Está seguro? Me sentiría más tranquilo si revisara los dos.

Jack respiró entre los dientes cerrados.

—Debe comprender. Ya tengo fiebre. Si me deja mucho tiempo solo, no sobreviviré.

Stephen percibió la expresión de angustia de Jack. No era una cuestión de dolor físico: sopesaba su propia vida contra las posibilidades de salvar la de alguno de sus amigos.

—No quiero estar solo demasiado tiempo —añadió.

Stephen tragó saliva con fuerza. Su instinto le dictaba que debía llegar cuanto antes a la entrada del túnel, pero imaginaba lo que podían estar pensando los demás, si hubiera alguno todavía con vida. Estarían suplicando que fuera a salvarlos. No era justo negarles una oportunidad. Y, de todos modos, el rostro azulado de Jack no le infundía demasiadas esperanzas.

Le tomó el brazo.

—Recorreré con mucha rapidez éste, el que está vacío. Después volveré para ver cómo se encuentra. Y luego echaré una mirada al otro. Le prometo que no dedicaré más de diez minutos a cada túnel.

Rebuscó en los bolsillos para ver si encontraba algo que hiciese más soportable la espera. Dio con algunos cigarrillos y un trozo de chocolate.

Al ver los cigarrillos, Jack sonrió.

—No se permite ninguna clase de llama. Gas. Gracias por el ofrecimiento.

Stephen lo dejó, tomó la lámpara y se internó en el túnel de combate de la izquierda. No estaba tan bien apuntalado como el principal. Se notaban las marcas hechas por los picos cuando lo excavaron. De algún modo se parecía más a un corredor.

Avanzó con rapidez, agazapado, como había visto avanzar a los mineros. Al llegar al extremo vio las pruebas de la explosión. El derrumbamiento no era tan grave como el del túnel central, pero se había desmoronado una buena cantidad de tierra. No tenía idea de la longitud original de aquel túnel.

Se detuvo un momento. No había peligro. Todo estaba en silencio. Suspiró y se pasó la mano por el pelo. Al comprender que era imperativa una acción inmediata, tomó conciencia de sí mismo y de sus circunstancias. No podía volver hasta estar seguro de que él y Jack eran los únicos supervivientes. No tenía importancia que por buscar a otros hombres aumentara su riesgo de morir. Conferiría cierto decoro al hecho de perder la vida por un país por el que habían luchado tanto por proteger.

Volvió a gritar en la oscuridad. Se acercó al lugar del derrumbamiento y apartó un poco de tierra. Acercó la boca a un hueco y volvió a gritar. Los escombros eran tan compactos que el sonido no llegaba a penetrarlos. Cualquier ser viviente que hubiese

estado más allá, ya hacía tiempo que debía estar aplastado y muerto.

Se volvió y regresó al lugar donde estaba Jack. Se arrodilló a su lado. Jack tenía los ojos cerrados y por un instante Stephen lo creyó muerto. Le tomó el pulso bajo el puño áspero del uniforme. Tuvo que hundir la punta de los dedos entre los tendones para encontrar un leve latido que le indicó que aún vivía.

Le dio unos suaves cachetes para que recuperara el conocimiento. Jack se movió y levantó la mirada.

—No vuelva a dejarme. No se vaya —lo dijo en un tono duro, pero Stephen pudo percibir lo profundo que era su sentimiento. Insistió—: No encontrará vivo a nadie. En ese túnel fue donde se produjo la explosión principal. Nosotros la recibimos a través de la pared.

Stephen lo miró. Jack estaba dolorido y con miedo de morir, pero no tenía motivos para no creerle. Tenía mucha experiencia como minador.

—Está bien —admitió Stephen—. Trataremos de salir. ¿Se siente lo bastante fuerte? ¿Quiere descansar un poco más?

—Intentémoslo ahora.

Stephen se irguió y luego se volvió a agachar. Levantó la parte superior del cuerpo de Jack hasta apoyarlo sobre su hombro y lo tomó por los muslos con el brazo izquierdo. Lo cargó como habría podido hacerlo con una criatura dormida. Jack sostenía la lámpara sobre el hombro de Stephen.

Al cabo de pocos metros, Stephen tuvo que detenerse. Le resultaba imposible soportar el peso con el brazo derecho herido y el izquierdo, naturalmente débil y cansado después de tanto cavar. Tampoco soportaba el peso de las piernas de Jack y se le caían. Apoyó a Jack contra un lado del túnel y maniobró hasta colocarlo sobre su hombro izquierdo. Si se aferraba a él con ambos brazos, conseguiría avanzar agazapado más o menos diez metros cada vez. Pero Jack se desmayaba siempre que él lo apoyaba contra la pared para descansar, así que después del tercer intento, Stephen decidió descansar arrodillado, con la cara contra el suelo de tierra y el cuerpo de Jack todavía sobre la espalda. Cerró los ojos para protegerlos del sudor que le corría por la frente. Maldijo su vida y los fragmentos de caliza que se le clavaban en las rodillas.

Después de una hora de lentos avances, llegaron al extremo del túnel. No tenían a donde ir; delante sólo había miles de toneladas de tierra de Francia.

Stephen maldijo a Jack. Quiso hacerlo de una forma casi inaudible, pero las palabras se le escaparon de los labios. Jack se movió sobre sus hombros y Stephen lo depositó en el suelo.

—Me ha hecho avanzar por un maldito camino equivocado.

Estaba extenuado. Quedó tendido y jadeante, con la cara contra el suelo. Al sentir que lo depositaban en el suelo, Jack reaccionó del delirio. Sacudió la cabeza y trató de concentrarse.

—Avanzamos recto, ¿no es cierto?

Miró atrás. Del techo todavía colgaba la lámpara que Evans había colocado allí a la ida. Era una señal nefasta.

—Es el camino correcto —aseguró en tono suave—. No estamos en el final, sino en el lugar donde se produjo la segunda explosión. Estamos a unos veinte metros de la galería principal.

Stephen cerró los ojos y lanzó un quejido. «Ahora la muerte nos ha atrapado», pensó; no tendría más remedio que entregarse a ella.

Permanecieron donde estaban cerca de una hora. Ninguno de los dos tenía fuerzas para moverse. Había un solo camino de salida y estaba cerrado. Jack moriría pronto a causa de sus heridas, y Stephen, de hambre y sed.

A su lado tenía un revólver. Cuando hubiera desaparecido el último rayo de esperanza, dispararía: hacia el paladar para que la bala se introdujera en aquella enredada espiral de conciencia y de memoria. La idea de que él mismo completaría lo que ningún enemigo había logrado, tenía un atractivo perverso.

Cuando se acostumbraron a la desesperanza, volvieron a hablar. Stephen le preguntó a Jack si su compañía trataría de enviar a más hombres a rescatarlos.

—No lo creo. Aunque lo intentaran, les resultaría difícil remover tanta cantidad de tierra. No tendrían más remedio que volarla, y de ese modo correrían el riesgo de que se desmoronara el techo, empeorando la situación. Además, estamos demasiado cerca de nuestro propio frente. Pronunciarán una oración en el servicio religioso del domingo y tomarán nota de nuestros nombres como desaparecidos.

—No se los puede culpar. La guerra está a punto de terminar.

—¿Tiene miedo de morir? —preguntó Jack.

—Creo que sí. —Stephen se sorprendió de oírse decirlo—. Tuve la suerte de no sentir miedo cuando estaba arriba, a la intemperie, con excepción de los momentos obvios. Ahora me siento... solo.

—Pero no está solo. Yo estoy aquí. Soy alguien. —Cambió de postura, siempre apoyándose en los escombros—. ¿Cuál es su nombre de pila?

—Stephen.

—¿Puedo llamarlo así?

—Si lo desea.

Hubo una pausa antes de que Jack volviera a hablar.

—Es extraño, ¿verdad? Que yo deba estar contigo en el momento

de morir. Que entre toda la gente a quien conozco, deba ser contigo.

—¿Con quién hubieras querido estar? —Stephen se dio cuenta de que el tema le interesaba pese a que le abrumaba la idea de su propia muerte—. Entre todos los seres humanos que has conocido, ¿a quién elegirías para que te tuviera de la mano, para que te abrazara en el principio de la eternidad?

—¿Para estar siempre así con él, quieres decir?

—Sí. Tu otra mitad.

—Mi hijo —contestó Jack.

—Tu hijo. ¿Qué edad tiene?

—Murió hace dos años de difteria. Se llamaba John.

—Lo siento.

—Lo echo de menos. Lo quería mucho. —En la oscuridad del túnel, de manera inesperada, la voz de Jack se elevó en el lamento que se había negado en el momento de la muerte de John; tan cerca de su propia muerte, se sentía liberado y sin necesidad de contenerse —. Yo quería a ese chico. Quería cada pelo de su cabeza, cada poro de su piel. Habría matado a cualquiera que se hubiera atrevido a ponerle la mano encima. Mi mundo estaba en su rostro. Cuando él nació, yo ya no era demasiado joven. Y entonces me pregunté qué sentido tenía mi vida hasta que él llegó. Mi vida no era nada. Atesoré cada palabra que él me dijo. Me obligué a recordar cada cosa que él hizo, su manera de volver la cabeza, su manera de hablar. Era como si yo supiera que no duraría mucho. Era un ser de otro mundo, era una bendición demasiado grande para mí.

Stephen no dijo nada y permitió que Jack sollozara en silencio, con la cara enterrada entre las manos. Jack ni siquiera en su dolor parecía un hombre resentido. Su rostro chato y franco, de ojos pequeños, tenía una expresión maravillada, como de incredulidad, como si no pudiera creer que se le hubiera permitido un amor como el de su hijo.

Cuando Jack se tranquilizó, Stephen dijo:

—Hablas casi como un enamorado.

—Creo que me enamoré. Creo que casi fue así. Él me provocaba celos. Quería que me quisiera. Lo miraba jugar con las mujeres. Me alegraba de que se sintiera feliz, pero sabía que en realidad nuestros juegos eran los mejores. Sabía que los mejores momentos, los más puros del mundo, eran los que pasábamos los dos juntos y solos.

Jack habló de la inocencia de su hijo, y de la manera en que esa inocencia lo había cambiado. Como no podía encontrar palabras para explicarlo, empezó a sollozar de nuevo.

Stephen le rodeó los hombros con un brazo.

—Está bien. Conseguiré sacarte de aquí. De alguna manera te sacaré, y después tendrás otros hijos. John no será el último.

—No. Margaret es demasiado mayor. No puede tener más hijos.

—Entonces yo los tendré por ti.

Cuando Jack logró recuperar la compostura—dijo:

—Supongo que tú no habrías elegido morir conmigo a tu lado. No te sirvo de mucho.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo Stephen—. ¿Quién sabe? Nuestras propias elecciones tal vez no sean tan buenas como aquellas que se hacen por nosotros. He conocido a hombres en quienes confiaría tanto que pondría la mano en el fuego por ellos. Byrne o Douglas. Confiaría en que ellos serían capaces de respirar por mí, de bombear mi sangre con sus corazones.

—¿Eran los seres a quienes más querías? ¿Serían los que habrías elegido?

—¿Para qué me acompañaran en el momento de morir? No. La única vez que sentí lo que tú describes fue por una mujer.

—¿Te refieres a una amante? ¿No a alguien de tu propia carne y sangre?

—Creo que ella era mi ser de mi propia carne y sangre. Realmente lo creo.

Fue como si Stephen entrara en trance. Jack no habló. Luego, cuando transcurrieron algunos minutos, trató de levantarse.

—Debemos encontrar un camino para salir de aquí. Por la trinchera ya es imposible, así que debemos seguir adelante.

—¿Qué sentido tiene? No hay más que túneles que terminan en un muro.

—Nos daría algo que hacer, en lugar de quedamos aquí esperando la muerte. Podríamos tratar de hacer ruido. Siempre que puedas volver a cargar conmigo. Quítate el respirador. No es más que una molestia y una carga inútil. Yo también me lo quitaré. Los dejaremos aquí.

Stephen se arrodilló y ayudó a Jack a subirse a su espalda. Trató de ocultar su desesperanza. No cabía duda de que era inútil que volvieran sobre sus pasos. Dos de los tres túneles estaban bloqueados. Según Jack, el tercero debía ser el más afectado por la explosión, de modo que no era probable que, como por milagro, los condujera hacia el aire libre y el sol.

A medida que avanzaban con dificultad en la negrura, Stephen tuvo la sensación de que había algo frívolo en la esperanza. Tendrían que enfrentarse a la muerte y no les quedaba nada mejor que hacer. Sentía que debían dedicar el tiempo a cosas más constructivas. De algún modo debían prepararse para el fin en lugar de dejarse llevar por vanas esperanzas pueriles.

Pero Jack parecía contento. Cuando llegaron al cruce de la segunda galería lateral, Stephen lo depositó en el suelo y se dejó caer

a su lado. Jadeaba en su desesperación por llenarse los pulmones de aire. Jack tenía los ojos cerrados, como para sobreponerse al dolor de sus piernas que, como Stephen no pudo por menos de notar, despedían un empalagoso olor a sangre. Al volver a abrir los ojos, Jack sonrió.

—Sólo nos queda una posibilidad. Intentar el tercer diente del tenedor. Adónde fueron aquellos pobres tipos.

Stephen asintió.

—Dame un instante para recuperar el aliento. Supongo que vale la pena intentarlo. Por lo menos entonces sabremos...

Dejó la frase en el aire, sin animarse a expresar con palabras lo evidente.

Jack lo hizo por él:

—Que ha llegado el fin.

Aquel pensamiento no perturbaba a Jack. Empezaba a darle la bienvenida a la idea de morir. Mientras en su interior ardía un miedo primitivo, el dolor de sus heridas y las ilusiones perdidas de su vida lo llevaban a desear que llegara el final. Seguía queriendo a Margaret y hubiera deseado volver a verla, pero ella pertenecía a una existencia distinta de la que él ahora habitaba con tan indeseada intensidad. Y de todos modos, ella también moriría. Las cosas en las que él depositó su fe demostraron ser inestables. Le arrancaron la inocencia de John, la esperanza de un mundo mejor. Cualquier encuentro que pudiera tener con Margaret y cualquier renacer de amor que pudiera sentir, también resultarían ilusorios. El amor lo había traicionado y él ya no deseaba volver a reunirse con su vida.

En los momentos en que el dolor cedía, se sentía tranquilo. En la oscuridad del túnel, más allá del cuerpo, no había consideraciones; los límites de todo eran los que ellos fijaban con sus manos y piernas y voces. Los esfuerzos musculares de Stephen para salvarlo, la forma en que se sometía al peso de su cuerpo y la inutilidad de todo, le provocaban una sensación de tranquilidad y de justicia.

Llegaron al principio del túnel de la derecha y Stephen tuvo que arrodillarse para avanzar a gatas a través de la entrada semiderruida. A la luz cada vez más débil de la lámpara, Jack contempló el techo mal apuntalado y criticó en silencio el trabajo de los hombres que lo llevaron a cabo. No tenía la altura que requería un túnel de combate. Muy pronto Stephen tuvo que agazaparse. Después de unos metros más, hubo de volver a descansar.

A Jack le parecía que lo sensato sería que Stephen lo dejara mientras él seguía adelante con la esperanza de encontrar el milagro que buscaban, pero Stephen no lo sugirió. Jack tuvo la sensación de

que aquel hombre estaba poseído por una especie de perversa decisión. Cuanto más difícil le resultaba avanzar, más determinado parecía a seguir cargando con él.

En el tercer túnel, la fuerza de la explosión había tomado un curso distinto. Era como si lo hubiera estrechado, succionándolo por los lados. Stephen se arrodilló para poder seguir adelante, y colocó a Jack sobre su espalda, donde éste podía sostener la lámpara, que se balanceaba de un lado a otro, arrojando rayos irregulares de luz.

Jack lanzó un grito cuando una mano helada le acarició la cara. Stephen se detuvo y Jack se volvió a mirar. De la pared del túnel sobresalía un brazo. El cuerpo al que pertenecía estaba completamente enterrado detrás.

Siguieron avanzando. Jack vio una pierna y un pantalón que sobresalían de la tierra. Se detuvieron a inspeccionarlo.

—Es Evans —aseguró Jack—. Reconozco su manera de coser la tela. Era mi compañero. Trabajábamos juntos.

—Lo siento. Pero ya sabíamos que él había desaparecido, ¿no es cierto?

—No importa. Sale ganando al estar fuera de esto. Ahora ya nos hemos ido todos. Shaw, Tyson, Evans, Jones y yo. Todo nuestro pequeño grupo.

A medida que avanzaban, Jack perdió su sangre fría. Empezó a temblar y a apartarse de la cara manos imaginarias. Estaba en una galería de fantasmas. Las almas de todos los muertos, sus amigos y sus acompañantes; los espíritus de los hombres a quienes dieron muerte, los cuerpos de alemanes que las grandes minas colocadas por ellos hicieron volar por los aires: todos los muertos innecesarios de aquella larga guerra le tocaban la cara con sus manos heladas. Le recriminaban haberlos matado; se burlaban de él por seguir vivo.

Temblaba tanto que Stephen tuvo que depositarlo en el suelo. Quedó tendido en la oscuridad, sudando y estremeciéndose de miedo, olvidando por el momento el dolor de sus piernas.

—Ahora vamos a morir —dijo.

Ya no había compostura en su voz; sólo un miedo tremendo, casi infantil. Stephen se sentó frente a él con la cabeza apoyada en las manos.

—Sí —contestó—. Creo que éste es el fin.

Jack cerró los ojos y rodó hasta ponerse ladeado. Deseó que la fiebre que tanto había luchado por contener, llegara ahora y lo hiciera dormir.

—No me importa morir —dijo Stephen—. Dios sabe que con tantos hombres muertos no podíamos pedir nada mejor. Si pudiera satisfacer un último deseo antes de irme de este mundo, sería beber un poquito de agua. Lo único que me mantiene en marcha es pensar en

arroyos y en estanques y en grifos.

Jack empezó a gemir con suavidad. Era un sonido que Stephen había oído muchas veces, el grito sordo y primitivo que él mismo lanzó cuando lo llevaron a cirugía. Jack llamaba a su madre.

Stephen palpó el cuerpo tembloroso de Jack y su camisa empapada. No tenía nada seco con qué cubrirlo; su propia ropa estaba igualmente sudada por el esfuerzo de cavar y de cargar a su compañero de desventuras. Trató de acomodar a Jack para que estuviera lo más cómodo posible y luego lo dejó y se alejó arrastrándose por el túnel.

Quería estar solo. Esperaba encontrar un lugar donde poder acostarse. Después trataría de dormir, con la esperanza de no volver a despertar.

Siguió arrastrándose hacia delante hasta llegar a una zona más amplia, un espacio tal vez formado por la explosión. Se puso de lado y levantó las rodillas hasta el pecho. Rezó pidiendo perdón y olvido y, a pesar del dolor del brazo, se quedó dormido.

Durante muchas horas ambos hombres permanecieron tendidos, separados por unos pocos metros, cada uno sumido en su propia inconsciencia.

Cuando Stephen despertó, el olor a humedad y la oscuridad le hicieron creer que se encontraba en su refugio. Entonces se estiró y tocó los límites de su estrecha tumba. La lámpara se había apagado.

Al recordar, lanzó un grito suave. Movió el brazo herido y, al buscar algo a lo que agarrarse con la mano izquierda para erguirse, tocó lo que parecía una tela.

Retrocedió pensando que, igual que Jack, acababa de encontrar un cadáver, un triste cadáver junto al que, sin saberlo, estuvo tendido durante horas. Pero el género aún era más basto que el de los uniformes militares. Metió la mano en el bolsillo en busca de la linterna que le entregaron en la cabecera del túnel. A su débil luz exploró el material con los dedos. Era un saco de arena.

Se sentó y tiró de él. Tuvo que apoyar las piernas contra la pared del túnel para conseguir moverlo. Por fin pudo acercarlo unos centímetros hacia él. Vio otro saco detrás del anterior. Estaban colocados con demasiado cuidado para haber sido afectados por la explosión, de manera que cabía imaginar que los minadores los colocaron en alguna etapa de su trabajo.

Según su experiencia, los sacos de arena tenían una sola utilidad: absorber la descarga de explosiones o de balas. Supuso que consideraron que aquel lugar del túnel era particularmente vulnerable. De ser así, debían conocer la existencia de una mina enemiga en las inmediaciones. Pero, en ese caso, ¿por qué siguieron trabajando allí?

Se lo tendría que preguntar a Jack.

En el fondo se le ocurría que tal vez hubiera algo detrás de aquellos sacos. Aunque era probable que estuvieran allí para brindar una mayor protección, también cabía la posibilidad de que condujeran a otro túnel. De ser así, ¿cómo era posible que Jack lo ignorara?

Stephen se arrastró hasta el lugar donde había dejado a Jack. Lo encontró doblado sobre sí mismo y temblando. Lo tomó por el hombro y trató de sacudirlo para que despertara. Jack gritaba incoherencias. Stephen tuvo la impresión de que decía algo acerca de un escudo.

Poco a poco, consiguió que volviera en sí. Lo meció con suavidad y lo llamó por su nombre. Sabía que era una crueldad hacerlo volver a la realidad de su existencia y que cualquier delirio hubiese sido preferible.

Jack levantó la vista para dirigirle una mirada implorante, como pidiéndole que no desapareciera. Stephen sabía que para Jack su rostro era una manera de recordar que todavía estaba **viva**

—Escucha. Allá arriba he encontrado un saco de arena. ¿Qué crees que significa?

—¿Un saco lleno de arena?

—Sí

Jack meneó débilmente la cabeza. No contestó. Stephen le tomó de las muñecas y las apretó. Acercó su cara a la de él y pudo apreciar el aliento putrefacto que expelía de los pulmones.

—¿Es sólo para reforzar la pared o qué? ¿Para qué los usáis vosotros? ¡Vamos! Contéstame. Di algo.

El reducido espacio amplió la palmada del cachete que le propinó a Jack.

—No sé... No sé... No es más que un saco. Acostumbrábamos llenarlos cuando cavábamos el subterráneo. La línea central del metro. Nos detuvimos al llegar a la estación Bank.

—¡Escucha, por el amor de Dios! ¿Para qué poner sacos de arena contra la pared? No en el metro de Londres sino aquí, en Francia, en la guerra.

—En mil novecientos doce llegamos a Liverpool Street. A partir de entonces no volví a trabajar.

Jack siguió hablando de su trabajo en el metro de landres. Stephen le soltó las muñecas y sus brazos cayeron sobre las piernas sin vida. El dolor del impacto sobresaltó a Jack Volvió a levantar la vista con una mirada salvaje.

—Detrás de la cámara. Los poníamos detrás de la carga.

—Pero éste es un túnel de combate. Y de todos modos están colocados en sentido transversal.

Jack lanzó un bufido.

—¿Transversal? Estás loco.

Stephen volvió a levantar las manos de Jack

—Escucha, Jack Tal vez esté loco. Quizá los dos estemos locos. Pero muy pronto moriremos. Antes de irte, te pido que pienses. Hazlo por mí. He cargado contigo hasta aquí. Ahora te pido que me hagas ese favor. Piensa en el significado que pueden tener esos sacos.

Mantuvo la mirada fija en los ojos de Jack que iluminaba con la poca luz que quedaba en la linterna. Era evidente que Jack luchaba por librarse de él, desesperado por deshacerse de este último contacto con el mundo de los vivos. Jack meneó la cabeza o, más bien, permitió que se le moviera de un lado a otro. Cerró los ojos y se recostó contra la pared del túnel.

Tenía babas y espuma en las comisuras de los labios. Su rostro inexpresivo y carente de emociones parecía demostrar que se había internado más profundamente en sí mismo. Pero de repente en sus ojos apareció un leve resplandor.

—A menos que... No... A menos que sean los kiwis. Pueden haber sido los kiwis.

—¿De qué estás hablando? ¿Kiwis? ¿Qué quieres decir con eso?

—Ellos amontonan los sacos de una manera distinta. Hablo de los neozelandeses. Nosotros los colocamos en línea recta detrás de la carga. Ellos cavan una especie de camino en ángulo recto con el túnel principal y colocan allí la carga. De esa manera no hacen falta tantos sacos de arena.

—No comprendo. ¿Quieres decir que no colocan la carga en el túnel principal sino a un lado?

—Así es. Dicen que logran una mejor compresión. Pero si me lo preguntas, te diré que es porque resulta menos trabajoso. No tienen que cargar tantos sacos.

Stephen trató de contener su emoción.

—¿Estás diciendo que tal vez haya explosivos allí dentro, detrás de los sacos de arena?

Por fin Jack lo miró a los ojos.

—Es posible. En la actualidad nosotros no bajamos tan seguido y sé que antes de nuestra llegada hubo aquí una compañía de kiwis.

—¿O sea que no les dijeron que había una cámara de explosivos?

—Se lo deben de haber dicho al capitán, pero él no tenía necesariamente que decírmelo a mí. Nunca me dicen nada. Desde nuestra llegada, sólo he bajado dos veces.

—Entonces, como ya no vamos a hacer volar más minas, simplemente lo hemos estado usando como un túnel de combate para proteger la cámara de escucha.

—Hace meses que no volamos una mina. Hoy en día lo único que hacemos son servicios mecánicos.

—Está bien. Supón que haya explosivos en esa cámara, detrás de

los sacos. ¿Podríamos volarlos?

—Nos harían falta alambres y un detonador. Y depende de la cantidad de explosivos que haya. Posiblemente haríamos volar la mitad del país.

—No podemos intentar nada más, ¿no es cierto?

Jack volvió a bajar la vista.

—Lo único que quiero es morir en paz.

Stephen se arrodilló y lo colocó en una postura más erguida, luego lo cargó sobre sus hombros y, con la linterna entre los dientes, comenzó a avanzar a tropezones de regreso a la oscuridad. Una energía renovada lo hacía olvidar el dolor del cuerpo y el peso de Jack, y hasta la sed torturante.

Cuando llegaron a la zona más amplia donde estaban los sacos de arena, volvió a depositar a Jack en el suelo. Deseaba desesperadamente que sobreviviera para que pudiera indicar cómo hacer volar la carga.

Cada saco de arena medía algo menos de un metro de largo por algo más de medio de ancho. Habían sido encajados con fuerza con los desechos de la excavación, a fin de aumentar las posibilidades de contener la explosión. Con una sola mano sana para tirar de ellos, Stephen trabajaba con mucha lentitud y debía descansar después de arrastrar quince centímetros un saco.

Mientras trabajaba conversaba con Jack, con la esperanza de que el sonido de su voz impidiera que él se deslizara al otro mundo. Pero la figura hecha un nudo en el suelo no le respondía. Y a pesar de que el avance podía medirse en centímetros, Stephen trabajaba con la furia que le infundía la esperanza. Tenía en la cabeza la imagen de un enorme cráter que se abría en el campo encima de su cabeza, y de él y Jack emergiendo desde su refugio detrás de los sacos de arena para caminar hada aquel embudo. Y a pesar de que en el fondo de éste se encontraría casi a diez metros de la superficie, por lo menos estaría abierto a la lluvia y al aire.

De vez en cuando lograba ponerse en pie en la zona ampliada del túnel para estirar la espalda. Cada vez que descansaba se inclinaba sobre Jack y trataba de hacerlo volver en sí Por lo general obtenía alguna respuesta, aunque fuese incoherente y a regañadientes; parecía haber vuelto a caer en el delirio.

Stephen volvió al trabajo. Apagó la linterna y trabajó en la oscuridad. Cuando logró retirar una docena de sacos y amontonarlos en el túnel principal, todo empezó a resultarle más fácil, porque tenía más sitio a su alrededor. Tuvo ganas de detenerse para comprobar si Jack seguía bien, pero temía que cuanto más tiempo tardara en sacar los sacos, más se acercarían al fin de la vida de Jack.

Se apresuró. Cuando su mano izquierda no tenía la fuerza

necesaria, tomaba el nudo del saco entre los dientes y lo arrastraba como un perro terrier. Un fragmento de caliza le rompió uno de los incisivos y se le clavó en la encía, llenándole la boca de sangre. Casi ni se dio cuenta del dolor mientras seguía trabajando. Por último llegó al final del montón de sacos tan cuidadosamente colocados por los zapadores neozelandeses.

Volvió al túnel y tomó la linterna que estaba en el suelo. Se arrastró por el espacio que había conseguido despejar, y mantuvo la luz en alto. Vio varias cajas marcadas con etiquetas que decían: «Peligro. Explosivos. Nitrato Amónico — Aluminio». Estaban amontonadas contra la pared del extremo de la cámara, en dirección al enemigo.

Le recorrió una leve oleada de emoción. Se detuvo un instante y se dio cuenta de que tenía los ojos húmedos. Se permitió dejarse llevar por la esperanza. Sería libre.

Retrocedió con cuidado y tomó la mano de Jack.

—Despierta. Ya he terminado. He encontrado los explosivos. Podremos salir. Seremos libres. Vivirás.

Jack abrió los ojos, con sus pesados párpados, y lo miró inexpresivo.

—Entonces, ¿qué hay allí dentro?

—Cajas de amonal.

—¿Cuántas?

—No las he contado. Tal vez doscientas.

Jack lanzó un bufido. Se echó a reír, pero fue como si le faltaran fuerzas.

—Eso significa que son casi cinco mil kilos. Con cuatrocientos cincuenta gramos se puede volar la residencia del alcalde de Londres.

—Entonces tendremos que quitar cajas y dejar sólo las necesarias.

—Una caja les avisaría de que estamos aquí.

—Ayúdame, Jack.

—No puedo. No puedo mover las...

—Ya lo sé. Te pido que me animes. Que me digas qué se puede hacer.

—Está bien. Hazlo. Tal vez puedas. Eres lo suficientemente loco.

Después de descansar media hora, Stephen volvió a arrastrarse hasta el agujero.

Las cajas de madera tenían asas de cuerda. Con algo más de veinte kilos cada una, tenían el peso ideal para que un hombre con los dos brazos sanos las levantara y las amontonara. Pero pudiendo usar sólo el brazo izquierdo, la tarea de Stephen fue dura. Tenía que retirar de un solo tirón las de la parte superior de la pila, y luego sostenerlas en alto para impedir que golpearan contra el suelo.

Al cabo de una hora de trabajo, había sacado seis cajas,

llevándolas al túnel de combate y a una distancia desde donde previo que estarían a salvo de la detonación. Sacó el reloj y calculó. Se requerirían unas treinta horas para terminar. A medida que se cansara y deshidratara, sus descansos tendrían que ser más largos. Sería necesario que durmiera.

Miró a Jack, que yacía postrado en el suelo del túnel y se preguntó si realmente valdría la pena tanto esfuerzo. Era probable que Jack muriera antes de que él lograra terminar. Tampoco estaba seguro del tiempo que él mismo podría durar. Por lo menos había encontrado algo de aire en la cámara de explosivos. No era ni fresco ni abundante, pero por alguna parte penetraba un hilo de aire. Cabía la posibilidad de que la explosión hubiera roto una tubería de ventilación. En un rincón del suelo encontró un pequeño charco de agua, que chupó, mantuvo dentro de la boca y volvió a escupir. Era demasiado fétido para que lo tragara y, de todos modos, volvería a necesitarlo.

En medio de las cajas había un gran fajo de algodón pólvora atado con un alambre, que Stephen hizo a un lado para conservarlo. Después de trasladar cuarenta cajas, se tendió junto a Jack y se durmió. Su reloj marcaba las dos y diez, pero él ignoraba si serían de la madrugada o de la tarde, ni cuánto tiempo llevaban bajo tierra.

Usaba la linterna lo menos posible. Trabajaba con el instinto de un animal, brutal, estúpido, ciego. No pensaba en lo que hacía ni en por qué lo hacía. Su vida en la superficie de la tierra estaba cerrada para él. No habría podido recordar a Gray ni Weir, ni los nombres de Jeanne o de Isabelle. Todo eso había pasado a su inconsciente, y en aquel momento lo que vivía se asemejaba a un sueño bestial.

A veces tropezaba con Jack al pasar, otras le propinaba un puntapié lo bastante fuerte como para que él respondiera. De vez en cuando se dejaba caer de rodillas y chupaba el charco del suelo.

Cuando se acercaba al fin de su tarea empezó a temer que moriría antes de poder completarla. Empezó a trabajar con más lentitud y a descansar más. Se tomaba el pulso.

Tardó tres días en terminar de trasladar las cajas, y cuando hubo concluido estaba demasiado extenuado para pensar siquiera en la posibilidad de hacer estallar la última que quedaba. Se tendió en el suelo y durmió. Al despertar se volvió a inclinar sobre Jack y le iluminó la cara con la linterna. Tenía los ojos abiertos y la mirada fija. Stephen lo sacudió, convencido de que estaba muerto. Jack gimió, como protestando por haber sido obligado a recuperar la conciencia.

Stephen le dijo que había terminado de sacar las cajas de la cámara. Para alentarlo, se arrastró hasta allí, tomó entre las manos un poco de agua del charco, regresó con cuidado y lo arrojó a la cara de Jack.

—Explícame cómo hacer volar esos explosivos y tendrás toda el

agua que quieras.

La voz de Jack era casi inaudible. Stephen tuvo que apoyar una oreja contra los labios resecos. Jack le dijo que utilizaban conductores eléctricos.

—¿Lo podría hacer con una mecha?

—Siempre que puedas fabricarla. Tiene que ser larga para que no nos afecte la explosión.

—¿Y si utilizara la arpillera de los sacos de arena? Podría romperlas en tiras y después unirlas.

—Si la arpillera está seca, sí. Pero no dará resultado sin un detonador. El amonal arde, pero no estalla si no se le hace detonar con algodón pólvora.

Stephen bajó al lugar donde había apilado los sacos. Estaban razonablemente secos. Volvió adónde había dejado su guerrera y sacó del bolsillo el cortaplumas y una caja de fósforos. Cortó la punta de un saco y lo vació, y luego le acercó el fósforo encendido. La parte del nudo ardió enseguida, pero el resto se quemó con mucha lentitud. No se podía confiar en aquello.

—¿Y si abro una caja de amonal y voy dejando un pequeño rastro de pólvora en el suelo? ¿Eso serviría?

Jack sonrió.

—Ten cuidado.

—¿A qué distancia conviene que nos mantengamos?

—A unos cien metros. Detrás de una pared sólida. Y la explosión desprende gas. Tendrás que ir a buscar nuestras máscaras antigás.

Stephen calculó el tiempo que llevaría cortar y atar casi cien metros de arpillera de los sacos de arena. Era imposible. No podía usar el algodón pólvora seco, y sin él no detonaría el amonal. No le quedaba más remedio que dejar un rastro de explosivo.

En primer lugar llevó a Jack por el túnel de combate hasta la galería lateral. Lo colocó a algunos metros de distancia, cerca del túnel de combate de la izquierda, donde juzgó que estaría mejor protegido. Fue en busca de las máscaras antigás que habían dejado en el lugar de la segunda explosión y se las devolvió a Jack.

Después levantó con cuidado la tapa de una caja de amonal, utilizando primero la hoja del cortaplumas y luego el mango. Sacó manojos de aquel polvo gris y lo fue metiendo en un saco hasta que éste le resultó pesado. Lo llevó a la cámara de los explosivos y volcó una cantidad contra el algodón pólvora, que introdujo en la caja que quedaba. Después fue dejando un reguero de amonal de unos cinco centímetros de ancho, desde allí hasta el túnel de combate. Para entonces la bolsa estaba vacía y tuvo que volver a llenarla. Luego regresó al punto donde terminaba el reguero, y lo continuó. Tuvo que volver a llenar la bolsa dos veces antes de llegar al lugar donde había

apilado el resto del amonal. Una vez allí alejó todo lo que pudo el rastro de amonal que estaba preparando. Era un riesgo que no tenía más remedio que correr: le resultaba imposible volver a trasladar todas aquellas cajas. Interrumpió el reguero de polvo en medio de la galería lateral. Entonces vació y cortó seis sacos de arena para preparar una mecha que llegara desde donde él estaba hasta el principio del amona!

Se sentó junto a Jack. Le colocó la máscara antigás y luego se puso la suya. Una esperanza absurda le hizo latir apresuradamente el corazón.

—Ya está. Lo voy a volar.

Como Jack no contestó, Stephen se encaminó a la galería y se arrodilló en el extremo de la mecha de casi diez metros fabricada con la arpillera de los sacos. Tenía ganas de verla arder hasta llegar al amonal; entonces sabría que todo iba bien.

Se detuvo un instante y trató de encontrar algún pensamiento u oración que resultara apropiado para el fin de su vida, pero estaba demasiado ansioso y tenía la mente agotada.

Encendió un fósforo y lo miró arder. No tuvo ningún pensamiento de cautela ni de miedo. Tocó la arpillera con la llama y vio que ardía. El corazón le saltó dentro del pecho; quería vivir. Rompió a reír, con la barba crecida y ojos de loco, como un ermitaño en su cueva.

La arpillera chisporroteó, se encendió, estuvo a punto de apagarse y se volvió a encender. Siguió ardiendo hasta llegar a cerca de dos metros del extremo, y después pareció apagarse. Stephen lanzó un juramento. Aferró la linterna. ¡Por el amor de Dios! De la mecha voló una chispa. Entró en contacto con el amonal y Stephen vio una columna de fuego que se alzaba hasta el techo del túnel. Se volvió y corrió hasta donde estaba Jack, pero antes de llegar una explosión lo arrojó hacia delante, mientras destrozaba túneles, paredes y tierra y hacía volar los escombros hacia el aire, por encima de la tierra.

La fuerza de la explosión hizo tambalear al teniente Levi en el hueco de la pared de la trinchera donde estaba comiendo una sopa de alubias con salchichas y pan, un alimento que llegó a sus manos después de viajar centenares de kilómetros desde Sajorna.

Hacía tres días que soportaban un bombardeo británico que se centraba en la línea del frente y que parecía presagiar un gran ataque. Levi se preguntaba cuánto tardaría en reanudar su práctica médica de épocas de paz en Hamburgo, donde había comenzado a hacerse famoso como pediatra. Se resistió cuanto pudo a alistarse en el ejército, pero la enorme pérdida de vidas infligida a su país lo hizo inevitable. Dejó a sus pequeños pacientes en el hospital y volvió a su casa a despedirse de su mujer.

—No quiero luchar contra los franceses y, sobre todo, no quiero luchar contra los ingleses. Pero éste es mi país y nuestro hogar. Debo cumplir con mi deber.

Ella le dio una estrella de David, pequeña y de oro, que desde hacía generaciones pertenecía a su familia, y se la colgó de una cadena alrededor del cuello. No fueron sólo los judíos los que lamentaron el alejamiento del doctor Levi: en la estación se reunió una pequeña multitud para despedirlo.

Considerando que la ofensiva alemana de primavera había sido detenida y el enemigo, ahora reforzado por los norteamericanos, movía innumerables tanques hasta su línea de fuego, Levi suponía que, con el bombardeo de aquel momento, en pocas semanas más se podría reunir con su mujer. La pequeña vergüenza que le provocaba la perspectiva de una derrota alemana era menor que el placer de la posibilidad de la paz.

—En la vida civil usted es médico, ¿verdad, Levi? —preguntó el oficial al mando de su compañía cuando comenzó a disminuir el impacto de la explosión de amonal.

—Soy pediatra, pero...

—Es lo mismo. Será mejor que vaya a echar una mirada. Allá abajo tenemos una patrulla. Llévese a dos hombres. A Kroger y a Lamm. Son los que más lo podrán ayudar. Conocen todos los túneles de aquí.

—Por lo general siempre hay dos explosiones, ¿verdad? ¿No le parece que sería mejor esperar?

—Espere una hora. Después baje.

Treinta minutos después, Kroger y Lamm se le presentaron. Kroger era un hombre refinado e inteligente que en varias ocasiones se negó a ser ascendido. Provenía de una buena familia, pero tenía sus principios en materia de justicia social. Lamm era descendiente de gente más sencilla, bávara, y era un apuesto minero de pelo oscuro y temperamento imperturbable.

Llevaron máscaras antigás por si la explosión había liberado gas bajo tierra, y también picos, cuerdas y otros pertrechos que Lamm consideraba de utilidad. Lamm, además, llevó consigo una pequeña cantidad de explosivos.

—¿Cuántos de nuestros hombres estaban allá abajo? —preguntó Levi.

—Tres —contestó Lamm—. Bajaron a efectuar una patrulla de rutina para escuchar la actividad enemiga.

—Creí que hace tres o cuatro días habíamos destruido los túneles enemigos.

—Es probable que lo hayamos logrado. Escuchamos para saber cuándo van a atacar. No creemos que puedan reparar sus túneles. Los

hicimos volar por dos sitios. Ni siquiera nos oyeron llegar.

—Vamos, ¿quieren? —les urgió Kroger—. Preferiría estar bajo tierra que sentado en medio de este bombardeo.

Los proyectiles pasaban ululando sobre sus cabezas e iban a detonar en las líneas de apoyo, detrás de ellos. Levi siguió a los hombres por un declive que, lentamente, los condujo a casi diez metros bajo la superficie. Aunque se sentía seguro, puesto que allí los proyectiles no podían alcanzarlo, no le entusiasmaba la idea de quedar encerrado bajo tierra. Llevaban con ellos comida y agua suficientes para tres días, de manera que se suponía que la operación sería larga.

Durante diez minutos caminaron por la galería principal. Tenía luz eléctrica en el techo, a pesar de que el circuito había sido cortado por la explosión. Era un sistema construido con extremo cuidado y precisión. Lamm y Kroger cantaban mientras caminaban. Los túneles seguían un plan similar al de los británicos, aunque la principal galería lateral de los alemanes se conectaba con el sistema de cloacas de la ciudad más cercana. El puesto de escucha construido cerca de las líneas británicas estaba protegido por un único túnel de combate que discurría más o menos a tres metros por encima de los túneles británicos; desde allí pudieron cavar hacia abajo y colocar las dos cargas con las que consiguieron inutilizar la mayor parte del sistema enemigo.

Cuando aún no habían avanzado demasiado por el túnel central, se encontraron con un importante bloqueo. Levi se sentó, mientras Lamm y Kroger lo investigaban con sus picos. Se le acababa de ocurrir un pensamiento terrible. Su hermano, del cuerpo de ingenieros y que servía en la misma compañía que él, le había dicho que en algún momento pensaba bajar a inspeccionar el sistema para estar seguro de haber logrado cegar por completo el túnel británico. Él no bajaba con frecuencia, pero a menudo inspeccionaba las obras nuevas. Hacía tres días que Levi no lo veía, cosa bastante habitual, puesto que los destinos de ambos eran completamente distintos, y aunque Levi no sabía con seguridad si él formaba parte de la patrulla que bajó, tampoco le constaba lo contrario.

—Es un bloqueo muy grande —dijo Lamm—. Lo mejor que podemos hacer es dejarlo por el momento e ir a ver lo que ha sucedido con el túnel de combate. Si es necesario, volveremos.

—¿Saben quiénes componían la patrulla? —preguntó Levi. —No —contestó Lamm—. ¿Usted sí?

—No. Sólo sé que eran tres. Me pregunto si uno de ellos set ría mi hermano.

—En ese caso estoy seguro que el oficial al mando se lo hubiera dicho.

—Lo dudo. Tiene otras cosas en que pensar. Debe organizar una

retirada completa.

—Entonces sólo nos queda esperar que él no haya formado parte de la patrulla —dijo Kroger—. De todos modos, a lo mejor están todos con vida y siguen adelante con su trabajo.

Lamm parecía, dudar mientras metía el pico en el lazo que llevaba a un lado de su mochila y retrocedía hacia el principio del túnel. Cruzaron la estrecha entrada al túnel de combate y avanzaron. Era más angosto y oscuro que el anterior y en algunas partes debían caminar agazapados hasta llegar a los lugares donde el techo había sido elevado y cubierto con soportes de madera, de acuerdo con la pautas que debían seguir los zapadores.

Menos de cincuenta metros más adelante se encontraron con una montaña de escombros. La explosión había hecho volar hacia fuera las paredes del túnel, ensanchando mucho su diámetro, pero sin llenar todo el espacio de tierra y caliza. Los tres alemanes se miraron, dubitativos.

—Se ha volado directamente hasta el túnel principal —dijo Lamm —. Estamos en el punto mismo de la explosión.

—Lo que no entiendo —dijo Levi— es quién provocó esta explosión. Creí que los habíamos anulado y no era posible que fuéramos nosotros, ¿verdad?

—Yo supongo que debe de haber sido un accidente —dijo Kroger —. Aquí abajo había una carga que no usamos contra el túnel británico. La dejamos atrás y debe de haber detonado. Los explosivos son siempre inestables.

—La otra posibilidad —aventuró Lamm— es que se trate de una acción del enemigo.

—¿Pero cómo iban a utilizar los túneles con tanta rapidez si les volamos todo el sistema? —preguntó Levi.

—Porque no volvieron a entrar sino que no salieron. No tenemos idea de la cantidad de hombres que había allá abajo cuando detonamos las cargas. Es posible que alguien haya sobrevivido.

—Pero en ese caso habrían quedado sepultados.

—No necesariamente —explicó Lamm—. Tienen conductos de ventilación. Probablemente hayan quedado aplastados, pero puede haber bolsas de aire o entradas de aire de la superficie. Uno de los nuestros sobrevivió ocho días con sólo una botella de agua.

—¡Dios! —exclamó Levi, espantado—. De modo que detrás de estos escombros no sólo podría haber tres de los nuestros, muertos o vivos, sino un número indeterminado de ingleses, provistos de explosivos, viviendo en agujeros o en bolsas de aire como, como...

—Como ratas —completó la frase Lamm.

Comenzaron a atacar la obstrucción con los picos. Dos de ellos trabajaban mientras el tercero descansaba o limpiaba los escombros y

la tierra que habían sido retirados. Lograron trabajar durante cinco horas antes de que los tres cayeran extenuados. Bebieron la menor cantidad de agua posible y comieron algunas galletas y un poco de carne seca.

El hermano menor de Levi se llamaba Joseph. Había sido el chico inteligente de la escuela, el que siempre ganaba premios por sus conocimientos de latín o de matemáticas. Después ingresó en la universidad de Heidelberg con la idea de seguir una carrera científica. Se doctoró y recibió innumerables ofertas de trabajo de firmas privadas y del gobierno. A Levi le resultaba difícil conciliar aquel personaje laureado y que desdeñaba a todos los que querían cubrirlo de favores, con el chico decidido, asmático y, sobre todo, cómico de su infancia. En aquella época, Joseph competía con denuedo con su hermano mayor, pero por la diferencia de edad entre ambos, solía resultar vencido. Desde el momento del nacimiento de Joseph, Levi sintió una gran ternura por él, sobre todo porque era el producto de los seres que más amaba en el mundo: sus padres. Estaba ansioso por lograr que Joseph aprendiera con rapidez todo lo que convertía a sus padres en seres importantes, así como la manera admirable que tenían de hacer las cosas. Su mayor temor era que, de algún modo, Joseph no comprendiera el honor de la familia o la desilusionara. Por lo tanto no sintió celos sino placer cuando los premios ganados por Joseph le valieron el reconocimiento público que su hermano estaba convencido que merecía.

A veces su hermano menor lo exasperaba con lo que Levi consideraba su tozudez. En vista de que tenían tanto en común, le parecía innecesario que Joseph no siguiera los pasos de su hermano mayor en todo, sino que tomara decisiones distintas, cultivara algunos gustos, casi por perversidad. Estaba convencido de que lo hacía para mortificarlo, pero no permitía que ello destruyera el cariño que le tenía al muchacho. Se entrenó para que su irritación no le impidiera protegerlo.

De alguna manera sería característico de Joseph que hubiera bajado a aquel túnel estrecho en el momento preciso en que se produjo la explosión. Mientras clavaba el pico en el muro formado por el derrumbamiento, Levi tenía en la mente una imagen clara de la cara pálida y extrañamente inexpresiva de Joseph, tendido con los ojos cerrados, destrozado por el peso del mundo que acababa de caer sobre su pecho asmático.

En las pausas que hacían en su trabajo, alcanzaban a oír el ruido del bombardeo que continuaba en la superficie de la tierra.

—El ataque se debe de estar acercando —comentó Kroger.

—Nunca podremos atravesar esto —dijo Lamm—. Por el ruido que hacen los picos, uno se da cuenta de lo grande que ha sido el

desmoronamiento. Tendré que tratar de volarlo.

—Conseguirá que se derrumbe el techo —objetó Kroger—. Mire.

—Utilizaré una carga muy pequeña y la apretaré bien para que la explosión detone hacia el lado que nos conviene. No se preocupen, nosotros nos alejaremos y estaremos fuera del alcance. ¿Qué les parece?

—Está bien —accedió Levi—. Si no queda más remedio... Pero tenga cuidado. Utilice la carga más pequeña posible. Siempre podemos volver a intentarlo.

No quería que Joseph muriera a causa de un derrumbamiento provocado por sus propios compañeros.

Lamm tardó dos horas más en excavar el orificio que necesitaba. Preparó la carga y extendió la mecha hasta la parte superior del declive que llevaba a la superficie. La unió al detonador que habían dejado allí y, una vez que Levi y Kroger estuvieron a salvo detrás de él, accionó la palanca.

En su estrecha tumba, donde un orificio no mayor que el ancho de una aguja de tejer hacía entrar aire pero no luz, el ruido reverberó en los oídos de Stephen. Lo recorrió una oleada de esperanza. Se acercaba el equipo de rescate. La antigua compañía de Weir no les follaría: tardaron, pero ya se hallaban en camino. Se movió un poco, aunque casi no había sitio para maniobrar en el espacio que les quedaba. A un lado de su cabeza estaba el sólido muro calizo que los separaba de lo que pudiera quedar del túnel principal. Era lo único que lo podía orientar: el resto de la tierra había sido desplazado por la explosión y los mantenía atrapados por todos lados.

—¿Todavía estás ahí, Jack?

Estiró una pierna y palpó el hombro de Jack, debajo de su bota. Oyó un débil gemido. Trató de hacerlo reaccionar hablándole.

—¿Odias a los alemanes? ¿Odias todo lo que se refiere a ellos y a su país?

Desde el momento de la explosión, Jack no había estado nunca del todo consciente. Stephen intentó provocarlo.

—Mataron a tus amigos. ¿No te gustaría seguir vivo para verlos vencidos? ¿No quieres verlos retroceder humillados? ¿No te gustaría entrar en Alemania a bordo de uno de nuestros tanques? ¿No te gustaría ver a sus mujeres mirarte con admiración y con miedo?

Jack no contestó. Mientras él siguiera con vida, Stephen tendría la sensación de que les quedaba una esperanza. Si lo dejaban solo, sin poder simular que trataba de ayudar a alguien más, se dejaría llevar por la desesperanza que, en todo caso, ya debería haber hecho presa en él.

No sabía con seguridad de dónde les llegaba el aire, pero la parte

superior del espacio en que estaban era algo respirable. De vez en cuando se cambiaba de sitio con Jack para que pudieran compartir el poco de aire que entraba. Supuso que alguna tubería que iba a parar a la superficie debía haberse doblado por alguna de las explosiones y seguía llevándoles una pequeña pero vital corriente de aire.

Lo que más le preocupaba era la oscuridad. Desde la explosión no veían nada. La linterna le fue arrancada de la mano y quedó deshecha. Al principio estaban cubiertos de tierra, pero poco a poco consiguieron retirarla. El espacio en que estaban tendidos tendría menos de cinco metros de largo y no era más ancho que los brazos extendidos de un hombre. Cuando por primera vez comprobó el tamaño de aquella tumba, Stephen gritó de desesperación.

Lo más lógico sería permanecer tendidos y quietos a esperar la llegada de la muerte. Mientras cavaba, en algún momento perdió la camisa, la guerrera, el cinturón y el revólver que llevaba colgado de él. Todavía conservaba puestos los pantalones y las botas, pero no tenía manera de matarse, a menos que sacara el cortaplumas del bolsillo y se lo clavara en alguna arteria.

Lo abrió en la oscuridad y apoyó la hoja contra el cuello. Disfrutó del contacto de aquella hoja, escrupulosamente afilada. Encontró el pulso que iba del cerebro al cuerpo y que latía en silencio bajo su piel. Estaba decidido a hacerlo, a terminar con aquel pánico de estar enterrado vivo.

Ese pulso pequeño latió contra la punta de los dedos de su mano derecha. Ignoraba las circunstancias en que él se encontraba. Había latido cuando era niño y corría por el campo, y ¡cuando era joven y trabajaba. Ese pulso invariable no establecía diferencias entre las distintas circunstancias que vivía con tanta convicción y claridad. Le impresionó su fiel indiferencia hacía todo lo que no fuera su propio ritmo.

—¿Me oyes, Jack? Quiero hablarte de los alemanes y de lo que los odio. Te voy a decir por qué debes seguir viviendo.

No hubo respuesta.

—Jack, es necesario que quieras vivir. Debes tener fe.

Stephen tiró del cuerpo de Jack para acercarlo al suyo. Sabía que le resultaría doloroso que lo arrastrara.

—¿Por qué no quieres vivir? ¿Por qué no lo intentas?

El dolor devolvió a Jack a una semiinconsciencia y, por fin, le contestó:

—Lo que he visto... Ya no quiero seguir viviendo. Aquel día que te atacaron. Te observamos. Shaw y yo. El capellán, aquel hombre, no recuerdo su nombre. Si lo hubieras visto, lo comprenderías. Se arrancó la cruz. Mi hijo, muerto. ¡Qué mundo hemos construido para él! Me alegro de que haya muerto. *Me alegro.*

—Siempre hay esperanza, Jack Y el mundo seguirá adelante. Con o sin nosotros, seguirá adelante.

—No para mí. En un asilo, sin piernas. No quiero la lástima de los demás.

—¿Preferirías morir en este agujero?

—¡Por Dios, sí! La lástima de los demás sería... desesperante.

Stephen se dejó convencer por Jack. Lo que despertaba en él tantas ganas de vivir no era un argumento mejor, sino cierta grosera lujuria o instinto.

—Cuando muera —dijo Jack—, estaré con hombres que comprenden.

—Pero en tu casa te han querido. Tu mujer, tu hijo, y antes que ellos tus padres. Hay gente que todavía te quiere.

—Mi padre murió cuando yo era un bebé. Me crió mi madre. Siempre estuve rodeado de mujeres. Ahora toda» se han ido. Sólo queda Margaret, y con ella ya no podría hablar. Han sucedido demasiadas cosas.

—¿No te gustaría vernos ganar la guerra?

Aun en el momento de formular la pregunta, Stephen se dio cuenta de que era vacía.

—Nadie puede ganar. Y ahora, déjame en paz. ¿Dónde está Tyson?

—Te contaré una historia, Jack. Llegué a este país hace ocho años. Me alojé en una casa grande, en una calle ancha, en una ciudad no lejos de aquí. Era joven. Era imprudente, *auioto* y egoísta. Estaba sometido a corrientes peligrosas, cosas que más adelante en la vida uno mira y deja pasar... porque son demasía' do arriesgadas. Pero a esa edad el miedo no existe. Uno cree que comprenderá las cosas, que más adelante todo tendrá sentido. ¿Entiendes lo que te digo? Nadie me había querido nunca. Ésa era la verdad, aunque en aquel momento no tuviera conciencia de ello. No era como tú caso, con tu madre. A nadie le importaba dónde estaba yo, ni le importaba sí estaba muerto o vivo. Por eso tuve que forjar mis propios motivos para vivir, y por eso de alguna manera escaparé de aquí, porque nunca le he importado a nadie. Si es necesario, saldré de aquí como una rata, abriéndome camino con los dientes.

Jack deliraba,

—Todavía no quiero cerveza. Todavía no. ¿Dónde está Turner? Quitadme esta cruz de encima.

—Conocí a una mujer. Era la esposa del dueño de la casa grande. Me enamoré de ella y creí que ella también me amaba. A su lado encontré algo que ni siquiera sabía que existía. Tal vez sólo estuviera aliviado, sobrecogido por la sensación de que alguien pudiera amarme, Pero no creo que haya sido sólo eso. Tuve fantasías. Tuve

sueños. No, eso no es así No hubo fantasías; eso fue lo extraño del asunto. Sólo estaba la carne, le cosa física. Las fantasías vinieron después.

—Ya han entrado el compresor. Pregúntaselo a Shaw. Quítame b cruz.

—No se trata de que la ame, aunque el amo y siempre le amaré. No se trata de que la eche de menos, ni de que tenga celos de su amante alemán. En lo que sucedió entre nosotros hubo algo que nos permitió oír otras cosas en el mundo. Fue como si hubiera cruzado una puerta y más allá encontrara sonidos y señales de una existencia futura. Son imposibles de comprender, pero ya que los he oído, no los puedo negar. Ni siquiera aquí.

Stephen tuvo la sensación de que Jack tosía. No sabía con seguridad si estaría conteniendo la risa o sollozaba.

—Levántame —pidió Jack en cuanto pudo respirar.

Stephen lo tomó en sus brazos y lo colocó sobre sus rodillas. Las piernas inertes de Jack se bambolearon hacia un lado y la cabeza le cayó sobre los hombros.

—*Yo* podía haberte querido.

En aquel momento la voz de Jack era clara. Volvió a lanzar aquel sonido ahogado y entonces, con la cabeza tan cerca de la suya, Stephen comprendió que reía, un sonido leve y burlón en aquella oscuridad estrecha.

A medida que la risa de Jack iba tomándose más leve, Stephen empezó a golpear rítmicamente la pared caliza con el mango del cortaplumas. Era una manera de guiar al equipo de rescate.

La explosión controlada de Lamm abrió un agujero lo bastante grande en los escombros como para permitirles pasar a través de él.

Levi seguía a los otros dos con una mezcla-de ansiedad y de aprensión. Encontraron el túnel alemán principal, pero por los tablones destrozados se dieron cuenta de que los daños eran aún mayores. Kroger detuvo a los otros dos y señaló hacia delante. El suelo del túnel parecía desaparecer en un pozo enorme. Cuando se acercaron todo lo posible sin poner en peligro sus vidas, Lamm sacó una cuerda de la mochila, uno de cuyos extremos aseguró a un tablón que seguía en pie.

—Bajaré a echar un vistazo. Ustedes dos sostengan el extremo de la soga por si la madera se parte.

Lo observaron bajar con cuidado. Cada dos o tres pasos, Lamm los llamaba. Por fin encontró otro nivel de suelo sobre el que podía permanecer de pie. Ató la cuerda con firmeza alrededor del cuerpo y les gritó a los otros que la sostuvieran con fuerza. Levantó la lámpara y miró a su alrededor. La oscuridad le devolvió un reflejo de metal. Se

inclinó a mirar. Era un casco. Se arrodilló y recorrió la tierra con las manos. Tocó algo sólido que no se parecía a la caliza. Sintió las manos pegajosas. Era un hombro cubierto por *feldgrau*, la tela gris de los uniformes alemanes. El resto del cuerpo estaba unido al hombro, aunque de la cintura para abajo se encontraba enterrado en los escombros. La cabeza también estaba bastante entera, y Lamm se dio cuenta de que era el cuerpo del hermano de Levi.

Inhaló y exhaló con fuerza. No quería comunicarles a los otros la noticia a gritos, pero le pareció injusto que Levi no lo supiera. Levantó la lámpara y volvió a inspeccionar la cámara. No alcanzaba a ver más rastros de cuerpos ni de actividad. Palpó las manos del muerto para comprobar si llevaba algún anillo; le quitó del cuello la chapa de identificación, pero quería que el hermano pudiera identificarlo por medio de algo menos tétrico. El cadáver no llevaba anillos, pero sí un reloj de pulsera que Lamm se metió en el bolsillo.

Dio dos tirones a la cuerda y avisó que subía. Sintió que la cuerda se tensaba cuando Kroger y Levi empezaron a tirar para ayudarlo a subir. Era un pozo de unos seis metros de profundidad y tardaron unos minutos en izarlo, mientras en la subida Lamm trataba de encontrar algún punto donde apoyar las botas.

—¿Y bien? —preguntó Levi cuando todos hubieron recuperado el aliento.

Algo en el hermoso rostro de Lamm lo preocupaba. Era como si rehuyera su mirada.

—Encontré un cuerpo. Uno de los nuestros. Debe de haber muerto instantáneamente.

—¿Tiene su chapa de identificación? —preguntó Kroger.

Levi permanecía inmóvil y en silencio.

—Tengo esto —contestó Lamm, tendiéndole el reloj a Levi, quien lo aceptó a regañadientes.

Bajó la mirada. Era el reloj de Joseph. Un regalo que le había hecho su padre tal vez con ocasión de su *bar mitzvá*, o como premio por haber ingresado en la universidad.

Levi asintió.

—¡Qué chico tan tonto! —comentó—. Tan cerca del final.

Se alejó un poco de los demás para poder estar a solas.

Lamm y Kroger se sentaron en el suelo del túnel y comieron parte de la comida que llevaban.

Una hora más tarde Levi se les unió después de terminar sus oraciones. Su religión no le permitía aceptar la comida que Lamm le ofrecía. Meneó la cabeza y explicó:

—Debo ayunar. Mientras tanto, tenemos que continuar nuestra búsqueda.

Kroger se aclaró la garganta y dijo con suavidad:

—Me pregunto si esto es prudente. Lamm y yo hemos estado hablando. Hemos visto el alcance de la explosión y Lamm asegura que es casi imposible que haya supervivientes. Hemos cumplido con nuestro deber como equipo de rescate. Hemos averiguado lo que sucedió y podemos llevar a su hermano a la superficie y enterrarlo como corresponde. Si seguimos bajo tierra, es posible que pongamos en peligro nuestras vidas sin motivo. No sabemos lo que puede haber sucedido allá arriba. Aquí el honor ha quedado a salvo. Creo que debemos regresar.

Levi se pasó la mano por la barbilla, en la que empezaba a crecerle la barba. El período de duelo exigía que cubriera la cara al difunto antes de que él pudiera afeitarse.

—Los comprendo, pero no estoy de acuerdo. Dos de nuestros compatriotas están aquí, bajo tierra. Si han muerto, debemos encontrarlos para ofrecerles un entierro decoroso. Si están vivos, debemos rescatarlos.

—Las probabilidades son...

—No importan las probabilidades. Debemos completar la tarea.

Kroger se encogió de hombros.

Lamm observó los problemas prácticos que implicaba la tardanza.

—Aquí abajo hace calor. El cuerpo...

—La carne es débil. Lo que queda de él es algo que no se corromperá. Cuando llegue el momento, yo mismo cargaré con A Lamm bajó la vista.

—No tenga miedo —dijo Levi—. Los hombres que están aquí abajo son compatriotas nuestros. No podemos dejarlos bajo esta tierra extranjera. Deben regresar a los lugares que amaron y por los que murieron. ¿No ama usted a su país?

—Desde luego —contestó Lamm.

Acababa de recibir una orden y no veía ninguna necesidad de discutirla. Se puso en pie y comenzó a enrollar la cuerda para seguir adelante.

—Yo amo a mi país —declaró Levi—. En un momento como éste, cuando ha habido una muerte en mi familia, estoy más ligado a él que nunca.

Miró desafiante a Kroger, quien asintió con expresión de infelicidad, como si creyera que el fervor de Levi nada de una tormenta pasajera. Levi lo tomó por los hombros.

—¿Le parece bien, Kroger?

Miró el rostro inteligente y dubitativo de Kroger. No vio convicción pero, por lo menos, había consentimiento. Kroger se acercó a Lamm para ayudarlo a disponer el nuevo descenso.

Levi acompañó a Lamm, dejando arriba a Kroger para que

descansara. Unos seis metros más abajo del túnel principal empezaron a golpear con los picos los escombros del derrumbamiento. No sabían lo que buscaban, pero al remover la tierra que acababa de ser desplazada, esperaban comprender con mayor claridad lo sucedido.

Cuando el trabajo los acaloró, se quitaron la camisa. Los golpes de los picos reverberaban contra la dura caliza.

Stephen le quitó el cristal a su reloj para poder tantear las saetas y saber la hora en la oscuridad. Eran las cuatro menos diez cuando volvió a escuchar el ruido de gente que cavaba, aunque no podía saber si era de día o de noche. Estimaba que hada cinco o quizá seis días que él y Jack estaban bajo tierra.

Acercó una vez más a Jack a la leve entrada de aire. Permaneció con los dedos apoyados en el reloj, consultando la hora cada media para saber lo que le tocaría permanece» en el extremo casi irrespirable de aquella tumba. No hacía el menor movimiento para que no aumentara su necesidad de oxígeno,

Todavía no se podía sobreponer al miedo de estar encerrado, Razonaba para sus adentros que, habiendo sucedido lo peor y como estaba enterrado vivo y sin lugar para moverse, ya no tenía por qué temer, El miedo estaba en las expectativas, no en las realidades, Pero a pesar de todo, su pánico no cedía, En determinados momentos debía permanecer rígido para no gritar, Estaba desesperado por encender un fósforo, Aunque sólo Je mostrara los límites de su prisión, siempre sería algo,

Después llegaban algunos minutos en que la vida parecía disminuir. Era como sí su imaginación y sus sentidos se cerraran, como luces que se van apagando una a una en una casa grande, Por fin sólo persistía una leve confusión, como un resto de voluntad que seguía ardiendo.

Durante las horas en que permaneció allí tendido, en su interior no dejó de protestar por lo que estaba sucediendo, Luchó contra ello con amargo resentimiento, Y aunque la fuerza de ese resentimiento iba y venía al ritmo de la sed y la fatiga de su cuerpo, la amargura de aquel enojo, por leve que fuese, significaba que algo, por poco que fuera, seguía vivo en su interior.

Cuando pasó la media hora, se arrastró y tendió la mano **a Jack**,

—¿Sigues conmigo, Jack?

Oyó un gemido. Luego surgió la voz de Jack con una claridad que hacía días que no tenía.

—Me alegro de haber tenido estos calcetines para apoyar la cabeza. Durante toda la guerra, desde casa me han mandado un par nuevo por semana,

Al levantarlo, Stephen palpó la lana tejida sobre la que se

apoyaba la mejilla de Jack,

—Yo nunca recibí un paquete.

Jack volvió a reír.

Debes de estar bromeando. ¿Ni un solo paquete en tres años? Nosotros por lo menos recibimos dos por semana, iodo el mundo los recibe. Y en cuanto a las cartas.

—Cállate, ¿No oyes eso? Es el equipo de rescate. ¿No los oyes cavar? Escucha,

Stephen movió a Jack para acercarle la oreja a la caliza.

Ya llegan dijo Stephen.

Por el eco se daba cuenta de lo lejos que estaban, pero convenció a Jack de que ya estallan cerca.

—Creo que llegarán en cualquier momento. Saldremos de aquí.

—¿Has usado los calcetines del ejército durante toda la guerra? ¡Pobre desgraciado'. Ni siquiera el cabo más...

—Escucha. Serás libre. Saldremos de aquí.

Jack siguió riendo,

—Yo no quiero eso. No lo quiero...

Su risa se convirtió en tos y luego, en brazos de Stephen, en un espasmo que elevó su pecho. El sonido llenó aquel espacio estrecho, y luego se detuvo. Jack lanzó una última exhalación cuando todo el aliento salió de su cuerpo, que cayó hacia atrás en el final que tanto deseaba.

Durante un momento, Stephen conservó el cuerpo entre los brazos, por respeto; luego lo trasladó hasta el extremo sin aire del agujero. Acercó la boca al lugar por donde entraba el aire y respiró hondo.

Estiró las piernas y apartó un poco el cadáver. Se sentía espantosamente solo.

Ya sólo lo acompañaba el golpear de los picos que, no podía engañarse, estaban desesperantemenle lejos. Encontró fósforos en el bolsillo. No había nadie que le prohibiera el lujo de aquella desesperada necesidad de luz. Pero por alguna razón desistió.

Maldijo a Jack por haber muerto, por no creer en la posibilidad de que los rescataran. Luego su enojo desapareció y con centró sus esfuerzos en escuchar el rítmico sonido del golpe del pico sobre la caliza. Mientras *el* sonido estuviera allí, era como el latido de su propio pulso. Volvió a sacar el cortaplumas del bolsillo y empezó a golpear el mango con todas sus fuerzas contra el muro sobre el que apoyaba la cabeza.

Al cabo de cuatro horas de cavar, Levi y Lamm no habían avanzado mucho. Levi llamó a Kroger para que bajara a reemplazar a Lamm.

Mientras esperaba la llegada de Kroger, se sentó a descansar. Para

él era una cuestión de honor encontrar a los compañeros de su hermano. Joseph no habría querido que fuese el tipo de hombre que permite que el dolor personal lo aparte del deber. Lo que estaba en juego no era tanto el propio honor como el de Joseph. Sus actos devolverían algo de dignidad a aquel cuerpo destrozado.

Por encima del jadeo de su respiración, oyó un sonido muy débil. Apretó la cabeza contra la pared y escuchó. Al principio pensó que tal vez fuese una rata, pero era demasiado rítmico y estaba demasiado hondo en la tierra. Había algo en la calidad del sonido que indicaba con claridad que llegaba desde una considerable distancia; sólo un ser humano podía tener la fuerza necesaria para lograr que un sonido llegara tan lejos.

Kroger saltó desde el extremo de la cuerda y Levi lo llamó. Kroger escuchó y asintió.

—No cabe duda de que hay alguien ahí. Diría que un poco más arriba que nosotros, pero en un lugar sin duda paralelo. El ruido no es bastante fuerte para que sea un pico o una pala. Creo que se trata de alguien que ha quedado atrapado.

Levi sonrió.

—Le dije que debíamos seguir adelante.

Kroger parecía dubitativo.

—El problema es cómo llegar hasta allí. Hay mucha caliza entre nosotros.

—Empezaremos por volarla. Sólo una explosión controlada. Subiré y enviaré a Lamm en mi lugar para que coloque la carga.

La expresión de Levi era de indudable entusiasmo.

—¿Y si ese ruido no lo hiciera uno de nuestros hombres sino alguno de los enemigos que siguiera atrapado? —preguntó Kroger.

Levi abrió los ojos, sorprendido.

—No creo que nadie pueda haber sobrevivido tanto tiempo.

Y suponiendo que hiera así, entonces...

Abrió las manos y encogió los hombros.

—Entonces ¿qué? —preguntó Kroger.

—Entonces sería el hombre que mató a mi hermano y a sus dos compañeros.

Kroger lo miró con poco entusiasmo.

—Ojo por ojo... No estará pensando en vengarse, ¿verdad?

La sonrisa de Levi desapareció.

—No estoy pensando en nada concreto. Mi fe me proporciona una guía para cualquier cosa. Pero si a eso se refiere, no tengo miedo de conocer a ese hombre. Si llegara el momento, sabré qué debo hacer.

—Tendremos que hacerlo prisionero.

—Ya basta —ordenó Levi.

Se acercó al extremo de la cuerda y le gritó a Lamm que lo izara.

Lamm, que estaba a punto de quedarse dormido, no hizo comentarios cuando Levi le indicó lo que quería que hiciera. Preparó una carga, la metió en la modula y bajó.

La mezcla de tierra y caliza era difícil de cavar. Tardaron cinco horas en preparar un agujero para la carga, que dejara conforme a Lamm. Levi le ordenó subir y bajó para ayudar a Kroger. Llenaron sacos de arena y los colocaron muy juntos detrás del explosivo.

Kroger se tomó un descanso para beber un poco de agua y comer algo más de la carne y las galletas que llevaba. Levi declinó su invitación.

Empezaba a sentir la cabeza ligera a causa del dolor y del cansancio, pero estaba decidido a mantener su ayuno. Siguió trabajando como movido por la furia, ignorando el sudor que le hacía arder los ojos y el temblor de sus manos mientras llenaba los sacos de arena.

No sabía qué o quién esperaba encontrar detrás de aquel muro: sólo sentía el impulso de seguir adelante. Su curiosidad estaba ligada a una sensación de pérdida. La muerte de Joseph sólo podría ser explicada y redimida si lograba encontrar a aquel hombre todavía vivo y se enfrentaba a él.

Colocaron los alambres y se retiraron a lugar seguro, al pie del largo plano inclinado que conducía a la superficie. Desde ahí alcanzaban a oír el estruendo de un intenso bombardeo, junto con disparos de mortero y de ametralladoras. Había empezado el ataque. Lamm hundió el detonador y la tierra se estremeció bajo sus pies. Hubo un fuerte rugido que disminuyó y volvió a crecer. Por momentos fue como si bolas de fuego compuestas de caliza y de tierra se les acercaran por el túnel. Luego el sonido volvió a disminuir y terminó en silencio.

Regresaron por la entrada baja y apuntalada por tablones, se arrastraron y luego corrieron hacia el pozo profundo. Una nube de caliza los hizo toser y tuvieron que alejarse hasta que cesó.

Levi le dijo a Kroger que se quedara atrás mientras Lamm bajaba con él. Le hacía falta la opinión de Lamm acerca de la explosión, y no creía que Kroger estuviera completamente de acuerdo con lo que acababan de hacer. Cruzaron por el agujero abierto por la explosión, abriéndose paso y ensanchándolo a medida que avanzaban. Los conducía directamente hasta el puesto de escucha de los británicos. Examinaron la construcción con interés.

—Escuche.

Levi apoyó una mano sobre el brazo de Lamm.

El sonido estaba más cerca y era más frenético que antes.

Levi estaba tan emocionado que dio un salto y se golpeó la cabeza contra el techo de la cámara.

—¡Hemos llegado! —exclamó—. ¡Lo hemos logrado!

Habían volado lo que los separaba. Ahora sólo les faltaba cavar y apartar la tierra con las manos.

Dentro de su estrecha tumba, Stephen se sintió mecido por la explosión. Rodó hasta quedar boca abajo y se cubrió la cabeza con las manos para protegerse del derrumbamiento del mundo. Aunque el ruido rebotó en las paredes, éstas permanecieron firmes.

Comenzó a dar puntapiés en el reducido espacio en que estaba confinado. La claustrofobia que había conseguido dominar hizo presa de él. El mero pensamiento de que se acercaban hombres que se movían con libertad y el miedo de que tal vez no lo oyeran ni lo alcanzaran liberó su pánico.

Con sus golpes aflojó parte de la tierra sacudida por la explosión. Una pesada capa que fue a caer sobre sus piernas lo obligó a permanecer quieto un momento y a tratar de controlarse.

Volvió a golpear con el mango del cortaplumas y a gritar a pleno pulmón:

—¡Estoy aquí! ¡Por aquí!

Imaginó a los hombres de Weir, las caras alegres sonriendo bajo los cascos mientras se abrían paso hacia él. ¿Quiénes serían? ¿A quiénes habrían enviado en su busca? No recordaba nombres ni caras. Estaba Jack, pero él se encontraba muerto a su lado. Un hombre de mirada vacía y pelo rubio, Tyson, pero hacía tiempo que había muerto. Y aquellos pequeños que nunca parecían estar completamente erguidos, aun al aire libre, aunque tal vez también ellos estaban bajo tierra cuando los sorprendió la explosión.

Stephen sintió que tenía la mente muy clara. Estaba llena de imágenes del mundo normal, un mundo habitado por mujeres, donde la gente se movía en paz y hacía el amor y bebía, y donde había niños y comercios y risas. Pensó en Jeanne y en aquella sonrisa extraordinaria que llegaba como un estallido de sol a sus ojos. Aquella odiosa realidad de tierra y sudor y muerte no era la única; era una ilusión que lo confinaba, una delgada prisión de la que saldría en cualquier momento.

La sed y el cansancio quedaron olvidados. Estaba vivo y lo apasionaban el mundo, las estrellas y los árboles, y la gente que en ese mundo se movía y vivía. Si ellos no podían llegar hasta donde se encontraba, arrojaría lejos de sí las paredes de tierra, arañaría, comería y tragaría su camino con tal de salir de allí y llegar a la luz.

—¡Sigan adelante! —ordenó Levi con los ojos llenos de fuego.

El sudor brillaba sobre su piel mientras clavaba el pico en la pared de la que acababan de arrancar los tablones.

Lamm hizo una mueca y lo miró a la luz de la lámpara.

—¡Adelante! —gritó Levi—. ¡Adelante!

Era casi presa del delirio cuando clavó el pico, una vez más, en la tierra. Lo único que veía eran las facciones de su querido hermano Joseph. ¡Cuánto lo amó y cuánto vivió a través de él! Siempre quiso que Joseph se pareciera a él, que fuera aún mejor, para que aprovechara su experiencia y llegara a ser alguien que honrara a sus padres y a sus antepasados.

Lamm seguía trabajando a un ritmo febril. Bajo la guerrera gris empapada de sudor, los músculos de sus brazos se movían atrás y adelante mientras demolía el muro de tierra con el pico.

Trabajaba a menos de diez metros de distancia de Levi y, de repente, golpeó aire con el pico. Acababa de lograr pasar. Lanzó un grito. Levi lo apartó de un empujón y comenzó a cavar con frenesí con las manos, esparciendo tierra a su alrededor, como si fuera un perro escarbando. Llamó al hombre atrapado. Ya llegaban, ya estaban con él.

Fue el trabajo de Levi, no el de Lamm, el que aflojó la tierra del extremo de la tumba de Stephen hasta el punto de permitirle salir arrastrándose sobre el cuerpo inerte de Jack Firebrace.

Avanzando a gatas, pudo sortear los escombros causados por su propia explosión. A menos de un metro delante de sí, alcanzó a ver el lugar donde el túnel seguía intacto. Era allí donde Lamm acababa de vencer el derrumbamiento. Levi lo empujó atrás y entró en el túnel británico. Engañado por el eco de los golpes de Stephen, dobló hacia el lado opuesto y comenzó a alejarse de él.

Escupiendo tierra, Stephen se abrió paso hacia delante con las manos, sin dejar de gritar. Delante de él, en el túnel, alcanzaba a ver la luz de una lámpara que se balanceaba. Había aire. Podía respirar.

Levi lo oyó. Se volvió y retrocedió sobre sus pasos.

Cuando el techo del túnel fue más alto, Stephen se agazapó y volvió a gritar. La linterna lo enfocaba.

Levantó la mirada y vio las piernas de quien lo acababa de rescatar. Estaban cubiertas por el *feldgrau* alemán, el color de sus sueños más negros.

Se puso en pie tambaleándose y se llevó las manos a la cintura para sacar el revólver, pero no encontró más que la tela rasgada y empapada de los pantalones.

Miró a los ojos al hombre que tenía frente a él y levantó los puños, como un muchacho del campo dispuesto a pelear.

En un nivel profundo, mucho más profundo que cualquier cosa que pudiera alcanzar a comprender su mente extenuada, los conflictos de su alma rugieron en su interior, como olas que rompen sobre la

arena de la playa. El sonido de la vida que lo llamaba en un camino distante; los rostros de los compañeros muertos; los ojos cerrados de Michael Weir tendido en su caja; el odio tremendo que le inspiraba el enemigo; y Max y todos los hombres que lo habían conducido hasta aquel momento; el cuerpo y el amor de Isabelle y los ojos de su hermana Jeanne.

Sin embargo, desde muy lejos le llegó la resolución y se dio cuenta de que sus brazos, todavía alzados, empezaban a extenderse, con las manos abiertas.

Levi miró a aquel ser de ojos salvajes, un ser casi demente, el asesino de su hermano. Sin comprender el motivo, descubrió que a su vez también abría los brazos. Los dos hombres cayeron uno sobre los hombros del otro, sollozando por el amargo desconocimiento de sus vidas como seres humanos.

Ayudaron a Stephen a llegar hasta la cuerda y le dieron agua. Lo izaron y Levi lo acompañó hasta el extremo del túnel, rodeándole los hombros con un brazo mientras Lamm y Kroger regresaban a la oscuridad para sacar el cuerpo de Jack Firebrace.

Levi guió los lentos pasos de Stephen por la subida hacia la luz. Tuvieron que taparse los ojos para protegerlos de los rayos del sol. Por fin salieron al aire libre de la trinchera alemana. Levi ayudó a Stephen a subir el peldaño.

Stephen respiraba hondo una y otra vez. Miró el cielo distante y azul tapizado con nubes de forma irregular. Se sentó en la escalera que salía de la trinchera y enterró la cabeza entre las manos.

Escuchaban el canto de los pájaros. La trinchera estaba vacía.

Levi trepó al parapeto y se llevó unos prismáticos a los ojos.

La trinchera británica estaba desierta. Miró hacia atrás, a las líneas alemanas, pero no alcanzó a ver nada en el horizonte. El dique se había roto; el ejército alemán ya no se veía.

Bajó a la trinchera y se sentó junto a Stephen. Ninguno de los dos habló. Cada uno de ellos escuchaba el pesado silencio.

Por fin Stephen levantó la vista para mirar a Levi.

—¿Se ha terminado? —preguntó en inglés.

—Sí —contestó Levi, también en inglés—. Se ha terminado. Stephen miró el suelo de la trinchera alemana. No alcanzaba a comprender lo sucedido. Cuatro años que duraron tanto que era como si el tiempo se hubiera detenido. Todos los hombres a quienes había visto matar, sus cuerpos, sus heridas. Michael Weir. Su rostro pálido que emergía de la madriguera bajo tierra.

Byrne, como un cuervo sin cabeza. Las decenas de miles que

salieron con él aquella mañana de verano.

No sabía qué hacer. No sabía cómo recuperar su vida.

Sintió que le empezaba a temblar el labio inferior y que lágrimas ardientes le llenaban los ojos. Apoyó la cabeza contra el pecho de Levi y sollozó.

Sacaron el cuerpo de Jack, y una vez que los hombres hubieron descansado, cavaron una tumba para él y para Joseph Levi. Los enterraron en la misma tumba, juntos, porque la guerra había terminado. Stephen dijo una oración para Jack, y Levi oró por su hermano. Cortaron flores y las arrojaron dentro de la tumba. Los cuatro lloraban.

Después Lamm fue a inspeccionar los refugios y volvió con agua y latas de conserva. Comieron al aire libre. Luego se dirigieron a los refugios y durmieron.

Al día siguiente Stephen dijo que debía volver a su batallón. Estrechó las manos de Kroger y de Lamm y luego la de Levi De toda la carne que había visto y tocado, fue la mano de aquel médico la que marcó su renacimiento.

Levi se negaba a dejarlo partir. Le hizo prometer que le escribiría en cuanto llegara a Inglaterra. Se quitó la hebilla del cinturón y se la dio como recuerdo. *Gott mit uns*. Stephen le dio el cortaplumas con su única hoja. Se volvieron a abrazar y se aferraron el uno al otro.

Después Stephen trepó por la escalera y subió a tierra de nadie. No lo recibió ningún huracán de balas, ningún desgarrador beso de metal.

Mientras caminaba de regreso a las líneas británicas, sintió la tierra seca y revuelta bajo sus botas. Una alondra cantaba sobre su cabeza, en el aire indemne. Stephen tenía el cuerpo y la mente cansados más allá de toda posibilidad de explicación y de remedio, pero nada podía contener la sorda exaltación de su alma.

SÉPTIMA PARTE

INGLATERRA, 1979

ELIZABETH estaba preocupada por lo que diría su madre cuando le confesara su embarazo. Françoise siempre había sido severa en asuntos de esa clase, hasta el punto de que Elizabeth incluso le ocultó que su amante estaba casado. «Trabaja en el extranjero», fue todo lo que pudo decir cuando ella le preguntó por qué no se lo presentaba.

Postergó el momento de darle la noticia, pero en marzo ya empezaba a aumentar de peso. En lugar de sacar el tema durante una de sus visitas para tomar el té en Twickenham, decidió que invitaría a su madre a comer en Londres para que el anuncio fuese una especie de celebración. Tuvo que admitir que en parte lo hacía para poner a Françoise a la defensiva, pero tenía la esperanza de que su madre compartiría su propia felicidad ante la perspectiva de tener un nieto. Fijaron la fecha del encuentro y Elizabeth reservó mesa en un restaurante.

También le resultó incómodo decírselo a Erich y a Irene, porque su embarazo significaba que tendría que dejar de trabajar durante un tiempo. Erich recibió la noticia como un desaire en su contra y en contra de su hijo, quien él creía, por absurdo que fuera, que tendría que ser el padre de los hijos que tuviera Elizabeth, aunque el muchacho estuviera feliz y casado con otra.

Irene también reaccionó con desagrado. Elizabeth no podía entenderla. Irene era una de sus mejores amigas: la apoyaba en todo. Y sin embargo, con respecto a aquella noticia tan importante, parecía incapaz de compartir la alegría y la emoción que ella experimentaba. Murmuró una serie de cosas acerca del matrimonio y la familia. Algunas semanas después de que Elizabeth le diera la noticia, entró en su oficina para disculparse.

—No sé por qué, pero cuando me dijiste lo del bebé me sentí un poco mal. Supongo que se debe a ese monstruo que todos tenemos dentro. Me alegro mucho por ti, querida. Ya le he tejido éstos.

Y le entregó una bolsa de papel que contenía un par de patucos. Elizabeth la abrazó.

—Gracias. Lamento habértelo dicho con tan poco tacto. Debí pensarlo mejor antes. Gracias, Irene.

Cuando alguien le preguntaba quién era el padre de la criatura, Elizabeth se negaba a decirlo. La primera reacción de la gente era sentirse ofendida.

—No cabe duda de que se sabrá, ¿verdad? —comentó una mujer que ni siquiera estaba enterada de la existencia de Robert—. No puedes pretender que el chico no tenga padre.

Elizabeth se encogió de hombros y contestó que ya se las arreglaría. Los que estaban enterados de la existencia de Robert suponían que el padre era él.

—No te lo voy a decir, es un secreto —contestaba Elizabeth.

Con el tiempo la irritación de sus amigos disminuía, junto con su curiosidad. Tenían sus propias preocupaciones, y si Elizabeth había decidido actuar como una tonta, allá ella. De manera que, tal como ella creía, se podía mantener un secreto: la curiosidad de la gente a la larga se convertía en indiferencia o, para decirlo con más generosidad, permitía que uno se hiciera cargo de su propia vida.

Elizabeth debía encontrarse con su madre un sábado por la noche. Por la mañana terminó de leer el último de los cuadernos de su abuelo, descifrado por Bob. Eran relatos bastante detallados. Había varias páginas dedicadas a su encierro bajo tierra en compañía de Jack Firebrace y a las conversaciones que mantuvieron.

Elizabeth quedó especialmente impresionada por un pasaje, que aunque estaba poco claro en la transcripción de Bob, parecía que ambos habían estado conversando sobre niños y la posibilidad de que ellos los tuvieran después de la guerra. «Yo le dije que los tendría por él» era la frase con que terminaba la conversación. El párrafo en el que Stephen se refería al cariño de Jack por un hijo llamado John era mucho más claro.

Después de haber leído los cuadernos, además de dos o tres libros más acerca de la guerra, Elizabeth por fin tenía una idea clara de lo que había sido. Hacia el final, Jeanne o *Grand-Mére*, como la llamaba Elizabeth, hacía varias apariciones, aunque la narración no diera paso a lo que Stephen pudo haber sentido por ella. «Bondadosa» era la palabra tibia que le aplicaba con más frecuencia en la transcripción de Bob. De vez en cuando aparecía también la palabra «suave». No era el lenguaje de la pasión.

Elizabeth hizo algunos cálculos en un trozo de papel. Su abuela, nacida en 1878. Su madre, nacida en... No estaba segura de la edad de su madre. Debía de tener entre sesenta y cinco y setenta años. Ella, nacida en 1940. Algo no cuadraba en sus cálculos, aunque tal vez la culpa fuese de sus matemáticas. En realidad, no tenía importancia.

Se vistió y maquilló con cuidado para aquella noche. Mientras esperaba a Françoise, puso orden en el piso y se sirvió una copa. Se paró frente a la chimenea y distribuyó bien los objetos que tenía en la repisa: un par de candelabros, una invitación, una postal y la hebilla del cinturón, que había limpiado y abrillantado hasta el punto de que relucía como cuando era nueva: *Gott mit uns.*

Cuando Françoise llegó, abrió una botella de champaña. La madre preguntó, sonriendo mientras levantaba su copa:

—¿Qué estamos celebrando?

—Todo. La primavera. Tú. Yo.

Descubrió que le costaba más de lo esperado darle la noticia. El restaurante era el recomendado por un amigo de Robert. Resultó un lugar pequeño y oscuro, situado en Brompton Road, especializado en cocina del norte de Francia. Los bancos estaban cubiertos de pana roja y en las paredes de tono marrón colgaban pinturas de puertos pesqueros normandos. Cuando llegaron, Elizabeth se sintió desilusionada. Esperaba que fuera un lugar más alegre, con una clientela ruidosa que le parecía más apropiada para aquella noche de buenas noticias.

Estudiaron el menú mientras el camarero golpeaba su bloc con el lápiz. Fran < poise pidió alcachofas y lenguado al estilo de Dieppe. Elizabeth, setas para empezar y luego un filete. Pidió también un vino caro, Gevrey-Chambertin, sin saber con seguridad si sería blanco o tinto. Mientras esperaban, ambas bebieron gin tonic. Elizabeth se moría de ganas de fumar un cigarrillo.

—¿Has dejado de fumar del todo? —preguntó Françoise al advertir los movimientos nerviosos de las manos de su hija.

—Del todo. No fumo ni uno solo.

—¿Y el resultado es que has aumentado de peso?

—Sí... Creo que tal vez un poquito.

llegó el camarero con los primeros platos.

—¿Las alcachofas son para usted, madame? ¿Y para usted las setas? ¿Cuál de las dos señoras quiere probar el vino?

Cuando por fin se alejó y empezaron a comer, Elizabeth dijo con incomodidad:

—Creo que he aumentado un poco de peso, pero no por haber dejado de fumar, sino porque estoy embarazada.

Se preparó para recibir una respuesta difícil. Françoise la tomó de la mano.

—¡Bien hecho! Estoy encantada.

A Elizabeth se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Creí que te enfadarías. Ya sabes..., porque estoy soltera.

—Pero me alegro por ti, si eso es lo que quieres.

—¡Ah, sí! ¡Ah, sí! Por supuesto que es lo que quiero. —Elizabeth sonrió—. No pareces sorprendida.

—Supongo que no lo estoy. Noté que estabas un poco más pesada. Y que habías dejado de fumar. Me dijiste que era una resolución que tomaste para Año Nuevo, pero hasta ahora nunca fuiste capaz de cumplir esa clase de propósitos.

Elizabeth soltó una carcajada.

—Está bien. Y ahora ¿no me vas a preguntar quién es el padre?

—¿Te parece que debo hacerlo? ¿Tiene importancia?

—No, no creo que la tenga. Él está feliz... Bueno, bastante feliz.

Me ayudará a mantener económicamente a nuestro hijo, aunque yo no se lo haya pedido. Creo que todo saldrá bien. Es un hombre excelente.

—Bueno, entonces me parece perfecto. Y no haré más preguntas.

A Elizabeth le sorprendía la tranquilidad con que Françoise había recibido la noticia, aunque ya sospechara la verdad y hubiera tenido tiempo para prepararse.

—¿No te molesta que tu nieto sea hijo de madre soltera?

—¿Cómo quieres que me moleste? Mi propia madre no estaba casada con mi padre.

—*Grand-Mére*? —preguntó Elizabeth sorprendida.

—No. *Grand-Mére* no era mi verdadera madre. —Françoise miró a Elizabeth con ternura—. Muchas veces he pensado decírtelo, pero por alguna razón me pareció que no hacía falta. En realidad tiene muy poca importancia. Tu abuelo se casó con *Grand-Mére* Jeanne en mil novecientos diecinueve, después de la guerra. Pero por entonces yo ya tenía siete años. ¡Con decirte que tenía cinco cuando ellos se conocieron!

—Ya *me parecía* que había un problema de fechas. Estuve haciendo algunos números después de leer los cuadernos del abuelo. Pero supuse que debía de ser un error, fruto de mi poca aptitud para las matemáticas.

—En esos cuadernos ¿hay alguna referencia a una persona llamada Isabelle?

—Sí, la menciona un par de veces. Supuse que debía de ser una antigua novia.

—Era mi madre. La hermana menor de Jeanne.

Elizabeth miró asombrada a Françoise.

—¿Así que *Grand-Mére* no es realmente mi abuela?

—No era tu abuela biológica. Pero sí lo fue en todos los demás sentidos. Me crió y me quiso como si fuera su propia hija. Antes de la guerra, tu abuelo se alojó durante un tiempo en la casa de una familia. Allí se enamoró de Isabelle y huyeron juntos. Cuando descubrió que estaba embarazada, Isabelle lo dejó y con el tiempo volvió con su marido. Años después, durante la guerra, tu abuelo conoció a *Grand-Mére* en Amiens. Jeanne lo llevó a ver de nuevo a mi madre, pero ella le había hecho prometer que no diría nada a Stephen sobre su hija.

—¿Y esa hija eras tú?

—Así es. Fue un subterfugio muy tonto. No sé. Lo que ella quería era no aumentar la angustia de mi padre. Él no se enteró de la verdad hasta poco antes de casarse con Jeanne. A mí me enviaron a casa de Jeanne desde Alemania, donde vivía, cuando murió mi verdadera madre. Murió de gripe.

—¿De gripe? ¡Eso es imposible!

Françoise meneó la cabeza.

—No. Hubo una epidemia. Inmediatamente después de la guerra mató a millones de personas en Europa. Isabelle siempre dijo que si llegaba a sucederle algo, *Grand-Mére* debía encargarse de criarme. Ya lo habían convenido cuando ella se fue a Alemania con el hombre de quien se enamoró. Era un alemán llamado Max.

—¿Y él no quiso retenerte?

—No lo creo. Estaba muy enfermo por causa de la guerra. Él mismo murió poco después. Y al fin y al cabo yo no era su hija.

—¿De manera que te criaron como si fueras la hija de Jeanne y de Stephen?

—Exactamente. Jeanne era maravillosa conmigo. Fue como tener una segunda madre. Fuimos una familia muy feliz.

El camarero les sirvió el segundo plato.

—¿Te importa? —preguntó Françoise minutos después—. ¿Te molesta? Espero que no, porque a mí no me molesta. Cuando hay verdadero amor, como lo hubo entre todos nosotros, los detalles no tienen importancia. El amor es más importante que detalles como ese asunto de quién es el padre o la madre biológica de quién.

Elizabeth permaneció unos instantes pensativa.

—Estoy segura de que tienes razón. Tardaré un poco en digerirlo, pero no me molesta. Háblame de tu padre. ¿Fue feliz?

Françoise alzó una ceja y respiró hondo.

—Bueno, fue... difícil. Después de la guerra, durante dos años no habló.

—¿Qué? ¿Ni una palabra?

—No, ni una sola palabra. Supongo que por lo menos debe de haber dicho «Sí, quiero» cuando se casaron. Tal vez haya pronunciado algunas pocas palabras, tan sólo para mantenerse vivo.

Pero en aquella época no lo oí hablar. Y *Grand-Mére* dijo que fueron dos años de silencio. Recuerdo el momento en que volvió a hablar. Fue una mañana. De repente se puso de pie junto a la mesa del desayuno y sonrió—dijo: «Esta noche iremos al teatro en Londres. Tomaremos el tren a la hora del almuerzo.» Yo no podía creer lo que oía. En ese momento sólo tenía diez años.

—¿Y ya estabais viviendo en Inglaterra?

—Sí. En Norfolk.

—¿Y después de eso él estuvo bien?

—Bueno... Estaba mejor. Hablaba y fue siempre muy bueno conmigo. En realidad, me malcriaba. Pero no tenía buena salud.

—¿Hablaba de la guerra?

—No, nunca. Ni una palabra. Según *Grand-Mére*, desde el día que terminó fue como si nunca hubiera existido.

—¿Cuándo murió?

—Poco antes de casarme yo con tu padre. Sólo tenía cuarenta y

ocho años. Como muchos hombres de su generación, nunca se recuperó por completo.

Elizabeth asintió.

—Murió sólo un par de años antes de que yo naciera.

—Sí —confirmó Françoise con tristeza—. Ojalá hubiera podido verte. No sabes lo que me hubiera gustado que te conociera. Lo habrías hecho... mucho más feliz en el fondo de su corazón.

Elizabeth bajó la vista al plato.

—¿Y cómo se las arregló *Grand-Mére*!

—Era una mujer maravillosa. Lo amaba mucho. Lo cuidó como una madre. Ella fue la heroína de toda esta historia. La recuerdas, ¿verdad?

—Sí, la recuerdo —mintió Elizabeth—. Desde luego que la recuerdo.

—Perdón —dijo Françoise. Ocultó la cara detrás de la servilleta. Durante un minuto no pudo hablar—. No hubiera querido llorar en un sitio público. Y tampoco quiero estropear tu felicidad, Elizabeth. Tu noticia a ella también la hubiera hecho muy feliz.

—Está bien. Está bien. Ahora todo está bien.

Durante aquel verano, Elizabeth asistió a los cursos de preparación al parto en el hospital más cercano a su casa. Su edad inspiraba cierta preocupación. Descubrió que las enfermeras se referían a ella como «esa mujer mayor». Pero la preocupación nunca llegó a ser tan seria, puesto que siempre la atendía un profesional distinto.

—Gracias, señora Bembridge —dijo el médico que la examinó a los ocho meses—. Estoy seguro de que ya conoce la rutina.

—¿Perdón?

—Bueno, su cuarto parto; esto debe de ser como una segunda naturaleza para usted.

Resultó que acababa de consultar una ficha equivocada. Elizabeth se preguntó quién habría sido examinada con su propia ficha. Le reservaron cama para el día previsto para el parto y le recomendaron que, mientras tanto, no viajara en avión.

—Recuerde que los primeros partos siempre son largos —dijo la enfermera—. No llame al hospital hasta que las contracciones sean regulares y dolorosas. Si ingresa demasiado pronto tendremos que mandarla otra vez a casa.

Irene le habló de unas clases que había seguido la hija de una amiga suya. Elizabeth se inscribió y fue a un piso de Kilburn, donde una mujer impetuosa instruyó a un grupo de media docena de madres expectantes acerca de las diferentes etapas del parto y de las clases de calmantes que se podían administrar. Elizabeth anotó que debía pedir que le aplicaran la epidural lo más pronto posible dentro de lo

permitido.

El niño se movía y daba puntapiés dentro de ellas. La piel del vientre estaba sujeta a repentinas protuberancias y distorsiones cada vez que el bebé se estiraba o se daba la vuelta. Le dolía la espalda, y a medida que transcurría el verano, deseaba cada vez con más fervor que llegaran los fríos días invernales y que todo hubiera pasado, para poder volver a respirar.

A veces se sentaba desnuda en el borde de la cama, con la ventana abierta de par en par, para poder gozar de cualquier brisa que por casualidad se levantara. Sostenía el peso de la criatura colocando las palmas de las manos debajo del vientre, en el que había aparecido una delgada línea marrón que discurría hasta la entrepierna. Encima de los huesos de las caderas se le estiraba la piel, formando pequeñas cicatrices blancas, aunque no eran tan desagradables como las que de vez en cuando veía en los abdómenes de otras mujeres en los probadores de las tiendas de ropa. La mayoría de las preguntas que se formulaban en las clases de preparación al parto se referían a lo que las mujeres llamaban recuperar la silueta, y a reanudar las relaciones sexuales con sus maridos. Ninguno de estos asuntos era importante para Elizabeth.

Su hijo le inspiraba una intensa curiosidad. Se sentía protectora y maternal hacia él, pero a veces sentía también un respeto que bordeaba el temor religioso. Era un ser distinto a ella, con su propio carácter y su propio destino; había decidido habitar en ella y nacer de ella, pero le resultaba difícil no sentir que, en cierto modo, tenía una existencia anterior a ella. Le resultaba difícil creer que ella y Robert hubieran creado de la nada una vida humana autónoma.

Después de varios días de complicados engaños, subterfugios y un astuto uso del contestador automático, Robert consiguió arreglárselas para estar con Elizabeth durante la semana anterior al parto. Tenía la intención de permanecer a su lado hasta que ella estuviera en condiciones de ir a quedarse con su madre. La mujer de Robert estaba convencida de que él viajaba a Alemania para asistir a una conferencia.

No tenía interés en estar presente durante el parto, pero quería encontrarse disponible por si Elizabeth lo necesitaba. Alquiló una cabaña en Dorset, cerca del mar, donde Elizabeth podría descansar los últimos días, mientras él la cuidaba. Se proponían regresar a Londres tres días antes del previsto para el parto.

Robert todavía estaba nervioso mientras viajaban en el coche de Elizabeth a través de los campos de Hampshire.

—¿Y si se adelanta? ¿Qué debo hacer?

—Nada —contestó Elizabeth mientras se volvía con incomodidad en el asiento de al lado, para mirarlo—. Sólo tendrías que mantener

abrigado al bebé. De todos modos los partos de primerizas por lo general se retrasan más de doce horas, de manera que, aun a la velocidad que tú conduces, podríamos Regar al hospital dr Poole o al de Bournemouth, Además, los bebés primerizos pocas veces nacen antes de tiempo. De manera que no sigamos preocupándonos.

—Te has convertido en toda una experta, ¿eh? —comentó Robert, acelerando un poco debido a la crítica implícita en la frase de Elizabeth.

He leído algunos libros. Recuerda que durante este verano no he tenido mucho que hacer.

La cabaña estaba situada junto a un sendero, al lado de una colina. Estaba orientada al campo y se encontraba como a quince minutos de distancia de la ciudad más cercana. La puerta principal se abría directamente a Ja sala de estar, en la que había una gran chimenea de piedra y muebles gastados, tapizados con chintz, La cocina era anticuada, con un hornillo grasiento conectado a una bombona de gas, y alacenas con puertas de cristal correderas. La puerta trasera se abría a un jardín bastante grande en cuyo extremo se levantaba un nogal.

Elizabeth se mostró encantada.

—¿Ves ese pequeño manzano? Bueno, allí instalaré mí silla.

—Yo la colocaré —se apresuró a decir Robert—. Y será mejor que vaya a comprar algunas provisiones antes de que cierren las tiendas. ¿Quieres acompañarme?

—No, Te he preparado una lista y confío en ti.

—Lo decía por si empezabas a sentir dolores de parto.

Elizabeth sonrió.

—No te preocupes; el parto está previsto para dentro de ocho días. Lo único que te pido es que me pongas una silla debajo del manzano y estaré perfectamente.

Cuando el ruido del motor del coche empezó a perderse carretera adelante, Elizabeth comenzó a sentir contracciones breves y agudas. Se parecían al calambre que algunas veces tenía en las piernas durante la noche, pero en este caso estaba situado en la vagina o cerca de ella.

Respiró hondo. Se negaba a dejarse llevar por el pánico. Le habían advertido de que muchas veces las parturientas presentaban síntomas falsos varias semanas antes del parto, Se los conocía por el nombre del médico que los describió: un tal Braxton.

De todos modos no estaba de más buscar una cabina telefónica y anotar el número del hospital más próximo.

Entró en la sala de estar y encontró lo que buscaba. En un papel pegado en la cubierta de la guía figuraban «Números útiles». Entre ellos estaba cl del hospital y el del médico de la zona, que sólo vivía a unos ocho kilómetro» de allí. Aliviada, Elizabeth volvió al jardín y se

instaló de nuevo en la silla, bajo el manzano. Sintió otra aguda contracción que la hizo jadear y apoyarte la mano en el vientre. Luego, el dolor cedió, dejándola am una sensación de enorme tranquilidad y de un extraño poderío. La vida golpeaba en su interior, (ion su» propio» esfuerzo», traería al mundo una criatura para que continuara la extraña historia de tu familia. Pensó en Isabelle, su abuela, y se preguntó dónde y cómo habría dado a luz. ¿Estaría sola, asustada y en desgracia o habría alguien allí para ayudarla? Jeanne tal vez. Elizabeth experimentó una enorme ansiedad al pensar en Isabelle sola y con aquel dolor que tanto temor suscitaba. No, se dijo. Debió de haberlo tenido todo previsto. Sin duda Jeanne estaba allí con ella.

Una hora después, Robert regresó con las compra* y le preparó una copa para que la bebiera allí, bajo el árbol. Se sentó a los pies de Elizabeth, quien le pasó una mano por el pelo espeso y enredado.

El calor sofocante de agosto se había desvanecido; era una tibia tarde de septiembre.

—Dentro de pocos días, nada volverá a ser lo mismo —dijo Elizabeth—. No consigo imaginarlo.

Robert le tomó una mano.

—Te las arreglarás. Yo te ayudaré.

Robert preparó la cena, siguiendo las instrucciones que ella le daba desde la sala de estar. Cuando estaban a la mesa ya había oscurecido y hacía suficiente frío como para encender la chimenea. La habitación se llenó de humo de leña. Tuvieron que abrir la puerta principal para que la corriente diera tiro a la chimenea, pero la misma corriente impedía que el fuego calentara.

Elizabeth fue en busca de un cárdigan y, al subir la estrecha escalera, sintió otra contracción aguda. No le dijo nada a Robert. Sin duda él decidiría llevarla al hospital, donde la mantendrían ingresada varios días o, peor aún, la mandarían otra vez a casa. La cabaña le gustaba y atesoraba la posibilidad de pasar unos días a solas con Robert.

Aquella noche durmió mal. Le resultaba difícil encontrar una postura cómoda en la cama blanda y suave de la cabaña, cubierta con un pesado edredón. Le alegró que llegara el amanecer con el canto fuerte y discordante de los pájaros. Después se quedó dormida.

Robert la contempló cuando le llevó el desayuno. Pensó que era la mujer más hermosa que conocía. Le apartó un mechón de pelo oscuro de la mejilla. Lamentó el momento difícil que le esperaba. La permanente confianza de Elizabeth no le permitía comprender lo extenuante y doloroso que sería. Dejó el té junto a la cama y bajó en silencio.

Caminó por el jardín. Llegó hasta el nogal y regresó a la casa. Era una mañana soleada y desde un campo cercano llegaba el sonido del motor de un tractor. Aunque estaba tranquilo, Robert tenía la sensación de que su vida acababa de entrar en un breve período fuera de su control; era como si la vida se moviera por su propio impulso, como sobre los raíles de un ferrocarril. Y a él se le pondría a prueba.

Aquella noche Elizabeth sufrió más contracciones. Al entrar en la sala desde la cocina, Robert la vio doblada sobre sí misma.

—No es nada —dijo Elizabeth—. Debe de ser una de esas contracciones que llaman de Braxton.

—¿Estás segura? Te has puesto muy pálida.

—Pero estoy bien —contestó ella con los dientes apretados.

Se acostaron a medianoche y Robert se quedó dormido enseguida. A las tres de la madrugada lo despertó el jadeo de dolor de Elizabeth.

Estaba sentada en el borde de la cama. Alcanzaba a verle la cara iluminada por la luz de la luna que entraba por la ventana.

—Ha llegado el momento, ¿verdad?

—No estoy segura. Las contracciones son ¿olorosas, pero no sé si son regulares. ¿Tienes reloj? Quiero medir los tiempos.

Robert encendió la luz y clavó la mirada en el minutero del reloj. Oyó jadear de nuevo a Elizabeth. Habían transcurrido seis minutos.

—¿Y bien? —preguntó Robert.

—No lo sé. Podría ser el principio. Tal vez lo sea.

Parecía aturdida. Robert se preguntó si el dolor y el miedo harían poco fiables los presentimientos de Elizabeth, de manera que decidió actuar de acuerdo con su propio criterio.

—Espera un poco —le pidió ella—. No quiero ir al hospital.

—Eso es una tontería, Elizabeth. Si tú...

—¡Espera!

Le había advertido que era probable que mostrara irritación. Muchas mujeres hasta utilizan un lenguaje desconocido en ellas.

Transcurrió una hora y las contracciones eran cada vez más fuertes y frecuentes. Elizabeth caminaba por la casa y él la dejaba en paz. Supuso que trataba de encontrar una postura cómoda para soportar mejor el dolor y que no lo quería a su lado. La oía recorrer los distintos ambientes de la cabaña.

La oyó llamarlo y corrió hacia ella. Estaba en la sala, con la cabeza apoyada en el sofá.

—Estoy asustada —confesó entre sollozos—. No quiero que suceda. Tengo miedo. ¡Es tan doloroso!

—Está bien. Voy a llamar al médico. Y a una ambulancia.

—No. No lo hagas.

—Lo siento, pero lo voy a hacer.

—La ambulancia no.

—Está bien.

Una voz de hombre contestó a la llamada al médico.

—A quien usted busca es a mi mujer. Lo lamento pero ha salido a visitar a un paciente. Le pasaré el aviso en cuanto regrese.

—Gracias.

Robert colgó mientras profería una maldición.

—¡Ya llega! ¡Alcanzo a sentir la cabeza! ¡Oh, Dios, ya llega! ¡Ayúdame, Robert, ayúdame!

Robert respiró hondo. Bajo la presión del pánico, por fin su mente se aclaró. Aquella criatura era de su carne y de su sangre; debía sobrevivir.

—Ya voy, querida, ya voy.

Robert entró en la cocina y luego subió al baño. Tomó un montón de toallas, bajó y las colocó sobre la alfombra, debajo de las rodillas de Elizabeth, que se inclinaba sobre el sofá.

—Se mancharán las toallas —dijo ella entre sollozos.

Robert tomó unos cuantos periódicos que había junto a la chimenea y los colocó encima de las toallas.

Después se arrodilló junto a Elizabeth. Ella se había subido el camisón hasta la cintura. Mientras cerraba los ojos con fuerza y volvía a gemir, Robert vio que por sus piernas corrían sangre y mucosidad.

—¡Por Dios, ya viene, ya viene! —exclamó ella.

Volvió a sollozar. Su cuerpo se contrajo de nuevo, pero sólo dio paso a un chorro de sangre.

—¡Vete! —le gritó a Robert—. ¡Vete! ¡Quiero estar sola!

Robert se puso en pie y se encaminó a la cocina, donde llenó un vaso de agua para Elizabeth. Afuera empezaba a amanecer. Desde la ventana alcanzaba a ver una casita en el valle; Envidió a sus habitantes. Se preguntó cómo sería vivir una vida normal y, en lugar de estar al borde de la muerte y del drama, dormir, dormir con tranquilidad y con la perspectiva de un desayuno y un día normal por delante.

—¡Robert! —gritó Elizabeth, y él corrió a la sala de estar.

Se arrodilló junto a ella, en medio de un charco de sangre;

—No sé —dijo Elizabeth entre gemidos—. No sé si debo empujar o no. No me acuerdo.

Él la rodeó con un brazo.

—Creo que si quieres empujar, debes hacerlo. Vamos, querida, estoy aquí. ¡Vamos! Empuja.

La recorrió otro enorme espasmo y Robert vio que la carne entre sus piernas se dividía. La sangre empezó a correr y, a la luz de la lámpara de la sala, Robert vio que la parte superior de una cabeza gris comenzaba a pulsar y a empujar aquella entrada cerrada del cuerpo de Elizabeth.

Alcanzó a verle la cabeza.

—¡Lo veo! ¡Ya viene! Lo has estado haciendo muy bien. Lo estás haciendo maravillosamente bien. Casi ha salido ya.

Hubo una pausa mientras Elizabeth se inclinaba hacia delante sobre el sofá, a la espera de la siguiente contracción. Robert miró los periódicos que tenía debajo, uno de los cuales, de una manera muy apropiada, estaba abierto en la página de anuncios.

Elizabeth jadeó y volvió a mirar la parte superior de aquella cabeza que exigía que le dieran entrada al mundo. Entonces la cabeza surgió entera, cubierta de sangre y atrapada alrededor del cuello por la carne dividida de Elizabeth.

—¡Vamos! —la animó Robert—. ¡Vamos! Empuja otra vez y ya está.

—No puedo. Debo esperar una con...

Le falló la voz. Robert acercó el rostro al de ella y la besó. Tenía mechones de pelo pegados a las mejillas por el sudor, y enterró la cabeza en el almohadón de chintz del sofá. Robert tomó la cabeza de su hijo entre las manos.

—No tires —le advirtió ella entre jadeos—. Trata de palparlo para comprobar si tiene el cordón alrededor del cuello.

Robert palpó con suavidad, con un dedo, pero tuvo miedo de estirar aún más las carnes abiertas de Elizabeth.

—Está bien.

Entonces Elizabeth abrió los ojos y Robert vio en ellos una decisión que jamás había presenciado en un ser humano. Echó atrás la cabeza y él percibió que los músculos del cuello se levantaban como si fueran huesos. La mirada salvaje de sus ojos le recordaba la del caballo que por fin ha olido que está de regreso en casa y aprieta los dientes sobre el bocado. No había poder en el mundo capaz de contener la potencia combinada de músculos, instinto y fuerza de voluntad que se dirigieron a un fin determinado.

Elizabeth gritó. Robert bajó la mirada y vio que los hombros de la criatura habían surgido detrás de su cabeza. Se inclinó y los tomó entre sus manos. A partir de ese momento tiraría.

Los hombros del bebé eran resbaladizos, pero cuando Robert los apretó con más fuerza, de repente la criatura se liberó con un ruido parecido al de un gigantesco corcho que sale de la botella. Se deslizó en sus manos en medio de un charco de sangre y lanzó un débil gemido. Tenía la piel gris y la espalda y el pecho cubiertos de una sustancia blancuzca, espesa y grasosa. Robert miró el cordón púrpura que sobresalía por entre las piernas ensangrentadas de Elizabeth y luego observó los genitales de la criatura, hinchados por las hormonas de la madre. Le sopló en la cara. El bebé dejó escapar un llanto espasmódico. Era un varón.

Robert no podía hablar, pero encontró una toalla menos ensangrentada que las demás, en la que lo envolvió. Lo pasó por debajo de las rodillas de Elizabeth y se lo puso entre las manos. Ella se colocó en cuclillas, sobre los periódicos cubiertos de sangre, y abrazó a la criatura, sosteniéndola contra su cuerpo.

—Es un varón —comunicó Robert con voz ronca.

—Ya lo sé. Es... —Luchó por encontrar la palabra—... John.

—¿John? Sí, sí... Está bien.

—Es una promesa —explicó ella entre sollozos—. Una promesa... que hizo mi abuelo.

—Me parece bien, me parece muy bien.

Robert se arrodilló con Elizabeth y el niño, y los rodeó a ambos con un brazo. Permanecieron arrodillados en el suelo, sin moverse, hasta que los sobresaltó un golpe en la puerta. Levantaron la mirada. En el umbral estaba una mujer con un maletín, que acababa de entrar en la casa y que dio un golpe al ver que ignoraban su presencia.

—Parece que he llegado tarde —dijo sonriendo—. ¿Están todos bien?

—Sí —respondió jadeando Elizabeth.

—Es precioso. Cortaré el cordón umbilical.

Se arrodilló en el suelo y miró a Robert.

—Creo que ahora sería mejor que usted saliera a tomar un poquito el aire.

—Sí. De acuerdo.

Acarició el pelo de Elizabeth y apoyó los dedos en la mejilla de John.

Ya había salido el sol. Era una mañana fresca y clara, sobrecogedoramente luminosa, después de la oscuridad y del pánico de aquella noche en la cabaña. /

Liberado de la necesidad de mantener la calma, Robert alzó y bajó varias veces los hombros, obligándose a respirar profundamente.

Dio algunos pasos por el jardín y, de repente, se apoderó de él una inmensa alegría.

La sintió subirle por los brazos y las piernas, la parte superior del cráneo empezó a latirle como si estuviera a punto de levantarse sobre su cabeza. Era como si se dispusiera a levantar el vuelo. Su espíritu se elevaba y luego, como los límites de su cuerpo se negaban a contenerlo, tenía la sensación de flotar en el aire.

Se dio cuenta de que poseído por aquella exaltación había caminado hasta la parte superior del jardín. Se detuvo y miró abajo. Sus pies estaban hundidos hasta los tobillos en las castañas caídas del árbol durante la noche. El lustroso fruto asomaba de las verdes y espinosas cáscaras. Se arrodilló y cogió dos o tres de ellas, hermosas y relucientes. Cuando era niño aguardaba todos los años aquel día.

Ahora allí estaba John, su muchacho, otra oportunidad.

Arrojó al aire las castañas, enormemente feliz. En el árbol, sobre su cabeza, espantaron a un cuervo que estaba posado, el cual salió como despedido de las ramas, con una explosión de sus alas. Luego se elevó por encima de Robert hacia el cielo, dejando oír su chillón y ambiguo graznido en largas y chirriantes oleadas hacia la tierra, para que fuera oído por los que aún vivían.